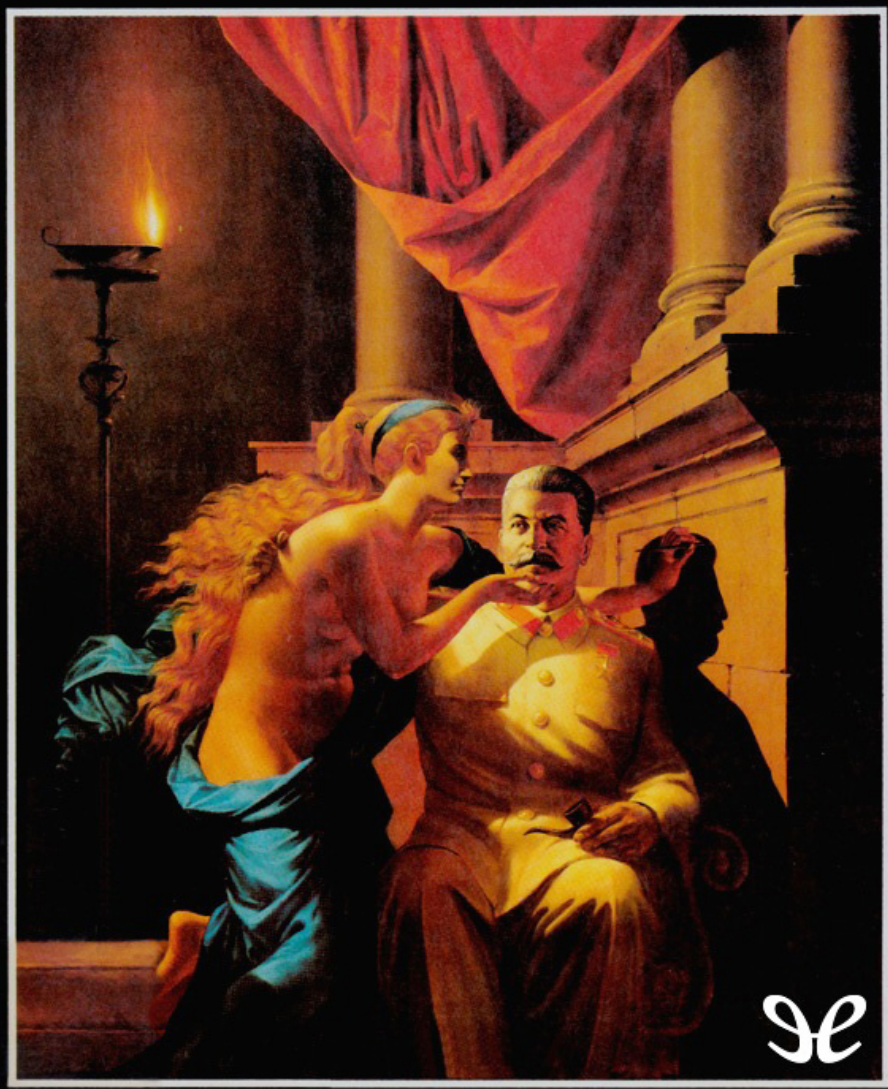
Stephen Koch

EL FIN DE LA INOCENCIA

Willi Münzenberg y la seducción de los intelectuales

Biografía



Willi Münzenberg fue uno de los personajes más misteriosos y fascinantes de los años treinta. Apareció refugiado en París en 1933 como un simple militante comunista alemán. Pero, desde este anonimato, no sólo orquestó la propaganda soviética, escudándose en la lucha antifascita en los mismos años en que Hitler y Stalin planeaban su triste alianza, sino que, gracias a su genial talento como propagandista, tejió, desde los cafés de París, una inmensa red de desinformación, espionaje e intriga que abarcó desde la Universidad de Cambridge hasta Hollywood, pasando por el Frente Popular en Francia y el Partido Comunista en España durante la guerra civil. A través de la frenética actividad de este oscuro personaje, que acabó cayendo en su propia trampa, el autor nos va revelando poco a poco el complicado entramado de engaños, manipulaciones, juicios amañados, agentes dobles y violencia, en el que cayeron algunos de los más brillantes intelectuales de Occidente, como, entre tantos otros, Hemingway, Malraux o Aragón.

Stephen Koch

El fin de la inocencia

Willi Münzenberg y la seducción de los intelectuales

ePub r1.1
Titivillus 12.08.16

Título original: *Double Lives: Stalin, Willi Munzenberg and the Seduction of the Intellectuals*
Stephen Koch, 1993
Traducción: Marcelo Covián

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

A la memoria de mi padre,
Robert Fulton Koch
(1907-1951)

También habéis oído que se dijo a los antiguos: «No perjurarás, antes cumplirás al Señor tus juramentos». Pero yo os digo que no juréis de ninguna manera: ni por el cielo, pues es el trono de Dios; ni por la tierra, pues es el escabel de sus pies; ni por Jerusalén, pues es la ciudad del gran Rey. Ni por tu cabeza jures tampoco, porque no está en ti volver uno de tus cabellos blanco o negro. Sea vuestra palabra: sí, sí; no, no; todo lo que pasa de esto, de mal procede.

Mateo, 5:33-37 (Citado por Arthur Koestler en la sesión inaugural del Congreso por la Libertad de la Cultura, 25 de junio de 1950)

Agradecimientos

Escribir un libro es explorar un mundo y el que yo he explorado en *El fin de la inocencia* ha permanecido oculto en gran parte hasta la fecha. Primero debo manifestar mi gratitud a las muchas personas que lo conocieron antes que yo y que consintieron en mostrarme sus recónditos senderos. Pero el listado de la gente que compartió conmigo lo que sabía desbordaría la capacidad de esta página. Una descripción ajustada a la realidad de mi deuda con todos ellos pronto se parecería a un nuevo libro, una especie de sombra o doble de éste. En la bibliografía, el lector encontrará una lista necesariamente no descriptiva de las personas que tanto me han ayudado.

En este punto, debo rendir tributo especialmente agradecido a la memoria de Babette Gross, la viuda de Willi Münzenberg, quien en el verano de 1989 me concedió en Múnich una semana de entrevistas indispensables. Esos intercambios memorables fueron posibles gracias a los buenos oficios del doctor Peter Lübbe, quien persuadió a una escéptica Babette a que hablara conmigo y eso posibilitó el contacto. Pero ésta es sólo la muestra más significativa de su generosidad. Con su erudición enciclopédica sobre la historia del comunismo alemán, el doctor Lübbe me ha sido de gran ayuda en repetidas oportunidades.

Para mí, la conversación es un escenario creativo. Fue durante una charla con Michael Scammell, mientras almorzábamos en Londres, cuando de pronto tuve una visión de lo que sería mi libro, como un paisaje nocturno de súbito iluminado por un relámpago. La amistosa atención que me prestó cuando allí y entonces di mis primeros pasos hacia lo que había visto debió de parecerle poca

cosa, nada más que una mera charla de almuerzo. Fue más beneficiosa de lo que se imagina.

En Moscú logré llevar a cabo mi investigación gracias a Roman Sheinen y S. Todd Weinberg. Sin ellos, no hubiera sido posible mi recorrido por el laberinto archivístico. Debo añadir que la indispensable información de los archivos de la ex Unión Soviética fue generosamente compartida por el profesor Harvey Klehr, a cuya asistencia académica debo mucho.

Mi editor, el difunto Edwin A. Glikes, se dio cuenta del potencial de mi proyecto tan pronto como se lo propuse. Mantuvo su fe sin flaquear durante la larga maduración. Su incisiva inteligencia editorial y sus muchas conversaciones conmigo fueron imprescindibles para darle forma a la obra. Me siento muy agradecido con los muchos colaboradores de la editorial The Free Press que me proporcionaron una gran ayuda y debo hacer constar mi especial gratitud a John Urda.

Mi relación con Diana Trilling empezó con una simple entrevista durante la primera parte de mi trabajo. Vista desde el presente, debo manifestar que ese encuentro fue crucial, pues ella ha sido mi testigo y mi asesora desde la primera fase de este proyecto. A medida que el libro se desarrollaba y profundizaba, lo mismo sucedía con nuestra relación.

Ahora el último párrafo. Es parte formal y feliz del decoro literario que llegado a este punto, el autor reconozca el papel desempeñado por su esposa. Eso es lo que quiero hacer. No obstante, cuando trato de formular el agradecimiento más importante de todos, mi agradecimiento a Franny, me encuentro sin palabras. Nada puede expresarlo. Nada. En vez de decirlo mal, terminaré con una especie de gesto silencioso sobre lo que sólo nosotros sabemos.

PRÓLOGO

La historia es un complot

La historia del comunismo se puede abordar desde múltiples ángulos; por ejemplo, la divulgación casi universal de la idea, o el estudio de los regímenes que asumieron la ideología, o el análisis de los partidos miembros de la Internacional de Moscú, o una sociología de los militantes, o por mil y un enfoques imaginables. El historiador norteamericano Stephen Koch ha optado por una otra vía, acaso la menos frecuentada. Ha querido describir la manipulación de que fue objeto la opinión pública occidental a manos de los espías del Komintern en el periodo de entreguerras. Por razones fácilmente comprensibles, este enfoque aún no goza de un crédito generalizado. Nuestra época democrática, tan convencida de su propia «necesidad», tan proclive a las grandes explicaciones abstractas de la historia, nos inhibe de conceder demasiada importancia a las intrigas de los individuos y, con mayor razón aún, a sus esfuerzos secretos. El universo de la clandestinidad queda reservado en exclusiva a los enemigos del progreso.

Pero no nos queda más remedio que empezar a acostumbrarnos porque gran parte del fenómeno comunista del siglo XX nos remite a la historia como complot. La obsesión por la clandestinidad forma parte del patrimonio leninista; la centralización extrema del movimiento, después de Octubre, jamás dejó de usar esos recursos. Visto desde este ángulo y desde la historia de sus grandes iniciados, el bolchevismo ha sido una masonería de dimensiones universales. Por esta razón, su historia ha de tener en cuenta el papel desempeñado por los individuos. Y así debe ser porque la acción de sus grandes militantes implicaba una

ambición inmensa para la cual el obligado anonimato de sus existencias podía hacer resaltar aún más el aura de su misión. En este sentido, el libro de Stephen Koch no es sólo pertinente, es fascinante.

En el centro mismo de la historia, hay una figura clave que está en el meollo de la manipulación de los intelectuales occidentales de entreguerras: Willi Münzenberg, el hombre orquesta de la propaganda soviética, el virtuoso oculto del antifascismo comunista, el anónimo militante que desde París superó a Goebbels en la puesta en escena del proceso Dimitrov tras el incendio del Reichstag. Koestler y Manès Sperber nos han legado unos retratos suyos inolvidables. Bolchevique de la primera hora, este gran militante alemán del Komintern aportó su talento para la propaganda cuando llegó a París en 1933 como refugiado. En un contexto capitalista, habría llegado a ser un magnate de la prensa. Su genio publicitario fue capaz de alcanzar la plenitud incluso al servicio del jesuitismo burocrático de Moscú y pese a que siempre se mantuvo en la sombra. No obstante sus servicios a la causa, Münzenberg no escapó finalmente a las sospechas de Stalin, alimentadas por los celos de Pieck y Ulbricht, dos dirigentes del partido alemán también exiliados en París. En 1937, en pleno Gran Terror soviético, le convocan a Moscú y él se niega a ir. En 1939 ya no tiene patria y es acosado por la Gestapo y la NKVD. Los franceses podrían haberle ofrecido una nacionalidad, pero lo internan por alemán cuando estalla la guerra. Se escapó en junio de 1940 para huir del avance nazi, pero no pudo llegar muy lejos. Ese mismo otoño, unos cazadores encontraron su cadáver con señales de estrangulamiento en un bosquecillo próximo a Grenoble. Lo más probable es que fuera asesinado por uno de sus compañeros de fuga a las órdenes de Moscú.

Debido a la gran fuerza secreta de su actividad militante y al siniestro enigma de su muerte, este personaje suscitó cierto número de artículos y libros que conoce y utiliza Stephen Koch, quien a esta documentación añade, por un lado, sus consultas a los archivos del Komintern que le permiten demostrar la íntima vinculación entre las actividades del Komintern y las de los otros servicios secretos soviéticos: si la intuíamos, ahora la conocemos. Por otro lado, el autor hace hincapié en una prolongada conversación —una semana de entrevistas — con Babette Gross, viuda de Münzenberg y su primera biógrafa en 1967. Hija de un acaudalado bodeguero prusiano, hermana de Margarete Buber-Neumann, también casada con un miembro de la

oligarquía bolchevique alemana, Babette Gross ya tenía noventa y un años de edad cuando concedió en 1989 la gran entrevista a Stephen Koch rompiendo la ley del silencio que siempre se había impuesto. Resulta evidente que Koch supo sacarle un magnífico partido a la conversación.

Tal como exige el género, el libro es harto complejo y lleno de imprevistos para resumirlo en una mera reseña. Recorre el periodo norteamericano, británico y francés de entreguerras a fin de reconstruir el entramado de redes y de intrigas que manejan a su aire Münzenberg y sus colaboradores. No aporta nada nuevo sobre la manipulación del proceso Dimitrov, pero ofrece por primera vez una narración completa de este evento que anunció el nuevo curso antifascista en la política del Komintern, siempre fiel a la utilización de la mentira y de la manipulación cínica de las ideas. Si Münzenberg derrota a Goebbels en la batalla propagandística, ello no se debe a que recurra más a la verdad. Los dos adversarios usan las mismas armas.

La mayor parte de la obra de Koch se refiere a los éxitos que luego obtendrían las redes de Münzenberg, en especial durante la guerra civil española, en Gran Bretaña y Estados Unidos. Es la aportación más original e interesante no sólo por los datos inéditos. El asunto de los espías de Cambridge, por ejemplo, ya ha sido objeto de muchos libros. También es harto conocido y debatido el papel desempeñado en el espionaje soviético por el pequeño partido comunista norteamericano. Pero nadie, antes de esta síntesis, había mostrado con tal claridad hasta qué punto Estados Unidos y Gran Bretaña habían constituido objetivos prioritarios para todos los servicios secretos soviéticos. El bolchevismo había tenido, desde su inicio, un eco muy limitado en las grandes democracias anglosajonas, pero allí el antifascismo le brindó, a partir de 1934, un campo propicio para la propaganda y la manipulación, lo cual es prueba paradójica de que la actividad secreta de sus agentes y de sus redes sólo alcanzó una verdadera eficacia debido a la presión de las circunstancias y a la sensibilidad preparada de antemano del público.

François Furet

Primera parte

Mintiendo por la verdad

1

Mintiendo por la verdad

El 22 de octubre de 1940, no lejos de una diminuta aldea llamada Montagne, próxima a Grenoble, dos cazadores con sus perros se tropezaron con un siniestro bulto escondido en un bosquecillo. Al pie de un viejo roble, se encontraba el cadáver descompuesto de un hombre sentado. Hacía mucho tiempo que había fallecido y parecía haber muerto ahorcado.

Lo que hallaron los cazadores aquel día se convertiría en algo más que en una leyenda local. Ocuparía un sitial entre los misterios perdurables de la política moderna. Porque éste era el cuerpo de un hombre llamado Willi Münzenberg. Y Willi Münzenberg había vivido y muerto como uno de los poderes invisibles de la Europa del siglo XX. Cuando los cazadores lo encontraron, el cuerpo estaba casi completamente cubierto por hojas. Sólo eran visibles el rostro tumefacto y los ojos protuberantes por el estrangulamiento. Y la soga. El hedor era insoportable. Estaba claro que hacía meses que estaba allí. El nudo alrededor del cuello parecía haberse cortado, posiblemente poco después del ahorcamiento. Y cuando se rompió, el cuerpo había caído al pie del árbol. Allí se quedó, con las rodillas en alto, a lo largo del verano de la derrota francesa, sentado torpemente y sin ser visto hasta que octubre empezó a cubrirlo con las hojas del otoño y los perros, con sus ladridos, lo descubrieron.

Los aldeanos nada sabían de Willi Münzenberg. No era y no es un nombre famoso aunque el poder que este hombre había detentado le hubiera tenido que hacer merecedor de los halagos de la fama. Desde su juventud extremista en 1917, Münzenberg había sido un protagonista secreto de la política del siglo. Como miembro fundador de la Internacional Comunista y dirigente en la estructura

del poder marxista-leninista fuera de Rusia, había desempeñado un papel excepcionalmente influyente en las conspiraciones, las maniobras, la propaganda, la política secreta y las acciones que le habían traído hasta este lugar, hasta la caída de Francia, hasta la guerra de Hitler en Occidente y hasta su propia muerte.

Octubre de 1940 trajo consigo los primeros fríos otoñales tras la rendición francesa a manos de la *Wehrmacht* nazi. Francia estaba sumida en la lóbrega quietud de la derrota. La caída del país parecía completa. Por el momento, la guerra había terminado sus macabros afanes en Francia y proseguido su camino hacia otros lares.

Para los dictadores, todo parecía marchar viento en popa. Stalin había consolidado su alianza con Hitler. Los servicios secretos de ambos sistemas totalitarios trabajaban ahora en una siniestra colaboración bien definida por su enemistad de gángsteres y bien atada por su confraternidad en el odio. Polonia había sido dividida con todo éxito. Finlandia estaba en manos de Stalin. Los nazis avanzaban por el oeste y la guerra concentraba sus horrores en Inglaterra.

Porque éste también era el otoño de la batalla de Inglaterra. Desde la caída de Francia, la Luftwaffe había bombardeado palmo a palmo las ciudades inglesas. Cada noche, el cielo de Londres se iluminaba con balas trazadoras y fuego. El aire se llenaba con el aullido destructor de las bombas y el martilleo de la defensa antiaérea. La posibilidad de una derrota inglesa era inminente y real.

Pero en aquel valle francés del río Isère, el único ruido de armas que se oía eran los disparos ocasionales de la escopeta de un cazador, que resonaban por la hermosa campiña. Y por aquellos campos, los dos hombres de Montagne volvieron deprisa a su pueblo para alertar a la gendarmería sobre su hallazgo.

Es casi seguro que Willi Münzenberg haya muerto en esos bosques cinco meses antes, el 21 de junio de 1940. No está claro si se suicidó o si lo asesinaron. Sin embargo, el 21 de junio de 1940 fue el día en que se rindió el gobierno francés a los nazis y, como veremos, es harto probable la coincidencia exacta entre la caída del

país y la muerte de aquel hombre. En los días del colapso francés, los campos de Montagne estaban llenos de exiliados y refugiados que huían hacia el sur. Todo el mundo huía. La huida de Münzenberg, sin embargo, era distinta de las otras. Los servicios secretos de al menos tres países habían ordenado su búsqueda y captura. Parece que incluso en la peor de las circunstancias, algunos personajes importantes estaban interesados en saber si este hombre lograba escapar de Francia con vida.[1]

*

¿Por qué, en un mundo al borde del colapso, varios gobiernos podían estar tan interesados en este alemán de mediana edad? ¿Quién era Willi Münzenberg?

Se trataba de un comunista importante, pero era algo más. Desde 1921, Lenin le había encargado una serie de misiones, algunas muy públicas, otras muy secretas, que habían hecho de este hombre pictórico de energía el director *de facto* de las operaciones clandestinas de propaganda de la Unión Soviética en Occidente.

El campo de las operaciones clandestinas de propaganda es un área en el mundo de los servicios secretos que rara vez ha sido estudiado. En consecuencia, casi se ha ignorado el papel de esas operaciones tanto en la política cultural como en la política del poder. Sin embargo, si rastreamos a Münzenberg desde su relación con Lenin hasta el bosque en que halló la muerte, el sendero recorrido nos puede servir de hilo de Ariadna a través de gran parte de la política del siglo XX. Los vericuetos de su carrera están vinculados con las operaciones más secretas de la política revolucionaria y con acontecimientos culturales de la mayor importancia en este siglo. Veremos la relación del Kremlin con el grupo de Bloomsbury; observaremos cómo las secuelas de sus operaciones iban del Elíseo a Hollywood para volver a la Rive Gauche del Sena; de la vida de Ernest Hemingway en España a André Gide hablando en el funeral oficial de Máximo Gorki. Es una madeja que se adentra por incontables misterios y atraviesa muchos encuentros con traiciones, terror y asesinatos, uno de los cuales podría ser el del mismo Münzenberg. Se dirige a la segunda guerra mundial. Se dirige a los orígenes de la guerra fría.

Münzenberg fue camarada de Lenin en los días prerrevolucionarios de Suiza y un personaje influyente del círculo bolchevique original. Lenin hacía sus preparativos en la Berna de 1915, expectante y colérico mientras esperaba que la guerra se convirtiera en Revolución. Münzenberg era entonces un joven extremista aún sin afiliación, pero predispuesto para ello por su talento y su rabia. En 1914 había conocido a León Trotsky y éste, al detectar su valía, decidió presentárselo al mismísimo Lenin.

Lo que Trotsky había entrevisto en el mozo bravucón de veintiséis años era un talento especial para el trabajo secreto. Münzenberg fue presentado al futuro dictador como una especie de niño prodigio, tal como hoy se consideraría a un genio de la informática. Desde su temprana adolescencia, había suministrado a toda clase de grupos revolucionarios redes clandestinas: sistemas secretos para transmitir información, blanquear dinero, falsificar pasaportes y pasar gente por fronteras muy vigiladas como por obra de magia. Parecía como si el muchacho pudiera crear una red de la nada. Cuando Lenin lo conoció, las informaciones de Willi ya circulaban por toda Europa sin ser detectadas. Las conspiraciones viajaban en frascos de mermelada y cajas de cigarros; documentos falsos llegaban en paquetes de alimentos; planes para acciones encubiertas quedaban ocultos pero en movimiento. Incluso se las había ingeniado, por cuenta propia, para introducir un topo dentro del Vaticano. Trotsky se dio cuenta de que allí había un joven radical que Lenin podía *utilizar*.[2]

Lenin quedó impresionado y presentó su descubrimiento a Karl Radek, que, a partir de entonces, formaría con él una especie de equipo. Radek era un extremista polaco, muy conversador, un intelectual calculador y con ínfulas literarias. Estaba llamado a ser el racionalista de la Revolución. Era brillante y locuaz, el protegido cínico y divertido de otro polaco, el conde Félix Dzerzhinski, el hombre sin sentido de humor que será recordado para siempre como el infame inventor del Estado policial.[3]

Entre los hombres de Lenin, el vínculo que unía a Dzerzhinski, Radek y Stalin es un elemento del máximo interés. Vistos en conjunto, representan tres de las características esenciales para forjar un Estado de terror. Dzerzhinski era el auténtico creyente, el fanático santificado del poder absoluto del Estado. Por otro lado,

Stalin era su político definitivo, su gran estratega y burócrata. Radek era el apologista y propagandista del nuevo Estado, el creador de su racionalidad intelectual, el hombre que fabricó su «rostro humano» y muchas de sus mentiras.

Dzerzhinski fue el fundador de la Cheka, luego rebautizada OGPU, más tarde NKVD y por último KGB, el hombre que convirtió a la policía secreta en la principal herramienta de la justicia revolucionaria.[0] Por tanto, resulta muy apropiado que en los grandes días de agosto de 1991, las muchedumbres celebraran la caída del marxismo-leninismo en Rusia derribando la monumental estatua de este monstruo del fanatismo que se erigía frente al cuartel general de la KGB.

El conde Felix fue el gran ideólogo del odio y como tal es fácil de odiar. Lo que resulta inexplicable y problemático es tratar de imaginar cómo pudo hacerse con tanta lealtad y cariño. Porque Dzerzhinski distaba mucho de ser una simple mala bestia; no era un monstruo insensible. Se trataba de un hombre cuya pasión, capacidad de autosacrificio y fe ganaban para la Revolución la lealtad de gente sin duda motivada por las más altas aspiraciones morales de su tiempo. Tanto para el joven Whittaker Chambers como para el joven Isaac Babel, Felix Dzerzhinski era un visionario, un ser que traía la justicia real a un mundo real y que hacía factibles los más altos ideales de la vida.[4] En los gloriosos días de la Revolución, cuando Dzerzhinski y Stalin sentaban las bases del Estado policial totalitario, la vida en la Cheka parecía investida con el prestigio de los elegidos tanto en Rusia como en el extranjero. Fuera, ¿qué era el trabajo secreto sino el oficio de la liberación definitiva de la humanidad? Y en casa, ¿quiénes eran los agentes de la Cheka sino los ángeles justicieros de la Revolución? Ciertamente, la policía secreta en sus días de inocencia, antes de que se convirtiera en un obvio reducto de asesinos y malhechores, parecía el hábitat natural de una nueva clerecía, un alto sacerdocio puritano, devoto en su ateísmo. Allí estaban los vengadores de antiguos males; allí estaban los creadores del nuevo paraíso, la nueva tierra. Isaac Babel, el hombre irónico y amable que luego sucumbió al Terror, empezó su carrera revolucionaria sirviendo en la Cheka. Uno de los agentes de la NKVD más eficaces para dirigir a los espías de Cambridge era un sacerdote retirado, un hombre de

una catadura moral torturada, pero claramente superior: Theodore Maly. Volveremos extensamente a Maly más adelante.[5] Diana Trilling cuenta que su boda con Lionel Trilling fue oficiada por un rabino para quien Felix Dzerzhinski representaba (con un deje de ironía) un parangón heroico.[6] Ningún líder de la Revolución, ni siquiera el mismo Lenin, despedía más olor a santidad que este aristócrata polaco, sardónico y ególatra, un Savonarola que accedió a la apoteosis con un poder totalitario del que fue su principal inventor.[7] Ascético, trastornado por la Revolución, cegado por certezas irrefutables, radiante de odio, Dzerzhinski era el Santo Terror en persona.

Su protegido Radek, en cambio, era el cínico burlón de la racionalidad revolucionaria. Así como Dzerzhinski creía que cualquier muerte quedaba justificada si servía a la Revolución, Radek pensaba que cualquier mentira era justa a la luz de la verdad política. Sólo superficialmente esta relación puede parecer improbable. La santimonia del uno y el cinismo del otro se combinaban en una fusión de fe, descreimiento y desprecio que los unía desde los tempranos días de Varsovia. Es una de las paradigmáticas alianzas morales de nuestro tiempo. Mientras tanto, fuera de Rusia, en el oeste, la dinamo jovial que organizaba esta alianza y que la transformaba en un nuevo sistema de poder, el de mentir por la verdad, se llamaba Willi Münzenberg.

*

Münzenberg era un bicho raro entre la clase dirigente del comunismo alemán ya que provenía realmente de la clase obrera. Eran contados, entre las verdaderas luminarias del comunismo alemán, los proletarios duros de los suburbios de Berlín que formaban la base del partido. La mayoría de los líderes eran intelectuales, hijos e hijas de la clase media alta. Pero Willi era auténtico: el hijo de un tabernero alcohólico de Turingia, quien cuando su hijo era un niño, un buen día se mató limpiando su arma en estado de ebriedad. En su adolescencia, Willi había sobrevivido como aprendiz de barbero. Es posible que las genuinas privaciones de su juventud puedan explicar por qué, a diferencia de camaradas más privilegiados, nunca cultivó la imagen de pobreza una vez

conseguido el poder. Por el contrario, iba y venía por la Kurfürstendamm en un inmenso Lincoln con chófer; entraba y salía de los salones del poder protegido por un guardaespaldas. Como un capitán de la industria o un gángster de Chicago, su peluquero particular lo afeitaba y le hacía la manicura cada día. Vivía en un barrio de clase alta de Berlín. Su piso estaba decorado al estilo Biedermeier; su forma de vida no estaba afectada por el acostumbrado estilo desabrido de los comunistas.

Sin embargo y pese a su elegante entorno, era un comunista de pies a cabeza. Sus fotografías de juventud nos muestran a un joven alemán endurecido pero bien vestido, con un físico enjuto pero compacto, ágil, sólido y pletórico de energía. Tenía una cabeza cuadrada y grande para un cuerpo tan pequeño. La frente ancha y despejada, rematada por cabellos cortos y encrespados. Su mirada, aunque cálida, es astuta. Observa la cámara con un furtivo destello letal. El rictus de sus labios puede volverse cruel fácilmente; parece brindar una sonrisa sólo bajo ciertas condiciones. Su imagen no se limita a la de un tipo duro. A puerta cerrada y en privado, sacaba a relucir todos los hábitos tajantes del acostumbrado a mandar, dando órdenes como un sargento de instrucción malhablado y desagradecido mientras golpeaba la mesa con sus toscas manos de obrero. Cuando daba una orden, se le obedecía. Era al mismo tiempo un ejecutivo y un agitador nato. Siguió siendo ambas cosas incluso después de que Lenin lo convirtiera en un «potentado rojo» que vestía trajes a medida y viajaba en limusina. Arthur Koestler, que le conocía bien, decía que era «un orador feroz, demagógico e irresistible». Su voz resonaba por los techos de los salones de la República de Weimar. Entusiasmaba a las multitudes. Tenía el don incendiario. Koestler cuenta que «daba la impresión de que chocar contra él podía ser como colisionar con una locomotora… Willi irrumpía en los salones con la naturalidad de un tanque que atraviesa las paredes… De su persona emanaba tal autoridad que he visto a ministros socialistas, a banqueros veteranos y a duques austríacos comportarse como colegiales en su presencia».[8]

Münzenberg estaba «casado», aunque al estilo bohemio de los radicales de entreguerras, o sea, sin ceremonia. Su esposa era una

hermosa mujer llamada Babette Gross, de buen físico, muy alta y esbelta. Era una aristócrata prusiana sumamente inteligente, hija de un rico bodeguero de Potsdam. Había recibido una educación excepcional; era políglota como su hermana, Margarete Buber-Neumann, quien, tras un primer casamiento con un hijo del filósofo Martin Buber, había contraído segundas nupcias con un importante comunista alemán, Heinz Neumann, un intelectual revolucionario miembro de la dirección del partido.

Aunque Babette era una radical extremista y una comunista militante, nunca dejó de ser una niña bien. En su juventud y madurez, los modales de su clase debieron fundirse con su postura política y su estilo de vida. A los ojos de Willi, debió de parecer no sólo hermosa, sino la puerta a todo un mundo. Incluso cuando conocí a Babette Gross en su vejez, su personalidad aún parecía impregnada del estilo prusiano de sus padres. Poseía un sentido de la autoridad que debía de ser semejante al de Willi. Habían formado una pareja como hombre y mujer; pero también lo fueron a buen seguro en su sentimiento de poder.

De hecho, gran parte del comunismo alemán en la época dorada de entreguerras puede rastrearse hasta dar con unas contadas familias sumamente intelectuales, a menudo pertenecientes al ámbito universitario, de clase media alta, gente que pertenecía más al mundo de Thomas Mann y sus personajes pensantes que a las infectas callejuelas de Bertolt Brecht. No, no se trataba sólo de Babette y su distinguida hermana, sino de otros brillantes clanes académicos como los Eisler o los Kuczynski, dos familias pletóricas de intelectuales radicales que se convirtieron en espías, dirigentes influyentes y agentes secretos en la segunda guerra mundial y en la guerra fría: Hanns y Gerhart Eisler y su hermana Ruth Fischer; Jürgen y Ruth Kuczynski, guiados por su padre, Robert René Kuczynski.[9] Robert René estuvo vinculado estrechamente con Willi durante todos los años de la República de Weimar y siguió siendo un virtual «hombre de Münzenberg» incluso después de que Hitler desmantelara la izquierda alemana.

Fue un influyente refugiado que enseñaba en la London School of Economics, pero prestando sus servicios a la Revolución encubierto por las duplicidades del aparato más o menos legal de Münzenberg. Sus hijos Jürgen y Ruth penetraron más

profundamente en la zona sombría del entorno de Münzenberg; ambos dieron el paso hacia el espionaje de verdad. Durante la guerra, Jürgen sirvió como agente infiltrado en la inteligencia militar norteamericana, el OSS. Ruth recibió entrenamiento en Rusia en una escuela para acciones encubiertas fundada en concomitancia con Willi por el servicio secreto del Komintern. Primero trabajó en China en las operaciones ilegales de Willi. Más tarde, durante la guerra, hizo famoso su alias, «Sonia», en Inglaterra espiando a los británicos mientras acechaba en el Bletchey Park.[10] Era gente que entendía perfectamente la guerra de ideas porque pertenecían a la clase enemiga, clase a la que accedió Münzenberg como un extraño, pero que aprendió a dominar y utilizar como pocos.

Cuando la conocí en 1989, Babette Gross ya tenía noventa y un años y seguía tan esbelta como siempre. Al igual que su hermana, aún tenía el espíritu inmerso en los tremendos acontecimientos por los que había pasado. Ese julio, después de considerarlo largamente, decidió concederme toda una semana de entrevistas en su pequeño apartamento de la Einsteinstrasse de Múnich. Yo llegaba cada mañana con mi grabadora y ella me guiaba por la historia del siglo vista desde la perspectiva de su vida en común con Willi Münzenberg. Era curioso oírla hablar de Lenin como de alguien próximo. «A Münzenberg siempre le impresionaba la habilidad *política* de Lenin. Usted sabe, nunca se olvidaba de un nombre.» O de Trotsky, a quien debió de conocer en México. «Siempre se comportaba como un clásico intelectual francés.» Aunque era directa y natural, a veces retomaba a los modismos de su clase. Por ejemplo, en dos ocasiones mencionó a «mi hermana, Buber-Neumann».[11]

Al lado de Willi, había conocido no sólo a los principales dirigentes del partido alemán, sino también a muchos de los fundadores de su servicio secreto. Entre éstos destacaba Ignace Reiss, el gran maestro del espionaje, quien en cierto modo fundó el servicio secreto soviético en Europa. Le pregunté sobre Richard Sorge, el espía alemán no menos extraordinario que, camuflado como nazi, se infiltró en el alto mando japonés hasta su traición en

los últimos días de la guerra. Babette me miró largamente, luego sonrió. «Lo conocí cuando era joven y hermoso.»

Hablaba un inglés excelente y pausado, lleno de modismos, sorprendente en una persona que, por lo que sé, jamás residió en un país de habla inglesa. Siempre estaba alerta y su compostura era aristocrática y natural a la vez. Durante las largas horas de conversación con ella, sus palabras siempre fueron precisas e incisivas. Su modo de analizar la política, ya fuera sobre las noticias que aparecían ese julio en Alemania, o sobre conspiraciones de hacía medio siglo, era implacable y tajante. No se andaba con tonterías ni permitía desviaciones de la verdad tal como ella la entendía. Al escuchar a Gross hablar sobre la política europea de aquellos días, yo recordaba que esta mujer había compartido su vida con un hombre cuyos informes políticos en París, tras su ruptura con Stalin, eran escuchados por veteranos agentes de los servicios de inteligencia de varios países como si fueran colegiales. [12]

Cuando la conocí, a Babette le quedaba poco tiempo de vida. En el otoño e invierno de 1989 siguió paso a paso el desmoronamiento del comunismo alemán, que se aceleraba y superaba cualquier esfuerzo por contenerlo. En nuestras charlas telefónicas de esos días, seguía prestando toda su atención a lo que sucedía. Había vivido toda su vida a favor o en contra de los hechos que ahora llegaban a su tremenda conclusión; había habitado cerca o en el meollo del mayor drama político de su tiempo. Ahora ese drama, al igual que su vida, llegaba a su fin. Cayó enferma, y enferma se trasladó a Berlín para que la trataran. Por tanto, regresó a la ciudad de su juventud cuando el círculo se cerraba. Babette estaba en Berlín cuando cayó el Muro.

Y habiéndolo visto caer, allí murió en enero de 1990.

Karl Radek parece haber sido el superior de Münzenberg en el círculo íntimo de Lenin. Fue quien lo promocionó, aunque a la edad de treinta años no era mucho mayor que él. Antes de la Revolución, el cargo de Radek era como el de un agente de prensa. Los bolcheviques eran adictos a los periódicos, a todos y cada uno de ellos. Era una de sus obsesiones más características. El tren herméticamente cerrado que transportó a Lenin hasta la estación de

Finlandia estaba inundado hasta el techo de periódicos en todos los idiomas imaginables. Tras las cortinas de los vagones, los revolucionarios pasajeros se pasaban las horas leyendo. Mordisqueando su pipa, despreciando a los periodistas, a los que halagaba y engañaba, el joven ya era un experto en las artes de la información y la desinformación. Radek y Münzenberg escoltaron a Lenin en Zurich hasta la plataforma llena de gente y el tren en que encerraron a los bolcheviques («como bacilos en un tubo de ensayo», diría Churchill) para su viaje al norte atravesando Alemania, rumbo a su revolución. A Radek le dieron un camarote contiguo al del futuro dictador. Münzenberg no viajó al parecer por algún problema con su nacionalidad alemana. Justo antes de que partiera el tren, Lenin se dirigió a Radek o a Münzenberg y pronunció la famosa frase: «Dentro de seis meses, estaremos en el poder o colgando de la horca».[13] Y así fue. Después de que Lenin conquistara la Revolución, pudo hacer de sus protegidos dos de los hombres más poderosos del mundo.

Münzenberg se encontró en el poder. Era un hombre de acción al que le faltaba la vida cuando carecía de la posibilidad de mandar. A diferencia de sus camaradas Radek, Bujarin o el mismo Lenin por supuesto, no era de ninguna manera un intelectual. No disponía de sensibilidad para derrotar la soledad ni para convertir hasta la falta de poder en una especie de oportunidad. También era un provinciano. Aunque entonaba la *Internacional*, nunca habló otro idioma más que su alemán materno. Y era un alemán elemental y con un fuerte acento de Turingia. No tenía ningún talento literario. Se publicaron cientos de libros encargados en su nombre, algunos memorables, otros incluso de importancia duradera, pero él a duras penas podía pergeñar un solo párrafo. Todo lo que se publicó con su firma fue obra de anónimos escribientes.[14]

La personalidad necesaria para organizar desde la sombra la vida de los servicios secretos es más propia de un ejecutivo que de un aventurero. Así fue la de William Donovan, de la OSS; lo mismo sucedió con Sir William Stephenson, el «intrépido» de Churchill. Y así fue con Münzenberg. Los Archivos Centrales demuestran de forma fehaciente que las organizaciones y las redes de simpatizantes

y propagandistas bajo su dirección estaban totalmente interconectadas con los servicios secretos del Komintern, así como con otras agencias del espionaje soviético.[15] Pero Willi no era un hombre de acción, de trinchera; eso lo dejaba para otros, gente subordinada a él o a sus hombres. Tampoco era el burócrata pusilánime de Le Carré. Pensaba como un potentado. De no haber sido un revolucionario, habría sido un brillante millonario hecho a sí mismo. El personal sumiso y a sus órdenes, el estilo Biedermeier, su peluquero particular y su limosina, todo hace recordar más a Henry Luce que al Karla de Le Carré.

He aquí el retrato que trazó Gustav Regler cuando huyó de la Alemania nazi y se hizo cargo de la contrapropaganda soviética tras la toma del poder por Hitler: «Se pasaba los días en una pequeña habitación trasera de una casa en el Boulevard Montparnasse, sentado ante un escritorio con montones de papeles… El teléfono no rompía su aislamiento. Cuando sonaba, su secretaria se abalanzaba y contestaba mientras Münzenberg esperaba impaciente y al final resolvía el problema con una sola frase. Tenía la calma y la intensidad de un maestro del ajedrez que va de mesa en mesa jugando veinte partidas al mismo tiempo».[16]

Antes y después de Hitler, el verdadero papel de Münzenberg en el mundo era un secreto celosamente guardado, aunque, en concordancia con su particular idiosincrasia, sabido por todos. Tenía un talento especial para la propaganda. Porque Willi Münzenberg fue el primer gran maestro de dos clases bastante novedosas de espionaje, de importancia decisiva en este siglo y muy útiles para los soviéticos: la operación secreta de propaganda y el «simpatizante» secretamente manipulado. Su objetivo era crear en el Occidente bien pensante y no comunista el prejuicio político predominante en la época: la creencia de que cualquier opinión que pudiera servir a la política exterior de la Unión Soviética provenía de la esencia de la decencia humana. Quería esparcir la sensación, como una ley de la naturaleza, de que criticar en serio o desafiar la política soviética era prueba inequívoca de ser una mala persona, intolerante y posiblemente inculto, mientras que apoyarla era prueba infalible de poseer un espíritu progresista, comprometido

con todo lo que era mejor para la humanidad, sin duda marcado por una sensibilidad refinada y profunda.

A fin de crear las redes de organizaciones y de simpatizantes, Münzenberg utilizó todos los recursos imaginables de propaganda, desde la opinión cultural de altos vuelos hasta medios populacheros y circenses. Organizó los medios de comunicación: periódicos, cine, radio, libros, revistas, el teatro. Involucró a toda clase de líderes de opinión: escritores, artistas, actores, comentaristas, clérigos, profesores, empresarios, científicos, psicólogos, cualquiera cuya opinión fuera respetada por el público.

Su propia vida pública era muy ostensible. Antes de huir de Alemania tras el incendio del Reichstag en 1933, era un editor alemán, pero de hecho un gran editor que controlaba una cadena impresionante de publicaciones de izquierdas. También era un político. Como buen leninista, repudiaba naturalmente la democracia representativa y pretendía destruirla, pero le resultaba útil ser miembro del Reichstag, donde el partido le había asignado un escaño muy seguro. La lóbrega Sala de Sesiones, el sitio donde se reunía la democracia alemana, era un lugar sofocante con las paredes recubiertas de madera y polvorientos cortinajes de brocado. El 22 de febrero de 1933 esa madera y esos brocados prenderían en un incendio lo bastante trascendental como para permitir que Hitler se hiciera con el poder totalitario y que se iniciara el enfrentamiento ideológico que condujo a la segunda guerra mundial. Pero hasta entonces, en el Reichstag resonaban a menudo las palabras extremistas e iracundas de Münzenberg. Allí se destacaba pasando al lado de Goebbels, su rival y secreto admirador, resplandeciente ante los focos de luz, listo para intervenir una y otra vez en la política de jaque mate de la República de Weimar, a la que nadie importante parecía tener el menor deseo de salvar. Desde luego que no Goebbels. Tampoco Münzenberg sin la menor duda.

Por último, Münzenberg estaba a cargo de una organización comunista de ayuda humanitaria conocida como Socorro Rojo Internacional, o SRI. Pertenecía también, por nombrar sólo unas pocas organizaciones similares, a la conocida por su acrónimo ruso, MRP, y Münzenberg era muy influyente en otras como el MOPR, el Socorro Obrero y (en Norteamérica) el International Labor Defense,

o ILD. El SRI no fue tomada muy en serio por los poderosos de Europa. Parecía ser una institución meramente idealista, o al menos vulgar, una especie de Cruz Roja para la revolución que patrocinaba buenas acciones para la extrema izquierda: eventos culturales para despertar las conciencias, recaudaciones de fondos para los perseguidos, reparto de sopas populares para los huelguistas en sucios patios de fábricas.

Las sopas populares eran lo de menos.

La verdadera y secreta misión de Münzenberg en el mundo político, una misión que los expertos *sí* tomaban en serio, era dirigir los lazos invisibles entre la propaganda y el gran poder.

Su tiempo de esplendor duró poco menos de quince años, desde la plaga del hambre en la región del Volga en Rusia y el caso Sacco-Vanzetti en Norteamérica hasta la guerra civil española. A lo largo de ese tiempo, logró un éxito sorprendente movilizando a la intelectualidad occidental en pro de un conjunto de posturas políticas y éticas que satisfacían las necesidades soviéticas. En el proceso, organizó y definió la agenda moral ilustrada de su época. En cierto sentido, el aparato de Münzenberg fue el factor clave que marcaba el rumbo de las posiciones políticas con que hoy caracterizamos los años treinta. Cientos de grupos y de comités operaban bajo sus auspicios o los de sus agentes. Los nombres famosos bajo su influencia o manipulados, regularmente por los «hombres de Münzenberg» conforman un listado asombroso de notables de aquella época, de Ernest Hemingway a John Dos Passos, de Lillian Hellman a George Grosz, de Erwin Piscator a André Malraux, de André Gide a Bertolt Brecht, de Dorothy Parker a… Kim Philby, Guy Burgess y Anthony Blunt. Sin duda, todo el aparato cultural e intelectual del estalinismo «idealista» fuera de Rusia y gran parte de su *apparat* secreto operaban en el seno de un sistema que Münzenberg había puesto en funcionamiento.

Por supuesto, la mayoría de los simpatizantes controlados por estos agentes, y sin duda la mayoría de la gente que imbuía de idealismo las organizaciones de Münzenberg, no tenían la más remota idea de que sus conciencias estaban siendo orquestadas por agentes de Stalin. En su mayoría eran auténticos creyentes, gente

que soñaba con un nuevo «humanismo» socialista y radical dirigido por los soviéticos. Con cierto menosprecio, Münzenberg tildaba de «inocentes» a esta gran horda de fieles radicales. El título con el que él mismo bautizó a los frentes creados para guiar y dirigir a sus militantes moralmente comprometidos aunque políticamente ilusos fue el de «clubes de inocentes».[17] Un nombre revelador. Por un lado, señala a todos aquellos miles que no estaban «al corriente», para usar una expresión de espionaje. Esa era la situación de prácticamente todos. En cualquier organización secreta es muy bajo el número de gente que conoce realmente los planes y la identidad verdadera de sus miembros. Cuantos menos, mejor.

Pero el término «inocencia» también implica una motivación. Me refiero a la necesidad del bien en el sentido bíblico. El ansia de una justificación moral para la propia vida es una de las necesidades más profundas, una de las fuerzas más poderosas e intrínsecamente humanas que existen. En sus «clubes de inocentes», Münzenberg proporcionó a dos generaciones de izquierdistas lo que podríamos denominar el foro del bien. Acaso más que nadie en su tiempo, desarrolló lo que podría considerarse la principal ilusión moral del siglo XX: la noción de que en esta época, el principal escenario de la vida moral, el verdadero reino del bien y del mal, era la política. Él fue el organizador invisible de esa modalidad política, indispensable en una cultura de oposición al sistema que podríamos llamar la Política del Bien. La misma frase, «clubes de inocentes», demuestra cómo los temas políticos manipulados por Münzenberg llegaron a servir a muchos como un sustituto de la fe religiosa. Ofrecía a todos sin excepción un papel en la búsqueda de la justicia. Al definir la culpabilidad, proponía inocencia a sus seguidores. Y millones lo aceptaron.

Y el drama es que en este foro, esos compromisos honorables, serios y nobles fueron utilizados secretamente en aras de realidades profundamente siniestras. Münzenberg sirvió al estalinismo no sólo con todos los recursos de la propaganda sino que inventó otros, desde la marcha de protesta al juicio paralelo, del congreso politizado de escritores a los festivales artísticos, de la carta pública de una celebridad a los comités *ad hoc* para innumerables causas. Como dijo Koestler, «producía comités como un ilusionista saca conejos de la chistera».[18] Sus modelos para moldear la opinión

pública progresista perduraron y le sobrevivieron alimentados por su propia fuerza moral. Claramente, un fenómeno como el del Tribunal Bertrand Russell para Crímenes de Guerra, reunido en Estocolmo durante la guerra de Vietnam, fue instituido para emular consciente o inconscientemente el paradigma de Münzenberg. De hecho, gran parte del Movimiento por la Paz en Vietnam, con sus marchas y sus comités conjuntos, funcionaba del mismo modo. A principios de siglo, Willi había liberado el poder tremendo de aquellos que saben cómo fijar la agenda del Bien. Pero él también sabía, como lo demuestra su propio destino, que puede utilizarse esta forma de poder para fines malignos.

*

El instrumento con que Münzenberg organizó tal poder cultural fue la Internacional Comunista, o como siempre se la ha conocido, el Komintern. En muchos aspectos, era la institución leninista por excelencia, conformada desde su origen por las dos principales pasiones de la personalidad política de Lenin: su obsesión por el secreto y su preocupación por el poder absoluto. Sus objetivos nunca fueron ni remotamente democráticos ni reformistas. Jamás tuvo la más mínima intención de ayudar a ningún sector de la izquierda que no estuviera bajo el completo control soviético.[19]

Lenin fundó el Komintern en 1919 como un medio para propagar la revolución rusa y consolidar el dominio del marxismo-leninismo en la izquierda mundial. El propósito del nuevo dictador era agrupar a los radicales del mundo en una gran red de partidos comunistas bajo el control de *la* Revolución, *su* Revolución. En su fantasía, Lenin veía al Komintern como el medio para extender una especie de larga mecha que serpentearía desde Rusia hasta Europa y, sobre todo, hasta esa bomba gloriosa e inmensa que más le obsesionaba: Alemania. *El barril de pólvora de Europa*, era una de sus frases favoritas. E *Iskra*, la chispa, era la cabecera de uno de los periódicos más importantes de la primera época revolucionaria. Lenin se propuso que el barril explotara con una chispa encendida por él mismo y que viajaría sibilante por la invisible red incendiaria del Komintern, un fuego vigorizante que iría directamente desde su propio despacho hasta el gran polvorín alemán. Por fortuna para la

Europa de los años veinte, la mecha no funcionó. Aun así, la red del Komintern había sido bien tendida y echado raíces. Cuando llegó Stalin, aún estaba lista para que la usara el nuevo dictador. Mientras tanto, a Europa se le había acabado la suerte.

No debe extrañamos que el primer congreso del Komintern en 1919 fuese una reunión prevista para iniciar la transformación del mundo. Pese al ambicioso objetivo, no se trató de una convocatoria muy impresionante. Lenin se repantigaba en el podio de una pequeña sala cerca de los Tribunales de Justicia de Moscú y presidía a unos treinta y cinco «delegados», la mayoría de los cuales socialistas de paso por la ciudad. Eran contados los que tenían algún peso en la política de su país. El «delegado» inglés era el secretario de Cicherin, un ruso emigrado que en un tiempo había sido sastre en Inglaterra. El «representante» japonés tenía el apellido tan poco asiático de Rutgers, alguien que se había pasado unos meses en Japón. En un momento dado, Lenin pasó una nota a Angelica Balanoff ordenándole que tomara la palabra y anunciara «la presencia del partido socialista italiano». Ella se quedó de una pieza. Ese grupo no estaba en la sala y ella ni siquiera había contactado con ellos. Un testigo inglés escribió que «todo el asunto olía a irrealidad».[20]

El congreso fue irreal porque así lo quiso Lenin. En efecto, lo que menos deseaba era una reunión en la que los socialistas internacionalistas pudieran hacer mella en su poder con el balbuceo de sus mezquinas ideas, sus tontas opiniones y sus frívolas (una de sus palabras Favoritas) reservas. El congreso pretendía dar la apariencia de una amplia base que en los deseos de Lenin serviría como arsenal compacto, secreto y ciegamente obediente bajo el control de su gobierno. Una vez se hubieron dispersado los afligidos delegados, él se sacó de la manga un artículo en *Pravda* anunciando descaradamente que «los soviets han realizado conquistas por todo el mundo».[21]

*

Ese era el Komintern imaginario. El verdadero Komintern era un cuerpo de disciplinados revolucionarios profesionales con la misión de fortalecer la hegemonía leninista en todo el movimiento

socialista mundial. Para este fin, contaba con su propia red de propaganda y su propio servicio secreto. Ambas organizaciones estaban íntimamente interconectadas entre sí y con otros servicios secretos soviéticos. Su trabajo era legal e ilegal y, como en el caso de Münzenberg, lo legal y lo ilegal a veces se mezclaban con alardes de ingenio. El servicio secreto era conocido como el OMS y Münzenberg mantuvo una continua colaboración con él. Los Archivos Centrales muestran sus organizaciones infiltradas y rodeadas por redes secretas. También trabajó en estrecha colaboración con Mirov-Abramov, el director del OMS. Además, hay pruebas concluyentes de que sus principales subordinados estaban secretamente conectados con otros servicios ajenos al Komintern. [22] Una de las tareas de Münzenberg era inventar modos de velar la distinción entre trabajo legal e ilegal y, tras echar cortinas de humo, instalar a sus hombres en la resultante tierra de nadie.

Aunque con un rostro muy público, la red cultural trabajaba de consuno con profundas redes de espionaje. Existen pruebas terminantes de que dos de los principales colaboradores de Münzenberg, Louis Gibarti y Otto Katz, eran no sólo agentes del Komintern, sino (posiblemente sin el conocimiento de Willi) también agentes de la NKVD.[23] Gibarti y Katz formaban un equipo extraordinario. Ellos *sí* que sabían algo de las trincheras. Un seguimiento de sus habilísimas maniobras a lo largo de la primera mitad del siglo nos llevaría de sorpresa en sorpresa. Gibarti era un húngaro elegante, simpático, políglota y locuaz. Babette decía que se parecía «a un *cavalier* de la ópera». Se le considera el padre fundador de la moderna mezcla de propaganda con espionaje y acciones encubiertas. Aunque su *modus operandi* le hacía parecer un agente «legal» del Komintern, sus organizaciones «perfectamente legales» fueron pioneras en el arte de hacer en público trabajos de inteligencia. Probablemente fue Gibarti quien en 1934 guió a un joven recluta llamado Kim Philby hasta Viena pasando por el frente «perfectamente legal» de París. En Viena Philby daría sus primeros pasos como agente secreto.[24]

Las organizaciones «legales» podían perseguir sus objetivos de propaganda al tiempo que proporcionaban cobertura para acciones

ilegales. Consideremos, por ejemplo, ese paraíso de los intelectuales, las librerías. En sus primeros tiempos, el Komintern solía usar las librerías como centros de propaganda y como frentes para transmitir información al *apparat* de espionaje. En Shanghai, Richard Sorge utilizó ese medio para su red. La librería tenía un nombre maravilloso, la «Zeitgeist Bookshop». En Nueva York en los años treinta, Walter Goldwater, un librero entonces comunista, fue abordado por Whittaker Chambers, entonces alias «Hugh Jones», y éste le pidió que abriera una librería cerca de la Universidad de Columbia. El cuarto trasero se usaría para la red de espionaje. De modo similar, Münzenberg fue un pionero en la creación de agencias de prensa que, por un lado, gestionaban la venta de un periodismo perfectamente legítimo hecho por profesionales independientes a legítimas publicaciones y, al mismo tiempo, colocaban historias prefabricadas por el *apparat* con fines propagandísticos y servían de cobertura para el flujo de la información obtenida por los espías. Gibarti parece haber participado en este invento.[25]

Pero la red de información de Münzenberg controlaba periódicos y emisoras de radio, dirigía compañías de cine, creaba clubes de libros, tenía revistas, patrocinaba giras de publicidad, empleaba a periodistas y encargaba libros. Colocaba artículos y fundaba organizaciones para encauzar a los «inocentes». Por emplear la jerga de nuestros tiempos, era una empresa multimedia. No obstante, difería en muchas cosas de la BBC, Time, Inc. o incluso de un explícito medio de propaganda como Radio Liberty. Para empezar, muchos de sus empleados ocultaban la verdadera conexión y operaban con alias. Otros muchos llevaban la clásica doble vida, a veces cambiando por completo sus identidades, encubriendo su auténtica misión a ojos de sus amistades, incluso de sus cónyuges, y ciertamente de sus jefes, entre los que a veces se encontraban editores y productores ajenos a lo que se tramaba y de ideas ni remotamente de izquierdas.[26] En suma, eran agentes secretos, gente que vivía y trabajaba, por más que lo hicieran en público, en un sitio que llamaré el mundo secreto: el reino del acopio de información, acciones directas, infiltraciones encubiertas, influencias clandestinas, sabotajes, discretos chantajes, lo que el contraespía norteamericano James Jesus Angleton, citando a

T.S. Eliot, denominó «una selva de espejos». Su cometido no se limitaba a los medios de comunicación. Münzenberg también frecuentaba a empresarios que podrían usarse para el espionaje industrial tanto en Europa como en Estados Unidos. Dada la obsesión de Lenin por la electrificación, un objetivo temprano fue la General Electric, por ejemplo.[27] Y cuando la Revolución aún era joven, fue función de Münzenberg la creación de una imagen pública y persuasiva para este inmenso e invisible emporio.

Münzenberg comprendió claramente que la Revolución requería algo más que ganarse a «las masas». Hablando ante un Komintern lleno de intelectuales, recalcó sus palabras: «*Debemos organizar a los intelectuales*». La Revolución *necesitaba* creadores de opinión de la clase media, artistas, periodistas, «gente de buena voluntad», novelistas, actores, dramaturgos… *humanistas*, gentes cuyas inocentes sensibilidades aún no estaban cauterizadas por el genuino acero al rojo vivo de los radicales. A Lenin le espantaba la idea. He aquí la gente que él más detestaba; él, que detestaba a tanta gente. ¿Bienintencionados de clase media? ¿Intelectuales burgueses aferrados a su preciosa libertad de conciencia? Lenin los hubiera encarcelado y matado a millares. Le llevó un buen tiempo, hasta 1921, consentir que también se los usara.

«Debemos evitar ser una organización puramente comunista», explicó Münzenberg a sus hombres. «Debemos atraer a otros nombres, otros grupos, para dificultar la persecución.» Creadores de opinión de clase media, simpatizantes liberales, por más que los despreciasen los bolcheviques duros, tenían que ser utilizados. Su participación debió de parecer una línea blanda a los leninistas puros, pero, como señaló Münzenberg, el barril de pólvora no explotaba pese a las innumerables mechas. Münzenberg atajó a esos puristas impacientes, pletóricos de un absoluto fanatismo, con un «Yo también prefiero a los rojos cien por cien».[28]

Por último, estaban la búsqueda y la organización de una categoría especial del influyente creador de opinión, la del simpatizante. Aunque a Lenin no le caían muy bien los humanistas

burgueses, ni ciertamente ningún tipo de humanistas, a regañadientes llegó a aceptar lo que Stalin jamás dudó: para lograr su objetivo, era menester que la Revolución fuera de Rusia explotara a los simpatizantes no comunistas, en especial a los líderes culturales, simpatizantes capaces de poner en marcha la agenda del Bien. A la opinión pública occidental jamás se la debía conducir desde una plataforma estrictamente bolchevique. Los idealistas del mundo jamás confiarían en un liderazgo tan obviamente definido por el fanatismo, tan claramente comprometido con una pura e ilegal política de fuerza mayor, tan manifiestamente predispuesto al odio. Se hacía necesario que estos «portavoces» que despertaban simpatías, no miedo, estos hombres famosos, prestigiosos e «independientes», cuantos más mejor, crearan la imagen de «rostro humano», aseguraran al mundo no comunista que, pese a las apariencias, todo iba bien y que se estaba gestando de verdad la Utopía; que ellos habían estado allí para entrever el futuro y que el futuro socialista era bueno y promisorio. [29]

A estos portavoces había que organizarlos, promocionarlos y la gente debía creer en su palabra. Era esencial que simpatizantes estrechamente controlados como Romain Rolland, Henri Barbusse, Lincoln Steffens o Heinrich Mann creyeran en su propia independencia, una independencia que naturalmente rara vez podrían ejercer. Se utilizaron todos los recursos de la manipulación, desde la psicología rudimentaria de grupo hasta el claro soborno, a fin de que estos famosos e influyentes prohombres de la izquierda se alienaran en las filas estalinistas en todo *menos* en el nombre. Había que evitar a toda costa que los etiquetasen. Eso destruiría su mayor utilidad, que era la imagen engañosa pero indispensable de su «independencia».

El control de estos «portavoces independientes», el hacerles decir lo correcto para apoyar la gran mentira a la que servían, podía ser un asunto muy complicado y difícil de ejecutar. Münzenberg le dedicaba todas sus energías. Escribe Babette Gross que «no dejaba nada al azar, en especial, la manipulación de los simpatizantes». [30] De los grupos íntimamente interrelacionados de Hollywood hasta el mundo de la izquierda cultural y elegante de París, agrupaba a las celebridades en redes manipuladas y dirigidas, asignando agentes para su control, clasificando a las correspondientes comunidades en

las artes, el periodismo, la universidad. Los occidentales no paranoicos podían tener bastante dificultad en percatarse de que se había montado una elaborada red de servicios secretos para que este gran número de célebres simpatizantes apareciera en los lugares idóneos y leyera entonces las palabras apropiadas. Resulta muy ajustado a la verdad decir que algunas opiniones, una vez lanzadas, podían ponerse de moda y difundirse y crecer espontáneamente entre los círculos de ilustrados. Se dice que Gibarti denominaba este efecto reproductor en los medios culturales como «cría de conejos».[31] Pero la instigación de la moda, su aclimatación entre los líderes culturales de opinión, era tarea que se encomendaba a los profesionales.

Por supuesto que todo esto tenía que ser secreto y desmentido. Paralelo a la manifestación pública, estaba el asunto más profundo de manipular lo que podríamos llamar la oposición interior. Se empleaba toda apelación imaginable a la vanidad, a la venalidad, a la confianza traicionada y a la ofuscación intelectual. Pero había algo más. Los simpatizantes también necesitaban creer que su estalinismo formaba parte integrante de su propia integridad, que era clave para el buen funcionamiento de su inteligencia y para la práctica de su arte. Necesitaban *creer*. Para que esto sucediera, el aparato tenía que hacer hincapié en los principios morales más sobresalientes de la cultura de la que provenía casi toda esta gente, y hacerlos suyos. Si en la cultura americana, se creía que la opresión de los negros era el gran delito institucionalizado de esa sociedad, el estalinismo se convertiría en el paladín de la antidiscriminación. Nada importaba que Stalin gobernase un país en el que una parte significativa de la población languidecía en campos de trabajos forzados. Si la cultura rebelde inglesa consideraba que los valores Victorianos y la represión sexual de la clase media eran el enemigo, el estalinismo no tenía el menor inconveniente en declararse el primer partidario del gusto iconoclasta y de la libertad sexual. La bohemia y la homosexualidad rampantes de un Guy Burgess formaban parte indispensable de este estalinismo artero y de su penetración en el grupo de Bloomsbury. Nada importaba que la política sexual soviética fuera tan intolerante como para que a su lado un Victoriano recalcitrante pudiera sentirse como un desinhibido.

El efecto final era identificar el estalinismo con los valores más preciados de la cultura progresista occidental y hacer sentir que el estalinismo era parte imprescindible de una vida ilustrada. El papel de esto desempeñaba en la oposición interior podía ser muy potente. Podía resultar adictivo.

Pero también era precisa una manipulación directa. A menudo se entrenaba específicamente a los agentes para que penetraran en la vida de este o aquel «pensador independiente», suponiendo que ya fuera lo bastante famoso o influyente. La idea era influir en la vida del simpatizante, manipularla y, de ser posible, dirigirla. A los verdaderamente importantes, se les asignaban amigos íntimos, amantes e incluso cónyuges. Eran operativos políticos introducidos para manipular al gran hombre en cuestión al tiempo que seguían en contacto con la gente de Münzenberg.[32]

La historiadora y escritora rusa Nina Berberova escribe con sobria autoridad sobre la cohorte de agentes o cuasi agentes, las mujeres que ella denomina las «damas del Kremlin».[33] Eran mujeres que se convirtieron en figuras influyentes de la vida cultural europea y americana en parte por sí mismas, pero sobre todo por mediación de los hombres de sus vidas. Los hombres eran a menudo escritores famosos, «portavoces de Occidente». Mientras tanto, sus consortes, las mujeres en que ellos más confiaban, estaban dirigidas por los servicios soviéticos.

A la cabeza de este listado figuraban dos miembros de la pequeña aristocracia rusa, la baronesa Moura Budberg, amante de Máximo Gorki y de H.G. Wells, y la princesa Maria Pavlova Koudachova. La conexión exacta de la baronesa con los soviéticos ha permanecido en el misterio, aunque no quepa duda de su existencia. Tenemos, en cambio, un conocimiento preciso de las actividades de la princesa, que primero fue secretaria, luego amante y finalmente esposa del inmensamente popular novelista y pacifista Romain Rolland.

Maria Pavlova Koudachova fue una agente bajo el control directo de los servicios secretos. Existen pruebas cuestionables que sugieren que fue entrenada y asignada a la vida de Rolland incluso antes de que dejara Rusia tras la Revolución. De cualquier modo, después de que se le permitiera salir de allí, fue a la búsqueda del autor en Suiza y allí dio comienzo a lo que sería la obra de toda su

vida: introducirse en cada vericueto de su existencia y manipularla para el *apparat*. Fue un esfuerzo que cosechó un sorprendente éxito. Los Archivos Centrales de Moscú contienen innumerables informes que documentan las actividades en que se explotaron y utilizaron la prominencia y los principios bien intencionados de Rolland mientras él bailaba la danza del «inocente».[34] Para cuando se casó con él, la princesa ya dominaba por completo la vida pública del escritor y continuó haciéndolo hasta el día de su muerte, tras la cual se convirtió en la albacea de su leyenda y de sus archivos. A lo largo de todo este tiempo, trabajó en colaboración estrecha y continua con los agentes de Münzenberg, entre otros.[35]

La vanidad del escritor le exigía verse a sí mismo como poseedor de un intelecto valeroso y casi autosuficiente. En realidad, era una persona bastante vanidosa, fácil de manejar y de asustar. A medida que Koudachova le empujaba más y más a convertirse en un apologista de Stalin, ella a su vez era supervisada por Gibarti y sin duda por muchos otros agentes. A lo largo de esta prolongada manipulación, Rolland permaneció complaciente con su ignorancia a medias y su oposición interior. Es verdad que en 1932 se dio cuenta de que Gibarti era un agente del Komintern. Existe una carta suya a Barbusse en la que expresa un súbito pánico acerca de cómo se podría ver afectada su propia reputación si esto se hacía público.[36] ¿Llegaría a saber cuál era el verdadero papel de su esposa? Después de encontrarse con Máximo Gorki en 1934, Rolland confió a Koudachova lo escandalizado y entristecido que le dejó ver a Gorki rodeado de espías políticos en su propia casa. No se sabe lo que le contestó la princesa.

No puede dudarse de que ella era un agente secreto plantado ex profeso en la vida de Rolland. Babette Gross me lo dijo rotundamente en el verano de 1989. «Ella pertenecía al *apparat*», afirmó sin sombra de duda. «Y manipulaba a su marido.»

Berberova propone otras candidatas para su inclusión entre las «damas del Kremlin». Las esposas de Paul Éluard y Ferdinand Leger están entre ellas. Tal vez. Ciertamente una de las más importantes era Elsa Triolet, hermana del gran amor de Maiakovsky, Lily Brik, quien encontró en Louis Aragon a su propio «gran poeta». La Triolet presidió durante treinta años el círculo elegante del estalinismo europeo, íntima de las figuras más repelentes del aparato soviético.

[37] En Norteamérica, se podría añadir a esta lista a Ella Winter, quien empezó su carrera política cuando Felix Frankfurter la presentó a Lincoln Steffens en plena Conferencia de Versalles. Steffens se enamoró de ella y la relación duró el resto de su vida. En los años veinte, Winter fue practicando cada vez más el papel del clásico simpatizante o compañero de viaje, conduciendo con firmeza al famoso periodista amarillo por el sendero del estalinismo. Se debe decir que para cuando murió, Steffens ya era una criatura intelectualmente abyecta.[38]

Tras su fallecimiento, Winter volvió a casarse con alguien que resultaría de una inmensa utilidad para el *apparat*. Su boda la puso en una situación privilegiada entre las redes de simpatizantes estalinistas en Hollywood y Gibarti, Katz y muchos otros le dedicaban una atención especial. Winter conoció y se casó con un guionista de gran éxito, Donald Ogden Stewart, un amigo de Hemingway y John Dos Passos de los tiempos de las corridas de toros en Pamplona, el grupo inmortalizado en *Fiesta*.[39] Aparte del estalinismo y Hemingway, Stewart era un peso ligero, simpático, maleable y enfermo de mala conciencia. A su lado, Ella Winter estaba en el sitio ideal para realizar su trabajo entre las redes de opinión estalinista en la colonia cinematográfica.

Al igual que Koudachova, trabajaba en estrecha colaboración con los hombres de Münzenberg activos en Hollywood. Conocía bien a Katz. Gibarti se refirió a ella como «una de las agentes del partido de mayor confianza en la costa oeste».[40] Y ciertamente le dijo con conocimiento de causa.

Münzenberg fue, por tanto, uno de los organizadores más poderosos del aparato del Komintern.[41] De hecho, alcanzó tal éxito que para 1921, Gregori Zinóviev, el jefe del Komintern, empezó a sentirse amenazado y en el Congreso de 1921 maniobró para que Münzenberg dejara su importante cargo en el partido como responsable de la Liga de Jóvenes Comunistas. Resultó una destitución afortunada. Dejó a Willi en libertad para su nuevo y gran papel político.[42]

Y encontró su papel cuando se produjo una catástrofe.

*

El acontecimiento que finalmente obligó a Lenin a encargar a Münzenberg la tarea de manipular la opinión pública burguesa occidental fue el hambre.

En 1921 una combinación de sequías, efectos de la guerra civil y los desastres de la colectivización agrícola produjo en la Unión Soviética una plaga de hambre mayor que cualquiera de las acaecidas en la moderna historia europea. Antes de la Revolución, Rusia había sido desde tiempos inmemoriales uno de los principales exportadores agrícolas del mundo. Con los soviéticos, jamás volvería a serlo.[43] En 1921 cundió el hambre en las regiones del Volga y en la república tártara y mató a no menos de dos millones de personas, según la información oficial seguramente manipulada. La gente a punto de morir de hambre se concentraba en masa en las riberas del Volga, muchos de ellos infestados de tifus, que desde 1919 asolaba Rusia. La gente se acercaba al río cargada de paciencia rusa, o acaso de la inercia insensible de la agonía, agrupándose por millares, «cantando y muriendo», arropados por la masa, a la espera de unos barcos que en su imaginación llegarían *con toda seguridad* cargados de víveres para salvarlos. A medida que morían, se pasaban los cadáveres de mano en mano hasta apilarlos por centenares sobre la hierba primaveral y los barrancos enlodados. No era extraño entrar en una casa de campesinos y encontrar a toda una familia sentada a la mesa, la biblia abierta, y todos muertos en sus sillas.[44]

La actitud de Lenin ante el hambre era «curiosamente remota, fría y desinteresada. Parecía considerar la plaga sólo como un obstáculo más en su camino».[45] Pero estaba preocupado. La rebelión de Kronstadt acababa de ser aplastada con una violencia inmisericorde. Con ella se aniquiló la última apelación posible a un soviet «democrático». Aunque se había ganado la guerra civil, rebeliones desesperadas y sin fuerzas suficientes se producían en todas partes. Y ahora el hambre, el desastre del hambre ante los ojos del mundo entero. En privado, Lenin confesó: «Apenas nos sostenemos».[46]

En aquel preciso momento, intervino Radek. Insistió ante Lenin en que era menester lanzar una campaña propagandística

internacional y que Münzenberg era el hombre idóneo para tal cometido.[47] Willi fue convocado al despacho de Lenin en el Kremlin. Tomó asiento en uno de los sofás de cuero delante del escritorio del líder. Era una habitación alejada de los aposentos zaristas y sin pretensiones regias. La única señal de omnipotencia era tecnológica, varios teléfonos, los mejores de Rusia, a través de los cuales gobernaba el dictador del proletariado a gritos.

El líder lo encaró, describió la situación y analizó las alternativas con sistemática inexactitud. Dijo a Münzenberg que ninguna ayuda humanitaria podía esperarse de Occidente. Sólo cabía concebir que proporcionara auxilio el «proletariado internacional». Münzenberg luego dijo que «su plan era organizar una gran acción de ayuda internacional y que me hiciera cargo de su organización».[48]

Lenin estaba equivocado sobre la respuesta del Oeste. Cuando, acaso por sugerencia de Münzenberg, a Gorki se le permitió hacer una llamada pública de ayuda humanitaria, la respuesta internacional se materializó en grandes cantidades de provisiones al cabo de diez días.[49] El éxito del llamamiento de Gorki enfureció y mortificó a Lenin. Durante años, se negó a reconocer oficialmente que algo semejante hubiera sucedido. Dos semanas después, la nueva empresa de Münzenberg estaba en marcha.

La mayor aportación provino, con mucho, de la Administración de Ayuda Americana dirigida por Herbert Hoover, futuro presidente de Estados Unidos. El Congreso aprobó rápidamente un fondo de ayuda de veinte millones de dólares. Los particulares contribuyeron con varios millones más. Para el 20 de agosto, los víveres empezaron a llegar a Rusia. En lo peor del desastre, la AAA alimentaba a más de diez millones de rusos cada día.[50] Los europeos respondieron de modo similar con un programa dirigido por el explorador y humanitario noruego Fridtjof Nansen. En términos de ayuda material, la organizada por Münzenberg a través del Komintern fue mucho menor. De haber sido correcto el análisis de Lenin, los recursos hubieran sido harto insuficientes para paliar mínimamente la catástrofe del Volga.

También se hizo un llamamiento de ayuda en la misma Rusia. Se estableció un Comité Ruso de Ayuda contra el Hambre presidido por Gorki que incluía unos cincuenta intelectuales no bolcheviques,

rescatados del olvido y de la injuria para que ayudasen a mejorar la situación del país. El comité hizo público su llamamiento y tuvo tal éxito que Lenin y Kamenev pensaron que representaba una amenaza a la hegemonía soviética. ¿Cómo podía tolerarse que gente no bolchevique movilizara la opinión pública? Los hombres del Kremlin cayeron presas del pánico y de inmediato reaccionaron para destruir lo que ellos mismos habían creado. Cuando el comité celebró su tercera reunión, Kamenev se aseguró de que Gorki y sus hombres no estuvieran presentes; luego rodeó el edificio de coches policiales y ordenó que la Cheka entrase en la sala mostrando sus armas. Fueron arrestados todos los no bolcheviques presentes y llevados a la Lubyanka. Algunos fueron puestos en libertad; otros, incluidos el novelista Bulgakov y Alexandra, la hija de Tolstói, fueron sumariamente condenados a muerte. Por supuesto, esta gente, incluso para los bolcheviques, no había cometido ningún delito. El mismo Lenin lo admitió. «Conocemos perfectamente la lealtad del comité, pero nos fue necesario destruirlo por razones políticas.»

Cuando Gorki osó preguntar por qué sus amigos intelectuales no comunistas estaban presos a la espera de la pena capital, Kamenev le contestó con una imagen interesante. El comité se parecía, dijo, a una rama de sauce en el agua. La rama había empezado a echar brotes. «Se había convertido en el centro de atención del llamado público ruso. No se podía permitir.» La rama de sauce tenía que ser destruida. Gorki respondió a Kamenev con rabia y humillación: «¡Me habéis transformado en un agente provocador!».[51]

Exactamente.

Una de las primeras responsabilidades de Münzenberg fue contrarrestar la «mala impresión» creada por el éxito de la ayuda extranjera.

Era intolerable que se viera a la burguesía capaz de hacer lo que los bolcheviques no podían realizar. Por tanto, se la debía boicotear. Lenin ordenó a Litvinov que las organizaciones humanitarias extranjeras encontrasen todas las trabas burocráticas posibles. Cuando el hambre fue superada, la mitad de los rusos que habían colaborado codo con codo con los extranjeros —unos cien mil

ciudadanos rusos— recibieron su premio: arresto sumario por la Cheka y envío al gulag, una institución ya consolidada por aquel entonces. Se asumió que todo ruso que hubiera trabajado con esos burgueses bienhechores norteamericanos y noruegos debía estar contaminado por la «contrarrevolución». Lenin incluso ordenó que a los adultos, aunque estuviesen muriéndose de hambre, se les prohibiera recibir alimentos extranjeros ideológicamente incorrectos. Unicamente los niños eran inmunes «al contagio capitalista». Esta normativa demencial permaneció vigente todo un año, aunque por supuesto los escandinavos y los norteamericanos la desobedecían siempre que les era posible. Por último, Lenin llegó a darse cuenta de que alimentar a los niños mientras los padres se morían de hambre no era, después de todo, una táctica ideológicamente sólida para cimentar la lealtad socialista.[52]

Sin embargo, el Socorro Rojo consiguió alguna ayuda real y Münzenberg puso sobre el tapete todo su talento empresarial. Se organizaron por todo el mundo manifestaciones multitudinarias y llamamientos emotivos y fraternales. Cargamentos de grano navegaron hacia Petrogrado. Barcos de pesca se desplegaron por el Caspio. Zarparon flotillas. El genio empresarial de Münzenberg transformó la ayuda y la propaganda en una especie de multinacional comunista de la que él mismo era el director clandestino. En cierto sentido, el MRP, el acrónimo ruso para el Socorro, se convirtió en la participación del Komintern en la «Nueva Política Económica» con la que Lenin había permitido alguna actividad empresarial marginal para ayudar a superar la crisis.[53]

Sin embargo, el principal objetivo siguió siendo la propaganda. Le pregunté a Babette Gross cuándo ésta había desplazado a la ayuda humanitaria como prioridad. «Desde el primer momento», respondió con su típica simplicidad.

Una vez controlada el hambre, la nueva entidad de propaganda empezó a expandirse en nuevas direcciones. Las granjas y pescaderías de Münzenberg pronto dieron lugar a periódicos, revistas y productoras de cine, así como a agencias de prensa. El tinglado tenía oficinas por todo el mundo, sucursales en Moscú (cuyo personal era casi todo alemán) y sede principal en Berlín. Lo

que había empezado como una red de ayuda humanitaria se convirtió en una organización para moldear la opinión pública y para la actividad política secreta. Münzenberg había creado lo que resultó ser un inmenso consorcio de comunicaciones secretamente coordinado. Se llegó a conocer con ironía bolchevique exenta de humor como «el Trust Münzenberg».

La historia del Trust Münzenberg casi no se ha contado. Arthur Koestler sólo soslaya su complejidad en su libro autobiográfico, *The Invisible Writing*:

«De los panfletos editados en apoyo a la campaña de ayuda nacieron las editoriales, los clubes del libro, la multitud de periódicos y revistas del Trust. En 1926 Willi poseía dos diarios con distribución masiva en Alemania, *Berlin am Morgen* y *Welt am Abend*; un semanario, el *Arbeiter Illustrierte Zeitung*, con una tirada de un millón de ejemplares, era el contrapunto comunista a *Life*; otra serie de revistas incluía publicaciones técnicas para fotógrafos, radioaficionados, etcétera, todas de tendencia comunista. En Japón, para citar un país remoto como ejemplo, el Trust directa o indirectamente controlaba diecinueve revistas y periódicos. También financiaba teatro de vanguardia, de moda en aquellos tiempos».[54]

En Estados Unidos, durante muchos años la revista *Nation* estuvo bajo la dirección e influencia de gentes como Louis Fischer o Julio Álvarez del Vayo, cuyas carreras mantuvieron una estrecha colaboración con Münzenberg y sus hombres.[55] Era un consorcio propagandístico que se extendía de Berlín a París, de Londres a Nueva York, de Hollywood a Shanghai y Nueva Delhi.

Tampoco Willi se limitó a la prensa escrita. Su impacto no fue menor en el teatro y las artes gráficas. Fue el fundador de gran parte de la vanguardia de Weimar, de George Grosz a Erwin Piscator. También recibió su impacto el emergente cine de izquierdas. Al comienzo de su tarea, utilizó una de esas

corporaciones fantasmas —Aufbau, Industrie & Handels, A.G.— para adquirir soterradamente derechos de distribución en la URSS de casi todas las películas alemanas en el mercado.[56] Los beneficios de esta hábil inversión pronto generaron el capital necesario para una distribuidora alemana llamada Prometheus Films, que fue el canal de distribución y promoción de todo el cine soviético en su época dorada. La primera película de Prometheus fue *El acorazado Potemkin* de Eisenstein, con música de Edmund Meisel, el compositor que trabajaba para Münzenberg. El gran prestigio de Eisenstein en Occidente fue en gran parte obra de la maquinaria Münzenberg. Pronto Prometheus se convirtió también en una productora de cine alemán. En 1927 Münzenberg añadió otra subsidiaria, Welt Films, para el equivalente a la distribución de obras en 16 mm. A través de esta compañía, el Trust propugnaba la creación de cine-clubes universitarios en Estados Unidos y Europa. Allí se proyectaban películas soviéticas como *Potemkin* y *Octubre* sobre blancas sábanas para las nuevas élites de la izquierda. En Estados Unidos, una organización paralela usó muchos nombres y pasó por muchas formas hasta que terminó como una compañía llamada inocuamente Brandon Films.

Luego Willi dio otro paso capital. Toda una productora se estableció en Moscú con capital, personal y control de Münzenberg, es decir, del Komintern. Copiando el acrónimo ruso por el Socorro, que era MRP, la compañía se llamó Mezhrabpohmfilm Russ y fue la gran productora de la edad dorada del cine soviético, cuyos estudios usaban directores de la talla de Vertov, Dovzhenko o Pudovkin. Hizo cine de verdad, incluyendo un gran número de grandes películas, para audiencias de verdad. En el ínterin, sus redes proporcionaban tapaderas legales para los numerosos agentes con muy distintas misiones. Con la suma de este tercer pilar al trípode, la hegemonía de Münzenberg sobre el cine soviético casi llegó a ser completa y a estar firmemente asentada sobre el eje Moscú-Berlín.

Aunque era un maestro en la manipulación de inocentes, él no era por cierto ningún inocente. Su tarea normal era engañar conscientemente al mundo acerca de los horrores perpetados por el régimen. Es muy posible que Willi haya creído honestamente que

mentía en aras de la verdad. Consideremos su trabajo de relaciones públicas para el canal del mar Blanco. En junio de 1933 Münzenberg fue llevado al norte de Leningrado en una gira por dos de los proyectos prioritarios de Stalin, la construcción del canal del mar Blanco y el proyecto subsidiario, el canal Volga-Moscú, dos ingentes obras de ingeniería incompetente que para aquel entonces se habían convertido en los campos de concentración más inmensos y brutales del mundo. Pasarían muchos años antes de que Hitler pudiera crear algo aproximado a la pesadilla de aquellos lugares siniestros. El canal del mar Blanco concentraba a 300.000 obreros esclavos reclutados a la fuerza por la OGPU.

Solzhenitsyn calcula que sólo en el invierno de 1931-1932 unos cien mil de estos trabajadores forzados murieron de frío o agotados en ese lúgubre barranco. Si es verdad, esto significaría que cada día pereció allí un promedio de casi mil personas.

Esta catástrofe humana organizada era demasiado clamorosa como para ser mantenida en secreto y ya habían empezado las filtraciones a Occidente. El resultado fue una mala prensa y Münzenberg recibió orden de contrarrestarla. Ya era hora de que los simpatizantes proclamaran y ensalzaran el éxito de los dos canales. A tal fin, decidieron enviar allí a Münzenberg para que tuviera una impresión de primera mano.

Era verano. Las muertes habían disminuido. A Münzenberg lo llevaron a lo alto del barranco y desde allí contempló el inmenso hoyo asesino. Miró y se sintió sinceramente conmovido. Estaba lleno de miles de nuevos esclavos harapientos. Se dice que susurró que era como mirar las filas de esclavos en las pirámides del antiguo Egipto.[57]

¿Acaso esto lo detuvo? De ninguna manera. Münzenberg tenía sus órdenes y las cumplió. A finales de estío, los principales intelectuales rusos, con Máximo Gorki a la cabeza, estaban muy atareados escribiendo artículos sobre los brillantes triunfos de la ingeniería socialista, el canal del mar Blanco y el del Volga-Moscú, mientras que en Occidente, Münzenberg se ocupó de que brillaran casi en la cumbre de los objetivos idealistas de Europa. A los detractores se les vilipendió como enemigos de la clase obrera. Los

simpatizantes se fueron sumando a medida que avanzaba la campaña: Sidney y Beatrice Webb y Amabel Williams-Ellis (hermana de John Strachey, una figura de primera fila en los frentes británicos de Münzenberg) no perdieron la oportunidad de oro de ensalzar este elevado ejemplo de compasión socialista. Por supuesto, los pobres inocentes no sabían de qué estaban hablando; simplemente repetían la información que el aparato les transmitía. Debemos culpar a Münzenberg y no a la egregia señora Williams-Ellis u otros como ella por la proclamación de que el canal del mar Blanco, aunque estuviera lleno de presidiarios, era un ejemplo emocionante de lo que podía lograr una fuerza policial realmente creativa y humanitaria.[58]

Si el Komintern era la niña de los ojos de Lenin, Stalin, por el contrario, despreciaba profundamente la institución, como tantas otras cosas. Sin duda utilizó el aparato del Komintern con un cruel virtuosismo y lo llevó a niveles hasta entonces desconocidos de frenética actividad. Aun así, sentía desprecio por sus intelectuales furtivos e intrigantes, su palabrería internacionalista, sus grandes sueños. Muy pronto se hizo con el control y, al considerar que su obediencia no era lo bastante abyecta, ordenó que otros servicios lo infiltrasen de cabo a rabo. Eventualmente, lo disolvió. De pasada solía referirse a su cuartel general moscovita como *lavotchka*, la «choza de tenderos» o «cueva de estafadores».[59] No obstante, lo convirtió en una de las instituciones secretas más eficientes e influyentes de la historia.

Se debe decir que Münzenberg fue un títere de Stalin. Cierta clase de sentimentalismo revolucionario puede desear preservar la memoria de Münzenberg —primero ensuciada y luego borrada por Stalin— en aras del paraíso perdido de la izquierda y de los días de gloria de Zurich. Y hay mucho de simpático en Münzenberg. Incluso Koestler y Regler, tras haberse vuelto apasionadamente anticomunistas, conservan cierto afecto por sus días con Willi. También es verdad que hacia el final de su vida, él mismo, con la precaución de quien desactiva una bomba, se desligó lenta y meticulosamente, paso a paso, del aparato. Lo había visto volverse contra sus colaboradores más próximos y sabía perfectamente que

también le destruiría a él, a menos que recurriera a la astucia para salvarse. En París, durante la invasión alemana, se protegió utilizando toda su habilidad. Lo vigilaba la banda de asesinos de élite de Stalin, el Buró de Tareas Especiales. Lo vigilaba la Gestapo. Lo vigilaba el servicio de inteligencia británico, repleto de espías soviéticos. Willi los vigilaba a su vez, cubriéndose las espaldas, hasta que en junio de 1940, cuando todo cayó hecho trizas, él huyó hacia el sur de Francia, hacia el valle del Isère camino de su último día.

*

Al igual que Lenin y Stalin, Münzenberg tenía una ignorancia casi cómica de Estados Unidos. Fue allí una sola vez en su vida, en 1934, y le sorprendió descubrir que era un lugar agradable, libre y abierto comparado con lo que él conocía.[60] No obstante, incluso por control remoto, Willi se las arregló para que sus planes y su gente penetrasen en la vida moral de este país con efectos duraderos. Alrededor de 1925 el Komintern confió a Münzenberg y a su maquinaria propagandística un papel poco conocido pero importante para el establecimiento de la función política del partido comunista norteamericano, tal como sería bajo Stalin. En aquel momento, el partido norteamericano, una congregación de ilusos nativos, hogar y campo de batalla de John Reed y Louise Bryant, necesitaba de una reestructuración. Había quedado destrozado por las luchas internas leninistas y por la devastadora acción policial a cargo de lo que más tarde sería el FBI.[61]

El programa de acción adoptado entonces es revelador. No se hizo el menor esfuerzo para crear un movimiento con bases populares e idóneo para la toma del poder en Estados Unidos. Está claro que Stalin no tenía interés o fe en una «revolución americana». Jamás intentó crear un partido o un movimiento comunista remotamente capaz de desafiar al poder constitucional, tal como haría en Alemania, Italia, Francia, Grecia y los Balcanes. Esa no sería la misión del partido norteamericano. En cambio, el aparato del comunismo norteamericano se dedicaría a desacreditar la política y la cultura americanas y apoyaría el crecimiento del poder soviético en el resto del mundo. No buscaba un poder

revolucionario dentro de Estados Unidos, sino la autoridad moral desarrollada por medio de su política de buenas intenciones. No pretendía la destrucción directa de la democracia americana, por más que la deseara, sino una influencia práctica en su cultura, el posicionamiento de agentes que a largo plazo buscarían facilitar y promocionar el avance de la influencia soviética y asistirían al aparato en sus misiones de espionaje. La derecha norteamericana podía inventarse pesadillas sobre la bandera roja flameando sobre el Capitolio y comisarios irrumpiendo en el despacho presidencial, pero no conozco ninguna prueba que demuestre que semejante cosa haya formado parte real del sueño de Stalin. Su declaración de 1927, hecha ante crédulos visitantes, de que el escándalo Sacco-Vanzetti demostraba que Estados Unidos estaba en una situación prerrevolucionaria, fue seguramente una salida teatral. La mente de Lenin se concentraba en Alemania; la de Stalin, en Rusia y en su esfera de influencia. América era un lugar sin duda importante, pero muy lejano, un misterio irritante. Un *mito* irritante. Y era en el terreno del mito, no en el de la conquista del poder, donde América atraía la atención total aunque temerosa de los soviéticos.

Para el proletariado de 1925, el principal polo de atracción opuesto al mito revolucionario era, de lejos, la *idea* de América. Esa visión, la noción de país de inmigrantes, la Puerta Dorada, la Tierra de la Oportunidad, se convirtió en el blanco de la Internacional. Para los bolcheviques, se trataba de la verdadera amenaza americana. Y en 1925 la misión del partido norteamericano fue contrarrestarla.

Por tanto, la primera idea de Münzenberg fue crear y sostener una campaña mundial antiamericana que se concentraría en la mitología de su inmigración. El propósito era generar un odio reflexivo hacia Estados Unidos y su pueblo como condición prioritaria en las filas de la izquierda ilustrada. A fin de minar el mito de la Tierra de la Oportunidad, se mostraba a Estados Unidos como un país casi demencialmente xenófobo, letalmente hostil a los extranjeros.

Para lograr su objetivo, Münzenberg estudió las opciones en busca de una causa que desgraciaría a Estados Unidos a los ojos del proletariado extranjero. La encontró en la fase final del caso oscuro de dos inmigrantes anarquistas que se habían metido en un grave

problema: Niccola Sacco y Bartolomeo Vanzetti.

A menudo Babette Gross, en nuestras conversaciones de Múnich, dejaba caer unas palabras que hacían temblar un poco los cimientos de nuestro mundo. Así sucedió con Sacco y Vanzetti. ¿El caso Sacco-Vanzetti? «Fue una idea de Münzenberg», me dijo encogiéndose de hombros.

¡Una idea de Münzenberg! ¿Es posible? Junto al caso Dreyfus, tal vez se trate de la más famosa batalla jurídica en toda la historia de la propaganda y de la injusticia modernas. Al principio, me pareció increíble que este caso, un hito histórico, pudiera haber sido manipulado a la distancia y tan cínicamente.

Y ciertamente los orígenes del caso son mucho más complejos que eso. No obstante, en cierto sentido la campaña pro Sacco y Vanzetti terminó siendo la «idea de Münzenberg». Sin duda, a instigación suya, las redes de propaganda comunista de todo el mundo se volcaron en la desgracia de los dos inmigrantes de Boston y la colocaron en el centro de una nueva y amplia operación antiamericana del mismo modo que tiempo después, fue decisión ejecutiva de Münzenberg convertir a los «chicos de Scottsboro»[00] en los principales mártires de la Internacional. El Komintern y las organizaciones de Willi fueron quienes transformaron un caso difícil de injusticia local en una *cause célebre* mundial.[62]

Sin embargo, los comunistas se lanzaron sobre el caso Sacco-Vanzetti como oportunistas y arribistas. Sacco y Vanzetti no eran comunistas y la suya no era una lucha en tal dirección. Los dos italianos eran anarquistas; por tanto su ideario político, a principios de los años veinte, estaba formado y dirigido especialmente por ese decano del radicalismo italoamericano que fue Carlo Tresca.

Sin embargo, a mediados de los años veinte, cambió drásticamente el patrocinio político del caso. En 1926 el partido comunista norteamericano carecía de una dirección concreta y de una organización eficaz. Estaba muy necesitado de nuevas motivaciones y nuevos objetivos. Al mismo tiempo, la Internacional exigía llevar a cabo la campaña antiamericana. Los propagandistas soviéticos decidieron satisfacer ambas necesidades de un solo golpe. En 1926, hablando ante sus colegas del Socorro, Münzenberg anunció que su tarea como propagandistas era rescatar al partido norteamericano y dotarlo de una nueva dirección. Y así fue. La

primera tarea del revitalizado partido fue apoderarse del caso Sacco-Vanzetti mientras que en el resto del mundo el Komintern lo transformaba en el asunto moral más grave de aquel tiempo. En 1928, de una manera fría y bastante justificada, Willi reclamaba el mérito por la campaña en pro de Sacco y Vanzetti, entendida como una preocupación moral y política de alcance mundial y como uno de los mayores triunfos de su *apparatus*.[63]

He aquí lo que había pasado. A principios de 1920 dos inmigrantes italianos, ambos militantes anarquistas, fueron arrestados acusados de robar la paga de la nómina de una fábrica de zapatos en Braintree, Massachusetts, y de haber asesinado al contable y a un guardia. En 1921 fueron juzgados, declarados culpables y condenados a la pena máxima.

Al principio, la desgracia de estos dos hombres pareció no interesar a nadie. Un periodista de izquierdas enviado desde Nueva York por el editor, informó que «no hay noticia… Nada más que un par de italianos metidos en un lío».[64]

Los dos pertenecían a una pequeña célula ácrata de inmigrantes italianos como ellos. Cuando fueron arrestados, este grupo formó de inmediato un comité de defensa. Convencidos en su idealismo de que terminarían puestos en libertad, se propusieron crear «una gran publicidad para el movimiento anarquista».[65]

Pero Sacco y Vanzetti no recobraron la libertad. Tampoco su caso hizo avanzar la causa anarquista. El posterior apoyo comunista fue utilizado para traicionar y minar el anarquismo norteamericano. El Comité de Defensa tenía razón en una cosa: la condena de estos dos hombres ofrecía la base para una acción política.

Esa acción en su encarnación anarquista fue creación sobre todo de un solo hombre: un excéntrico del Oeste, uno de los grandes abogados de la izquierda norteamericana, un brillante letrado llamado Fred Moore, recomendado al Comité por Carlo Tresca. En palabras de Eugene Lyons, su asistente, Moore era «un artista con la desventaja de su inconformismo».[66] Era muy adicto a la cocaína (más de una vez, el Comité usó sus contactos con italianos menos idealistas para conseguirle droga). Se trataba de un personaje del Oeste, con un revólver a menudo en su bolsillo trasero y dado a

ofender la dignidad judicial paseando por las salas del tribunal en calcetines.

El abogado Moore inventó el caso. Intentó rescatar a sus clientes con todas las maniobras que puede concebir una fértil imaginación jurídica, convencido de que estaban perdidos sin la presión de una opinión mundial indignada. Para ese fin, mucho antes de que Münzenberg hubiera tenido noticia del caso, él mismo creó el argumento *político* de Sacco y Vanzetti: se trataba de dos indefensos y despreciados inmigrantes radicales víctimas de un asesinato legal por el sistema farisaico, localista, chovinista, puritano y anticomunista de Nueva Inglaterra.[67] Al presentar esta defensa, Moore fue inescrupuloso, ingenioso e infatigable. No puede dudarse de su pasión ni de su sinceridad. Y su fe en la inocencia de sus defendidos era bastante genuina. Al principio.

Salvo que desgraciadamente su inocencia *no era* bastante genuina. Las pruebas demuestran de forma concluyente que Sacco fue de hecho uno de los atracadores de Braintree y el asesino del guardia a quien disparó mortalmente después de que el hombre hubiera caído sobre sus manos y rodillas, clamando por su vida mientras intentaba desenfundar su pistola. Vanzetti puede haber sido inocente del atraco de Braintree, aunque es posible que supiera o intuyese la culpabilidad de Sacco. Sin duda, tenía un conocimiento culposo de la participación de Sacco en un atraco anterior en el que no había habido derramamiento de sangre.

En cierta manera, los hechos hacen aún más conmovedora la solidaridad política de estos dos hombres. Una sola palabra de cualquiera de ellos —Sacco por simple decencia; Vanzetti por simple autoprotección— podría haberle salvado la vida a Vanzetti. Pero eso también hubiera representado demoler su causa en la *disgrazia*. Bartolomeo Vanzetti ofreció su vida en el altar sangriento no de la justicia, sino de la propaganda. Murió mintiendo por la verdad.

La lóbrega condición de este autosacrificio concede a Vanzetti —era de todo punto de vista el más interesante de los dos— una dignidad conmovedora. Asimismo, despertó su elocuencia justamente famosa aunque torpe y dificultosa. «De no haber sido por todo esto, podría haber pasado mi vida hablando por las esquinas con hombres despreciables. Hubiera muerto desconocido,

anónimo, fracasado. Ahora no somos un fracaso. Esta es nuestra carrera y nuestro triunfo.»[68]

El reducido grupo de anarquistas del Comité de Defensa también conocía la verdad y ellos también mantuvieron el voto de silencio por la causa. El último superviviente, un hombre llamado Ideale Gambera, escribió su versión de todo el asunto para que su hijo dispusiera de ella después de su muerte. Gambera falleció en 1982 y su hijo entregó los documentos a Francis Russell, el principal estudioso del caso. Era su último deseo.

En algún momento del proceso, Fred Moore pareció haberse percatado de la verdad. No hay prueba alguna de que esto haya hecho modificar en lo más mínimo la defensa apasionada de sus clientes, pero en 1923, en medio de un episodio psicótico-paranoico (había intentado suicidarse y estaba hospitalizado), Sacco despidió a Moore con una furia violenta e incoherente.[69] Moore aceptó su cese con dignidad, hizo las maletas, subió a su coche y volvió al Oeste, vendiendo baratijas por el camino para pagarse la gasolina.

El caso había empezado a languidecer. Las apelaciones continuaban, pero los escritores de titulares del mundo se habían olvidado del caso de Massachusetts. Entonces en 1925, por orden de Münzenberg y del Komintern, se organizó una filial norteamericana del Socorro Rojo llamada la International Labor Defense. Sucedió en Chicago y James Cannon fue su director; su misión era crear un medio de organización del nuevo comunismo norteamericano. La primera tarea era hacer del caso Sacco-Vanzetti un mito mundial.[70]

La campaña se convirtió en un objeto de ciega adoración, inmenso e incesante, tenazmente coordinado desde Berlín. Una vez más, se produjeron concentraciones de protesta para gritar y llorar en las grandes plazas. Desde todas sus posiciones, los órganos del Trust produjeron una imparable avalancha de ataques contra la corrupción asesina de la justicia norteamericana y defendieron la inocencia y la santidad de los mártires inmigrantes de Braintree. Por todo el mundo, se lanzaron llamamientos conmovedores para recaudar fondos para la defensa y la «protección» de Sacco y Vanzetti. Los niños regalaban sus centavos; los obreros donaban sus salarios y los filántropos hacían uso de sus talonarios.

Por cierto, la recaudación de fondos del Komintern fue un fraude casi completo. Sacco, Vanzetti y su Comité de Defensa casi no vieron ni un centavo del dinero recaudado en su nombre. De los aproximadamente medio millón de dólares recaudados en Estados Unidos, el Comité recibió unos seis mil dólares. De las grandes sumas recolectadas en las concentraciones de protesta por todo el mundo, al Comité no llegó nada.[71]

Al parecer, Cannon creía que Sacco era culpable, por tanto, también es posible que Münzenberg se enterase de la verdad.[72] A nadie le importó un rábano. El objetivo comunista jamás fue salvar las vidas de Sacco y Vanzetti. La absolución podría haber destruido toda la razón política. Katherine Anne Porter, como cientos de escritores y artistas de esa época, participó en la campaña. Nos cuenta la conversación con Rosa Barón, la agente del Komintern que era su jefe de grupo, «una mujer pequeña, dura y fanática, que usaba unas gruesas gafas sobre sus ojos acusadores, una torturadora nata, que hablaba con una jerga del partido casi impenetrable… Yo señalé que incluso entonces, en el último momento, aún esperaba que se pudieran salvar… ¿Salvar?, me dijo ella con el retintín que usaba ante la ignorancia política. ¿Quién quiere que se salven? ¿Qué bien nos podrían hacer vivos?».[73]

Russell describe las concentraciones europeas:

«Las concentraciones tuvieron lugar ese otoño en Francia e Italia, con manifestaciones menos importantes en Suiza, Bélgica, España, Portugal, Escandinavia y Sudamérica. Explotó una bomba en la embajada norteamericana en París. Otra fue descubierta a tiempo en el consulado de Lisboa. Los rojos apedrearon el consulado en Brest. Los cónsules norteamericanos en México fueron amenazados de muerte si Sacco y Vanzetti eran ejecutados. En Roma, cientos de obreros marcharon hacia la embajada norteamericana exigiendo justicia para sus compatriotas.

»Parte de esta agitación era de inspiración anarquista y de naturaleza espontánea, pero en gran parte fue orquestada por los dirigentes comunistas de París».[74]

Se sabe que uno de los imaginativos hombres de Münzenberg presentes en Boston era un personaje bastante atractivo llamado Gardner Jackson, un periodista rubio de estilo vaquero, seductor, amante del alcohol, al que le encantaban las botas y la ropa vieja de pana, un radical que se había pasado la vida afirmando ser sólo un tipo de izquierdas, nada más que un chico rico de Colorado a quien le gustaba el whisky y que los pobres tuvieran una oportunidad. En realidad, Jackson era íntimo de la mayoría de los agentes veteranos de Münzenberg en Norteamérica. Aunque posiblemente era un simpatizante muy manipulado en vez de un agente totalmente operativo, hacia 1939 Jackson trabajaba en la Administración de Roosevelt para Gibarti.[75] También colaboró en la campaña de Sacco y Vanzetti.

Simpático y con una perenne sonrisa, Jackson tenía mucho éxito con las mujeres. Dorothy Parker, por ejemplo, se sintió muy atraída por él durante la campaña y terminó afiliándose secretamente al partido comunista.[76] Fue un contacto de gran importancia para el aparato cuando seis o siete años después, Parker, junto a Lillian Heilman, se convirtió en una figura célebre en las redes de simpatizantes de Hollywood. Al mirar retrospectivamente la causa desde Hollywood Hills, Parker parece haber encontrado algún elemento esencial de su identificación con esta clase de política. Hoy resulta extraño que la política comunista diera forma y dirección a las comedias agridulces de semejante mujer, con su curiosa y cómica mezcla de buenas intenciones y autodesprecio. Pero en su época, la conjunción de estilo propio y actitudes estalinistas era algo común. Parker podía convalidar su amor por lo ostentoso y superficial y enmascararlo con una apropiada mirada de desprecio por todas las vanidades.[77]

Casi en la misma época, Gardner Jackson empezó a ejercer su influencia en otra mujer de Boston. Era Marion Frankfurter, la mujer de Felix, entonces un importante profesor de derecho en Harvard y, más tarde, uno de los más grandes magistrados del siglo en la Corte Suprema de Justicia. A Frankfurter le comprometieron en la campaña por dos razones: su pasión por la justicia y la preocupación por su mujer. Marion tenía un historial aterrador de

inestabilidad mental. Su delicado estado psíquico preocupaba a su marido y sin duda le producía toda clase de sentimientos encontrados y ansias por hallarle una solución.

Durante la campaña, Gardner Jackson se dedicó a cultivar de forma prioritaria una relación absolutamente encantadora con los Frankfurter. Su foco de atención era Marion. Jackson, un famoso seductor, mantuvo unas relaciones seguramente platónicas pero incesantes con Marion. Lúcidamente entrevió y explotó su inseguridad, su necesidad de comprometerse en una causa, su problema por encontrar un equilibrio entre su propia sensación de persona inepta y la brillantez de su marido lúcido e intensamente ambicioso.

Marion se interesó por Gardner y, a través de él, por el caso. A su vez, él la halagaba continuamente. Convino que ella y él coeditaran las cartas de Sacco y Vanzetti. La comprometía a todos los niveles públicos posibles.

Resulta claro que el verdadero propósito de esta táctica era llegar a Felix. Gardner parece haber intuido que el deseo de Felix de apoyar la causa de su esposa podía terminar comprometiéndolo a él también. Tenía razón. La pareja se obsesionó, dirigidos a cada paso por Gardner, quien se convirtió en su inseparable compañía, un amigo íntimo y cotidiano de la casa.[78] Cuando se recusó la última apelación de los condenados, un indignado Felix procedió a redactar una de las piezas polémicas más brillantes de su carrera, una denuncia de la historia legal del caso, un excepcional ejercicio de vituperación controlada. El artículo se publicó en el *Atlantic*. Tuvo más influencia que ninguna otra acción para que la opinión pública norteamericana y no radical se pusiese a favor suyo. En Europa, el escrito causó mayor impacto incluso. La oficina de Münzenberg en Berlín hizo que se reimprimiera en todo el mundo mientras que, en Londres, H.G. Wells hizo un incendiario resumen que pronto se convirtió en la opinión aceptada en Gran Bretaña.[79]

Lo que sucedió a continuación fue una histeria masiva, internacional y orquestada.

El 22 de agosto fue la noche de las ejecuciones. Con ese motivo, el *apparat*, anticipando la efusión internacional de dolor, organizó

una vigilia multitudinaria. Francis Russell describe así el acontecimiento:

«Tras producirse la noticia en Charleston de que finalmente Sacco y Vanzetti habían sido ejecutados, la reacción fue internacional. Las manifestaciones se intensificaron en las ciudades norteamericanas y en casi toda Europa. En París, el periódico comunista *L'Humanité* publicó una página extra que sólo decía una palabra: *Assassinés*! Una auténtica multitud se precipitó por el Boulevard Sebastopol arrancando las farolas y rompiendo con ellas las vitrinas. Los tanques se apostaron ante la embajada norteamericana para protegerla. Allí resultaron heridos sesenta policías cuando una turba intentó levantar barricadas. Cinco mil manifestantes llenaron las calles de Génova la tarde antes de las ejecuciones, destrozando coches de Estados Unidos, saqueando tiendas con productos norteamericanos, rompiendo los cines con películas norteamericanas. Una de las mayores manifestaciones de la historia de la República de Weimar tuvo lugar en Berlín; también hubo manifestaciones tumultuosas en Bremen, Wilhelmshaven y Hamburgo y un desfile de antorchas de dos horas en Stuttgart. Durante esa semana de desórdenes, murieron media docena de manifestantes de Alemania. Nadie murió en Inglaterra, pero la noche de las ejecuciones se congregó una multitud ante el palacio de Buckingham y entonó *Bandera roja*».[80]

La noche de las ejecuciones se celebró una vigilia ante la prisión de Charleston. A la puerta del edificio se reunió una inmensa multitud en la oscuridad. «Yo jamás había estado en ese sitio», escribió Porter, «pero creo recordar que era un gran espacio abierto con la multitud congregada tras un espacio que la policía mantenía constantemente vacío. Montaban unos hermosos caballos y portaban pistolas, granadas de mano y bombas de gases lacrimógenos.» La ley estipula que los condenados tienen derecho a cada minuto de su último día. Tras haberles sido concedida esta gracia, Sacco y Vanzetti fueron conducidos a la cámara de ejecuciones a medianoche. Sacco entró primero a las 24.11.

Vanzetti le siguió a las 24.20. A las 24.27 a ambos se les declaró muertos. Los dos enfrontaron la muerte con una indescriptible dignidad.

El partido comunista norteamericano, que fue reanimado en parte para que funcionara como el instrumento local de un esfuerzo a escala mundial, cosechó su primer gran éxito al crear un nuevo mito antiamericano cuyo desarrollo y resonancia persistieron durante décadas. Pero también dispuso de otros elementos para concertar la mitología del pensamiento progresista. Por ejemplo, entre 1928 y 1932, los frentes y las redes de simpatizantes montaron un movimiento internacional por la paz.[81]

*

Stalin era un leninista al fin y al cabo y su pensamiento en toda su brutalidad paranoica y cínica estaba guiado por postulados marxista-leninistas. Así como él se consideraba enemigo absoluto y definitivo de las democracias liberales y su orden burgués, asumía entonces que los líderes de esas democracias tenían las mismas intenciones letales para con la gran Revolución que él presidía. La cultura política marxista-leninista, por razones a menudo ignoradas como ésta, es un terreno abonado para los paranoicos. Esa es una razón por la cual un hombre como Stalin pudo alcanzar lo que alcanzó. Por encima de todo, el dictador temía una vengativa invasión contrarrevolucionaria proveniente de Occidente; para él, se trataba de casi una certidumbre. ¿Cómo podía ser de otro modo tratándose del capitalismo? Y debido a una amplia constelación de razones, Stalin no estaba seguro de poder o querer hacer del Ejército Rojo una fuerza capaz de detener semejante invasión. Es en esta ansiedad suya donde podemos localizar su respuesta positiva al proyecto de llevar a cabo una gran campaña masiva de apoyo al pacifismo en las democracias.

Quienes estaban familiarizados con el plan lo bautizaron como la «conspiración por la paz» y parece que fue presentado al dictador durante 1928, justo después del éxito de Sacco y Vanzetti. Se dice que el autor original del plan fue un francés del entorno de

Münzenberg llamado Guy Jerram. Sea cual fuere su origen, la conspiración por la paz mereció el visto bueno del Kremlin. A mediados de 1928 todo el aparato de propaganda se centró en el pacifismo como mensaje prioritario y durante los siguientes cuatro años continuó haciéndolo con su fervor característico. Los distintos frentes de Louis Gibarti se hicieron eco, en especial una organización activa en los campus universitarios llamada la Liga contra el Imperialismo. De hecho, las universidades fueron el sitio preferido para toda la campaña. El «Juramento de Oxford» adoptado por la Oxford Union en 1934, y en el que se decidía categóricamente «bajo ninguna circunstancia luchar por el Rey y la Nación», es un eco tardío de toda esta agitación. En el primer Congreso en Bruselas de la Liga contra el Imperialismo a finales de 1928, debido a la campaña, la estrategia a seguir en la política colonial dejó de ser la «lucha armada», como era de esperar de quienes pretendían liberarse del yugo imperialista, y pasó a ser la «paz».

La campaña por la paz culminó en 1932 con un multitudinario congreso, también organizado por la dirección encubierta de Münzenberg y Gibarti, conocido como el Congreso de Amsterdam contra la Guerra. Debe señalarse que todo el tinglado ideológico de los sucesivos congresos procedía en realidad de la misma operación. Exactamente el mismo secretariado y el mismo grupo dirigente estuvieron detrás de los congresos de Amsterdam y de Bruselas. Los Archivos Centrales de Moscú demuestran que éstos, a su vez, fueron protagonistas de los eventos fundadores del movimiento antifascista tras el incendio del Reichstag.[82] Gibarti era el responsable de todos ellos y, bajo su dirección, el movimiento continuó creciendo. Como más tarde el Congreso empezó a celebrar sus reuniones en la Salle Pleyel de París se le llegó a conocer como el Congreso Mundial Amsterdam-Pleyel contra la Guerra. Cuando los nazis se hicieron con el poder, el secretariado se trasladó a Aumont, un suburbio de París. Por último, experimentó su reencarnación final con un nuevo nombre, la Liga contra la Guerra y el Fascismo, que fue la organización de Münzenberg más poderosa y con mayor respaldo.

Sin duda, había algo implícitamente contradictorio en el espectáculo que daba ese grupo de revolucionarios con su postura pacifista. Era un disfraz muy refinado para estos

criptorrevolucionarios ocultos tras una máscara de sentimiento humanitario. La revolución *es* guerra, una de las variantes más importantes de la guerra. Es guerra de clases; es «lucha armada». Y aunque esa verdad no se hizo necesariamente patente incluso para los más perspicaces en 1930, ciertamente lo fue después de 1937. Era imposible creer que cualquier organización cuyo líder fuera Stalin abrazara la causa de la no violencia con una mínima sinceridad. Sin embargo, en la práctica resultó notablemente fácil ocultar la contradicción entre pacifismo y revolución. La «guerra», según la retórica de cosecha soviética y luego, de hecho, de toda la izquierda, nunca significaba «guerra de clases». Puesto que la propaganda pacifista estaba vinculada con la Liga contra el Imperialismo, la obvia incongruencia ideológica quedaría en evidencia en acontecimientos venideros, en especial en la India, donde la no violencia, para la considerable y contenida irritación de los comunistas, llegaría a ser una táctica significativa de acción política. Pero la interacción entre pacifismo y antiimperialismo formaba parte de un largo proceso. El mismo Nehru (como Sandino, el insurrecto nicaragüense, un descubrimiento de Gibarti) participó como delegado en el Congreso de Bruselas en 1932. Cuando se clausuró, a Nehru le hicieron pasar la frontera alemana de forma clandestina y lo llevaron a Berlín para que se reuniera personalmente con Münzenberg, quien le causó un profundo efecto. Muchos años después, en su discurso de apertura de la Conferencia de Bandung de 1955, el líder indio rindió tributo público a Willi. Fue una de las contadas ocasiones en que se reconoce públicamente el verdadero sitio que ocupa Münzenberg en la política contemporánea.[83]

Pero por supuesto ni Willi ni Gibarti tenían auténtico interés en el pacifismo como medio de lucha antiimperialista. El único interés del aparato en el pacifismo, así como en cualquier otro asunto, se centraba en el poder soviético. Acaso pueda medirse el grado de indiferencia de Gibarti por la no violencia con el papel inexistente del pacifismo en la propaganda en China durante el periodo anterior a Bruselas y a que Stalin apoyase el plan de Jerram. Gibarti se había iniciado en actividades antiimperialistas trabajando en Berlín con la propaganda del Komintern en China.

Sea cual fuere el propósito, se utilizó el lenguaje ético del

pacifismo para cimentar la red. Y la red podía cambiar sus prioridades según las necesidades de la época y los cambios de orientación del régimen. Si está bien dirigida, una organización dedicada a la promoción de la paz puede con la misma facilidad estar a favor de la guerra. Todo es cuestión de encontrar la nota apropiada. Y esta organización tenía al mando una gente que cuando se trataba de encontrar la nota idónea eran los mejores de la profesión.

Aquí nos encontramos con otro misterio capital en la historia del pensamiento comunista. ¿Cómo se explica que mientras Münzenberg y sus propagandistas derrochaban sus energías en una campaña contra una amenaza en gran parte imaginaria de las democracias liberales, Stalin mantuviera una reacción casi sistemáticamente perversa ante el creciente poder nazi? El año 1932, con sus numerosas y frenéticas campañas electorales en Alemania, su prohibición y luego ilegalización de las SA, sus manifestaciones interminables y sus salvajes provocaciones y violencia callejera, dejó bien claro a los observadores mejor informados que los acontecimientos llevarían a la toma del poder por parte de Hitler. También era evidente que este resultado no era inevitable. En el transcurso del año, los nazis pasaron varias veces de un optimismo exultante a la desesperación. Está claro que se podía evitar el triunfo de Hitler con una firme, aunque flexible, unidad entre la izquierda y el centro. Sin embargo, ese curso de los acontecimientos tendría que haber contado con la participación, incluso el liderazgo, de los comunistas. Eso requería el visto bueno de Stalin, que nunca lo dio. En muchas ocasiones pudo Stalin dar la orden de entrar en una alianza con los socialdemócratas, lo que hubiera podido poner punto final a las aspiraciones nazis. El dictador ruso sabía lo que estaba en juego, cuáles eran las fuerzas en liza. Nada importó. Se negó a actuar.

La explicación sólo en parte es ideológica. Para los comunistas, los socialdemócratas no formaban un partido de izquierdas. Representaban al archienemigo, los «verdaderos» fascistas. En el lenguaje de aquella época, eran los «socialfascistas». Moscú prohibía aliarse con ellos. Mientras tanto, el aparato hacía correr la voz de que «Hitler era un mero títere cuya toma del poder sólo haría más próxima la victoria comunista».[84] Hoy esta consigna nos parece

perversa hasta un grado demencial; sin embargo, en un sentido quizá Stalin tuviera razón. Para los comunistas, participar de veras en una coalición antinazi en aquel preciso momento podría haber significado rendirse ante las fuerzas democráticas y crear un régimen democrático estable en el que el partido alemán, en su forma revolucionaria, no podría haber sobrevivido.

Queda claro que los militantes más comprometidos aceptaban esa postura con la esperanza de que se produjera una verdadera revolución, su revolución. No obstante, también se sentían desgarrados porque la promesa implicaba una flagrante contradicción. Eso le sucedía a Münzenberg, cuya especialidad después de todo era la de crear la ilusión de unidad precisamente con los adversarios que esa política condenaba. A medida que avanzaba el año, le aumentaba la preocupación, el insomnio y la angustia. Por las noches, deambulaba por su piso, sintiendo una ansiedad y un pánico que nunca podía exteriorizar, esperando la revolución y temiéndose lo peor. Pocos comprendían como él la interpenetración existente en las filas de los dos bandos. «Pardos por fuera», decía de los duros jóvenes en paro en las ciudades y miembros de las SA, «y rojos por dentro.» Además, tenía contactos importantes, la mayoría secretos, con la izquierda de las SA, en especial el grupo capitaneado por Gregor y Otto Strasser.[85] Al menos a este nivel y quizás a otro más alto, llegaba su aparato en el partido nazi. Añadamos a esto la desventaja de su más antiguo y profundo hábito mental, el pensamiento revolucionario. Guiado por una lógica «revolucionaria», despreciaba desde el fondo de su ser los pactos de la democracia parlamentaria. «Yo también prefiero a los rojos cien por cien», había dicho, y así era. Creía y esperaba realmente que estos acontecimientos desembocasen en una verdadera revolución germana. Babette Gross recordaba haber estado con él y otros líderes alemanes en una esquina unas semanas antes del Congreso de Amsterdam. Era el día de la reorganización interna y cuasi legal de los conservadores, conocida como el «golpe de Papen». La situación era tan tensa que se esperaban estallidos revolucionarios en cualquier momento. Münzenberg y su gente aguardaban junto a Babette la explosión que supuestamente provocaría el golpe de Papen. En cambio, los nazis, auxiliados por la inacción comunista, marchaban hacia la victoria sin ser

molestados por una izquierda unida. Recuerdo un comentario que me hizo Babette y recuerdo en especial su tono frío controlando la amargura. *Queríamos una revolución. Y la tuvimos*.

Todo esto es aún más sorprendente cuando consideramos que en 1932 el poder nazi estaba cobrando fuerza. Münzenberg organizaba en Amsterdam la mayor asamblea de la izquierda mundial bien pensante que jamás haya tenido lugar en país alguno, el Congreso Mundial de Amsterdam contra la Guerra. Se celebró en agosto de 1932; pero el temario de este gran congreso —nótese bien— no incluyó de ninguna manera la oposición al nazismo. El tema central era y siguió siendo inexplicablemente el pacifismo.

¿El pacifismo? El congreso representó el triunfo del tipo de política de Münzenberg y Gibarti. Fue una grandiosa demostración de la capacidad de Münzenberg para atraer a la izquierda en general al campo gravitacional de los soviéticos. Los Archivos Centrales lo dejan muy claro. Lo que se celebró en Amsterdam fue un congreso bajo control comunista, pero no una reunión de comunistas. Esa fue una de las razones para ocultar quién lo había patrocinado.[86] El congreso fue genuinamente plural. Mientras Stalin mantenía dividida a la izquierda alemana, sus propagandistas reunieron bajo la misma bandera a todas las tendencias de la opinión progresista e ilustrada del mundo entero. Allí y en lo que a propaganda se refiere, estaba precisamente la coalición que Stalin había prohibido en la práctica. Los delegados, disfrutando de su apariencia de unidad, se entregaron a la gratificación del espectáculo. Se dice que Goebbels adoptó mucho del *son et lumiére* de Amsterdam para sus propias liturgias totalitarias en Postdam y Nuremberg. Asistían más de dos mil delegados. Representaban a todo el abanico de tendencias progresistas, desde verdaderos pacifistas a sindicalistas, todo el progresismo político imaginable. Todo estaba financiado y controlado en secreto por la Internacional; la financiación con sus cuentas secretas se hacía por medio de correos de Moscú que se reunían regularmente con el secretario confidencial de Münzenberg.[87] El congreso generó la ilusión de una inmensa y difusa buena voluntad, un gran frente unido.[88]

No lo fue de ninguna manera. La verdad esencial y siempre omitida sobre esta sorprendente y engañosa reunión no es su carácter multitudinario ni su extravagancia, sino su insistencia casi

conmovedora en señalar y atacar casi todo, *excepto* la principal amenaza política del día. Por el contrario, un testigo escéptico podría haber deducido que el programa del Congreso de Amsterdam funcionaba más para distraer a los delegados de la amenaza nazi que para enfrentarla. Amsterdam tuvo lugar precisamente durante los mismos días y horas en que los nazis consolidaban más rotundamente sus fuerzas. Y, sin embargo, se dedicó muchísimo más tiempo a condenar a Estados Unidos, a tratar como mártires a Sacco y Vanzetti y los chicos de Scottsboro que a afrontar la amenaza que tenían delante de las narices. Existe un noticiero alemán, hecho apenas dos días después de la clausura del congreso, que muestra a Willi entrando en el Reichstag pisándole los talones a Goebbels, listo para arrostrar una nueva y aún más desesperada sesión parlamentaria en pleno avance «legal» del nazismo. El desastre estaba teniendo lugar. Y, ante él, ¿cuál fue la respuesta del congreso?

La verdad es que, si el insomne Münzenberg pudo haber sufrido con la política de Stalin ante el auge nazi, el Congreso de Amsterdam, con todos sus buenos sentimientos y su exhibición de «unidad», fue un telón propagandístico para ocultar precisamente la decisión de Stalin de permitir que Hitler dividiera y conquistara Alemania. Formaba parte de esa política y fue el rostro de esa política para el alarmado mundo bien pensante. En las semanas en que la amenaza nazi concentraba todas sus fuerzas contra una izquierda alemana sistemáticamente dividida, Münzenberg, obedeciendo órdenes del régimen, se afanaba distrayendo a la gente con una grandiosa ilusión de *supuesta* unanimidad y fortaleza.

Stalin, no por primera vez ni ciertamente por última, patrocinaba la apariencia del antifascismo de tal manera que el curioso resultado era el de *no* perjudicar a Hitler en la práctica. El Congreso de Amsterdam fue una asamblea de lo que representaba una opinión antifascista potencialmente dura. Pero apenas se ocupó del auge nazi. El espíritu de unidad de Amsterdam fue algo que jamás se haría realidad en la izquierda alemana. *Amsterdam no estuvo dirigido contra el nazismo*. ¡En agosto de 1934! Incluso ahora ese absurdo quita el sueño.

Pero como veremos, el absurdo formaba parte de una aún mayor ilusión. Desde los días del ascenso «legal» de Hitler al poder hasta el

momento en que el pacto nazi-soviético precipitó la segunda guerra mundial, la organización antifascista de la Internacional Comunista, de la que Münzenberg era el responsable en Europa, jamás representó una amenaza significativa ni el menor inconveniente para el poder nazi. Resulta imposible evitar la conclusión de que a veces era inocua debido a una consciente decisión política. El antifascismo del Komintern hacía mucho ruido contra los nazis, no cabe duda, pero una y otra vez la Internacional se las arreglaba para dirigir sus poderes reales de agitación política en cualquier dirección menos contra Alemania. El partido fomentaba la acción, pero no hubo mucha allí antes o después de que Hitler fuera nombrado canciller. Sucedía en Austria, en España, en países donde los «fascistas», que eran atacados por los comunistas, ni siquiera parecían tales a los ojos del mismo Hitler. Cuando realmente llegó el momento de enfrentarse en firme a la verdadera amenaza nazi, la operación antifascista del Komintern hizo mucho ruido, recurrió al «sonido y la furia» y se refrenó.

Por tanto, bajo el manto siniestro de estos acontecimientos, se esconde una profunda e intensa tragedia política. En todo el mundo, la voluntad de resistencia de los progresistas resultó devaluada. La gente que había reunido Münzenberg en Amsterdam era justamente la que, más que nadie, hubiera podido detener el avance de Hitler. Eran personas conscientes de por qué tenía que hacerse. Y podrían haberlo logrado realmente si las organizaciones que los movilizaban y dirigían hubieran querido hacerlo. Se trataba de las figuras más representativas de la izquierda mundial: desde sindicalistas, pacifistas y viejos socialistas hasta anarquistas, idealistas y agitadores. El lugar estaba ahíto de periodistas simpatizantes y de idealistas creadores de opinión. Allí estaba presente la crema de la militancia política que podría haberse unido en una coalición realmente efectiva de oposición, una versión internacional de esa indispensable coalición alemana de centro e izquierda que exigía obviamente aquella situación desesperada. Allí estaba un grupo que podría haber tenido un protagonismo real para detener los horrores que se desencadenarían sobre Europa.

Pero no. El aparato de Münzenberg estaba decidido a lograr que los delegados se opusieran a cualquier mal, *salvo* al mal nazi. El de Amsterdam fue un congreso de la gente idónea; Dios sabe que los

reunió en el momento apropiado. Pero ¿acaso identificó al verdadero enemigo? La crisis de la legalidad en Weimar empeoraba hora tras hora. La mano invisible de los soviéticos atenazó en su puño el arma de la opinión occidental ilustrada. Y encañonó el rostro de cualquier adversario imaginable excepto a la pesadilla que se cernía.

Por supuesto, algo así no podía durar. El pacifismo, el antiimperialismo, el antiamericanismo, aunque Amsterdam los presentara por todo lo alto, eran variaciones del bien que en aquel momento perdían vigencia. Les había llegado el momento de desaparecer, al menos durante los siguientes diez años, del vocabulario de la izquierda con patrocinio soviético. La organización de Münzenberg estaba a punto de ser totalmente transformada por aquello precisamente que había permitido que se hiciera realidad.

Estaba a punto de ser transformada por Hitler.

2

El incendio y el fraude

Berlín, 27 de febrero de 1933. Era una gélida noche de luna. Hacía exactamente un mes que Hitler era canciller de Alemania. Las calles céntricas estaban casi desiertas. A las 21.40 un estudiante de teología, de regreso a casa y protegiéndose del frío, cruzaba la plaza vacía frente a la sombría estructura de granito del Reichstag —un monumento al gusto arquitectónico del káiser Guillermo—, cuando de pronto levantó la vista y vio en la cúpula de vidrio y acero el pequeño y silencioso centelleo naranja de lo que extrañamente parecía ser fuego. Y era fuego. Al cabo de unos momentos, el centelleo naranja ya llenaba toda la cúpula con lo que obviamente eran llamas, y poco después, el infierno encerrado explotó a través del metal fundido y los cristales rotos y se elevó hacia el cielo nocturno al tiempo que lo que quedaba de la democracia de Weimar se hundía en su última y fatal convulsión.[1]

En las semanas anteriores, Münzenberg había sido meticulosamente preparado para la ascensión al poder de Hitler, lo que al parecer los soviéticos habían visto venir con claridad. Tres meses antes del Congreso de Amsterdam, a principios de enero de 1933, varias semanas antes de que Hitler fuera nombrado canciller el 30 de enero, Münzenberg fue convocado en Moscú para consultas sobre la situación alemana. Allí se hicieron planes para que trasladara su cuartel general a París si la situación «se deterioraba más».[2]

Y cuando eso sucedió, Münzenberg sabía perfectamente que corría grave peligro y que se debían tomar las precauciones necesarias. La noche que Hitler asumió el cargo, Münzenberg, que acababa de regresar de sus consultas en Moscú, dejó su lujoso piso

en el Tiergarten para no regresar jamás. Esa noche del 30 de enero, las calles de Berlín se inundaron de desfiles con antorchas de las SA festejando el triunfo. Aunque era un hombre público, miembro todavía del Reichstag, era evidente que ya no podía pasar las noches en un lugar donde se le pudiera encontrar fácilmente. Se le había preparado un apartamento seguro en un anónimo edificio nuevo en un barrio obrero en el oeste de Berlín. Allí lo llevaron en coche cruzándose con las manifestaciones fascistas.[3] La legalidad desaparecía rápidamente. La inminente tormenta de terror se hacía palpable. Los cánticos de los jóvenes descerebrados que agitaban sus antorchas sólo eran la manifestación ritual del sadismo organizado de las SA, que ahora caía sobre la vida alemana y acabaría convirtiéndose en un nuevo Estado.

El chófer y guardaespaldas de Münzenberg era un joven llamado Emil, un hijo curtido de la clase obrera berlinesa. Esa noche Emil conducía el Lincoln; mientras se abrían paso hacia el oeste por la ciudad embrutecida, debieron pasar cerca de la Cancillería. Allí, iluminado por las luces de los ventanales, contoneándose de puro deleite, Hitler contemplaba el paso de sus seguidores enardecidos de éxtasis fascista. En otro ventanal, estaba Von Hindenburg, moviendo con energía su bastón al ritmo de los cánticos marciales.

Y luego, un mes más tarde, se produjo el incendio del Reichstag y con él el cumplimiento de la pena de muerte para Weimar, pena cuya sentencia había sido dictada cuando Hitler asumió el poder. El incendio pilló por sorpresa a Münzenberg, al igual que a Hitler, al parecer. El incendio del Parlamento alemán sucedió la penúltima noche de febrero, treinta días después de que el presidente Von Hindenburg hubiese nombrado a Hitler como el último Canciller legítimo de la República. Sigue siendo un misterio de la historia del totalitarismo por qué se prendió fuego al Reichstag y quién lo hizo. Sus circunstancias están envueltas, quizá para siempre, en los múltiples nubarrones de la desinformación y las mentiras. No obstante, marca un hito muy claro en el paisaje de la historia contemporánea; fue uno de esos momentos infrecuentes tras los cuales cambia radicalmente el conjunto de la vida política.

Esta catástrofe espectacular fue el pretexto para implantar el

totalitarismo en Alemania. Como reacción ante el siniestro, el nuevo y legalmente elegido canciller se arrogó los poderes policiales que le eran esenciales para estrangular la República de Weimar y establecer el poder nazi absoluto en Alemania. Con él, Hitler se embarcó en el terror y la guerra de Estado contra sus «enemigos»: los judíos y los aliados democráticos que había impuesto el Tratado de Versalles.

Pero su primer objetivo fueron los comunistas alemanes y a ellos culpó del incendio. Georgi Dimitrov, un estalinista búlgaro y alto dirigente del Komintern, junto con dos de sus ayudantes, y Ernst Torgler, una figura pública importante del partido alemán, fueron arrestados y acusados de haber organizado la conspiración para incendiar el Reichstag. Con el comunismo alemán bajo sospecha, los soviéticos respondieron, devolviendo ataque por ataque, o al menos propaganda por propaganda, y por primera vez, dieron la impresión de encaminarse hacia una auténtica confrontación con el nuevo gobierno nazi. Hitler ordenó que se celebrara un gran juicio público en Leipzig para probar la culpabilidad de los comunistas y demostrar cómo se debía liquidar al partido alemán y hacerlo desaparecer del Reich. A su vez, al aparato de Münzenberg se le dio orden de transformar el movimiento por la paz usándolo para montar una nueva campaña antifascista a nivel mundial, cargando las tintas en los nazis y atacando al nuevo régimen. Sería la primera gran confrontación entre los dos Estados totalitarios. En la evidente crisis que se avecinaba, el Estado soviético bajo Stalin se puso la medalla de una autoridad moral superior.

Al menos, eso es lo que parecía.

Basado en la prueba espectacular de esta confrontación y el odio reflexivo que tan claramente la animaba, empezó a tomar forma un nuevo mito destinado a los progresistas. Ese mito, a su vez, conformaría muchos de los principios políticos esenciales de los años treinta. Afirmaba que el Estado marxista-leninista, por más reveses preocupantes que pudiera sufrir en su lucha por alcanzar el socialismo, al menos poseía la virtud de ser implícita, genuina y casi involuntariamente opuesto al nazismo. Como tal, el comunismo parecía representar la única resistencia *real* contra el horror que tan claramente estaba tomando cuerpo. A las democracias, debido a su falta real o supuesta de reacción, se las retrataba como

dependientes del capitalismo o de la ineficacia del liberalismo, o aún peor, como simpatizantes secretas de los nazis, hermanas de sangre de los nazis. Por tanto, este mito asignaba papeles morales al presentar la lucha entre los dos Estados como una batalla definitiva entre el bien y el mal en este siglo. En ella, la línea estalinista era el bien, o al menos necesaria para el bien en virtud de su supuesta oposición al mal de Hitler.

Era un argumento de gran fuerza persuasiva. Lo aceptaron, o estuvieron a punto de hacerlo, varias generaciones de progresistas occidentales. En 1935 la lógica de este enfoque se amplió en un esfuerzo mundial por conquistar la lealtad del Occidente progresista en el gran fraude propagandístico conocido como Frente Popular, que utilizó al antifascismo para mantener en línea a sus simpatizantes al tiempo que el terror seguía causando estragos en Rusia. El Frente Popular tuvo mayor alcance y fue aún más atractivo, más enteramente conformista incluso que los simpatizantes estalinistas en los días de apogeo de Sartre en París. Mientras proseguía la matanza, el Frente conquistaba la adhesión de un incontable número de incondicionales entre la gente más inteligente de su generación, gente que, no cabe dudarlo, deseaba realmente servir a la libertad intelectual y humana. Lo motivaba la amenaza fascista y la adictiva sensación de estar en el bando correcto, de tener razón, una razón irresistible contra el mal burgués, y, sobre todo, contra algo tan palpablemente maléfico como el nazismo alemán. ¿Qué les hacía sentirse bien? Cometiendo un error clásico, estaban seguros de que el mal les hacía estar en la verdad. Se sumaron a millares. La lógica de Stalin era bien simple: dejad que los bien intencionados se rasguen las vestiduras ante las matanzas en Moscú. No importa. La gente decente no osará dar la espalda al antifascismo. *Cualquier ataque contra Stalin es un apoyo a Hitler*.

El enorme prestigio moral de este mito, que se sumó al ya existente (y que incluso era mayor) de la misma revolución, les llegó a los soviéticos exactamente en el momento en que el gobierno de Stalin se aproximaba a su fase más siniestra y brutal. ¿Una paradoja? No se trataba de una paradoja hija de las coincidencias. Era un engaño. Y estaba planeado. Porque esta primera gran confrontación entre los dos Estados totalitarios fue un

engaño en sí misma y algo muy distinto a lo que pretendía ser.

Todo dio comienzo con la toma del poder de Hitler y con el incendio del Reichstag. El siniestro parece haber pillado totalmente por sorpresa a Hitler. Casi ningún investigador del hecho cree que el mismo dictador haya dado la orden y, nótese bien, tampoco ningún hombre de Münzenberg sugiere en algún momento la responsabilidad de Hitler. Esa noche, éste estaba cenando con Goebbels y su familia. Le avisaron por teléfono cuando el grupo escuchaba música tras la cena. Al principio, Goebbels creyó que se trataba de una broma y colgó el teléfono. Una segunda llamada estropeó la velada y el canciller cayó en la cuenta de lo sucedido. «¡Ahora los tengo!», gritó presa de una gran excitación, y partió de inmediato hacia el lugar de los hechos.[4]

Una vez en el escenario, Hitler intuyó al instante la gran oportunidad demagógica que le brindaba y rápidamente la aprovechó dando paso a algo que fue como una caricatura del frenesí hitleriano. Le condujeron a un palco que daba a la Cámara de Sesiones, para entonces toda en llamas. «Hitler se apoyó en el parapeto de piedra y contempló el rojo oceáno de llamas. De súbito, se giró. Tenía el rostro escarlata por la excitación y por el calor reinante… y de pronto empezó a gritar con todas sus fuerzas: "¡Ahora les enseñaremos! Cualquiera que se interponga en nuestro camino debe ser aniquilado. Hace demasiado tiempo que el pueblo alemán es blando. Todo dirigente comunista debe ser fusilado. Todos los diputados comunistas serán colgados esta misma noche. Todos los amigos de los comunistas serán puestos entre rejas. Y eso vale para los socialdemócratas y el *Reichsbanner* también"».[5]

Así fue proclamada sobre la marcha la línea dura nazi. Hitler decretó que este ataque contra la vida política alemana era un atropello comunista, una señal para la insurrección izquierdista. Los rojos intentaban tomar por asalto Berlín con este incendio; lo habían provocado para que todos los subversivos se lanzaran contra el Reich que renacía. Les asustaba el poder fascista que se galvanizaba a su alrededor; trataban de conquistar la nueva Alemania para ellos. Pero no se saldrían con la suya.

Los nazis habían buscado un pretexto para atacar y ahora lo

tenían. Al día siguiente, Hitler promulgó su infame Decreto de Emergencia del 28 de febrero, el pilar jurídico del totalitarismo nazi. La idea que regía su histérica retórica era bien simple: la policía alemana dejaba de ser responsable ante la justicia. La policía, pertrechada con ese poder, trabajó toda la noche hasta antes del helado amanecer; las escuadras de arresto patrullaban las calles de Berlín y de las principales ciudades y no tenían ninguna restricción legal. Los policías estaban preparados. En las principales comisarías se habían apilado miles de citaciones ya firmadas y selladas, con el nombre y las señas en blanco, listas para ser rellenadas con cualquier comunista, o simplemente con cualquiera, a quien quisieran atrapar Goering y sus muchachos. Eran la carta blanca del terror de Estado. Los futuros miembros de la Gestapo las apilaban.

Nada de esto debería haber sorprendido a cualquier observador atento. Hitler había prometido una y otra vez destruir al comunismo alemán. Ahora, cumpliendo fielmente su promesa, lanzó el ataque.

Es increíble que la mayoría de los comunistas, incluso algunos dirigentes, no estuvieran preparados para esa contingencia. Esta falta de anticipación fue muy real. El mismo Münzenberg, aunque había recibido instrucciones de Moscú, sólo estaba preparado a medias. Desde el principio, el Komintern había menospreciado sistemáticamente la amenaza hitleriana. El mismo Congreso de Amsterdam ilustra claramente esa política; lo mismo sucede con la doctrina «errónea» del «socialfascismo». Incluso en tiempos del Frente Popular y aun más tarde, hasta el mismo fin del comunismo, se mantuvo la siguiente mentira: existe una fraternidad invisible entre los demócratas y los fascistas que sólo puede ser desentrañada por el pensamiento radical.

En 1933 se menospreciaron muchas cosas de Hitler; la principal fue su espectral *velocidad*. Nadie sospechó que pudiera destruir la República de Weimar en un solo mes o que para mediados del año siguiente, Von Hindenburg, ese gran teutónico que una vez había despreciado a Hitler llamándole «pequeño cabo», estaría en su lecho de muerte dirigiéndose al canciller con un senil balbuceo

agonizante como «Su Majestad».[6] Entre quienes menospreciaron la amenaza estaban los comunistas.[7] Después de una última reunión con los editores de sus periódicos, Münzenberg comentó que la dirección del partido le recordaba «a bailarines que no se han dado cuenta de que el telón ya ha caído».[8] Sin embargo, diez días antes de la investidura de Hitler, Moscú había prohibido cualquier resistencia con uso de fuerza ante una multitudinaria manifestación de las SA a las puertas de la sede del partido. Diez días antes del incendio del Reichstag, la flor y nata de la izquierda alemana se reunió para una última exhibición de impotente división. Los comunistas se congregaron en una sala; los socialdemócratas, en otra. Luego llegó el fuego y el dictador atacó.

Parece que Willi evitó su arresto por un golpe de buena suerte. Sin duda, estaba entre los más altos dirigentes de la Internacional que figuraban en la lista nazi. Esa mañana, con la primera luz del día, una escuadra de arresto se presentó a la puerta de su piso en Tiergarten. Por supuesto ya hacía más de un mes que no estaba en esa calle. Pero ni siquiera estaba en Berlín. Esa noche ya habían sido arrestados varios centenares de dirigentes, pero Münzenberg estaba en Frankfurt pronunciando un discurso. Había pasado la noche allí con agentes del Socorro. Cuando la policía llamó a su puerta en Berlín, les atendió el indispensable secretario confidencial de Münzenberg, un joven llamado Hans Schulz. ¡Si ellos hubieran sabido a quién tenían delante! Schulz, con su aspecto vulgar, pálido, sumiso y su pierna coja, llevaba en su memoria fotográfica, famosa en todo el *apparat*, una cantidad inimaginable de información sobre las actividades secretas en Alemania y en el mundo. Schulz era el contacto personal de Münzenberg con los niveles más profundos del aparato, entrenado cuidadosamente para ser el guardián de los secretos de Münzenberg. La memoria de Schulz era el almacén de toda aquella información que nadie osaba dejar por escrito. Era la mano derecha (¿*o* acaso la izquierda?) de sus secretos: en cierto sentido, era el Willi invisible. Adiestrado en Moscú para el trabajo secreto, Hans llevaba en su cabeza mucha más información sensible que todos los comunistas arrestados esa noche. A la policía, Schulz les pareció un empleadillo de mala muerte que obedientemente les

mostró todas las habitaciones. Y por supuesto no encontraron a su hombre.[9]

La defraudada patrulla policial pasó la información a Frankfurt. Allí los lugares frecuentados por Münzenberg eran lo bastante conocidos como para que una segunda patrulla se enviara al instante a su café favorito. Tenían razón. En aquel mismo momento, el jefe de la propaganda del Komintern se encaminaba al bar a tomar el desayuno. Portaba varios periódicos para leer las sensacionales noticias sobre el incendio de la noche anterior.

Jamás llegó a la puerta del café.

He dicho que la policía no se enteró de quién era Hans Schulz. No obstante, quizás algún miembro de la patrulla sabía más de lo que estaba dispuesto a admitir. La decisión de Hitler de aplastar al partido comunista alemán sólo fue posible gracias a una decisión paralela que significó el control absoluto de la policía por parte de Hitler. Y en aquel momento, contrariamente a lo que se creía, la policía berlinesa era bastante izquierdista.[10] Esta es una de las razones que confirieron su aterradora importancia a las camisas pardas de Ernst Röhm: la necesidad de contar con un cuerpo absolutamente obediente también requeriría que Hitler reestructurara por completo la policía inventando la Gestapo. La última mañana de febrero de 1933 fue el instante preciso en que Alemania pasó de ser un Estado con policía a ser un Estado policial. Resulta llamativo que para la huida de Münzenberg, la acción clave fuera obra de un policía. Cuando la patrulla estaba a punto de irse, un hecho de escaso relieve tuvo lugar en el vestíbulo. Uno de los policías reconoció a la mujer de Hans Schulz, la hija de un prominente policía socialdemócrata, la apartó del grupo y le susurró: «Corre. Avisa a tus amigos y escapa». Le estaba diciendo lo que él sabía y ellos no. De la noche a la mañana, el mundo había cambiado.[11]

Esta transgresión a las normas policiales y en pro de la decencia quizá salvara a Münzenberg.

Pocos minutos después de que la policía abandonara el piso de Münzenberg, Babette Gross, ansiosa de tener noticias, telefoneó desde Frankfurt. Se le repitió el mensaje del policía. De no haber

sido así, ella, su marido y todos los demás podrían haber caído junto al resto de los dirigentes alemanes. Babette reaccionó al instante. Münzenberg se iba a encontrar con Emil en el café de la estación de Frankfurt. El asunto ahora era evitar ese encuentro. Ella y Emil corrieron a la plaza frente a la estación y se apostaron en cada entrada. Cuando él apareció, se mostraba pletórico de energía pese al peligro, llevando sus periódicos y dirigiendo la mirada hacia el café. Emil se le acercó rápidamente, cogió a su jefe por el brazo y con naturalidad y firmeza lo llevó hasta el coche. Cuando subió Babette, Emil arrancó.

La vieja vida había tocado a su fin. Emil condujo a ciegas por el primer camino que salía de Frankfurt. Por casualidad, iba hacia el sur. Münzenberg huía sin visado ni pasaporte; el conductor no sabía qué rumbo tomar. De repente, Babette recordó que tenía un conocido en la zona. Su hermana Margarete había estado casada con un hijo de Martin Buber. Y Martin Buber vivía cerca de allí, en Darmstadt. Hacia allí se dirigieron. Como sabían que sería demasiado peligroso para Buber esconder a Willi en su casa, detuvieron el coche a unos tres kilómetros del lugar. Babette caminó sola hasta la puerta de sus ex parientes. Los Buber se quedaron de piedra cuando vieron a esta mujer aterrorizada en el umbral y de inmediato se dieron cuenta del peligro. Buber hizo una útil sugerencia. El Saar distaba unos cien kilómetros de allí. Aunque era territorio alemán, como resultado de una cláusula sumamente vejatoria del Tratado de Versalles, no estaba bajo control alemán y, por tanto, funcionaba fuera del alcance de la policía alemana. Se podía entrar sin visado. Buber allí tenía un colega, un catedrático a quien erróneamente creía de confianza. Sin embargo, para entrar en el Saar era menester el pasaporte y, en aquel momento, el de Münzenberg equivalía a una orden de detención. De cualquier modo, tampoco lo tenía consigo.

Sólo en Frankfurt se podía conseguir un nuevo pasaporte. Provistos de una carta de recomendación de Buber, Babette y Emil volvieron sobre sus pasos dejando a Münzenberg en un paseo junto al Rin, en el suburbio de Mainz. El día en que nació oficialmente el totalitarismo germano, también era carnaval, un carnaval por todo lo alto. Las oficinas estaban cerradas; las calles atestadas no sólo de policías, sino de borrachos y juerguistas. Babette dejó a Emil a la

espera y subió a las oficinas de una editorial del Trust. Estaban desiertas, sólo ocupadas por un joven camarada, catorce años más joven que Münzenberg y sin ningún parecido con él. Pero un pasaporte era esencial en aquellas circunstancias. El joven pronto entregó el suyo. Abajo, la calle estaba en pleno bullicio. Babette se halló en medio de los desfiles de carnaval, pero no pudo encontrar a Emil. Se encaminó a un café que ambos conocían. Un camarero la hizo salir avisándole de que la policía ya había estado allí buscando a su marido.

Cuando volvió a encontrarse con Emil, empezó a nevar y, mientras conducían hacia Mainz, se hizo de noche. Encontraron a Münzenberg merodeando por la ribera.

Era hora de ponerse en marcha. El Lincoln avanzó en medio de la oscuridad por las campiñas desiertas rumbo al oeste.

Se acercaron a la frontera. El Saar sería sólo una etapa más en su huida. Aún debían procurarse una visado para entrar en Francia. Babette Gross todavía tenía que regresar a Berlín a buscar un esencial y secreto depósito de dinero en metálico que estaba en manos del embajador soviético. Tampoco el Saar dejaba de presentar peligros. El colega de Buber, posiblemente un simpatizante nazi, luego resultó menos fiable de lo previsto. Pero Münzenberg, a menos que saliera de Alemania y pronto, era hombre muerto. Tenía que pasar de incógnito, cruzar la frontera, debía desaparecer. Para lograrlo, únicamente el Saar podía servir.

Al alba el Lincoln llegó a la pequeña caseta de la aduana en la frontera. Aún caía la nieve sobre el camino casi desierto. Salió un guardia, se acercó al coche a oscuras, apuntó con la linterna a cada rostro. Hizo una pausa. Sin pedir los pasaportes, el guardia hizo señas a Emil de que continuase.

Sólo nos podemos imaginar lo que debe de haber pasado por la cabeza del joven conductor cuando pisó el acelerador e hizo avanzar la larga y pesada limusina.[12]

*

De súbito, empezaba una nueva época.

Hitler se había hecho con el poder absoluto. A los pocos días de los acontecimientos alemanes, los trabajadores del distante

Washington se reunían en las escalinatas del Capitolio, donde Franklin Roosevelt juraría el cargo de presidente por primera vez y diría a los norteamericanos que lo único que debían temer era al mismo temor.

En cuanto a Münzenberg, una vez cruzó la frontera alemana, esa nevada y primera *Walpurgisnacht* del terror nazi, su camino a París fue relativamente directo. Se quedó escondido en el Saar al menos una semana a la espera de que el aparato le procurara los papeles necesarios para entrar en Francia. Mientras estaba allí, el Komintern en Moscú ya estaba al tanto de sus andanzas y alertó al partido en París sobre su inminente llegada. Luego, a principios de marzo, Emil cruzó con su jefe la frontera francesa y se dirigió directamente a la Ciudad de la Luz.[13]

Había llegado —en la historia de Alemania— la gran crisis de la historia del comunismo alemán. Casi al mismo tiempo, a principios de marzo de 1933, Stalin ordenó al aparato que comenzase la campaña de contrapropaganda a las medidas de Hitler, una campaña en la que la organización de Willi, ahora trasladada a París, tendría un papel protagonista. También al mismo tiempo y quizás antes, el tirano ruso había empezado a perfilar en el mayor de los secretos su verdadera política, no la oficial, con respecto al nuevo gobierno germano. Incluso entre los bolcheviques de mayor rango, era ínfimo el número de dirigentes al tanto del verdadero enfoque de Stalin ante esta nueva amenaza. Es significativo que entre ellos no estuvieran los mandos del Ejército Rojo ni de ninguna de las otras fuerzas armadas, aunque sí figuraban, y en primer lugar, los personajes claves de los servicios de espionaje.

Pese a la apariencia externa de hostilidad y confrontación que destilaban operaciones como la nueva campaña «antifascista» de Münzenberg, la verdadera postura del gobierno soviético ante la toma del poder absoluto por parte de Hitler era en realidad de apaciguamiento y calma. En el desarrollo secreto de esta línea de acción, el personaje más importante de todos era Karl Radek, el viejo camarada de Münzenberg. Por su carácter de propagandista, se le confió la crucial tarea de dar forma al movimiento «antifascista» en el terreno propio de la propaganda, pero también

en el diplomático, una responsabilidad en la que contaría con su indispensable mano derecha, su viejo amigo Münzenberg.[14] Los Archivos Centrales de Moscú contienen las cartas originales, firmadas personalmente por Radek y enviadas sin duda codificadas, dando instrucciones precisas a los agentes berlineses con respecto al juicio a Dimitrov.[15] Pero Radek tuvo un papel aún más siniestro. Durante muchos años, en la cúpula bolchevique, él era quien más sabía sobre Alemania. Desde los días de la Revolución, había tenido un papel preponderante, tanto secreto como público, en las relaciones germano-soviéticas. Incluso con la llegada de Hitler y pese a que él mismo era judío, Radek jamás estuvo de acuerdo con una política anti-alemana. Tampoco lo estaba Stalin. «Solamente un idiota se podría imaginar que nosotros romperíamos con Alemania», confió Radek a su amigo y compatriota polaco, el oficial de inteligencia Walter Krivitsky cuando estaba a cargo de la campaña «antifascista» en plena efervescencia. «Lo que escribo aquí es una cosa. La realidad es otra. Nadie nos puede dar lo que nos ha dado Alemania. Para nosotros, romper con Alemania es simplemente impensable.» Cuando Münzenberg se estaba instalando en París, Stalin envió a Radek como emisario directo y confidencial para que estableciera contactos de máximo secreto con el embajador alemán en Moscú. Estas conversaciones tuvieron lugar sin el conocimiento de la diplomacia ni del ejército soviéticos. Y el contenido…: fueron negociaciones sobre asuntos de mutuo beneficio.[16]

De forma simultánea, un agente secreto de muy alto nivel, un hombre muy conocido por Willi, fue despachado de Moscú a París, actuando como enlace entre los jefes del Kremlin y los europeos, y portando instrucciones precisas sobre cómo debía encarar Münzenberg el nuevo movimiento antifascista a escala mundial. Este agente también era un protegido de Radek y contaba con toda su confianza.

Y llegó al Oeste con instrucciones directas de él.[17]

Este agente secreto tuvo una de las intervenciones más siniestras y extraordinarias de la época. Se organizó en París una vasta campaña con un primer punto de mira en el incendio del Reichstag y estrechamente coordinada por el emisario de Moscú y el *apparat* europeo y norteamericano.[18] Representaría el punto de partida de la campaña antifascista y, en ese sentido, la primera confrontación

directa de la segunda guerra mundial.

La campaña que Münzenberg dirigiría desde París fue planeada para facilitar y encubrir al mismo tiempo esta relación real y secreta entre los gobiernos alemán y soviético. Stalin necesitaba parecer totalmente hostil a Hitler; Münzenberg le ayudaría a crear esa imagen que encubriría el apaciguamiento que se estaba llevando a cabo. Como veremos, y dado que hasta ahora no se ha entendido cabalmente, se trató de un montaje que permitió la realización de acciones de colaboración entre los dos dictadores.

La campaña creada por Münzenberg y Radek estaba en su apogeo. Llenaba los titulares de la prensa mundial. Todo en ella destilaba una hostilidad manifiesta y una total confrontación. Por su parte, los nazis, con sus arrestos de comunistas y el espectáculo montado por Hitler en el juicio por el incendio, daban la misma señal de confrontación extrema. Entre los occidentales progresistas y cultos, sin duda la campaña comunista era la más convincente, sobre todo para aquellos que no necesitaban que nadie les convenciera sobre el mal nazi. La campaña golpeó duramente a los nazis, en especial a las SA, una y otra vez. No cabe duda de que generó toda clase de falsedades, pero al fin y al cabo se trataba finalmente de un verdadero antifascismo. Parecía correcto en su esencia y obviamente lo era. ¿Cómo podía dejar de serlo?

Al menos, así parecía. Pero las apariencias engañaban.

*

El foco de la campaña nazi se centraba en el juicio de los acusados por Hitler de ser los incendiarios y de haber tratado de provocar una insurrección comunista contra el Estado nacional-socialista. Cuando la Cámara de Sesiones aún era presa de las llamas, la policía berlinesa había entrado por los pasillos humeantes y apresado a un joven descamisado, histérico y vociferante, supuestamente *in fraganti*, llamado Marinus van der Lubbe. Fue arrestado en el acto mientras gritaba: «¡Protesto! ¡Protesto!» con un fuerte acento holandés.[19]

Marinus van der Lubbe fue claramente uno de los incendiarios y el único capturado. Desde el principio dijo haber actuado solo y se mantuvo en sus trece hasta que fue decapitado un año después por

la guillotina de Leipzig.

La confesión simple, torpe y atolondrada de Van der Lubbe sobre su actuación en solitario resultaba inconveniente. Ninguno de los bandos quería un solo protagonista. Una vez que Hitler hubo proclamado que se trataba de una conspiración comunista, los nazis necesitaban conspiradores comunistas y no a este solitario e insensato descamisado. De cualquier manera, en vez de fusilar sin más al cautivo, los nazis decidieron explotar el hecho de que su captura en medio de las ruinas lo había hecho famoso en todo el mundo.

Al menos era indudablemente culpable. Por tanto, los nazis pondrían a Lubbe sobre el escenario rodeado de varios responsables de primera fila del comunismo, a quienes, por el medio que fuera, esperaban vincular al holandés durante el juicio y así justificar la represión anticomunista.

Los arrestos a gran escala de comunistas habían proseguido desde aquella noche. Pero unos diez días después del incendio, en lo que al parecer fue un golpe de suerte, la policía berlinesa dio con tres peces gordos de suma importancia. Uno resultó ser nada menos que Georgi Dimitrov, un veterano dirigente del Komintern y principal colaborador búlgaro de Stalin, un famoso y experimentado conspirador. Dimitrov estaba acompañado por otros dos búlgaros, Simon Popov y Vassili Tanev, sus lugartenientes.

Los tres fueron delatados por un camarero del restaurante adonde habían ido a cenar. Era un sitio harto inconveniente para tres extranjeros agentes del Komintern, un restaurante con gran clientela nazi para la que, en plena campaña de represión policial, el arresto de comunistas era una actividad a la orden del día. Los tres búlgaros entraron lo más ostentosamente posible y pidieron sus platos. Su aspecto fuera de lo común y su acento extranjero atrajeron la atención. Cuando se les pidió la documentación, los papeles que mostraron eran claramente falsos, aunque estuvieran en manos de un alto cargo del Komintern, famoso en el mundo por sus falsificaciones impecables.[20] Fueron arrestados y rápidamente procesados y acusados del siniestro junto al diputado comunista Ernst Torgler y Van der Lubbe.

Sigue siendo un gran misterio el arresto e incluso la presencia de Dimitrov en Alemania por aquellos días. Dimitrov era un

conspirador veterano, normalmente no asignado a Alemania. Su mera presencia en el país y en aquel momento requiere una explicación. Parece claro que la detención se produjo en medio de una misión clandestina ordenada por el mismo Stalin. Jamás se ha podido saber de qué se trataba.[21] Importantes miembros del *apparat* han declarado que Stalin le tendió la trampa a sabiendas. Si es así, ¿por qué? Si Dimitrov hubiera estado en serio peligro entre los nazis, la explicación podría ser que Stalin trataba de librarse de este agente entregándolo a los fascistas. Las comunicaciones de Radek con agentes de Berlín expresan preocupación, ya que Dimitrov y sus colaboradores podían estar «en inminente peligro». Pero pudo haber sido sólo estratégico, ya fuera un mensaje hecho *pro forma* a un agente fuera del circuito o una legítima expresión de ansiedad previa a que se hiciera el pacto. Porque, como veremos, cada vez está más claro que, pese a las apariencias, Dimitrov nunca corrió peligro durante su estancia en Berlín. Ciertamente este relevante estalinista nunca había estado más seguro. Parece que la verdadera misión de Dimitrov era simplemente entrar en Alemania lo más conspicuamente posible y ser arrestado, o dejarse arrestar a propósito, en el momento del incendio. Y así sucedió.

Simon Popov y Vassili Tanev eran, como decíamos, funcionarios del Komintern. Fueron las marionetas del caso. Después del juicio de Leipzig, cuando Dimitrov y sus camaradas fueron absueltos y puestos en libertad, porque así fue, regresaron a su «hogar» moscovita, donde fueron agasajados con todas las muestras imaginables de victoria y regocijo. Allí los tres posaron para sendas estatuas de «heroísmo».[22] En el momento oportuno, Stalin premió a Dimitrov, la nueva celebridad antifascista, con el cargo cada vez más inoperante de director del Komintern.

A Popov y Tanev, sin embargo, no les fue tan bien. Tras aquel momento de gloria, los dos fueron enviados al gulag acaso porque entendían muy bien lo que estaba pasando. De Tanev no se supo más. Popov se las arregló para sobrevivir esos días y años interminables en un infierno de frío —veinte años en total—, hasta que una apelación lo puso en libertad en 1955.

A medida que seguimos el desarrollo de estos acontecimientos, quedará bien claro que la famosa confrontación entre los dos Estados fue en parte una fachada inventada por ambos servicios

secretos para fines muy distintos a cualquier cosa que estuviera entonces sobre el tapete. La campaña comunista contra el juicio de Leipzig probablemente no fue el ataque directo contra el poder nazi que aparentaba. Tampoco la acción nazi en Leipzig parece haber tenido como finalidad auténtica un ataque contra los comunistas. De hecho y casi con seguridad, el montaje fue una colaboración secretamente controlada entre los dos dictadores. Seis años antes del pacto germano-soviético, en el inicio del régimen hitleriano, los dos dictadores ya estaban montando su plena colaboración. Basada en un profundo odio mutuo, de eso no puede caber duda, pero aun así una colaboración; sirvió a fines comunes, fines que no desafiaban al poder de cada uno, sino que lo consolidaba. Todo esto sucedió bajo el manto —el manto ideal— de la campaña antifascista creada por Münzenberg. La atrocidad de la batalla tomó la forma de una máscara ideal. Medio siglo después, esa máscara aún está firmemente en su sitio, aunque ahora sea una máscara sobre el rostro de un cadáver.

Por varias razones, hace tiempo que muchos estudiosos han tenido sus serias reservas sobre el mito de la heroica resistencia comunista contra Hitler antes de la guerra. Pero la mayoría ha creído que, pese a todos sus fallos, el antifascismo de Stalin era sincero.

En realidad, lo era y no lo era. Debemos considerar con mayor detalle los motivos de ambos dictadores en esa época.

¿Por qué estaban dispuestos los comunistas a cooperar de algún modo con los nazis, tan manifiestamente decididos a destruir el comunismo? Desde los días del *Mein Kampf*, un libro que Stalin leyó por entonces, Hitler había prometido que, una vez alcanzado el poder, su lista de prioridades estaría encabezada por la lucha contra el partido comunista alemán. En marzo de 1933 no tenía la intención ni la opción de renegar de esta promesa básica de su ideario. Aun así, Hitler no deseaba antagonizar con Stalin de forma prematura o irresponsable. El Ejército Rojo *era* el Ejército Rojo. Pero, sobre todo, no quería provocar que Stalin (ni los signatarios de Versalles) optase por la vía militar antes de que él estuviera listo. Por tanto, debía procederse al terror anticomunista. Las

circunstancias lo exigían, pero a Stalin había que amenazarle con cautela y sin sobrepasarse. Hitler debía actuar según sus planteamientos anticomunistas y tranquilizar, al mismo tiempo, a Stalin con unos acuerdos secretos, muy especiales y mutuamente beneficiosos.

Recordemos que aún faltan seis años para el pacto germano-soviético. Hace mucho que se sabe que fue Stalin quien buscó con mayor ahínco la alianza soviética con Hitler en 1939. Lo que es menos conocido es que desde el principio, Stalin trató en secreto de comprometer a Hitler en una alianza de pacificación y conciliación tras la fachada de una confrontación dialéctica «antifascista».[23] La respuesta de Münzenberg ante el incendio del Reichstag sólo fue el primer movimiento.

No se trata de que Stalin haya ignorado a Hitler como amenaza. Él veía a todo el mundo como una amenaza. Pero también creía que se debía llegar a rápidos acuerdos con un adversario poderoso. No se ponía a pelear con gente de su misma talla. Por tanto, respondió a Hitler con la clásica combinación del palo y la zanahoria. No era un palo muy serio; era un palo casi de meras palabras y de acciones encubiertas de distracción. Pero lo blandió de forma muy engañosa.

Si Alemania se encaminaba al rearme, Stalin quería que le sirviera para una guerra en Occidente. Hasta el mismo día en que las tropas nazis cruzaron sus propias fronteras, la estrategia de Stalin implicaba que Hitler *nunca jamás* se embarcaría en una guerra europea de dos frentes. Al igual que tantos marxista-leninistas, es probable que Stalin haya contemplado la tormenta que se avecinaba como una fase inevitable e incluso deseable para el aniquilamiento de la burguesía. Quería que Francia, Gran Bretaña y Estados Unidos amenazasen a Hitler. Si iba a haber una guerra, que se produjera en Europa occidental, no en Rusia, y entre los que él veía como potencias burguesas que a la postre se destruirían entre sí en el proceso. Él haría muy poco ruido de sables.

Mientras tanto, el comunista más importante del mundo estaba perfectamente dispuesto a que sus amados camaradas alemanes cayeran en la trampa nazi, sobre todo si su servicio secreto podía tener la información precisa de quiénes y cuándo eran arrestados.[24] Después de todo, nunca fue un encomiable protector de sus propios camaradas, ya fueran compatriotas o extranjeros. Por el

contrario: la represión nazi podía ahorrarle la molestia de tener que hacerla él mismo.[25]

Otro objetivo invisible de la campaña antifascista era la apuesta moral. Es evidente que los comunistas no eran los únicos que reaccionaban con miedo y odio contra los nazis. Radek, como dirigente bolchevique normalmente a cargo de la respuesta antinazi y experto observador de la política alemana, recibió la orden de perfilar una nueva línea que aplaudiera ostentosamente el Pacto de Versalles, hasta aquel momento, objeto de una acerba crítica comunista.[26] De hecho, los signatarios de Versalles se alarmaron bastante, pero no lo suficiente.[27] Una de las grandes tragedias de toda la historia humana fue que las potencias de Versalles, incluyendo a Estados Unidos, no se alarmaron hasta el punto de decidirse a actuar como fuerza preventiva para arrancar a los nazis del poder en 1933 o 1934. De cualquier modo, Stalin se dio cuenta de que en un previsible futuro, un miedo totalmente justificado al nazismo dominaría los valores morales de la izquierda e incluso del centro en las democracias. Y él decidió que su aparato encamara ese alto nivel moral. Cuando las cosas se pusieran feas, la Unión Soviética necesitaría detentar la autoridad moral del antifascismo.

Sin embargo, otro objetivo del movimiento antifascista estaba íntimamente relacionado con la lógica moral de esta política ambivalente. Se trataba del espionaje. Miles de jóvenes brillantes e idealistas en las democracias liberales serían incorporados a la esfera de influencia de Stalin por medio del fervor ético de su reacción ante la amenaza nazi. Stalin podía también utilizar la cobertura moral del antifascismo para infiltrarse en los gobiernos occidentales. Algunos de estos reclutas provocarían los grandes escándalos periodísticos de los años venideros: Burgess y Maclean, Hiss y Chambers.

Tanto el «antifascismo» de 1933 como el Frente Popular encubrieron el reclutamiento de los servicios secretos. En 1939 Walter Krivitsky explicó con claridad meridiana este aspecto del Frente en su libro *In Stalin's Secret Service*. Bajo la cobertura del Frente Popular, señaló que: a) el servicio secreto británico fue uno de los objetivos para el reclutamiento. Aquí es donde descubrimos

fenómenos como el grupo de espías de Cambridge; b) se produjeron infiltraciones en la burocracia del New Deal en Washington. He aquí el grupo de norteamericanos en la órbita de Münzenberg, el círculo de gente que incluía personajes como Noel Field y, según se supone, Alger Hiss; c) en el gobierno francés del Frente Popular infiltraron topos soviéticos. Los hechos fueron publicados, pero ignorados.

He aquí lo que escribió Krivitsky. En Gran Bretaña, «los mensajes antifascistas atrajeron a un número significativo de estudiantes, escritores y sindicalistas. Durante la tragedia española y en los días de Múnich, muchos miembros de la aristocracia británica se alistaron tanto en las Brigadas Internacionales *como en nuestros servicios secretos*». (El subrayado es mío.)[28] De este modo, la base del reclutamiento en Cambridge ya estaba consolidada doce años antes de que Burgess y Maclean tuvieran que huir. Y en Estados Unidos, el objetivo obvio eran los jóvenes brillantes de las universidades de la Costa Este. «Con los miles de reclutas alistados bajo las banderas de la democracia, creció considerablemente la red de espionaje del partido comunista, que penetró en territorios hasta entonces vírgenes. *Al ocultar cuidadosamente sus identidades, los comunistas se abrieron paso en miles de cargos importantes*.» (Subrayado mío.) Por último, estaba Francia, que en cierto sentido fue donde más se infiltraron:

«El Front Populaire estaba tan íntimamente relacionado con la alianza franco-soviética que casi llegó a enquistarse en toda la estructura del gobierno. Es verdad que había gente como Léon Blum que procuró que la situación militar no afectara a la política interna, pero esos esfuerzos fracasaron en gran medida. La mayoría en Francia, desde el general Gamelin y el diputado conservador De Kerillis al sindicalista Jouhaux, estaba tan obsesionada por la idea de que la seguridad de Francia estaba ligada a Moscú que el Frente se convirtió en el factor dominante de la vida francesa. En la superficie, el Komintern operaba a través de sus organizaciones legales. Periódicos como *Ce Soir*, clubes del libro, empresas de publicidad, teatros, compañías de cine, toda clase de agencias fueron instrumentos del "frente anti-Hitler" estalinista. Entre

bambalinas, la OGPU y el servicio soviético de inteligencia militar se afanaban por conquistar posiciones en las instituciones estatales de Francia».[29]

Las prácticas del espionaje alcanzaron nuevas cimas. El reclutamiento llegó a un alto nivel de refinamiento. En Rusia se crearon escuelas para entrenar a los reclutados. Si se podía lograr que los idealistas creyesen que, entre todos los estadistas del mundo, sólo Stalin se oponía *seriamente* a Hitler, entonces toda clase de gente en gobiernos occidentales o cerca de ellos, jóvenes bien pensantes de Cambridge, estrellas *normaliens*, jóvenes progresistas de las universidades norteamericanas, todos eran susceptibles de reclutamiento para esa batalla y de ser inducidos con suma meticulosidad al trabajo de espionaje, el auténtico objetivo desde el principio.

Mientras tanto, cuando se conocieran las pesadillas del terror estalinista, podría convencerse a los simpatizantes del mundo entero de que desviasen su atención de la evidente realidad —que Stalin era un tirano asesino y que la revolución que presidía era una tiranía asesina— porque ¿quién más le paraba los pies a Hitler?

¿Quién, por cierto?

En realidad, los dos dictadores dependían ideológicamente de su odio mutuo. Cada uno necesitaba un monstruo al que odiar y cada uno encontró esa necesidad satisfecha por el otro. El monstruo del fascismo, nacido de la contra-ilustración, encontraba la justificación de su odio al dirigirlo contra el comunismo, *su* monstruo necesario, nacido de la Ilustración.

Sin duda, ambos tenían la determinación de destruir al otro, pero los dos querían evitar cualquier confrontación militar prematura. Este miedo fue el abono para su colaboración.[30] Hitler no dejaba de temer un ataque ruso y sentía gran temor ante la posibilidad de un ataque preventivo de los aliados. Esa es la razón del espejismo público de una confrontación y de la secreta realidad de la colaboración. A esto los estalinistas añadieron la opción moral del antifascismo occidental como nuevo mito, un mito profundizado por el espionaje activo y el simultáneo establecimiento de redes y agentes en Alemania y Europa del Este, esenciales para establecer el

poder soviético y eliminar a todos los rivales no estalinistas una vez llegado el momento de la verdadera toma del poder, lo que sucedió después de 1945.

Por último está la lógica perversa de la misma revolución. La noción de que el fascismo representaba un necesario rito de pasaje hacia la revolución era algo sostenido ampliamente por los marxistas-leninistas de la época. Lo mismo sucedía con el reconocimiento de la proximidad entre las dos ideologías. El fascismo «es el rompehielos de la Revolución», tal era un cliché favorito de los marxistas en aquel tiempo. El mismo Münzenberg lo utilizó para explicar por qué las clases bajas urbanas que constituían la militancia nazi eran exactamente el mismo tipo de gente que representaba la base social de los comunistas.

«Pardo por fuera, rojo por dentro», solía decir.[31]

«*Queríamos una revolución y la tuvimos*»

Está claro que la mayoría de la gente que trabajaba en la campaña antifascista de Münzenberg no tenía la más remota idea de nada de esto. Creían en la causa antifascista y lo hacían convencidos. Militaban apasionadamente. Muchos dieron la vida. Rara vez el cinismo genera lealtad y sacrificios del nivel de los que tuvieron lugar en esos días extraordinarios. Cómo los agentes totalmente conscientes de esta mentira racionalizaron, o no, sus dobles vidas, es algo que debe dejarse para el lado oscuro del estudio de las almas. Pero casi todos los participantes de las campañas antifascistas fueron utilizados. Además, esa gente *luchaba*, a menudo con una maravillosa valentía, contra el enemigo de verdad. Stalin quiso monopolizar los altos valores morales por razones maléficas. Pero *eran* los altos valores morales los que realmente estaban en juego. Su heroísmo puede haber estado comprometido, pero no disminuido por el modo en que fue utilizado.

Si el nombre de Willi Münzenberg aún retiene el resplandor de alguna refulgencia heroica, aunque ya sea débil, se debe a que organizó y lideró la primera campaña sistemática y a gran escala contra la pesadilla de Hitler. Fuera la que fuese la naturaleza de su cinismo y la de sus hombres cuando planearon esas campañas, más

allá de los pecados cometidos bajo su manto o de las manipulaciones siniestras que enmascararon, las pasiones que movilizó el antifascismo fueron sinceras y justificadas. Por esta razón, esta historia no es la mera narración de algún ruin acuerdo entre bandoleros, sino una tragedia.

*

Münzenberg se tomó algún tiempo antes de hacerse ver en público en París, pero a los pocos días de su llegada, la vida cultural de la ciudad y, en consecuencia, la vida cultural de Occidente, había entrado en una nueva fase.

El 23 de marzo de 1933 se estrenó el nuevo rumbo con una multitudinaria manifestación de protesta contra las consecuencias del incendio del Reichstag en la que el «todo París» estuvo presente.[32] André Gide, Elsa Triolet y Louis Aragon estaban allí. André y Clara Malraux, elegantes, soberbios y recién llegados a la fama, fueron colocados con sumo cuidado en la primera fila. Este tipo de eventos sentó las bases para una nueva élite cultural y política que perduraría hasta el fin de la guerra civil española. Esta fue la primera de cientos, acaso de miles, de manifestaciones que se produjeron en Occidente. La causa conseguía adhesiones y alistaba a las celebridades. En público y en secreto, legal o ilegalmente, Münzenberg concentró todas sus energías en un solo y absoluto objetivo: hacer oposición. Oposición y nada más.

En París, Münzenberg se alojó en su refugio de la Rive Gauche. Con la ayuda del Komintern, pronto se instaló en un vetusto edificio de oficinas al fondo de un callejón oscuro y casi imperceptible del Boulevard Montparnasse.[33] A fin de atraer y explotar el creciente sentimiento mundial contra los nazis, creó un nuevo y variado conjunto de frentes. A las pocas semanas, el Komintern se había hecho con una editorial en el Barrio Latino, Éditions du Carrefour, en el Boulevard Saint-Germain, una editorial que antes de que la comprase el aparato había editado elegantes antologías de poesía y lujosas monografías sobre arte contemporáneo. Una de las personas que más colaboró para la transferencia de la editorial al Komintern fue un joven y elegante escritor francés cuyos mejores amigos eran Raymond Aron y Jean-Paul Sartre. Se trataba de Paul Nizan, y los

tres amigos (naturalmente) se autoproclamaban los tres mosqueteros.[34]

También se organizó un antifascismo clandestino cuya misión era enviar agentes a Alemania para mantener el contacto con los comunistas que habían quedado atrás y hacer espionaje en el Tercer Reich. El hombre que había sido presentado a Lenin como el artista de las redes clandestinas ahora recibió el encargo de penetrar en el mundo de Hitler. El ingenio de Münzenberg se multiplicó. Por ejemplo, una vez arrestado Dimitrov, se hizo evidente que agentes de Münzenberg habían sido introducidos en la prisión donde estaba el dirigente del Komintern. Los hombres de París sabían que Willi y Dimitrov estaban en contacto regular y sin impedimentos ante las mismísimas narices de los nazis. Lo consideraron como un tributo definitivo al genio de su maestro.[35] Pero, al parecer, la comunicación entre Dimitrov y Münzenberg no resultaba un engaño tan grande para los nazis.

Aun así, se establecieron nuevas redes en toda Alemania. Condesas simpatizantes eran despachadas allí con documentos cosidos en sus vestidos. «Reposaban» en clínicas dirigidas por médicos que también estaban en la clandestinidad, relacionados a su vez con mujeres anónimas de ajados abrigos, que eran los contactos con soeces pandilleros de las calles berlinesas, quienes a su vez pasaban el sobre a algún tipo impávido que se paseaba con su violín. Ricos y pobres se unían secretamente en la actividad clandestina. Gente que ni siquiera se había considerado jamás de izquierdas se relacionaba con revolucionarios convencidos.[36] A los periodistas se les daba rápidos cursillos en técnicas de espionaje y se los enviaba a territorio nazi a buscar noticias y a realizar tareas no tan públicas.[37] Las nuevas redes de Münzenberg animaban a la gente en peligro o hacían llegar documentos falsos a manos necesitadas. Asimismo, mantenían un flujo de información sobre los arrestos en masa de comunistas, el rearme germano, la primera persecución estatal de judíos y sobre la construcción de un nuevo e inmenso campo de concentración en una pequeña ciudad llamada Dachau.

En el mismo París había un aparato político ya bastante

desarrollado a la espera de las órdenes de Willi y que servía tanto para la propaganda como para operaciones clandestinas. Willi podía hacer uso del partido comunista francés, al que envió un *mandat* el Komintern, es decir, una orden plenipotenciaria de Moscú, exigiéndole que le prestara toda la ayuda posible en sus operaciones. Poco después, un *mandat* similar, escrito en un trozo de seda para que estuviera cosido a la ropa del correo, fue firmado por Münzenberg y enviado por Gibarti a Earl Browder, el líder del partido comunista norteamericano en Nueva York.[38] El principal contacto de Münzenberg dentro del partido francés era su comisario cultural, el redactor-jefe de *L'Humanité* Paul Vaillant-Couturier, sobre quien Münzenberg tendría autoridad en asuntos relacionados con la dirección del movimiento antifascista.[39] Como resultado y hasta 1935, siempre que Vaillant llevó a cabo alguna acción vinculada con la campaña, desde cortejar a André Gide a despachar a Malraux a Alemania, es razonable pensar que este responsable de la propaganda francesa había coordinado sus acciones con Münzenberg.[40]

Pero la maquinaria del Amsterdam-Pleyel ya estaba instalada en la capital francesa, soslayando el partido francés y las órdenes directas del Komintern. Amsterdam-Pleyel había sido alertado sobre la nueva estrategia en la reunión convocada por Münzenberg a principios de enero de 1933 en Moscú. Los archivos moscovitas muestran una transición sin fisuras entre la estrategia del «pacifismo» al nuevo planteamiento de remilitarización.[41] Desde el pequeño pueblo suburbano de Aumont, trabajaba Louis Gibarti, un hombre de Münzenberg.

Una palabra sobre Gibarti.[42] Parece que su incorporación a los servicios secretos data del tiempo del régimen de Bela Kun en Hungría; trabajó en distintos periodos en Viena, Moscú y Berlín. El Lejano Oriente fue uno de sus primeros territorios; allí debió de ser un temprano colaborador de Borodin. No hay duda de que estuvo seriamente comprometido en las actividades del Komintern en el Oriente asiático. Allí mantuvo contactos importantes y duraderos con M.N. Roy, Nehru y Ho Chi Minh. En cierto sentido, se le podría considerar como uno de los fundadores del movimiento del Tercer Mundo. Su interés por China nunca flaqueó. Durante una misión secreta en la Norteamérica de los años treinta, uno de los primeros

«inocentes» con los que contactó fue Owen Lattimore, el famoso sinoísta norteamericano, quien, según él, le había sido presentado como un simpatizante dispuesto a echar una mano a la causa comunista.[43] Se debe añadir que la Liga contra el Imperialismo siempre fue usada como instrumento de propaganda, sabotaje y espionaje.[44]

La propaganda y las operaciones encubiertas del Komintern en el Lejano Oriente habían inspirado las novelas de Malraux, *Los conquistadores* y *La condición humana*. Ambas narraban el tipo de experiencias que habían vivido Gibarti y su gente. Sería interesante saber cómo el joven Malraux llegó a estar tan minuciosamente informado sobre estas cosas, en especial cuando, pese a sus desmentidos, el novelista sólo había pasado unos pocos días en China antes de escribir esas estupendas obras.[45]

Olvidarse de la paz resultó fácil. De la noche a la mañana, el Comité Mundial contra la Guerra pasó a llamarse Comité Mundial contra la Guerra y el Fascismo. Así nació la mayor contribución, aunque no la más importante, de Münzenberg a la inocencia política manipulada.[46]

Mientras tanto, París se había convertido en la meca de todos los exiliados políticos que huían del nuevo Reich. Se congregaban en Montparnasse y se reunían en los cafés. Entre ellos había espías. Agentes harapientos y aterrorizados del Komintern, fugados del infierno en vagones de tercera clase, arribaban al umbral de Münzenberg recién llegados del frío fascista.[47] Es comprensible que esa comunidad alemana exiliada, justamente temerosa, indignada y carente de recursos, se sintiera irresistiblemente atraída por el entorno parisino de Münzenberg. Casi no existía un solo refugiado alemán en Europa cuya vida no hubiera sido rozada por las actividades de Münzenberg. Gran parte de la subsecuente historia política de Europa y América fue fundada por el flujo de lealtades que entonces se gestaron. Tanto Manes Sperber como Arthur Koestler escribieron páginas vividas y maravillosas sobre esos días cuando trabajaban para Willi en el corazón de aquella colmena. La mitad de la inteligencia de un gran país había sido lanzada a una nueva y grotesca diáspora. Las consecuencias han persistido durante décadas.

Un instrumento más sereno y concentrado de la nueva política fue una organización llamada Comité Mundial para la Ayuda a las Víctimas del Fascismo Alemán. Este Comité era un frente más reducido y mucho más afinado de propaganda y espionaje que la Liga contra la Guerra y el Fascismo. A principios de marzo, un correo de Moscú llevó instrucciones específicas para su creación.[48] Una vez más, Gibarti fue nombrado responsable.

El Comité Mundial no pretendía contar con miles de miembros. Eso quedaba para las grandes organizaciones. En cambio, ellos debían procurarse contactos políticos de suma importancia y llevar a cabo tareas especialmente secretas. Por ejemplo, sus agentes fueron responsables de proporcionar desinformación a Winston Churchill.[49]

La cabeza nominal y el hombre de paja del Comité Mundial era un izquierdista políticamente muy respetable que, pese a su apariencia de independiente, era un íntimo colaborador de Münzenberg. Se trataba del conde Michael Károlyi, un dirigente político de la alta aristocracia húngara, quien en el caos de 1918 había sido nombrado primer presidente socialista de Hungría. Debido a que su gobierno fue derrocado por el levantamiento comunista de Bela Kun en 1919, la mayoría de los observadores pensaba que el conde tenía que ser antiestalinista. Aunque siempre insistieron en su independencia, el conde y su esposa fueron entusiastas admiradores y acólitos del gobierno soviético en los años veinte y treinta. Continuaron siéndolo hasta la crisis de 1948-1952 en Europa del Este, que culminó con la ejecución de muchos de sus amigos. No cabe duda de que el conde Károlyi colaboró a sabiendas en su papel de responsable del Comité Mundial y como asesor y hombre de paja de Münzenberg. En el ínterin, la condesa demostró gran coraje e ingenio en sus misiones secretas en el interior del Reich.[50]

Desde el momento en que Stalin lo creó, seguramente a instancias de Radek, se supuso que el Comité Mundial, como la Liga, serviría como cobertura y centro de actividades secretas, un lugar de reunión para los agentes influyentes y los de acción encubierta. En Norteamérica, Elizabeth Bentley dio sus primeros pasos hacia la NKVD a través de la Liga.[51] En Inglaterra, Maurice Dobb, el asesor en Cambridge de la Liga y comunista confeso,

condujo al joven Kim Philby a París para que se pusiera en contacto con el Comité Mundial.[52] De allí, Philby pasó a Viena y al inicio de una carrera espectacular. Un detalle curioso: tanto Gibarti como su control del Komintern en París, Gyula Alpari, eran húngaros. Eran miembros de lo que he denominado la «mafia húngara», un grupo de cosmopolitas no rusos entre los que destacaban los procedentes de Hungría. Constituían el núcleo fundador de los servicios secretos soviéticos. Kim Philby pasó sus últimos días de Cambridge, antes de que lo enviaran a la crucial reunión con Gibarti, afanándose por descifrar un texto en húngaro.[53]

Luego sin duda quedaba la cuestión del propio contacto de Münzenberg con el mundo invisible. Una vez a la semana, en el anochecer de París, Willi dejaba sus oficinas en el Boulevard Montparnasse y simulaba dar un paseo por el *quartier*. Cada vez partía en una nueva dirección dando vueltas a su antojo por el viejo laberinto del Barrio Latino. Durante la caminata, se tropezaba invariablemente con una sucesión de exiliados alemanes. Como los conocía a todos, se detenía a charlar. Una de esas charlas tenía lugar cada semana, exactamente a la misma hora, en la Rué de Montparnasse, una callejuela que se cruzaba con el gran Boulevard del mismo nombre. Münzenberg se detenía y hablaba con un hombre que, según Babette, se parecía a «un médico judío». Los dos hablaban poco rato. De tanto en tanto, el personal cambiaba y Willi se encontraba con un hombre más alto y considerablemente más joven. A veces se trataba de Hans Shulz, el secretario de Münzenberg, quien acudía al encuentro: Hans, de fenomenal memoria, llevaba todo un secretariado clandestino en la cabeza. La gran ciudad reposaba. Los gorriones vespertinos sobrevolaban y formaban círculos sobre los famosos tejados.

El encuentro en la esquina era la reunión semanal entre el jefe de propaganda del Komintern y su oficial de enlace. Duraba unos pocos minutos, rara vez más. La charla era concentrada. Para esos expertos, tres o cuatro palabras podían definir una línea política o sintetizar un objetivo de largo alcance. Una pregunta. Una opinión. Una orden. Una decisión. No tardaban mucho. Hasta Willi quedaba impresionado por la tersa economía de la transacción y por la velocidad con que sus interrogantes y las directivas se movían en absoluto secreto hacia y desde Moscú. Se preguntaba y se recibía

respuesta, pero *inmediatamente*. La eficacia de la red de transmisión de informaciones del *apparat*, sobre todo por medio de la llamada «orquesta roja» de operaciones secretas de radio, había recorrido un largo camino desde que Willi enviara mensajes a Lenin en frascos de mermelada.[54]

Estos controles también se reunían regularmente con Louis Gibarti.[55] En esa época, el famoso residente de la NKVD, Ignace Reiss, estaba en activo en París. En Berlín Babette Gross se había hecho buena amiga de su mujer, Elizabeth, antes de que Hitler tomase el poder. Sin embargo, en París Münzenberg le dijo que debía fingir no reconocer a Elizabeth Poretsky ni a su marido Reiss si llegaban a cruzarse en el camino.[56]

Después de 1935 el control parisino de Münzenberg fue otra figura de aquella mafia húngara a la que pertenecía Gibarti. Su nombre verdadero —al menos no le conozco otro— era Gyula Alpari, un nombre a veces inadecuadamente anglosajonizado como «Jlius» o «Julius», tal como le llamaré aquí.[57]

Según Babette, Julius era un padre de familia que se quejaba con frecuencia de que su trabajo le obligaba a estar siempre de viaje. Él y Willi se conocían de mucho tiempo atrás, desde al menos la plaga del hambre del Volga, y Julius debió de haber conocido a Gibarti también desde hacía largo tiempo, posiblemente desde sus días con Bela Kun en 1919. Pese a su aspiración a una vida sedentaria, Julius siempre había estado próximo al ojo del huracán. En Berlín, a principios de los veinte, había sido el editor de *Inprecorr*, una especie de registro del Komintern y de la Revolución, un documento todavía no suficientemente valorado en la historia del comunismo. Pero también había estado en los principales países europeos y en América.

Llegados a este punto, quisiera conjeturar que Julius (o tal vez otro húngaro que tenía un gran parecido con él; un candidato es otro miembro de la «mafia» llamado Bela Szantil) quizás actuó como representante del Komintern en Nueva York durante la campaña de Sacco y Vanzetti. Lo cierto es que un personaje casi idéntico a su descripción vivía clandestinamente en Nueva York en una pequeña y pobre habitación de la calle Treinta al oeste de

Manhattan. Como representante del Komintern, observaba, reclutaba y ordenaba…

Sabemos de la presencia de este hombre por el testimonio de Whittaker Chambers, ya que este mismo agente fue quien le introdujo en el espionaje. Si este delegado era Alpari, como a mí me parece probable, el hecho sugeriría que tanto Chambers como Kim Philby fueron alistados por mediación del mismo miembro de la «mafia húngara».

La reunión de Chambers con el delegado empezó en la principal sala de lectura de la Biblioteca Pública de Nueva York. El chico brillante de Columbia había sido enviado a la biblioteca por los reclutadores del partido en Nueva York. Se suponía que allí adquiriría el conocimiento necesario para ser un «literato», según era la denominación en la jerga del partido de un recluta al que se le preparaba para trabajar como escritor y propagandista.

Una tarde, Chambers, inclinado sobre un grueso volumen, se percató de que un hombre de aspecto extranjero le observaba atentamente y que de tanto en tanto lanzaba una mirada al lomo de su libro. Era evidente que quería hacer notar su presencia. Da la casualidad que el libro de Chambers versaba sobre la revolución húngara de Bela Kun. Sus miradas entraron en contacto y el hombre se puso a hablar en alemán sobre la obra, sobre el soviet húngaro. El desconocido hablaba de sus protagonistas «como si fueran amigos personales».[58]

Chambers y el desconocido se encontraron varias veces más en la sala de lecturas hablando de política hasta que, una noche, el hombre dio otro alcance a la situación con una simple pregunta.

«*Sie sind ein Kommunist, natürlich*?» (¿Usted es comunista por supuesto?)

«*Natürlich*», contestó Chambers.

«*Ja*.»

En este punto, el anónimo personaje sugirió salir de la biblioteca y continuar la conversación en un sitio más privado. Cuando bajaban las escalinatas del edificio, el hombre se volvió a Chambers y de una manera tranquila pero firme le hizo una advertencia: «No debe decir a nadie que me conoce o que sabe dónde vivo».

Vivía en una pequeña habitación en la calle Treinta. Cuando llegaron allí, el desconocido empezó a instruir a Chambers sobre los

deberes y la disciplina de un revolucionario profesional. Chambers quedó profundamente impresionado. Sabía que había sido cuidadosamente seleccionado para este encuentro. Estas no eran palabras de jovencitos, de un grupo de elegantes muchachos de Columbia reunidos cerca del John Jay Hall. Este hombre era lo auténtico, uno de los elegidos, alguien que había estado en contacto con los dioses.

Prosiguieron sus reuniones en aquella habitación hasta que el desconocido le dijo que ya era hora de ponerles punto final. Cuando se despidieron, el muchacho osó preguntarle quién era.

La respuesta fue directa:

«Soy el representante de la sección de Europa Occidental en la Internacional Comunista.»

Así de simple: era el comunista de mayor nivel entonces presente en Estados Unidos. En ese momento se separaron. Chambers jamás volvió a verlo ni nunca descubrió su identidad. Si bien la certidumbre es imposible en este caso, debe señalarse que la descripción del visitante de 1927 a la Biblioteca Pública de Nueva York concuerda exactamente con la de Julius.[59]

En cualquier caso, Julius estaba entre los principales jefes de los servicios secretos del Komintern en el París de 1935. Su destino es sugerente y terrible. Cuando los nazis entraron en París en 1940, el agente no pareció sentir que su situación en la capital francesa fuera necesariamente peligrosa. Al fin y al cabo, la URSS tenía una firme alianza con Hitler. Pero no obstante, ¿acaso no correría algún peligro el jefe secreto del movimiento «antifascista»?

Al parecer, no. Este hombre que había estado en el núcleo de las actividades secretas contra el Reich en plenos años treinta, se sentía peculiarmente confiado, incluso complaciente. Babette Gross tomó nota de su preocupante serenidad. «Debe de haber pensado que sus documentos eran excepcionalmente fiables», me comentó. Babette habló con frialdad, ocultando cualquier sentimiento.

Si pensó que estaba a salvo, Julius cometió un error. A finales de 1940 Gyula Alpari fue detenido por la Gestapo en París, seguramente con el conocimiento complaciente de Stalin. En 1944 fue ejecutado en la prisión nazi de Sachsenhausen.[60]

*

Pero Julius y sus contactos eran todos invisibles. En cambio, la operación de Münzenberg requería un alto grado de vida pública. Una parte esencial del círculo de influencia parisina siempre ha sido lo *chic*. Uno de los primeros protectores de Münzenberg en París fue una figura brillante y memorable en la historia de lo selecto llamado Lucien Vogel.[61] Primero en Berlín, más tarde en París y aún posteriormente en Estados Unidos, Lucien Vogel fue uno de los editores de las revistas más influyentes e innovadoras, aparte de creador de modas, de este siglo. Münzenberg lo conoció en los años veinte. Ya en 1926 Vogel se dedicaba a introducir la vanguardia artística y el estilo del arte soviético post-revolucionario. Fue de los primeros en reconocer sus posibilidades para el gran estilo europeo. Fue el conservador del Pabellón Soviético en la Exposición Internacional de las Artes Decorativas de 1926, un muestrario sorprendente del constructivismo y del arte no figurativo soviéticos, el propósito de los cuales era fusionar el bolchevismo en las mentes de la inteligencia europea con la imagen de todo lo moderno. Y por supuesto, ése fue un proyecto del gusto de Willi.

De publicar en Berlín, Vogel pasó a París, donde procedió a crear una gran revista de lujo que reflejaba el gran estilo francés, *Vu*, junto con una publicación literaria paralela, *Lu*. Ambas formaron parte del Trust Münzenberg; ambas proyectaron el estalinismo tras un imaginario disfraz de lujo. Vogel también prestó numerosos servicios a Willi. Por ejemplo, casi todas las ofertas que le hizo el aparato a André Gide para que viajase a la URSS o un posible acuerdo cinematográfico con la Mezhrabpohmfilm Russ fueron canalizados a través de Vogel.[62] Y fue Marie-Claude, la hija de Vogel, quien sirvió de anfitriona a Münzenberg cuando éste se dio a conocer en la escena social francesa.

En la segunda semana de marzo, Emil condujo a Willi en el Lincoln por el *allé des arbres* que llevaba a la residencia de campo de Luden Vogel, un refugio irresistiblemente lujoso y nido de espías un poco al nordeste de París, en la Forêt de Saint-Germain. Era conocida como La Faisanderie. Construida en el siglo XVI, La Faisanderie había sido coto de caza de Luis XIV. Era un edificio bajo, ancho y acogedor al final de una impresionante alameda y en medio de un parque. Vogel mantenía allí casa abierta para la izquierda elegante, el gran palacio de la crema estalinista. Vogel

conocía a todo el mundo. Era uno de los simpatizantes mejor situados en Europa, un árbitro del buen gusto y un anfitrión nato. Se vestía, según el conde Károlyi, «como el *grand seigneur* de los años noventa, con su pipa inseparable, brillantes trajes de cuadros, pantalones ajustados y anticuado cuello alto».

Por lo general un fin de semana en La Faisanderie no tenía nada de clandestino. Sólo se trataba de reunir a los elegidos; era un caos de senderos políticos y sexuales que se cruzaban. A veces, los invitados se quejaban de que necesitaban una semana para recuperarse de la diversión. La fría casona de piedra estaba llena de «rusos blancos, armenios y georgianos, mujeres morenas de ojazos negros que, echadas en las bajas *chaise-longues* con almohadones, hablaban entre sí en voz alta y en ruso, un idioma que ni el anfitrión ni su mujer ni ninguno de los demás invitados podía entender». Vogel vivía «rodeado de rusos, periodistas y funcionarios soviéticos». Había «americanas elegantes, espías alemanes y agentes y aventureros de todos los países».[63]

Otro *habitué* era Pierre Bertaux, un joven brillante de una familia académica muy formal que eran conocidos de André Gide y los Mann. Pierre Bertaux empezó a frecuentar La Faisanderie porque se enamoró de Marie-Claude, la hija de Vogel. Y si bien este amorío dio la impresión de ser recíproco durante un tiempo, al final Marie-Claude rechazó a Pierre sin la menor contemplación e inclinó su balanza a favor de Vaillant-Couturier, un joven dinámico predestinado a una muerte prematura. Esta decisión personal tuvo connotaciones políticas. Con la llegada de Willi a París, Vaillant alcanzó su madurez política y se vio proyectado al escenario mundial. Las fotografías de esa época muestran un rostro ancho y sensual, con la triste mirada distante de un romántico desdichado. Vaillant daba la impresión de estar considerando su propia muerte temprana. Era un organizador brillante con una profunda comprensión de los hábitos culturales de su país. El aparato no podría haber elegido a un mejor candidato. Y Marie-Claude eligió a Vaillant.[64]

El rechazado Pierre entraría de lleno en el mundo secreto, pero como demócrata y anticomunista, y llegaría a ser una figura importante en la Resistencia. Felix, su padre, había sido el mejor germanista de su generación. El diccionario popular francés-alemán

llevaba su nombre. Pierre se educó totalmente bilingüe; se encontraba en su salsa cuando hablaba un *Deutsch* berlinés sin el menor acento. Esto le hizo útil. El gobierno francés le puso a cargo de las radios antinazis que emitían para Alemania y también se convirtió en un operativo secreto. Una de sus primeras misiones fue ir a Alemania, arrancar la fortuna personal de Thomas Mann de manos nazis y llevarla a Suiza. La misión fue un éxito.[65]

En una entrevista que me concedió poco antes de su muerte, Bertaux recordaba La Faisanderie como una floresta mágica. «Era un mundo aparte. Había gente por todos lados, charlando en pequeños grupos informales, cientos de canapés, muchas idas y venidas al bar, nadie se ponía de pie cuando te presentaban y, entre los que se quedaban, nunca se sabía quién se acostaba con quién. Todo era muy discreto y simpático, pero un poco estrafalario.» Para cuando Bertaux hizo su primera aparición en este paraíso social, Münzenberg ya se había asomado a la vida pública. El joven echó una mirada por el salón y allí estaba su Eminencia Roja, como «pez en el agua».[66]

Además de la comida deliciosa, las bebidas y las chicas morenas de ojos de azabache tendidas por los *chaise-longues*, La Faisanderie estaba llena de espías. Eran habituales muchos miembros del entorno de Münzenberg, incluyendo al ubicuo novelista Egon Erwin Kisch. También lo frecuentaba una especie de pseudo-escritor y agente del Komintern llamado Alfred Kantarowicz, quien durante la guerra civil española fue comisario cultural y a quien Münzenberg eligió como «director del espectáculo» —la frase es de Koestler— en otra organización, la Asociación de Escritores Alemanes en el Exilio. En la barra del bar, se solía ver a una figura asombrosa y educada, Mijail Kolstov, un alto jefazo de la NKVD, un confidente de Stalin de una forma que jamás sería ni podría haberlo sido Willi. De una inteligencia prodigiosa y con una personalidad encantadora, el acceso a Stalin le hizo *de facto* el agente soviético más poderoso de Europa. Y lo siguió siendo durante la guerra civil española. Su íntimo amigo era Ilya Ehrenburg, el representante del estalinismo entre los escritores occidentales. En su vejez, Ehrenburg solía preguntarse en voz alta por qué, por qué Kolstov, ubicado en semejantes alturas, tan poderoso, tan obediente, había muerto en el gulag mientras que él había sobrevivido. ¿Por qué?[67]

También estaba la cuestión de la conexión del gobierno francés con Münzenberg, así como la actitud del partido comunista francés. La presencia de Münzenberg en París creaba complicaciones tanto para la alta jerarquía del partido como para el propio gobierno. La ambivalencia de este último es sumamente interesante. Se podría suponer que el centro y la derecha podían ver en Münzenberg a un peligroso subversivo. Y lo era desde muchos puntos de vista. Pero eso no era todo.

La aproximación al gobierno fue gestionada por un escritor famoso, Henri Barbusse, cuya vida, como prueban fehacientemente los archivos de Moscú, estaba tan manipulada por el aparato como la de Rolland.[68] Se le sumó el siempre bien relacionado Vogel.[69] Era necesario tranquilizar a los intranquilos miembros del sistema y a los nerviosos comunistas de un solo golpe. Para llevar a cabo esta gestión, Vogel y Barbusse consiguieron que el mediador fuera un admirable histrión, un abogado y diplomático llamado Gaston Bergery.

Bergery era un político inmensamente ambicioso y un simpatizante muy astuto e independiente situado en la exacta frontera entre comunistas y anticomunistas. Estaba casado con la hija de Leonid Krassin, el principal negociador de Lenin en el mundo no comunista, el protagonista de la famosa «Carta Zinóviev» de una época anterior caracterizada por gente como Somerset Maugham. Bergery representaba a una fracción política sin mayor importancia en la Assemblée Nationale. Aunque la falta de dinero y su pertenencia a un partido sin futuro hacían tábula rasa con sus esperanzas políticas, había seguido el ejemplo de su suegro y era un letrado activo en los grandes negocios entre el Este y el Oeste. Tenía las mejores relaciones. Ligado de modo íntimo pero discreto a los soviéticos, también era el asesor de General Motors en representación del gobierno; era un intermediario entre los dos mundos, al servicio de todos pero sin que nadie le controlara. Según Bertaux, «era uno de los franceses más inteligentes de su generación».

Tenía acceso privilegiado al Elysée y al entonces presidente del Consejo, Camille Chautemps, un político centrista muy sagaz que preveía con claridad la crisis con Alemania. Bergery compartía esa previsión y, por tanto, llegaron a un acuerdo. Ambos vieron al

instante lo útil que les sería integrar a Münzenberg y sus operaciones en la estructura francesa. Münzenberg podría gozar de la protección oficial siempre que dirigiera su notoria capacidad de subversión, desinformación y de creación de problemas contra los alemanes, no contra Francia. ¿Quién podía saber si de tanto en tanto no compartirían los frutos de ese espionaje?[70] De un solo golpe, los franceses se harían con un instrumento contundente contra los nazis y controlarían a los comunistas. Se convocó una reunión secreta del Consejo de Ministros y, para perplejidad de quienes no estaban al tanto del asunto, la oferta de Bergery fue aceptada. A Münzenberg a los miembros de su aparato se les daría *cartes d'identité* como *refugiés provenant d'Allemagne*. La condición era que no interfirieran en los asuntos políticos del país. Por supuesto, el acuerdo no se hizo público, pero se puso en práctica con la vigilancia y la colaboración del servicio secreto francés y del partido comunista. Fue un acuerdo y una victoria. Münzenberg sería algo más que tolerado en Francia; sería protegido. A partir de aquel instante, lo más seguro para un alemán escapado y necesitado del favor del gobierno francés era conseguir el respaldo de Münzenberg.

Se distribuyeron las *cartes d'identité*. No había nada que hacer. La policía y la derecha francesas fueron testigos indignados, pero impotentes.

El gobierno de Chautemps estaba determinado a comprometerse en actividades antifascistas. Muy al principio, Pierre Bertaux planteó a Chautemps que él podría instalar una radio en alemán para emitir en Alemania si era financiada en secreto por el gobierno francés. El presidente aceptó la idea de inmediato. Bertaux la puso en marcha y emitió por última vez el mismo día en que los alemanes entraron en París.[0]

Según Bertaux, Chautemps no necesitó ni reflexionar sobre su propuesta. Apenas el joven hubo terminado su presentación, el presidente simplemente le dijo: «Bien. Adelante».[71]

*

Tal era el ambiente, público y secreto, cuando Münzenberg llegó a París en marzo de 1933. Todo estaba en orden, salvo por un detalle capital. Necesitaría un director para la campaña antifascista,

una mano derecha, un lugarteniente.

El lugarteniente fue seleccionado en Moscú tras consultar con las dos figuras claves: Münzenberg y Radek. Así como Stalin adoptó la nueva política con desacostumbrada rapidez, así también se realizó la elección de la sombra secreta de Münzenberg. Una vez que Radek le diera personalmente todas las instrucciones, el elegido subió al tren en Moscú. Llevaba consigo instrucciones de máximo secreto para Münzenberg. También se le había investido de tal poder que podría resultar una amenaza para el mismo Münzenberg. Viajó a París por el camino más largo, la ruta alternativa del *apparat* a Occidente, es decir, sin cruzar Alemania, sino dirigiéndose al norte, pasar a Escandinavia desde Leningrado y, de allí, en dirección sur, a los Países Bajos para entrar en Francia por la Gare du Nord.

Este hombre era el agente secreto de quien ya he hablado. Era el contacto con Radek y había sido elegido como enlace entre Moscú y París. A partir de entonces, sería la mano derecha de Münzenberg y, al mismo tiempo, su espía en todos los sentidos. La elección, se hiciera como se hiciera, fue osada y brillante. El hombre que se apeó del tren moscovita en la Gare du Nord era la perfección compuesta por todas las improbabilidades. Y lo más improbable de todo en este hombre era que con su rostro estragado y su tierna sonrisa, este frecuente diletante, este consorte de Dietrich y amigo de Kafka, este donjuán del teatro berlinés, estaba destinado a convertirse en una de las figuras más extraordinarias de la historia del espionaje.

Su nombre, su nombre verdadero, era Otto Katz.

3

El lugarteniente

Otto Katz, el maestro de la vida clandestina, era en el fondo de su corazón un hombre de teatro. El agente secreto que se convirtió en la mano derecha de Münzenberg cuando se organizó la gran campaña soviética antifascista de los años treinta amaba el mundo del teatro y del cine y pasó gran parte de su vida en esos ambientes. Sus amigos, de Bertolt Brecht a Lillian Heilman, de Serge Eisenstein a Fritz Lang, eran gente de la farándula. Katz se pasó la vida entre estrellas y fue un *habitué* del teatro y el cine internacional. Afirmaba —y posiblemente sea cierto— que su primer gran amor había sido Marlene Dietrich. Resulta perfectamente coherente que, cuando prestaba declaración, a punto de ser condenado a muerte, Otto Katz haya invocado el nombre de Noel Coward.[1]

Katz había sido introducido en el teatro y en el servicio secreto por Münzenberg, quien en 1924 lo había descubierto como un jovencísimo comunista, aunque no confeso, con una gran afición por el mundo de la cultura y de la duplicidad, cuando trabajaba de redactor para la revista liberal *Das Tagebuch*.[2] Era un alemán de los Sudetes que vivía en Praga, criado en la misma clase media alta checo-judía y de la misma generación que Franz Kafka. Se pavoneó toda su vida de que en su juventud había pertenecido al círculo de Kafka y lo más probable es que haya sido cierto. Es verdad que Katz fue íntimo de dos íntimos amigos de Kafka, Max Brod y del novelista Egon Erwin Kisch (otro hombre de Münzenberg). El punzante crítico vienés Karl Kraus solía hacer muchos juegos de palabras con *Kisch und Kafka*[3] Kisch era un declarado comunista comprometido en los asuntos internos del Komintern. Había llegado temprano a la esfera de influencia de Willi. Este le había nombrado

«trabajador cultural» encargado de apoyar los intereses soviéticos en el círculo literario de Berlín. En cambio, Otto Katz encontraría su hábitat natural en el teatro. No obstante y al igual que luego lo hizo James Jesus Angleton, de la CIA, Otto empezó su vida como poeta. Y, como Angleton, al parecer fundó una revista literaria de corta vida pero grandes pretensiones cuando era muy joven. De cualquier manera, Willi pronto se dio cuenta del potencial de Katz en el terreno más práctico de la política y empezó a pulir a este joven zalamero y diletante para que fuera un futuro colaborador suyo, preparándole para ser un guardián de los intereses del Komintern en el mundo cultural de Berlín y, en especial, en los ambientes del teatro. De ese modo, la amistad entre Otto y Kisch quedó consolidada por la tarea común. En ese menester, Katz llegó a desempeñar un papel positivo dentro del teatro de vanguardia de Berlín en su época dorada de los años veinte. En esa década, era un típico joven radical que se forjaba su propia identidad. Halló su camino en el pensamiento progresista convirtiéndose en un característico pero destacado miembro de la inteligencia vanguardista de su tiempo. Otto era el prototipo de Weimar. Abarcaba desde el psicoanálisis al Dadá, del constructivismo y Dziga Vertov al Piscatorbühne, de Gropius y Walter Benjamin a Kafka.[4] Y al sopesarle el talento para ese tipo de cosas, Münzenberg también se percató del potencial de Otto Katz como espía.

Ya era un promisorio hombre de Münzenberg cuando Katz conoció a su amigo y contacto político de toda la vida, Bertolt Brecht, aquel antipoeta del final de Weimar. Katz también intervino en la carrera teatral del director Erwin Piscator. Brecht y Piscator: no eran mala compañía para un joven ambicioso, y en ella, siempre bajo el ojo vigilante de Willi. Otto empezó a despuntar como una personalidad con estilo. De joven, era delgado; y lo sería en su edad madura, de mediana estatura y de huesos finos, con una cabeza de intelectual que pronto mostraría una temprana calvicie y grandes y tristes ojos que hacían pensar erróneamente que podía ver a través de sus melancólicos pensamientos. Tenía una sonrisa cautivadora y mucha simpatía personal. Desde el principio, Otto poseía un

atractivo casi legendario; tenía un gran don teatral para controlar a voluntad las ilusiones de cualquier supuesta intimidad. Pero también debe señalarse que en lo concerniente a amistad también poseía el don de practicarla. Su amistad con Kisch parece haber sido sincera y leal y duró toda su vida.

Su relación con Bertolt Brecht, que empezó en los tempranos días de Berlín y duró más allá del exilio de Brecht en Hollywood, ofrecía un cariz emblemático. Tanto figurativa como literalmente, puede verse a Katz como el rostro secreto de Brecht, un Bertolt Brecht de las sombras. En cualquier caso, los aspectos más desagradables de la personalidad del dramaturgo encuentran su oscuro reflejo en el agente secreto. Pienso en especial en su compartida reacción ante las peores crueldades del estalinismo. Siempre que afrontaban los públicos, brutales e indiscutibles horrores que de tanto en tanto llevaba a cabo su gran líder, los dos tendían a reaccionar no con la consabida negación o preocupación, sino con algo más próximo a una especie de admiración sádica y levemente excitada. Es como si percibieran esos crímenes como un misterio profundo y delicioso que también tenía su parte cómica. Representaban una especie de broma definitiva surgida de la mente del cínico absoluto. Ciertamente, el cinismo era para ambos una especie de fe en común. Los dos parecían compartir una devoción al cinismo como la forma más pura de la fe, convencidos de que el filo cortante de su desprecio y su hábito de sembrar el descrédito levantaban el velo del fraude burgués y desenmascaraban la falacia del «humanismo».

Casi sin esfuerzo, este menosprecio ponía a ambos en una posición intelectual invulnerable y nada podía moverlos de ella. Katz y Brecht, contra del fraude burgués en todo su *kitsch* espiritual, daban la bienvenida a las «medidas tomadas» por su líder cuando éste reprendía tan sonadamente a los fatuos que aún se aferraban a la mentira humanista, a la imbecilidad de la decencia y la justicia.[5] Esta fe compartida en el cinismo, esa curiosa fe en la no fe, es la que posibilita imaginarse a Katz aplaudiendo la tétrica broma post-nietszcheana de Brecht sobre las primeras víctimas del Gran Terror: «Cuanto más inocentes son, más se merecen el paredón».[6]

A resultas de ello, también los dos compartían una común fascinación por la mentira, así como un apreciable talento para

practicarla. Ambos debieron alcanzar un sitial de honor entre la muchedumbre de grandes mentirosos de este siglo; uno en política, el otro en el arte. Ambos parecían compartir el placer (también con Radek, dicho sea de paso) de considerar la mentira como un tipo de verdad, quizá la más elevada: la Mentira vindicada.

Pero el vínculo más profundo que los unía era el dinero, sobre todo si se trataba de dinero negro. El dossier FOIA sobre Katz aclara que era uno de los agentes soviéticos, tal vez el principal, encargado de pagar a Brecht un subsidio secreto durante sus años de exilio después de 1933, en especial en Hollywood. Brecht jamás vendió barata su conciencia. Y Katz fue su contacto, su mentor, su guía y su cajero del régimen.[7]

De esta manera, Otto Katz fue una especie de personaje en el mundo del teatro berlinés. De allí, sólo tuvo que dar un paso para entrar en el mundo del cine. No es de extrañar, pues, que, cuando le llegó la hora de ir a Moscú a iniciar el entrenamiento realmente serio como agente secreto, la cobertura que allí se le asignó fue de directivo de la Mezhrabpohmfilm Russ, la productora de cine de Münzenberg.[8] Su relación con el mundo del cine persistió casi hasta su muerte. Su actividad más importante se desarrolló probablemente en Hollywood, adonde el aparato envió a Katz de incógnito en 1935 a reorganizar las redes de simpatizantes estalinistas y prepararlos para las nuevos retos del Frente Popular.

Otto Katz se convertiría en un operativo clave de la penetración del aparato en Hollywood. ¡Qué orgulloso se sentía de sus triunfos secretos en aquella ciudad! Solía jactarse y decir: «Colón descubrió América y yo descubrí Hollywood».[9] Por supuesto, su experiencia en el teatro y en el cine soviéticos, su amistad con Brecht y Marlene Dietrich, Eisenstein y Vertov, le habían preparado bien y, como veremos, las redes estalinistas de Hollywood ya estaban firmemente establecidas para cuando llegó, en marzo de 1935, con la misión de prepararlas para el Frente Popular.[10] Apareció de incógnito con la identidad de un ficticio luchador antifascista llamado «Breda». Fue en este tiempo cuando, usando este alias, Katz supervisó la fundación de la Liga Antinazi de Hollywood. Puso «a cargo» de la misma a Dorothy Parker, íntima amiga de Lillian Heilman, y a Donald Ogden Stewart, que actuarían como las estrellas publicitarias.[11] La Liga Antinazi de Hollywood fue un frente

comunista clave en cuyo entorno se llevó a cabo el trabajo político estalinista durante el Frente Popular.

Pero la labor de Otto en Hollywood se desarrolló en múltiples direcciones. Desde los tempranos días de Berlín, Katz había estado relacionado con Gerhart Eisler, un veterano *apparatchik* y uno de los agentes soviéticos más importantes en Norteamérica. A partir de 1935 el trabajo de Katz en Norteamérica a menudo se hacía en colaboración con Eisler.[12] Hanns Eisler, hermano de Gerhart, un músico y *apparatchik* activo en Hollywood, también colaboró estrechamente con Katz. A través de Hans, Otto se relacionó con la selecta comunidad de alemanes emigrados en Los Angeles, en especial ricos inocentes, gente del nivel y el entorno del director Fritz Lang.[13] Katz siempre hizo hincapié en mantener relaciones con cualquier celebridad que pudiese seducir, especialmente para reforzar su control sobre estalinistas comprometidos como Heilman, Hammett y Parker. Lillian Hellman, por ejemplo, quien también conoció a Gerhart Eisler y trabajó con él —aunque luego lo negara —,[14] pudo abrirle las puertas a Otto en muchos sitios influyentes de Hollywood y Nueva York.

La Liga Antinazi y las redes que Katz ayudó a organizar permanecieron activas durante la guerra civil española y siguieron estándolo hasta el pacto. El mismo Katz visitó en repetidas ocasiones la colonia cinematográfica, por lo general de incógnito, tiempo después de que comenzara la guerra. El papel preciso y la naturaleza de aquellas redes en los años treinta todavía aguardan una seria investigación, aunque los Archivos Centrales de Moscú han empezado a revelar considerable información en la que Katz desempeña un papel prominente. Aún falta excavar mucho más, pero lo que aún queda por descubrir transformará y profundizará sin duda nuestro conocimiento del poder estalinista en la industria del cine.[15] Lo que ya no se puede dudar es que esas redes patrocinadas por el soviet existieron y fueron motivo de prioritario interés para aquellos miembros del partido norteamericano encargados de desarrollarlas. Otto Katz, como antes Gibarti, desempeñó un papel de máxima responsabilidad en la manera en que esto se llevó a cabo.

El propósito de las redes nunca fue influir en el *contenido* de las películas. El objetivo era encontrar sitios lucrativos para gente

amiga de la diáspora comunista alemana, generar publicidad para el Frente Popular, «estalinizar» la cultura del espectáculo y utilizar la inmensa riqueza culpable de Hollywood como fuente de dinero para el aparato, un proveedor ubérrimo de dólares que no dejaban huellas. Hay informes sin confirmar de que Katz visitó Hollywood incluso después de Pearl Harbor, aunque para entonces ya había sido expulsado de Estados Unidos por la sospecha bien fundada de espionaje, espionaje realizado durante el Pacto Nazi-Soviético a favor del aliado más importante de Hitler.[16] Hasta el golpe de Estado checo de 1947, después de que Katz volviera a Praga a ayudar a montar el régimen estalinista, grandes sumas de dólares provenientes de Hollywood seguían llegando secretamente al aparato en Checoslovaquia a través de gente que él conocía en Los Angeles.[17]

Aunque Otto no siguió siendo un poeta, de cualquier modo era un hombre de considerable nivel literario. Hablaba fluidamente cinco idiomas: checo, alemán, inglés, francés y ruso. Escribía en cualquiera de ellos con gracia, estilo y envidiable rapidez.[18] Con numerosos nombres falsos, escribió o editó cierta cantidad de libros, usando muchas veces el seudónimo de «André Simone».[0] En otras ocasiones, usó «O.K. Simon», que era su seudónimo para el Left Book Club en Inglaterra. Algunos de estos libros tuvieron un éxito considerable. Todos son importantes como documentos para esta o aquella estrategia de propaganda. Ahora están olvidados, pero, si se reconstruye el plan de cualquiera de ellos, invariablemente emergen claras señales de las necesidades secretas del aparato estalinista en un momento determinado.

Lillian Heilman incluye un retrato afectuoso y típicamente hipócrita de Katz en sus memorias, evocando al hombre que «me convenció de que fuera a España» como alguien «delgado» y de «aspecto preocupado» así como «valiente» y «generoso»[19]. Respetuosa del mito, idealiza al hombre. Le traza un sendero a través del tiempo en el que los hechos no cuadran, tal como ningún estudioso de la vida de Heilman se sorprendería de saber. Primero, nos informa de que Katz «permaneció en España hasta casi el día de la victoria de Franco, cuando, en Nueva York, algunos de nosotros

recaudamos el dinero para pagar la fianza, sacarlo de allí y enviarlo a México». Debo señalar que cuanto aquí dice es una patraña. De hecho, Katz no estaba en España en el momento de la capitulación republicana. En ningún momento, Otto estuvo arrestado en España ni en ningún otro sitio, al menos no hasta su cruel encarcelamiento en Praga. Por tanto, lo que dice Heilman sobre la «fianza» para sacarlo de la prisión es necesariamente un invento. A la fantasía de que Otto había sido liberado (gracias a ella) de las garras franquistas, añade que viajó de Madrid a la seguridad de México. De hecho, Katz pasó gran parte de 1939 y todo 1940 en Nueva York colaborando estrechamente con varios intelectuales (entre ellos, Lillian Heilman) en varios proyectos políticos y literarios. Esto tuvo lugar en el mismísimo momento en que ella y Hammett fueron los instigadores espirituales de la fundación del periódico estalinoide *P.M.* en Nueva York, exactamente la clase de publicación de Münzenberg en la que se especializaba Katz. De hecho, desde la Liga Antinazi de Hollywood hasta la guerra civil española y la fundación de *P.M.*, Katz era sin duda el control de Hellman en la política cultural del estalinismo. Tal vez, como consecuencia de esa intimidad, cada palabra que escribe sobre Katz, salvo lo de «delgado» y «aspecto preocupado», sea una mentira.[20]

Al igual que Hellman, Arthur Koestler conoció bien a Katz, tal vez demasiado bien como para hacer afirmaciones sobre su valentía y su generosidad. Koestler lo comparaba con Münzenberg. Escribió que Otto era «el complemento perfecto de Willi… [Mientras] Willi era un líder duro, Otto era un operador sutil y retorcido… moreno y apuesto, con un encanto bastante especial. Era el tipo de persona que después de encender un cigarrillo, siempre cerraba un ojo. Y este hábito se le fijó tanto que a menudo cerraba un ojo cuando trataba de resolver un problema, aun cuando no estuviera fumando».[21]

El parpadeo calculador de Katz no le era menos familiar a Claud Cockburn, el periodista estalinista, hombre británico de Münzenberg y padre de los hermanos Cockburn, conocidas figuras del periodismo de izquierdas neoyorquino en los años setenta y ochenta. Bajo la supervisión de Münzenberg, Cockburn solía inventar la desinformación soviética y quizá conocía mejor que nadie al agente secreto.[22] Hay varios misterios en la relación de

Katz y Claud, sin duda siniestros. Cockburn era un activo propagandista del Komintern; siempre fue un apologista del régimen muy refinado y alguien al que Otto parece haber guiado por los aspectos más delicados de su trabajo. Si bien el retrato de Katz que Cockburn escribe en sus memorias deja mucho en el tintero, lo demás suena a verdad. «Era un hombre de estatura media con una gran cabeza, ligeramente cadavérica, en la que los huesos eran extrañamente prominentes. Tenía unos ojos grandes y melancólicos, una sonrisa de especial ternura y un halo de misterio, un misterio en el que siempre estaba dispuesto a inducirte, a ti y sólo a ti ya que te estimaba tanto.»[23]

Aquí Cockburn da en la clave de lo que reiteran todos los informes conocidos: el encanto poderoso y tranquilo de Katz. Otto utilizaba su aire de estar al tanto y su apariencia de brumosa mundanidad como medios de halago y seducción. Era un reflejo indispensable de su personalidad. Podía crear la ilusión de intimidad con quien se le ocurriese. Y valiéndose de esa habilidad podía meterse en el bolsillo a gente más precavida como Irving Thalberg o Norma Shearer. Su poder seductor se veía fortalecido en gran medida por el morboso atractivo de la conspiración. Él mismo era consciente de que tenía aspecto de espía. Usaba el atractivo del hombre de acción para seducir. Tenía y lucía un aire conspirativo; no era algo que disimulase. Formaba parte bastante obvia de su don de hacer visible su mejor disfraz.

Pero el encanto y la simpatía son la forma más superficial de la intimidad. Conocer bien a Otto Katz a menudo representaba detestarlo a muerte. La viuda del novelista alemán Gustav Regler, quien había colaborado a diario con Katz durante los días antifascistas de París, pero luego fue delatado por Otto y el aparato comunista durante su exilio en México, cuenta que su esposo se puso a bailar de alegría cuando se enteró de que Katz había sido ahorcado.[24] Porque fue ahorcado en la última oleada de juicios estalinistas de 1952, ejecutado a la manera clásica de la justicia gangsteril del régimen como postrera recompensa a todos los leales servicios prestados, y condenado a ese silencio definitivo que protege para siempre todo aquello que Otto conocía demasiado bien.

No es de sorprender que el poder seductor de Otto haya sido

tanto sexual como político. Consideremos la historia de Marlene Dietrich. Él insistía en haber sido el primer marido del «Angel Azul», una conquista de su remota juventud, cuando había sido taquillero de un teatro en Teplitz donde Dietrich cantaba y bailaba como una corista más. Contaba a todo el mundo la historia de ese amor. Cockburn afirma que «con respecto a cualquier otra cosa, se le podía llamar mentiroso, hipócrita y rufián sin que se le moviera un pelo, pero si se dudaba de su relación con Marlene, se ponía hecho una fiera».[25] Como mínimo, sabemos que el espía tenía amistad con Dietrich. Durante la guerra, Paul Willert, por entonces un agente de la inteligencia y la propaganda británicas, recuerda haberse encontrado con Katz y Dietrich en un aparcamiento de Hollywood junto con Fritz Lang. (Lang era entonces y después un completo inocente y un auténtico antifascista. Todos los documentos que he visto indican que Lang dio su dinero y su apoyo sin segundas intenciones a la lucha contra el enemigo nazi.) Resultó claro para Willert que Katz y Dietrich eran viejos y buenos amigos.[26] En *An Unfinished Woman*, Lillian Heilman informa (sin ser fiable, por supuesto) que, mientras cenaba con Katz en París en 1937, «una famosa y hermosa estrella alemana» —obviamente Dietrich— se acercó a la mesa para darle un beso y decirle una confidencia al oído. «Por favor, olvida lo que has oído», cuenta Heilman que le dijo Katz después de que se fuera Dietrich. «Nos amábamos cuando ella era joven y yo no estaba tan triste.»[27]

Otto se casó con una hermosa alemana llamada Ilse, su Ilschen. (Un informe de los dossieres FOIA dice que por razones desconocidas se divorció al poco tiempo y que luego volvió a casarse con ella.) Koestler recuerda de sus días en París el haberse encontrado con Katz a primera hora de la madrugada en el mercado de la Rue de la Convention, «un Otto sin afeitar y sin corbata, el cuello de la camisa abierto, con una bolsa de compra en la mano, regateando con una pescadera, el ojo izquierdo astutamente cerrado, desplegando la misma simpatía concentrada que yo le había visto practicar cuando se dirigía a Ellen Wilkinson o a Geneviève Tabouis».[28]

Aparte de las compras, Otto no era un marido fiel. Tenía incontables aventuras. Recuerdo que, cuando empecé mi investigación, la esposa de un distinguido profesor emérito, con un

elegante mantón español, se me acercó y me dijo: «Joven, usted tiene que hablar con nosotras, las ancianas. Nosotras somos las que nos acostamos con todos esos espías».[29]

Aun así, el donjuán era una persona seria. El ojo parpadeante, la simpatía, los alias, los sucesivos engaños, todo estaba al servicio del objetivo unilateral que era la tarea política. Y en él había algo más que conspiración y seducción. El difunto economista checo Eugen Löbl, que fue otro de los acusados en los juicios Slansky de 1952, conoció bien a Katz después de la guerra en Praga. Él me confió que jamás hubiera adivinado que su amigo fuera algo más que un periodista excepcionalmente influyente. Recordaba largas y animadas tardes de conversación con Otto. Löbl recordaba que «era más que inteligente; era sabio».[30]

Casi con seguridad, fue un agente doble dentro del sistema soviético: espiaba al Komintern, del que era miembro, en nombre de poderes más grandes y hostiles, más próximos al mismo Stalin, una encamación más de todas las traiciones internas que deben de haber estado al servicio de Stalin en, digamos, 1937. El asunto sigue siendo polémico por varias razones. Para empezar, hay mucha gente que aún cree que el Komintern de los años treinta representaba una línea menos estalinista que la NKVD dentro del gobierno soviético. Eso se debe a que fue un canal importante para las fantasías de Lenin. Al Komintern se le ha visto como algo más internacionalista que la NKVD, algo más idealistamente revolucionario, menos sujeto a la policía secreta. Guy Burgess o Anthony Blunt, al recibir a recién reclutados, invariablemente decían que trabajaban para «el Komintern», aunque sus controles, Theodore Maly y Alexander Orlov, eran agentes de alto nivel de la NKVD o, como delicadamente los denominó Babette Gross en mi presencia, «los otros servicios».[31] Resultaba más fácil convencer a un novato de que sirviera a la Internacional que a una policía secreta.

Esta distinción moralizante entre la NKVD y el Komintern aún está vigente para muchos estudiosos del tema. Por ejemplo, lo es prácticamente sin excepción entre los apologistas del Frente Popular.[32] En realidad, esta supuesta diferencia es casi una completa ilusión. Es verdad que a partir de 1935 todos los servicios

soviéticos se volvieron más señaladamente rusos y anti-intelectuales de lo que habían sido con Lenin. También es cierto que esto formó parte de un cambio que apartó del poder de los servicios secretos a los intelectuales extranjeros del Komintern y acercó a los policías rusos de la NKVD. También es verdad que Stalin despreciaba al Komintern y que la NKVD era su instrumento favorito. Pero ¿acaso no fue estalinista el Komintern? Puede ser verdad que algunos miembros de la organización hayan ocultado y callado sus reservas sobre la política y los métodos del Kremlin, pero simplemente resulta imposible demostrar que después de 1928 algún dirigente del Komintern optase por una línea política concreta ligeramente amenazante y mucho menos hostil a los designios de Stalin. La mayoría practicaba una abyecta obediencia y llevaba a cabo su tarea de buena gana y sin la menor protesta. Tampoco hay razón alguna para suponer que el Komintern servía de refugio para alguna clase de buen «leninismo» moralmente superior al mal «estalinismo» de la NKVD. Muchos de los nombramientos más importantes de Lenin habían sido hechos naturalmente en la Cheka. Muchos de esos leninistas sobrevivieron y triunfaron en la NKVD y en la Inteligencia Militar Soviética (el GRU) durante el estalinismo. De hecho, cuando Stalin ordenó a la NKVD que penetrase, ocupase y liquidase a la dirección del Komintern, fue un chequista de los primeros tiempos, Mijaíl Trilliser, un íntimo de Dzerzhinski y del mismo Lenin, en quien Stalin depositó su confianza para la tarea. De muchas maneras, Trilliser era el leninista cabal. Al final, Stalin masacró a placer a funcionarios de ambos servicios durante el Terror.

Sin embargo, es cierto que la política de Stalin perseguía que la NKVD y el GRU se infiltrasen en el Komintern, y no al revés. En 1935 todos los altos cargos de la Internacional estaban en manos de los otros servicios.[33] Dejó de tener una existencia independiente y significativa. Es harto probable que Otto Katz haya desempeñado algún papel en esta transformación y actuado como agente del Komintern cuando en realidad estaba al servicio de las otras agencias más poderosas. La caída del Komintern hizo caer en desgracia a Willi Münzenberg. Pero cuando Willi cayó, Otto Katz, un «prototipo» del Komintern como nadie podría haberlo sido, no le acompañó en la caída. Por el contrario, el auge de Katz como

personaje de gran poder en el aparato data precisamente del instante en que Willi cayó en desgracia con Stalin.

Una cuestión muy interesante es el patrocinio con que contaba Katz. El bolchevique de mayor jerarquía más cercano a su carrera era Karl Radek. Era normal. Como ya hemos visto, Radek era el mejor amigo de Münzenberg entre los viejos bolcheviques. Cualquiera de sus colaboradores cercanos podía contar con Radek en Moscú.[34] Pero, como veremos, Radek también era el bolchevique más involucrado en los secretos más profundos y realistas de la política alemana de Stalin tras la toma del poder por Hitler. En especial, Radek era uno de los muy contados jerarcas totalmente al corriente de la política estalinista de apaciguamiento y colaboración con los nazis. De hecho, él fue el mayor y más secreto emisario de Stalin en las conversaciones que condujeron a estos acuerdos.[35] Este detalle es crucial. Radek tenía a su cargo la misma campaña antifascista que Münzenberg y Katz organizaban en Europa justamente para ocultar y dar coherencia a los acuerdos secretos. Con Katz como su protegido, resulta fácil comprender por qué a éste se le asignó en París el nuevo y vital trabajo de agente secreto residente para la agitación antifascista de 1933.

Ya que necesariamente Katz trabajaría con algunos de los secretos más delicados e importantes de la época, está claro que Radek y Stalin debían tener una máxima confianza en su hombre. La misión requería una combinación única de talentos. El agente secreto de su mayor confianza, encubierto por la dimensión de la campaña antifascista, necesitaría un gran talento para la publicidad y para la vida pública junto a un no menos poderoso talento para la actividad secreta. Era menester que inspirara idealismo y un compromiso moral muy profundo, al tiempo que estuviera comprometido a diario en actividades tan cínicas y engañosas que no dejaban el menor resquicio para el acceso a la verdad. Tenía que ser capaz de convencer a la gente de que realizara los mayores sacrificios en aras de la causa más trascendental y urgente del siglo y, al mismo tiempo, también tendría que utilizar a esa misma gente en aras de una de las máximas mentiras contemporáneas. Semejante emisario debía ser una combinación de contradicciones, contradicciones unidas por un oscuro lazo de imaginación y de dureza de corazón. Eso fue lo que encontraron en Otto Katz. Y así

era el hombre que llegó a París en marzo de 1933 portando la agenda secreta para el nuevo movimiento.

Todo dio comienzo de forma bastante idealista. En 1927 la primera tarea de Münzenberg para Otto había sido ayudarle a manipular la carrera teatral del director Erwin Piscator, cuyo trabajo en aquel tiempo ya estaba públicamente ligado al Socorro Rojo Internacional.[36] Katz fue nombrado director administrativo de Piscator. Desde este puesto, Katz se encontró dirigiendo los egos y las fortunas de Bela Belazs, Alfred Döblin, Bertolt Brecht, Walter Mehring, Toller, Tucholsky e incluso Marcel Breuer y Walter Gropius. Uno de sus trabajos más importantes fue supervisar la preparación de los planos de Gropius para el «Teatro Total» que alojaría a la compañía de Piscator.[37]

Todo aspirante a militante revolucionario debe convertirse en un experto en el arte de la provocación. Es decir, debe aprender a crear situaciones que obligarán al enemigo a realizar acciones que redundarán en su contra. Katz se transformó en un maestro en esta clase de manipulación. Su iniciación en este arte tuvo lugar en el Piscatorbühne.[38]

Veamos cómo funcionó. En 1927 Piscator ya tenía una flamante reputación como uno de los directores del *Volksbühne*, el teatro estatal prusiano, una institución fundada por el gobierno de Weimar. Era exactamente el tipo de operación liberal y altruista que el *apparat* deseaba desacreditar y destruir. En 1928 Piscator se hartó de ser un mero director más en esta institución de alta cultura pero bastante anónima. Buscaba un éxito mayor con un teatro propio.

Su problema estribaba en cómo dejar el *Volksbühne*, que siempre le había prestado un apoyo razonable. Tenía perfecta libertad para irse cuando quisiera. Si encontraba un medio más apto para su talento, sólo debía presentar su renuncia e irse. Sin embargo, nada se ganaría políticamente con un curso de acción tan simplista y sin victimismos. Necesitaba algún modo por el cual cualquier paso en su carrera diera la impresión de ser un acto justo y que esta ruptura pareciese una rebelión contra la opresión. La justicia requería que alguna injusticia o calamidad social le obligase a dar ese paso. Y si esa injusticia podía simultáneamente poner sobre el tapete la absurda farsa de la democracia alemana, entonces el éxito de Piscator también podía servir a sus amigos y a la causa del régimen

soviético.

Por desgracia, no había ninguna injusticia oportuna de la que echar mano. Había que inventarla, pues. Esto brindó a Otto su estreno en la provocación. Enroló al dramaturgo Ernst Toller, amigo íntimo de Willi, y juntos pergeñaron una obra que escribiría Toller, una pieza de teatro que presentaría problemas políticos y prácticos lo bastante serios como para asegurarse de que el Teatro Nacional rechazaría su programación. Fue escrita a propósito para que esto sucediera. Así, cuando llegó la inevitable negativa, lo único que tuvo que hacer Katz fue armar un buen escándalo sobre el inconcebible acto de opresión y «censura». Entonces, la inteligencia berlinesa se sumó a la protesta. En la prensa cundió la alarma. Todo el mundo se rasgaba las vestiduras y firmaba peticiones contra la traición a los más altos valores de la cultura alemana, esos mismos valores que, cuando Münzenberg dictaba documentos retóricos a su gente, solía llamar «la tradición de Goethe, etcétera, etcétera». La partida de Piscator ya no parecía un mero paso interesado y egoísta en su carrera, sino que resplandeció con el santo fulgor de la victimización. Piscator no se beneficiaba sino que sufría y se merecía el aplauso de todo alemán decente.

De hecho, los planes de Piscator de abandonar el *Volksbühne* ya habían sido formulados mucho antes de que Toller escribiera la obra y de que se inventase el «escándalo». Otto lo había hecho. Fue un debut brillante.

No obstante, el Piscatorbühne no prosperó. Al cabo de un año, empezaron los problemas financieros y el enfurecido director culpó a Katz, a quien, años más tarde, se referiría como «ese donjuán ninfomaníaco».[39] Münzenberg alejó discretamente a Katz y lo instaló en uno de los clubes del libro del Trust, el Universum Bücherei, que luego serviría de modelo para el Left Book Club británico. En el club, la arrogancia de Katz y su obsesión por la buena vida casi volvió loco al personal subordinado.[40]

Luego, en 1930, se produjo el desastre. El gobierno descubrió graves irregularidades impositivas en los libros de Piscator, y Katz fue acusado de ser el responsable. Se necesitaban y pronto cien mil marcos o el futuro espía corría el riesgo de ir a la cárcel. Por supuesto, Katz recurrió a Münzenberg. Ante su jefe, dejó de lado los buenos y refinados modales y estalló en un ataque de lágrimas y

gritos desesperados. Como fuera, *tenía que* conseguir esos cien mil marcos o se suicidaba.[41]

Münzenberg reconocía una oportunidad en cuanto la veía. Con un simple golpe de genio administrativo decidió ahorrar cien mil marcos *e introducir* a este hombre en otra clase de deuda. Alejaría a Katz del alcance del gobierno alemán y, en su momento más vulnerable, lo promocionaría. Lo despachó a Moscú como directivo de la productora de cine del Trust, la Mezhrabpohmfilm Russ. Era un cargo importante para una nueva vida. Nótese la psicología: promocionar a un hombre en el preciso momento en que éste ha caído en la abyección y amenaza con suicidarse, demuestra un sutil instinto de poder. Arthur Koestler escribe que «Willi necesitaba a Otto, pero apenas se preocupaba de ocultar el desprecio que le inspiraba. En una ocasión le pregunté cuándo había conocido a Otto, me dijo con su parlanchín acento de Turingia: "Lo pesqué en el canal Landswehr"». Ese canal berlinés es una estrecha riera convenientemente situada para arrojar allí cadáveres o para suicidarse.[42]

Por tanto, Otto se instaló en la Mezhrabpohmfilm de Moscú como jefe de la sección alemana, en el corazón mismo del cine soviético en su época de apogeo. Llevó todos sus conocimientos de Weimar al nuevo trabajo en una época de gran influencia del cine alemán en todo el mundo. Mientras trasplantes alemanes como Lubitsch y F.W. Murnau paseaban por Sunset Boulevard, Piscator y Lotte Lenya cruzaban la Plaza Roja.

Sin embargo, quienes trabajaban en la productora cuando Katz era directivo sostienen que, aunque figuraba su nombre a la puerta del despacho, rara vez se le veía. La dirección verdadera estaba en manos de otro empleado de Münzenberg, Francesco Misiano, quien al menos era un cineasta de verdad, algo que jamás fue Katz. Los archivos prueban que Misiano, como Katz, también estaba involucrado en empresas más estrictamente políticas.[43] Katz se introdujo en la comunidad moscovita de periodistas y escritores. Como siempre, era el hombre que conocía a todo el mundo en el ambiente del periodismo, el cine y la literatura. Por casualidad, su viejo amigo Egon Erwin Kisch, el amigo de Kafka, también se

encontraba en Moscú por ese entonces. Íntimos desde Praga, los dos consolidaron aún más su larga amistad que duró hasta el fin de sus vidas. Donde estaba Egon, era probable que estuviera Otto. Y Egon Erwin, un hombre ciertamente encantador, era amigo de todo el mundo.

Cuando llegó a Moscú, Katz apenas era algo más que un joven diletante tanto en la vida cultural como en la secreta. Obviamente derrochaba talento con sus idiomas, su velocidad ante el teclado de la máquina de escribir, su simpatía, su capacidad de engaño. Pero carecía de disciplina; necesitaba una mano firme. Pero poseía el don; ya era hora de moldear a este donjuán para su destino como uno de los «grandes ilegales». Los servicios soviéticos se dispusieron a entrenarlo para un trabajo de auténtica conspiración dentro del *apparat*, instruyéndole en técnicas secretas y relacionándole con las redes que verdaderamente importaban. En su aspecto externo, Otto seguiría siendo el mismo de siempre, pero ahora su talento quedaría fijado a algo profundo e invisible. Casi nunca estaba en el despacho de la productora. Era evidente que su cargo allí era una tapadera. [44] Él estaba en otro sitio entrenándose para el verdadero oficio de su vida.

Lo hacía al más alto nivel; lo más probable, bajo la supervisión de Karl Radek. En 1927 Radek había dado un mal paso cuando apoyó a Trotsky en un momento poco oportuno. Pasó algún tiempo en desgracia mientras Stalin consolidaba su poder. Pero en 1930 Radek había encontrado la forma de retornar al primer plano. Stalin depositaba una especial confianza en sus opiniones sobre cultura… y sobre Alemania. Fue en esa época cuando Otto Katz, siguiendo los pasos de su mentor en Berlín, se hizo íntimo de Radek, su futuro protector.

Su personalidad se endurecía, cambiaba. Antes de que lo ejecutaran en Praga, escribió a Klement Gottwald: «Sólo en Moscú llegué realmente a entender la misión y los principios del partido comunista.

Y cuando vuelvo la mirada a esa época, ahora en los últimos minutos de mi vida, puedo declarar honradamente que yo cambié en Moscú, en el entorno soviético».[45]

Así fue. En esos años, Otto parece haber pasado por esa rara experiencia que es una auténtica transformación de la personalidad.

No se trata de que se haya convertido en otra persona, por supuesto, sino que una parte lúdica, espontánea y humana de su personalidad, la que otrora le pusiera en la natural compañía de Piscator, Kisch y Kafka, retrocedió y se subordinó a una parte menos atractiva, pero que había sido tan reforzada que tomó permanentemente la dirección de su vida. Cuando visitaron Moscú a comienzos de los treinta, Münzenberg y Babette quedaron muy impresionados por el cambio. Babette encontró al donjuán de Weimar «serio, determinado y reservado. Se guardaba para sí mismo lo que pudiera pensar sobre las penurias de la vida cotidiana en Moscú o sobre el incipiente bizantinismo del Kremlin. Repetía sin el menor esfuerzo las consignas entonces en boga; se había convertido en un leal funcionario del régimen».[46]

*

Para cuando ya estuvo listo para regresar a Europa en 1933, Otto Katz era un agente secreto muy entrenado que operaba con un alto nivel de conocimientos. En los veinte años siguientes, tendría numerosas aventuras próximas al verdadero centro del espionaje. En París sería el infiltrado de Stalin, nada heroico, pero calculando el mensaje de la propaganda, calibrando las redes en Alemania, dando sus órdenes especiales a los correos en el Reich. En Londres, tocaría toda clase de aspectos secretos de la vida política, desde la fundación del Left Book Club hasta pasar desinformación a los conservadores británicos. En Hollywood fue él quien amparado por un alias organizó y supervisó gran parte de las redes de simpatizantes estalinistas, mientras que en Nueva York asistió a su amigo y camarada Gerhart Eisler en misiones de espionaje. Durante la guerra civil española, ayudó a importar el terror de la NKVD a la península ibérica. Durante la segunda guerra mundial, mientras Stalin aún era el aliado de Hitler, estuvo atareado en Nueva York, hasta que un recalcitrante y casi complaciente Departamento de Estado le anuló la visado, sólo después de haber sido avisado repetidas veces (y correctamente) de que Katz era un peligroso agente soviético y (más dudoso) «probablemente un agente nazi» también. Cuando este problema anuló su misión en Nueva York, hizo una estratégica retirada a la ciudad de México, entonces un

importante foco de actividad de la NKVD en el hemisferio occidental. Se sabe que allí colaboró estrechamente con Umansky, el veterano oficial de la NKVD, quien luego fue asesinado casi seguramente por su propia gente. Katz pasó la guerra participando en operaciones soviéticas dentro de Estados Unidos y en el Caribe, trabajando entre otros con Fulgencio Batista, el antecesor de Fidel Castro. En ese tiempo, Batista era admirado y apoyado por la izquierda. Katz recibió autorización para hacerle importantes ofertas a Batista en nombre de los soviéticos si entraba en la esfera de influencia de Stalin.[47]

Cuando terminó la segunda guerra mundial, Katz fue llamado a Praga acompañado como siempre por Kisch. Se convirtió en un periodista de alto nivel y en funcionario del gobierno. Estuvo presente en el comienzo del golpe y durante la creación del Estado checo estalinista. En 1949 Otto Katz tenía finalmente una autoridad manifiesta. Al parecer, también era manifiestamente insufrible debido a su arrogancia.[48]

Esto duró poco tiempo. Cuando empezó la guerra fría, el agente estaba en el poder en Praga, la ciudad de su infancia; allí había empezado como un joven brillante entre los amigos de Kafka. Si ésta fue la realización de Katz, le duró poco. Estoy tentado a parafrasear la primera oración de la novela de su viejo amigo, *El proceso*.

Alguien debió de haber calumniado a Otto K. puesto que, sin haber hecho nada malo, fueron a arrestarlo una mañana.

La gratitud de Stalin era mortífera. Sólo su indiferencia dejaba vivir a la gente. Otto Katz fue arrestado y ejecutado en Praga como una de las víctimas de las purgas Rajk-Slansky, la serie de procesos políticos que se llevaron a cabo en todos los países del Este europeo entre 1948 y 1952 y que formaban parte de una vasta y demencial aunque significativa operación por la cual Stalin consolidó su paranoico poder en los recién conquistados territorios. Las purgas Rajk-Slansky fueron el detonante para el inicio de la guerra fría. En 1948 mucha gente como Otto Katz, grandes figuras entre los dirigentes veteranos, muchos de los que habían sentado las bases en Europa para la expansión del poder comunista a lo largo de los años treinta y la propia guerra, salían a la palestra esperando la merecida recompensa. El autócrata los consideró sirvientes comprometedores

y jubilados. Había llegado la hora de deshacerse de ellos. A cientos, incluso a miles, se les arrestó, condenó y ejecutó. Los políticamente invisibles o inutilizables simplemente fueron ejecutados sin más. A las figuras más conspicuas se las llevó al juicio político acusadas generalmente de una lista de delitos inventados que sirvieran de propaganda y dejaran al descubierto la doble vida del desertor. De ese modo, décadas de servicio secreto se convertían en vidas sospechosas de traición. En todas las capitales de Europa Oriental dio comienzo un grotesco circo de confesiones y muertes; fue una gira circense de terror político que no se detuvo durante cinco años. Muchas de las «confesiones» que se producían de ciudad en ciudad eran extravagantes contorsiones precisamente del tipo de historia que aquí estamos indagando; de hecho, una parte esencial del fenómeno fue el esfuerzo sistemático por reescribir la historia desde cero. Otto Katz había sido un actor protagonista. Ahora en Praga, acusado en los procesos Slansky, dio un paso adelante para su última larga hora ante las candilejas.

Pocas veces se ha señalado que un protagonista central en esta incesante ola del terror estalinista fue un topo norteamericano al que ahora conoceremos en detalle. Su nombre es tan anónimo como bien conocido es el de su amigo y (como yo creo) camarada topo, Alger Hiss. Vale la pena aclarar por qué Hiss es tan famoso mientras Field permanece en las sombras. A su manera, Field fue un espía al menos tan importante como Anthony Blunt o Hiss. Y una manera de medir su importancia es la reacción estalinista ante la amenaza de que lo desenmascararan. Se convirtió en un detonante de lo que sucedería y se trató de un incidente que coincidió plenamente con el comienzo de las purgas Rajk-Slansky.

En el verano de 1948 parecía inminente que saliera a la luz el trabajo secreto de Field. El lugar era Washington; los medios eran los testimonios de Elizabeth Bentley y Whittaker Chambers, testimonios que revelarían entonces sobre Jay Peters lo que ahora los Archivos Centrales moscovitas confirman que era realmente aquel hombre: un mafioso húngaro a cargo de las diversas redes de espionaje en Washington, una de las cuales incluía a Field, el viejo colega de Otto Katz. En otras palabras, se trataba exactamente de los obedientes y viejos cuadros «antifascistas» que ahora Stalin estaba dispuesto a desacreditar y destruir. Y Noel Field, emergiendo

del mismo centro de lo que sería el caso Hiss, se convirtió en el instrumento y en el dedo acusador cuyas delaciones serían responsables de todas aquellas muertes. Uno de los acusados fue Otto Katz.

Pero para que esto sucediera, debemos volver a Chambers. Su testimonio provocó tal alarma en el aparato que convocaron de inmediato a Noel Field a Budapest, donde éste esperaba encontrar protección del extremo frío que azotaba al servicio secreto. Pero el refugio anhelado fue una nueva decepción. Field fue arrestado. Lo mismo sucedió con su mujer, su hermano y otros miembros de la familia. Su previa relación con Allen Dulles, a través del cual Field había servido a los rusos y trabajado contra los norteamericanos en el OSS, ahora servía a sus propios camaradas como prueba de que él en realidad era un maestro del espionaje norteamericano. Poco después, el «espía norteamericano» empezó a «confesar»; sus acusaciones sirvieron para aniquilar las viejas redes. Es evidente que Field no era un «maestro del espionaje norteamericano»; era un comunista convencido y *apparatchik* y lo seguiría siendo hasta su muerte muchos años después. En 1948 su verdadero papel fue el de colaborador con la gente a cargo de los juicios estalinistas. Field, en parte presionado, en parte soldado obediente, desempeñó el papel asignado de acusador. Su actuación obtuvo como fruto el que miles y miles de personas fueran condenadas a muerte. Pero no Noel Field; él no fue fusilado ni colgado, aunque, si lo que confesó de sí mismo era verdad, podría haber recibido cincuenta condenas a muerte. Tampoco le pasó nada a ninguno de sus parientes. En cambio, él y su mujer fueron puestos en libertad pocos años después, el mismo y preciso día en que Alger Hiss salió de la penitenciaría de Lewisburg. Fueron «rehabilitados». Según explicó el aparato, todo había sido un malentendido.

Herta y Noel Field jamás regresaron a Occidente. Field fue luego un directivo de la Editora Estatal de Hungría y los dos siguieron siendo estalinistas recalcitrantes y de la peor especie hasta el fin de sus vidas.[00]

Y así, en plena histeria de una típica caza de brujas comunista, Otto Katz fue arrestado. Por supuesto que Otto sabía muy bien con quién lidiaba. De inmediato, dejó claro a la policía secreta que estaba dispuesto a confesar lo que quisieran que dijera, lo que

fuera. Este esfuerzo por evitar a los esbirros del sótano fracasó. No era suficiente. La tortura era necesaria de cualquier modo. Y, por tanto, Otto fue torturado durante meses mientras se iban plasmando las inexactitudes de su «confesión»[49]. Esta «confesión» es un ejercicio de desinformación. Se la puede considerar como el último servicio de Katz a la causa. Está plagada de mentiras, pero son mentiras reveladoras. Como en su mendacidad los agentes casi siempre procuraban tapar algo importante, vale la pena estudiarla.

El reo hizo su confesión desde el banquillo de los acusados, dolido y hablando con una dentadura postiza que no encajaba bien y que le habían dado ese mismo día. La suya había sido destrozada durante el «interrogatorio». ¡Quién se podría haber imaginado en los viejos tiempos de charlas encantadoras en París, Nueva York o Hollywood, que Otto Katz usaba una dentadura postiza! Allí estaba en el banquillo de los acusados esforzándose para pronunciar las palabras. Aun así, se las arregló para decir exactamente lo que le habían ordenado que dijera. En un momento determinado mencionó a Noel Coward, a quien, según dijo Otto, él había reclutado como agente británico durante la guerra, todo para recalcar aún más su traidor trabajo trotskista. Dijo al tribunal que él mismo era pura escoria, una sabandija. Como escritor, sin embargo, ¿qué tipo de ingeniero del alma había acabado siendo? Un traidor. ¿Qué clase de modelo para los demás? Un hombre que no entendía al pueblo. Un hombre que había traicionado todo por lo que valía la pena vivir. En el proceso ensució a mucha otra gente, comunista o no. Ensució, sobre todo, su propia vida confesando con especial abyección que era judío y burgués; un ser humano despreciable.

Y así acabó el «proceso» de Otto Katz. Sólo en las últimas frases de su discurso, la parte en que se dirigió al tribunal y empezó a rogar que le matasen porque no merecía vivir ni un solo día más, bajó el tono de la voz hasta una especie de murmullo que ya no podía escucharse.

*

Una última palabra sobre asesinatos.

Desde que Otto Katz desapareció de la escena, varias personas con cierto conocimiento de causa han afirmado que durante su

entrenamiento en Moscú, Otto Katz podría haber sido preparado como asesino y verdugo.

En muchos años de investigaciones, no he hallado ninguna prueba para estas acusaciones.

«¿Otto Katz? Él mató a Willi Münzenberg.»

En 1985 me concedió una entrevista Paul Willert, un hombre de Münzenberg en París, Berlín y Nueva York que, antes de la segunda guerra mundial, trabajaba para el espionaje británico. Esa fue su exclamación cuando mencioné a Otto. Willert me dijo más tarde que sólo sospechaba de su participación, pero no es el único que ha opinado así. Mucha gente ha creído y afirmado que Katz tuvo parte en ese crimen ordenado por el *apparat*.

Es un asunto espinoso. Que Katz haya sido un cómplice más o menos directo no es sólo posible sino probable. Katz dejó entrever algo en su última carta a Gottwald. Rumores al respecto lo señalaban, incluso entre los *apparatchik*, durante los procesos Slansky.[50] Es incuestionable que Katz participó en el esfuerzo del *apparat* por desacreditar y difamar a Münzenberg una vez que Willi rompió con Stalin e incluso después de su muerte. Pero es *casi* seguro que Katz estaba en Nueva York cuando asesinaron a Willi en junio de 1940.[51] Si esto fue así, resulta obvio que Katz no pudo estar presente en la escena del crimen. También le han acusado escritores «de confianza» de haber estado en Praga cuando se perpetró el falso suicidio de Jan Masaryk. Se trata de desinformación o confusión. En realidad, el agente presente en el apartamento de Masaryk la noche de su muerte no era Otto Katz, sino Bedrich Reicin, una clase distinta de operativo a quien, cómo no, Stalin eliminó junto a Katz en los procesos Slansky.[52]

También se ha acusado a Katz de otros hechos durante el golpe checo. Lo más verosímil es que haya estado muy comprometido en muchos aspectos secretos de ese oscuro acontecimiento. Y tampoco puede descartarse que haya tenido algún tipo de responsabilidad en los numerosos y siniestros asesinatos que tuvieron lugar en aquel tiempo. Aun así, su papel exacto, por lo que yo sé, sigue siendo mera conjetura.

Por último, el dossier de Katz en el American Freedom of

Information, del FBI, presenta informes sin confirmar sobre su responsabilidad en cierto número de asesinatos en Europa durante la fase «antifascista» de su carrera. A Katz se le identifica sencillamente como «pistolero» en los documentos del Departamento de Estado, ahora en los Archivos Nacionales, documentos cuya información es bastante de fiar. No he logrado aprobarlos ni desmentirlos.

El caso más importante contra Katz se centra en su papel en España. Observadores muy bien informados lo han acusado sin dudarlo de estar directamente involucrado en designar a las víctimas del terror de la NKVD durante la guerra civil. Aquí las pruebas son casi concluyentes.[53]

Por tanto, el misterio de la implicación de Katz en esos asesinatos debe persistir en la ambigüedad. Sin embargo, un aspecto de estas acusaciones es muy sugerente, ya que desprende el tufillo de la desinformación.

Durante la guerra, muchos de los que estaban al corriente de lo que sucedía en el mundo del espionaje, a merced de la gran cantidad de chismes del servicio secreto en circulación, llegaron a decir que Katz había participado en la muerte de Willi. Esto se convirtió en una especie de hecho consabido entre los iniciados.[54]

En 1955 apareció un libro titulado *The Net that Covers the World*, del escritor austríaco dedicado a los espías Edward Shapiro, que usaba el seudónimo de «E.E. Cookridge». Era un escritor cuyos libros ferozmente anticomunistas eran de un estilo sensacionalista que apenas escapa de la literatura más vulgar. Aun así, lanzaba sus acusaciones con gran autoridad. En aquel momento, sus inciertos ensayos tuvieron una gran influencia.[55] El libro contiene muchas páginas incendiarias que revelan las actividades secretas de Otto Katz. Los pasajes en cuestión son sensacionalistas y carecen de fuentes, aunque aparenten cierta credibilidad. Sólo cuando se las examinan, prueban ser falsedades o medias verdades muy tergiversadas.

La mayoría de las afirmaciones más sensacionales de Shapiro aparece sin la cita de una fuente. Una razón de este silencio es que la información de Shapiro, posiblemente incluso sobre Katz, provenía de un alto funcionario del contraespionaje británico que insistió en el anonimato. Este funcionario bien pudo ser nada menos

que Guy Liddell, el hombre, como veremos, de quien el escritor inglés Goronwy Rees estaba tan convencido de que era uno de los protagonistas del círculo de Blunt.[56]

Una de la falsedades del ensayo de Shapiro es que Otto Katz (y no Reicin) estaba presente en el apartamento de Masaryk la noche de su «suicidio». ¿De dónde salió ese desatino? La segunda gran impostura no es para dejarla pasar sin más. Shapiro afirma que Katz estaba presente en el sur de Francia cuando Münzenberg fue asesinado. Y prosigue citando una supuesta declaración de Babette Gross a los servicios británicos, o a alguien que se la pasó a ellos, según la cual, por lo que ella sabía, Katz había estado presente en la escena del crimen y había pagado grandes sumas a los hombres que habían ejecutado el asesinato.[57]

Esta declaración, aparentemente dada a Cookridge por los servicios británicos y que pretende ser una cita directa de Babette Gross, es casi sin duda un bulo, una falsificación. Cuando se la mostré a Babette, ella jamás la había visto y al instante la tildó de invento. Jamás había hecho semejante declaración a nadie y ciertamente a nadie del servicio británico. Me dijo que nunca había tenido ni la más remota idea de que Katz estuviera en Francia cuando murió Willi. Había oído con incredulidad la posibilidad de que podría haber sido así. La reconstrucción de los movimientos de Katz en aquel tiempo demuestra casi con total seguridad que estaba en Nueva York. Babette Gross ni entonces ni en ningún otro momento creyó que Katz hubiera sido el asesino de Münzenberg.

Ello no quiere decir, sin embargo, que desmentidas esas falsas acusaciones contra Katz, Gross no guardara simpatía a su viejo conocido. Casi al final de nuestras conversaciones le hice la pregunta más explosiva sobre este famoso antifascista.

Estaba claro, dijo, que era un importante agente soviético. Mi pregunta iba más allá. Muchos documentos bien informados existentes en los archivos históricos manifiestan que Katz también era un agente nazi. ¿Creía ella que podía haber sido verdad?

Al oír la pregunta, Babette no se mostró sorprendida en lo más mínimo. En cambio, guardó silencio con cierta solemnidad. Cuando contestó, simplemente señaló que Otto Katz estuvo en contacto con

Hubert Ripka en el momento apropiado.

Fue una respuesta extrañamente indirecta a una pregunta directa, una respuesta que sólo podía tener significado para alguien que conociera el contexto político. *Otto Katz estuvo en contacto con Hubert Ripka en el momento apropiado*.

¿Hubert Ripka? ¿Y quién era Hubert Ripka? En los años treinta, Ripka había sido el ministro checo de exteriores del gobierno de Edvard Benes. Fue una curiosa manera de responder a mi pregunta sobre los nazis, y no logré arrancarle una sola sílaba más a Babette Gross.

4

Proceso, contraproceso y la conspiración Dimitrov

El movimiento antifascista patrocinado por el soviet, o sea, la respuesta movilizada por Münzenberg y su gente tras la toma del poder de Hitler y el incendio del Reichstag, se convirtió en una confrontación que dio la impresión de ser la primera gran batalla en una guerra de nueva propaganda entre el aparato soviético y los nazis. Hitler se había propuesto convalidar su toma del poder con un proceso judicial prolongado y sistemáticamente publicitado en el que se acusaría a los comunistas de ser los instigadores del incendio y de toda una serie de delitos contra el pueblo alemán. La escenificación de esta parodia judicial representó uno de los pocos experimentos que hizo Hitler con juicios simulados. Pronto se decantó por el simple asesinato post-jurídico para llevar a cabo las venganzas de un puro y simple Estado de terror post-jurídico. No habría muchos más «procesos nazis»; en esto Hitler se lanzaría a unas maniobras propagandísticas normalmente más asociadas con el terror estalinista. Se instaló un llamativo tribunal en Leipzig con el aparente propósito de enjuiciar y sentenciar a Marinus van der Lubbe como el pirómano y a las celebridades comunistas como los supuestos cerebros grises del siniestro.

Con el proceso de Leipzig, Stalin decidió finalmente que el Komintern y Münzenberg lucharan de verdad contra el creciente poderío nazi. ¿Cómo podían dejar de hacerlo? El prisionero estrella del tribunal de Leipzig era Georgi Dimitrov, que no era alemán sino búlgaro y uno de los líderes más famosos de la Internacional Comunista; se sabía que era uno de los consejeros personales de Stalin y, por tanto, estaba entre los comunistas más poderosos del mundo. ¿No luchar cuando estaba en juego la vida de Dimitrov?

Pues bien, devolvieron los golpes. Ahora Münzenberg, Katz y el Komintern apuntaron con todo su arsenal contra el régimen nazi. El incendio y el proceso de Leipzig se convirtieron en el foco de una furia sin precedentes.[1]

En junio de 1933 Münzenberg partió de París en un viaje ultrasecreto hacia Moscú, donde se preparó para los acontecimientos venideros. Viajó por la ruta del norte, atravesando, en lugar de Alemania, Escandinavia. Una vez allí, empezaron las reuniones con el Komintern y su servicio secreto para perfilar la estrategia final contra el proceso de Leipzig. Estas reuniones se celebraron en un ambiente de nerviosismo y de renovación de tácticas. Sin embargo, Münzenberg se pasó gran parte del tiempo en la sede del Komintern en prolongada consulta con el director Piatnitsky, y sobre todo reunido, en el último piso del edificio, con Mirov-Abramov, el jefe del servicio secreto de la Internacional. Pero Willi también halló tiempo para otras actividades en aquel mes de junio. Por ejemplo, fue llevado a visitar la recién estrenada escuela de espionaje, montada por Mirov-Abramov con el objeto de preparar a comunistas extranjeros para que bajo los auspicios del nuevo «antifascismo» operasen en calidad de espías y operativos encubiertos. Esta sórdida institución había sido emplazada en el suburbio moscovita de Podlipki. El lugar, patrullado por guardias militares armados y con perros policía, estaba rodeado por un doble muro. Sus «estudiantes» habían sido seleccionados meticulosamente de entre los rangos de los inocentes y su sinfín de clubes por los cazatalentos de los partidos locales y luego evaluados, entre otros, por mafiosos húngaros como Gibarti, Alpari o Bela Szantil, anfibios de los mundos de la legalidad y la ilegalidad. Pese a que su aparente razón de ser era el combate «antifascista», los estudios *no* estaban especialmente enfocados en Alemania. Se esperaba que los alumnos cambiasen de nombre y se comprometieran al secreto de por vida. El aparato dejaba claro que cualquier violación de ese secreto, no importaba cuándo, cómo o dónde sucediera, sería castigada con la pena de muerte. Su nombre de tapadera, tras el alambre de espino, era el de «Octava Base Deportiva Internacional» y entrenaba a gente proveniente de todas partes, de Corea a Paraguay. Había numerosos candidatos de Estados Unidos y Gran Bretaña. Babette Gross nombró a tres alemanes que, tras haber

aterrizado en el Reich en paracaídas con equipos de radio, fueron descubiertos por la Gestapo y fusilados. Uno de los reclutas germanos de Podlipki, aunque no mencionado por Gross, fue Ruth Kuczynski, la hija de René Kuczynski, quien luego en Inglaterra, durante la guerra, fue la espía relacionada con los acontecimientos del parque Bletchey y conocida por su nombre de guerra, «Sonia».[2] Por lo que yo sé, nunca se han revelado los nombres de los participantes norteamericanos o británicos. El descubrimiento de sus identidades podría revelar pistas fascinantes.[0]

Es importante recordar para nuestra historia que, al mismo tiempo que Radek era arrestado y condenado por el terror, Bujarin era señalado como siguiente víctima, Mirov-Abramov y un grupo de ex alumnos de Podlipki, que aún estaban en la URSS, fueron también arrestados y ejecutados. Todos fueron acusados de espionaje *contra* la Unión Soviética. Sin duda, se trató de un esfuerzo para no dejar pistas. Un examen concienzudo de las vidas y los destinos de estos espías truncados seguramente daría muchas lecciones que nos podrían enseñar el verdadero trabajo del *apparat* en Occidente bajo la apariencia de «antifascismo».[3]

Pero, mientras la orden de batalla antifascista de Münzenberg se pergeñaba en Moscú aquel mes de junio, graves acontecimientos se producían en las estructuras de partido único de los dos totalitarismos. Fue en ese junio cuando a Münzenberg le llevaron a inspeccionar el campo de trabajo esclavo que construía el canal Moscú-Volga. Esta fue la ocasión en que bajó la mirada al foso y musitó algo sobre los esclavos del antiguo Egipto. Ese mismo mes, en el funeral de Clara Zetkin, una vieja amiga y camarada, Münzenberg vio a Zinóviev, camarada de Lenin, merodeando un poco apartado de la ceremonia. Con toda inocencia, Willi llamó a Zinóviev y le hizo gestos de que se acercara y se sumara al resto de las autoridades presentes. Una vez a su lado, Zinóviev le confesó que había caído en desgracia y que, en el pueblo al que le había confinado Stalin, lejos de Moscú, tenía dificultades hasta para procurarse lo suficiente para comer. Zinóviev estaba sólo al inicio de su caída del Olimpo bolchevique; su descenso acabaría años después en otro simulacro de proceso que llevaría a su ejecución. Esto sucedió al comienzo del Gran Terror. En contraste con Hitler, Stalin utilizaría estos simulacros jurídicos como un virtuoso,

elevándolos a una nueva forma política y a límites inimaginables.

Pero durante esos días, el mismo Hitler afrontaba complicaciones entre sus viejos camaradas. Por ejemplo, tenía problemas con los camisas pardas de las SA. ¿Daría Hitler más poder a las SA? ¿Menos? En esas semanas y meses de 1933 la retórica antiburguesa de la Revolución, tan cara a la propaganda de los camisas pardas, estaba a menudo en labios de Hitler. A veces, en sus discursos, Hitler mascullaba en voz alta cuánto desearía desatar la furia de los buenos muchachos de las SA contra la corrupta burguesía que los había explotado durante tanto tiempo. Sin embargo, se refrenaba. Prometía a los esbirros que pronto hallarían satisfacción ejerciendo una violencia transformadora «comparable a la de la Revolución rusa». Al mismo tiempo confesaba en secreto a Anthony Eden y otros diplomáticos de las potencias democráticas que lo mejor era desmilitarizar y reducir los efectivos de su ejército privado. Una de cal y otra de arena. No es de extrañar.

El proceso de Leipzig dio comienzo el 20 de septiembre de 1933. La estrella comunista era sin duda Dimitrov, a cuya zaga iba el desventurado Ernst Torgler. Se trataba de un político comunista bastante popular. Era tan ajeno a los tejemanejes del aparato que, después del incendio, se presentó a la policía en una búsqueda inoportuna de publicidad electoral. Para decirlo con delicadeza, ese paso no le fue nada beneficioso. Puede que Torgler fuera un dirigente sin el menor poder en el aparato, pero era un político muy visible. Todo lector de periódicos conocía su nombre.[4]

La opinión generalizada era que el juicio representaba la primera batalla frontal en una gran guerra de desinformación entre las alas derecha e izquierda de los totalitarismos en el poder. En ella, los aparatos propagandísticos de nazis y comunistas parecían enzarzados en un combate sin tregua, sin ceder un milímetro de terreno, sin economizar armamento en su confrontación absoluta. Por supuesto, desde el incendio del Reichstag y la llegada a París de Willi, el aparato de propaganda había trabajado organizando las fuerzas antifascistas. Pero ahora, con Leipzig a la vista, parecía que por primera vez Willi y Otto tenían permiso para golpear a los nazis donde más les doliera y sin ahorrar municiones. Su tarea era mancillarlos, convertirlos en el hazmerreír de la humanidad, cubrirlos de culpabilidad y vergüenza. Finalmente, la Internacional

Comunista podía atacar al nuevo totalitarismo de la derecha sin escatimar nada en esta nueva y definitiva confrontación.

Pero no fue así del todo.

Ahora es posible entrever que aquella confrontación absoluta no fue más que otra ilusión. Pruebas solventes sugieren que el verdadero intercambio entre los nazis y los comunistas con respecto a Leipzig, incluso en esos primeros pasos del régimen de Hitler, contenía un elemento muy importante de confabulación. Las pruebas hacen harto probable, casi seguro, que el proceso de Leipzig fue amañado por los dos aparentes adversarios y que no se trató de ninguna confrontación, sino —seis años antes del pacto germano-soviético— de una colaboración, un acuerdo que a partir de ahora denominaré la «conspiración Dimitrov».

Examinaremos esta extraordinaria operación secreta con algún detalle, pero, antes de adentrarse en los secretos de Leipzig, debemos observar las tácticas públicas del gran triunfo propagandístico de Münzenberg.

Han sido descritas muchas veces.[5] Münzenberg comprendió de forma instintiva que su tarea de propagandista era devolver la iniciativa a los comunistas, transformar el esfuerzo de Hitler por culpar a los comunistas del incendio en otra prueba más de la criminalidad nazi. Como todo el mundo, se preguntó, ¿a quién beneficia el incendio? *Cui prodest*? La obvia respuesta simplificó su método: culpemos a los mismos nazis. Acusemos a los acusadores.[6]

Esta era la reacción que esperaba el mundo. Münzenberg actuaba basándose en premisas compartidas por los observadores más avisados de todas partes. Los nazis *parecían* culpables. Ya que el incendio era tan increíblemente conveniente para que tomaran el poder, sólo cabía preguntarse cómo podía ser que ellos no fueran sus autores. Esta impresión fue corroborada por el oportunismo transparente, la violencia, la premura y la mendacidad del terror anticomunista desatado en marzo de 1933. Münzenberg no tuvo que inventar estas sospechas; todo el mundo las compartía. La mayoría suponía que el incendio era exactamente lo que parecía ser: una conspiración nazi para destruir la República de Weimar y la izquierda alemana.

Aunque Münzenberg nunca encontró una prueba convincente de que los fascistas hubieran encendido la mecha, esta presunción de

culpa nazi, al menos al principio, pudo haber sido sincera de su parte. Después de todo, él *sabía* que los comunistas no lo habían hecho.[7]

¿Acaso lo sabía?

¿Quién más? ¿Y ese payaso de Van der Lubbe?

Esta simple pregunta —¿quién incendió el Reichstag?— no ha sido aclarada hasta la fecha. Me inclino a coincidir con la opinión hoy resultante de las actuales investigaciones según la cual Marinus van der Lubbe actuó a solas. No obstante, sigue habiendo alguna posibilidad de que los nazis, o algún sector nazi, provocara el fuego. Y en 1989 Babette Gross, por lo general tan escrupulosamente exacta y poco especulativa, me sorprendió cuando dijo que pensaba que al menos era concebible que el fuego fuera obra del *apparat* comunista.[8] Si esta suposición se confirmara, se presentaría ante nosotros un nuevo y radical interrogante sobre los orígenes de la segunda guerra mundial.

Pero lo más probable es que Van der Lubbe actuara solo y eso era exactamente la impresión que él mismo dio: un hombre confuso e insignificante, desesperado por conseguir protagonismo, *cualquier protagonismo*, en una actividad política de la que se sentía excluido para siempre. Un neurótico sin esperanzas, sin sitio propio, sin ningún poder, un temprano prototipo de la larga y lamentable lista de fanáticos solitarios y asesinos que ha dado este siglo. Era una criatura creada por la nueva política; era uno de sus hombres invisibles buscando revalidar e inmolar su vida de oculta desesperación en contra de la nueva visibilidad demagógica de las masas. Este estereotipo hoy es conocido, pero en 1933 Van der Lubbe representaba una nueva clase de personaje insólito para los tiempos que se avecinaban. Resulta fácil imaginarse a este pobre hombre encontrando su sitio en las oleadas de uniformados saludando con el brazo en alto; parecía nacido para hacer el saludo nazi. Con suma facilidad, podría haber sido un camisa parda, salvo que algo —o todo— de su ser estuviera irremediablemente humillado, marginado, letalmente solitario. «¡Protesto! ¡Protesto!», farfullaba cuando lo sacaban a rastras del edificio que había incendiado. ¡Ciertamente que protestaba! En su soledad asesina, el pobre Marinus van der Lubbe era un nuevo tipo de alma en pena: la otra cara de las masas.

Los partidarios de que una conspiración haya sido responsable del incendio se apoyan en una dudosa presunción: que era físicamente imposible que una sola persona hubiera podido encender tantos pequeños fuegos con tal rapidez en un edificio de semejantes proporciones. Esta presunción era dominante en la opinión de Goebbels y de Münzenberg. El autor del estudio más serio sobre el asunto, Fritz Tobias, la refuta sin dejar lugar a dudas. El muchacho se había llenado los bolsillos con fósforo barato y mechas de parafina, fáciles de encender y de acción prolongada, la misma que usaban las amas de casa alemanas cada día en sus cocinas. Se había paseado por todo el edificio vacío colocando una tras otra en todo lo que le pareciera inflamable. Y había mucho para arder. La gran Cámara de Sesiones estaba atestada de madera reseca y de cortinajes polvorientos. El reptante fuego sólo tardó minutos en convertirla en un infierno.

Es *posible*. Según parece, Van der Lubbe pudo haber incendiado el Reichstag en solitario.

Pero Goebbels necesitaba una conspiración y, por tanto, se encontraron conspiradores. Los cuatro famosos comunistas fueron llevados al banquillo de los acusados. Eran Dimitrov, el popular Torgler, carente de poder real, y los dos lugartenientes de Dimitrov: Popov y Tanev. A ninguno de ellos se les podía probar una posible o incluso remota conexión con el delito. Pero sucedió que los nazis cometieron toda clase de errores en los procedimientos de Leipzig. Se puede suponer que a Van der Lubbe se le podría haber obligado a «confesar» su participación en una conspiración. Pero no. Van der Lubbe babeaba y se reía; su gran cabezota se bamboleaba de una parte a otra y mostraba perplejidad. Sin embargo, nunca «confesó» nada salvo que era el responsable del fuego. En cuanto a los jueces, es verdad que para diciembre de 1933 Hitler aún no había demolido por completo el poder judicial autónomo de Alemania. Sin embargo, la actitud de los jueces fue, si no totalmente cobarde, al menos deplorablemente parcial en todos los aspectos. La naturaleza puramente propagandística del evento saltaba a la vista. Sobre todo, dada la falta de pruebas; Goebbels ni siquiera *intentó* dar un aire de legitimidad al asunto. Actuó como si eso no tuviera la menor importancia y su indiferencia ante las apariencias hace aún más sospechosa la absolución de todos los acusados, salvo Van

der Lubbe.

La estrategia de Münzenberg y Katz para el proceso, luego perfeccionada en la sede moscovita de los servicios secretos del Komintern, parece haber empezado a tomar forma casi el mismo día de la llegada de Willi a París. Diez días después el siniestro, un joven novelista y activista literario llamado Gustav Regler telefoneó desde Alemania y presentó a Münzenberg una brillante idea excepcionalmente útil basada en un recuerdo brumoso y distante. Hasta entonces había sido considerado un brillante literato, pero un izquierdista marginal que, como todo buen intelectual comunista, tenía alguna relación con las redes de Münzenberg. Aunque todo el mundo opinaba que se necesitaban varios hombres para prender semejante fuego en el gran edificio, ningún testigo había *visto* entrar a nadie, salvo al demente y solitario Marinus cuando apareció temblando por la ventana rota de un restaurante. Ahora los diarios se preguntaban cómo podían haber entrado y salido los conspiradores sin ser vistos. Esta especulación periodística hizo que Regler se acordara de algo muy lejano. De los días de su niñez, cuando las barricadas de la revolución de 1918, Regler recordó con nitidez que había una entrada subterránea al Reichstag, un túnel. El túnel tenía cañerías de vapor que provenían de una central eléctrica y terminaba en los sótanos del edificio. He aquí una explicación obvia y posible: todos esos pirómanos debían haber entrado y salido por el túnel. Alertado por esta inspirada idea, el novelista se las ingenió para localizar unos planos del edificio capitalino en el archivo de Sttutgart. Entonces llamó a Münzenberg con la información de que con un buen soborno podría hacer que fotografiasen los planos.

Willi captó el mensaje al instante. Le replicó a Regler que estaba por escribir un libro acusando a los nazis del incendio y que se podía considerar contratado como colaborador. «No se preocupe por el dinero. ¡Tráigame esas fotos!», gritó Münzenberg.[9]

El dinero apareció y las fotografías se hicieron. Sólo después de que Regler estuviera a salvo en el tren rumbo a París, osó echar una mirada a lo que tenía. Se encerró en el lavabo. Sacó las fotos del sobre. Allí estaba el túnel tal como lo recordaba. Llevaba de la

central al edificio del Reichstag. Pero Regler se percató de algo más. Había un *segundo* túnel que salía del primero y que llevaba al sótano de otro edificio adyacente. Se trataba de la residencia oficial del presidente del Reichstag. ¿Quién era ese presidente? El hombre que vivía allí era nada menos que Hermann Goering. Lo que significaba que existía un pasaje directo e invisible entre la casa de Goering y el mismísimo Reichstag.[10]

Regler se apoyó en la pared del lavabo y respiró hondo.

Eureka.

Münzenberg se dispuso a probar que a través de ese túnel un grupo de nazis sediciosos, fundamentalmente de las SA, había entrado en el Reichstag esa noche de febrero y, tras haber abierto el camino al Estado del terror en Alemania, había escapado al refugio de la casa de Goering.

Como primer paso, Münzenberg y Otto publicaron, a bombo y platillo, un informe sensacional, el libro por el que Regler había sido contratado por teléfono. Fue *El libro pardo sobre el terror de Hitler*, anónimamente dirigido, en parte escrito por Katz con la ayuda de muchos intelectuales apasionados y reunidos en lo que pronto sería el colectivo propagandístico de Münzenberg en París.[11] El libro se publicó pocas semanas antes de que diera comienzo el Proceso de Leipzig; se tradujo de inmediato a muchos idiomas y fue ampliamente distribuido en librerías de todas partes cuando el juicio estaba en pleno desarrollo.

Entonces se diseñó un nuevo golpe de propaganda para los medios de comunicación. Fue el contraproceso, una «investigación judicial», organizada para «probar» la culpa nazi, que tuvo lugar a principios de septiembre de 1933 en Londres. El contraproceso de Londres emitió su «veredicto» el día antes de que empezara el juicio de Leipzig. Simultáneamente, el aparato organizó varias comisiones y comités de investigación para mantener vivo el flujo de información y de propaganda en tomo al evento al tiempo que mantenía el control de las actividades paralelas y públicas.

De hecho, hubo dos libros pardos, el primero y otro volumen muy ampliado y corregido, *El segundo libro pardo sobre el terror de Hitler*. Los dos eran de lectura turbulenta y preocupante.

Obviamente eran pura propaganda, pero de cualquier manera retienen parte de la dignidad de haber representado el primer esfuerzo sistemático de exponer el fascismo alemán a la luz del día. Documentan el muy creciente catálogo de crímenes nazis, en la mayoría de los casos de forma exacta. El capítulo octavo del segundo libro trata de las persecuciones antisemitas y, aunque el tono general es discretamente antisionista y proclive a una lectura marxista del antisemitismo, la revelación de los hechos está allí. Los dos libros son una amalgama de suposiciones inspiradas, mentiras, desinformación y de tanto en tanto pruebas muy sólidas de los emergentes horrores nazis. ¿De dónde provenía esta información? De donde se pudiera encontrar. De la nueva clandestinidad. Del *apparat*. De los refugiados. De un grupo de personajes a la sombra de conspiraciones, sobre todo en Berlín. Y del aire.

El fervor militante del antifascismo de los libros, la novedad y el talante de las denuncias, los convirtieron en dos de los tratados políticos más importantes de la época. Es cierto que se trataba de textos nada límpidos, apresurados y deshonestos de muchas maneras, incluyendo una fuerte dosis de hálito siniestro. No obstante, uno no necesita apoyar de ningún modo la retórica estalinista para darse cuenta de que sus arengas antifascistas eran esencialmente correctas. Los libros tuvieron un éxito considerable en toda Europa y América. Era imposible ser una persona políticamente seria en el otoño de 1933 y no haber oído hablar de estos libros. Sólo seis meses después del ascenso de Hitler al poder, dos obras ya presentaban pruebas fehacientes de que los nazis estaban degradando y embruteciendo el corazón de la política alemana.

Mientras mantenía conversaciones secretas en Moscú a principios del verano de 1933, la noción de organizar el contraproceso se le ocurrió a Münzenberg al recordar los tribunales secretos revolucionarios en Rusia antes de la Revolución.[12] Ya que se trataba de un medio para contrarrestar el espectáculo propagandístico de los nazis, no podía dar la impresión de estar bajo control comunista. El contraproceso de Londres era una «investigación imparcial» celebrada ante una asamblea de famosos

juristas, políticos y celebridades literarias, que iban de Stafford Cripps a H.G. Wells, gente cuyas opiniones eran respetadas por cualquier movimiento antifascista de amplia base, seleccionada cuidadosamente por su fama y su conocida independencia. Esta independencia a veces era hasta verdadera, aunque sin duda todos eran manipulados con suma delicadeza entre bambalinas. Como de costumbre, había colaboradores «totalmente predispuestos». Por ejemplo, la justicia francesa estaba representada por el mismo Gaston Bergery que había gestionado la protección y la colaboración de Münzenberg con el gobierno francés. Suponemos que Bergery aún era un buen socio de sus amigos en el Elysée y el *Deuxième Bureau*. Otros, como el brillante abogado de los derechos civiles, el norteamericano Arthur Gardfield Hays, fueron importados por su valor como celebridades y luego manipulados como títeres.

Esta parece haber sido la primera estancia prolongada de Otto Katz en Londres. Allí se propuso consolidar sus contactos con toda clase de personajes conocidos de la izquierda, desde Ellen Wilkinson a Victor Gollancz.[13] Ese aspecto de su trabajo era relativamente público y en algún caso incluso divulgado. Asumió el papel del idealista antifascista que luchaba contra la pesadilla nazi a capa y espada; era nada más que otro miembro de la reducida y desgraciada banda de hombres y mujeres decentes que luchaban por lo que creían y quienes acaso no vivieran mucho tiempo. Empezó a cultivar la expresión triste de un coraje casi trágico. Empezó a contar historias de sus «misiones» en Alemania para rescatar una sola vida, para salvar el ideal. Sus contertulios le escuchaban con comprensible emoción.[14] Sin embargo, estas «misiones» eran ciertamente una ficción. No he encontrado la menor prueba de que Katz haya estado jamás en la Alemania nazi.

Tampoco dejó pasar mucho tiempo para hacer contactos ingleses de una naturaleza muy distinta. Eso formaba parte del trabajo clandestino, al fin y al cabo objetivo básico de todo el montaje antifascista. Cuando Otto estaba en Londres, sus colegas Blunt y Maly ultimaban el reclutamiento de los espías de Cambridge, uno de los cuales, Guy Burgess, trabajaría estrechamente con Katz en el futuro próximo.[15]

Pero el gran acontecimiento público de Münzenberg y Katz era el contraproceso, convocado con gran fanfarria justo antes de que

comenzara el juicio de Leipzig y organizado para ridiculizarlo. Obtuvo un gran éxito en líneas generales, aunque no careció de fallos. Las chapuzas y las prisas hicieron caer las máscaras más de una vez; independientes como Arthur Gardfield Hays y H.G. Wells se sintieron muy incómodos en más de una ocasión. Lo que luego cuenta Hays en sus memorias es bastante condenatorio.[16] Aun así, en el mundo fue la gran noticia. La prensa no hablaba de una conspiración comunista, sino nazi y, para ser más exactos, de una conspiración «parda» de las SA. Goebbels y los jueces de Leipzig pasaron por completo a la defensiva. Durante dos semanas demoledoras, espectaculares y expeditivas, el extravagante proceso de Londres conquistó los titulares. En esas semanas, tuvieron lugar extrañas manipulaciones y conspiraciones, pero nada importó. Ante el mundo civilizado que leía la prensa, los nazis habían sido humillados y desenmascarados. Y el mundo civilizado naturalmente se regocijó. En Leipzig, el proceso de Goebbels degradaba con sumo aburrimiento el procedimiento judicial mes tras mes. La prensa mundial se hundió en ese hastío. Sólo en contadas ocasiones remitía el tedio, como cuando Goebbels y Goering hacían acto de presencia en alguna sesión. Eran histriónicos. Goering, ataviado con uno de sus uniformes más extravagantes, se paseaba en su comparecencia chillando contra los insultos que había aguantado durante la campaña de Münzenberg. Dio un taconazo al referirse al *Libro pardo*. «¡Aquí dice que soy un idiota senil, que he escapado de un asilo de lunáticos y que tengo el cráneo partido en varios sitios!» Y se dirigió a Dimitrov aullando: «¡Espera a que te ponga las manos encima fuera del santuario de este tribunal!».[17]

El mundo entero lanzó una carcajada. Van der Lubbe se encogía en el asiento, aturdido y seguramente drogado. Sus delgadas extremidades colgaban de su uniforme rayado de presidiario. A veces gemía; otras se reía como un bobalicón. En cambio, Torgler aparecía bien vestido, incluso elegante. Disfrutaba de los servicios de un excelente abogado que montó una defensa perfectamente creíble de su cliente. Pero Torgler daba la impresión de tener la cabeza en otra parte. Tras su germánica compostura, parecía merodear la ansiedad. Había miedo en sus ojos.

Dimitrov era un intrépido. Hacía alarde de una confianza que se reflejaba en cada noticia y se veía en cada noticiero. Los búlgaros se

mostraban más seguros de sí mismos a medida que pasaban los días. En el banquillo de los acusados, los tres intercambiaban bromas con los guardias; a menudo se oía cómo reprimían la risa los jóvenes policías alemanes de mejillas sonrosadas con sus quepis y sus botas teutónicas. A Dimitrov se le veía radiante y desafiante. Parecía que nada podía pararle. Todos notaban su temeridad provocadora. Dimitrov espoleaba al tribunal. Se reía y burlaba de sus pomposas deliberaciones. En los días finales, indignó a los magistrados al transformar su propia defensa en una pieza de oratoria comunista incendiaria que electrificó a la sala y sólo acabó cuando los guardias, ya sin risas, se lo llevaron.

La valentía de Dimitrov en esta ocasión, fundamento de su posterior fama mundial como héroe comunista, fue sin embargo engañosa y nos conduce a la agenda verdadera y secreta del proceso de Leipzig. Medio siglo después, parece harto probable que Dimitrov fue tan valiente provocando a los nazis en aquel tribunal de Leipzig por la simple razón de que no estaba en peligro alguno y sabía perfectamente que no tenía nada que temer. Cuando Dimitrov desplegó su flamígera retórica denunciando los procedimientos amañados, estaba en posesión de su propio secreto profundo: el proceso estaba amañado, es verdad, pero a su favor. Dijera lo que dijera, estaba a salvo. Podía lanzar su diatriba «antifascista» bajo la protección invisible de Hitler; era el beneficiario de un acuerdo ya alcanzado entre los servicios secretos soviéticos y la más alta jerarquía nazi. Y dicho acuerdo le aseguraba la absolución y el regreso triunfal a Rusia al término de lo que en realidad era un montaje propagandístico que representaba un gran drama de confrontación.

Porque el proceso de Leipzig acabó en absolución. Entonces y hasta la fecha, en toda la propaganda y antipropaganda montadas en torno a este evento, este sorprendente final, quizás el hecho central de todo este asunto, es invariablemente omitido y olvidado.

¿Absolución? ¿Declarados inocentes en un proceso nazi de esta importancia? ¿Cómo puede uno imaginarse algo semejante? Aunque en aquel momento no se dio en el clavo, el resultado vicia por completo la propaganda de ambos bandos. Sin duda, descalifica la

acusación de Hitler de que el incendio era resultado de una conspiración comunista dirigida por Dimitrov.[00] Pero también desmiente la contrarréplica de que los nazis habían orquestado el proceso de Leipzig con el mero propósito de ensuciar a los comunistas y cubrirse las espaldas. En vez de ocuparse de este hecho esencial, hasta la fecha prácticamente todas las discusiones sobre el caso se han limitado a la cuestión de quién ensuciaba a quién.

No se da en el clavo. Y no dar en el clavo era de lo que se trataba. Porque la verdad es que la absolución había sido acordada desde el principio por los dos servicios secretos.

Se trataba de lo que aquí llamamos la «conspiración Dimitrov». Su agenda sugiere que la colaboración de los servicios de las dos mayores tiranías del siglo XX no empezó, como aún ahora muchos desearían creer, con los acuerdos que conformaron el Pacto Nazi-Soviético de 1939. Esta colaboración empezó prácticamente en las primeras semanas del poder nazi. Además, esta traicionera e invisible conjunción fue consumada no pese a, sino gracias al «movimiento antifascista», que llegó a tener un protagonismo tan importante en la vida moral de este siglo.

En este sentido, como gran decepción en la guerra ideológica, la conspiración Dimitrov asume una preocupante importancia, mucho más allá de ser un mero y ruin acuerdo en aras de consolidar el poder gangsteril del fascismo alemán. Como hecho práctico y como metáfora, refleja un invisible lazo espiritual entre los dos totalitarismos. A mí me parece que mucha gente ilustrada de Occidente tardó tanto tiempo en reconocer la monstruosidad del comunismo porque éste es un monstruo nacido de los ideales de la Ilustración. Y la Ilustración es necesaria, ciertamente indispensable, para la esperanza de la civilización en nuestra época. Por esa razón, mucha gente cuyo humanismo hunde sus raíces en la Ilustración tuvo dificultades desde el principio en discernir los males del Estado marxista-leninista. Incluso mucho tiempo después de que esos males fueran claramente manifiestos, muchos observadores honestos no se los creían o no sentían la necesidad de denunciarlos. Aquí dirigimos la vista a una línea entre lo mejor y lo peor de la civilización. La protección del ideal progresista pareció basarse en la negación u omisión de los horrores manifiestos que había causado la aplicación

radical de ese mismo ideal. Y dentro de las necesidades de esa negación, Münzenberg y sus sucesores se movían en su elemento.

Por otro lado, esa gente no halló dificultad alguna en detectar los males del nazismo. ¿Les resultó difícil? No, pues esos males eran patentes y obvios. En el Occidente progresista, estuvo muy claro que el nazismo sólo podía acarrear desgracias a la humanidad. Esa percepción moral resultó fácil. Por desgracia, la era totalitaria dio dos monstruos al mundo y ellos se complementaron. Visto desde el presente, hasta casi parecen necesarios el uno al otro. Si el azote del nazismo era evidente, el del comunismo presentaba tremendos obstáculos para su lúcido reconocimiento. La conspiración Dimitrov proporciona una temprana visión de cómo estos dos males trabajaron juntos y de cómo el uno servía de máscara al otro. Hasta un grado que jamás se podría haber supuesto en aquel tiempo, el acuerdo secreto de Leipzig sugiere que estos dos monstruos, uno visible, el otro en la sombra, eran gemelos.

Detengámonos en el funcionamiento. Está lejos de ser una novedad la especulación de que el proceso de Leipzig se desarrolló según un acuerdo previo y oculto entre los dos servicios secretos. Casi desde el inicio, corrieron rumores en los aledaños del *apparat* sobre algún pacto entre Hitler y Stalin con respecto al Reichstag. Franz Borkenau da una temprana relación de estos rumores en su libro *European Communism*. Pero son sólo rumores. Del mismo modo, entre los máximos dirigentes del partido búlgaro, al que Dimitrov dominó hasta su muerte, era algo dicho y redicho con frecuencia[18].

En 1952 los rumores se confirmaron por la investigación de Ruth Fischer, quien los expuso en su libro *Stalin and German Communism*. Fischer era miembro de la familia Eisler; fue una importante figura del partido alemán en su primera época, un personaje fundador del partido checo y, más tarde, una apasionada antiestalinista. En su obra investigó este tema en profundidad. Los archivos de Fischer en la biblioteca Houghton de Harvard contienen una gran cantidad de material inédito y de correspondencia reunida durante su investigación.

He aquí lo que escribió Ruth Fischer:

«Mientras el proceso se desarrollaba, conocí en París a dos importantes testigos, Wilhelm Pieck, que estaba ansioso por hablar con Maslow y conmigo [Maslow era amante de Fischer y su compañero de deserción del KDP], y Maria Reese, una diputada comunista en el Reichstag e íntima amiga de Torgler. [Luego regresó a Alemania y se convirtió en una simpatizante nazi, pero este hecho no anula su credibilidad; ella recibía todos los detalles del abogado de Torgler con quien estaba en contacto casi diario.] Cada uno por su lado me contaron la misma historia: que antes de que Dimitrov se dispusiera a lanzar su valiente perorata ante el tribunal, él ya conocía el acuerdo secreto entre el GPU y la Gestapo por medio del cual lo dejarían en libertad. Los otros dos búlgaros estaban incluidos en el acuerdo, pero no así Torgler ni Van der Lubbe. A Pieck y a Reese les preocupaba esto por distintas razones. Pieck, al enterarse de que Torgler había sido abandonado a su suerte por el Politburó, temía que éste se diera cuenta de lo sucedido e hiciera una declaración en pleno tribunal denunciando el pacto entre las dos policías secretas. Por tanto, cuando lo vi, Pieck estaba haciendo los preparativos para la llegada a Londres de un refugiado de la clandestinidad en Alemania [es decir, para el contraproceso que se organizaba en Londres bajo la supervisión de Otto Katz]. El refugiado llevaría el sorprendente mensaje de que Torgler era un traidor a la causa antifascista. La reacción de Maria Reese, por supuesto, fue muy diferente; tiempo después, redactó un panfleto rompiendo con el comunismo, pero sólo con vagas alusiones al acuerdo porque esperaba salvar la vida de Torgler y no quería enemistarse con la Gestapo. El correo de Pieck fue a Londres y dio su mensaje, pero como Torgler nunca reveló el acuerdo por el que se salvó Dimitrov, se permitió que la acusación en su contra quedara en nada».[19]

Parece que la verdad empezó a salir a la luz a través de Torgler y de la alarma de su amante ante la decisión de no incluirlo en el pacto. El esfuerzo por desacreditar a Torgler en Londres sugiere con fuerza que Otto Katz, como responsable del evento, también formaba parte de la conspiración. Pero hay más. Arthur Koestler, colaborador de Münzenberg en ese tiempo e íntimo amigo de Otto

Katz, también confesó la lúgubre sospecha de que había tenido lugar esa colaboración.[20] André Malraux, otro escritor íntimo de Münzenberg y Katz en los días de la operación en París, también señaló su creencia de que la colaboración secreta entre Hitler y Stalin empezó en esa época, aunque no precisó ningún detalle sobre el caso.[21]

Años después, en 1980, Peter Semerdjiev, un desertor comunista, ex miembro del Comité Central del partido búlgaro e íntimo de Dimitrov en la posguerra cuando éste era presidente del país, publicó en París las memorias de Blagoj Simon Popov, el lugarteniente de Dimitrov. En el prefacio, Semerdjiev reafirmó la acusación de Fischer y la reelaboró añadiendo información que había obtenido cuando era subordinado de Dimitrov en el Comité Central en Sofía. Según él, la conspiración de Dimitrov era bastante bien conocida entre los dirigentes del entorno del Gran Líder búlgaro. Semerdjiev escribió que

«en esta parodia, los dos principales protagonistas son los dos dictadores, Hitler y Stalin… El guión del proceso fue preparado por los dos regímenes dictatoriales. Por un lado Moscú, a través del Komintern, intenta captar la opinión pública y facilitar la infiltración soviética en la vida política de Europa occidental. Por otro, Hitler, que acababa de llegar al poder, necesitaba con desesperación atraer las facciones extremas del chovinismo de su país. El proceso está precedido por un acuerdo entre los servicios diplomáticos de Hitler y Stalin en la capital de Dinamarca. Según este acuerdo, los tres búlgaros "acusados" serán absueltos e intercambiados de inmediato por espías alemanes cogidos en territorio soviético. Este acto diplomático es puesto en conocimiento de los reos búlgaros antes del juicio. Por esa razón, al contrario de lo que les ocurre a los alemanes en el mismo proceso, gozan de los necesarios privilegios en alimentación, visitas de los abogados defensores a las familias, correspondencia, prensa y una habitación especial en la que pueden recibir a los corresponsales extranjeros».[22]

Semerdjiev admite que no tiene una confirmación documentada

de lo que se enteró en el Comité Central; en su opinión, ese material era tan confidencial que había sido llevado a Moscú. De cualquier manera, pudo añadir algunos detalles más. Tal como él la entendía, la estrategia de Stalin sufrió una profunda modificación entre el 1 de marzo, cuando Hitler firmó el decreto de emergencia, y el 9 de marzo, cuando Dimitrov fue arrestado. Fue un giro que redobló la apuesta política y propagandística que se jugaba en el juicio y, por tanto, profundizó mucho la participación soviética en el proceso.

Cuando Dimitrov fue detenido de manera tan extraña y fácil en el café de Berlín (aunque Semerdjiev cree que el arresto no fue planeado y supuso una auténtica sorpresa), Stalin respondió de inmediato metiendo en prisión a unos veinte técnicos y especialistas alemanes que estaban en la capital, dejándolos como rehenes para el canje con Dimitrov. Según Semerdjiev, esto precipitó una serie de reuniones secretas entre los servicios nazi y soviético. Dimitrov encabezaba la División de Europa Occidental del Komintern; por tanto, conocía muy bien las redes secretas soviéticas que operaban en Alemania. Stalin temió que estas redes quedaran en peligro; la caída del legal partido alemán le dejaba relativamente indiferente. Según Semerdjiev, los dos puntos capitales que se negociaron en aquellas conversaciones entre los dos servicios fueron un grado de seguridad para las redes clandestinas y la puesta en libertad de Dimitrov.

En un momento nos ocuparemos de por qué Hitler pudo haber estado dispuesto a participar en esta conspiración aparentemente grotesca. Aquí es importante señalar que, aunque Münzenberg seguramente conocía el plan general del acuerdo, es probable que no haya estado al corriente de los detalles concretos. Según Semerdjiev, eso se dejó en manos de Wilhelm Pieck. Los Archivos Centrales contienen copias de telegramas que lo corroboran. Sin embargo, Mirov-Abramov también debió de saberlo todo al respecto. Da la casualidad de que durante junio de ese año, Münzenberg mantuvo complejas consultas con Mirov al planear la estrategia para Leipzig. Radek también lo debe de haber conocido *in extenso*. Los Archivos Centrales muestran claramente que Radek dirigió personalmente importantes aspectos conspirativos del acuerdo.[23] Lo mismo hizo Otto Katz, protegido de Radek, que había ido a París como primer portador para Münzenberg de

instrucciones e información después del incendio de marzo.[24]

El mismo Dimitrov, desde el momento de su arresto hasta su puesta en libertad, fue mantenido perfectamente informado de los acontecimientos en la misma prisión. El aparato tenía un invisible acceso a todo Leipzig. Se le pasó a Dimitrov un ejemplar de *El libro pardo* en su cómoda celda y allí lo leyó con toda tranquilidad.[25] El encargado de mantener informado a Dimitrov era Wilhelm Pieck, el mismo que había levantado las sospechas de Ruth Fischer por su comportamiento en París en el transcurso del contraproceso de Londres. Pieck fue el contacto de Dimitrov durante toda su estancia carcelaria y fue incluso quien le proporcionó el borrador de su explosivo discurso ante el tribunal, esa repentina y espontánea demostración de coraje que sacudió al mundo.[26]

Por tanto, el propio entorno de Dimitrov en Bulgaria ha sido la principal fuente de información para aclarar los detalles claves de la conspiración. La misma Babette Gross también confirmó la historia. En 1989, en Múnich, volví sobre la tesis de Ruth Fischer y le pregunté su opinión. La confirmó al instante. Añadió que ciertos abogados de Leipzig también habían participado en el acuerdo y que años más tarde ella se había encontrado con Torgler, quien le había contado los detalles del asunto.[27]

En consecuencia, las pruebas son concluyentes. La persecución de Hitler contra el comunismo alemán fue llevada a cabo casi con seguridad con la colaboración, al menos parcial, de Stalin y el conocimiento y cooperación personal del futuro jefe de la Internacional Comunista, usando como cobertura el «antifascismo» del Komintern. Casi sin duda, la absolución de Dimitrov fue resultado de acuerdos secretos con los nazis. El escándalo que dio lugar al movimiento antifascista patrocinado por los soviéticos, una de las principales fuerzas de la vida moral de este siglo, fue un invento que contó con la colaboración directa del mismísimo Hitler.

Pero ¿por qué? La duda principal sobre la colaboración de los dos dictadores concierne a la motivación de Hitler. ¿Qué imaginable *quid pro quo* pudo inducir a Hitler a dejar escapar a la mayor presa comunista que jamás había cazado? Ruth Fischer no dice nada al respecto. Sin embargo, las circunstancias políticas de aquel

momento permiten al menos una hipótesis probable.

Desde el punto de vista de Hitler, el hecho de que el juicio se centrara en los comunistas servía para distraer la atención de su verdadera preocupación, que no era con sus enemigos los comunistas, sino con sus viejos aliados y camaradas de las SA. De hecho, Hitler y los comunistas tenían un enemigo común en las SA, aunque Hitler quería mantener en secreto su enemistad. La cuestión principal que abordaba Hitler en los primeros meses de 1933 era qué fuerzas armadas, qué *tipo* de policía y ejército debía desarrollar a fin de imponer el totalitarismo en su nuevo poder. Esta decisión era mucho más importante que la lucha contra los comunistas. De ella dependía toda la base de su futuro Estado-policía a la vez que en el plano internacional determinaría la base de su posición de preguerra en Europa.[28]

La opción era entre el existente ejército alemán o las SA. Por un lado, en su calidad de canciller era el jefe supremo del *Reichswehr*, el cual, pese a que no contaba con su confianza, estaba a su disposición. Por el otro, debía mucho a las SA, la banda indisciplinada de camisas pardas paramilitares, el ejército callejero que había sido tan esencial para el auge del partido nazi. Su líder era Ernst Röhm, antiguo camarada de Hitler. Los dos habían conspirado juntos desde el día cero de 1919. Desde el principio, habían utilizado a las SA como instrumento de intimidación política, como los extras del teatro callejero y marcial del nazismo, y como un medio para galvanizar a los varones airados, a menudo en paro, de la clase obrera alemana que engrosaban las bases del movimiento nazi, así como las del partido comunista. Cuando Hitler asumió el poder en 1933, las hordas de camisas pardas de Röhm representaban lo que *era* el nazismo. Y eran la razón por la que Hitler era tan temido.

Antes de 1933 este ejército privado tan manifiestamente peligroso de fanáticos ideológicos no tenía el menor estatus oficial en el gobierno alemán. No obstante, su sombra brutal oscurecía todos los aspectos de la vida política. Uno de los errores más lamentables de Weimar había sido ceder una parte de su soberano monopolio de las fuerzas armadas permitiendo la existencia de semejante organización. A mediados de 1933 Röhm contaba con un millón de hombres pertrechados y uniformados; tres millones y

medio más aguardaban en reserva. Esto hacía que las SA, el ejército privado de un partido político, fuera una de las organizaciones militares más importantes del mundo; ciertamente aventajaba en mucho al mismo ejército germano.[29] Esta amenaza no pasó desapercibida a los ojos de los ministros de Exteriores de Europa. Sin duda, el *Reichswehr* aún existía y Hindenburg era su general en jefe. Sin duda, las SA no constituían un verdadero ejército. No lo suficiente. Todavía no.

Pero Röhm había esperado largo tiempo su ascensión al poder y, en marzo de 1933, estaba bastante seguro de que finalmente había sonado la hora de su recompensa.

Röhm, homosexual, indiscreto, falso, siempre había supuesto —y se le había asegurado— que, cuando los nazis tomasen el poder, Hitler desmantelaría el ejército y transformaría a las SA en *el* ejército alemán con Röhm a la cabeza. Era una aspiración completamente totalitaria. Suponía que el ejército no debía ser leal a esa vaga y variada entidad llamada nación, sino a un *partido* y su ideología; no a un país en su conjunto, sino a una idea, o mejor dicho, seudoidea, el fascismo; no a la seguridad territorial de una Alemania notable en el pasado por su variedad, sino a la puesta en vigor dentro y fuera de las fronteras alemanas de un vil sueño: *Ein Volk, Ein Reich, Ein Führer*.

Por su parte, el *Reichswehr* detestaba a las SA. El sentimiento de clase jugaba un papel importante en este desprecio. En Alemania el ejército era una profesión privilegiada a la que pretendían acceder muchos varones de clase alta. Los oficiales consideraban a la banda de Röhm como una horda de *boy scouts* descerebrados pero peligrosos y como títeres políticos salidos de las clases bajas. Para ellos, era inimaginable que esta banda deprimente aspirara a igualarse con el ejército germano de Federico el Grande, Bismark y Hindenburg. El líder de este grupo de oficiales indignados era Hindenburg, ahora objeto de las manipulaciones de Hitler. Y el principal objeto de su desprecio era el mismo Röhm, con el resultado de que éste era inmensamente repudiado por una gran cantidad de gente a la que Hitler consideraba importante para su propio futuro.

A nivel internacional, la amenaza de Röhm causaba una alarma y una preocupación aún mayores. En Europa, la «amenaza alemana»

y las SA parecían ser la misma cosa. De haber satisfecho Hitler los deseos de Röhm, Alemania se habría militarizado de un solo golpe, dotada por decreto con un nuevo e inmenso ejército de fanáticos revanchistas obsesionados por la conquista y fieles sólo a Röhm y Hitler. Carecía de importancia si la organización resultaba ser incompetente: los ejércitos incompetentes pueden ser tan peligrosos como los competentes. A finales de la primavera de 1933 Stalin, Chautemps y los británicos compartían un obvio interés común: estabilizar el *Reichswehr* y prevenir la militarización de las SA. Por encima de sus diferencias, todos coincidían en *eso*.

Pero el meollo del asunto es que unas SA militarizadas eran una posibilidad que el mismo Hitler consideraba con no menos alarma. Pese a sus muchas promesas a Röhm, no se proponía hacerlas realidad. El más profundo secreto del mundo a finales de marzo de 1933 era que Hitler había tomado una decisión. Optaba por el *Reichswehr*. Por tanto, estaba a la búsqueda de un modo de librarse de su viejo camarada y también de sus *boy scouts*.[30]

Hitler tenía muchas razones. Ciertamente temía una invasión francesa preventiva y sospechaba, quizá correctamente, que la militarización de las SA haría demasiado peligrosa a Alemania a los ojos de Europa. Hitler quería tranquilizar a los británicos. En febrero de 1934 aplacaba a Anthony Edén con la promesa de que desmovilizaría dos tercios de las SA y que el resto quedaría expuesto a la inspección internacional.[31] Pero su verdadero motivo era más simple. ¿Convertiría Hitler a Röhm, de la noche a la mañana y por su propio decreto, en el hombre más poderoso de Europa? ¿Más poderoso que él mismo? ¿Capaz tal vez de un golpe de Estado?

Todo lo contrario.

A finales de 1933 sólo un minúsculo grupo de gente estaba enterada de que en absoluto secreto Hitler había empezado a conspirar junto con su novísimo secuaz, Heinrich Himmler, a fin de consolidar su control personal de la policía y los militares alemanes por medio de un conjunto de nuevos cuerpos de élite. Se trataba de las SS, la SD y la Gestapo, que reemplazarían a las SA como columna vertebral del poder nazi. De hecho, la primerísima tarea

que se asignó a este nuevo consorcio de policía militarizada fue servir como arma de Hitler en un súbito, pero gigantesco, acto de gangsterismo por medio del cual se aniquilaría a las SA y a sus líderes, empezando por Röhm y todos sus lugartenientes, apresados y ejecutados en las setenta y dos horas de terror infraestatal que se conoció como «la Noche de los Cuchillos Largos».[32]

En mi opinión, ésta es la clave de todo el asunto. *El propósito secreto pero verdadero del proceso de Leipzig fue desacreditar a las SA, antes de su eliminación*. Ese fue el interés común en el que Hitler y Stalin encontraron la base para una relación profundamente secreta. A la luz de este interés compartido, de pronto se vuelve coherente todo el esfuerzo de las campañas nazi y comunista. El objetivo común de las dos campañas de desinformación no era atacarse entre ellos, aunque se insultasen. El objetivo común, cabalmente entendido por Hitler y Stalin, era preparar a Röhm y a las SA para la carnicería.

Vilipendiar a Röhm no era algo que pudiera hacer Hitler sin alertar a Röhm del peligro. Pero ¿los comunistas? Que *ellos* consiguieran los titulares. Que ellos alarmaran al mundo y al *Reichswehr*. Fue el primero de una serie de pactos por los que ambos dictadores hicieron uso el uno del otro para desacreditar a sus propios enemigos internos. Todo el plan de los *Libros pardos* y del contraproceso de Londres fue para descalificar a las SA y en especial a Röhm. Es curioso que ambos libros no cargaran demasiado las tintas sobre Hitler. Por supuesto, resulta vilipendiado, pero la campaña de Münzenberg tuvo cuidado en no acusarlo del incendio. Por el contrario, el dictador es exculpado explícita y reiteradamente. Los libros conocían quién era el culpable. Las SA, hay que acusar a las SA. Las SA prendieron la mecha. Las SA son la fuente contaminada de la violencia nazi. Las SA están degradando la política alemana con sus atrocidades. Y los dos libros presentan un inventario extenso, a menudo acertado y completamente condenatorio, de esas atrocidades. Lo más importante es que la campaña de Münzenberg nunca perdió la oportunidad de declarar la amenaza de un golpe de las SA contra el canciller Hitler, o incluso más alarmante, un golpe contra el *Reichswehr*.[33]

Pienso que Röhm fue el objetivo de ambos dictadores. Se dispusieron a minar la base política de las SA demostrando que su liderazgo estaba lleno de aventureros traicioneros y que Ernst Röhm era un degenerado inestable inepto para el poder.

¿Y quién podía negar que fuera verdad?

*

A primera hora de la mañana del 30 de junio de 1934 Hitler voló a Múnich. A la señal de que el avión aterrizaba en aquella ciudad, dio comienzo la purga de sangre. Los nuevos cuerpos de élite de Hitler se embarcaron en su primera prueba de verdad como brazo armado. A lo largo y ancho de Alemania, los principales líderes de las SA se encontraron de súbito cara a cara con algo nuevo, un renovado horror salido de la ciénaga de la intriga nazi: las Waffen SS. Al llegar al Ministerio de Interior de Múnich, el canciller entró en una sala de recepción para ver los cadáveres apilados sobre el suelo; los cuerpos acribillados, apuñalados y aporreados de los verdaderos creyentes de las SA que habían madrugado y se habían vestido con el uniforme de lujo para dar la bienvenida a su líder y ahora ensuciaban el suelo oficial con sus prendas ensangrentadas. Hitler entonces prosiguió viaje a Wiesse, un suburbio de Múnich, donde, en una clínica de reposo, se habían reunido los dirigentes más importantes de las SA para una conferencia especial convocada por su Führer. Hitler se encaminó al dormitorio de Röhm y lo despertó bruscamente. «Atadlo», fue su orden. Edmund Heines (un objetivo prioritario de los ataques de Katz) estaba en la cama con su propio chófer. Ambos fueron acribillados a balazos cuando intentaron levantarse. Los SS iban y venían por los pasillos, que retumbaban con los gritos. Entonces Hitler se retiró a la Casa Parda, lugar de tan gratos recuerdos para él, mientras por toda Alemania empezaron a repiquetear las ametralladoras y la oleada coordinada de arrestos sumarios y de asesinatos prosiguieron durante las siguientes setenta y dos horas.

En París los acontecimientos fueron vistos con satisfacción, pero fue en Moscú, como veremos, donde se siguieron con tal interés que

abrieron nuevas vías de acción. En este contexto, debe señalarse que los archivos muestran que durante la campaña, el mismo Radek mandaba a sus agentes en Berlín que encontrasen modos de implicar a los principales dirigentes de las SA.[34] Inmediatamente después de la muerte de Röhm, se editó un tercer y definitivo libro, una vez más anónimamente escrito por Katz, lleno de una documentación falsificada por dos trabajadores literarios del *apparat*: Bruno Frei y Alfred («Konny») Norden. Se titulaba *El libro blanco sobre las ejecuciones del 30 de junio de 1934*.[35]

El libro blanco tenía como objeto rematar los argumentos de los *Libros pardos* y revisar el listado de los principales inculpados e incendiarios de las SA de tal manera que la versión comunista estuviera coordinada con la lista real de los lugartenientes ejecutados de Röhm: Karl Ernst, Walter von Mohrenschild y otros. *El libro blanco* da la impresión de ser un intento de cuadrar todas las versiones del evento y poner en consonancia dos campañas paralelas de desinformación, la soviética y la nazi.

Se ha de añadir que el manuscrito del *Libro blanco* fue revisado meticulosamente en Moscú por Dimitrov, quien en aquellos días hacía muy pocas cosas que no fueran supervisadas por el mismo Stalin en persona.[36]

Aunque Röhm era el segundo hombre más poderoso de Alemania, hasta el proceso judicial no había figurado entre los nazis más visibles. Antes del proceso de Leipzig, siempre había cedido el protagonismo a Hitler, a Goering, a Goebbels y a otros. Pero ahora el líder de las SA, de súbito y contra su voluntad, pasó a acaparar la atención mundial cuando corrió la noticia de que el héroe de la nueva masculinidad alemana era un homosexual.

Y es verdad, Röhm lo era aunque apenas se supiera. Münzenberg y Katz lo hicieron famoso mediante una propaganda fraudulenta y algunas falsificaciones. He aquí cómo lo consiguieron.

Una de las afirmaciones más persistentes de los *Libros pardos* es que Marinus van der Lubbe era homosexual. La noción perdura hasta la fecha como noticia que la gente ha oído vagamente y supone que sabe sobre el pirómano: era homosexual. No hay la menor prueba al respecto. Fue un total invento de Katz, urdido en

algún momento de 1933 durante un viaje a Holanda con un periodista de ese país.[37]

La mentira sólo tenía un propósito. Se trataba de vincular sexualmente a Lubbe con Röhm. En 1933, no como ahora, los periódicos serios no publicaban por lo general información sobre los hábitos sexuales de una persona a menos que formara parte de una noticia importante. Hasta entonces, la homosexualidad de Röhm era algo sabido por un círculo reducido de enterados. Pero cuando Katz inventó pruebas de lo que parecía una aventura de Röhm con el hombre que había incendiado el Reichstag, la noticia apareció en las portadas de los periódicos de todo el mundo.

La supuesta prueba para montar el fraude fue un documento que el *apparat* inventó o adquirió a alguien interesado en el asunto y del que no se sabe nada hasta la fecha. Consistía en una lista de nombres de muchachos, muchos encubiertos con alias. Un tal «Herr W.S.» lo presentó en el contraproceso de Londres. Se trataba en realidad de un agente de Katz, que declaró ser amigo de cierto «doctor Bell» cuya principal tarea en la vida era conseguir muchachos para Röhm. El médico alcahuete prudentemente había guardado en secreto este inventario de nombres como «seguro de vida».

«Herr W.S.» declaró que el doctor Bell le había contado que había conocido a Van der Lubbe cuando éste hacía autoestop en 1931. Al parecerle «gracioso», entregó el jovencito Lubbe al *Obergruppenführer* Röhm. Es de justicia comentar que por las fotos que le han sobrevivido, Van der Lubbe era un joven excepcionalmente feo, casi repelente. Sus facciones con ojos bizcos eran de una bobaliconería simiesca. Movía torpemente su cuerpo blandengue y daba una impresión bufonesca. La mera noción de que fuera «gracioso» es un absurdo.

Nada importó. El *Libro pardo* proseguía con la fabulación de «Herr W.S.»:

«El doctor Bell sacó unos papeles de un armario secreto. Mostró una página y dijo: “Esta es la lista de amantes de Röhm. Si alguna vez la publico, Röhm es hombre muerto”. Me mostró la lista que contenía unos treinta nombres. Recuerdo perfectamente que uno de

ellos era Rinus seguido de un apellido holandés que empezaba por Van der».[38]

La noticia era sensacional y se propagó por el mundo entero.

Todo era un fraude. La información del *Libro pardo* y del contraproceso sobre las atrocidades de las SA era verdadera, pero no menos manipulada. A menudo esta información era exacta. Provenía de muchos contactos encubiertos, pero en especial de ciertas filtraciones de la oficina central de Policía en la Albrechtstrasse de Berlín.[39]

No está claro quién escudriñaba los archivos en ese lugar tormentoso. Podía tratarse de comunistas que todavía trabajaban para la policía berlinesa. Durante la República de Weimar, la policía berlinesa había sido socialdemócrata, o «izquierdosa», al menos lo suficiente para que en 1933 muchos comunistas y simpatizantes aún estuvieran en sus filas. Una posible segunda fuente podrían haber sido los mismos nazis, elementos vinculados a la nueva Gestapo con un manifiesto interés en desacreditar a las SA, en especial si tenían el visto bueno de Hitler. Un personaje de esa categoría era Rudolf Diels, un malhechor que se ganó rápidamente la confianza de Hitler y que operaba servilmente siguiendo las instrucciones que venían de arriba. Una tercera posibilidad son los conservadores no nazis, auténticos creyentes en el honor del *Reichswehr*, horrorizados ante lo que veían cada día en este espantoso centro de intriga y violencia policiales. O pudo haber sido una ingeniosa combinación de las tres.

El más famoso de estos conservadores era un joven abogado llamado Hans Bernd Gisevius, quien durante la segunda guerra mundial sirvió como contacto secreto para la inteligencia norteamericana y fue un importante miembro de la conspiración de Von Stauffenberg de 1944 para matar a Hitler, el esfuerzo final del *Reichswehr* por lavar su honor y salvar a la patria.[40] En su cargo en la Prinz Albrechtstrasse, el joven Gisevius participaba en una callada pero indignada conspiración que intentaba socavar las SA. Colaboraba con su inmediato superior, otro conservador no nazi llamado Arthur Nebbe. Sabemos que esto implicaba sustraer

ficheros y pasárselos a la clandestinidad antinazi. Sin duda, gran parte de esta información apareció en las campañas de Münzenberg. La ironía del asunto es que, si Gisevius era la fuente, entonces le estaba haciendo el juego a Hitler.

De hecho, es harto probable que Hitler supiera lo que estaba haciendo. Y que se sintiera encantado. Consideremos el extraño curso de estos acontecimientos.

Una semana después de finalizado el contraproceso de Londres, Hitler —con un enfado verdadero o fingido— cesó de súbito a Rudolf Diels, su sicario personal en la policía, debido presuntamente a las filtraciones que habían ido a parar a la propaganda de Londres. Diels pareció haber caído en desgracia; Hitler estaba hecho una furia. Diels escapó a Checoslovaquia, donde se rumoreó que amenazaba con hacer «incómodas revelaciones» si no se le volvía a dar el poder. Y ciertamente muy pronto Diels volvió a su cargo. A los ojos de Gisevius y Nebbe, este retorno era el fin. Diels era su archienemigo. Con la exoneración que ellos mismos le habían causado, estaban seguros de que las acusaciones se tornarían contra ellos y con una añadida venganza. Pero no. El día que volvió Diels, convocó a Gisevius a su despacho y le recibió con muestras de cariño y amistad. ¡Sorprendente! A Gisevius no se le iba a fusilar, sino a promocionar. ¡A un nuevo cargo! Sería el contacto especial con la Gestapo. ¿Dónde? ¡Nada menos que en el proceso del incendio del Reichstag!

Diels detestaba a Gisevius. La promoción debió de ser ordenada por el Führer el día anterior, cuando, durante el reintegro de Diels, el jefe de la novata Gestapo había recibido órdenes directas del mismísimo Hitler.

Estas se referían en exclusiva al incendio y sin duda incluyeron la promoción de Gisevius. Al final, Hitler informó a Diels de que su primera orden absolutamente confidencial y prioritaria sería enterarse de todo lo que pudiera sobre «Herr Röhm y sus amistades». Hitler hizo una pausa para que el mensaje calara. Entonces, añadió: «Esta puede ser la misión más importante de su carrera».[41]

Otra fuente de contactos entre el Reich nazi y los soviéticos

puede que fuera cierto general y oficial de inteligencia llamado Von Bredow, entonces director de la inteligencia militar en el *Reichswehr*. Se sabe que Bredow mantenía unos complejos contactos clandestinos con otra organización de rusos blancos que, al igual que Katz, tenía su sede en París y se la conocía como «el círculo Guchkov». Los agentes soviéticos lo habían infiltrado. Un informe digno de confianza del Departamento de Estado norteamericano decía en 1940 que Otto Katz había intervenido como el «correveidile» entre Bredow y los soviéticos. Por encima de si era verdad o no, encaja perfectamente con la información disponible. El mismo memorándum sostiene algo de gran interés: «Katz conoce los secretos de la Casa Parda».[42] Como experimentado oficial de inteligencia cuya primera lealtad era el ejército y en su calidad de no nazi. Bredow tenía todos los motivos para asistir a Katz, ya que conocía los secretos de la intriga «parda» para atacar a las SA, en especial si su asistencia contaba con la tácita aprobación del canciller, aunque después del 30 de junio, esas actividades podrían haber proporcionado a Bredow una información altamente comprometedora para Hitler entre sus camaradas nazis. Si creía que estaba a salvo y en el bando ganador, cometió un error. La misma noche de la purga sangrienta que él mismo había contribuido a crear, Bredow caminaba hacia su casa aparentemente a salvo de cualquier peligro. En el umbral, se encontró con agentes de las SS que sacaron sus revólveres y, sin mediar palabra, lo mataron a tiros.[43]

Otra maquinación contra las SA es un caso largamente olvidado de desinformación conocido como el «memorándum Oberfohren». Hay pruebas que sugieren con fuerza que esta extraordinaria falsificación fue generada por Gibarti, el viejo lugarteniente de Münzenberg. Fue a través de un frente de prensa que él dirigía, la Oficina de Información Alemana,[44] bajo completo control soviético, según los Archivos Centrales, que también indican un elaborado papel para este «servicio de prensa» en futuras campañas.[45]

El doctor Ernst Oberfohren era un profesor germano de ciencias políticas de mediana edad que se convirtió en un miembro bastante soso y nada espectacular del ala conservadora del Reichstag. Como conservador, era tan hostil a los nazis como a los comunistas, aunque su partido, los nacionalistas alemanes, quedó atrapado en el

campo gravitacional del fascismo y fue un incómodo aliado de la coalición derechista en las primeras semanas de Hitler en el poder. Esta alianza indignó a Oberfohren y verbalmente se opuso a quienes en su partido imaginaban que era posible «instruir» y disciplinar a Hitler. Para salirse con la suya, hizo por lo visto maniobras bastante deshonestas. Se le desenmascaró, dimitió de su escaño y fue presa de una crisis nerviosa. Cuando sus peores temores se hicieron realidad, el pobre hombre se suicidó el 6 de mayo de 1933.

La desesperada muerte de un alto protagonista dio una oportunidad de oro al *apparat*. A Oberfohren ahora se le podía citar, sin temor a ningún desmentido, como la «fuente» para las historias secretas sobre la perfidia de las SA que filtraba para ese entonces Gibarti a la prensa británica, en especial al *Manchester Guardian*. Las directivas secretas de Karl Radek, ahora a la luz de los archivos moscovitas, explícitamente ordenaban a su gente a que hiciera uso del *Manchester Guardian* como principal plataforma de prensa para esta campaña. Sin duda, utilizaba contactos ya asignados y coordinados por la gente de Münzenberg.[46] Como punto culminante, la Oficina de Información Alemana hizo público un «memorándum» supuestamente escrito por Oberfohren (o por un periodista próximo a él) justo antes de apretar el gatillo. En él, hace recuento de todos los horrores que ha presenciado. Logró titulares sensacionales en todas partes.

Era una pieza pura de propaganda falaz, posiblemente escrita por el mismo Gibarti. El «memorándum Oberfohren», al igual que el resto de la campaña, exonera a Hitler de esos males. Promociona y admira al *Reichswehr* al tiempo que demuestra que Röhm y sus hombres representan una amenaza para la legitimidad germana. Describe a Hitler no como el dueño de la situación, sino como un segundón que está perdiendo el control de los perros rabiosos de las SA.[47] Oberfohren dice que la alianza de Hitler con Hindenburg no puede sobrevivir con las hordas fascistas que amenazan a ambos. Describe a Röhm (asistido por Goering y Goebbels) determinado a llevar a cabo un golpe de Estado contra Hindenburg, la coalición y el *Reichswehr*, sobre todo contra el *Reichswehr*.[48]

Esta fantasía de que Hitler de algún modo no controlaba la situación probó ser peculiarmente aceptable. Esta misma idea fue creída por amplios sectores de la inteligencia norteamericana

durante la guerra, incluyendo a gente próxima a Allen Dulles, y lo mismo le sucedió a muchos alemanes.[49]

El mismo día de la gran purga, mientras los pelotones de fusilamiento rompían la calma de Wiesse y de Múnich y acribillaban a grandes eminencias en sus propios despachos, un alto cargo de la policía berlinesa fue a decirle a Hitler que Himmler era un peligro, que estaba matando gente y que tenía demasiado poder.[50]

Uno se pregunta si Hitler no estalló en una de sus legendarias risotadas demenciales.

Dos días antes de las Navidades de 1933 el mundo entero se quedó estupefacto con la noticia de que Van der Lubbe había sido condenado a morir en la guillotina mientras los demás acusados de Leipzig quedaban absueltos. *¡Absueltos!* Goering y la prensa nazi aullaron de indignación hasta que apareció una nueva consigna afirmando que la absolución era prueba de la independencia judicial en el régimen de Hitler. Torgler pronto desapareció en un campo de concentración. A Dimitrov, Popov y Tanev se les trasladó de Leipzig a la cárcel de Moabit, en las afueras de Berlín. Allí se les retuvo durante dos meses hasta su regreso a la Unión Soviética. Mientas tanto, Münzenberg prosiguió su campaña y Hitler pulió su plan contra Röhm. Luego, a finales de febrero, exactamente a un año del incendio, los búlgaros fueron puestos en libertad sin previo aviso y volaron triunfantes a Moscú.

Misión cumplida.

Un episodio literario bastante revelador marca el fin idóneo de este evento fundacional, pero aún misterioso, de la segunda guerra mundial. Unos pocos días después de dictada la sentencia, dos alemanes asociados con el Comité de Investigación del Proceso de Leipzig, en otras palabras, Katz y algún subalterno anónimo, visitaron a André Gide y André Malraux con la propuesta de una misión en Berlín. Durante toda la campaña de Dimitrov, a Gide y a Malraux se les había usado incesantemente en todo tipo de actividades, desde peticiones de firmas hasta presidir las reuniones de protesta más elegantes de la inteligencia parisina.[51]

Pero esta nueva misión aún parecía más atractiva. Gide y Malraux viajarían a Alemania y se presentarían (con una maleta de peticiones) ante el mismísimo Hitler. Bueno, si no era Hitler, podía ser Goebbels.

Y ellos usarían su prestigio como los más eminentes literatos de Europa para presionar a favor de la pronta puesta en libertad de Dimitrov.

Astutamente, Katz o sus hombres apelaron a la imagen de aventurero que de sí mismo tenía Malraux, su creencia de ser el T.E. Lawrence galo. Una importante fantasía de Malraux era su identificación con el famoso aventurero y agente secreto británico.

Al cabo de algunos días, *L'Humanité* anunció que Malraux y Gide, la juventud y la sabiduría unidas, la conciencia hecha carne de Europa, viajarían al corazón del terror hitleriano para rescatar a Dimitrov de su encarcelamiento. El 2 de enero, la víspera de su partida, Gide cenó en casa de los Malraux con dos amigos, ambos muy próximos al aparato comunista de propaganda, Alix Guillain y Bernard Groethuysen. Toda la charla giró en torno a la vecina y mayor confidente de Gide, una mujer llamada Maria van Rhysselberghe, o como Gide la llamaba cariñosamente, «la Petite Dame». La Petite Dame adoraba a Gide; actuaba en muchos aspectos como una esposa postiza, su compañera cotidiana, la mujer con quien Gide podía ser como era y no estar solo. Vivían en el mismo edificio y cuando Gide estaba en París se veían varias veces al día. Sin embargo, de vuelta a su apartamento y sin el conocimiento de Gide, Maria van Rhysselberghe escribía un copioso diario repleto de sus conversaciones, un verdadero inventario de todas sus idas y venidas. Era una biógrafa secreta que dejó tras de sí un informe sobre la vida de Gide que es tan absorbente como fehaciente.

Todo lo que sucedió en torno a la visita a Berlín fue fielmente anotado en el diario secreto de la Petite Dame. El ambiente era de entusiasmo.

Aunque seguramente ni Gide ni Malraux lo sabían, el viaje era insensato y fraudulento. Una vez que partieron de la Gare de l'Est y entraron en Alemania, la prensa dejó de informar. La desaparición de la atención informativa era el correlato exacto de la atención del aparato. Katz no parece haber tenido el menor interés en lo que sus embajadores pudieran decir o no a Hitler o Goebbels. Lo único que

importaba era que se les había *visto* partir. Tal como Katz debe de haber previsto, cuando los dos prohombres llegaron a la capital alemana, ni un solo nazi importante estaba en Berlín. Todos, Hitler y Goebbels incluidos, se habían ido a Múnich para asistir a una conferencia del partido. Tampoco había nadie del otro bando, del *apparat* clandestino, para darles la bienvenida. Ellos se apearon del tren, fueron al hotel y de allí al Ministerio de Información en la Wilhelmstrasse. Sólo estaban las secretarias. Los dos representantes de la conciencia europea no mantuvieron reunión oficial alguna con nadie.

Malraux y Gide decidieron dejar una carta dirigida a Goebbels. A juzgar por el estilo, yo diría (sin seguridad) que el autor fue Gide. Se lamentaba explícitamente de la ausencia de Goebbels, explicando que en toda Europa la suerte de los búlgaros causaba una creciente angustia y que era deplorable que no pudieran regresar a Francia portando la noticia de la inminente liberación de los prisioneros. No hay la menor mención de Torgler en el campo de concentración. Entregaron la carta a un funcionario y los dos escritores partieron. [52]

Por lo que he podido reconstruir, eso es lo que realmente sucedió. Treinta y ocho años más tarde, la propia versión de Malraux de los acontecimientos contradice totalmente lo que acabo de narrar. Durante una entrevista en 1972 con Jean Lacouture, Malraux insistió en que él y Gide fueron llevados ante la presencia de Goebbels, a quien manifestaron sus reclamaciones. Malraux cita lo que afirma que presuntamente fue la respuesta del Reichminister. «Lo que ustedes buscan es justicia», se supone que dijo Goebbels. «A nosotros nos interesa otra cosa, la justicia germana.» A lo que el nacionalista fraseólogo Malraux dice que Gide contestó con un débil, «*Hélas*!», su solitaria contribución a la discusión.

Por lo que yo puedo determinar, esta historia es una completa falsedad. Está claro que los nazis importantes no estaban en Berlín aquel día. Si, por alguna razón, Goebbels regresó imprevistamente o aún no había salido, lo que queda es la carta, de contenido ampliamente divulgado, cuyo mensaje principal es deplorar la ausencia de Goebbels. Además, todos los estudios sobre Gide son unánimes al afirmar que los dos escritores no estuvieron con nadie de relevancia política. Esto incluye el testimonio de la Petite Dame en sus diarios escritos inmediatamente después de haber discutido

el asunto con Gide y Alix Guillain.

La versión de Malraux es un fraude.

Resulta fácil entender que un hombre del amor propio de Malraux podía haber inventado su encuentro en los dominios del mal para ocultar el reconocimiento, aún lacerante para su vanidad política —casi cuarenta años después de que haber sido vilmente utilizado—, de que en su aspiración (compartida con Gide) por recoger el legado de Víctor Hugo y de Émile Zola como el *grand homme des lettres*, la conciencia de Europa, simplemente, había hecho el ridículo.

Sin embargo, mientras pergeñaba la historia de su reunión con Goebbels, Malraux manifestó su sospecha, basada en una información que no llegó a precisar, de que mientras él y Gide actuaban en la charada berlinesa, «Hitler y Stalin ya estaban a punto de confabularse».[53] En 1972 Malraux, ministro de Cultura con De Gaulle, estaba en una situación privilegiada para tener la mejor información sobre el tema.

En cualquier caso, Gide y Malraux se encontraron en Berlín con tiempo en sus manos. Típico de él, Malraux intentó tener una reunión con un gran hombre, Oswald Spengler, el autor de *La decadencia de Occidente*. Pero Spengler estaba fuera de la ciudad. Intentó entonces ver a su familia política, ya que los padres de Clara Malraux eran judíos alemanes que hacía mucho tiempo que residían en Francia. Pero tampoco estaban los Goldschmidt. No hubo suerte. Para el autor de *La condición humana*, la misión en Berlín resultó una completa pérdida de tiempo.

Gide al menos pudo salir y pasarse la tarde en un bar gay.[54] Siempre le había gustado esa parte de la vida berlinesa e incluso en fechas tan tardías, seis meses antes de la carnicería de la Purga Sangrienta, aún era posible encontrar allí un trémulo recuerdo de Weimar bajo los tilos.

5

El acuerdo

Y así las cosas, el hecho es que el acontecimiento que originó la campaña antifascista de Stalin fue casi con seguridad la cobertura necesaria para el primero de una serie de acuerdos con Hitler y el gobierno nazi. El de Dimitrov sólo fue un primer paso para poner en marcha toda una estrategia política global de Stalin. Ya vendrían otros acuerdos instigados por uno u otro bando.

Poco antes de la madrugada del 3 de julio de 1934, tres días después del comienzo de la Noche de los Cuchillos Largos, el cimbreante avión privado de Hitler aterrizó en el aeropuerto de Tempelhof en Berlín, llevando de regreso al Führer tras las noches y los días sangrientos de Munich. En la pista le esperaba un tenso comité de nazis veteranos reunidos para dar la bienvenida al líder ahora absolutamente indiscutible y saludar una nueva era de política gangsteril. Al frente del grupo, que se dividía entre asesinos y futuras víctimas, se contoneaban Himmler y Goering.

La débil luz del alba contenía una apropiada violencia de rojo sobre negro. Al pasar ante los hombres mudos y con el brazo en alto, Hitler parecía lento y mareado. Miraba al vacío. Le temblaban los labios y arrastraba los pies al caminar como si estuviera pisoteando hojas secas o basura.[1]

Minutos después de la medianoche del 30 de junio, la Noche de los Cuchillos Largos, Stalin saludó la nueva era con una reunión similar de asesinos y de futuras víctimas. Convocó en el Kremlin para después de medianoche al Politburó y a los jefes de los servicios de inteligencia para evaluar la situación. Su conducta en esa reunión de madrugada fue calma, metódica y totalmente calculada. Poseía una información, que había llegado a su despacho

con sorprendente rapidez, de una exactitud notable. Cuando abrió la boca, los sicarios de Röhm aún estaban siendo ametrallados en sus camas.[2]

Vale la pena destacar quiénes fueron los participantes. Para empezar, no se había invitado a ningún representante del ejército a escuchar lo que pensaba Stalin de un acontecimiento que transformó totalmente la situación militar europea. Parece que Stalin no tenía el menor interés en que algún militar conociera su pensamiento. El grupo estaba dominado por gente de los servicios secretos, incluyendo a J.K. Berzin, el inmediato superior de Walter Krivitsky, que desertaría cuatro años más tarde. J.K. Berzin volverá más adelante a nuestra historia como un poderoso personaje secreto durante la guerra civil española.[3] Hubo otras cosas raras esa noche. Por ejemplo, sentado cerca de Stalin estaba un participante cuya presencia puede resultar inexplicable a primera vista.

Se trataba de Karl Radek, el viejo camarada y valedor de Willi Münzenberg. En ese momento ostentaba el pomposo título de director del Buró de Información del Comité Central del Partido Comunista. De cara al mundo, era un famoso bolchevique que escribía importantes columnas en *Isvestia* y hacía acto de presencia en eventos culturales. Nada de eso justificaba su proximidad a Stalin aquella noche. La verdadera razón de su presencia no era visible.

Stalin abrió la reunión con unas observaciones generales sobre la política nazi. Se basaban en una excelente información, gran parte de la cual provenía de los espías que trabajaban en Alemania como miembros de la clandestinidad antifascista. Hitler, dijo, estaba lidiando en ese momento con varios adversarios —enemigos peligrosos y extremistas— de su política «moderada»: desleales derechistas monárquicos del ejército y radicales nazis como Röhm. Esa gente era incapaz de la inequívoca lealtad que el resto del ejército alemán daba de forma tan impresionante a su Führer.

Por fortuna, Hitler acabaría esa misma noche con esos problemas. En cuanto a los europeos, Stalin predijo (correctamente) que sus líderes considerarían el cambio como una muestra de flaqueza por parte de Hitler. Estaban equivocados. Hitler no saldría de esa noche debilitado, sino como el personaje más «poderoso» (una de sus palabras favoritas) de Europa. El Führer se estaba

probando a sí mismo. Y por supuesto, eso acarrearía consecuencias profundas para la política soviética.

Por tanto, dijo Stalin al comité, la política soviética quedaría vinculada a la alemana. Luego Krivitsky resumió la postura del dictador. «Stalin siempre había creído que se debía llegar a acuerdos con un enemigo poderoso. La noche del 30 de junio le convenció de la fortaleza de Hitler.» Y añadió: «El curso de la política soviética con respecto a la Alemania nazi siguió este dictado de Stalin. El Politburó decidió que a toda costa debía inducirse a Hitler a llegar a un acuerdo con el gobierno soviético». [4]

Fue —o pareció ser— así de simple. En medio de la misma Noche de los Cuchillos Largos, Stalin anunció su política: «Lograr un acuerdo con Hitler pese a inconvenientes o rechazos».[5] Cinco años antes del pacto, el curso de los acontecimientos ya estaba marcado. Los asistentes captaron el mensaje. Krivitsky no indica que Karl Radek, el líder del movimiento antifascista sentado cerca de Stalin, demostrara la más mínima sorpresa en aquel momento.

Radek no demostró sorpresa porque no la tuvo. Estaba entre los pocos elegidos que conocían la verdadera estrategia de Stalin desde el principio: una política dual frente a Hitler que consistía en un abierto antifascismo más un secreto apaciguamiento. De hecho, Radek pudo ser el único dirigente completamente consciente del doble juego. Era el bolchevique de mayor categoría más íntimamente vinculado con la campaña antifascista que orquestaba Münzenberg en las democracias occidentales.[6] Asimismo, era el emisario secreto de Stalin para las negociaciones con el embajador alemán cuyo objetivo era apaciguar a Hitler y preparar el terreno para el pacto. Y ¿por qué no? ¿Qué mejor cobertura que el antifascismo para un emisario semejante?[7]

Radek era un viejo amigo de Walter Krivitsky. Ambos eran judíos polacos en un mundo ruso; ambos eran protegidos de Felix Dzerzhinski. Radek solía visitar el despacho de Krivitsky en la Lubyanka para charlar sin muchos tapujos con su amigo. Parte de la mejor información que tenemos sobre Radek en esos cambiantes y engañosos tiempos proviene del testimonio de Krivitsky. No da la impresión de saber que Radek ya negociaba con los alemanes, pero el conocimiento que tenía de la situación podría haber sido un golpe tremendo para las miles de personas que en Europa y en

América se comprometían en la campaña contra Hitler y el nazismo, tantas veces con riesgo de la propia vida.

«Colirio estratégico para idiotas» es como denominó Radek a la campaña en presencia de Krivitsky. En cuanto al ataque de Hitler contra los comunistas, únicamente los «imbéciles» podían imaginarse que la Unión Soviética «se pondría en contra de Alemania debido a la persecución nazi de comunistas y socialistas». [8] La campaña antifascista era una mera maniobra, «un asunto de alta política». Stalin «no tenía la menor intención de romper con Alemania». Y, por cierto, Krivitsky afirma que en 1933-1934, ningún miembro de las altas esferas del aparato —supuestamente incluyendo a Münzenberg— «soñaba» con una ruptura real con Alemania.[9] No cabe la menor duda de que la campaña antifascista tenía sus propósitos estratégicos: unía a la izquierda, inducía al rearme en las democracias y conformaba la base emocional para una renovada lealtad a los soviéticos. Pero lo que realmente buscaba Stalin y casi desde el principio era una alianza con Hitler. [10]

¿Una alianza con Hitler? En 1939, cuando el agente desertor se lo contó a los servicios secretos occidentales, se le trató como si fuera un demente. Cuando los gobiernos rechazaron a Krivitsky, éste hizo pública su información. Sus artículos fueron vituperados por la izquierda y provocaron un general escepticismo en los demás. *¡Alianza con Hitler!* Era el producto de un desvarío, material cómico, absurdo; prueba de que Krivitsky era un fraude y probablemente un monstruo.[11]

Pocos meses después de publicado el testimonio de Krivitsky, se firmó en Moscú el Pacto Germano-Soviético, exactamente en la fecha que había predicho que se firmaría. El absurdo se convirtió en profecía.

Y la profecía era notablemente acertada. Desde 1939 el tiempo ha confirmado la mayoría de las aseveraciones de Krivitsky. Por ejemplo, en 1939 dio una idea general pero precisa sobre la conspiración en Cambridge de Philby y Blunt. También esbozó en términos generales pero fehacientes la penetración del aparato en el gobierno de Roosevelt, dos aventuras llevadas a cabo con los auspicios de unos ideales que Radek promocionaba públicamente pero que descartaba en privado.

A lo largo del estío de 1934 se sucedieron los informes secretos sobre la purga de las SA. Stalin los leía uno tras otro, absorto. Estudiaba meticulosamente cada documento. Famoso por las horas que se pasaba en el despacho, el colegial del terror hacía sus deberes, página tras página. Mientras pergeñaba sus grandes planes, ninguna minucia se le pasaba por alto. Cada detalle era válido. Esta diligencia maduraría en los asesinatos de Kirov y en el Gran Terror, acontecimientos que empequeñecerían la sangrienta purga nazi.[12]

Una importante diferencia entre los dos monstruos radicaba precisamente en esa lenta maquinación. La tiranía de Hitler se define por la impaciencia. El austríaco era rápido y la velocidad era su fortaleza. Desarmaba a los adversarios con el relámpago teatral de su violencia. Por su parte, Stalin era lento, la lentitud personificada. Hitler actuaba pronto; Stalin, al final. Stalin poseía el alma del burócrata; Hitler, la del actor. El terror de Stalin no debe nada al efectismo; todo su poder se basaba en una severidad inconmovible y anónima. Se dice que en los años treinta era raro que los moscovitas pronunciasen el temido nombre mientras que el de Hitler era gritado con el terrible «Heil Hitler!» cada vez que se encontraban dos personas. Para Stalin, la paciencia era el principal instrumento del asesino, y su venganza, no menos cruel que la de Hitler, podía esperar casi una eternidad. Eran la tortuga y la liebre del totalitarismo.

Y ahora la tortuga consideraba cuál sería su próximo y muy lento paso.

*

El uso de la campaña antifascista como cobertura del apaciguamiento de Hitler y de las negociaciones es uno de los más osados y brillantes actos de vil duplicidad en la historia política. De hecho, fue algo tan absoluto en su traición a los valores morales más esenciales de la política contemporánea que incluso a cincuenta años de distancia aún es difícil de aceptar y comprender. Sin embargo, se trata de algo básicamente simple.

Stalin impuso una política dual, en apariencia contradictoria, pero coherente en la realidad. Una vez que Hitler estuvo en el poder, la estrategia de Stalin fue estabilizar sus fronteras orientales

dirigiendo la agresión nazi contra las democracias occidentales. De haber guerra, quería que fuera entre Alemania y Occidente, mientras él quedaba al margen del conflicto tras la seguridad de una alianza con Hitler. Parece haber asumido que Hitler sería tan cauto como él. Estaba completamente convencido de que los alemanes jamás se embarcarían en una guerra de dos frentes. Por supuesto que, pese a su considerable admiración por el tirano de Berlín, Stalin no quería que Hitler *ganase*. Su idea era destruir a Hitler y a las democracias en una tercera guerra mundial que acabaría con la intervención del Ejército Rojo en territorios ya preparados por sus servicios secretos y sólo cuando los combates de verdad hubieran cesado. Entonces, él, gángster contra gángster, podría apuñalar por la espalda a un rival ya maltrecho por los combates.[13]

Por tanto, el objetivo era doble. Primero, dirigir la agresión germana contra el Oeste. Para ello, Stalin necesitaba que las democracias reaccionaran contra la amenaza nazi. Con ese fin se organizó la campaña antifascista.

En segundo lugar, a fin de asegurarse de que Hitler realmente marcharía hacia el Oeste, era imprescindible que hubiera unas negociaciones secretas que permitieran una división estable de la Europa Oriental, una asistencia mutua y, eventualmente, una alianza firme. Tal fue el objetivo de las misiones de Radek ante el embajador alemán. Por supuesto, ninguna de las partes fue sincera. A Stalin no se le pasaba por la cabeza la cuestión de la sinceridad.

En cuanto al socialismo europeo, podía suponerse que todos los recursos del Komintern se consumirían en la crisis que le estaba preparando Hitler en Berlín, pero Stalin tenía otro enfoque. Veía los acontecimientos alemanes desde una perspectiva muy distinta. Ante el auge del nazismo, no tenía la sensación de rabia y temor que se le podría haber supuesto al líder del comunismo mundial.[14]

Al dictador ruso no le quitó el sueño el asesinato de la democracia alemana a manos de Hitler. Todo lo contrario. Había sido su apuesta desde el principio. Incluso el ataque de Hitler contra el comunismo alemán no era un nubarrón tan negro como para que Stalin no pudiera entrever un rayo de luz. Es verdad que la Gestapo estaba violando los domicilios comunistas y que los dirigentes alemanes ya estaban en campos de concentración. Es verdad que los

gamberros callejeros que habían puesto sus músculos al servicio del partido ahora se ponían las camisas pardas y desfilaban al son de una nueva música.

Pero ¿este nuevo enemigo no era absolutamente de recibo? En absoluto. Era harto improbable que los comunistas alemanes pudieran conquistar legalmente el poder. E incluso en el caso de lograrlo, una Alemania comunista con una línea política equivocada podría resultar peligrosamente independiente. Por otro lado, un buen acuerdo con Hitler ayudaría a purgar el comunismo alemán de esos elementos sospechosos. Que lo haga Hitler, pues. Además, Stalin creía que su clase de poder en Europa requería el colapso del orden «burgués» establecido. También creía, correctamente como luego probaron los acontecimientos, que Alemania sólo sería suya *después* de una guerra. Era un marxista-leninista después de todo. Suponía que todo lo que destruyera el orden establecido le beneficiaba.[15]

La suya era una visión excepcionalmente penetrante y de largo alcance. Fueron numerosas las coincidencias con lo que realmente sucedió en la segunda guerra mundial. Pero hubo un gran descuido, típico de la tortuga en su relación con la liebre.

Simplemente Barbarroja no se esperó la invasión alemana. Al menos, no con tanta *prontitud*.

Documentos capturados del Ministerio nazi de Exteriores revelan que Stalin comenzó acercamientos al máximo nivel y absolutamente secretos con el gobierno nazi casi inmediatamente después de que Hitler se hiciera con el poder en 1933. Las conversaciones tuvieron lugar en la embajada alemana en Moscú, pero no a través del ministerio soviético, sino de un más selecto emisario ajeno a la burocracia. Este emisario fue Radek.[16]

Antes de que Hitler llegara al poder, el antifascismo público de Stalin había sido retórico y ambivalente; expresaba la teoría marxista y su liturgia correspondiente. El fascismo era el síntoma de que la sociedad burguesa se caía a pedazos, de que el desenmascarado capitalismo se desestabilizaba y de que todo se encaminaba a su revolucionaria agonía final.

Stalin puso en práctica esta conocida teoría. Previo grandes

cosas en la demolición de Weimar. Como devoto bolchevique, siguió al pie de la letra la política Zimmerwald de Lenin, sin dar cuartel a ningún partido de la izquierda no soviética, todos ellos «socialfascistas», todos condenados a desaparecer. Y si Hitler podía realizar esta tarea, mejor que mejor.

Incluso existió la posibilidad de ayuda militar soviética a los nazis. Durante los años veinte y hasta 1933, secreta y públicamente Stalin había concertado con Alemania un puntual intercambio de asistencia militar. Después de mayo de 1933 Stalin dio por terminada esta ayuda, pero aun así Radek fue autorizado a mantener viva la posibilidad de una colaboración militar nazi-soviética. Ciertamente, éste se manifestó efusivo y sentimental al respecto. «Hay unos muchachos magníficos en las SA y las SS», dijo Radek a sus contactos germanos. «Ya lo veréis. Llegará el día en que arrojarán granadas de mano en nuestro nombre.»[17]

Incluso cuando el fascismo se transformó en una preocupación prioritaria para los comunistas, su tratamiento pasó por diferentes fases y en pos de diferentes objetivos. El antifascismo de *El libro pardo* puede asemejarse mucho al del Frente Popular. Para un lego, pueden parecer idénticos. El anterior antifascismo, pese a todas sus decepciones, fue un instrumento genuino de la política estalinista del palo y la zanahoria con respecto a Alemania. El Frente Popular fue más radicalmente engañoso. No hay duda de que la idea todavía era presionar a Hitler en pro de la deseada alianza, pero añadió a la Gran Mentira en Europa una siniestra agenda doméstica de no menor importancia.

En un grado significativo, el Frente Popular fue un frente propagandístico para el Gran Terror. La campaña de Stalin para aniquilar todo vestigio de pensamiento político independiente dentro de la Unión Soviética coincide precisamente con la campaña para proclamar el pluralismo democrático y la apertura en el Oeste. El Frente y la Purga fueron preparados al unísono. La fecha culminante de ambos fue 1936 y muy en especial 1937. Para la primavera de 1938, con los crímenes casi terminados en Moscú, Stalin empezó a desentenderse de la operación de propaganda. En el verano de 1939 la había congelado por completo.

El evento propulsor del Gran Terror tuvo el significativo modelo de la Noche de los Cuchillos Largos y de la oleada de miedo consecuente. En la medianoche del 1 de diciembre de 1934 seis meses después de que Stalin se hubiera inmerso en el estudio de la purga nazi, todo Moscú despertó con las ululantes sirenas y los frenéticos focos de luz que iluminaban el cielo. Por la radio y por altavoces en las calles, llegó la terrible noticia: Serguéi Mironovich Kirov, el amado camarada de Stalin, acababa de ser asesinado en Moscú. Esa muerte formaba parte de una confabulación contra la Revolución.

El mundo leninista estaba a punto de ser desmembrado en público y morirían millones de seres. Gente a la que no hacía mucho se había proclamado como salvadores de la humanidad muy pronto se arrastrarían por los tribunales soviéticos confesándose monstruos del mal y rogando que se les ajusticiase. Stalin era perfectamente consciente de que este desagradable espectáculo haría menester unas cortinas de humo en Occidente, alguna fuerza de propaganda que contrarrestara las oleadas de duda y revulsión que seguramente se producirían, incluso entre los más fieles. Esta fue una de las razones por las que se proclamó la «táctica» del Frente Popular en aquel preciso momento. Se la promocionó como el indispensable vínculo que uniría a todos los pueblos de buena voluntad contra el fascismo. Esta sería la segunda ligazón con los soviéticos. Ninguna persona decente podía oponerse al Frente Popular, *pese a los juicios*.

Los propagandistas de Stalin se escandalizaron. Sin duda, esa matanza tan pública, tan extrema, alienaría a los inocentes. Stalin no le dio ninguna importancia. Les replicó: «Europa se lo tragará todo».[18]

Una vez más, tuvo razón.

París fue el centro para coordinar el alcance europeo del Terror, aunque el foco pronto pasó a España, donde se expandió con una matanza a gran escala de los indeseables que aún circulaban bajo la cobertura de la guerra civil española. Antes de eso, las tareas incluyeron desde la falsificación de desinformación hasta concertar una selecta muestra de ametrallamientos, envenenamientos con

estricnina y asesinatos con hachas y garrotes de revolucionarios sobrantes a lo largo y ancho de Europa y América. Los blancos eran con frecuencia comunistas o ex comunistas. Y, por supuesto, estaba Trotsky. Otra víctima fue Ignace Reiss, «Ludwick». Cuando le llegó finalmente su hora, es casi seguro que Münzenberg estuvo presente. Mientras el Frente Popular se pertrechaba para llevar a nuevas cimas inimaginables la ortodoxia estalinista y se producían millones de muertos en la Unión Soviética, éstas eran las nuevas y verdaderas responsabilidades del aparato.

Stalin se preparaba para el 1 de septiembre de 1939.

*

Karl Radek fue la oculta eminencia gris de todos estos acontecimientos que conducirían a la guerra: el movimiento antifascista, la búsqueda del pacto, el Terror. Dentro del Kremlin, también fue el motor de lo que podría denominarse el estalinismo intelectual. Catherine Károlyi le recuerda en una magnífica recepción que, en honor de George Bernard Shaw, se dio en la embajada británica de Moscú en 1931, «sobre una balaustrada con una blusa rusa negra» en concentrada conversación con Lady Astor, «muy pálido y con una barba a lo Abraham Lincoln y el aspecto de un *communard* francés».[19] Gustav Regler le recuerda en 1935 bebiendo mucho en una recepción en la casa de campo de Máximo Gorki, con el cuello de la camisa abierto en la mesa del banquete, fascinando a Malraux y a las celebridades literarias extranjeras y lanzándose a hablar… peligrosamente. Sus colegas bolcheviques callaban, paralizados por el miedo.[20]

Desde su juventud revolucionaria, Radek había estado marcado por una especie de feroz ansiedad, pero también había en él algo cínico, despreciativo, destructor. Su mente se caracterizaba por una especial aleación de cinismo y certidumbre. Al igual que Brecht y su protegido Katz, al igual que muchos de los mentirosos más expertos, sus razonamientos le convencían de que cualquier cosa importante, realmente importante, estaba basada en una falsedad. Como resultado, la falsedad se convirtió para él en una clase de verdad. Para Radek, duplicidad era una palabra mágica. Este punto de fe, contradictorio y potente, le hacía arrogante y lo instalaba en una

perpetua y fácil victoria ante la estúpida credibilidad de los inocentes. Estaba seguro de que la vida era una mentira. Y eso, creía él, le hacía tener siempre la razón. Era el intelectual ideal de Stalin.

Porque era un intelectual, uno auténtico. En un círculo lleno de hombres tenaces y aburridos y de malhechores inteligentes, era un genuino hombre político y literario en la clásica tradición europea. Polaco y judío, sus modales y su aspecto eran los de un revolucionario cultural alemán, con una excepcional tendencia a la conspiración. La intriga era su especialidad. Se convirtió en un fogoso peón revolucionario para Dzerzhinski cuando cumplió los dieciocho años. Su relación con el fundador de la moderna policía estatal fue definitiva.[21] Luego vino Lenin. Incluso antes de la Revolución, Radek ya era su asesor de prensa y su experto en política alemana. Después de la Revolución, Radek figuró entre los fundadores del Komintern y se le confió que prestara especial atención a la propaganda y a su servicio secreto.

Radek alcanzó la cima de su carrera, pero entonces dio un grave paso en falso. Tras el fallecimiento de Lenin, apoyó a Trotsky contra Stalin en la batalla por el poder. Este error dio por terminada su primera etapa de éxitos. En noviembre de 1927 Stalin le envió al exilio al pueblo de Tomsk, completamente alejado de la vida política soviética. Radek no estaba hecho de un material muy duro; el exilio pronto destrozó su rebeldía y él empezó una maniobra minuciosa en pos del perdón de Stalin, lo que dio su fruto y pudo retornar a Moscú. Pero no fue un regreso triunfal. Se le relegó a un apartamento escuálido y gélido en el sótano de un edificio de arrabal. Radek era un hombre al que se le acababan los recursos. Se le borró la alegría juvenil. Caminaba encogido y arrastrando los pies. Iba a morir en aquel sótano. Algo más era menester.

En 1930 encontró ese algo y la suerte de Radek dio un giro de ciento ochenta grados. Del sótano se mudó a Dom Pratisetsvo, un edificio de apartamentos reservado para los miembros más importantes del gobierno. Su piso era magnífico. Tenía una vista deslumbrante del Kremlin y del río Moscova. También gozaba de línea directa con el despacho de Stalin.[22]

Se desconoce de qué se valió para cambiar su estatus de este modo pero la estratagema debió de ser impresionante. El rumor más

difundido no está aceptado por todos los historiadores, pero Trotsky y su secretaria de confianza, Van Heijenoort, afirmaron que Radek utilizó el sótano y su anterior vinculación con Trotsky para actuar como cebo para los trotskistas clandestinos aún en Moscú, sobre todo para un alto oficial de la NKVD llamado Blumkin. La traición de Radek les llevó ante el pelotón de fusilamiento.[23]

Sea como fuere, el hecho es que Radek recuperó el favor de Stalin de una forma espectacular. En 1933 y 1934 era muy difícil encontrar a algún colaborador más íntimo del dictador: cerebro gris de la línea antifascista, emisario ultrasecreto ante los nazis, asesor en todo lo concerniente a la política cultural y su invisible mano derecha en asuntos internacionales. Pese a su pomposo título y a su alto cargo en *Isvestia*, Radek estaba casi todo el tiempo en su piso, a menudo echado en el gran sofá frente a la vista de las torres del Kremlin, haciendo lo que siempre había hecho mejor: leyéndolo todo y calculando cada ángulo de las noticias. A su alrededor, había revistas, periódicos y manuscritos en cinco idiomas. Controlaba desde James Joyce a la NKVD, desde la relación de Malraux con Aragon al último chisme sobre confabulaciones de algún refugiado alemán. Nada se le pasaba por alto. Leía y calculaba. Y sobre todo, esperaba que sonara aquel teléfono tan especial.

Sonaba constantemente. Radek se había convertido en el hombre de confianza de Stalin, en el colaborador más importante de todos.

Mientras tanto, se avecinaba el Terror. Vista desde fuera del prisma totalitario, la *lógica* del Terror parece impenetrable. *¿Por qué?* Un régimen desea cambiar un equipo de dirigentes por otro más satisfactorio. Pues muy bien, ¿por qué no cesarlos? ¿Reemplazarlos? ¿Hacerlos caer en desgracia si es necesario? Sin duda, a Stalin le hubiera sido muy fácil alejar del poder a sus camaradas en desgracia. ¿Por qué *matarlos* y en el proceso empezar una oleada de matanzas hasta alcanzar millones de víctimas en toda la sociedad? *¿Por qué?* El Terror rojo compite con el holocausto nazi como ejemplos magistrales de una malignidad sin motivo aparente.

Pero eso es ver las cuestiones del poder, de la sociedad humana y de la culpabilidad desde las perspectivas humanistas o religiosas que justamente pretendían destruir las ideologías radicales de este

siglo. Un principio básico de la NKVD era que el sistema *necesitaba* el arresto, la tortura y la muerte de gente totalmente obediente; es decir, inocente, ya que sin un terror al azar, los inocentes jamás tendrían miedo. Y el miedo proporcionaba coherencia al Estado soviético (incluso ideológicamente). Desde esta perspectiva, parte de esa malignidad sin motivo aparente encaja en su sitio.

Por supuesto hay mucho más: por ejemplo, está claro que el totalitarismo de Lenin favorecía la aparición y el encumbramiento de cierta especie de personalidad política. El éxito alcanzado por Stalin no fue un accidente en los anales del mal. El sistema marxista-leninista se basaba en el terror policial, la delación y el poder absoluto, y así había sido desde el principio. Jamás hubo un momento en que estos elementos no dominasen la cultura política. Y era una cultura que favorecía con toda naturalidad la clase de sensibilidad de Stalin, un hombre inmensamente inteligente y astuto, obsesionado por una necesidad sádica y paranoica de venganza, inmune a cualquier cariño hacia sus semejantes y convencido de que las únicas motivaciones humanas con sentido eran la ambición y el miedo.

Pero el pensamiento de Stalin, en especial sobre el Terror, también estaba influido por la ideología. Incluso en su forma «pura», el marxismo-leninismo santifica necesariamente al Terror, tal como antes de 1930 ya lo había demostrado el culto leninista de Dzerzhinski. Como todo bolchevique, Stalin consideraba que el Terror era un instrumento de la Revolución.

Asimismo, era fiel a la teoría marxista en su creencia de que los valores y compromisos individuales carecen relativamente de sentido en la gran dialéctica histórica. Ya que los individuos no hacen la Historia, sus cualidades especiales no tienen la menor importancia. Todo el mundo es reemplazable. Si sucede que el sistema autónomo arroja a esta o a aquella persona al basurero de la historia, ¿qué importancia tiene? La pérdida de un individuo carece de sentido.

En consecuencia, si el mariscal de campo Tukachevsky está consolidando de forma brillante, acaso demasiado brillante, al Ejército Rojo para una confrontación con Hitler, es *correcto* que sea eliminado. Hitler estará más tranquilo; se ha liquidado una amenaza para el sistema. Mañana mismo el ejército tendrá otro excelente

mariscal de campo al mando, sin capacidad para oponerse al partido ni a su líder. ¿Quién puede objetar? Se trataba nada más que de aplicar radicalmente la teoría marxista.

También era una maquinaria imparable de mediocridad y de crímenes.

Tras el asesinato de Kirov, el Terror agrupó secretamente sus fuerzas. Por supuesto, los dos primeros grandes objetivos, Kamenev y Zinóviev, fueron arrestados de inmediato, pero no se celebraron sus juicios hasta un año y medio después, hasta agosto de 1936. En el ínterin, reinó una relativa calma. Sin duda, se eliminó a miles de personas carentes de importancia, es decir, gente que no era del partido, por medio de palizas que no fueron noticia, de asesinatos en sombríos sótanos, de pelotones de fusilamiento y de batidas generalizadas. Pero aparte de estos hechos intrascendentes, 1935 fue un año tranquilo.[24]

En esa falsa calma, se creó el Frente Popular.

El Frente Popular fue la alianza antifascista del Komintern con la izquierda no estalinista. Dimitrov anunció su existencia durante el VII Congreso de la Internacional celebrado en agosto de 1935. Ya que hacía años que los delegados se habían dedicado a sabotear y difamar a los «socialfascistas» que ahora debían abrazar, se vio obligado a definir la esencial mendacidad del proyecto desde el inicio. «Camaradas», dijo a la inmensa e inquieta sala, «recordaréis la antigua historia de la guerra de Troya… El ejército atacante no logró la victoria sin recurrir al famoso caballo de Troya. Entonces, pudo penetrar en el mismo corazón del campo enemigo.»[25]

De ese modo, se hizo encajar el Frente Popular en el esquema y se lo instaló, irresistiblemente noble, en el amanecer de Occidente.

La celebración de la nueva era de buenos sentimientos con la garantía de esta paz fue bulliciosa y desbordante. En París, Nueva York, Hollywood y Londres una nueva variedad de ortodoxia estalinista se convirtió en el elemento cultural y de moda dominante de la época. Casi ningún personaje cultural de relieve se salvó de su influencia. Stalin había vuelto a tener razón: oponerse al Frente sería considerado indecente, casi equivaldría a apoyar a Hitler. Los buenos deseos de una época estaban asegurados.

En París el espectáculo cultural del año fue el Congreso en Defensa de la Cultura celebrado en junio de 1935 en la Salle Mutualité. Desfilaron todas las celebridades literarias de Europa, desde E.M. Forster a Pasternak y Malraux. Tal vez fue el mayor espectáculo jamás concebido para la «guerra de ideas». El congreso pareció ser la culminación de la colaboración entre Gibarti y Münzenberg, esos dos inventores del congreso politizado de escritores, pero Babette Gross negó rotundamente que Münzenberg hubiera tenido algo que ver con él y yo no he encontrado prueba alguna de que Gibarti o Katz hayan estado presentes. Los fondos secretos parecen haber provenido de Mijail Kolstov, amigo de Katz e íntimo de Stalin.[26] Es cierto que el evento no estuvo abiertamente relacionado con Münzenberg, a quien se mantuvo aparte porque los servicios franceses lo vigilaban estrechamente. Y sin duda era de capital importancia que el patrocinio soviético permaneciera en secreto y la presencia comunista al mínimo, aunque la sala estuviera llena de cabo a rabo con los «sospechosos de siempre».

De cualquier manera, Gibarti y Katz eran presencias importantes aunque invisibles en los Frentes Populares de Londres y Nueva York. El Londres se fundó el Left Book Club bajo la dirección de Katz y es probable que con fondos secretos.[27] Mientras tanto, Claud Cockburn, el amigo de Katz, fundó *Week*, un pequeño pero muy influyente periódico. Cockburn actuaba seguramente a las órdenes de Katz y *Week* canalizaba la información que proporcionaba el *apparat*.[28]

En alta política, el crisol trágico del Frente Popular era España, donde importantes hombres de Münzenberg como Katz y Álvarez del Vayo desempeñaron papeles de primer orden. Como se trataba de una guerra del Frente Popular, también fue el principal territorio europeo al que se extendió el Terror.

En las relaciones franco-soviéticas, el momento culminante del Frente Popular fue la gira de propaganda de André Gide por Rusia. Coincidió con dos hechos: la puesta en marcha del gobierno de Blum en París y la muerte de Máximo Gorki, acaso por asesinato, seguida por su funeral oficial en Moscú durante el mes de junio de 1936. Para ambos eventos, se echó mano de todas las triquiñuelas de la guerra de ideas mientras el dictador se preparaba para los juicios de Zinóviev, Kamenev y sus camaradas «conspiradores» que

tuvieron lugar en agosto.

Con los juicios, se destapó el Terror. Los procesos resultaron un gran éxito. Zinóviev y Kamenev leyeron al pie de la letra sus textos. Sus «confesiones», casi sin paralelo en la literatura de la abyección, formaron la base para justificar nuevas purgas, encarcelamientos y ejecuciones. A los dos se les había prometido el perdón a cambio de la cooperación, pero por supuesto tan pronto hubo acabado el espectáculo, se enviaron sendos pelotones de fusilamiento para escoltarlos hasta los sótanos. Cuando los soldados irrumpieron en la celda de Zinóviev, éste se dio cuenta al instante de lo que iba a suceder. Se echó al suelo, rogó con su voz chillona que le concediesen el perdón y dio la impresión de estar histérico. Esto provocó que uno de los jóvenes de la NKVD sacara su revólver, obligase a Zinóviev a entrar en una celda adyacente y le disparara allí mismo un tiro en la cabeza. Al enterarse Stalin de lo sucedido, quedó muy impresionado. Concedió una medalla al asesino de Zinóviev.[29] Años más tarde, a Stalin le divertía inmensamente que su criado, un hombre llamado Pauker, imitara el miedo del viejo revolucionario y lo caricaturizara durante las borracheras a altas horas de la noche que constituían el esparcimiento favorito del dictador. Le encantaba en especial cuando Pauker se arrastraba por el suelo y se aferraba a las sillas mientras imitaba el acento judío de Zinóviev y hacía una parodia de la oración hebrea, «Oh, escucha Israel».[30]

La tortuga se movía ahora con rapidez, capaz de sorprender, capaz de súbitos giros aterradores. Tres semanas después de la conclusión del juicio, el 27 de septiembre de 1936, se produjo uno de los hechos más inesperados. De golpe pero en secreto, Karl Radek fue arrestado. Pocos días más tarde, Münzenberg llegó a Moscú. En vez de tener su acostumbrada reunión con Radek, se le informó de forma totalmente confidencial que ya no lo vería más.

Mientras Münzenberg escuchaba, una nueva manifestación de miedo debió de llegarle al alma.

Karl Radek era muy astuto. Sin duda, conocía al dedillo la capacidad de traición de su gran jefe. Incluso antes de su arresto, por lo visto inventó alguna clase de estratagema como «seguro de

vida». En la Lubyanka, se resistió con determinación a sus interrogadores. Cuando los otros acusados chantajeados le pidieron que cooperara, contestó que lo haría sólo cuando el mismo Stalin en persona le dijera que no moriría.

En aquel momento, Radek tomó asiento en su celda y escribió una extensa carta. Era personal para Stalin y se desconoce el contenido, pero fue lo bastante fuerte como para que Stalin se presentara al día siguiente en el edificio de la NKVD. Allí los dos mantuvieron una larga conversación a puerta cerrada. No se sabe de lo que hablaron, pero cuando terminó Radek era otro hombre. Resultaba evidente que se había convencido de que Stalin le temía más muerto que vivo. Había logrado hacer algún pacto por su vida. [31]

A partir del instante en que Stalin abandonó aquel día el edificio, Radek cooperó en todo. Tres meses después, en enero de 1937, durante su juicio, llevó a cabo una actuación abyecta con singular regodeo, corrigiendo a Vishynsky cuando el ebrio fiscal farfullaba y se trababa; Radek se condenó a sí mismo con entusiasmo. Sus declaraciones fueron seguidas con especial interés por los otros jerarcas y, muy especialmente, por una delegación muy atenta de la embajada alemana. Su testimonio era carnaza auténtica del régimen, una víctima propiciatoria para el nuevo giro del Terror.[32]

El veredicto condenó a todos los acusados a la pena capital, a todos menos a Radek. Le impusieron diez años de prisión. En ese momento, Radek se volvió a la sala, hizo una tímida mueca y, encogiéndose de hombros, levantó las manos. «¿Quién lo sabía?»

¿Quién ciertamente? Los verdaderos objetivos del juicio contra Radek y sus «secuaces en la conspiración» serían las próximas víctimas del Terror: Nikolai Bujarin y el mariscal de campo Tukachevsky.

Tukachevsky nos interesa especialmente. Radek fue acusado de ser un espía alemán, un ardid que comportaba el mérito especial de explicar sus contactos secretos, reales y plenamente autorizados, con los alemanes y así se evitaba que los nazis o cualquier otro cayeran en la tentación de utilizarlos de un modo perjudicial. En su declaración, Radek hizo un firme desmentido. Aseguró al tribunal

que el mariscal Tukachevsky no sabía nada, absolutamente nada de su intercambio de «ciertos materiales» con los alemanes. Estas palabras equivalían a una pena de muerte anunciada. Al leer la noticia en la prensa occidental, meses antes del arresto de Tukachevsky, Walter Krivitsky se volvió a su mujer y le dijo que el mariscal era hombre muerto.[33]

En aquel mismo momento, en un laboratorio de la Gestapo se falsificaban unos documentos que pretendían demostrar que el mariscal Tukachevsky tramaba tomar por asalto el Kremlin al frente de una unidad renegada del Ejército Rojo, asesinar a Stalin y conquistar el gobierno soviético.[34]

Las fuentes de esta desinformación eran los servicios secretos soviéticos en colaboración con la Gestapo. Como de costumbre, ambos gobiernos quedaban servidos. Hitler usaría las falsificaciones para librarse de cierto personal de la *Wehrmacht* que consideraba poco leal mientras que Stalin dispondría de todo lo necesario para apresar a los miembros del estado mayor del Ejército Rojo y fusilarlos a todos. ¿Por qué liquidar al alto mando? En parte, para aplacar a Hitler; en parte, por sus propias razones.[35] Stalin borraría de un solo plumazo la amenaza a su política alemana y también la amenaza a sí mismo.[36]

El mariscal Tukachevsky era un hombre muy notable. Aunque nacido en la baja aristocracia zarista, era un comunista convencido. Jamás se ha presentado la más mínima prueba de fuentes no estalinistas que pudiera poner en duda su lealtad a la Revolución. Era una persona culta, políglota, intelectualmente ágil y con un toque de ironía. Sin duda, se trataba del militar ruso más inteligente de su generación y uno de los más brillantes miembros de todo el gobierno. Había viajado extensamente. Conocía muy bien Alemania y su ejército. Ese conocimiento le había convertido en el más poderoso partidario de prepararse para una pronta confrontación con la amenaza nazi. Esta postura implicaba caer en la peligrosa situación de que sus opiniones no resultaran del agrado de Hitler ni de Stalin. Entre 1935 y 1936 había logrado consolidar el Ejército Rojo. Gozaba de una extraordinaria popularidad entre los mandos.

Cada uno tenía su propia razón, pero los dictadores coincidieron. Había que ocuparse de Tukachevsky.

Y lo hicieron.

Así como el Frente Popular corría paralelo al Terror, la guerra de ideas en París corría paralela a esta conspiración. Mientras proseguía el discurso antifascista, los servicios secretos se cuidaban muy mucho de que el letal intercambio entre los dos dictadores se mantuviera *absolutamente* a buen recaudo, a prueba de filtraciones y sin que dejara la menor huella.

La trama contra Tukachevsky fue preparada por los soviéticos, pero Hitler decidió participar poco antes de fines de 1936. Eso sucedió cuando Radek llegó a un acuerdo en su celda carcelaria. El mismo Stalin había planeado a qué manos debía llegar el dossier Tukachevsky.[37]

En diciembre de 1936 Walter Krivitsky se reunió en París con su inmediato superior entonces en Europa, un hombre llamado Slutsky. Se encontraron en la terraza del Café Viel en el Boulevard des Capucines, cerca de la Opera de París. En esta reunión, Slutsky ordenó a Krivitsky que congelara sus actividades antigermanas. «Hemos abierto el camino hacia un pronto entendimiento con Hitler y las negociaciones han empezado. Estamos progresando.» En cuanto al antifascismo, añadió Slutsky, «no hay nada para nosotros en este cadáver en descomposición que es Francia con su *Front Populaire*».[38]

Luego llegaron a la parte especial de la misión. A Krivitsky se le ordenó que seleccionara dos agentes que pudieran hacerse pasar por oficiales alemanes y que los tuviera a mano en París. No se le comunicó que dichos agentes serían utilizados para asesinar a uno de los más conocidos enemigos de la NKVD de esos tiempos, un líder de la emigración ruso-blanca en París, el general Miller. Su muerte sería usada en el juicio contra Tukachevsky.

El material incriminatorio contra Tukachevsky fue entregado a Reinhardt Heydrich a través de los agentes soviéticos en París inmediatamente después del juicio a Radek. Las falsificaciones alemanas basadas en esa documentación se hicieron bajo la supervisión de Heydrich en Alemania. Hitler en persona vio las falsificaciones en mayo.[39]

Naturalmente estas operaciones requerían agentes de absoluta confianza que trabajasen en compartimentos estancos. En París uno de los centros de la intriga nazi-soviética fue una confederación de perdedores políticos conocida como la Unión de Veteranos Zaristas,

un grupo de viejos soldados aferrados a la hebra cada vez más fina del honor castrense y fieles a la sociedad que los bolcheviques habían destruido. El líder de la Unión era el general Miller, que estaba dedicado a sabotear aquella victoria irreversible y a dirigir las actividades de los derrotados. Como era de prever, la organización de Miller soportaba todo tipo de infiltrados, lo que la convertían en territorio propicio para toda clase de conspiraciones. Tenía en su seno a incontables agentes soviéticos, algunos de ellos relacionados con Katz.[40] El segundo de a bordo era un tal general Skoblin, cuya mujer era una famosa cantante rusa de baladas, Nadezhda Plevitskaya. Ambos eran agentes soviéticos. Además, la especialidad de Skoblin era el contacto con los nazis.

La primera misión de Skoblin fue hacer llegar a oídos alemanes que Tukachevsky estaba conspirando con el estado mayor alemán. Cuando esta información llegó a su despacho, Heydrich reconoció de inmediato que se trataba de una mentira, pero decidió usarla como desinformación contra ciertos enemigos locales. El principio rector del proceso de Leipzig se estaba volviendo algo habitual.

Mientras tanto, se pergeñó la información contra Tukachevsky, una información que incluso superaba la del informe adulterado. También en este caso se contó con fuentes nazis. Se la hizo circular por una red como si el destinatario fuera Stalin y, de paso, llegó a varios personajes de la política europea a quienes convenía engañar. La ruta elegida resulta reveladora y curiosa: el servicio de inteligencia checo del presidente Edvard Benes.

Benes era un político indiscreto de quien se podía esperar que hablaría sin pensárselo dos veces. Una broma que circulaba entre los diplomáticos de la época era que las tres mejores maneras de conseguir información en Europa eran «el teléfono, el telégrafo y el teleBenes».[41] Cuando el servicio secreto, asistido por su mano derecha, Hubert Ripka, le pasó esta desinformación, el crédulo Benes se sobresaltó. ¿Qué es esto? ¿Traición? ¿En el Ejército Rojo?

No perdió un segundo en informar a Stalin y también al servicio secreto francés. Stalin quedó encantado de que los franceses pensasen que el fraude era algo auténtico. Mientras, haciendo gala de una solemne perplejidad, escuchó el aviso de Benes.

En la política europea de aquel momento no era nada baladí el que Benes estuviera convencido de la culpabilidad de Tukachevsky.

Según Isaiah Berlin, hasta una persona que desconfiaba absolutamente de Stalin como Winston Churchill quedó persuadido de que Tukachevsky era un traidor y de que el mensaje de Benes era sólido.[42]

Pero ¿cómo le llegó la historia al servicio checo? ¿Quién fue el remitente?

Sabemos que el origen de la ruta fue París; la «fuente» fue identificada como alemanes antifascistas. Esto significa que el agente tenía que operar en París y estar bien relacionado con la clandestinidad antifascista. Debía operar a un alto nivel, pero no ser conocido por los militantes como hombre de la NKVD. También tenía que haber sido conveniente que tuviera alguna experiencia en la secreta colaboración nazi-soviética. No sorprendería nada que este hombre haya sido un protegido de Radek.[43]

El número de agentes en activo en París que tuvieran todas las características necesarias para este perfil no era muy alto. Pero sólo uno de ellos las tenía todas, incluyendo el requisito crucial de ser un informante de confianza de la gente cercana a Benes, de gente como Hubert Ripka, el primer ministro de Benes.

Es el momento de recordar al lector la respuesta que me dio Babette Gross sobre el posible papel de Otto Katz como agente nazi; su respuesta fue que había sido amigo de Hubert Ripka en el momento oportuno.[44]

*

Es muy poco claro el papel desempeñado por Münzenberg en la política de sosegamiento de los nazis. Babette Gross apunta marzo de 1936 como la fecha en que Münzenberg reconoció que el Frente Popular era un fraude. Pero sin duda, se le debieron de despertar las sospechas bastante antes. Ignazio Silone, que le conoció bien, opinaba que, pese a su atractiva personalidad y al fervor de su antifascismo, era «tan cínico como el resto de ellos».[45] Ciertamente no le tenía ninguna simpatía a la idea democrática y, durante 1935 y gran parte de 1936, aún ponía a la Revolución por encima de todo. ¿Estaba al tanto de la diplomacia secreta de Stalin?

Con Radek hablando con relativa libertad, con lo que sabía Krivitsky y con la probable participación de Katz, da toda la

sensación de que la conocía. ¿Lo sabía todo? ¿Tanto como Katz? ¿O como Reiss? Las respuestas a estas incógnitas seguramente murieron con él.

Pero en la práctica, desde el momento del arresto de Radek, Münzenberg supo que el Terror ahora se movía en su dirección. Vivía con un nuevo miedo y con una nueva relación con el poder. Ya no servía a la Revolución. Ahora intentaba salvarse de ella.

La última vez que Willi Münzenberg vio a Otto Katz fue durante el pacto. Münzenberg había hecho su ruptura y con gran cuidado se movía hacia la oposición abierta, viviendo en París y editando *Die Zukunft*. Se protegía estando a la luz pública.

Un día estaba sentado en un café de Montparnasse en el que entró Katz. Münzenberg no dejó pasar la oportunidad.

«¡Otto Katz!», exclamó en voz alta.

Katz se quedó de piedra. Entonces empezó a recibir la andanada de sarcasmos que le lanzó Münzenberg en voz bien alta para que todo el mundo pudiera oírle. Y la terminó haciéndole unas preguntas. ¿Para quién trabajas ahora? ¿Stalin? ¿Hitler? ¿O acaso para *Benes*?

Katz se puso lívido y abandonó el café sin pronunciar una sola palabra. Por lo que dijo, se puede suponer que Münzenberg conocía el curso secreto de los acontecimientos. Fue su último encuentro.[46]

*

Eso es lo que se sabe. A mediados de los años treinta, los dos Estados totalitarios bajo la cobertura de su mutuo odio estaban negociando una alianza a fin de posicionarse ante la guerra que se avecinaba. A medida que cobraba forma la guerra de ideas, los dos servicios secretos utilizaban esta lucha para proporcionarse desinformación contra los enemigos locales de cada uno. Así, Stalin usó la Gestapo para desacreditar y destruir a Tukachevsky y el alto mando del Ejército Rojo, mientras Hitler usaba al Komintern y la operación de Münzenberg para desacreditar y destruir a Ernst Röhm y las SA.

Fue un acuerdo que tuvo por tapadera el «antifascismo». Desde el punto de vista ético, representa una traición a todos aquellos que

se alistaron en la lucha antifascista como simpatizantes idealistas. Y desde el político, formó parte de un acuerdo más amplio que desembocó en la segunda guerra mundial.

El final de Radek pasó desapercibido. El 30 de enero de 1937 salió de su piso en Moscú y no se le volvió a ver jamás. Hay varias versiones de lo que le sucedió. Solzhenitsyn afirma que, pese a su poder real o imaginario sobre Stalin, simplemente se le fusiló. Alexander Orlov, un veterano de la NKVD próximo a estos acontecimientos, sostiene que, al principio, se le acomodó relativamente bien para poder dar una apariencia de arresto domiciliario bastante suave y convencer así a Bujarin para que cooperara en su caso. Porque Bujarin fue encarcelado apenas se cerró el caso de Radek. De ser así, el improbable buen trato duró lo que tardó Bujarin en tragarse el improbable cebo.

Otra versión afirma que a Radek le sacaron de su piso y lo despacharon al más sórdido y gélido de los campos de trabajo del subártico siberiano. Allí se hundió en el mundo de los escuálidos presos muertos de frío y de hambre, en harapos entre las ratas y los insectos. Se dice que sobrevivió dos años.

La exacta forma de su muerte es objeto de debate.[47] Una historia dice que murió en una pelea con otro preso. Esta versión tiene una sugestiva variante. Cuando Lenin y Rádek se hicieron con el poder, los bolcheviques se embarcaron en una serie de experimentos con el objeto de aniquilar esa abominable excrecencia burguesa que es la familia. Como resultado de esta política, que se complicó con la guerra civil, los desastres naturales y el hambre en el Volga, la Unión Soviética se llenó de bandas de huérfanos depauperados y antisociales, grupos desesperados y ambulantes de niños, los *bezprizornii*. Vivían mendigando y robando. En los años veinte, muchos visitantes afirmaban con frecuencia haber visto bandas de niños pordioseros que eran echados a golpes de culata de las estaciones de ferrocarril por los soldados del Ejército Rojo.

Quienes sobrevivieron, crecieron. Las bandas de niños ambulantes se convirtieron en bandas de adultos antisociales, brutales, incontrolables, criminales, una auténtica amenaza. A veces la NKVD los apresaba y los ametrallaba en masa. Otras, eran enviados a los más remotos campos de trabajo forzado del Artico para que allí murieran como esclavos.

La historia cuenta que, en algún momento de 1939, una banda de monstruos procreados por la Revolución acorraló a Karl Radek en el patio de la prisión. Ahora él estaba muy distante de la historia. Tenía a su alrededor el invierno asesino y el grupo de miserables anónimos de la Revolución. Alguien le arrojó al suelo. Entonces, siguiendo los impulsos con que habían vivido, los *bezprizornii* empezaron a patear y aplastar contra la tundra la cabeza de aquel hombre que tanto se había enorgullecido de su inteligencia.

La diosa Némesis es cruel. Cruel e ingeniosa.

Segunda parte

El caso del traidor

6

Cambridge West

La mansión Courtauld en Portman Square en Londres alojó hasta 1989 a una de las grandes instituciones mundiales para el estudio de la historia del arte. Aunque el edificio es muy grande —tiene ochenta habitaciones—, su discreción arquitectónica la convierte en un ejemplo ideal de esa contenida elegancia aristocrática que instaló el imperio británico en el corazón de su capital a mediados del siglo XVIII. En semejante casa, el duque de Chesterfield debió de recibir a sus invitados al pie de las tres Gracias. Bajo el pórtico neoclásico, había dos llamadores. Uno era para entrar en el Instituto Courtauld. El otro, aparte, tenía marcado «Residencia del Director».

En la mañana del 23 de abril de 1963 un hombre llamado Arthur Martin, un investigador del servicio de contraespionaje británico, se acercó a la puerta e hizo sonar el timbre. En aquel tiempo, el director del Courtauld era un hombre delgado, frío y distante; como intelectual se trataba de un muy prestigioso historiador y *connoisseur* de arte que llevaba en ese cargo desde 1947. Lo seguiría estando hasta su retiro diez años después. Se llamaba Sir Anthony Blunt.

Esta no fue de ningún modo la primera de las decorosas charlas de Sir Anthony con el contraespionaje británico. Tediosos encuentros como éste se habían sucedido desde hacía doce agotadores años, desde la desaparición de dos hombres, Guy Burgess y Donald Maclean, cuya deserción a la Unión Soviética en 1951 se había convertido al instante en una de las noticias sensacionales e imperecederas de la política contemporánea.

Formaban una extraña pareja. Los dos se conocían desde sus días universitarios en Cambridge, nunca habían intimado mucho y, en

verdad, tampoco habían simpatizado en demasía. En el Trinity College, Donald nunca había sido lo bastante rápido, brillante, homosexual o importante como para impresionar a Burgess. A éste le parecía un grandullón aburrido, inseguro, traumatizado por la angustia sexual y el sentimiento de culpa típico de un presbiteriano escocés. Sin embargo, con sus modos dolientes y serios, Maclean había llegado muy lejos. En 1951 Burgess era una presencia brillante pero cada vez más gastada en los altos y medianos círculos de la vida literaria y en los ámbitos políticos y radiofónicos ingleses. Ese mismo año, a Maclean le iba mucho mejor. Hasta hacía poco había servido como miembro experimentado de la comunidad diplomática inglesa en Washington; ahora era el principal asesor del embajador, con acceso a la información más confidencial, en especial sobre las relaciones entre Estados Unidos y Londres.[1] Tal como sucedieron las cosas, durante la estancia de Maclean en Washington, Guy Burgess fue despachado inexplicablemente a la capital norteamericana, al parecer para librarle de una serie de escándalos entre ligeros e intolerables en que había incurrido. En Washington, Burgess se pasó unos meses frecuentando, ebrio y escandaloso, los círculos medios de la comunidad diplomática británica. Su comportamiento excesivo despertaba el rechazo a su paso. Se alojaba en el sótano de otro amigo de Cambridge a cuya esposa incomodó sobremanera con sus hábitos enfermizos. Sin embargo, este amigo era un hombre al que Burgess realmente se sentía muy próximo. Se trataba de Kim Philby.

Cuando a Maclean le llegó una llamada cargada de malos augurios para que regresase de inmediato a Londres, Burgess se las ingenió para regresar él también a casa. Maclean sabía, aunque se suponía que lo ignoraba, que se le había llamado porque estaba siendo investigado como presunto agente soviético. Burgess también lo sabía porque todo el plan británico para arrestar a Maclean estaba a su vez infiltrado, casi al máximo, de soviéticos.

La noche del 25 de mayo de 1951 Guy y Donald estaban juntos en el coche que conducía Guy hacia el último ferry nocturno para cruzar el canal desde Southampton a Saint-Malo. Dio la casualidad de que ese día 25 de mayo Donald cumplía treinta y ocho años, pero ninguno de los dos estaba para festejos. Huían de una orden de arresto contra Maclean. Burgess no, sólo Maclean. Todavía se

sospechaba muy poco de Burgess. Su misión debía limitarse a lograr que Donald llegase a Southampton y se pusiera a salvo lo antes posible.

Cuando Burgess recogió a Maclean en su casa en las afueras de Londres, Melinda, la esposa de Maclean, preparaba una fiesta íntima para su marido. Jamás había visto a este visitante mal encarado, que ni siquiera se había anunciado y que era una visita cuando menos inoportuna. He aquí a la persona con quien el nombre de su marido quedaría asociado para siempre. Donald, temiendo que hubiese una escucha del MI-5 en la habitación, se presentó como el «señor Stiles» y dijo que «era de la oficina».

Melinda se encontró en un aprieto. Lo único que podía hacer era pedirle al señor Stiles que compartiera con ellos la cena de cumpleaños. Cuando la comida se acercaba a su fin, Melinda salió un momento del comedor. Burgess se volvió a Maclean y le habló con su acostumbrado mal tono. Le comunicó que le había llegado la hora. Debían partir de inmediato, ya mismo. No era una sugerencia, sino una orden. Cuando su esposa de los últimos doce años volvió al comedor, Donald Maclean se puso en pie y se excusó. Dijo: «El señor Stiles y yo tenemos un compromiso urgente y no espero volver hasta muy tarde. Por si acaso, me llevo una muda». Y salieron dejando a Melinda estupefacta con las sobras del pastel de cumpleaños.[2]

Sólo podemos imaginar lo que esos dos hombres marcados se dijeron en el viaje hacia el sur. Fue una carrera contra el tiempo en la que casi pierden el barco. Aunque sus nombres quedaron asociados para siempre, Burgess y Maclean, después de sus poco cordiales días universitarios, se habían relacionado cada vez más debido a la pasión enfermiza de su encuentro en el mutuo secreto y el odio mutuo. La fuerza del sadismo verbal de Burgess era legendaria, y con el paso del tiempo se había vuelto cada vez más chantajista y abusivo con respecto a Maclean. Este ya tenía motivos más que suficientes para temer y detestar a su viejo camarada de universidad y de espionaje.[3]

Cuando llegaron al aparcamiento del muelle de Southampton, Burgess, más que estacionar el coche alquilado, lo abandonó, y

corrió con Maclean hacia el ferry llamado *Falaise*. El barco hizo sonar la sirena en la oscuridad, ancho y pesado, a punto de zarpar. Se suponía que la participación de Burgess en la fuga terminaba allí. En Washington las instrucciones de Kim Philby habían sido claras: «No vayas tú también, Guy». Burgess empujó a su corpulento compañero hacia el embarque. A su lado, Maclean era alto y encorvado. Tenía los labios lívidos por el miedo. Burgess estaba al mando. Echó media libra al encargado del aparcamiento y le gritó: «¡Regresamos el lunes!». Y entonces, cuando sonó la sirena de partida, los dos corrieron hacia la pasarela.

El *Falaise* era el último ferry de la noche. Justo cuando estaban a punto de levantar la pasarela, Burgess actuó siguiendo el impulso que hacía días maduraba, el añadido de último minuto a la intriga. Sin necesidad, también saltó a la pasarela. Cuando la costa británica empezó a desaparecer en la oscuridad, la historia cambió un poquitín.[4]

Trece años más tarde, las autoridades aún no dejaban en paz a Sir Anthony. Desde la deserción de Burgess, Blunt todavía tenía que aguantar a aburridos policías como Martin por la mera razón de que él y Guy habían sido amigos un tiempo. Íntimos, incluso. Se conocían desde los tiempos de Cambridge, cuando Blunt había sido un profesor muy joven en Trinity College y un Guy Burgess aún más joven había aparecido deslumbrante por la calle High, ya equipado con la letal sonrisa condescendiente y el imparable flujo de su cháchara, por la que se le conocía como «el mejor de los astutos marxistas de Londres».[5] Ya era un dipsómano, pero si bien el alcohol podía dejarlo hecho una piltrafa estúpida y hundido en la autocompasión, en Cambridge la bebida hacía que su natural esplendor estudiantil brillase aún más alto. El joven Anthony Blunt sólo fue uno más de los muchos que pensaron que Guy Burgess era uno de los seres humanos más brillantes y atrayentes que habían conocido.

Pero eso era el pasado. Una inocente relación de la juventud de Sir Anthony, que luego había tomado un rumbo más serio. Cuántas veces, soporíferas e insoportables, tenía que explicar que sí, que alguna vez había considerado a Guy como un buen interlocutor

intelectual; y que sí, en un tiempo le había atraído su indiscutible encanto personal, pero que no sabía nada de sus secretos compromisos políticos. Nada sobre sus actividades subversivas (en caso de que lo fueran) en la BBC. Nada sobre traiciones o espionaje dentro de la inteligencia británica, aunque para aclarar las cosas debe decirse que el mismo Sir Anthony había colaborado con el servicio secreto durante la guerra. Nada sobre la actividad de Burgess como alto miembro del gabinete de Clement Atlee. Blunt lo había negado todo con tal frecuencia que hasta parecía hecho de negativas. En cada visita, este conocedor del esnobismo se sentía más entretenido, más travieso, más teatralmente paciente mientras le era cada vez más fácil negar las viejas y consabidas preguntas. Ahora Arthur Martin visitaba una vez más la residencia del director y estaba a punto de recomenzar el agotador y tolerado pequeño ritual.

Blunt hizo pasar a su visitante. Martin tomó asiento, incómodo, frente a él. Blunt siempre lo había intimidado un poco. Entre los dos, había una grabadora.

Entonces Martin pasó al ataque. Los servicios de seguridad británicos, dijo, habían tomado posesión hacía poco de una información bastante inequívoca que probaba que Blunt había sido un agente soviético durante la segunda guerra mundial. Blunt contestó que semejantes pruebas no podían existir por la simple razón de que jamás habían tenido lugar actividades como las que se le estaban imputando. Martin insistió. Acababa de llegar de Estados Unidos, dijo, donde había mantenido una prolongada entrevista con Michael Whitney Straight. Blunt recibió esta información con la mirada impertérrita y en completo silencio. No demostró la menor reacción. Martin recordó el momento más tarde. «Pienso que le dije algo así como “estuve con el señor Straight el otro día y me contó sus relaciones con los rusos”.» Luego describió exactamente lo que habían sido esas relaciones según las palabras de Straight.

Anthony Blunt continuó impasible, mirando a Martin sin la menor señal de alarma, salvo quizá una inmovilidad demasiado extrema en su cara de póquer, su estrecha armadura. De súbito se había quedado sin respuestas fáciles. No pronunció palabra. Blunt pensaba lo más rápido que podía y posiblemente esperaba el próximo movimiento de Martin. Arthur Martin también guardó

silencio. Cuando el silencio se prolongó lo suficiente como para que Martin se diera cuenta de que Blunt no lo rompería, el interrogador se inclinó hacia delante y habló directamente a la grabadora, lenta y claramente. «He sido autorizado por el fiscal del Estado para darle una inmunidad formal a la prosecución.»

La expresión de Blunt continuaba siendo de calculada reserva. Con la inmunidad, el primer temor, la cárcel, se había disipado. Su instinto le decía que no tenía que confesar la verdad en aras de su protección. Al cabo de unos instantes, se puso en pie, se sirvió un trago muy largo y se acercó a la ventana. Allí permaneció un buen rato observando con su fría mirada de experto los brotes primaverales en Portman Square. Sería interesante saber qué miedos, qué opciones, qué memorias de arruinada pasión pueden haber pasado por su cabeza mientras el tiempo se renovaba a sí mismo. La cinta de la grabadora giraba en silencio. Detrás de Blunt, sobre la chimenea, colgaba el *Eliezer y Rebeca en el manantial* de Poussin, que Blunt había descubierto en París mal atribuido y que había adquirido con el dinero de su íntimo amigo Victor Rothschild.[6] Aparte sus secretos, el Poussin era su más preciada posesión. Martin no volvería a hablar. Por último, Anthony Blunt tomó un largo trago de su copa, se volvió a su acusador y dijo simplemente: «Es cierto».[7]

La conspiración de Cambridge es la infiltración en cualquier gobierno más investigada de toda la historia moderna y el más famoso episodio de la historia del espionaje. Casi cada año se desenmascara a nuevos miembros; sin embargo, en contraste con las historias de espías en las que la motivación es el dinero, la venganza o el mero nacionalismo de baja estofa, nunca ha perdido magnetismo este conjunto de dobles vidas en la imaginación pública. Esto acaso guarde relación con el hecho de que sus secretos provenían casi de las máximas autoridades. De no haberse descubierto a Donald Maclean, es muy probable que hubiese sido nombrado embajador británico en Estados Unidos. Un éxito de la temporada 1989 del teatro West End fue una obra próxima a la realidad en la que Anthony Blunt mantenía un largo y mañoso diálogo con la reina de Inglaterra. La historia del desenmascaramiento de los miembros de esta red se asemeja a un drama perpetuamente renovado de odios ocultos y verdades

furtivas. Cada nueva identificación —el tercer hombre, el cuarto hombre— produce un nuevo reconocimiento escandaloso.

A menudo, la gente se pregunta con verdadera perplejidad cómo pudo ser que tantos de estos ingleses privilegiados fueran «traidores a su clase». Eso es desconocer tanto su traición como su clase. El aparato de Münzenberg llegaba a todo país que fuese del interés de los soviéticos: Alemania, Francia, Inglaterra, Estados Unidos, Holanda, las democracias escandinavas y muchos más. En todas partes se lanzaba a organizar las élites intelectuales, en especial donde esas élites estaban en formación, es decir, en las universidades. Precisamente la misma gente que instituyó la penetración en Cambridge supervisó operaciones paralelas en Nueva York y Washington, en la Ivy League y la École Normale Supérieure, de París a Berlín. La Internacional era realmente internacional. El obvio aunque raramente comprendido golpe de genio en los servicios secretos detrás de esas operaciones era el simple reconocimiento de un vínculo esencial entre el llamado «sistema» (por el cual se da a entender poco más que a la élite de un país determinado) y lo que llamó Lionel Trilling la «cultura de adversarios», esa parte de la sociedad que, en virtud de su educación superior y su equipamiento critico, desarrolla una posición determinada dentro de la clase media, basada en la ambigüedad y en una perspectiva crítica, en la argumentación, el conocimiento y la protesta. Esta cultura de adversarios representa una rama de las clases medias, por lo general, su ala de mayor vigor intelectual y artístico. Aunque sea de forma ambigua, se siente atraída por las posturas radicales pues éstas forman parte de su visión de la libertad y de la verdad. Se imagina que la solución radical demolerá la fachada burguesa; sospecha que la visión radical alcanza la verdad más profunda. De hecho, la capacidad real de comprender o aceptar la visión radical es lo que la cultura de adversarios cree que la distingue de la inmensa clase media hipócrita y mediocre a la que pertenece, pero de la que quiere, comprensiblemente, apartarse.

El reclutamiento de los espías de Cambridge y agentes similares en todas las democracias se basaba en este simple postulado: la cultura de adversarios es una élite. Esto es lo que comprendían y explotaban los operativos fundadores del grupo de Cambridge,

Arnold Deutsch y Theodore Maly. Y lo mismo sucedió con ese residente de la Internacional que instruyó al joven Whittaker Chambers en la Biblioteca Pública de Nueva York. A la juventud elitista puede convencérsela de la calidad de su rebeldía. Es posible que acarreen esas presunciones hasta la madurez y hasta el poder. Coged esa protesta en la escuela. Desarrolladla correctamente. Profundizadla; convenced de su bondad, asustad con ella, presionad con ella, ponedla en una red. Entonces habréis forjado el invisible vínculo «revolucionario» entre la bohemia y el poder.

Si rastreamos las ocultas motivaciones morales de los espías de Cambridge, esos compromisos emergen como una especie de mapa, un mapa notablemente claro, de la vida intelectual y progresista británica de nuestra época. Es un retrato compuesto, aunque sea en sombras, que muestra a la élite de la generación heredera de la cultura de Bloomsbury, ese grupo dinámico y problemático de gente al que Noel Annan dio el nombre burlón, pero algo vanidoso, de «Nuestra Edad». He aquí a los chicos de Bloomsbury llegando a la madurez y al poder. Sus características son curiosamente estereotipadas aunque muy clasistas. Los espías de Bloomsbury mostraban muchas de las mejores características de su tiempo de adversarios; encajaban de forma casi demasiado natural con la generación que los precedía. Eran los chicos del alto Bloomsbury. El círculo salió muy en especial de ese crucero de la estrategia cultural de Lytton Strachey que fue el club de discusión de Cambridge, Los Apóstoles. Blunt era uno de los jóvenes amigos de Virginia Woolf; también había sido el amante universitario de Julian Bell, sobrino de la Woolf. Guy Burgess, a quien se le podría señalar como el último hombre británico de Münzenberg, fue durante muchos años uno de los jóvenes amigos de Harold Nicolson. Parece que no fue uno de sus amantes, pero le brindó compañía y amistad relacionándose con él por medio del lazo sexual y social que Sir Isaiah Berlin ha denominado «homintern» en otro contexto. Burgess se aprovechó concienzudamente de su amistad con Nicolson para progresar. Una razón del éxito estelar que logró con ese esfuerzo fue que asumía por completo la sensibilidad de Bloomsbury. Progresó en el mundo de los medios británicos de una manera que Strachey,

el magistral manipulador de la élite de Cambridge en la generación anterior, hubiera calificado de innata.

Pero estas características son también típicas del reclutamiento del *apparat* y lo mismo se puede decir de lo sucedido en Norteamérica, desde Washington a Hollywood, aunque en las ciudades norteamericanas la atracción proteica de la élite presentara un rostro de Washington o de Hollywood. Lo mismo ocurrió en Francia. Y también le pasó a Otto Katz. He dicho que Otto era un típico intelectual de vanguardia de su época y país, el arquetipo de Weimar; manifestaba las presunciones, los modos y modales de Piscator y Dietrich, de Brecht y Feuchtwanger, en todo lo que hacía e incluso en todo lo que ocultaba. Otto empezó su vida queriendo ser un artista en Weimar y fracasó. En el fondo, no era mucho más que un astuto diletante con algún fuego extra. Carecía de lo necesario para aproximarse ni de lejos a la grandeza de Kafka; ni siquiera alcanzaba la distinción más modesta de su amigo Kisch. Otto tuvo que contentarse con ser un espía. Pero fue el espía perfecto. Más en el espionaje que en el arte, representaba a su época.

Del mismo modo, la historia moral de estos escondidos idealistas de la Revolución —un notable número de los cuales reclutados con los auspicios de Münzenberg— necesariamente incluye a muchos que encamaron las mejores ideas, talentos y valores existentes en la cultura progresista de su tiempo. La derecha tiende a condenar toda la cultura de adversarios porque de ella salió un grupo de simpatizantes, espías y traidores. Esto es más que absurdo. En la mayoría de las democracias liberales, la cultura de adversarios incluye gran parte de lo que representa lo mejor de la sociedad: lo más animado, osado, creativo; lo más consciente. Fue así en la Rive Gauche de André Malraux; lo mismo en la bohemia de Greenwich Village donde los reclutadores del *apparat* lograron cosecha tan ubérrima. Y lo mismo sucedió en los dormitorios del Trinity College, donde en 1938 Anthony Blunt llevó a cabo su discreta campaña de reclutamiento. Y lo mejor es digno de recordarse.

Al hacer esta afirmación no es mi intención evocar alguna clase de contracultura sentimental para justificar a estos hombres y mujeres miserables. Los espías de Cambridge fueron servidores de Stalin, estalinistas puros. Lo mismo pasó en Francia, Estados Unidos

y los demás países democráticos. No habrá perdón histórico para ellos. Nada puede borrar su infamia. Su servicio a la tiranía y sus mentiras acaso fueron en el fondo más infames que la terrible serie de traiciones y crueldades que a sabiendas se llevó a cabo gracias a su complaciente colaboración. No obstante… hay que reconocer que se aproximaron a su meta maléfica y sucumbieron a ella guiados por un conjunto de inquietudes que fueron y siguen siendo admirables e incluso indispensables: indispensables para la sociedad y para nosotros. No hay la menor duda de que sus actividades fueron reprochables. Pero también debe vérseles desde la perspectiva de la observación de Rebecca West: «El caso del traidor siempre es complejo. Se trata de un tipo necesario de persona». De Praga a Hollywood, ése fue el caso.

Desde la primera hora, Münzenberg comprendió perfectamente esta simbiosis de radicalismo, elitismo y poder. Por esa razón, descubrió que una vía posible era el patrocinio de importantes exposiciones de, por ejemplo, arte dadaísta. Münzenberg en persona se dejó fotografiar en admiradas exposiciones dadaístas en las que su maestro Stalin hubiera encontrado buenas razones para fusilar a todos los participantes. Por esa misma razón su gente distribuyó copias en dieciséis milímetros del cine soviético de Eisenstein y Pudovkin en todos los campus universitarios de Occidente. Estas actividades lograron una cosecha excelente de simpatizantes de alto nivel cultural, y de esa multitud salieron, en especial de la primera fila, unos pocos futuros espías de verdad.

Vistos a esa luz, no debe sorprender lo activos que fueron los hombres de Münzenberg en las fases iniciales de las grandes historias de espionaje. El fermento de la creación de opinión radical llevada a cabo por Münzenberg apuntaba siempre al trabajo en los servicios secretos. Kim Philby fue enviado directamente ante Gibarti en París con una carta de presentación de los hombres de Münzenberg responsables de la Liga contra el Imperialismo en Cambridge. Se le indujo al trabajo secreto por medio de Gibarti y del Comité Mundial para la Ayuda de las Víctimas del Fascismo Alemán. A lo largo de la década de los treinta, Burgess estuvo vinculado a las operaciones de Münzenberg en París. Una vez desenmascarado, Blunt intentó desinformar a la inteligencia británica con historias engañosas sobre Otto Katz. Por su parte, Katz

era el contacto de los novelistas Josephine Herbst y su marido John Herrmann, activos en la bohemia de Greenwich Village el año en que Herrmann empezó a servir como correo de una red de fuentes del espionaje soviético extendida entre funcionarios del New Deal en Washington, dos de los cuales eran sin duda Alger y Priscilla Hiss. A su vez, ellos formaban parte de otra red en Washington dirigida por el mafioso húngaro que usaba el nombre de Jay Peters. Esa red había sido organizada por un joven norteamericano llamado Harold Ware, vinculado a Münzenberg desde mediados de los años veinte y un espía en activo en 1933. Pero la conexión era aún más poderosa en Francia. Durante la segunda guerra mundial, cuando André Malraux conoció al general De Gaulle por primera vez, le dijo que en los años treinta la tradición francesa de Voltaire había sido usurpada y estaba ahora dirigida por un tal Willi Münzenberg. Era un nombre que el general jamás había oído mencionar.[8]

De modo que los espías de Cambridge, pese al tenor británico de sus traiciones, tenían su contrarréplica en un número equivalente de activistas en la élite norteamericana del poder. Cuando se hizo pública la noticia de la deserción de Burgess y Maclean, precisamente a medio juicio del caso Hiss, la mayoría de los observadores intuyeron que entre las brumas existía un paralelismo entre los descubiertos diplomáticos ingleses y el acusado norteamericano. Tampoco ese paralelismo pasó desapercibido a los protagonistas. En los últimos días previos a su fuga, Maclean, bebiendo compulsivamente hasta el límite, farfulló: «Yo soy el Hiss inglés», una confesión entonces incomprensible para su interlocutor, Cyril Connolly.

Resulta menos obvio el hecho de que la transformación de estos idealistas en espías implicara necesariamente un lento trabajo psicológico de iniciación y profundización. Para ello, resultaba imprescindible la colaboración entre los responsables en el aparato de la creación de opinión, es decir, la gente de Münzenberg, y los hombres mudos, invisibles y sin rostro de la cobertura profunda del *apparat*. Trabajaban juntos. Las actividades encubiertas de las que hablamos empiezan con ideas e ideales. Noel y Herta Field, Anthony Blunt y Donald Maclean y (en mi opinión lo más probable)

Alger y Priscilla Hiss, jamás hubieran entrado en el mundo del espionaje y de la traición si no se les hubiera abierto una puerta que vieron como un camino directo a los más altos compromisos morales posibles.

Esta fusión de opinión pública y acción secreta queda perfectamente ilustrada por las trayectorias interrelacionadas de dos hombres.

Uno es norteamericano, Noel Field, un comprobado topo en el Departamento de Estado sobre quien nadie tiene nada que decir, en contraste con el caso de Hiss. El otro es un *mafioso* húngaro, Theodore Maly, un agente que merece ser considerado como uno de los más grandes ilegales, padre fundador del servicio secreto de la NKVD, acólito de Felix Dzerzhinski y del Santo Terror. Estas dos vidas permiten entender por qué los fundadores de los servicios soviéticos llegaban a creer que estaban poniendo los cimientos para un nuevo y grandioso edificio del bien.[9]

Estos dos hombres, ambos muy amables, ambos muy crueles, están relacionados. El reclutamiento de Field, o al menos su preparación como espía soviético en Foggy Bottom, tuvo lugar en Washington. Pero fue supervisado por Maly cuando éste estaba en Europa antes de que se hiciera cargo del círculo de Cambridge. Hubo un punto de encuentro entre Washington y Londres y en él participó activamente Maly. De hecho, su mayor ilusión era que lo transfirieran a Norteamérica. La razón era clara: la mujer que amaba estaba en Nueva York.

*

El hilo de Ariadna que conduce de Cambridge a Norteamérica, el «antifascismo» y el «espionaje», y que lleva de Maly a Noel Field, era una comunista germano-norteamericana, amiga de Willi Münzenberg y de Babette Gross, llamada Hede Massing. Conocía a los Münzenberg desde el primer momento. Fue amiga de Babette hasta el final de su vida, antes y después de haber sido una espía. De joven, había sido actriz. Era una mujer atractiva y dada a los amoríos. Se casó tres veces y cada uno de sus maridos formó parte o estuvo en las cercanías del aparato. El primero fue nada menos que Gerhart Eisler, el hermano de Ruth Fischer, un hombre destacado

del *apparatchik*, quien, en Norteamérica especialmente, trabajaría en estrecha colaboración con Otto Katz. Su segundo marido, llamado Julian Gumperz era un editor izquierdista vinculado al Trust Münzenberg. El tercero era un profesor y escritor llamado Paul Massing, que participó en las actividades parisinas de Willi y Otto.

Mientras vivía en París con Massing, Hede dio el paso del que estamos hablando: pasó de la propaganda al activismo totalmente encubierto bajo el «antifascismo» de Münzenberg y Katz. Fue bajo la supervisión de uno de los grandes ilegales e íntimo colaborador de Theodore Maly: el gran maestro de espías Erwin Poretsky, conocido como «Ludwick» y, sobre todo, como «Ignace Reiss», sus nombres de guerra.

En el verano de 1933 todas las piezas empezaban a encajar. Estaban a punto de tener lugar el juicio de Leipzig y el contraproceso de Londres. Willi y Otto consolidaban su misión. El «antifascismo» tomaba forma. En Gran Bretaña, Maly y sus colegas perfeccionaban con gran éxito las redes en Cambridge. Y en Norteamérica, el New Deal de Franklin Roosevelt cumplía sus primeros cien días.

En respuesta a todo esto, el aparato ultrasecreto de «Ludwick» en París se movió en nuevas direcciones. Willi Münzenberg y Ludwick, en respectiva representación de la propaganda y de la cobertura profunda, tenían buenas relaciones personales, pero sus operaciones eran autónomas. A Babette se la había ordenado no demostrar el más mínimo reconocimiento si se cruzaba con Reiss o su mujer aunque fueran viejas amigas.

Así estaban las cosas cuando Ludwick convocó a Hede un día de verano para darle las instrucciones necesarias en sus nuevas tareas. Se debía preparar para encontrarse con «un camarada de la máxima importancia». «Trate de tener el mejor aspecto», le dijo Ludwick. «No vaya tan llamativa como tiene por costumbre… Muestre respeto hacia la gente importante.»[10]

Ludwick escoltó a Hede hasta un café cercano a la Opera llamado el Café Scribe. Allí se sentaron a una mesa, pidieron un *apéritif* y conversaron mientras esperaban. Unos pocos minutos más tarde, se les apareció un «hombre elegante, alto, delgado, de unos cuarenta años. Tenía la cara bronceada, extrañamente ascética con ojos oscuros y profundos. Sus manos eran largas, finas,

aristocráticas».

Se trataba de Maly. Hede no sabía quién era. Podría no haberse enterado jamás. Ciertamente no lo sabía cuando escribió sus memorias. Pero se trataba de Maly.

El elegante agente tomó asiento y, previa presentación, se dirigió a Hede por su nombre de pila. Le dijo que entre «nuestra gente» del aparato se le conocía como «*der Lange*», el Alto. Por tanto, ¿por qué no le llamaba así Hede?

En ese instante, Ludwick hizo mutis.

Maly había convenido esta cita para presidir lo que sería un cambio radical en la vida de espía de Hede. Aunque Massing ignoraba el trabajo de Maly en Inglaterra, el Alto se mostraba orgulloso, incluso envanecido, de sus contactos británicos. Massing presintió algo importante. «Supuse», escribió ella más tarde, «que encabezaba algún aparato, probablemente el GPU en Inglaterra *y que era candidato a marchar a América con ese mismo cargo*» (subrayado del autor). «Félix [el ayudante de Ludwick] probablemente había mencionado el hecho de que yo era una auténtica ciudadana norteamericana con un auténtico pasaporte norteamericano; que iba a viajar a Estados Unidos; que había trabajado para Ludwick y que valía la pena verme.»

De modo que lo que había llevado a esta alto cargo secreto de la conspiración de Cambridge hasta el Café Scribe eran asuntos norteamericanos.

El Alto se recostó en la silla y sugirió una salida nocturna. «Era gentil, mundano y hablaba un inglés fluido.» «Se necesita un inglés como yo para conocer París», dijo señalando con un guiño su excelente traje a medida.

El resto de la noche fue como una melancólica cita sin mayores consecuencias, menos una reunión de espías que una escena de *Ninotschka*, la película de Ernst Lubitsch, esa comedia de romance y revolución, vuelta a rodar en una clave crónicamente melancólica. Cenaron en un restaurante normando y terminaron a las cuatro de la madrugada en el Melodie Bar, escuchando a un grupo de jazz mientras, con un par de coñacs, *der Lange* la tomaba de confidente. Le confesó que era un hombre enamorado, que trataba de que lo transfirieran a Norteamérica para poder reunirse con una mujer de la red de Ludwick llamada Gerda Frankfurter. El Alto amaba a

Gerda, pero la había perdido. No sabía si la volvería a ver. La tristeza se espesó cuando terminaba la velada y él caía, una y otra vez, en «ataques depresivos de mala conciencia».

A Hede la enviaban a Nueva York usando ese valioso pasaporte norteamericano *auténtico* para adentrarse en una nueva fase de trabajo secreto. De hecho, en Norteamérica, Hede llegaría a conocer bien a Gerda Frankfurter y colaboraría con ella a menudo. Maly sacó una cigarrera —«Pensé que era un método bastante primitivo», pensó ella—, la rompió por la mitad y le dijo que reconocería a su contacto en Norteamérica cuando le mostrara la otra mitad.

Pocas semanas después de su llegada a Estados Unidos, un hombre se presentó a la puerta del apartamento que había conseguido en Nueva York. Era corpulento, arrogante, estúpido y estaba vulgarmente vestido. Anunció que tendría que tener la otra mitad de la cigarrera, pero que la había perdido. Era un ejemplo típico de la nueva raza de la NKVD. Irrumpió dando órdenes.

Trabajando con su nueva cobertura de periodista «antifascista», Hede empezó a frecuentar los círculos izquierdistas de Nueva York y Washington; era una agente dispuesta a contactar con los «inocentes». Una de las personas para las que Hede se convirtió en la conexión con «la clandestinidad antifascista», es decir, el *apparat*, era Josephine Herbst, una novelista y periodista del círculo de Ernest Hemingway. Parece que a través de este contacto con Hede (y muy posiblemente mediante una reunión con Münzenberg y Gibarti), Josephine Herbst fue enviada a Alemania en lo que tiene todo el aspecto de ser una misión secreta para Münzenberg, la primera de una serie de acciones encubiertas que ella y su marido llevaron a cabo para el *apparat*.[11] (La cooperación entre Hede y Gibarti para la misión de Herbst en Berlín ilustra a las claras la relación entre Willi y el grupo para misiones ultrasecretas encabezado por Ludwick.) En aquella época, Herbst se convirtió en una buena amiga o en un importante contacto político, o ambas cosas, de Otto Katz. Fue una amistad que Josephine mantuvo a buen recaudo del ojo público guardando el secreto el resto de su vida. En el ínterin, su marido, John Herrmann, recibía entrenamiento para un serio trabajo de espionaje en Washington.

Era un novelista de poca monta que había servido como compañero de juergas alcohólicas de Ernest Hemingway, desde París hasta Key West. Pronto se encontraría comprometido en actividades secretas contra Washington, casi al tiempo en que Hede llegaba a la capital para realizar una misión de alto nivel.

La misión de Herrmann en Washington consistía en ayudar a dirigir la red creada por Harold Ware, una red que incluía, en mi opinión, a Alger Hiss. A Hede Massing se le asignó relacionarse con una joven estrella en alza en el Departamento de Estado, Noel Field. Su misión, o al menos así creía ella, era guiarlo, muy delicadamente, a traspasar la puerta secreta. Herrmann y Massing trabajaban codo con codo. Eran operativos asignados a Cambridge. [12]

Hede Massing no parece haber sabido que para 1934 Noel Field ya era objeto del interés de Moscú y que hacía algún tiempo que lo era. Su madre, una cuáquera practicante, visitaba Europa a menudo y había hecho repetidas veces de correo para Ludwick. Mamá Field era apasionadamente contraria a Hitler; las misiones que realizó para Ludwick en Alemania estaban protegidas por su evidente rostro norteamericano y su precioso pasaporte norteamericano. Jamás he oído decir que la madre de Noel Field fuera algo más que una sincera e inocente antifascista. No obstante, precedió a su hijo en el mundo secreto y llevó a cabo misiones secretas para Ludwick. Nótese bien que con frecuencia a los correos se les selecciona precisamente por su inocencia. La razón es simple: si los atrapan, los inocentes no tendrán nada que decir. Debo añadir que la incorruptible rectitud y la pasión moral de la señora Field, aunque útiles, exasperaban a Ludwick.[13]

Sigue siendo un misterio si el aparato descubrió a Field a través de su madre o fue al revés. Pero de regreso a Norteamérica, Noel Field ya estaba secretamente comprometido en actividades comunistas. Probablemente lo haya estado desde 1926 o 1927.[14] Formalizó su entrada en el partido comunista casi al mismo tiempo que Whittaker Chambers se reunía con el fantasma del Komintern en la Biblioteca Pública de Nueva York. Téngase en cuenta que ninguno de los dos fue reclutado por miedo a Hitler; la fecha es demasiado temprana.[15]

Y cuando se le anunció a Donald Maclean que podía servir mejor a la Revolución en el Foreign Office británico, el joven Noel Field se dispuso a servir los mismos intereses como diplomático norteamericano.

El relato de Hede de cómo guió al presunto inocente Noel Field rumbo al espionaje es uno de los informes más completos existentes sobre esta clase de seducciones. El primer paso fue hacerse amiga de Field. Lograrlo le resultó fácil. Noel le cayó sinceramente bien; lo mismo sucedió con Herta, su esposa. Massing estaba sola en Norteamérica; la pareja le brindó compañía; eran «casi europeos». De hecho, Herta Field era alemana; y Noel, nacido en Londres, provenía de una tradición americana cosmopolita, un poco a la manera del viejo Henry James. A Hede, Noel le pareció soñador, idealista, impulsivo. Asimismo tenía una gran carrera por delante. En un futuro nada lejano, le ofrecieron un puesto en el que se encargaría de los asuntos alemanes, nada más y nada menos.

Treinta años después, los colegas editores de Field en la Hungría comunista guardaban silencio cuando éste se les acercaba por los pasillos; temían que el intransigente estalinista los delatase al Comité. ¡Qué historia tan diferente la de aquella primavera en Washington, durante el primer mandato de Roosevelt! De joven, Field parece haber sido, si no exactamente encantador, al menos una persona simpática. En alguna parte hay una foto del joven Noel tomada por Herta en un bosque a unos diez minutos del centro de Washington. Field está desnudo y radiante ante la cámara. Tomaron la foto para probar lo rápidamente que el joven diplomático podía pasar de los despachos del Estado al estado de la naturaleza.

En otra ocasión, caminando a altas horas de la noche por el Malí, cargado de vino, Noel hizo una pausa ante el Lincoln Memorial, abrió sus largos brazos y empezó a cantar una serenata, la *Internacional*, a la estatua del gran Daniel Chester French. El viejo Lincoln contemplaba al cantor cuáquero.

La tarea de Hede era endurecer y halagar a este espíritu bastante triunfador y romántico. Su trabajo consistía en vigilar e informar de cada cambio, por minúsculo que fuera, en la oculta superficie de la bondadosa e ingenua cabeza de Field. Ella debía probar y acerar su idealismo, ganarse su confianza y localizar su capacidad de traición. Hede tenía que pensar con Herta y Noel, sentir con ellos, respirar al

unísono.

Field amaba a Wagner y supuso que su amiga alemana antifascista también debía amar a Wagner. Hede lo detestaba. Noche tras noche, cuando Noel llegaba a casa tras otro día de éxitos en el Departamento de Estado, Hede se reunía con ellos para probar los pasteles *gemütlich* de Herta. Después de la cena, no fallaba nunca: Wagner. Hede se echaba en el sofá simulando gran placer mientras el hijo de cabellos rizados de los cuáqueros suspiraba al son de *Lohengrin*. No acababa nunca. Al final, el silencio permitía que Hede les hiciera volver a la realidad con una seria conversación sobre el antifascismo, sobre la terrible confrontación en Europa, sobre la Revolución. Ante todo, Hede incidía en la preocupante cuestión de qué podía hacer realmente contra esa amenaza un gobierno meramente burgués como el de Roosevelt. Después de todo, Roosevelt era juez y parte del sistema capitalista que había procreado al fascismo. Formaba parte del problema, tal como sabían los revolucionarios como ellos. Las buenas intenciones no eran suficientes. Para buscar una salida había que mirar a la Unión Soviética, al marxismo-leninismo. Pero ¿cómo? ¿Con qué ayuda?

No está claro cuánto tiempo le llevó a Noel Field convertirse en un verdadero agente soviético. Yo mismo no descarto la posibilidad de que Field pueda haber estado totalmente comprometido y dentro del aparato para cuando Hede entró en su vida. Field puede haber sabido más sobre las maniobras de Hede de lo que se permitía decir. Después de todo, hacía años que era un miembro secreto del partido comunista. Massing informa que al principio Field vaciló antes de robar documentos oficiales. Dice que su recluta prefería escribir resúmenes de importantes documentos, resúmenes que llevaba a su casa y luego leía en voz alta a Hede, quien los copiaba en taquigrafía. Massing sugiere que esta cautela era producto de la rigidez moral de Field, como si la taquigrafía sólo supusiera media traición. El argumento carece de verosimilitud. Es mucho más probable que esa cautela fuera una elemental aunque astuta medida de protección, una manera de asegurarse que los soviéticos recibirían el material sin dejar ninguna pista escrita que le pudiera denunciar. Si Alger Hiss hubiera insistido en que Whittaker Chambers tomara notas en vez de permitir que Priscilla escribiese los resúmenes en la máquina de escribir de la casa, los Hiss jamás

habrían sido descubiertos. ¿Quién era pues el inocente? ¿Noel o Hede?

Es de señalar que todos los relatos sobre las actividades de espionaje de Noel Field son característicamente contradictorios sin excepción. Las pruebas disponibles durante años han llevado a inevitables conclusiones sobre él. Esas suposiciones han sido confirmadas por los archivos del Ministerio de Interior en Budapest. [16] Pero está claro por otras fuentes que, a mediados de los años treinta, Noel Field era una fuente de pleno rendimiento para el espionaje soviético dentro del Departamento de Estado de Roosevelt; asimismo queda claro que, cuando pasó a Europa al cabo de un tiempo, siguió dentro de la disciplina soviética durante el transcurso de la guerra hasta el momento de su arresto en Budapest en agosto de 1949. Eso sucedió cuando su colega Alger Hiss estaba siendo acusado por Whittaker Chambers en Washington.

Algunos dicen que Field fue un agente lleno de vacilaciones y complejos de culpa; un hombre que sobrellevaba un conflicto de lealtades. Se afirma que en 1936, a punto de ser promocionado para ese cargo de ensueño de los asuntos alemanes, lo rechazó y partió hacia Europa para trabajar en la Liga de las Naciones, no en respuesta a las necesidades soviéticas, sino porque aún sentía resquemores ante el espionaje y no podía soportar traicionar al gobierno norteamericano cuando trabajaba para él bajo juramento. (Ello implica que traicionar a la Liga de las Naciones era una actividad más aceptable.) Sin embargo, otros testigos de excepción describen a Field como un espía secreto excepcionalmente ansioso por entrar en acción; muy dispuesto a borrar las distancias entre el espionaje y el asesinato. Según esta versión, el ambivalente era el aparato, no Field: el aparato decía que no a Field, pese a su buena predisposición. De hecho, todos los relatos de la carrera de Field sitúan una y otra vez al joven norteamericano en el lado siniestro de los acontecimientos, en situaciones políticas no aptas para aficionados. En el momento álgido del Terror, por ejemplo, estaba a salvo y era influyente en Moscú, disfrutando de toda clase de privilegios que por lo general Stalin no otorgaba a norteamericanos que parloteaban demasiado sobre conflicto de lealtades estando a su servicio.[17]

En suma, una nebulosa confusa y reacia se posa sobre todo

nuestro conocimiento de Noel Field; es una humareda que a mí me parece una cortina de humo que nubla a cada paso nuestra vista ante el verdadero trabajo político de Field. Y una cantidad muy sustancial de ese humo proviene de una sección del aparato encabezada por Ludwick y Krivitsky. Incluso tras la muerte de Field, la niebla continuó expandiéndose. Karel Kaplan, el desertor checo que actuó como investigador del gobierno de Dubcek en los juicios de Slansky, me contó que los documentos que había visto en Praga indicaban que, después de 1938, el aparato «desconfiaba» de Field porque había estado demasiado próximo a Krivitsky. Esto puede ser verdad. También pudo tratarse de una cobertura dentro del aparato.

Es verdad que llegué a sospecharlo de pura inferencia y no con pruebas concretas. Las pruebas son contradictorias. Una versión apunta que Field estaba fuera del aparato porque pertenecía al círculo de Reiss y Krivitsky. Otra sugiere que estaba fuera porque Reiss y Krivitsky no querían saber nada de él. Estas versiones incesantemente resbaladizas sobre su ambivalencia me suenan como un intento de confundirlo todo. Se dice que los informes sobre las instrucciones de Field, supuestamente descubiertos en los archivos húngaros en 1993, vienen a apoyar el lado más oscuro del siniestro compromiso de Field como agente secreto. Según Maria Schmidt, Field traspasó la distancia que va del espionaje al asesinato. Pero incluso sin los archivos de Budapest, hay ante nosotros pruebas que son fehacientes. Field *estaba* en el aparato. Lo estaba en Washington. Y en París. Y en Marsella. Lo estaba cuando llegó ante Allen Dulles y lo estaba cuando trabajó para la gente de Münzenberg en Europa. Tras su puesta en libertad y tras el Terror desencadenado en su nombre, siguió siendo un estalinista de tal fanatismo que resultaba casi increíble. Por ejemplo, el día de su salida de la cárcel, él y su mujer se enteraron por primera vez de que Stalin había muerto mientras ellos estaban presos, un hecho que los abrumó de dolor de tal manera que se abrazaron conmovidos y «sollozando». Que ahora se aduzcan los problemas de conciencia de este hombre en sus primeros tiempos de espía suena, cuando menos, inverosímil. Supongamos que realmente Field se negó a usar su cargo oficial y desobedeció una orden directa con la justificación de estar pasando por un conflicto de lealtades, ¡nada más y nada menos! ¿Es imaginable que los residentes soviéticos

accedieran, demostrando su gran comprensión del caso, y sugirieran un traspaso a un cargo europeo extremadamente sensible donde el reticente espía pudiera meditar sobre sus dudas?

Esta posibilidad, en mi opinión, es absurda. *No hay duda* de que Ludwick se hubiera negado a emplear a un peligro tan evidente para la seguridad en Europa o para cualquier otro sitio. Se hubiera negado a verlo personalmente. No obstante, sabemos con total certeza que Noel Field fue a Europa con el patrocinio soviético, que allí se encontró con Ludwick y que Krivitsky le llegó a conocer bien. También sabemos que finalmente se convirtió y *siguió siendo* un *apparatchik* de toda confianza durante muchos años.

De hecho, ninguna de estas versiones sobre las ambigüedades de Field son creíbles o, en mi opinión, verdaderas. Aparte del relato de Hede Massing, ninguna prueba concluyente sugiere que Ludwick guardara la menor duda sobre Field o que éste la tuviera sobre Ludwick. No creo que Field se negara a espiar en el Departamento de Estado ni que Ludwick se negara a emplearlo.[18] Considero mucho más probable que Field siempre hiciera exactamente lo que le ordenaban que hiciera. Una negativa de su parte le hubiera colocado de modo irremisible fuera del aparato y acarreado graves problemas a finales de 1934.

La mejor prueba de que disponemos sobre esto proviene de Whittaker Chambers. Mucho antes de que Field tuviera problemas, Krivitsky le comunicó explícitamente a Chambers que el aparato había dado una orden directa a Field de que rechazara su promoción en el Departamento de Estado y se pasara en cambio a la Liga para estar en activo en Europa.[19] Se puede medir la importancia de este paso, a ojos vista claramente negativo para la carrera profesional de Field, con el papel luego desempeñado por Field en las redes «antifascistas» del aparato en el verdadero foco de interés, la Europa del Este. Las supuestas dudas y vacilaciones de Field (en mi opinión, inexistentes) no tuvieron la menor consecuencia. Es verdad que la versión de Hede Massing difiere de lo que estoy afirmando, pero supongo que ella era tan inocente como Field y que simplemente no tuvo la menor participación en esta decisión. Debió de sentirse confundida por una cortina de humo de su propia cosecha. La prueba que apoya esta hipótesis es que a Massing nunca se le informó de que Field, el hombre al que se

suponía que entrenaba con su suave antifascismo de tintes meramente moralistas, hacía años que era un miembro secreto y disciplinado del partido comunista. El inocente que se relamía de gozo escuchando *Lohengrin* sabía tal vez más sobre las estrategias secretas de la amistad de lo que Hede se imaginaba. ¿Quién vigilaba a quién? Mi corazonada es que se vigilaban mutuamente.

«¡Oh, Hede, Hede!», así exclamó Babette Gross cuando hablamos de su vieja amiga. Daba a entender que se trataba de una persona inocente, triste, manejable. No obstante, la inocente Hede acaba la versión de su reclutamiento y de su vinculación con Noel Field con una nota final fascinante merecedora de una futura investigación. «Pienso que Krivitsky se queda muy corto en lo que manifiesta en su libro *In Stalin's Secret Service*. Creo que, si Noel Field puede y quiere contar su historia, se comprenderá mucho mejor el trágico doble papel de Krivitsky.»[20]

Este comentario me suena como algo que podría resultar profético para futuras investigaciones. Sólo le puedo añadir una nota de mi propia cosecha. El Noel Field que convenció a Hede Massing de que él era una persona tan bondadosa, tan llena de exquisitas reservas morales, se jactaba, incluso en sus instrucciones de Budapest, de haber colaborado con la NKVD en la búsqueda de Ludwick, tras la ruptura de éste con Stalin, hasta dar con su escondite en Suiza. Field sentía un inmenso orgullo por haber apoyado al equipo que descubrió al viejo espía en Lausanne, y que allí lo acorraló y mató a tiros.[21]

Diez años después del asesinato de Ludwick, los acontecimientos de la emergente guerra fría de súbito convirtieron a Field en un espía muy en el frío. Se había pasado la guerra como agente soviético trabajando en los equipos «antifascistas» que Stalin había desplegado por toda Europa. Allí se encontraba el verdadero punto de intersección entre propaganda y cobertura profunda. Los «cuadros antifascistas» tenían asignada una serie de objetivos aparte de la resistencia al fascismo. De hecho, se trataba de redes creadas para destruir a la oposición, incluyendo a cualquier otra oposición antifascista, y sentar las bases para el poder estalinista en la Europa post-nazi. Aquí es donde las redes de Münzenberg, y en especial,

Otto Katz, desempeñaron su papel políticamente más decisivo. Y es también el escenario en el que Noel Field llegaría a su edad madura como espía. Está claro que su especialidad en los servicios secretos era trabajar con esos cuadros mencionados a los que servía como principal contacto norteamericano.[22] El querido amigo de Katz hizo algo más que dictar a Hede Massing resúmenes de la documentación del Departamento de Estado. Trabajando en estrecha colaboración con las operaciones de Münzenberg y bajo la cobertura de ser un importante filántropo norteamericano en el mundo de los refugiados europeos, Field fue, a partir de este momento, responsable directo del destino y, de hecho, de la supervivencia de incontables refugiados políticos en Europa. Esta era toda la clase política no-nazi del continente. Tal como Field y sus jefes sabían muy bien, esta gente atemorizada y en forzada competitividad sería la depositaría del poder en la Europa post-nazi. Y la tarea de Field era ayudar a asegurar que se trataría de un poder estalinista.

En esa capacidad, Field llevó a cabo una misión de gran valor para los soviéticos. En Suiza, se había puesto en contacto con Allen Dulles, su viejo amigo del Departamento de Estado, ahora a cargo de la estación de la OSS en Ginebra. Field lo persuadió de que su trabajo en la Liga y más tarde en el Comité del Servicio de Amigos Americanos y organizaciones similares le habían permitido tener contactos de primer orden con importantes grupos antifascistas que desconfiaban de los norteamericanos. Se ofreció como enlace. Velaría en las sombras por los intereses norteamericanos y le aseguró a Dulles que le mantendría bien informado y en contacto con la gente idónea. Resulta evidente que Field se consideraba bajo la disciplina soviética cuando le hizo la oferta a Dulles. Y es también obvio que Dulles, en lo que se podría calificar como error de bulto, cayó en la trampa de la «oferta». En consecuencia, Field se convirtió en uno de los asesores de Dulles sobre política antifascista. Y una vez más, en la inteligencia norteamericana se infiltró al más alto nivel otro agente doble al servicio de Stalin.[23]

Un éxito bastante rotundo para quien, según se nos pide que creamos, no desempeñó ningún papel importante. Una vez terminada la guerra, Field iba a la búsqueda de una nueva misión cuando llegó el fatídico día en que Whittaker Chambers acusó a

Alger Hiss, el colega topo de Field en el Departamento de Estado, de ser un agente secreto. Apenas leyó los titulares en París, Field entendió que le había llegado la hora. Con Chambers sacando a la luz la red de Ware, Field sabía que en cuestión de tiempo las pistas conducirían a él. Se debía evitar a toda costa una citación incluso como testigo y no como acusado.[0]

En cambio, recurrió naturalmente a los soviéticos. Y por supuesto, Beria, el jefe de la NKVD y el aparato coincidieron con él: no debía caer en manos norteamericanas. Pero los soviéticos no optaron por rescatarlo tal como lo habían hecho con Maclean. No habría piso ni dacha. Todavía no. Primero debía arrestársele junto a su esposa, su hermano y su hija adoptiva. Y aparte de esta familia deshecha, se debía arrestar a una gran cantidad de gente más.

Se le ordenó ir a Praga. Field fue a Praga. Y en aquel momento, Noel Field desapareció de la faz de la tierra.[24]

En realidad, a Field le llevaron a una casa segura en las afueras de Budapest donde se le retuvo bajo una severa vigilancia. Allí los soviéticos le revelaron la nueva misión que tanto deseaba. Sería el hombre cuyas acusaciones justificarían una nueva oleada de arrestos en masa y de purgas que se llevarían a cabo en toda la Europa del Este estalinista.[25]

Ahora debía adoptar otra pose y lo hizo. Se anunciaría que durante toda la guerra había actuado como una especie de superagente y superespía norteamericano, un conspirador del máximo nivel y agente doble trabajando a las órdenes de Allen Dulles. Se afirmaría que en esta capacidad clandestina había dedicado su vida a luchar contra la Revolución y, sobre todo, a reclutar una gran cantidad de traidores para su red. Había transformado a unos presuntos buenos comunistas en espías norteamericanos, titoístas, trotskistas y otra escoria de esa laya.

Por supuesto, los acusados eran comunistas a quienes Stalin quería eliminar; un alto porcentaje de ellos había permanecido en activo en los cuadros del movimiento antifascista antes y durante la guerra. Era evidente que Stalin había decidido que había llegado la hora de deshacerse de los cuadros de una vez por todas y cubrir las huellas con una nueva serie de juicios apañados. Field era el motor

ideal para la purga ya que era norteamericano y, a la vez, había sido públicamente activo con esos cuadros a partir de 1936. Como había conocido a todo el mundo, todo el mundo podía ser liquidado en su nombre.

Murieron miles.

Y así, en nombre de Noel Field dio comienzo en Budapest, pero con el tiempo se extendió a toda la Europa del Este, una nueva purga dentro del partido que culminó en Praga con los juicios Slansky de 1952 y sus numerosas víctimas.

Una de las almas condenadas fue el mentor y viejo amigo de Noel Field, Otto Katz.

No se sabe con exactitud cómo cooperó Field en este asunto. Es incuestionable que tanto a él como a su familia se les retuvo en Budapest en calidad de prisioneros. Tanto a él como a Herta les interrogaron sin cesar, aunque se dice que los documentos de su instrucción, escritos en los días de su puesta en libertad, lo muestran como un colaborador total, incluso entusiasta, de la policía secreta.[26] Según se da a entender, fue torturado. No obstante, desde las primeras fases de esta operación, Field se comportó como un prisionero extrañamente cooperativo y sus sufrimientos no terminaron con su vida. Hay un hecho sobresaliente y por encima de cualquier otra consideración: *Field no fue ejecutado*. Miles de otros fueron conducidos a la muerte en su nombre, pero el gran responsable de esta gigantesca conspiración salvó la vida. ¿Por qué? Hubiera resultado muy fácil liquidarlo. Años más tarde, Field fue uno de los primeros en ser «rehabilitado». ¿Por qué? Le podría haber sido muy fácil contar la verdad, exponer la mentira.

Pero Noel Field no lo hizo. Los estalinistas húngaros le brindaron protección e ingresos para toda la vida. Y por el resto de su vida, este «inocente», tan famoso por su ambivalencia e indecisión, los sirvió con una dedicación jamás manchada por la más mínima sombra de duda.

Sólo conocemos unas pocas anécdotas de su estancia en prisión. Noel Field estaba retenido en aquella casa de campo cuando se llevó allí a la primera víctima del Terror para ser acusado, torturado y obligado a confesar. Se llamaba Tibor Szonyi. Era inocente por supuesto; también se trataba de un veterano organizador de cuadros estalinistas en Europa, un operativo secreto que se había pasado la

vida dentro del partido. Se creía un líder admirado del partido, un soldado poderoso y de confianza del estalinismo, tal como lo era su buen amigo Noel Field.

El primer paso para desmoralizar a Tibor Szonyi fue arrojarle el cubo de agua fría de la acusación de alta traición. Era un agente norteamericano, un alcahuete de Allen Dulles y de la OSS. El superespía Noel Field era su enlace. Naturalmente Szonyi negó la acusación. Explícito su negativa como si estuviera mostrando su carnet del partido como prueba irrefutable de inocencia. He aquí a un hombre del Comité Central, un hombre que lo había dado todo al partido, cuya lealtad había sido probada a lo largo de muchos años, toda una vida de servicios.

Entonces, como una alucinación, Noel Field salió de la habitación de al lado. Alto de talle, de mentón prominente y enormes ojos, este cuáquero norteamericano, hijo del éxito puritano, debió de producir la impresión de un extraterrestre a los ojos del húngaro. La impresión ahora se convirtió en pesadilla. Field se plantó ante el atónito *apparatchik* y procedió a repetir toda la acusación. Obligado o no, Field ya estaba en aquel primer momento trabajando *con* los verdugos de Szonyi. Lo repitió todo: sí, Szonyi era un peón de los norteamericanos. Sí, a menudo él había actuado de enlace con Allen Dulles para las traiciones de Szonyi. Sí, Szonyi era un traidor al comunismo, un eslabón más en la maligna red antisoviética.

Ante esta presencia espectral, a Szonyi debieron de tambaleársele todas sus certezas más íntimas. Field estaba hilando diminutos retales de verdad reconstruidos como extravagantes inversiones de los hechos, una visión final paranoica, políticamente explosiva. *Por supuesto* Szonyi había trabajado para Field. ¿Qué antifascista europeo y encubierto no lo había hecho? Habían trabajado juntos en Europa *para el partido*. Los dos eran servidores absolutamente leales de la Revolución. ¿Noel Field? ¿Un superespía? Toda una vida de compromiso a rajatabla estaba siendo convertida en un relato de traición absoluta.

Cuando terminó, Noel Field abandonó la habitación y se procedió al verdadero «interrogatorio» de Szonyi. Fue llevado a cabo con más golpes que palabras. Al cabo de unas pocas horas, el viejo y orgulloso miembro del Comité Central, que había servido al

partido tan bien y durante tanto tiempo, se arrastraba por el suelo farfullando confesión tras confesión sobre sus conspiraciones con Allen Dulles, la OSS y, por supuesto, Noel Field.

Aunque sin duda Field no estuvo presente en todos estos «interrogatorios», éste fue sólo el primero de los miles que tendrían lugar a continuación. Lo que empezó en Budapest se extendió a toda la Europa del Este. Un jerarca tras otro del partido, casi todos ellos gente que había militado en los cuadros antifascistas antes y durante la guerra, confesaron haber conspirado a las órdenes del gran monstruo de Field. Antes de ser ejecutados, participaron en destrozar sus propias vidas con un montón de falsedades.[27]

En efecto, un objetivo prioritario de las purgas del Terror europeo entre 1948 y 1952 fue reunir a los viejos cuadros antifascistas de la preguerra y la guerra, borrar las pistas de su anterior trabajo con un buen saco de mentiras judiciales y eliminarlos a todos. Será tema de investigación en años venideros descubrir exactamente qué crímenes y qué compromisos quiso ocultar Stalin con la matanza de sus propias redes clandestinas en Europa. Hasta ahora, la bibliografía que conozco aún no ha acometido seriamente esta tarea.[28] Conocemos uno de los muchos siniestros secretos que Katz debe de haberse llevado a la tumba: que el proceso por el incendio del Reichstag, el evento que dio pie al movimiento «antifascista», fue una colaboración con Hitler. Pero los documentos sugieren que Katz conoció otros muchos secretos relacionados con el antifascismo. Se dice que estaba al tanto de los secretos de «la Casa Parda»; es probable que haya conocido los intríngulis de la caída y muerte de Tukachevsky y otros miembros del estado mayor; sin duda conoció muchos de los secretos del terror en España y, ya que estamos en este contexto, debe señalarse que los objetivos prioritarios para su captura y eliminación en España fueron los cuadros antifascistas. Por último, Otto debió de conocer la manera en que se utilizó al servicio secreto checo en el sanguinario episodio que puso en el poder al gobierno que ahora, obedientemente, lo condenaba a muerte.

La entrada de Estados Unidos en la guerra fría precipitó una crisis en el mundo del espionaje. Hiss y Chambers ponían al descubierto las redes norteamericanas que se habían formado bajo los auspicios del mismo «antifascismo» cuyos cuadros europeos estaban siendo desmantelados en el Este. Todas estas operaciones abrían el camino hacia Yalta y a que Stalin pudiese conquistar gran parte de Europa del Este. Tanto para Stalin como para las democracias occidentales, en Yalta había mucho que defender.

Se había cometido un sinnúmero de fechorías en nombre del «antifascismo» de Stalin. Philby y Burgess estaban especialmente bien situados para llevar a cabo esta clase de traición, ya que ambos tenían buenas relaciones oficiales con el Ejecutivo de Operaciones Especiales. Se le llamaba siempre por sus siglas inglesas SOE; era una sección de la inteligencia británica formada para apoyar a los resistentes en activo en Europa, la mayoría de los cuales se dirigían naturalmente a los británicos pidiendo ayuda. Dentro del SOE, Philby y Burgess tenían la oportunidad de subvertir o destruir a aquellos que no figurasen en los planes de Stalin. Algunas cosas se saben. Muchas otras aún no han sido descubiertas. Está, por ejemplo, el caso trágico de cómo el grupo de Cambridge traicionó a los miembros de la resistencia de Mihailovich en Yugoslavia.[29] Probablemente es sólo la punta del iceberg.[30]

No obstante, si los soviéticos y los ingleses tenían secretos que esconder sobre las traiciones del «antifascismo», también les sucedía lo mismo a los norteamericanos. Y lo más probable es que Noel Field tuviera buena idea de cuáles eran esos secretos. Un misterio que merece investigarse sería el relativo silencio de la comunidad intelectual norteamericana sobre el caso Field.[31] Las reticencias de los principales asesores diplomáticos de Truman, los llamados «Sabios», para llegar al fondo del caso Hiss, fueron quizás aún más fuertes en el caso Field porque el trabajo de Field había sido posible gracias al error de cálculo de Allen Dulles en un momento en que éste era el número dos de la recién creada CIA, que acabaría dirigiendo. Los comunistas pudieron acusar a Field de ser un agente norteamericano por la simple razón de que lo era. Es harto probable que Field, como enlace de la OSS con la resistencia antifascista europea, haya hecho tanto o más daño a los antifascistas no estalinistas que lo conseguido por Philby en el SOE.

Sin duda, ésta no era una historia que Allen Dulles deseara ver en las portadas de los periódicos. Si Stalin buscaba una manera de inhibir y de neutralizar el ataque norteamericano al aparato por el caso Hiss, pudo encontrar la solución en el caso Field. Cuando los norteamericanos descubrieron a Alger Hiss, Stalin tal vez pensó que tenía una carta americana con que defenderse. En mi conjetura esa carta era Noel Field.

El nuevo Terror de la Europa del Este duró de 1948 a 1952. Durante ese tiempo, no se presentó el caso Field públicamente. Ni siquiera se lo juzgó. Tampoco fue ejecutado aunque un número incontable de agentes de su supuesta red fueron ahorcados, fusilados o muertos en tortura, condenados por sus «confesiones». Él y Herta estuvieron en prisión hasta noviembre de 1954, un total de seis años. Entonces fueron puestos en libertad. Resulta interesante que ese día coincida exactamente con la fecha en que Alger Hiss salió de la penitenciaría de Lewisburg. Se los «rehabilitó» simplemente.[32] Así se evitó que Noel Field pasara por el viacrucis de quedar expuesto a la luz pública mundial y que no se cuestionara el sistema que él, más que ninguna otra persona, sabía que estaba basado en mentira tras mentira.

El alto y desgarbado norteamericano nunca miró hacia atrás. Uno podría suponer que la experiencia hubiera dejado en un «idealista» como él alguna duda sobre la justicia de Stalin. De ningún modo. Cuando Hungría salía lentamente del estalinismo, Noel vivía en Budapest más leal que nunca al régimen. Nunca volvió a Occidente, salvo por una breve visita, aunque hubiera podido hacerlo sin correr ningún riesgo. Jamás concedió una entrevista a un periodista o historiador fuera la que fuera la ideología del entrevistador. Jamás hizo el menor esfuerzo por explicar o aclarar su papel en los acontecimientos. El impertérrito soldado del estalinismo trabajó el resto de su vida como un cargo medio en el sector editorial húngaro. Hasta el final, sus colegas le temían. ¡Y con qué razón!

Herta Field sobrevivió a Noel. Falleció en los años ochenta, cuando Hungría estaba a punto de salir de décadas de opresión. Por aquel entonces, los perseguidos habían empezado a volver. László

Rajk, el hijo de un dirigente comunista húngaro enviado a la muerte por las confesiones de Noel Field, fue quien organizó en Budapest la gran manifestación pública celebrando la caída del comunismo. Para cuando expiró Herta, no resultaba nada fácil encontrar en Budapest a muchos fieles al marxismo-leninismo.

Pero Herta era uno de ellos. A la gente que asistió a su funeral se le comunicó ante el ataúd que cuando terminara la ceremonia debían ponerse de pie y cantar la *Internacional*. Era la voluntad de Herta.

La gente se miró incómoda, pero se pusieron de pie y con voces *a capella* entonaron el viejo himno, estrofa tras estrofa, hasta el final.[33]

Los espías de Cambridge estaban obsesionados con el caso Hiss. Burgess, fascinado, lo veía como «la batalla entre el bien y el mal en la que todo el bien está de parte de Hiss y todo el mal de parte de Chambers». Esto puede parecer una mera y normal postura de izquierdas, hasta que añadió (era el *echt* típico de Burgess) que, incluso en el bien, Hiss era probablemente culpable. Subliminal y soberbiamente culpable ya que sólo un comunista podría lograr la perfección casi total de la duplicidad que debe haber tenido la vida de Hiss si Chambers tenía razón.[34] Maclean estaba en Norteamérica cuando estalló el caso Hiss. Públicamente, Donald adoptó la pose típica de indignación. Hiss era un inocente progresista que se sentía víctima de la América fascista. Pero fue Maclean quien confesó a Cyril Connolly al final de unas cuantas copas: «*Yo* soy el Hiss inglés». En el desayuno de la mañana siguiente, para asegurarse de que nadie justificara con el alcohol sus palabras de la madrugada anterior, Maclean volvió sobre el tema. «¿Qué harías si te dijera que soy un agente comunista?» Connolly le miró a la cara. Maclean terminó el asunto con un seco «Vamos, denúnciame».

Donald estaba al borde del abismo.[35]

La conspiración de Cambridge fue un éxito *casi* total. Con un poco más de buena fortuna, todos y cada uno de los espías podrían

haberse retirado sin dejar la menor mancha sobre Kent y sus títulos de nobleza. Donald Maclean sólo quedó al descubierto por un casual incidente en lo que se denomina Sigint, o señales de inteligencia, y por el trabajo sesudo e ingenioso llevado a cabo por el FBI.[36] De no haber sido por un golpe de buena suerte con el que se logró descifrar un código conocido como «Venona Intercepta», no sería nada fantasioso imaginarse la era Kennedy con un Donald Maclean incólume, un agente soviético en el cargo de embajador británico en Estados Unidos; con un Kim Philby, un agente soviético dirigiendo el contraespionaje británico, o quizá como «C», a cargo de toda la inteligencia británica; a Guy Burgess, agente soviético, en la cúpula de la BBC; y a Anthony Blunt, agente soviético, confidente de gran parte de los personajes más encumbrados de la vida política del país, desde la sede de los Rothschild a la Casa Real. El jefe de reclutamiento de Stalin en el Trinity College había logrado una excelente cosecha. Y todo podría haber pasado desapercibido de no haber flaqueado un miembro del grupo, Goronwy Rees, quien finalmente salió a la palestra y, al igual que Whittaker Chambers, cantó la verdad.[37]

*

Pero ahora debemos retomar el camino que lleva de Field al gran profesional ilegal que le envió a Hede Massing: Theodore Maly. En numerosas ocasiones, Anthony Blunt comentó a Arthur Martin y a Peter Wright que él y sus amigos jamás podrían haber sido engatusados para entrar en el espionaje por la clase de cretinos astutos pero brutales que Beria despachaba a Occidente en los últimos años.[38] Pero Maly era diferente. Maly era un hombre con presencia moral. Maly llegaba a la cúpula.

Y eso hizo. Quien envió a Hede Massing a Washington también pertenecía a la mafia húngara y conocía perfectamente a todos los agentes secretos de los que hemos hablado. Era un colega íntimo de Dzerzhinski, su camarada del Santo Terror. Era también el húngaro elegante *par excellence*, amable, políglota, culto y refinado, un hombre de una inteligencia polivalente y llena de matices. Tenía muchos nombres. Algunos le llamaban Teddy, otros, Teo. Dependiendo del país en que se encontrase, adoptaba distintos alias.

A menudo usaba el de «señor Peters», un alias con el propósito de confundir, ya que su colega de Nueva York, otro miembro de la misma mafia, también usaba el alias de «Peters» hasta que fue deportado a Hungría de resultas de las revelaciones de Elizabeth Bentley y de Chambers. Allí trabajó el resto de sus días en ediciones húngaras, quizás al lado de su antiguo recluta Noel Field. Otro alias de Maly era «Paul Hardt». Finalmente estaba el sobrenombre que había oído Hede Massing, *der Lange*.[39]

La misión norteamericana que ordenó a Massing esa noche en el Melodie Bar es prueba inequívoca de que estaba perfectamente al tanto de la situación del espionaje en Norteamérica. Pero hay más pruebas de la vinculación entre Cambridge y Washington. Saltan a la vista cuando se investiga la carrera de Michael Straight. Se reclutó a este norteamericano en Cambridge a instancias de Maly y con su permiso se le hizo retomar a su país para que trabajara en la capital.

Michael Straight entró a formar parte del aparato a través de Blunt, el residente allí de Maly. Como veremos fue un reclutamiento del que Blunt se arrepentiría toda su vida. Es importante señalar desde el principio que Blunt dejó bien claro que su intención era que Straight entrara en el aparato *norteamericano*, no en el británico. El círculo de Cambridge y las infiltraciones en Washington estaban vinculadas.

He aquí cómo cuenta la historia el mismo Straight.[40] Un día de 1937, poco después de que su mejor amigo, John Cornford, cayera muerto en España, se le pidió que pasara por los aposentos del brillante profesor Anthony Blunt, «en el patio más hermoso de Trinity».

En 1937 Straight, que ya era un estudiante comunista, estaba sumido en el dolor. Gran parte de la conversación que ese día mantuvo con Blunt versó sobre lo que podía hacer en memoria de su amigo. Mientras hablaban, Blunt preguntó a Michael qué pensaba hacer una vez dejara Cambridge. Michael no pudo contestar porque no lo sabía. En cualquier caso, se haría ciudadano británico.

En ese momento, Blunt adoptó el frío tono controlado del que

fue un experto toda su vida. Le dijo directamente a Straight: «Algunos de nuestros amigos tienen otras ideas para usted».

«¿Otras ideas?»

Blunt mantuvo el mismo tono de incisiva autoridad.

«Su padre trabajó en Wall Street», continuó diciendo. «Era socio de J.P. Morgan. Con esos contactos y con su formación de economista, usted podría forjarse un brillante porvenir en la banca internacional.»

«No deseo una carrera brillante en la banca internacional», contestó Straight. «Y tampoco tengo el menor interés en convertirme en un banquero.»

«Nuestros amigos han pensado mucho en usted», insistió Anthony. «Me han dado instrucciones para que le diga que eso es precisamente lo que usted debe hacer.»

«¿Que yo debo hacer?… ¿Qué amigos le han dado esas instrucciones?»

«Oh, amigos de la Internacional. La Internacional Comunista… Mis instrucciones se limitan a informarle de su responsabilidad y ayudarle en todo lo que esté a mi alcance.»[41]

Straight protestó diciendo que le sería inaguantable una vida en Wall Street. Blunt convino en hacerles saber a «nuestros amigos» su *cri de coeur*. Al poco tiempo, Maly informó a Blunt que, si bien era esencial que Straight entrara en la clandestinidad en Norteamérica, las relaciones de su familia en Washington servirían tanto como las de Wall Street.

La familia de Michael era propietaria de la revista *New Republic*. ¿O no era así?

Lo era. Maly estaba muy bien informado sobre el potencial de Straight en Washington. Y ciertamente Michael Straight regresó a Norteamérica y se convirtió en el editor de esa publicación. Cuando ya lo era, su hermana Beatrice Straight se casó con un hombre llamado Louis Dolivet, que a su vez había sido agente del Komintern y uno de los más importantes protegidos de Willi Münzenberg. Es perfectamente posible que aún estuviera bajo la disciplina de Moscú cuando se casó con Beatrice. Por cierto, Dolivet estaba maravillosamente relacionado con muchos de los protagonistas de nuestra historia. Había sido un estrecho colaborador de Otto Katz. Mientras realizaba una misión en Ginebra

para los soviéticos antes de la guerra, había compartido una oficina con Noel Field. En ese tiempo, estaba muy próximo (acaso era un control) de la amante de Noel Field, una mujer llamada Herta Tempi, que también era una agente de Münzenberg.[42]

Maly había logrado emplazar muy hábilmente a su nueva adquisición. Al cabo de pocos días de su llegada a la capital, incluso antes de tomar contacto con su control soviético, Straight se encontraba en la sala de estar del segundo piso de la Casa Blanca tomando el té con los Roosevelt.[43]

Pero ¿qué clase de hombre era Theodore Maly, este reclutador del Santo Terror, este maestro de los espías «idealistas»?

Maly empezó su vida como un servidor de Dios y la terminó como un servidor de Stalin. Esta trayectoria lo define muy bien. Estuvo presente en la fundación de la NKVD, entonces llamada Cheka; fue colaborador, amigo y protegido tanto de Mijaíl Trilliser, fundador de la sección extranjera de la NKVD, y del mismísimo Dzerzhinski. Su vida describe un periplo pedagógicamente ilustrativo de las consecuencias éticas que tuvo la visión de Lenin y de Dzerzhinski. Maly era una persona de una naturaleza, por todo lo que sabe, excepcionalmente pura, gentil, culta y bondadosa. Ningún informante lo niega. No obstante, esta buena persona estuvo presente en la creación del totalitarismo y su vida ejemplifica la unión entre radicalismo y terror.

Lo que más recuerdan de él sus amigos es su inteligencia, sus ojos azules, la tímida dulzura de su sonrisa y su astuta bondad. Allá en Budapest, el Alto había comenzado su carrera sacerdotal. Sólo tras haber vivido los horrores de la primera guerra mundial, hizo la crucial transición de la religión a la revolución, de la fe al terror. Cuando estalló la guerra, el padre Maly se enroló como capellán castrense y trabajó en los Cárpatos con las tropas del frente oriental. Allí cayó prisionero y se pasó el resto de la guerra en campos de prisioneros de guerra, siendo testigo de horror tras horror, viendo cómo morían en masa los soldados de tifus y de frío, tratando de darles el último consuelo de la fe mientras sus cuerpos se llenaban de sabandijas.

Dada la experiencia por la que el joven sacerdote pasó su

iniciación en el infierno, parecería inmensamente presuntuoso, un acto de arrogancia, permitirse sugerir que, pese a su brillante y gentil personalidad, Maly era débil. ¿Quién osaría afirmar algo semejante a la luz de estas realidades? No obstante, *hay* gente cuya fe y humanidad se ven reforzadas ante horrores no menos terribles.

La fe de Maly se desmoronó.

«Perdí la fe en Dios y, cuando estalló la revolución, me uní a los bolcheviques. Rompí completamente con mi pasado. Ya no era húngaro ni sacerdote ni cristiano, ni siquiera el hijo de alguien. Sólo era un soldado perdido en acción.»

Este paso al anonimato, la opción de la disociación desesperada, es uno de los atajos morales más importantes de la experiencia moderna. El deseo de ser bueno lleva a Maly por el camino de la deshumanización, aunque creyera que se trataba de una opción redentora. Revestido con la incógnita de su fe aniquilada, el nuevo Maly ateo se sumó a los «guardianes de la revolución», es decir, a la Cheka, la primera encamación de la NKVD. La nueva tarea sacramental era rehacer el mundo. Una de sus primeras obligaciones fue acompañar a los escuadrones de la Cheka por los territorios de la guerra civil.

Es curioso, pero esta persona bondadosa volvió a encontrarse en medio de una indescriptible brutalidad.

«Pasábamos por pueblos incendiados que habían cambiado de mano varias veces en un solo día… Nuestros destacamentos rojos "limpiaban" las aldeas del mismo modo que los blancos. Lo que quedaba de sus habitantes, ancianos, mujeres, niños, todos eran ametrallados por haber dado cobijo al enemigo. No podía aguantar los gritos de las mujeres. Simplemente no podía.»

Cuando empezaban los gritos de las mujeres, Maly simulaba tener diarrea. Y entonces, como para confirmarlo, sufrió un serio ataque de disentería. Mientras las metralletas de la Cheka acribillaban a la gente en las plazas, Maly, el protegido favorito del Santo Terror, corría a esconderse tras un camión. Allí se doblaba de un dolor tan ético como intestinal, pero con las manos no sobre el estómago, sino tapándose los oídos.

El Terror funcionó. La guerra civil llegó a su fin y la Cheka había puesto a salvo la Revolución. Pero sus crueldades muy pronto fueron seguidas tras la colectivización del campesinado ruso por

asesinatos en masa. Y curioso es constatarlo, el bondadoso Maly volvía a hacer acto de presencia.

«Yo sabía lo que le estábamos haciendo a los campesinos, cuántos eran deportados y cuántos fusilados. Aun así, yo seguía allí. Todavía esperaba la oportunidad de reparar lo que había hecho.»

¿Reparar? ¿Reparar cuando se pertenecía a la policía secreta? Es un mal uso fascinante de la noción de reparar, más aun cuando proviene de un ex sacerdote. No es menester ser un experto en teología avanzada para darse cuenta de que cualquier pecador con deseos de poder reparar sus pecados, lo primero que debe hacer es dejar de cometerlos. La persona que quiere reparar un asesinato, primero debe dejar de matar, dejar de participar en el crimen para siempre.

Pero Maly estaba perdido para la redención. Cuando entró en el mundo de Dzerzhinski, cuando optó por transformarse en un instrumento más del Terror revolucionario, comprometió su alma con un sistema político que aunaba Bien y Terror. *¡Mal, sé tú mi Bien!* Pese a toda su ternura, Maly se había convertido en un protegido de esa visión fáustica cuya gran expresión colectiva de este siglo ha sido la ética revolucionaria. También Noel Field era bueno y gentil. Y como Maly, Field también de modo recurrente se encontraba metido hasta el tuétano en medio de crueles brutalidades.

En su libro *Witness*, Whittaker Chambers habla de un hombre que había servido fielmente a la Revolución hasta que una noche oyó gritos en Moscú. Nada más que eso: *oyó gritos*. Y se vino abajo. El padre Maly también había oído los mismos gritos, pero no vio la forma de dar marcha atrás o de cambiar de rumbo.[44]

¿Por qué? Una suposición tal vez acertada es que los conflictos sádicos de este buen ser humano se inscriben en su compromiso para con la visión de santidad de Dzerzhinski. Sin embargo, la necesidad de reparar le llenaba la cabeza y, en su búsqueda, se embarcó en una extraña y privada campaña secreta.

Un día se le presentó una campesina rogándole por la vida de su marido que había sido sentenciado a muerte por robar unas patatas para que la familia no muriera de hambre. Así fue la colectivización: se fusilaba a cientos de miles de personas. A los ojos de la Cheka, este hijo condenado de la madre Rusia no tenía la

menor posibilidad de salvación. Era un «enemigo de clase»; su vida no tenía sentido alguno y no valía nada. La Cheka no estaba protegiendo las patatas: estaba liberando al régimen de un elemento no sometido, de un «enemigo de clase», por tanto. La idea era liquidar a los hombres como éste. La mujer del pobre hombre apelaba a un viejo sistema de valores, como si el robo de unas patatas fuera el «mal» y su castigo pudiera ser mitigado por la misericordia. Ella estaba ante Maly haciendo su ruego campesino en nombre de algo tan viejo como el Bien.

Como buen marxista-leninista, Maly entendía perfectamente que «bien» o «mal» eran menudencias moralistas en el gigantesco plan revolucionario de purgar el mal del capitalismo. Además, Maly ni siquiera estaba seguro de tener la autoridad para salvar al miserable.

Sin embargo, allí mismo y haciendo de tripas corazón, Maly decidió que actuaría, haría su reparación. Como fuera, rescataría a esta miserable vida humana. Haría acopio de todo su poder, de toda su capacidad de persuasión, de todo su empuje, de todo lo que tenía para salvar a este ladrón de patatas totalmente inocente.

Se dirigió a su superior de la NKVD, otro miembro de la mafia húngara, e hizo su llamamiento. Milagrosamente, funcionó. El jefe escuchó, sintió compasión y estuvo de acuerdo. Juntos los dos hombres conmutaron la pena de muerte. Así de fácil. Estaba hecho; era un acto de misericordia, una intervención personal. ¡Y tan simple!

En aquel momento, Maly recibió orden de viajar a otra parte en una misión de dos semanas.

«Cuando regresé, lo primero que hice fue buscar al acusado. No pude encontrar el expediente. Fui a mi jefe. No sabía nada de lo que había sucedido y ambos empezamos a buscar los papeles. Finalmente, los encontramos. Garrapateado sobre la cubierta decía “ejecutado.”»

«Esta vez», dijo Maly, «no me dolió el estómago.»

En cambio, regresó presa de estupor a los cuarteles. Cuando entró en su habitación, Maly descubrió que en su ausencia esta vez era su gato el que había sufrido el dolor de estómago y hecho sus necesidades encima de su cama. Con suma calma, el ex cura cogió al inofensivo animal y allí mismo lo estranguló con su propias

manos. Luego arrojó el cuerpo por la ventana.

A la mañana siguiente, supo que no podía vivir más en la Unión Soviética. Una vez más, en vez de volver hacia atrás, prosiguió su marcha hacia delante. Se dirigió al cuartel general y solicitó el destino en el extranjero que tantas veces había rechazado, por más que el espionaje en Europa fuera un negocio mucho menos sangriento que las duras tareas cotidianas de la NKVD en el propio país. Sus superiores se mostraron encantados. Siempre habían pensado que Maly desperdiciaba su talento en las despiadadas matanzas de la colectivización.

El sucesor de Trilliser en la dirección de la sección extranjera de la NKVD, un tal Slutsky, siempre había admirado a Maly por sus buenas maneras, su dominio de varias lenguas, su buen aspecto, su tacto y su capacidad para las relaciones sociales.[45] Muy pronto nombró a Theo para un cargo a la altura de sus capacidades. Asumiría delicadas responsabilidades en Inglaterra.

Cuando Maly envió a Hede a Norteamérica, era un hombre enamorado aunque nunca lograría tener un destino en Norteamérica para reunirse con su amada Gerda Frankfurter.

En 1938, en pleno Terror, se le llamó a Moscú. Se le ordenó que dejara su trabajo con el grupo de Cambridge, que pasó a manos de un nuevo control, el siniestro asesino Alexander Orlov.[46] Todos sabían que este retorno significaba el fin y Maly lo sabía mejor que nadie. Fue a París rumbo al matadero y allí hizo una pausa. Sus amigos en el aparato volvieron a darle la señal de alarma. Volver a Rusia era suicida. Encuentra una salida. El hombre de las reparaciones titubeó.

Vamos, vamos. ¿Qué posibilidades tenía de escapar de los comandos de ejecución si trataba de esconderse de algún modo en Europa? ¿O incluso en América? Maly sopesó las opciones.

También contaba el descrédito. Si huía, sabía que los hombres de Yagoda usarían sus años de sacerdocio para crear el retrato final del traidor y nadie jamás podría descubrir la mentira. Su honor de espía, su seriedad como revolucionario, quedarían hechos añicos para siempre. Para salvaguardar ese honor, Maly quería que alguien en el futuro supiera o se ocupara de creer que había muerto

obediente a la Revolución.

Maly fue a la Gare de l'Est y subió al tren.

En Moscú, se le asignó un trabajo de oficina por unos pocos y tediosos meses. Se sentaba ante un escritorio y repasaba papeles. Leía *Isvestia*. Miraba por la ventana a la plaza Dzerzhinski, a la estatua colosal que allí se había erigido en memoria de su viejo amigo y mentor, la misma estatua que en los grandes días de agosto de 1991 sería derribada por la multitud jubilosa. Mientras escribo, se habla de levantar en el mismo lugar un monumento apropiado, acaso una inmensa cruz, que sirva de centinela a los millones de muertos.

Contemplando la estatua de Felix, el padre Theodore Maly esperaba reunirse con esos muertos. No esperó mucho. Una buena mañana, el escritorio amaneció vacío. Nunca más se le volvió a ver. [47]

7

Bloomsbury y el espionaje

El gran éxito en Europa y América de Theodore Maly y la «mafia húngara» consistió en encontrar una puerta que comunicara directamente con los centros de poder dentro de la élite de la cultura de oposición al sistema y, en especial, dentro de la modernidad imperante en ese momento. Por supuesto, se trata de un asunto de mucho mayor alcance que el significado de unas cuantas traiciones aisladas. En un grado muy notable, las élites de las democracias de este siglo eligieron definir su gusto y su lenguaje por medio del lenguaje de la revolución y de la disociación de sensibilidades. Los Picasso cuelgan de las paredes de los banqueros.

Es en este sentido más profundo, en el nexo entre el lenguaje de las élites democráticas y el lenguaje de la revuelta, donde el espionaje coincide con la cultura.

Y en este sentido los espías de Cambridge tendrían que ser conocidos más exactamente como «los espías de Bloomsbury». O incluso se les podría calificar con mayor precisión como los espías hijos de Bloomsbury. Uno de los primeros amantes de Anthony Blunt fue Julian Bell, el sobrino de Virginia Woolf; fueron Blunt y su gente quienes animaron a Bell a ir a España, donde dejó la vida. Blunt también reclutó a Michael Straight cuando éste aún estaba sumamente afectado por la muerte en España de su gran amigo John Cornford, quien a su vez era hijo de dos miembros académicos de la cofradía, Frances y Francis Cornford. Burgess y Blunt fueron educados en el ambiente de Bloomsbury. Añadamos a esto la intimidad de Burgess con Harold Nicolson. Los espías de Cambridge estaban en la segunda generación de Bloomsbury y se les debe considerar como sus herederos.

Nuestro conocimiento de Bloomsbury está tan dominado por la presencia y el genio de Virginia Woolf que a veces olvidamos que el círculo fue menos creación suya que de Lytton Strachey, su íntimo amigo —y novio en algún momento—. Strachey siempre se vio como un «animador cultural», un hombre con una misión. Tuvo muy clara esa misión a temprana edad. Basándose en la cuestión del gusto, se propuso redefinir la ética y la naturaleza de la élite británica. Cuando aún era un joven estudiante en Cambridge y más tarde, durante la primera guerra mundial, Strachey se planteó una tarea esencialmente edípica: definir una nueva era en la opinión británica organizando a los hijos más brillantes de los Victorianos eminentes y reuniéndolos en un club dedicado a destruir el filisteísmo, la hipocresía y la represión que, según él, definían el odiado y amado mundo paterno.

En la práctica, lo que creó Strachey en el círculo de Bloomsbury se convirtió en una especie de mafia intelectual por medio de la cual los hijos privilegiados del sistema británico podían sumarse a la cultura opuesta al sistema sin sacrificar el estatus con el que habían nacido. Los miembros de Bloomsbury comprendían correctamente que la revolución modernista era la mayor fuerza cultural de su tiempo. Y también creían que representaba un desafío para todo lo que sus padres habían considerado valioso. Strachey enseñó a sus seguidores cómo pertenecer a esa cultura de tal manera que se sintieran doblemente privilegiados. No era tarea fácil, pero él, el vástago más brillante de una familia notable en todas sus ramas por moldear y manipular a la opinión pública británica, lo consiguió. El objetivo evidente era reforzar, no debilitar, el estatus aristocrático al que pertenecían por nacimiento los miembros del círculo. Los plebeyos o los no universitarios, por más impresionantes que fueran sus logros, no eran admitidos en el club. La necesidad de derribar a sus padres del pedestal no era exactamente el problema de D.H. Lawrence. En consecuencia, Bloomsbury trató a Lawrence como un *parvenu* y rechazó al «mal educado» de James Joyce hasta que el genio de ambos alcanzó tal éxito que sólo podían hacer el ridículo ignorándolos. Bloomsbury fue una operación casera de la élite británica.[1]

El mismo Strachey era un tipo más bien desagradable. Quentin Bell, hermano de Julian, le describe como «una criatura torturadora

de los otros y de sí mismo, pasando de un drama a otro, un desarraigado miserable, siempre quejándose de algo y suspirando, una persona insoportable».[2] Aunque el tiempo ha justificado parcialmente a Strachey gracias a los muchos triunfos de Bloomsbury en materia de estética e influencia, debe señalarse que, aparte de Virginia Woolf, Bloomsbury no produjo ningún otro artista de primer orden. Siguiendo la dirección de Strachey, el círculo siempre estuvo demasiado preocupado por cuestiones de estética como para rozar siquiera una verdadera grandeza. En cuanto a desbancar a los Victorianos, me resulta imposible omitir que George Eliot, la quintaesencia de lo Victoriano, escribió sobre el sexo con mucha mayor inteligencia y sentimiento que la modernista Virginia Woolf.

Aun así, fue necesaria la subversión de las costumbres tradicionales llevada a cabo por Strachey. En la experiencia modernista, hubo fuerza, inevitabilidad y gran belleza. Sólo con la perspectiva del tiempo, la perversión e hipocresía intelectuales de Strachey parecen dominar este afán por proporcionar a sus socios una plataforma más segura que nunca desde la que desdeñar a las clases medias británicas.

A fin de que la cofradía tuviera una razón fundamental de ser, Strachey hizo que asumiera un culto a la amistad enunciado por George Moore, un filósofo de Cambridge, de modo que hasta la fecha casi invariablemente se trae a colación, cada vez que se discute a los espías de Cambridge, el estúpido pseudo-pensamiento de E.M. Forster copiado de Moore: hay que tener la valentía suficiente como para traicionar al propio país antes de traicionar a un amigo. Y cuando tus amigos colaboran en la muerte de cientos de miles de seres humanos que no tienen el privilegio de tu amistad, entonces ¿qué?

Sin embargo, y a pesar de tanta palabrería sobre la sagrada amistad, Strachey no era precisamente un ejemplo ideal de ese principio. Lo más probable es que haya sido todo lo contrario. Como sabemos por la documentación increíblemente voluminosa sobre cada pelo y señal de cada uno de los miembros del círculo, no hubo nada maravillosamente amistoso en los comportamientos de Bloomsbury. Incluso comparado con el patrón poco bondadoso de la mayoría de los ambientes literarios, Bloomsbury fue algo

excepcionalmente malicioso entre sus propios miembros y cruel hasta el punto del sadismo sistemático con los de afuera. Toda esa palabrería sobre la «amistad» ocultaba intereses muy diferentes.

Paul Johnson los describe muy bien: «Por algo Strachey era hijo de un general. Sentía gran inclinación por el elitismo narcisista y dirigía el círculo con manos de acero, aunque parecieran lánguidas. De los Apóstoles aprendió los principios del poder de grupo: la capacidad no sólo de excluir sino de alardear de ello. Perfeccionó el arte de la inaccesibilidad y el rechazo: un mandarín de Bloomsbury podía desaparecer con una mirada o un tono de voz. Dentro de este círculo mágico, la exclusividad se convirtió en una especie de sistema de mutuo apoyo vital. Él y [Leonard] Woolf lo llamaban “el Método"».[3]

Si la amistad no fue el verdadero motor, el objetivo a largo plazo tampoco era formar un club social para los universitarios brillantes. El legado de Strachey venía a demostrar el modo en que la posición privilegiada de una élite podía encajar perfectamente con una actitud despectiva hacia el sistema, siempre en nombre de la sacrosanta amistad. Un absurdo, por supuesto. La verdadera política de Bloomsbury fue, siempre y ante todo, una búsqueda del poder cultural elitista en Gran Bretaña.

En la primera generación, pocos miembros del círculo eran simpatizantes y menos aún auténticos estalinistas. El tono lo sentó la escritura de ligeros matices izquierdistas de Leonard Woolf, en especial cuando trataba la política imperial. Sidney y Beatrice Webb, los mentores políticos de los Woolf, se convirtieron en propagandistas casi abyectos de Stalin. Pero el legado de Strachey, es decir, la colocación de los nuevos mandarines a lo largo y ancho del mundo editorial, radiofónico, académico e intelectual era, cuando menos, un suelo muy fértil.

Aquí es donde hacen acto de presencia Burgess y Blunt.

Desde el punto de vista público, el movimiento para «estalinizar» el gusto de Bloomsbury lo dirigió Otto Katz y el aparato de Münzenberg. Para ese fin, se utilizaron frentes británicos como el Left Book Club y sus numerosos apéndices. Desde la vertiente clandestina, el proceso estaba dirigido por Blunt y su

lugarteniente Burgess, supervisados a su vez por Maly y Ludwick desde la oficina londinense de reclutamiento del Secret Intelligence Services (SIS), y apoyados desde las sombras por los cazatalentos que operaban en las universidades y en las redes de propaganda de Münzenberg y Gibarti. Su conexión con los soviéticos se hacía a través de una red dual NKVD-Komintern que operaba en Amsterdam, Berlín y París. Al menos en 1927 el proceso ya estaba en marcha cuando Ludwick se instaló en Amsterdam. Hitler nada tuvo que ver con su fundación. La organización ya estaba completada en 1935 y culminó sus actividades en España, donde ciertos observadores, como por ejemplo George Orwell, osaron dar muestras de disensión.

Pero volvamos al Cambridge de Strachey. El delfín evidente para todo esto era Blunt. Los espías de Cambridge fueron los herederos de Bloomsbury por línea genealógica directa. El caballo de Troya fue el Club Cambridge de Conversación, los Apóstoles, una sociedad secreta con solera en el campus y compuesta por jóvenes aristócratas intelectuales. Entre sus miembros se cuentan Tennyson y Hallam. Strachey y Leonard Woolf habían hecho suyo el grupo antes de la guerra en aras de sus propios intereses políticos. Una generación más tarde, Blunt y Burgess volvieron a apropiarse de él. Fue Blunt quien previo las ricas oportunidades que quedarían al alcance de la mano si los Apóstoles eran usados por el aparato.

Un club secreto de jóvenes brillantes, los Apóstoles, había representado el medio ideal para las truculentas fantasías de Strachey sobre el sexo y el poder; allí podían ponerse en práctica en medio de jóvenes corruptos y de cabellos enmarañados. Modificando apenas los principios de Strachey, Blunt y Burgess lo transformaron en un medio ideal para el reclutamiento del *apparat*. Era elitista, secreto y compacto gracias a las propias lealtades.[4] Al controlarlo, pudieron capturar la imaginación de los muchachos de Bloomsbury mientras se les preparaba, tal como había hecho Strachey con sus padres, para una vida de poder graciosamente fusionada con el desprecio al orden establecido. En la visión arrogante que tenía Strachey de las clases medias estaba implícito el derecho a gobernarlas. Este era exactamente el tipo de desprecio que Blunt encontró tan coherente con su propio espíritu desdeñoso y tan útil como instrumento político.

Durante sus amoríos con Blunt, Julian Bell escribió una carta a su madre describiendo con algún detalle esta aventura (su iniciación sexual), cuyo punto culminante llegó cuando Blunt le envió a una conferencia en una ciudad francesa, Poitigny. El evento lo organizó un complejo simpatizante soviético relacionado con los primeros miembros de Bloomsbury, el príncipe Dimitri Mirsky.[5] Bien puede ser que el príncipe haya sido el inventor de la conferencia cultural como instrumento de propaganda en las élites. El príncipe murió, demente, en el gulag.[6]

La aventura de Blunt con Bell terminó cuando Julian inició otra relación con una mujer y luego tuvo «una serie de amantes». Pero mientras duraba, escribió a su madre: «Me parece que no te preocuparás ni escandalizarás. No quiero, sin embargo, que se sepa, pues puede llegar a oídos de Virginia y entonces alguien puede sacar la noticia en el *Times*».[7]

Una vez descubierto, Blunt no huyó a la Unión Soviética y es evidente que, a diferencia de Philby, detestaba la mera idea de vivir en la Utopía a la que había sido tan fiel. Ahora bien, ¿qué era lo que no detestaba Blunt? Aunque sus trajes estaban hechos a medida y odiaba a la madre patria socialista, era un estalinista irredento del *apparat* carente de conciencia con respecto a países, «ideales» o amigos. Mucho menos le importaba esa abstracción llamada «humanidad». También la detestaba. Su esnobismo era absoluto. Era un manipulador con genio, con tal talento para la intimidación sutil y para medir la vanidad de sus víctimas que los esfuerzos de Guy Burgess en esa dirección parecen chapuzas de aficionado. Y eligió para sí el papel de perfecto Prufrock del sistema británico. «Deferente, encantado de poder ser útil, cauto y meticuloso», a Blunt se le encontraba invariablemente, como una sombra, detrás de la izquierda con poder. Era amigo e incluso íntimo de personajes principales de toda la vida británica, desde los Rothschild hasta los más altos niveles de los servicios de inteligencia. La mayoría de los intelectuales están relacionados con lo que podríamos llamar el poder sin poder. Blunt quería algo más. Pretendía una autoridad discreta pero real, un poder que pudiera ejercer *sin parecer que lo hacía*. Estaba hecho para la duplicidad.

Sus relaciones con las mujeres —con algunas mujeres al menos — parecen haber sido las de un penitente necesitado. Cuando se le

acercaba la hora del desenmascaramiento, le daban auténticos ataques de terror, casi infantiles, ante la perspectiva de perder la buena opinión de la reina Isabel y de la reina madre. En una ocasión, bastante ebrio en un taxi junto a Rosamund Lehmann, rompió en sollozos e incomprensiblemente empezó a pedirle perdón. Tal vez esta extravagante demostración no fuera más que una manera de comprobar si Goronwy Rees, el amante de Rosamund, alguien que conocía la red de Blunt, se había ido de la lengua en sus conversaciones de cama.

En cambio, la actitud de Blunt hacia los hombres era de una furia feroz, controlada y reprimida, y una búsqueda silenciosa, pero incesante, de los puntos vulnerables. Por lo general, los encontraba obviamente en los secretos del sexo o de la ambición, de la posición o de la vergüenza sociales. Y lo mejor, en todo a la vez.

En realidad, era un chantajista de clase muy alta. Se movía en una especie de onda sadomasoquista que de algún modo recuerda la ética de ambiguo desprecio de Strachey. Siempre se ponía en una posición desde donde poder despreciar a quienes servía. Despreciaba a los miembros melifluos y ostentosos del sistema, a quienes veía como los idiotas de la historia, condenados a ser barridos para siempre. También despreciaba a sus jefes soviéticos, a quienes ignoraba incluso cuando los obedecía. Imbéciles, pesados, insoportables. En el vacío entre la servidumbre y el odio, Blunt hallaba el poder.[8]

El que tantos espías de Cambridge fueran homosexuales puede explicarse por Strachey y Bloomsbury. El culto de la «amistad» de Strachey era en realidad un culto a la homosexualidad. Él estaba convencido de pertenecer a una élite erótica de más fina sensibilidad que superaba la vulgaridad y ordinariez del varón heterosexual. En una carta a Keynes, habla de Cambridge, con su «ambiente triste de paradoja y pederastia», como el sitio ideal para lanzar su crítica de la vida inglesa, una crítica que era al mismo tiempo desdeñosa, masoquista, airada y (al parecer) pasiva.[9] No obstante, «no nos podemos contentar con decir la verdad» aunque «debemos decir toda la verdad y toda la verdad es el Mai… Es una locura que soñemos con hacer comprender a zoquetes que los

sentimientos son buenos cuando con el mismo impulso decimos que los mejores son sodomitas… llegará nuestra hora dentro de cien años».[10]

Maly tuvo que ser especialmente hábil al tocar este tema. La moral comunista y el marxismo-leninismo en general han sido siempre muy hostiles a cualquier clase de libertad homosexual. Siempre que se aborda el tema, por lo general se lo relaciona de una manera u otra con la decadencia burguesa. Sospecho que Anthony Blunt y Guy Burgess utilizaron a fondo su tremenda astucia para convencer a sus controles soviéticos de que un círculo homosexual basado en el modelo de Strachey podía utilizarse, tanto por las tácitas lealtades como por las virtuales posibilidades que ofrecía, como base de una red de espionaje. Carezco de pruebas para demostrarlo, pero puede haberse dado una argumentación de esta guisa. Si así fue, debió de ser un intercambio muy interesante. En los archivos de la ex Unión Soviética existen análisis sutiles y de largo alcance sobre el papel que puede desempeñar la homosexualidad en una red de espías. Son explícitos sobre las maneras en que el vínculo sexual mantenía unidos en su alienación a Burgess y los demás. Hay informes similares no menos agudos sobre la capacidad de introducirse en las élites gracias a este vínculo «homintern». (Téngase presente que ciertos miembros de este círculo no eran homosexuales. No lo era Kim Philby, ni tampoco el autoflagelado de Maclean, al que sólo se le puede llamar homosexual de forma tendenciosa.)

Ciertamente había muy poca tolerancia con los homosexuales dentro del aparato estalinista, aunque por supuesto muchos miembros lo eran. Los jóvenes radicales de los años treinta tuvieron la fantasía de que el comunismo significaba libertad sexual. Y en el Occidente privilegiado, algo de esto era verdad. Sin duda, la bohemia y el radicalismo estaban interconectados, en comunión con esa perspectiva rigurosa y airada del intelecto que busca compensación por sentirse aparte, diferente y excluido.

Pero dentro del *apparat*, el puritanismo comunista y la intolerancia casi increíble de Stalin y sus allegados provocaban que la mayoría de sus homosexuales y bisexuales tuviera que vivir con mayor cautela y más sentimiento de culpa que sus hermanos y hermanas del mundo no comunista. Pensemos en los sufrimientos

que le causaba a Whittaker Chambers el hecho de ser homosexual, o a Louis Aragon, el poeta de la libertad sexual, que debió suprimir sus deseos mientras vivió Elsa Triolet, pero que se transformó en un deslumbrante engorro para el partido cuando ella murió.

Por supuesto, nada de esto significaba lo más mínimo para los homosexuales que habían tenido la mala suerte de vivir en la Utopía revolucionaria. Exactamente cuando Amabel Williams-Ellis, sobrina de Lytton Strachey e hija de John Strachey, entonaba loas al canal del mar Blanco, Stalin había enviado allí a tres mil homosexuales a la agonía del campo de trabajo esclavo y a su muerte segura y prematura.[11] Los simpatizantes que visitaban el país a menudo eran manipulados sexualmente. A André Gide le rodeaban atractivos efebos que le hicieron caer en situaciones comprometidas. Primero los utilizaron para manipularlo y luego para insultarlo cuando publicó *Retorno a la URSS*.[12]

La condesa Károlyi describió con qué risotadas recibió el *apparat* el plan de Gide de exigir la libertad sexual durante su patética audiencia con Stalin, que, para bien de Gide, jamás llegó a celebrarse.[13]

*

Münzenberg fijó su interés en las universidades a fin de tomar contacto con la cultura antisistema en su lugar de origen. En Cambridge, él y Gibarti estaban representados por la Liga contra el Imperialismo y por los dos profesores más comprometidos en ella: Roy Pascal y Maurice Dobb. Estos dos personajes ejercieron una profunda influencia en toda la conspiración de Cambridge.[14] Pero después de 1932 Otto Katz también hizo de Inglaterra una de sus bases de poder.

De hecho, en el verano de 1933 el inglés de Otto era extrañamente fluido cuando sentó pie al parecer por vez primera en Londres. No he podido encontrar ninguna prueba de que Otto hubiera residido antes en un país de lengua inglesa; sin embargo, desde el momento en que pisó Dover, quizá de incógnito, su inglés era bastante suelto y salpicado de modismos populares. Seguro que no era perfecto; estaba lleno de errores teutónicos típicos, pero era fluido. ¿Dónde lo aprendió? ¿Como colegial en Praga? ¿Acaso en un

curso de entrenamiento en Moscú? Sea donde fuere, el hecho es que Otto podía decir lo que quisiera en inglés. Y quería decir muchas cosas.

Llegó en un momento especialmente dulce en la historia del totalitarismo. Theodore Maly ya estaba muy bien instalado en Inglaterra. Había llegado mucho después de que en 1927 Ludwick hubiera colocado a su recluta en los niveles altos del organigrama de la inteligencia británica. Maly y Ludwick trabajaron juntos desde Londres hasta Amsterdam. Maly permaneció en Inglaterra casi toda la década de los treinta operando de tanto en tanto desde una oficina al lado de la que ocupaban los propagandistas londinenses de Gibarti, un equipo denominado la Internacional contra la Guerra, que de hecho era la oficina británica del Amsterdam-Pleyel. A cargo estaba un hombre de Münzenberg reclutado de entre los elegidos de Bloomsbury, John Strachey, primo segundo de Lytton Strachey. Como de costumbre, la propaganda y el espionaje funcionaban codo con codo.

Cuando su tren llegó a Londres, a Otto le aguardaban muchos amigos, además del servicio secreto británico, porque ya era objeto de la vigilancia del SIS probablemente desde el momento de su llegada.[15] Años más tarde Otto se ufanaría diciendo que él estaba perfectamente al tanto de esta vigilancia desde el primer instante. Uno se pregunta quién o qué le hizo darse cuenta.

La primera tarea de Katz fue organizar el espectáculo del contraproceso del incendio del Reichstag asistido por una imparable bola de fuego británica, nada menos que la muy roja Ellen Wilkinson. Era uno de los líderes de más peso en el ala izquierda del laborismo; también había sido una de las colaboradoras de Willi y Louis en muchos esfuerzos radicales del pasado. En algún grado, esta personalidad fundadora del partido laborista debió de ser consciente del verdadero papel de Otto. Sólo un ingenuo podría no haberse enterado de que se trataba de un agente soviético. Y Ellen Wilkinson no se dejaba engañar por nadie. O mejor dicho, por casi nadie. Durante un tiempo, la había engañado Stalin y luego se convirtió en una antiestalinista acérrima. Y Otto Katz la engañó lo suficiente como para usar su honesto antifascismo como tapadera para el acuerdo con Hitler. Pero en ese punto, engañó a todo el mundo. Ellen siguió bajo el hechizo de Katz hasta el final de

Múnich. Se ha sospechado que tuvieron una aventura. Fueron ciertamente íntimos. La convenció para que fuera a España. Incluso en el verano del Pacto, Ellen con mucho gusto le hizo una visita en la Riviera.[16]

Otro contacto que aguardaba a Otto en Londres era Claud Cockburn, el estalinista y propagandista de toda la vida. Le había conocido por primera vez un año antes en el Amsterdam-Pleyel. En los siguientes años, Cockburn y Katz colaborarían juntos en muchas aventuras en Londres, en España y sin duda también en América. Su relación alcanzaría su cenit surrealista cuando, en 1952, Otto pronunció un discurso en los muelles de Praga haciendo su «confesión» y encubriendo algunas importantes pistas secretas. Otto contó cómo había traicionado la Revolución sirviendo a Trotsky y a Lord Beaverbrook en una conspiración con el despiadado agente imperialista Claud Cockburn, entre otros.[17]

¿Cuál había sido su verdadera relación? Por alguna curiosa coincidencia, entre Amsterdam-Pleyel y el día en que Katz llegó a Londres para el contraproceso, Claud Cockburn había lanzado una publicación llena de rumores políticos para enterados titulada *Week*. La idea subyacente era publicar para la minoría selecta un semanario lleno de los últimos chismes políticos, todos cuidadosa e inteligentemente elaborados para servir los intereses de la línea estalinista. Era evidente que *Week* no podía ni debía contar con una distribución masiva. La gratificante sensación de pertenecer a los selectos que viven al tanto de la actualidad política no es el propósito de *Time* o *Newsweek*. *Week* equivalía a «un boletín de teoría de la conspiración».[18] Su objetivo eran precisamente los enterados a quienes estaba dirigido. Se trataba de una espléndida estrategia.

Pero ¿de dónde demonios sacaba Cockburn esa información? En la publicación había muchas mentiras, pero gran parte de la información era muy exacta y a menudo de *muy* buena fuente. ¿De qué despachos provenía todo esto? Cockburn siempre tomaba la pregunta a la ligera. La conseguía de conocidos; tenía toda clase de amistades. No era más que la charla habitual de los muchachos en los pubs de Fleet Street de los que sin duda Cockburn era un buen parroquiano. Eso y ciertos… llamémosles «corresponsales» en Alemania. Ciertos «amigos» en París. Ya se sabe. Gente. Aquí y allí.[19]

Tal vez, pero *Week* salió a la calle poco después de que Cockburn mantuviera una reunión de alto nivel con Münzenberg y Katz. Su irrupción en la vida política coincide precisamente con el periodo de máxima colaboración entre Cockburn y Katz. ¿Fue mera coincidencia que Katz fuera un agente profesional del Komintern y de la NKVD, entrenado por Willi y Radek para justamente esta clase de información y desinformación? ¿Carece este hecho de significado? Lo más probable es que una parte considerable de los rumores que divulgaba Cockburn desde *Week* se originara dentro del *apparat* y fuera material que llegaba a Cockburn a través de su mejor guía por los vericuetos de esa selva de espejos, Otto Katz.

Un detalle sugerente de las sombras que ocultan la relación de Katz con *Week* nos lo proporciona un rumor que corrió en aquel tiempo. Según se decía, habría una edición del semanario en Nueva York financiada por Ralph Ingersoll, un influyente amigo y colega de Henry Luce, que en los años treinta se convirtió en amante de Lillian Hellman, la fiel protegida política y querida amiga de Otto Katz. Ingersoll no sólo estaba encandilado por Hellman, sino que con su prédica la vida política de este alto directivo en la organización de Luce asumió una decidida postura estalinista. Pronto se convirtió en el patrocinador y financiero de las publicaciones prosoviéticas en Nueva York.[20]

Ingersoll fue el editor del periódico estalinista *P.M.*, un típico diario al estilo de Münzenberg. Aquí también pudo haber una presencia invisible de Katz. Lillian Hellman y Dashiell Hammett guiaron a Ingersoll paso a paso en esta empresa, prácticamente en cada párrafo publicado. Hammett entrevistaba a los posibles colaboradores en su habitación del hotel Plaza. En los primeros meses de la publicación, cada palabra que apareció en *P.M.* contó con el visto bueno de Hammett o de Hellman, ya fuera en Nueva York o en la casa de campo de Hellman en Westchester County.[21]

El objetivo era alcanzar una distribución masiva para que *P.M.* fuera el primo norteamericano de *Ce Soir*, el periódico estalinista de París, un diario del que Katz era el evidente control. Su protegido Paul Nizan era el director y contaba con el patrocinio intelectual de otra celebridad literaria amiga, el poeta, novelista y abyecto

estalinista Louis Aragon.[22]

¿Tuvo Otto un papel similar en *P.M*? ¿También visitaba la finca de Westchester County? Es perfectamente posible, incluso probable, pero no puede probarse. Es cierto que agentes de alto nivel del aparato, desde Katz a Louis Dolivet, merodearon siempre por las inmediaciones del *P.M*. mientras duró la existencia del semanario.[23] Sea cual fuera la vinculación, el hecho es que debió de ser escrupulosamente clandestina.

¿Y el mismo Cockburn? A menudo se ha sugerido, entre otros Peter Wright, que pudo ser un colega de Katz en el servicio secreto de la Internacional.[24] Para cuando estalló la guerra civil española, es seguro que fabricaba desinformación para Otto Katz.[25]

¿Fue Cockburn un espía? Tal vez sí, tal vez no. Al final, el interrogante no parece tener mucho sentido. Cockburn se pasó la vida adulta como el periodista estalinista más visible y mejor relacionado de Inglaterra. Era la encamación perfecta de cierto tono mordaz de desdeñosa condescendencia —su tono era Bloomsbury vulgarizado— fusionado con un cerebro y un espíritu del más acérrimo estalinismo. Guy Burgess hablaba como escribía Cockburn. En el caso de Cockburn, Stalin lo tenía rendido a sus pies.

En el otoño de 1933 el contraproceso conquistó los titulares y cumplió sus objetivos. El antifascismo se convertía en la noticia número uno que exigían los tiempos. Londres sucedía a París como su capital. Pero había más cosas por hacer en Inglaterra además de montar el contraproceso.

El Left Book Club, en el que también intervino Katz, fue uno de los medios usados para promocionar el estalinismo selecto. Se debe recordar que Münzenberg fue uno de los inventores del club del libro en su forma moderna y que año y medio antes de que enviara a Katz a Moscú, le había nombrado administrador y residente del Universum Bücherei, su club del libro en Berlín. El Left Book Club fue la versión anglosajona del Universum Bücherei.[26]

Quienes lo dirigían eran ingleses, por supuesto: John Strachey, Harold Laski y Victor Gollancz. De este trío, Strachey era el agente; Gollancz casi lo era, y Laski era un muy refinado inocente.[27] Junto a Sidney y Beatrice Webb, el muy ambicioso Strachey se convirtió

en el principal vocero del estalinismo intelectual de Inglaterra y en el hombre de paja de la Internacional contra la Guerra.

Su biógrafo dice que consultaba invariablemente con Harry Pollit y el «partido comunista británico» antes de hacer las selecciones de títulos para el club.[28] Sin duda, pero Harry Pollit era un notorio diamante sin pulir. No sabía nada de la compleja política literaria e intelectual a la que se dedicaba el club. Quien realmente sabía de estas cosas era Otto Katz. Las primeras selecciones ofrecidas por el Left Book Club son un reflejo directo de las preocupaciones que por entonces tenía la oficina de Münzenberg en París a cargo de Katz: un libro de Rudolf Olden, un colaborador de Münzenberg de toda la vida, y una traducción de *Le temps du mépris*, de Malraux, escrito bajo la influencia de Münzenberg con la «colaboración» de dos colegas de Katz, Manes Sperber y Willi Bredel.[29] Además, tras una cantidad de seudónimos («O.K. Simon», entre otros), Katz también escribió unos cuantos libros seleccionados y olvidados hace mucho tiempo.[30]

De modo que Otto fue cuando menos el ángel tutelar del club y probablemente algo más.

El nombre, club del libro izquierdista, puede llevar a confusión. Al igual que Universum Bücherei, era mucho más que la librería y venta por correo del comunismo británico. Fue una red difusora de la opinión estalinista en Inglaterra. El club tenía la acostumbrada oferta de Münzenberg en materia de campamentos, conferencias y giras de propaganda por la URSS. Organizaba a los cuadros para dominar la opinión en sectores diversos, desde el teatro a las artes y el deporte. Cuando se necesitaba propaganda, los conejos de la protesta saltaban de la chistera clandestina. Había clubes para aplaudir el cine soviético, el arte soviético y todo lo soviético, pues lo que se buscaba sin descanso era la legitimidad intelectual. Esta ansia de contar con el prestigio de nombres famosos en la cultura llegó a ser una auténtica neurosis colectiva en el *apparat*.[31] Tampoco la Iglesia quedaba al margen. Gibarti se sentía especialmente orgulloso de cómo dominaba las posturas políticas del reverendo Hewlett Johnson, rector de la catedral de Canterbury.[32] (Dicho sea de paso, Johnson nunca llegó a ser el arzobispo de Canterbury aunque muchos crédulos europeos llegaban a esa conclusión para deleite de Gibarti.) Johnson era una criatura

realmente despreciable, sin cerebro y de un alegre estalinismo, un clérigo del que se podía confiar que daría sus bendiciones a cualquier acto de crueldad o tiranía siempre que se lo pidiera Gibarti. Al mismo tiempo, denunciaba como anticristiano cualquier desafío o cuestionamiento del poder del dictador donde y cuando se produjera.[33]

*

En la juventud del hermano de Rosamund Lehmann, el editor y poeta John Lehmann, puede recogerse el hilo de Ariadna que enlaza espionaje y propaganda.

En 1933 John Lehmann era un joven literato prometedor y excepcionalmente bien relacionado que acababa de tener un encontronazo con el ego de Virginia Woolf. La consecuencia fue una dolorosa aunque breve interrupción en una carrera editorial que se convertiría en una de las más brillantes de Gran Bretaña.

Al final de la década, John Lehmann hizo su aparición recién llegado de Cambridge y fue introducido en el oficio haciendo el trabajo ligeramente peligroso de asistir a Leonard y Virginia Woolf en la Hogarth Press. La entrevista para solicitar la entrada en la editorial se la había procurado su gran amigo Julian Bell, sobrino de los Woolf y amante de Anthony Blunt.[34]

Leonard y Virginia Woolf quedaron encantados con Lehmann, que consiguió el trabajo. Realizó su aprendizaje con tal éxito que para 1932 empezó a producirse cierta e inevitable fricción. John Lehmann era mucho más que un joven brillante. Pronto demostró una auténtica y específica aptitud para la edición. Leonard y Virginia podían dejarle todo en sus manos; por primera vez durante muchos años, les era posible tomarse unas vacaciones, días, semanas enteras de libertad. Lehmann no era solamente un buen trabajador. No sólo tenía ideas y gusto propios, sino que empezó a poner la marca de una nueva generación en algo que siempre había sido territorio exclusivo de los Woolf.

Pese al cariño nada fingido que Virginia Woolf sentía por la joven promesa, no le gustaba la nueva línea editorial que Lehmann intentaba imponer. Estaba apareciendo una nueva generación de realistas antipoéticos, una generación para la cual Virginia Woolf

representaba una institución, nunca un modelo. Los escritores de los años treinta asumían su propia identidad; John Lehmann era su hombre en Hogarth. Virginia observaba todo esto con los ojos entornados. A medida que se avecinaba la inevitable confrontación, el ambiente se volvía cada vez más tenso en la editorial Hogarth.

En ese momento, Lehmann decidió que lo mejor era marcharse de Travistock Square por un tiempo y reunirse con sus amigos en la Europa de lengua alemana, amigos que él había llevado a la editorial Hogarth (Christopher Isherwood, Stephen Spender, W.H. Auden). Ese era el *lugar* donde debía estar. Sin embargo, aunque no lo cuenta en su hermoso libro de memorias *The Whispering Gallery*, donde sólo hace un comentario de pasada sobre «el remolino de actividades antifascistas y antibélicas… clandestinas»,[35] John Lehmann no fue a Viena de forma espontánea. Lo enviaron.

¿Quién? Como las cosas se ponían feas en Hogarth, Lehmann fue a pedir consejo a John Strachey y éste le escuchó y comprendió perfectamente. Estuvo de acuerdo en que la situación con los Woolf se estaba poniendo difícil. ¿Por qué no tomarse un tiempo, dejar que las aguas volvieran a su cauce? Visita el continente. ¿Qué tal Viena? Después de todo, los amigos de Lehmann, Isherwood, Auden y toda clase de gente fascinante irían allí ese verano. Y Strachey sabía cómo sacarle el mayor provecho al viaje. ¿Por qué no viajar con los auspicios de una espléndida organización radical que dirigía el mismo Strachey y de la que seguramente Lehmann había oído hablar? ¿La Internacional contra la Guerra? La Internacional no era meramente idealista. Se asentaba en el núcleo de la *verdadera* lucha antifascista. Y Strachey estaba en condiciones de informarle confidencialmente de que la verdadera lucha antifascista se centraría en Viena. Viena sería el lugar donde se debía estar ese verano. El joven casi dio un respingo cuando Strachey sugirió que viajase a Viena como «corresponsal secreto».

¿Era Viena el lugar donde la «verdadera» lucha antifascista tendría lugar? Viena sería donde se desarrollaría la *ilusión* de la lucha antifascista. Se trataba de una ilusión creada para servir a fines muy diferentes de la derrota de Adolfo Hitler. En 1934 el

aparato eligió Viena como el escenario de una importante campaña antifascista como tapadera de actividades encubiertas. Casi con seguridad, Gibarti fue el principal protagonista del esfuerzo propagandístico mientras que la operación clandestina de espionaje y subversión estuvo a cargo de Alexander Orlov. Después de Viena, Orlov pasó a Inglaterra, donde entró a dirigir el grupo de Cambridge. Después de Londres, fue a España con proyectos aún más ambiciosos.[36]

El objetivo de la campaña antifascista de 1934 no era de ninguna manera oponerse a Adolfo Hitler. Por el contrario. El fin era minar a los dos principales partidos austríacos. Uno de ellos era de extrema derecha, los «clérigo-fascistas». El otro, de izquierdas, era el partido socialdemócrata marxista, pero no estalinista. Hitler y Stalin detestaban por igual a los dos partidos. Y la finalidad compartida por los dos dictadores era utilizar la campaña «antifascista» para provocar su destrucción.

En Viena Otto Bauer lideraba a los marxistas no estalinistas, que básicamente eran socialistas urbanos. El líder de los «clérigo-fascistas», del partido ultraconservador corporativo cristiano, era el primer ministro austríaco Engelbert Dollfuss. Nótese bien que por más «clérigo-fascista» que fuera, era tan detestado por Hitler como Bauer lo era por Stalin. Ese es el punto clave. Ambos dictadores ansiaban aniquilar esos partidos. Ni Dollfuss ni Bauer habían hecho jamás acto de sometimiento a los respectivos dictadores. El objetivo de la campaña de Austria era servir tanto a soviéticos como a nazis con la desaparición de los dos partidos.[37] Sólo en apariencia apoyaron a sus supuestos y respectivos aliados ideológicos. Un año más tarde, Dollfuss sería asesinado por los nazis, no por los comunistas. La «ayuda» estalinista hizo trizas al partido de Bauer. Por tanto, una campaña para desestabilizar a Bauer y Dollfuss representaba un hecho bienvenido por Hitler. El servicio secreto de Stalin se aprestó con todo entusiasmo a hacer la faena. En 1934 Dollfuss se había propuesto destruir los logros muy reales del anterior gobierno socialdemócrata de Bauer. En ese preciso momento, Stalin vio la oportunidad de aniquilar a los odiados socialdemócratas con el disfraz de apoyo y asistencia.

Gibarti y Orlov se dispusieron a crear una campaña «antifascista» muy visible, mezclando propaganda con acciones

encubiertas, saboteando y desacreditando a los no estalinistas de Bauer bajo la apariencia de «ayuda», mientras generaban uno de los lemas políticos más predominantes y destructivos de los años treinta. Este afirmaba que la socialdemocracia, la izquierda, y las democracias en general, eran demasiado débiles, demasiado ambivalentes, demasiado contradictorias como para poder luchar realmente contra Hitler. Por esa razón, tarde o temprano, la gente decente se volcaría a favor de la izquierda dura y madura de Stalin. Pero efectuarían este cambio gracias a una campaña «antifascista» que en verdad no representaba el menor reto a Hitler y que, de hecho, contaba con el beneplácito del dictador nazi.

La mentira sobre la debilidad democrática con su consiguiente campaña de promoción resultaron un éxito espectacular. Para cuando todo hubo acabado, las brutalidades combinadas del *apparat* y de los clérigo-fascistas lograron dispersar a toda la izquierda no estalinista, convertida al estalinismo o en la cárcel. Muchos de los jóvenes ilusos de Bauer se precipitaron a encontrarse con sus «amigos» en la URSS. Los soviéticos prepararon un desfile en su honor; luego los enviaron al gulag.[38] Simultáneamente, y para deleite de los nazis, Dollfuss resultó realmente depurado y también desacreditado y hacia el final de ese mismo año los nazis lo asesinaron. Fue reemplazado por un gobierno de la derecha antinazi, totalmente mojigato, débil e intimidado que quedó a merced de los dos dictadores. Y cuando finalmente Hitler entró en Austria con el Anschluss en 1938, las protestas de Stalin fueron estrictamente protocolarias.[39]

Esta operación requirió muchos espejos rotos y muchas cortinas de humo. Las vitrinas de las librerías se vieron invadidas de títulos sobre las atrocidades austríacas; la prensa rezumaba los sufrimientos. Victor Gollancz envió a Naomi Mitchison a Austria con un anticipo «generoso» para que redactara lo que luego fue el *Vienna Diary*. Mitchison, una indoblegable compañera de viaje, se sintió muy halagada de hacer de correo. «Transportaba documentos de los amigos socialistas a los camaradas británicos en mis gruesos pantalones de lana», escribió orgullosa.[40] A los simpatizantes, desde Stephen Spender a W.H. Auden y Hugh Gaitskell, se los hizo

converger en masa. Strachey tenía razón. Viena era el lugar donde había que estar.

Mientras tanto, John Lehmann hacía su trabajo de «corresponsal secreto» mecanografiando artículos inocentes aunque rabiosamente antifascistas. En una ocasión se le acercó un camarada «moreno», a quien alguien le había presentado, que insistió en tener una reunión a solas con él. ¿Y de qué hablaron? De política, de política en serio.

La charla en esta clase de reuniones de reclutamiento era notable por ser muy a fondo y, al mismo tiempo, evasiva. Hasta ahora, Lehmann había redactado artículos —sabiamente sugeridos por la Internacional— que colocaba en distintas publicaciones inglesas. Un trabajo estupendo y valiente. Pero había otras cosas que hacer contra el fascismo. Y lo que era aún más importante, un trabajo más serio. Trabajo especial.

¿Como qué?

Bueno, tenía que ver con… «otra clase de información política».

¿Otra información?

Precisamente de qué «otra clase de información» se trataba quedaba en el aire, pero el moreno visitante se mostraba persistente, «negándose a aceptar un "no" como respuesta».[41]

«Mi "sargento de reclutamiento" presionaba mucho, pero se mostraba muy vago sobre lo que yo tenía que hacer exactamente.»

Lehmann se puso nervioso. «Me olí una trampa… es decir, decidí que al final me revelaría que quería que yo me convirtiese en un agente soviético.» En ese momento, aún comprometido con su inocente papel de «corresponsal secreto» y un poco asustado, volvió a recurrir a John Strachey. No sabemos de qué hablaron, pero después de la conversación, Lehmann escribió que su charla «me convenció de que estaba pisando terreno demasiado peligroso». El «misterioso caballero» que había sido tan persistente «desapareció de mi vida».

Lehmann termina su «miniconfesión» con un suspiro: «Por supuesto ahora veo que era especialmente vulnerable. Quizá tuve la gran suerte de escapar de la trampa con toda facilidad».[42]

Este heredero de Bloomsbury estuvo en el punto exacto de intersección entre propaganda y espionaje. La Internacional contra la Guerra *era* la rama de propaganda del aparato soviético de espionaje. Lehmann había sido enviado a Viena para una prueba de

reclutamiento y, debido a sus reticencias y a su posiblemente falsa inocencia, había suspendido el examen. Era un examen que otros superaban incluso con notable. Un candidato triunfador, por ejemplo, fue Kim Philby.

*

La relación entre Blunt y Burgess es la que mejor ilustra la mezcla de propaganda y espionaje en el círculo de Bloomsbury. Una vez descubierto, Blunt convocó una «conferencia de prensa» en la sala de juntas del *Times* de Londres. En ella manifestó que Guy Burgess le había dirigido y controlado para el *apparat*. La verdad es que todo parece indicar que en realidad Blunt reclutó a Burgess. Realmente fue una elección arriesgada. Trabajaron juntos; Philby tenía el papel decisivo mientras Blunt conducía y atemperaba los incorregibles entusiasmos y excesos de Burgess.

Aunque todo el círculo estaba bajo el control de la NKVD, tiene algún sentido pensar que Burgess era «el hombre de Münzenberg» en el grupo. Su carrera, su trabajo en la radio, su «círculo», forman el clásico reflejo británico del estilo Münzenberg. Burgess conocía bien a los elementos legales de Münzenberg, viajaba con frecuencia a París y se jactaba ante Goronwy Rees de ciertas relaciones culturales que sólo podía organizar la oficina de París: una cena con Theodore Dreiser, por ejemplo, cuando el aparato se afanaba en organizarle otra conferencia al autor de *Una tragedia americana*. He oído decir que Burgess llegó a conocer a Münzenberg en persona. Es muy posible aunque no dispongo de ninguna prueba. Babette Gross no podía recordar nada al respecto.

De haber sido un «hombre de Münzenberg», Guy debería de haber conocido razonablemente bien a Otto Katz. Burgess también fue un espía bajo la supervisión de un control. En los primeros tiempos, Maly le ordenó que se hiciera pasar por militante fascista trabajando y acostándose con un simpatizante fascista miembro del Parlamento, un tal capitán Jack Macnamara. Era una evidente misión encubierta, al igual que lo fue su trabajo en el SOE durante la guerra. Que Burgess haya sido eso y simultáneamente un hombre de Münzenberg, es decir, dedicado a la propaganda, nos indica precisamente el alto grado de interpenetración existente entre los

servicios de espionaje y de propaganda, algo que tantas veces ha sido puesto en duda. Burgess se movía entre los mundos de Maly y Gibarti. Y lo hacía simultáneamente.[43]

Al nivel más profundo, el pobre Burgess parece haber estado a merced de la muy cruel musa del fracaso. Representa uno de los grandes e instructivos ejemplos del ser fracasado. Esa clase de gente suele abundar en los servicios secretos. Una vida de éxitos en el arte y el intelecto no es nada fácil. Lo que comienza como una joven promesa puede hundirse fácilmente en una desagradable región entre el segundo y tercer nivel, el reino del anonimato donde a menudo hasta los mejores caen y permanecen para siempre. En 1931 la opinión generalizada era que Guy Burgess llegaría a ser uno de los grandes académicos de su tiempo. A la vista de cómo terminó, legañoso, sensiblero, baboso, resulta complicado entender cómo tanta gente seria podía haber pensado alguna vez que el joven Guy Burgess era uno de los seres humanos más brillantes, impetuosos y prometedores que habían conocido.

Al preparar este libro, he conocido a muchos agentes influyentes que trabajaron para distintos gobiernos dentro de la tradición Münzenberg. Más de uno me dejó con una imagen preocupante y anónima, la sensación de que alguna sombra había sobrevolado sobre nuestra conversación. Me siento tentado de denominar a esa sensación pasajera como el fantasma de Guy Burgess. Aparece una y otra vez: el mismo encanto falaz. La misma erudición y el mismo alcance intelectual sorprendentes pero demasiado poco convincentes. La misma capacidad encantadora para el chisme; la misma actitud superficial de conocer a todo el mundo y saberlo todo. A menudo la misma elegancia, aunque una elegancia fracasada, un poco decaída, un poco sucia o torpe o anticuada o fuera de lugar. A menudo el mismo mundillo sexual, ya sea heterosexual u homosexual, da lo mismo. A menudo el mismo río de alcohol flotando en las cercanías. Estos hombres (cuantos he conocido son todos varones) empezaron sus vidas como jóvenes promesas que maravillaron a todos. Al igual que Guy, se lanzaron a la vida con los mejores contactos en el mundo de las artes, de la política, de la cultura. Y luego…

La podríamos denominar la maldición de Burgess. La misma desolación, a veces acompañada de alcoholismo. La misma

oscuridad profunda recubierta por el rápido movimiento de una opción incierta a otra y el mismo final de incumplidas promesas, desgastadas y al final olvidadas. Dan la impresión de hombres cuyas dobles vidas se originaron en la bifurcación fatal entre sus grandes expectativas originales y sus verdaderos egos secretos. Para ellos, el fracaso dio comienzo virtualmente en el instante de su temprano éxito, allá en el pasado, cuando los estrenos impactantes parecen éxitos de verdad. Su fracaso es un fracaso vivido antes de que lo visto como promesa se mezclara y confundiera con la pérdida.

Para personas semejantes, el trabajo en el mundo secreto puede resultar maravillosamente revigorizante. Los sitúa en el reino del poder; los introduce, aunque sea en secreto, dentro de una red de la mayor importancia, les confiere un papel como el que ofreció en su día la esperanza. Una vez más, no les tiembla la mano. Secretamente pueden sentir las fuerzas recuperadas. Salvo que, para ese entonces, la labor del desgaste y de la ruina ya está casi terminada. Los dioses, a quienes al principio echan la maldición de ser una promesa, luego los convierten en espías.

Pero si Burgess fue una trágica y emblemática figura del fracaso, Blunt estaba espiritual y materialmente ligado al éxito. No podía fracasar; no fracasaría jamás. Su demonio conductor no era la musa del fracaso, sino del deseo de estar conectado con los medios del poder. El éxito definía la vida de Blunt así como el fracaso la de Burgess. Tal vez el misterio de su amor prolongado y escondido por Burgess deba situarse en esta extravagante unión entre el fracaso trepidante y el éxito impecable.

En una obra sobre la deserción efectuada por la BBC en los años ochenta, el guionista presenta a Burgess advirtiéndole a Blunt que se va a escapar a Rusia con Maclean con una nota que no contiene más que números. Los números son referencias a unos versos de poesía, una estrofa de Robert Browning, una balada titulada «Waring» sobre un joven de promisorio futuro que ha fracasado y que ya no puede soportar lo que ha sido de él. Cuando el poema empieza, Waring ha decidido por último dejar Londres sin despedirse de nadie. Escapa y… se marcha a Rusia.

En la película, Blunt recibe la carta, la abre y ve la referencia.

¿Browning? «¿Waring?» Perplejo, coge el libro de poemas, lo hojea hasta que encuentra el que busca y entonces lee a solas, *sotto voce*:

¿Qué le ha pasado a Waring desde que nos dejó sin decir nada, eligió tierra o mar, botas y arcón, plumilla o bastón, en vez de ir por arriba y abajo nunca más por la ciudad de Londres?

Al instante, Blunt cae en la cuenta. Le llega algo así como un súbito reconocimiento y vemos que lo capta. ¿Guy? ¿«Nos dejó sin decir nada»? *Guy también deserta*. Entonces, enfurecido y a la vez traicionado, desconsolado y en peligro, Blunt arroja el libro al suelo. No he hallado ninguna prueba de que esto sucediera realmente, pero se trata de un hallazgo brillante y emotivo del guionista: *ben trovato*.

En el apogeo de sus aventuras londinenses, Burgess vivió en dos pisos consecutivos. El primero, desde los años treinta, consistía en un ático en Chester Square. El segundo, donde vivió durante la guerra, era un sitio espacioso y agradable de Bentinck Street alquilado con los buenos oficios de Victor Rothschild. Los dos lugares parecen encajar en la iconografía del espionaje como dos *maisons de rendezvous*. Los dos han sido descritos vívidamente varias veces, en especial por Goronwy Rees y Malcolm Muggeridge. En Bentinck Street la musa de la historia parece haber decidido cumplir uno de sus periódicos caprichos. En el número 9 de Bentinck hay una placa azul y blanca que indica que allí alguna vez vivió Edward Gibbon, el autor de la *Decadencia y caída del Imperio Romano*.

En Chester Square, Burgess recibía en cama como un escuálido Luis XIV y atendía a sus visitas en habitaciones «repletas de basuras indescriptibles y de los restos diseminados de la fiesta que había tenido lugar el día anterior».[44] Al lado de la cama, había pilas de libros —Burgess parece haber leído *Middlemarch* casi sin interrupción en su vida adulta— y muchas botellas, algunas de ellas tumbadas. Casi siempre tenía a mano una sartén palpitante con el hedor nauseabundo de un guiso casero que cocinaba Burgess cada semana como un reconstituyente más o menos espeso con el que

contrarrestar el alcohol ingerido, y sin perder tiempo en los fogones. «Una velada en casa de Guy», escribió Goronwy Rees, «era como ver una comedia francesa a la que le habían inyectado todos los ingredientes del drama político. Las puertas de los dormitorios se abrían y cerraban; caras desconocidas aparecían y desaparecían en las escalinatas por las que entraban visitantes recién llegados: funcionarios públicos, políticos, turistas en Londres, amigos y colegas de Guy que entraban y salían de las camas y luego continuaban su ronda con una muy seria conversación política…»[45]

El piso de Bentinck Street fue el hogar de Burgess durante la guerra. Londres, como capital de los aliados, también se convirtió en el centro de todas las conspiraciones habidas y por haber. Algunos de los protagonistas hacían acto de presencia, de tanto en tanto, en Bentinck Street. Era un sitio delicioso, muy bien acondicionado, incluso lujoso. Lo cual era testimonio de la creciente influencia de Blunt y Burgess sobre su buen amigo Lord Victor Rothschild, quien se lo había subarrendado por una ínfima cantidad.

Si uno pudiera enterarse de quiénes y de qué cosas pasaban por Bentinck Street durante esos años sería posible reconstruir una completa historia secreta, grotesca pero notable, de la segunda guerra mundial. Sería como un Proust político: un cuarto de siglo después, el cataclismo de una época visto por Jupien. Bentinck Street se transformó en una especie de salón en el que Burgess reunía al submundo homosexual de Londres con algunos de los operativos políticos más tortuosos y despreciables entonces en activo. Pienso, por ejemplo, en el barón Wolfang von und zu Putlitz, o en una repugnante criatura del selecto anonimato de la política francesa llamada Edouard Pfeiffer. Todo esto se movía bajo el hechizo del grupo de Bloomsbury.

Malcolm Muggeridge describe de forma aún más memorable que Rees una visita a Burgess. Él era un chico de clase media. En este pasaje, se puede oír su protesta amarga y nada corriente contra Bloomsbury y su esnobismo:

«Allí nos encontramos con otra reunión de intelectuales

desplazados, pero más prósperos y más seguros socialmente que los de *Horizon*: John Strachey, J.D. Bernal, Anthony Blunt, Guy Burgess, todo un *Quién es quién* revolucionario. Fue la primera y única vez que conocí a Guy Burgess, quien me dio la impresión, como jamás he tenido de otra persona, de estar moralmente afectado de alguna manera. Su mera presencia física fue, para mí, maloliente y siniestra, como si tuviera una enfermedad contagiosa, como una tisis galopante; esta impresión cuadró con los acontecimientos venideros; así como cuadraba su piso de millonario tan bien puesto, tan espléndido como para proporcionar, entre otras amenidades, huesos especiales de plástico para morder si el estrés de los bombardeos se hacía insoportable. Era una hospitalidad para una compañía distinguida, el futuro ministro del gabinete (John Strachey); el guru honorífico de la extrema izquierda (J.P. Bernal) y el *connoisseur* extraordinario (Blunt) y otros notables, todos agrupados de algún modo en torno a Burgess. O sea, la escoria etoniana junto a la crema enferma de una sociedad enferma».[46]

Uno de los grandes personajes de Bloomsbury bien conocido por Burgess era Harold Nicolson. Se conocieron a principios de los años treinta. Uno de los biógrafos de Nicolson cita a Burgess como un joven que supo atraerse el cariño y la dedicación de éste en aquel tiempo. No está nada claro y puede dudarse de que fueran amantes, pero resulta evidente que terminaron siendo muy buenos amigos. También está claro que Burgess utilizó su amistad con Nicolson para promocionarse. A través de la influencia de Nicolson pudo Burgess en 1936 entrar en la BBC. De hecho, buena parte del éxito de Burgess en el sistema británico tuvo lugar con el patrocinio de Nicolson. Este no compartía ninguno de los principios políticos de Burgess; la vinculación no era política en el sentido amplio, sino en el sentido más estrecho de Bloomsbury, y dependía del viejo código de supuestos del círculo exclusivo.[47]

No hay duda de que a Burgess le supervisaban sus mensajes en la radiofonía sus «amigos» del *apparat*, pero sólo al cabo de un año o dos de hacerse pasar por simpatizante fascista, trabajando en la oficina y en la cama del capitán Macnamara. Mientras tanto, Burgess tuvo un trabajo de director de relaciones públicas para un

frente nazi de simpatizantes, la Hermandad Anglo-Alemana, un grupo al que Philby le ordenó que se afiliara. Ambos fueron miembros en activo durante dos años. Jamás se ha explicado por qué este mero hecho no lo descalificó automáticamente para ocupar cualquier cargo en la inteligencia británica. Es algo que se omite en cualquier exposición al respecto, aunque resulta difícil comprender cómo semejante riesgo clamoroso pasó desapercibido por las autoridades de control. Ser miembro de la Hermandad significaba una asociación directa con los nazis. Pero ¿para qué preocuparse? Los dos fueron introducidos en las secciones más sensibles de los servicios británicos por Guy Liddell, su infatigable admirador y una de las mayores figuras en la historia de la inteligencia británica.

Liddell es uno de los personajes más misteriosos en la historia del espionaje. Desde mediados de los años veinte hasta su retiro a mediados de los cincuenta, fue el experto más importante de los servicios británicos y norteamericanos en la actividad secreta soviética tanto en Inglaterra como en el resto del mundo. Prácticamente toda la información sobre el *apparat* con que contaba el departamento de Estado antes de la fundación de la OSS tenía su origen en los informes que llegaban de Londres y de Liddell. Era una de las figuras más queridas y de mayor confianza de los servicios británicos. Durante años y años, el simple hecho de que se asociara el nombre de Liddell a la más ligera sospecha provocaba la temible ira de los miembros eméritos de los servicios, de Sir Dick White, por ejemplo.

También es verdad que virtualmente todos los progresos significativos que tuvieron lugar en los servicios debido a los buenos oficios del grupo de Cambridge tuvieron el patrocinio de Liddell. Se puede rastrear su ayuda y apoyo en todo lo que hicieron. Una y otra vez, se ha propuesto su nombre como el de un posible topo; una y otra vez se ha rechazado esa posibilidad. La acusación más seria proviene de Burgess y de Goronwy Rees, amigo y colega de Blunt reclutado por el aparato en ese tiempo y que acabaría rompiendo con él en una fecha incierta: posiblemente en la del Pacto Germano-Soviético. Rees consideraba que toda la carrera de Blunt, antes y después de su desenmascaramiento, había contado con la protectora colaboración de Liddell.

El interrogante sobre Liddell sólo puede despejarse en los

archivos y da la sensación de ser un misterio más persistente incluso que el caso Hiss. Mientras esperamos que se lleve a cabo y se complete la necesaria investigación, el caso contra Liddell mejor formulado, aunque luego puesto en duda, es el de John Costello.[48] Tengo poco que añadir, salvo manifestar que encuentro tan masivas y comprometedoras las pruebas circunstanciales contra Liddell y a favor de las acusaciones de Rees que, una vez conocidas, resulta casi imposible volver a ver a Liddell a la luz de una simple inocencia. Se necesita más investigación. Pero como me comentó un sagaz observador: «Si Guy Liddell *no* fue un agente soviético, entonces estaba perdiendo el tiempo».

En la muy extensa lista de verdades comprometedoras que se saben de Liddell figura que era una presencia habitual en el salón de Bentinck Street. Aquél era un sitio que hasta un niño un poco rápido podía detectar como lleno de riesgos de seguridad. ¿Cómo puede ser que un alto funcionario del contraespionaje británico haya elegido un lugar así para entretenerse? También fue el responsable de dar los primeros cargos que Kim Philby y Guy Burgess ocuparon en el servicio. Ocurrió poco después de que ambos dejaran el conocido frente nazi, muchos de cuyos miembros fueron acusados directamente de traición durante la guerra. Es seguro que en 1936 Philby y Burgess habían dejado de pasar por nazis. ¿Y qué? El grave riesgo de seguridad seguía existiendo. Tal vez Liddell desconocía esos hechos. En ese caso cometió un grave error profesional. O puede que supiera que se habían hecho pasar por nazis. Entonces también sabía que eran agentes soviéticos. Si sabía la verdad y no le importó, sería un inconsciente y un incompetente. Pero nadie piensa así de Liddell.

Por otro lado, Nicolson era poderoso en la radio.[49] Durante la guerra, fue la cabeza política de la BBC, con acceso directo a Churchill así como al secretario parlamentario del Ministerio de Información, que dirigía los servicios secretos. Y sin duda, era un personaje legendario de Bloomsbury, casado con Vita Sackville-West, una mujer que fue amante de Virginia Woolf y una notable autora de diarios, diplomática y árbitro del buen gusto.

En los numerosos diarios publicados de Nicolson, las entradas sobre Burgess son incompletas y cándidas. Desde 1952 Nicolson hizo todo lo que estuvo a su alcance para ocultar esta crédula y

poco favorable relación con el espía. Nunca se ha explorado seriamente esta historia en su dimensión emocional y política, aunque un historiador excepcionalmente meticuloso de la radiofonía, W.J. West, ha estudiado sus consecuencias para la BBC. [50]

Con el patrocinio de Nicolson, Burgess subió como la espuma en las redes de Bloomsbury; pronto se convirtió en el productor político más influyente de toda la BBC, donde introdujo a propagandistas y simpatizantes a raudales. Naturalmente, incluyó a Anthony Blunt, cuyas frecuentes apariciones en la BBC le ayudaron en su ascenso. Para la clase de ambición de Blunt, el prestigio académico necesitaba del lustre añadido de algo popular.

Burgess explotó su papel en la BBC con sutileza y habilidad.[51] Pero hubo algo más. Como comenta lacónicamente el biógrafo de Nicolson, «no puede haber duda de que Burgess consiguió de Harold información sensible que pasó a sus jefes de Moscú».[52]

Cuando Burgess desertó, Nicolson escribió en su diario algo revelador. La entrada es angustiosa. «De haber considerado a Guy un hombre de coraje, habría pensado que se había ido a unirse a los comunistas. Pero como sé que es un cobarde [uno se pregunta cómo sabía esto Nicolson], supongo que era sospechoso de haber pasado cosas a los bolches y que al darse cuenta de su culpa, se rajó».

Hay algo repelente en estas líneas. Angustia, sí, pero impresiona el tono colegial, la idea débil y evasiva sobre el «coraje» hecha en una frase que revela ignorancia del verdadero coraje y del comunismo de Burgess, el uso de «darse cuenta», como si el otro no supiera lo que hacía, y finalmente el lenguaje de jovencito con eso de «haber pasado cosas a los bolches» y «se rajó». He aquí a un Apóstol —la encarnación misma del ideal de Lytton Strachey— que había mantenido una larga amistad con uno de los más conocidos personajes de Bloomsbury, que le mintió una y otra vez y que lo utilizó siempre que tuvo la oportunidad no en su propio beneficio, Dios no lo permita, sino en el de la tiranía. Nicolson había sido engañado, ensuciado y manipulado no para hacer fortuna o conseguir ser admitido en un club exclusivo. Burgess había hecho todo esto a fin de traicionar a su país. Y Nicolson olvida que él era algo más que un amigo de Burgess. Era un miembro del gabinete de Winston Churchill, un hombre del que en cierta medida dependía el destino de pueblos enteros. Pero es incapaz de asumir nada de esto.

No puede ni quiere dar la cara, ni lo hará en años venideros. En su correspondencia con Moscú, Nicolson siguió tratando a Burgess como si sólo se tratara de un amigo excepcionalmente equivocado con quien no estaba de acuerdo. Jamás reconoció que ese «amigo» le había utilizado a él, su posición, su confianza, ese algo inmencionable llamado su poder político y su confianza política para traicionarlo a él y a su país, junto con muchos otros países, aún más desgraciados. Fue un E.M. Forster al revés por completo, pero yendo aún más allá. En vez de reconocer lo sucedido, la voz de Nicolson asume un tono infantil. ¿«Se rajó»? Habla como si Burgess fuera un chico de diez años descubierto haciendo trampas en algún juego, como mínimo un juego en el campo de deportes de Eton. Representa un final tortuoso y de pesadilla al culto a la «amistad» malicioso, malhumorado y ansioso de poder que anunciara Lytton Strachey.

No obstante, sería sumamente erróneo terminar con una nota de mera condena de este hombre utilizado y engañado. La entrada del diario de Nicolson acaba con una nota de gran dolor personal. Siente una verdadera tortura; una verdadera vergüenza. Nicolson concluye diciendo: «En mis sueños, su rostro absurdo me contempla con ojos borrachos y ciegos».[53]

Alguna bestia terrible, nacida en Bloomsbury, había vuelto a casa encogida y arrastrándose.

8

En América

Aunque la labor del aparato en la vida cultural y política de Estados Unidos asumió formas diferentes a la de Inglaterra, existen paralelismos en los dos países. Como hemos visto, el desarrollo de las organizaciones de espionaje con base en Cambridge y Washington estaba coordinado por las mismas gentes. Maly envió a Hede Massing a reclutar a Field en Foggy Bottom mientras él permanecía en Londres ocupado con el entorno de Burgess y de Blunt. La operación tenía un alcance trasatlántico. Si bien en Estados Unidos no existió un equivalente preciso al Left Book Club, las sigilosas intervenciones del aparato se prodigaron hasta llegar a un gran arco que abarcaba desde la cultura de masas hasta las regiones superiores del academicismo intelectual, desde Broadway hasta la bohemia modernista, desde la red de simpatizantes hasta Hollywood.

En América podemos encontrar al aparato concertando la boda de Sinclair Lewis mientras fortalecía los mitos de masculinidad y bohemia pregonados por Hemingway. Incidió en la cultura del *glamour* de Hollywood mientras controlaba redes de influencia que llegaron hasta la guerra civil española. Rastrear cada aspecto y detalle de este fenómeno puede resultar abrumador. Puede perderse la pista entre tantas redes, muchas formadas con el obvio propósito de confundir. Parece más instructivo seguir unos pocos hilos a través del telar del siglo americano.

Podemos empezar con Sinclair Lewis en Austria. La pista que allí seguimos nos guiará a través de un gran número de artistas y espías hasta culminar en una noche sofocante en Washington.

*

Poco antes de que Lenin diera a Münzenberg su mandato, Sinclair Lewis era el escritor *serio* más famoso de Estados Unidos. Es difícil exagerar el prestigio internacional de que gozaba a mediados de los años veinte. *Calle mayor* apareció en 1920; *Babbitt* en 1922; *El doctor Arrowsmith* en 1925. Su retrato satírico del filisteísmo triunfante en Norteamérica, tan crítico y convincente, le había convertido en todas partes en el mayor *best-seller* sobre un tema americano. En 1926 esa inmensa reputación mundial fue codiciada por Willi, quien montó un esfuerzo meticulosamente orquestado para sumar a Sinclair Lewis en las redes de los simpatizantes. Todo se centró en su boda.

La historia empieza en 1926 en Viena, donde Dorothy Thompson, hija de un pastor protestante del norte de Nueva York, se consagró como la mayor estrella en boga del periodismo internacional norteamericano. En 1926 Dorothy Thompson poseía un atractivo personal bastante irresistible.[1] Era una joven con mucho nervio y con algo de la ansiedad y del ímpetu propios de una reportera principiante, muchísima audacia, urgencia por llegar al fondo de cada historia y una pertinacia rigurosa por entender *realmente* lo que sucedía. Pero esa energía vital estaba al servicio de algo mucho más importante. Dorothy Thompson era una persona excepcionalmente inteligente. Escribía con un innato y mundano sentido del estilo, muy superior al común denominador del periodismo de su tiempo, y poseía un talento que iba directamente al grano, sin rodeos ni distracciones. Por más hija que fuera de un pastor protestante de provincias, era una ingénita analista del poder, la política y los acontecimientos públicos.

El 9 de julio de 1927, el día en que cumplió treinta y tres años, un grupo de amigos influyentes organizó una cena en su honor a la que concurrió lo más granado e interesante de Viena. Un invitado importante fue el conde Károlyi, el aristócrata favorito de Münzenberg. La velada alcanzó su punto culminante con la presencia de una gran celebridad, el señor Sinclair Lewis.[2]

La ocasión resultó un éxito a medias. Lewis no estuvo especialmente brillante esa noche, pero no se emborrachó ni se comportó mal como era su costumbre. En tan grande compañía, dio

la impresión de estar preocupado, meditativo, aunque se esforzó por mostrarse simpático y casi lo logró. Hubo un momento en que cogió papel y lápiz para hacer el boceto de su casa ideal, una finca rural aún por construir en alguna colina de Vermont aún por descubrir. El dibujo pasó de mano en mano. La gente suspiraba, sonreía. Le llegó a Dorothy, que lo estudió. Después de la cena, Lewis llevó a Dorothy a un rincón a solas. En un instante, se inclinó hacia ella y en voz baja le pidió la mano.

Dorothy Thompson lanzó una carcajada. «¡Pero, señor Lewis, si apenas le conozco!»

Acto seguido, tomó distancia y contempló por un momento el rostro de su futuro esposo.

Dorothy Thompson y Sinclair Lewis provenían casi del mismo mundo social y cultural; si nos atenemos a sus antecedentes, ese casamiento resultaba algo brillante y natural. Ella escribió que él era «de mi misma sangre y, en muchos aspectos, de mi misma naturaleza». Dorothy sentía por Lewis esa confusa admiración que a menudo muchos periodistas sienten por los artistas de la imaginación. En su caso, esa admiración fue el detonante de su enamoramiento. Era una mujer que no se reprimía ante estadistas o reyes, pero se sentía un poco cohibida ante Lewis. Al principio sintió una reverencia atemorizada ante su espíritu torturado y su sombrío poder. Lo encontraba «estimulante hasta el punto de resultar agotador», pero la hija del pastor añadió: «Es un hombre muy singular y diabólico, borracho, blasfemo, a veces pienso que poseído por un demonio».[3] Por su lado, Lewis amaba en ella la manifiesta franqueza y eficacia; sentía que le bajaba un poco la depresión cuando estaba en presencia de esta chica rural maravillosamente mundana. Amaba su energía, su intelecto, su amor. No era suficiente. Lewis también era un alcohólico intratable y un hombre que poseía una amplia y trágica capacidad de odio hacia cualquiera a quien tuviera la mala fortuna de amar.

La relación probó ser la gran prueba pasional de sus vidas. Fue exigente y cruel. El motor fue la infelicidad. Los dos la abandonaron sólo tras años desgastados y sin esperanza debido a la adicción de Lewis. Fue una unión trágica, pero a los ojos de Münzenberg el

romance entre estas dos luminarias representaba una oportunidad sin parangón para influir en la opinión pública norteamericana.

Münzenberg le dio la máxima prioridad. Incluso antes de la boda, en los primeros días del romance, Willi viajó personalmente —¡sin precedentes!— a Viena para consultar con su gente y concertar una discreta entrevista con la feliz pareja. No es que ellos ignoraran con quién se encontrarían, por supuesto.[4]

Muy pronto se les organizó una gira de propaganda por la URSS, una luna de miel por todo lo alto. Justamente en ese momento, apareció de algún modo en sus vida un joven periodista norteamericano, triunfador y con bastante talento, llamado Vincent Sheean. Se trataba de un simpatizante muy comprometido con la operación de Münzenberg. Sin duda, Sheean fue un instrumento para las manipulaciones de que fueron objeto Lewis y Thompson, aunque es difícil evaluar hasta qué punto era inocente.[5] En cualquier caso, la pareja pronto le cogió gran cariño. Vincent se convirtió en un predispuesto acólito para su relación y para su viaje. Después de que ambos murieran, les dijo adiós con un libro bastante bueno sobre el matrimonio titulado *Dorothy and Red*.

Sheean puede haber sido más o menos inocente, pero eso no sucedía con su amiga, que era una agente profesional al servicio de Münzenberg. Se llamaba Rayna Prohme y sirve como un ejemplo más de la relación simbiótica entre el aparato de propaganda y el de espionaje. Era una ferviente comunista de Chicago, una verdadera fanática que se acababa de divorciar del dramaturgo Samson Raphaelson, autor de *The Jazz Singer*, un hombre que más tarde desempeñaría un papel importante entre los simpatizantes de Hollywood.[6]

Rayna había trabajado para Willi y Gibarti como agente de propaganda en Europa y China, a veces con el enamorado Vincent a su lado. ¿Qué sabía éste del «trabajo especial» de Rayna? No queda claro, pero ciertamente algo tenía que saber. En 1927 mientras Vincent hacía de guía de Dorothy y Red por la URSS, Rayna fue convocada a Moscú para preparar una nueva misión secreta de la mayor importancia. Y a Vincent Sheean le dolió mucho saber que ella no estaba en Moscú por amor a él. Estaba allí para abandonarlo.[7]

Rayna estaba a punto de ingresar en la escuela del Komintern de

acciones secretas, para ser entrenada como agente secreto de penetración, un topo que regresaría a Estados Unidos. El paso dado por Rayna en el siguiente escalón del espionaje hizo desesperar a Vincent. Ella estaba a punto de tener una *vida* secreta. Seguramente le darían una nueva identidad, una nueva existencia. Todo le sería asignado: identidad, creencias, amantes. Todo sería mentira. ¿En qué quedaba la intimidad, el amor, en la vida de una agente secreta? ¿Cómo es el marido de una mujer cuya vida es una mentira?

Es evidente que Rayna estaba a punto de acabar la relación con Vincent y con su amor. Lo rechazaba y optaba por su trabajo de espionaje. No vivió para completar la misión. Cuando Vincent estaba en Moscú con Dorothy, ella de repente sufrió una hemorragia cerebral y murió a los pocos días. Dorothy le hizo de enfermera en su lecho de muerte; Vincent estuvo a su lado. La desesperación del joven se convirtió en dolor.

El *apparat* enterró a Rayna en Moscú; Dorothy Thompson caminó al lado de Vincent en el escasamente concurrido funeral. El ataúd avanzaba por las calles llenas de nieve mientras Vincent y Dorothy lo seguían a paso lento. Junto a ellos caminaba nada menos que Soong Chin Ling, o Madame Sun Yat-Sen, la viuda del revolucionario chino. Madame Sun Yat-Sen era un operativo del Komintern, uno de los agentes más importantes del Lejano Oriente.[8] Trabajaba bajo el total control del aparato. Había servido como aval para el ascenso de Rayna en los servicios soviéticos.[9] Tras el pequeño cortejo de caminantes ateridos de frío, avanzaba la gran limusina de Madame, servicial y acogedora en su grandeza post-imperial.

¿Se percató Dorothy Thompson de hasta qué punto su visita a Rusia estaba dirigida por los servicios soviéticos y vigilada por sus operativos? ¿Se enteró de la verdadera naturaleza de la carrera de Rayna Prohme o tenía alguna idea del verdadero papel de Vincent? Sheean afirma que le confesó a Dorothy toda la verdad sobre Rayna cuando ésta agonizaba en Moscú. Dudo mucho que sea cierto. Dorothy escribió entonces una larga carta a Lewis en la que describía la muerte de Rayna y aludía a su conversación con

Vincent. La carta relata la verdadera historia de forma muy errónea, tan errónea que creo que la confesión de Vincent fue deliberadamente falaz.[10]

El viaje de 1927 a Moscú dejó bastante que desear por muchos otros motivos. Dorothy Thompson no cayó en la trampa. Al año siguiente escribió un libro vivaz, directo y notablemente bien escrito titulado *The New Russia*. Aunque con un tono favorable, el libro identifica sin tapujos las principales deficiencias del sistema soviético, al que define como una sociedad dominada por un sistema nacionalista y paranoico de espías y del ubicuo OGPU.[11] Tal como había previsto Willi, Thompson llegó a ser la más importante periodista antifascista de su generación, pero también una sólida y bien informada anticomunista en una fecha sorprendentemente temprana.

El aparato obtuvo un éxito apenas mayor con Lewis. Siguió bajo el influjo de Sheean y éste continuó siendo un militante simpatizante. En el estío de 1939, por ejemplo, se sumó a Clifford Odets y Dashiell Hammett como principales firmantes de una carta abierta contra Walter Krivitsky por sus revelaciones sobre los servicios secretos de Stalin. El anuncio apareció en los periódicos de costa a costa firmado por unas cuatrocientas celebridades culturales escogidas de entre las redes de simpatizantes y estalinistas de Hollywood. El documento hacía hincapié en refutar las afirmaciones de Krivitsky sobre la colaboración nazi-soviética.

No pudieron hacerlo en peor momento. Ese mismísimo día, los mismos periódicos anunciaron el Pacto Germano-Soviético.

Incluso bajo la influencia de Sheean, Lewis nunca se convirtió en un estalinista a la manera, digamos, de Dashiell Hammett. No fue más que un mero simpatizante de otros compañeros de viaje, aunque mucho me temo que, más que el honor o la perspicacia, lo que le salvó de la desgracia de llegar a ser un Romain Rolland fue el alcoholismo y la soberbia.

Desde el principio, se resistió hoscamente. En el último minuto antes de su gira de 1927, anunció que no le apetecía ir, algo típico en él. De cualquier manera, ¿quién demonios necesitaba a Rusia? Iría después, cuando le diera la real gana. Dorothy se sintió

desilusionada, pero, propio de ella, se lanzó al viaje, curiosa y tentada.

En Moscú, Münzenberg había echado la casa por la ventana; hasta se trajo de Norteamérica a Theodore Dreiser para que la visita tuviera el deseado carisma literario. Lewis se sumó al grupo tres semanas después. Una recepción por todo lo alto le dio la bienvenida. El autor de *Calle mayor* se movió por Rusia abrumado de elogios, banquetes, multitudes reverentes y promesas de ediciones millonarias. Las muchas cartas que le envió Thompson antes de su partida son maravillosas no sólo como testimonios de la vida del receptor de esta clase de operación de propaganda, sino también como cartas de amor. La ternura es tan fresca como una manzana.[12]

Trece años después, había acabado la edad de la inocencia. El Pacto Germano-Soviético arrancó muchas máscaras. El matrimonio de Dorothy y Red había naufragado. En pleno invierno de 1940, en el momento álgido del Pacto, Otto Katz llegó a Nueva York para cumplir una misión de espionaje en América. Cinco días después, Dorothy Thompson cogió el teléfono, llamó al FBI y pidió hablar con un responsable de inteligencia. Luego proporcionó al Buró varios de los alias de Otto, informó que se había encontrado con él en varias ocasiones, que sabía que era un agente de la NKVD e hizo especial hincapié en que Katz tenía relaciones secretas y muy estrechas con los nazis y el gobierno alemán. Tres días después de eso, la División de Visados del Departamento de Estado confeccionó un memorándum tan próximo a la verdad sobre Otto como ningún otro documento oficial que yo haya visto.[13]

El último párrafo es particularmente llamativo. «Según la información dada por una fuente solvente pero anónima, esta persona fue conocida en California en otro tiempo como Breda. Ha sido en diversas ocasiones un espía internacional, agente del gobierno soviético, miembro del GPU; ha actuado de intermediario para el general Von Bredow, también estuvo en el Servicio de Inteligencia del Reichswehr y trabajó un tiempo para el gobierno francés *así como para el gobierno nazi. Se dice que conoce la historia secreta de la Casa Parda*» (subrayado del autor).[14] ¿Una fuente

solvente pero anónima? El memorándum fue escrito tres días después de la llamada de Dorothy al FBI. Mi suposición es que ella era la fuente anónima o que había informado a los investigadores sobre esa fuente. En cualquier caso, alguien tenía algo muy gordo entre manos.

¿De dónde diablos sacó Dorothy Thompson tan sorprendente y fidedigna información? No lo sé. Pero se trataba de una información de primera magnitud que fue a parar directamente a la Casa Blanca, donde el aviso fue considerado irritante y luego ignorado. Aunque Dorothy era por entonces la periodista antifascista de mayor prestigio en el país, distaba de contar con las simpatías del gobierno Roosevelt. A.A. Berle, el colaborador de Roosevelt que se ocupó del asunto, terminó fastidiado su análisis del material y le dio carpetazo.[15]

En consecuencia, a Otto se le sometió a poca presión y pudo pasarse los siguientes once meses en Nueva York. Durante esta estancia, sus íntimos amigos Lillian Heilman y Dashiell Hammett fundaron *P.M.*, el periódico estalinista en inglés, paralelo al francés *Ce Soir*, un diario del que Otto Katz era el mentor invisible.[16] La estancia de Katz en Nueva York no tuvo problemas, aunque él e Ilschen tuvieron algún disgusto con el Departamento de Inmigración a principios de junio de 1940, cuando se produjo la invasión de Francia y unas pocas semanas antes de que Münzenberg fuera asesinado durante su huida.[17] Información posterior, proveniente principalmente de los británicos, afirma que Katz estuvo muy involucrado en el asesinato de Münzenberg.[18] El mismo Otto contó con palabras bien delicadas a Klement Gottwald que él había «contribuido en la lucha contra [Münzenberg]».[19] ¿Significa que ayudó a organizar el crimen desde esa distancia trasatlántica? En los meses precedentes, Otto había intimado con un agente británico que en junio recomendó a Willi hacer el viaje que acabó con el asesinato.[20] De cualquier manera, sigue siendo un misterio el papel de Otto Katz en la muerte de Willi Münzenberg.

Un detalle final: cuando Dorothy Thompson telefoneó al FBI, Katz dio el nombre de una amiga como referencia. El informe se refiere a ella como «La señora de John Herrmann (*sic*)».[21]

La señora de John Herrmann era más conocida como Josephine Herbst. A través de Josephine Herbst tiraremos de otro hilo de la

red cultural y de espionaje. Es un hilo que conduce a la vida de Ernest Hemingway.

*

Resulta un instructivo ejercicio de historia cultural confeccionar una lista de todos aquellos integrantes o próximos al círculo parisino de Hemingway en los años veinte y constatar cuántos de ellos terminaron formando parte de los servicios secretos soviéticos o colaboraron con ellos. La lista es de considerable extensión. Allí figuran John Dos Passos junto con Donald Ogden Stewart y su gran amigo John Howard Lawson. Pero había muchos más. Uno de lo amigos de Hemingway más interesantes de los días de *Fiesta* era un hombre del Medio Oeste, poco talentoso pero gran bebedor, un candidato a escritor con más esperanzas que futuro, llamado John Herrmann. Y a su lado, su amiga y futura esposa, de mayor talento que él, Josephine Herbst.

Sinclair Lewis podía ser muy famoso, pero para la gente que rodea a Hemingway no pasaba de ser un célebre escritor convencional. Lewis nunca fue un miembro apreciado de la élite bohemia y modernista, la nueva generación de John Dos Passos y Ernst Hemingway. Ellos también habían atraído la atención de Münzenberg. Pero la historia de su vinculación con los servicios soviéticos es mucho más compleja que la triste historia de Dorothy y Red.

La historia empieza entre los conductores de ambulancias en la primera guerra mundial. Durante los dos años previos a que el presidente Woodrow Wilson decidiera la entrada de Estados Unidos en la guerra, muchos jóvenes norteamericanos ávidos de aventuras, debieron resignarse a ser meros no combatientes en lo que a ellos les parecía el gran acontecimiento de sus vidas. El campo de batalla europeo era el sitio que importaba. Sin embargo, para ellos el único camino disponible para llegar allí era conducir una ambulancia. Y así fue cómo una generación de jóvenes, incluyendo a escritores como John Dos Passos, Hemingway, E.F. Cummings y John Howard Lawson, por el mero hecho de poder estar allí, se convirtieron en

chóferes sanitarios subiendo y bajando por los destrozados campos de Francia en su Ford Modelo A o en furgonetas Citröen.

La guerra significaba vida de verdad, por supuesto, pero también Europa. Y por supuesto, la relación con Europa es una característica crucial en la personalidad cultural de todo norteamericano. La guerra les ofrecía una Europa que no era la de Henry James, ni tampoco la Europa a la que James creía que la historia había hecho consciente y hermosa, sino una Europa de catástrofe y bohemia, una Europa de guerra, de revolución, de libertad, de soltarse las ataduras. Era una Europa que ellos podían utilizar para enfrentarse y reemplazar a ese orden civilizado al que James, como gran expatriado, había consagrado su vida.

Eran la generación nacida alrededor de 1895 y fueron allí en busca de aventura, de autenticidad, de escape de su provincianismo. Volvieron creyéndose los portadores de la verdad ante el cinismo, de la misión de futuro ante la desilusión; eran los muchachos que rescatarían la vida real y los auténticos sentimientos de todas las mentiras —las mentiras burguesas— que habían quedado desacreditadas para siempre en las trincheras.

Los chóferes provenían, casi todos ellos, de la amplia clase media y alta de América, con sus manuales de urbanidad y buenas maneras, sus balaustradas de caoba, sus alfombras persas, las palmeras plantadas en macetones y las urnas de bronce bruñido, las bibliotecas con ediciones encuadernadas de Tennyson y Henry Wadsworth Longfellow y… Henry James. Adiós a todo aquello. La nueva cultura del siglo XX asumiría una actitud bohemia de rechazo para crear una nueva vida.

Aquellos chóferes no crearon la nueva vida moderna. La descubrieron, principalmente a través de otros norteamericanos que ya vivían en Europa. Los círculos entonces de moda estaban compuestos por una diminuta vanguardia, europeizante liderada principalmente por norteamericanos de la generación anterior: Ezra Pound, T.S. Eliot y Gertrude Stein. La generación de 1895 llegó tarde y vestida de uniforme. Una vez acabada la guerra, se lanzaron a adquirir el estilo exclusivo de la nueva bohemia. Lo hicieron con el recuerdo de las trincheras, pero sentados a los pies de los nuevos árbitros de la novísima estética, mirando embelesados a través de la trémula luz los Picassos y Matisses que colgaban del techo al suelo

cubriendo las paredes de Gertrude Stein en la Rue de Flerus. Una vez que captaron el sentido de lo moderno, los Dos Passos y los Hemingway pudieron popularizar el nuevo estilo como jamás habían podido o pretendido hacer sus predecesores. Los conductores de ambulancias convirtieron «lo moderno» en la voz de una nueva generación. Dotaron al modernismo que antes de la guerra había sido de un cerrado esteticismo con un nuevo y más amplio significado político. Sacaron de los salones los cultismos de Stein y de Pound y los hicieron famosos.

El éxito de lo moderno de principios de los años veinte está ahora tan anticuado, tan marchito, tan pasado de moda y hasta de academicismo, que resulta difícil imaginar que también fue novedoso y fresco en su día. El estilo de Hemingway, ahora a menudo criticado y sin embargo todavía tan imitado, traspasó en su momento la mente de una generación como una revelación, proclamando una nueva y mejor manera de vivir, una nueva y mejor manera de sentir, una nueva y mejor manera de decir la verdad. Prorrumpió en los oídos norteamericanos como una voz *ética*; tenía poder moral y resonaba con el sonido de una nueva autenticidad. Con él, Hemingway emplazó el mito de un nuevo heroísmo bohemio y se convirtió en el escritor más famoso en lengua inglesa de este siglo. Casi ocurrió lo mismo con Dos Passos, aunque sin duda a una escala diferente. En *Manhattan Transfer*, la música nasal de la charla americana está captada con una seca y aguda exactitud. Y suena muy distinta a la de aquella «civilización» a la que diera voz Henry James.

Aunque los dos llegaron a Europa al mismo tiempo, no se conocieron personalmente hasta 1924. Para entonces, el aparato ya había reparado en ellos y, por decirlo metafóricamente, se disponía a tomar posesión de todo cuanto representaba el *simbolismo* de las vidas de estos dos hombres. Ese esfuerzo llegaría a un clímax de conspiración durante la guerra civil española.

Se conocieron en París y al principio los dos jóvenes leones se llevaron de maravilla. Chóferes de ambulancia ambos, hermanos e hijos del mismo mundo, se entendieron de inmediato. Eran compañeros, y lo celebraron tomándose unas copas. Otro viejo amigo era Donald Ogden Stewart, quien en 1924 era un clásico «refinado» de esa época, admirador de Cole Porter, maestro de la

high life, experto en brindis. En realidad era un buen amigo de Cole Porter junto con los miembros de la *jet*, Gerald y Sara Murphy. Dos Passos solía pasar gloriosos días de primavera con Stewart y Hemingway en la villa de los Murphy en la Riviera. Picasso los visitaba cada tarde. Era el paraíso de la vanguardia, como escribía John Dos Passos a su amigo John Howard Lawson.[22]

John Herrmann y Josephine Herbst también formaban parte de este círculo. Pero ellos no estaban en el paraíso. A medida que se ajaba el atractivo y el tiempo los envejecía, Herrmann se convirtió en espía y Herbst en propagandista.[23] A finales de los años veinte, Stewart, quien luego sería un importante estalinista de Hollywood, aún no había conocido a Ella Winter, quien, a su vez, sería una de los agentes de mayor confianza del aparato en Norteamérica. Ella estaba por entonces recién casada con Lincoln Steffens. Una nota de 1926 de Hemingway a Dos Passos la menciona. Es típicamente cruel. «Por supuesto habrás oído lo de la boda de Steffens con una horrible intelectual de Bloomsbury de 19 años. Ultimo capítulo del libro de la revolución.»[24]

Todos se iban conociendo.

*

En 1927 la operación de propaganda con base en Nueva York sobre el caso Sacco-Vanzetti había conseguido captar la atención mundial. Pero el caso estaba diseñado tanto para las masas como para las élites. Ciertos esfuerzos concretos tenían como destinatario exclusivo a las élites. No es de sorprender que reflejaran el gusto de los agentes responsables y que favorecieran a la vanguardia berlinesa. Un ejemplo de esto fue la vanguardia teatral de Nueva York, en especial una pequeña organización conocida como el New Playwrights Theater.[25]

Se trataba de un grupo modernista capitaneado por John Howard Lawson y el autor estrella era su colega de las ambulancias, John Dos Passos. Al principio, éste se mostró encantado de colaborar con el teatro; tenía el regusto clásicamente insatisfecho del novelista por las tablas. Además, el pequeño teatro en el Village sería «radical»; es decir, tendría la imagen «expresionista» del americanizado Piscator. Y, por supuesto, su línea política sería la de

la Revolución.

Durante el tiempo que duró la aventura, Lawson, Dos Passos y todos los demás miembros del New Playwrights Theater estuvieron bajo la supervisión del gran dúo del partido comunista norteamericano, dos hombres de paja del *apparat* llamados V.J. Jerome y Alexander Trachtenberg.[26] Los dos eran *apparatchik* que recibían instrucciones de cualquiera de los mafiosos húngaros de Münzenberg residente en Nueva York. Yo me inclino a pensar que en aquel momento el representante del Komintern en Nueva York era Gyula Alpari o Bela Szantil. Ciertos informes de la inteligencia británica también apuntan a Gibarti. Mafiosos húngaros, todos ellos.

En cualquier caso, el verdadero propósito del New Playwrights Theater era apoyar la estalinización de la vanguardia neoyorquina mientras servía a sus fundadores, sobre todo a John Howard Lawson y a su amigo político, Frances Faragoh, como plataforma de lanzamiento para introducirse en el mundillo de Hollywood. Presentaron dos obras «expresionistas» de Dos Passos, *The Moon is a Gong* y *Airways, Inc*. Las obras obtuvieron un éxito minoritario que fue suficiente para lanzar en 1928 y 1929 a Lawson y Faragoh a la industria cinematográfica. Y allí llegaron. En Hollywood los dos se embarcarían en el *verdadero* trabajo de sus vidas, que no era el teatro ni el cine, sino organizar la opinión estalinista en la industria del entretenimiento en Norteamérica.[27]

Este pequeño y excéntrico teatro de Greenwich Village, por tanto, desempeñó su pequeño papel como punta de lanza. Y dejó a su paso un pequeño misterio.

Un cuarto socio del New Playwrights Theater había sido un tipo curioso con el no menos curioso nombre de Em Jo Basshe. Es un cero a la izquierda en la historia del teatro, pero nos es de suma utilidad para nuestra historia porque a través de su destino podemos entrever la intensidad del interés de los servicios secretos internacionales por el círculo del teatro de vanguardia en el que se movió Basshe.

Los documentos de los Archivos Nacionales de Estados Unidos revelan una historia muy peculiar de Em Jo.[28] En 1931 dos años

después de que Lawson y Faragoh partieran a Hollywood, la inteligencia británica informó a los norteamericanos que, durante el tiempo del New Playwrights Theater e incluso después, Em Jo Basshe había sido un agente del Komintern perfectamente entrenado. La información de los británicos sugiere que Em Jo trabajaba en Norteamérica con una falsa identidad. Se añadían muchos datos sobre su estrecha asociación con Münzenberg y Gibarti. Los informes señalan que había trabajado en Nueva York con Gibarti y que en 1931 había viajado a Europa y se había encontrado con Gibarti y Münzenberg para recibir su recompensa y ser promocionado a un nuevo cargo en el servicio secreto. Los informes británicos vinculan de forma explícita a Basshe con el aparato de Berlín, así como con Münzenberg y Gibarti personalmente. Informan sobre sus movimientos, conversaciones y planes. Se citan todos los nombres correctos. La información es excepcionalmente probable.

Pero ¿es verdad? Cuando vi por primera vez estos documentos en Washington, me subió la adrenalina. Había encontrado finalmente *el* eslabón entre el *apparat* y las primeras redes de Hollywood. Me pareció haber tropezado por casualidad con un revólver olvidado pero en el pasado humeante. Su gastada pólvora, cincuenta años después, aún era visible en la recámara. ¡Em Jo Basshe, el agente profesional en el teatro de Nueva York! Em Jo Basshe. Una vez dicho en voz alta, es un nombre difícil de olvidar. ¡Por tanto, éste era el ojo invisible de Moscú! Y no se trataba de un obvio estalinista como John Howard Lawson, que era lo que todo el mundo suponía.

Se trataba de un hallazgo de primera clase. Me obligó a lanzarme a una nueva investigación. Y esta investigación descubrió… nada más que dificultades.[29]

Me fue imposible encontrar la más mínima pista que probara las alegaciones del informe británico. De hecho, todo parecía contradecirlo de una manera altamente sospechosa.

El Em Jo Basshe que desenterré tenía toda la apariencia de haber sido el clásico inmigrante. Los papeles nos muestran a un Em Jo llegado a Norteamérica a los doce años, una edad poco propicia para el trabajo clandestino. Formó parte de la inmensa oleada de judíos del Este europeo que llegaron provenientes de Vilna y de

Pale poco antes de la guerra de 1914. La información británica contradice este hecho al afirmar que Em Jo «figura como hijo de David Jochelman», un importante sionista polaco de la extrema izquierda que vivió y trabajó en Londres, un protegido de Maxim Litvinov —el comisario de asuntos extranjeros de Stalin—, que también sirvió de «asesor oficial» a la misión bolchevique que dirigía Leonid Krassin en Londres. Como hijo de Jochelman, Em Jo tendría que haberse criado en Londres. Hoy sería posible rastrear su posición como protegido de Willi y del Komintern a través de sus importantes contactos bolcheviques. No hubiera llegado a Norteamérica de niño sino ya adulto y posiblemente de forma ilegal. En cualquier caso, los británicos lo presentaban como un agente de una potencia extranjera: «Información definitiva ha sido recibida por nuestros amigos de aquí [eufemismo habitual para informadores secretos] de que el Comité Central del Socorro Obrero Internacional ha creado recientemente un Departamento Cultural Internacional encabezado por Em Jo Basshe».[30] ¡Encabezado por Em Jo Basshe! Nada menos.

Pues bien… tal vez. Debo admitir que no encontré ningún rastro de su infancia en Nueva York, aunque es indudable que todo el mundo lo *tomaba* por norteamericano. No se menciona un pasado británico en ninguna parte. La sombra que veo pasar por la documentación disponible es la de un muchacho inmigrante amante del teatro que empieza su carrera como un aficionado visible y sin eco en el teatro de Eugene O'Neill, primero en Provincetown y luego en el Village, donde empezó a trabajar de tramoyista a los diecinueve años. Quería ser dramaturgo. Escribió varias obras expresionistas de extrema izquierda sobre la opresión de los negros. Supongo que los críticos se aburrieron. Alexander Woolcott describió una de sus obras como una «tragedia en catorce intermedios».[31] Pero al menos las obras presentaban la política de moda y eso le valió la entrada en el New Playwrights. No es que allí fuera un factótum. De hecho, era el clásico subalterno.

Añádase ahora la versión de John Dos Passos. Dos Passos le conoció bien y dejó el retrato más completo que yo conozca en *Most Likely to Succeed*, una novela autobiográfica sobre esos tiempos,

pobremente concebida pero bastante fiel a la realidad; fue escrita mucho después de que Dos Passos se convirtiera en un anticomunista militante.[32] Describe a Basshe como el menos radical de todo el grupo de John Howard Lawson, un judío diligente con algo de talento, un habitual del teatro Yidish en el Café Royale y que, al final, acaba hecho una ruina como artista y como hombre, un caso patético.

Coincidiendo con nuestro argumento, Dos Passos afirma (en clave novelística, por supuesto) que, cuando se desbandó el New Playwrights, Em Jo discutió y rompió con sus amigos Faragoh y Lawson debido a la política estalinista de estos últimos. Por esta razón, cuando Faragoh y Lawson triunfan en Hollywood, Dos Passos nos muestra a un Em Jo abandonado, expulsado de la buena vida, que siempre había sido el verdadero objetivo de Lawson y Faragoh. Sin apoyo del partido, Em Jo se convirtió en el clásico perdedor sin ningún atractivo, entregado a un alcohol cada vez más barato y quejoso de cómo le habían traicionado sus viejos camaradas, esos bastardos estalinistas que se hacían ricos y famosos en Hollywood.

Ahora bien, ¿puede ser que el hombre descrito por Dos Pasos *también* fuera el agente secreto completamente entrenado, controlado y con altas responsabilidades que nos describen los británicos? Es concebible. La borrachera, el fracaso y una aparente ruptura con Stalin no prueban necesariamente lo contrario. Guy Burgess también fue un borracho y un fracasado y él también aseguraba (de tanto en tanto) haberle vuelto la espalda a Stalin. Tal vez Em Jo fue el Burgess del barrio judío neoyorquino. Sin embargo…

La carencia total de pruebas que lo corroboren es preocupante. Es aún más preocupante cuando se piensa que esa información llegó a los norteamericanos probablemente desde el despacho de Guy Liddell.[33]

Y lo repito: *Es casi seguro que el hombre que facilitó esta información al Departamento de Estado fue Guy Liddell*.

Acaso aquí esté la clave. ¿Por qué alguien que muy bien puede haber sido el reclutado por Ludwick pasaría, tan ostentosa y gratuitamente, esta información de que un dramaturgo de tercera categoría era en realidad un agente soviético?

Avanzo una hipótesis. Supongamos que Em Jo no fue el Burgess

judío. Supongamos que no era un agente secreto ni nunca lo fue. Supongamos que la versión de Dos Passos sobre el destino de Em Jo es bastante fidedigna. Supongamos sobre todo que la ruptura del pobre hombre con Stalin fue la verdadera causa.

En ese caso, el cuarto socio del New Playwrights podría haberse convertido en una persona potencialmente muy peligrosa. Podría haber representado una auténtica amenaza para la nueva e importante misión de Lawson y Faragoh en Hollywood. Todos los testimonios coinciden en que Em Jo se iba de la lengua. Y ciertamente estaba en una posición en que podía decir cosas muy comprometedoras para sus viejos camaradas. Y en su disgusto, pudo incluso llegar a amenazarlos con hacer algo así. Era menester desacreditar a Em Jo. Y acaso asustarlo un poco.

¿Cómo? Pues, si estamos suponiendo, supongamos entonces que el recluta de Ludwick en Londres entregara a los norteamericanos una información oficial, totalmente creíble, de que Em Jo Basshe era un agente soviético y posiblemente un extranjero deportable. *Eso* haría que los norteamericanos trataran las historias del dipsómano Em Jo con todo el desprecio que se merecían. Acaso la amenaza de deportación le hiciera callar la boca. Mientras tanto, esta falsa historia distraería la atención con respecto a Lawson y Faragoh exactamente del mismo modo que me distrajo a mí cincuenta años más tarde.

Es sólo una hipótesis, lo admito. Pero es una hipótesis que tiene el mérito de hacer encajar todas las piezas conocidas.

De cualquier modo, espía o simple fracasado, el hecho es que el pobre Em Jo Basshe tuvo una muerte temprana, avejentado, olvidado y solo. No vivió para ver la guerra.

Mientras tanto, Lawson y Faragoh se habían marchado a Hollywood y es a Hollywood donde nos conduce nuestro próximo hilo. Otro lleva a Moscú. El New Playwrights Theater, el modelo original del posterior Group Theater, cerró en 1928. Lawson y Faragoh llegaron a la Costa Oeste al tiempo que Dos Passos iniciaba una gira típica de Münzenberg por la URSS. Todo el recorrido fue planeado allí. A Dos Passos lo instalaron en una casa de huéspedes junto con el nuevo ministro de Cultura, Fadaev. Pronto intimó con

Valia Gerasimova, la mujer de Fadaev y «alta funcionaría del GPU».[34] Dos Passos viajó por el interior de la URSS de la mano de la ubicua estalinista intransigente Anna Louise Strong; conoció a Meyerhold y a Eisenstein e intercambiaron halagos. Se le trató como a un gran hombre.[35]

Al igual que la mayoría de los simpatizantes, Dos Passos se mostraba receloso y aferrado a su escepticismo, a su independencia. Insistía en que tenía una mente abierta. Sabía que esos rusos tramaban algo. Podía darse cuenta de que todo esto no era más que propaganda. Y, sin embargo, ¿por qué estaban tan interesados? Él no era famoso, *realmente* famoso como, por ejemplo, Sinclair Lewis. No era muy influyente ni tenía un gran público. ¿Por qué desenrollar esas alfombras de bienvenida si no eran sinceros? Debían admirarlo de verdad. Tenía que ser real.

Hoy día no se lee mucho a Dos Passos, pero para sus lectores el encanto de su trabajo, su duradera frescura, se encuentran en el tono, en el aliento whitmaniano, en algo de su lenguaje que es genuinamente afilado, convincente, verdadero. Dos Passos más que oír cantar a América, oyó cómo hablaba y lo hizo con una precisión y una peculiaridad que jamás alcanzó Hemingway.

Pero la visita a Rusia reveló una grave debilidad en su personalidad de artista y de hombre. En su correspondencia desde Rusia, hay una carencia que resulta dolorosamente obvia y que también se manifiesta típicamente en el tono. Se la puede oír. En Rusia, el retintín de chico malo desaparece de la voz de Dos Passos. Deja de ser el cínico y burlón sabihondo de barrio. Cambia y vuelve a ser el hombre amable de Harvard, de la clase media alta a la que realmente pertenecía, una persona respetable que, aunque incapaz de no usar bien los cubiertos, se preocupaba por no decir nada incorrecto. Sobre todo, quería ser justo, justo con ese maravilloso experimento humano de los soviéticos, justo con el socialismo en Rusia. Allí Dos Passos volvió a su corrección fundamental de clase media, carente del menor interés.

En su mejor momento, las cartas a Lawson, Hemingway y Cummings brindan una lectura maravillosa; si se les hinca el diente, se oye el crujido de una manzana recién comprada en una frutería callejera. Pero cuando no alcanzan el mejor tono, resultan deprimentes y juveniles. El tono se vuelve insufrible, de una especie

de engreimiento provinciano. Las cartas de Hemingway a menudo son groseras e insensibles, pero se las ingenia para introducir su infame sadismo entremezclado con su aún más famosa elegancia. Su malicia incorregible era ajena a Dos Passos, realmente una buena persona, alguien que quería ser equitativo y justo de una manera que Hemingway desconocía.

Al dejar Rusia, Dos Passos fue escoltado hasta el tren por la directora de teatro asignada como guía, seguidos por toda la compañía que se reunió en la plataforma para despedirse del gran escritor norteamericano. Cuando esperaban a que sonara el silbato de partida, la directora le hizo por último la pregunta crucial. «Usted les cae muy bien», dijo señalando a los actores. «Pero quieren hacerle una pregunta. Quieren que se retrate. Quieren saber cuál es su posición política. ¿Está usted con nosotros?»[36]

Dos Passos dice en su posterior novela autobiográfica que sintió que «la cabeza se le encogía y palpitaba… Dio otra calada al cigarrillo, echó para atrás el sombrero y apenas se balanceó sobre las plantas de los pies». Cuando trató de contestar, lo único que le salió fue un tartamudeo que acabó farfullando que la respuesta le llevaría demasiado rato, que no había tiempo suficiente ni para empezar. Por último, el tren partió librándole de sus admiradores.

A la mañana siguiente, cuando el tren cruzaba la frontera polaca, escribió a Hemingway que «fue como salir de la cárcel».[37] En cierto modo, se le había dejado salir de la cárcel. Era en parte la cárcel del régimen y, en parte, la de su conflicto con respecto al régimen: el cautiverio del frívolo cinismo del escritor en liza con su no menos cínica amabilidad. El cruce de la frontera lo liberó, le permitió volver a su inmadurez. El mal chico podía volver al centro del escenario y decirle a su amigo Ernie: «Dios santo, lo único que debes hacer para saber lo estupendas que están las cosas en Rusia es echar un vistazo a Varsovia; las diferencias en las caras de la gente, la manera en que comen, hablan y caminan por la calle. De cualquier modo, Varsovia es también un antro espantoso».

Lo único malo de Rusia, comunicó a Hemingway, es que, si bien «le puedes sacar pasta a los editores, no se la puedes sacar al país y tienes que gastártelo todo en vodka y arenques salados». Además, el clima sin sol era un horror. «Con razón quieren todos irse a América. Después de todo, algo debe de haber en este bendito

país.»[38]

Y allá en Hollywood, Lawson y Faragoh se estaban instalando, preparándose para organizar las redes de simpatizantes que más tarde, durante la época de los Diez de Hollywood, se convertirían en objeto de una polémica internacional.[39]

Los inocentes a veces se preguntan por qué el aparato realizó tal esfuerzo para organizar redes estalinistas en Hollywood. Si el propósito era la propaganda, no hay duda de que fracasaría. En 1938 era manifiesto que la Metro-Goldwyn Mayer no producía propaganda soviética. Esa no era la cuestión. Era evidente que Willi y Otto no pretendían dirigir las decisiones de la Warner Brothers. Por el contrario, jamás hubieran permitido a su gente que se pusieran al descubierto tratando de ganar influencia de un modo tan estúpidamente obvio. Medio siglo después, sentada a mi lado en Múnich mientras tomábamos el té, la voz de Babette Gross se crispó repitiendo una letanía. Tú *no* apoyas a Stalin. *No* te declaras comunista. *No* proclamas tu amor al régimen. *No* pides a la gente que apoye a los soviéticos. Jamás. Bajo ninguna circunstancia.

Tú te declaras un idealista independiente. No entiendes demasiado de política, pero piensas que los pobres lo tienen mal. Crees en las mentes abiertas. Te alarma y atemoriza lo que está sucediendo aquí, en tu propio país. Te atemoriza el racismo, la opresión de los trabajadores. Opinas que los rusos están intentando un gran experimento humano y esperas que tengan éxito. Crees en la paz. Deseas que haya entendimiento internacional. Detestas al fascismo. Piensas que el sistema capitalista es corrupto.

Lo dices y repites una y otra vez. Y no dices nada, *nada* más. Y terminó, cansada: «Sí, sí. Dices todo eso».

El verdadero mandato en Hollywood era bifronte y su destinatario no eran las masas sino las élites. El objetivo no era hacer películas estalinistas. Se trataba de «estalinizar» la cultura norteamericana del *glamour* al tiempo que se intentaba buscar una fuente de dinero contante y sonante, los tan necesitados dolares que no dejasen huella para que el aparato pudiera financiar distintas

operaciones por el mundo. También servía de refugio para algunos *apparatchik* como Bertolt Brecht o Hanns Eisler. Para lograr estos fines, la idea era hacer que la élite de Hollywood se identificara con el tipo correcto de intelectual estalinista; hacer del Frente Popular una parte central de la cultura del *glamour*. Que las películas sigan siendo películas. Que se enriquezcan y se diviertan. Por supuesto, no les permitáis que desafíen seriamente el régimen de Stalin, pero eso era secundario. Que Hollywood lance sus estrellas y llene las pantallas de atracciones. Que mantengan su corrupción. Que persistan en la inocencia. Era una estrategia que valía la pena.

Por supuesto, a los comunistas de la cultura del *glamour* se les asignaron varias misiones políticas, o para ser más exactos pseudo-misiones, como la fundación del Screen Writers Club. Pero estos esfuerzos propagandísticos no pasaban de ser un simple pretexto. A los jefes del campo de concentración de Kolyma, a los responsables del Gran Terror y del hambre en Ucrania, les importaba un comino cuántos miles de dólares semanales cobraba un grupo de creadores mimados y consentidos de productos *kitsch* en Hollywood. Su único interés era desviar a las arcas del aparato la mayor cantidad posible de dólares.

La operación en Hollywood era esencial para el Frente Popular y representaba una extensión natural de las conocidas actividades de Münzenberg con las élites literarias. Olvidémonos de la miseria. Una cultura estalinista del *glamour* debía contar con los mejores, visitar los lugares más interesantes, vivir en los sitios más perfectos, vestir las mejores prendas. Debía dar la apariencia de riqueza ilimitada. Debía mencionar los mejores nombres y hacerlo donde mayor fuera el impacto. Como diría Cole Porter, el amigo de Donald Ogden Stewart, debía rezumar clase. ¿Se necesita respetabilidad intelectual? Pues bien, Bertolt Brecht y la colonia de inmigrantes podían brindarla. La apariencia debía casar ideología con gran estilo de vida; éste debía ser desenfadado, como lo eran Tom y Daisy Buchanan, con el empaque de una facilidad casi sin límites. Debía irradiar la fascinación del éxito sin esfuerzo; un mero asunto de céspedes bien cortados, martinis perfectos y la mejor y más deliciosa compañía jamás imaginada.

Ser élite. Aplicarse a ello. Y hacerlo mientras las élites arden de injusticia y donan su dinero para combatirla.

¿Qué injusticia? No importa, seguid al líder.

«Colón descubrió América, pero yo descubrí Hollywood», solía decir Otto Katz. Las oficinas de Münzenberg en Berlín y París dirigieron desde el principio la evolución de las redes de Hollywood. En Nueva York, V.J. Jerome y Alexander Trachtenberg, hombres de Gibarti, habían estado presentes en el inicio de las carreras cinematográficas de Lawson y Faragoh y también trabajaron en estrecho contacto con ellos en California.[40] Otto estuvo de incógnito en Hollywood en su supuesta primera visita en marzo de 1935. Su misión fue consolidar y cambiar el rumbo de las redes de simpatizantes agrupados en torno a Lawson y Faragoh para adecuarlas al próximo Frente Popular. Usó el alias de «Rudolph Breda»[41] y se hizo pasar por un luchador antifascista que había escapado para contar la historia de lo que representaba arriesgar la vida contra la Gestapo. (De hecho, no he hallado prueba alguna de que Katz haya estado en Alemania entre 1933 y 1939.) Otto había pensado correctamente que Hollywood quedaría prendado con un aristócrata. Por tanto, el combatiente por la libertad «Herr Breda» llegó acompañado por uno de verdad: el príncipe Hubertus von zu und Lowenstein. Y ése era su verdadero nombre.

Otto y el príncipe lograron arrancarle lágrimas a Hollywood y, por usar palabras del medio, conquistaron su corazón. Por supuesto, bastante gente, y no sólo Lawson y Faragoh, se dio cuenta de que «Herr Breda» era un fraude. Había numerosos refugiados alemanes como Salka Viertel que habían conocido perfectamente bien a Katz en Berlín. Se mantuvieron callados. «Herr Breda» mentía, pero la suya era una mentira noble y antifascista. ¿O acaso no era así?[42]

Bajo la dirección de Katz, se fundó el frente conocido como la Liga Anti-Nazi de Hollywood.[43] Fue la primera fachada para la actividad del Frente Popular en la colonia del cine. Para celebrar la ocasión se reunió a todas las luminarias de la ciudad para escuchar la historia espeluznante de Breda. Fue la gran ocasión dramática de Katz para actuar como nunca se lo había permitido Piscator. Después de reunir en una gran gala a toda la élite de Hollywood en honor de «Breda», se organizó otra cena de gala para recaudar fondos a cien dólares el plato en beneficio de los refugiados

alemanes. Entre los invitados estaba el arzobispo de Los Angeles. El maestro de ceremonias era Donald Ogden Stewart, quien describe a «Breda» en esa ocasión como «irresistiblemente inteligente y sincero (*sic*)», a lo que añade, con su viejo sentido de culpa, que «el champán también era muy bueno».[44]

Herr Breda dio comienzo a la gran cena arrodillándose ante el arzobispo de Los Angeles y besándole el anillo, un homenaje político al espíritu. Luego se puso en pie para hablar.

Y habló de los horrores de Alemania. Evocó sus batallas (ficticias) contra la Gestapo, la misma Gestapo con la que sin duda Otto estaba en colaboración. Contó las luchas verdaderas de sus amigos, sus camaradas, contra el nazismo. Entremezcló terribles verdades con terribles mentiras.

«Fue una de las veladas más felices de mi vida», escribió Stewart. «Herr Breda nos ofreció una descripción estremecedora del horror nazi, cuyos detalles había podido reunir arriesgando su propia vida en repetidas ocasiones. Yo me sentía orgulloso de estar sentado a su lado, orgulloso de estar de su parte en esta lucha… Allí estaba un hombre que había dedicado su vida, sin flaquear y con el máximo riesgo de morir, torturado por los principios que yo, en mi traje de etiqueta, estaba empezando a luchar.»[45]

Cuando Herr Breda tomó asiento, Stewart, conmovido y tocado por la mala conciencia que nunca le abandonaba, se puso en pie («en mi traje de etiqueta») y con voz emocionada, hizo primero la pregunta que estaba en las mentes de todos. «¿Qué puedo hacer yo?»

¿Hacer? Aparecieron los talonarios. Hollywood fundaría y financiaría la Liga Anti-Nazi.

Y al lado de Otto, estaba el príncipe. El príncipe Hubertus von und zu Lowenstein era un personaje interesante y escurridizo. Desde el principio, los dos tuvieron la misión de consolidar las redes ya bien establecidas del aparato y darles la nueva línea correcta según el último viraje efectuado por el Frente Popular. Esta actividad tendría una gran influencia en la vida norteamericana y en las actitudes políticas de los siguientes cuarenta años.

Durante largo tiempo, el príncipe continuó actuando como el hombre de Katz en los círculos de celebridades tanto en Hollywood como en Nueva York, atrayendo no sólo a las estrellas, sino también

a las mejores cabezas del exilio alemán. Al igual que los condes Károlyi, o Wolfang von und zu Putlitz o la princesa Koudachova, Lowenstein era uno de los aristócratas de Stalin. Era un activista político mendaz y habilidoso a quien puede suponerse bajo la égida y el control de Katz. La grandeza de su título y lo sublime de sus sentimientos causaron un gran impacto en Hollywood, aunque años después, había algo en él, tal vez su arrogancia, que le hizo perder popularidad. Aun así, al inicio lo hizo muy bien en la colonia del cine. Uno se imaginaría que los no comunistas de entre los exiliados alemanes no se rendirían ante sus encantos con la facilidad de Irving Thalberg o Norma Shearer, pero no fue así. Hasta Thomas Mann sucumbió.

Sucumbieron por un tiempo bastante largo. Cuando al final llegaron el pacto y la guerra, ni Katz ni el príncipe abandonaron la pose antifascista, pero se vieron obligados a cambiarle delicadamente el matiz. Tuvieron que inventar una nueva línea que pudiera proteger sus credenciales «antifascistas», al mismo tiempo que la nueva alianza y, con ella por supuesto, a Hitler. No cabía duda de que cualquier servicio a favor de los intereses nazis tenía que darse del modo más ambiguo posible. Una solución era desviar la atención a las democracias como los «malos de la película» junto con un rápido retorno a la retórica de la «paz». Esas democracias decadentes: en realidad nunca había habido una verdadera diferencia entre ellas y los fascistas. Eran una jauría de «perros de la guerra». No importaba quién ganaba en Europa. La guerra sólo era un grupo de imperialistas destrozándose mutuamente. Los norteamericanos que aspiraban a ayudar a Gran Bretaña durante la batalla de Inglaterra en realidad se decidían a favor de la postura imperialista. En cuanto a los países conquistados por Stalin, Finlandia y el este polaco estaban fuera de cuestión ya que la mera sugerencia de que allí había un problema equivalía a dar muestras de un deseo casi satánico de guerra. Esos ajustes en Europa Central tenían muchísimo sentido; cualquier antifascista serio tenía que resistirse a sentir la más mínima simpatía por naciones como la imperialista Inglaterra, que estaba a punto de recibir su merecido.

Fue en este momento cuando Thomas Mann reaccionó presa de

una gran indignación. En la primavera de 1940 Lowenstein y Katz estaban en Nueva York trabajando codo con codo en la nueva empresa ambidiestra del antifascismo. La carta de Thomas Mann rompiendo con Lowenstein y cortando toda relación con los distintos «comités» y «ligas» que dirigía el príncipe es un documento memorable y rutilante de la literatura de la indignación.

Mann comienza citando fríamente un artículo del príncipe en el que se cuestionaban los motivos ingleses en la guerra naval. Luego se distancia de sus razones en unas pocas oraciones duras y directas. Y ataca frontalmente la posición del aristócrata. Luego apunta: «Ningún agente nazi, o estalinista, podría haber sembrado tan maliciosa propaganda contra las democracias y la lucha a muerte que están llevando a cabo contra el régimen germano como hace usted». A renglón seguido, Mann exige que se borre al instante su nombre de una organización dirigida por el príncipe, una organización «cuyo secretario general es usted de por vida, según parece». Luego acaba: «Lamento cortar tan duramente unas relaciones que durante tantos años fueron llevadas con la mayor corrección, pero vivimos una guerra civil mundial en la que todos debemos tomar posiciones y usted ha elegido la suya».[46]

El duro contenido de la carta da testimonio de la rectitud política de Thomas Mann. También da idea del poder del Frente Popular como vehículo de la Gran Mentira. Los hermanos Mann se lo habían creído; Heinrich completamente; Thomas casi por completo. La carta se refiere a unas «relaciones que durante tantos años fueron llevadas con la mayor corrección». El hecho que vale la pena señalar más allá de la satisfactoria ferocidad del lenguaje de Mann es que lo que vio claramente en 1940 fue algo que ni siquiera había podido entrever en 1935.

Hasta el momento del pacto, el propósito y hasta el nombre de la Liga Anti-Nazi de Hollywood pasaron por numerosos cambios para satisfacer las cambiantes necesidades propagandísticas del estalinismo. Pronto España se convirtió en una parte esencial de la agenda; luego el centro prioritario de interés volvió a estar en la causa antifascista. Aunque la inmensa mayoría de los inocentes de Hollywood tenían auténticos sentimientos antinazis, hay muchas

razones para dudar de la «sinceridad» de dirigentes tan maleables como Stewart o Parker, Heilman o Hammett. Ciertamente, las principales figuras de la Liga, incluyendo a Parker, Stewart y Dashiell Hammett, estaban infinitamente más comprometidos en defender a Stalin que en resistir a Hitler.[47] La verdad es que la resistencia *de verdad* contra los nazis siempre ocupó un lugar secundario para todos ellos. Ante el pacto, no desertó ninguna figura importante de las redes de Hollywood. Otto Katz había elegido bien a los responsables del frente. Cuando Hitler y Stalin se pusieron a colaborar públicamente, Parker, Stewart, Heilman y Hammett permanecieron impertérritos, más intransigentes que nunca. La disciplina no aflojó. No se levantó una sola voz de crítica pública. Ni siquiera optaron por un silencio decente.

De inmediato, la Liga Anti-Nazi cambió de nombre y se convirtió en la «Liga de Hollywood por la Acción Democrática». Todos y cada uno de sus dirigentes defendió el pacto a ultranza. Todos aplaudieron la invasión conjunta nazi-soviética de Polonia y celebraron el comienzo de la segunda guerra mundial, siempre bajo la bandera de ser «anti-guerra». Aunque los norteamericanos continuaron paladeando la vaga doble retórica antifascista que pretendía coherencia con el pacto, no se hizo la menor crítica seria de la acción militar conjunta de Alemania y la URSS. Todos los líderes de la Liga proclamaron su pleno apoyo a la invasión de Finlandia, incluyendo el despreciable ataque de Hellman contra los finlandeses cuando el Ejército Rojo aún estaba ocupando ese país. «Yo no creo en esa buena y amorosa pequeña república de Finlandia que ahora arranca tantas lágrimas. Yo he estado allí y me parece una pequeña república pronazi.» (Dicho sea de paso, no hay la menor prueba de que Lillian Hellman haya estado en Finlandia en toda su vida.)[48] Entretanto, en el momento culminante de la batalla de Inglaterra, los estalinistas de Hollywood querían que el mundo supiera que los yanquis no irían allí. De hecho, rápidamente se creó una organización llamada superlativamente Comité-los-Yanquis-no-Llegarán. La estrella puesta al frente fue Dashiell Hammett.[49]

Todo esto se consumó simbólicamente con la boda entre Donald

Ogden Stewart, el amigo de Hemingway, y Ella Winter.

Poco después de que se fundara la Liga Anti-Nazi de Hollywood, Dorothy Parker y Donald Ogden Stewart fueron despachados a San Francisco a dar una conferencia patrocinada por la Liga de Escritores Americanos, el frente literario del partido.

La reunión de San Francisco se celebró en honor de Harry Bridges, el líder estalinista del sindicato portuario de San Francisco. Bridges era importante para los soviéticos porque por medio de su control de los muelles podía boicotear o apoyar la respuesta norteamericana a una guerra en el Pacífico si se le ordenaba hacerlo.[50] Según Donald Henderson, Bridges estaba vinculado con la operación Münzenberg y con el *apparat* militar; muchos agentes estaban comprometidos en sus operaciones en San Francisco y se habían planeado acciones de contingencia para sabotear cualquier acción norteamericana en el Pacífico que se opusiera a los designios de Stalin. Los Archivos Centrales han demostrado que Bridges operaba bajo un estricto control soviético.[51] La reunión de San Francisco nada tenía que ver con la literatura, pero era algo que entusiasmó a los visitantes de Hollywood.

En el estrado, Ella Winter, «nuestra adorada Ella»,[52] como la llamaban, los presentó a la multitud. Ella declaró que Parker y Stewart eran gente que con unas pocas ocurrencias «pueden ayudamos más que mil panfletos llenos de grandes palabras».[53] Luego sobrevino el momento álgido. Un activista que aún desconocía el proyecto del Frente Popular se levantó para denunciar que los ingenios de Hollywood eran diletantes ricos que sólo sabían dar fiestas de lujo.

Stewart se quedó inmóvil en el estrado, ruborizado por su famosa mala conciencia, pero «nuestra adorada Ella» no quiso tolerar nada por el estilo. No iba a quedarse sentada escuchando a un incontrolable radical que podía hacer peligrar una captura tan importante como la de estas luminarias de Hollywood. El camarada, en su afán de dar muestras de una plena rectitud, había dicho cosas fuera de lugar. Winter se lanzó contra él. A Stewart le ofreció una muestra en vivo y en directo de sus poderes sorprendentes de sadismo verbal. Cuando acabó de arrojarle sus dardos envenenados, el orador espontáneo quedó reducido a un silencio tembloroso y aniquilado. Mientras Stewart, absorto, escuchaba cómo Ella

destrozaba a un hombre que detestaba casi tanto como él se detestaba a sí mismo, el guionista sintió un vuelco en el corazón. Poco tiempo después, Stewart y Winter contrajeron matrimonio.

Como esposa, Ella Winter dirigió los pasos más o menos inciertos de su marido por los recovecos del *apparat* hasta que él murió en 1980, del mismo modo que previamente había guiado las andanzas de Lincoln Steffens.

Porque el primer matrimonio de Ella había sido con Lincoln Steffens. Tal como mencionamos anteriormente, ella y el periodista escandaloso y temido expositor de ruindades habían empezado su relación en 1919 con ocasión de la Conferencia de Paz de París, a la que ella asistía como secretaria de Felix Frankfurter, un cargo para el que había sido recomendada por Harold Laski, su profesor en la London School of Economics. Conoció a Steffens cuando le propuso cenar con el futuro presidente de la Corte Suprema. Resulta fácil comprender por qué Steffens quedó prendado de ella. Las fotografías de la época muestran a una muchacha muy atractiva, de mandíbula cuadrada, con mucha calidez e inteligencia en esos ojos que luego enamoraron a Stewart. Se casaron cuando ella quedó embarazada de su hijo, Pete Steffens. Por un asunto de principios, se divorciaron al poco tiempo, aunque vivieron juntos hasta que Steffens falleció en agosto de 1936.[54]

Esa muerte resultó maravillosamente oportuna. Dejó en libertad a Ella y ésta pudo dedicarse a la nueva táctica del Frente Popular cambiando la aburrida literatura amarilla de Steffens por una nueva vida como propagandista en el mundo del *glamour*.[55]

¿Cuándo entró Ella en el aparato? Una conjetura posible sería alrededor de 1930, durante una visita a la URSS, de la que regresó a Occidente convertida en una simpatizante, la perfección misma de la mujer-Münzenberg. Según Gibarti, Ella Winter era «una de nuestros agentes de mayor confianza en la Costa Oeste».[56] Había trabajado en estrecha colaboración con él y con el aparato de propaganda de Münzenberg desde al menos 1933 y probablemente antes.[57] Era, en suma, una dedicada activista de la propaganda soviética. Había sido una simpatizante desde el primer momento de la Revolución, pero hasta 1930 había expresado de tanto en tanto

serias dudas sobre los bolcheviques. En 1930 las dudas habían desaparecido. Ella Winter se convirtió en una de las más acérrimas defensoras de la tiranía estalinista en Estados Unidos y siguió siéndolo hasta el final.

Como señala de forma más bien delicada el biógrafo de Steffens, una vez que Ella se convirtió en compañera de viaje, «dirigió» políticamente y sin pausas a Steffens. Ella fue «su agente instructor».[58] Para cuando murió Steffens, ya lo había convencido de un estalinismo que no permitía el menor atisbo de pensamiento crítico, residuo moral o contacto con la realidad. Era simplemente abyecto. Cuando empezaron los Procesos de Moscú en las últimas semanas de su vida, él procedió a defenderlos mecánicamente, demasiado cansado y moralmente exhausto como para responder a los más obvios y elementales cuestionamientos de su validez.[59]

Y así, pocos meses después de que «Breda» se marchara de Hollywood, incluso pocos meses después de la muerte de Steffens, «nuestra adorada Ella» comenzó su romance con Stewart, el amigo de Hemingway.

*

Pero recojamos el segundo hilo del círculo de Hemingway, el que dejaron John Herrmann y su esposa Josephine Herbst, la anfitriona de Otto Katz. Este nos conducirá de Montparnasse a Washington.

Josephine Herbst y John Herrmann eran miembros de la generación de 1905 que tuvo como mayor estrella literaria a Hemingway; por tanto, la mística de sus vidas se concentró en alto grado en esa figura. Al igual que él, los dos eran personajes típicos del Medio Oeste, de fe protestante y oriundos de pueblos pequeños, educados en universidades de provincias. Como él, reaccionaron en cuanto descubrieron que poseían algún talento especial y se encaminaron al este, a Nueva York, y aún más al este, a Europa, como si fuera parte de su destino. No estuvieron presentes en la guerra europea, pero los dos fueron a Alemania tras el armisticio; allí, por separado, vivieron la clásica bohemia modernista de la

posguerra. John hizo sus pinitos en historia del arte y en literatura. Nietzsche era su dios. Portaba siempre un ejemplar de *Three Lives* de Gertrude Stein como si fuera un talismán. Quería que todos supieran que él formaba parte de la nueva conciencia. No hace falta añadir que escribía una novela.

Josephine también era parte de la nueva conciencia (había tenido una aventura con Maxwell Anderson) y también escribía una novela. Se titulaba *The Unmarried*. Después de Alemania, John y Josephine se encaminaron aún por separado a París, donde John Madox Ford presentó John a Hemingway. Los dos se cayeron estupendamente bien. John pasó a ser un miembro y un bebedor más del círculo que pronto quedaría inmortalizado en la novela *Fiesta*.[60]

La iconografía de *Fiesta* hace que la primera vez que se conocieron John y Josephine nos parezca la imagen perfecta. Fueron presentados en el Café Dome, donde John, sentado ante una alta pila de platillos, intentaba curarse una resaca poniéndose, una vez más, medianamente ebrio. Los dos bebieron juntos. Pronto descubrieron que estaban hechos el uno para el otro. Se entendieron. Hablaban igual y sentían admiración por lo mismo. La estrella de Hemingway estaba en auge y a ellos les pareció que era su propia estrella. John y Josephine se gustaron de verdad. Lo suficiente como para irse juntos al apartamento de John.

El lugar le pareció a Josie el sitio ideal para vivir con un espíritu fraterno. Él poseía una máscara mortuoria de Nietzsche y, «como un santuario privado», un ejemplar de *Ecce Homo*. El amor llegó raudo. Josie empezó a llamarlo su «chico hermoso», y John pensó que finalmente había encontrado a la mujer que le comprendía. Se acostaron juntos, bebieron juntos, conocieron juntos a todo el mundo. Pronto se marcharon de París para instalarse en un pueblo de pescadores en Bretaña donde podían escribir juntos, el ideal de las parejas progresistas norteamericanas de aquel tiempo, juntos en medio de su fantasía.[61]

En 1926 decidieron que había llegado realmente la hora de empezar. Empezar realmente, seriamente: invadir el ancho mundo y conquistar lo que habían dejado atrás. Retomaron del exilio y volvieron a Nueva York.

Ya hace tiempo que se rompió el vínculo entre modernidad y radicalismo político, algo que en 1927 parecía lo más natural del mundo a personas como John y Josephine. Ahora somos conscientes de que el «radicalismo» de los padres fundadores de la modernidad, Eliot, Pound y Stein, era más a menudo de derechas que de izquierdas. Para mayor inri, a mediados de los años treinta, los apologistas de Stalin ya tenían serios problemas para ocultar el férreo filisteísmo y el odio del sistema comunista por todo lo que fuera una genuina estética moderna (o cualquier otra). Por último, se debe señalar que la promoción de la estética vanguardista de posguerra en Estados Unidos estuvo en manos sobre todo de los llamados «nuevos críticos» en los departamentos universitarios de literatura. Con contadas excepciones, los «nuevos críticos» no eran muy simpatizantes de la extrema izquierda. Tendían a ser «apolíticos», con una postura liberal centrista, aunque entre ellos había un buen número de derechistas.

Pero en 1926 el tono predominante era muy diferente. Entre la generación de jóvenes de John Herrmann y Josephine Herbst, la relación entre la modernidad bohemia y un izquierdismo generalizado llamado «radicalismo» parecían dos caras de la misma moneda.

Radek y Willi se dieron cuenta claramente de que organizar las élites significaba organizar la creencia de que el radicalismo político y artístico eran lo mismo. En las democracias de clase media, esta noción tenía alguna validez. En la práctica estalinista, no poseía ninguna por supuesto. Aun así, con proyectos como el New Playwrights Theater y el fermento general que procuraba «politizan» la cultura literaria de Nueva York y París, se pretendía dar validez a esta mera y débil suposición. El regreso de Herrmann y Herbst a Nueva York coincidió precisamente con la decisión del aparato de intervenir en la vida cultural; muy pronto la pareja empezó a colaborar en ese esfuerzo como típicos literatos de segunda categoría que pasan a ser falsas celebridades envueltas por la propaganda del aparato.

Poco después, el Komintern decidió aumentar su control del frente cultural con un gran congreso de escritores. Se celebraría en la misma Rusia y serviría dos objetivos políticos. El primero era europeo. Se trataba de optar por las modas estéticas entonces en

boga. El segundo era más estrictamente soviético: consolidar el control de Stalin sobre la vida cultural soviética. En Europa, la moda era el surrealismo, que sería estalinizado bajo el liderazgo del visionario surrealista Louis Aragon, supervisado en todo momento por su esposa Elsa Triolet, quien, al igual que Koudachova y Moura Budberg, era otra «dama del Kremlin».[62]

Elsa Triolet era rusa de nacimiento; una mujer culta y bien educada, nacida en el seno de la inteligencia profesional de San Petersburgo. Era hermana de Lily Brik, el gran amor de Maiakovsky. A diferencia de su hermana, Triolet se marchó de Rusia tras la Revolución y vivió primero en la comunidad de rusos emigrados en Berlín, más tarde en París. Tras un primer matrimonio desdichado, se convirtió en la esposa de Louis Aragon, el poeta surrealista, novelista y periodista. Con el paso del tiempo, este matrimonio llegó a representar una de las uniones públicas más infames y oportunistas de Europa. Manipulando el cada vez más elaborado mito de ser la musa de Aragon, cuya vida y obra controlaba con mano de acero en la vida real, Elsa Triolet se las ingenió para ser una de las principales figuras políticas y culturales de su tiempo. Durante décadas, fue la intelectual estalinista más influyente de París. Sus servicios al régimen jamás flaquearon en ningún momento. Trabajó en estrecha colaboración con Münzenberg, Katz y Mijail Kolstov, así como con sus sucesores en el aparato soviético y, por supuesto, también con el partido comunista francés. ¿Tenía el dossier de Triolet en la NKVD, como el de Koudachova, el siniestro sello de *Nash*, «nuestra»? Es bastante posible, pero (como en el caso de Claud Cockburn) si era o no una agente bajo la disciplina oficial es algo que carece de importancia.

Triolet no fue un mero factótum en el *apparat*. Era una declarada estalinista que tenía la costumbre de situarse lo más cerca posible de la cúpula. Conocía bien a Radek. Durante largos años mantuvo una muy cordial relación con Alexander Fadaev aun cuando ese burócrata fue acaso responsable nada menos que de implantar la política cultural de Stalin con los medios más siniestros. El hecho psicológico básico es que Triolet no era una verdadera creyente bolchevique. En un raro lapsus de debilidad, confió a un amigo estalinista que desde los primeros días de San Petersburgo había detestado a los bolcheviques. Estaba atada a la tiranía estalinista

por razones que siguen siendo poco claras, pero el hecho es que estaba atada. Se entregó al régimen con todas sus fuerzas obedeciendo lo que aparentemente le dictaba su gélido corazón.[63]

El ascenso de Triolet y Aragon a la cima de la vida cultural francesa de izquierdas —algo que duró el resto de sus vidas— tuvo lugar en la Conferencia de Escritores de Jarkov. Asumieron ese papel durante esas festividades. En la semana de viaje en tren de Moscú a Jarkov, Aragon y Triolet fueron compañeros inseparables de Fadaev, quien acababa de dar un paso de gigante en el organigrama del poder soviético al ofrecérsele la dirección del congreso. En las siguientes décadas, justo hasta el momento en que Fadaev se suicidó después del discurso secreto de Jruschov en 1956, la buena fortuna política de ambos estuvo ligada al poder de Fadaev.

Josephine Herbst y John Herrmann fueron dos entusiastas delegados norteamericanos a Jarkov. Allí frecuentaron la compañía de la delegación alemana, encabezada por uno de los más estrechos colaboradores de Willi Münzenberg, un propagandista teutón llamado Ludwig Renn.[64] La rápida promoción de la pareja en el aparato después de Jarkov puede ser atribuible a la buena impresión que le causaron a este miembro influyente de la operación de Münzenberg en Berlín. Sea como fuere, el hecho es que Herbst y Herrmann ya no sólo eran decididos estalinistas, sino personas cuyos nombres y ambiciones eran bien conocidos en los niveles más altos del aparato. De regreso en Nueva York, pronto se les admitió en los círculos más destacados de la inocencia.

Esto hizo milagros con sus reputaciones. De repente, los nombres de Josephine Herbst y John Herrmann se mencionaban a la par que el de Theodore Dreiser; ambos fueron aceptados como autores por el agente literario Maxim Lieber, que también era agente en otro sentido, y contaba entre sus clientes a nada menos que a Otto Katz.[65]

Al mismo tiempo, a los dos se les empezó a encaminar delicadamente hacia el trabajo secreto. Josephine era usada regularmente por el partido y sus frentes como periodista. Probablemente para resguardar su aparente independencia, no se hizo miembro del partido ni siquiera en secreto. En 1934 Gibarti les presentó en Nueva York a Münzenberg en persona. Ella también

estaba en contacto regular con Hede Massing, que trabajaba bajo la tapadera de «periodista antifascista». Parece ser que por entonces, o poco después en Europa, conoció a Otto Katz.[66] Tras haber conocido a Münzenberg y a Gibarti, fue enviada a Berlín con un proyecto periodístico que también le facilitó el contacto con la organización clandestina de Münzenberg, contacto ciertamente autorizado y supervisado por la oficina de París, adonde ella regresó meses después. En 1935 la pareja era bien conocida por Katz.[67] Fue en ese preciso momento cuando el *apparat* empezó a confiar a John un importante «trabajo especial», el de espionaje.[68]

La promesa del amor y del arte no marchaba viento en popa para Josie y John. Como todos los espías de Cambridge, John cayó en el alcoholismo y se hundía rápidamente en un sonado fracaso. No ocupaba un lugar significativo en el mundo literario. Su único mérito consistía en un libro pobremente editado y en su amistad con Ernst Hemingway. Pero Hemingway no le tomaba en serio. Es verdad que le gustaba pescar y beber con Herrmann. «No hay mejor compañero que John», escribió Hemingway.[69] Pero de ahí a creer en el amigo John como escritor había un trecho.

La fuerza que impulsaba a Josephine Herbst parecía una especie de convulsa ferocidad. Como persona, podía ser un elemento bastante desagradable: dominante, abusiva y grosera.[70] No obstante, los documentos nos revelan a una mujer atormentada por el deseo de dar y recibir ternura aunque fuera una ternura entremezclada con la furia. Era toda necesidad; y en ese estado se veía como una mujer engañada: en los sentimientos, en el sexo, en la vida.

En 1932 todo esto, el furibundo dilema de Josie, el fracaso de John, el papel de ambos en el aparato, produjo una crisis durante una estancia en la colonia de artistas en Yaddo.

En la famosa colonia, Josie conoció a una fuerte, sólida, hermosa e intensamente seductora pintora llamada Marion Greenwood, una mujer que normalmente definía su fuerte personalidad en términos sexuales. De inmediato, Marion se percató de la vulnerabilidad y de las necesidades de la escritora. No tardó en descubrir una combinación probablemente simple que abrió las

puertas a la homosexualidad de Herbst. Marion Greenwood introdujo a Josie en un nivel de placer orgásmico, de esperanza voluptuosa, que jamás había experimentado durante su vida promiscua con John. Con Marion conoció la gratificación completa de la entrega.

Esta experiencia llevó a Josie al final de su matrimonio y luego también al rechazo de Marion. En una aparente reversión feliz a la vieja utopía, el trío, Marion, Josie y John, decidieron pasar un largo idilio en México donde aprenderían a ser libres, iguales y a amarse el uno al otro. (Dicho sea de paso, México se estaba convirtiendo rápidamente en un lugar de moda para los norteamericanos radicales y para el *apparat* del Komintern en general y la tendencia llegaría a su plenitud durante la segunda guerra mundial.) Los tres norteamericanos se dirigieron a un pequeño pueblo llamado Taxco y allí probaron la capacidad del triángulo humano para aguantar una presión sexual fuerte. Fracasaron.

A medida que pasaban las semanas, los tres hacían esfuerzos por parecer libres, amorosos. La apariencia se hizo cada vez menos convincente. John se marchó primero dejando a Josie y Marion. Luego una perpleja y dolida Josie se dio cuenta de que su entrega a Marion ponía a ésta cada vez más nerviosa. Las cosas dejaban de ser idílicas. Entonces Josie se fue al norte para tratar de evitar la ruptura inminente una vez Marion se distanció, le dio la espalda y «volvió a los hombres».[71]

De México, John Herrmann regresó a lo que él llamaba su «trabajo». Ya no se trataba del trabajo de escritor, pues éste ya no existía. A quien los dioses destrozan cuando es una promesa, luego le convierten en espía. Herrmann seguía una versión americana de la trayectoria de Guy Burgess.

Su nuevo trabajo, que el partido denominaba «trabajo especial», requería instalarse en Washington. Allí le echaría una mano a un hombre llamado Harold Ware. Y la misión que le encomendaría Harold Ware sería de espionaje.[72]

Hasta su muerte en 1935 en un accidente de coche, Harold Ware fue uno de los principales agentes norteamericanos usados por el aparato para infiltrarse en el gobierno. Había nacido y se había

criado en el totalitarismo; era el hijo amable y taciturno de una parlanchína propagandista estalinista que se hacía llamar «Mamá Bloor». Casado con una literata comunista del Greenwich Village, muy amiga de los Herrmann, llamada Jessica Smith, «Hal» se había pasado gran parte de su juventud en la Meca soviética, donde se le entrenó como organizador y agente secreto vinculado a las primeras redes de Münzenberg.[73] En 1931 ya estaba listo para regresar a Estados Unidos y ocupar un cargo en Washington. Ware entró en el Departamento de Agricultura y empezó su carrera secreta en el mundo de Washington.

Había conocido a John antes del interludio mexicano, cuando trabajaron juntos en el Medio Oeste organizando frentes de propaganda entre los granjeros. Cuando John llegó a la capital se le convirtió en la oculta mano derecha de Ware para reclutar y controlar las redes de agentes influyentes y de espionaje en la burocracia de Washington, misión que implicaría a Alger Hiss y, en un área paralela, a Noel Field.

Cuesta tiempo terminar un matrimonio. Cuando ella regresó de México, pese a lo que había sucedido, su matrimonio aún no había acabado del todo. Sin duda estaba liquidado, y sin embargo persistían la esperanza y el sueño, aunque todo estuviera marcado por la muerte de la confianza mutua. Josie no había acabado con John, ni acabado de estar furiosa con él ni de necesitarlo. Visitaba a menudo Washington, con frecuencia se quedaba con él en la acogedora calefacción y en medio del caos de lo que era el apartamento de una sola habitación en la avenida New Hampshire. Y allí, qué duda cabe, Josephine Herbst era plenamente consciente de cuál era el trabajo de John.

Se debe añadir que Josephine Herbst contaba con la confianza suficiente del aparato como para permitirle saber la verdad de una manera que, por ejemplo, Melinda Maclean o Eleanor Philby jamás conocieron. Cuando menos, Josephine Herbst poseía un conocimiento culpable de esas operaciones de espionaje en Washington. Las conocía y las aprobaba completamente. ¿Cuán comprometida estaba? Bastante. Ciertamente mucho más de lo que jamás hizo saber públicamente.

No hay prueba de que ella estuviera activa en el aparato de Washington o en cualquier aparato de espionaje aparte de las misiones de propaganda que, trabajando como «periodista» en España, Berlín y América Latina, cumplió para Otto Katz. En eso trabajaba abiertamente para el Komintern y su trabajo la satisfacía. Pero si bien se le permitió saber cuál era el verdadero trabajo de John, no he visto documento alguno que pruebe o niegue que Josephine Herbst haya sido una espía del mismo modo que lo era sin duda Herta Field o, casi sin duda, Priscilla Hiss.

Y, sin embargo, sin embargo…: durante la segunda guerra mundial, tuvo lugar un episodio bastante curioso.

Después de Pearl Harbor, Josie solicitó y consiguió un trabajo en la sección alemana del recién fundado servicio de inteligencia norteamericano en Washington. No era nada raro en sí mismo. Ciertamente Herbst estaba muy bien informada sobre el tema de la propaganda germana. Había trabajado en eso para Münzenberg y Katz en la misma Alemania y en otros sitios, operando tanto públicamente como en la clandestinidad. De hecho, estaba excepcionalmente bien conectada con algunas de las figuras más importantes en ese campo, agentes soviéticos cuyos trabajos eran de la mayor importancia. Era la clase de información que podía utilizar perfectamente el servicio de inteligencia norteamericano en su lucha contra los nazis.

Lo curioso es que nada indica que Josie haya dicho algo sobre su previa experiencia en este tipo de trabajo. Josephine Herbst no mencionó palabra sobre sus conocimientos especiales, su trabajo secreto en Alemania, sus contactos con algunos de los agentes mejor situados y en activo, su gran sapiencia acerca de todo el movimiento antifascista. Tampoco dijo absolutamente nada sobre el trabajo de su ex marido como agente soviético en contacto regular con altos funcionarios norteamericanos, de quienes podía tener la certeza de que en aquel preciso instante estaban violando sus juramentos constitucionales. Ni palabra.

Su actitud distó de ser inocente. Careció de buena voluntad. El mayor comentario de Herbst sobre el trabajo del servicio norteamericano con la propaganda nazi era burlarse de su bisoñez. Sin duda, tenía razón; aquellos agentes eran un grupo de meros aficionados. Con excepción de ella, por supuesto. Por lo que resulta

cuando menos extraño que no se ofreciera a instruirlos. *Ella* estaba en situación de proporcionar un conocimiento experimentado. Uno se pregunta por qué no lo hizo. Una posible respuesta es que intentaba proteger a viejos amigos, en especial a sus viejos amigos estalinistas. A lo que se tendría que replicar: precisamente.

Al cabo de un año de trabajar con documentos confidenciales en la sección alemana del principiante servicio norteamericano, por último, Josephine Herbst fue considerada un grave riesgo para la seguridad, algo manifiesto, y se la despidió. El cese se basó en mucha menos información de la que he mencionado aquí. Como secuela, se produjo un mini-escándalo sobre la terrible injusticia de la que había sido víctima.

De hecho, no hubo ninguna injusticia en el cese. El silencio de Joephine Herbst sobre su trabajo para el aparato sugiere que no tenía la menor intención de ser especialmente leal o útil a la OCI ya que despreciaba tan públicamente el esfuerzo al que no tenía el menor deseo de asistir. Podríamos preguntarnos por qué deseaba tanto trabajar allí y no en otra parte. Por cierto, una vez que se la cesó en los servicios norteamericanos, Josephine Herbst no dedicó, en ninguna de sus capacidades, una sola hora de su existencia al esfuerzo bélico norteamericano contra Hitler.

Por supuesto, Herbst no fue honesta con sus ideas porque el estalinismo no lo permitía. Por eso nos resistimos a considerar el dilema de Herbst como persona. Pero no deja de ser un dilema conmovedor. He ahí una mujer de talento para su tiempo y lugar, luchando duro para vivir la digna vida de una promesa americana; luchando duro por alcanzar un destino que esperaba que fuera el suyo, el destino de un excepcional compromiso moral y de una vida dedicada al arte. Y he ahí el fracaso de ese esfuerzo.

Era desesperadamente infeliz. Siete años antes, Herbst había estado en Washington para poner punto final a ese matrimonio malogrado que había empezado tan brillantemente en el Café Dome. Su biógrafo cita una carta escrita a John tras la aventura mexicana con Marion Greenwood, una vez que ella retornara a él y a su trabajo de espía. Fue escrita a las 3.30 de la madrugada en una sofocante noche de Washington. La dejó para él sobre la mesa de la

cocina. Al leerla, se puede sentir el calor, el fracaso, la sofocante hora oscura y silenciosa de la madrugada.

«Acabo de llamar para saber la hora tras haber estado sentada, caminando, llorando. No tendrías que haberme dejado venir aquí para estar tan sola… De no haber estado tan sola tantas veces como ahora… No habría caído en el estado en el que me he sentido en los últimos meses, la mujer más infeliz del mundo… Has sido bueno conmigo estas últimas semanas y te amo más que a nadie en el mundo. Si no lo hiciera, sufriría sin parar. Pero tú nunca te has molestado o esforzado en hacerme el amor ni en decirme que era hermosa en algún sentido. En realidad, nunca lo hiciste hasta que *ella* lo hizo y por eso ha sido tan doloroso…»[74]

A solas, con esa desolación en Washington, Josie casi no tenía con quién hablar. Sin embargo, había un hombre que colaboraba con John en su «trabajo especial» y que solía pasar de tanto en tanto por el pequeño apartamento. Tomaban café juntos y hablaban. Era un literato muy inteligente, aunque de misteriosos modales dostoievskianos y un extraño acento, vagamente germánico, que hacía creer a mucha gente que era extranjero. Josie recuperaba cierta calma hablando con él. Él era extremadamente culto; comprendía de forma instintiva la mente de un escritor. Finalmente, ella le confesó sus problemas y él la escuchó con gentileza. Era penetrante, cuidadoso, bueno. Era realmente muy atento, muy afectuoso.

Fueron unas reuniones que marcarían el resto de su vida. Con ellas, se cerraría el círculo que empezó con Sinclair Lewis. El visitante de Josie se hacía llamar Karl y el verdadero nombre de Karl era Whittaker Chambers.

9

El fin de la inocencia

El vínculo invisible entre las Grandes Purgas de 1936-1938 y el Frente Popular ofrece una idea de la íntima conexión existente entre inocencia y terror característica de gran parte del pensamiento revolucionario y utópico. En ese contexto, inocencia y terror nunca estuvieron tan entrelazados como en los años sombríos en que el mundo se encaminaba a la segunda guerra mundial. El bolchevismo «idealista» estuvo ligado a la brutalidad desde sus primeras horas. El Terror de Dzerzhinski siempre había actuado en nombre de la «justicia revolucionaria». A través de él, hablaba la Revolución. Pero hubo una diferencia entre el Terror soviético anterior a 1936 y el posterior. La Cheka de Dzerzhinski y el GPU mataron y destrozaron las vidas de gente básicamente perteneciente a las clases proscritas. Asesinaban a los «enemigos del pueblo», los perdedores en la guerra de clases, los miserables cuya culpa de clase, se suponía, no merecía la menor piedad. Merecían la expropiación; se merecían el aniquilamiento de sus ideas, de su forma de vida, de su cultura. Si la Revolución consideraba conveniente la muerte, merecían morir. Al administrar la derrota de sus adversarios, el Partido era el instrumento de la Historia y de su inmensa venganza impersonal. No había apelación alguna ante la sublime crueldad.

Pero con las víctimas de las purgas se añadió un nuevo elemento ya que las víctimas previstas eran, ante todo, *comunistas*, o sea, gente hasta 1935 inmune a las matanzas más arbitrarias de la «justicia socialista». Hasta entonces, tal vez el más preciado privilegio de los miembros del partido había sido la inmunidad formal a la pena de muerte. Con Lenin, los bolcheviques habían

liquidado a los enemigos de clase a miles, pero se refrenaban, bastante comprensiblemente, antes de fusilar a un miembro del partido. Sin embargo, en 1935 la inminente purga del partido requería el fin de ese privilegio deslumbrante. En ese año Stalin había movido sus piezas.[1]

El fin de la inmunidad de los miembros del partido a la pena de muerte supuso un cambio importante en la justicia soviética. El Terror también implicó tremendas consecuencias filosóficas para el sistema. Veamos cómo. Los procesos estalinistas no sólo sometieron a los miembros del partido al Terror marxista-leninista, sino que al mismo tiempo establecieron la Mentira en el lugar que le correspondía dentro del ideario comunista elevándola a la apoteosis de la *visibilidad*.

Se trataba de una novedad. Es importante recordar con cuánta audacia fueron llevados a cabo los juicios del Terror.[2] Era como si una parte de su estrategia desafiara literalmente lo creíble. Está claro que los observadores más serios, incluyendo a los comunistas, entendieron a las claras que virtualmente cada sílaba pronunciada por el fiscal jefe Vyshinsky y que resonaba en esas cámaras deslumbrantes de injusticia y de fanatismo, era falsa de principio a fin. Sin duda, un alto porcentaje de los crédulos e iletrados se creyeron lo que se les decía, o quizá, para ser más exactos, se lo creyeron a medias. Pero ¿y los políticamente serios? La desvergüenza de esta falsedad pública significó una nueva clase de fe revolucionaria y, simultáneamente, un nuevo nivel de sometimiento público. Era un sometimiento superior a la mera obediencia. Casi todos los bolcheviques importantes asesinados en las purgas eran completamente obedientes al dictador. Es verdad que en la alta jerarquía había alguna resistencia a la política de Stalin y al reciente culto a su personalidad, pero después de 1928, a efectos prácticos, esa resistencia no representaba ninguna amenaza terrible. No importaba. Incluso los obedientes en alguna medida aún tenían sus ideas personales. La nueva dispensa instituía un sometimiento totalitario que no dejaba lugar para ningún residuo de lo «privado». No era suficiente que Galileo se arrepintiera y renunciara para siempre a decir en voz baja *eppur si muove*. El

Terror haría que la Mentira traspasase la mera supresión del discurso. A partir de entonces, Galileo —los cientos de miles de Galileos— estarían sujetos a ejecución sumaria por el mero hecho de que pudieran darse cuenta de lo obvio, de que pudieran pensar que *eppur si muove*. En la ostentosa mendacidad de los procesos, Stalin procuró imbuir a la Mentira de una nueva y totalitaria *force majeure* sobre esa cosa vencida, la veracidad. Los juicios no sólo fueron nuevos en la historia de la injusticia organizada. Fueron una novedad en lo que podríamos denominar la historia de la verdad. Fue el fin de la inocencia.

En su novela de 1924, *La montaña mágica*, Thomas Mann descubrió la relación oculta entre inocencia y terror y desarrolló el tema en las alturas cristalinas, pero tuberculosas, de un sanatorio en los gélidos Alpes suizos. Allí, en un pseudo-hospital llamado Berghof, lleno de europeos ricos enfermos de tuberculosis (y a menudo de simple neurastenia), Mann anticipó la fuerza que encontraría su ruptura de 1937 con la ronca decrepitud moral de Moscú. En lo alto de su Casa de la Montaña, dos intelectuales hipocondríacos, cada uno paralizado por su propia brillantez, se lanzan a competir para ganarse la simpatía de Hans Castorp, un joven agradable, diligente y no demasiado lúcido, de esa alta clase media alemana que Mann veía complaciente y a la espera de que sobrevinieran las catástrofes del siglo allá abajo en las llanuras europeas.

A un lado de este debate está Ludovico Settembrini, un humanista italiano, liberal y anticlerical que predica el progreso de la comunidad humana bajo los dictados de la razón y los principios del humanismo idealista. Su oponente es Naphta, un jesuita experto en la alta polémica, un hombre cuya severa disciplina dentro de la fe se sustenta en una visión apocalíptica de una gran revolución que sera vengadora, criptocristiana y comunista. En un momento del debate, Naphta hace gala de un gran desprecio por las moderadas esperanzas de paz y de luz de Settembrini.

«“No”, continuó diciendo Naphta. “La liberación y el desarrollo del individuo no son la clave de esta época, no son lo que exige nuestro tiempo. Lo que necesita, lo que se esfuerza por conseguir, lo

que creará es el Terror." Pronunció la última palabra en voz más baja que las demás sin mover un músculo de su cuerpo. Sólo sus gafas brillaron de repente.»[3]

Lo que necesita, lo que se esfuerza por conseguir, lo que creará es el Terror. La abrupta profecía de Naphta conmociona la calma del Berghof.

Cuando la dice, sólo un débil temblor invisible traspasa su cuerpo para que las gafas le brillen de improviso. Es el temblor de una excitación cerebral, airada, intransigente.

«Naphta permaneció inmóvil, resplandeciente como una espada en el aire.»

Resulta fácil sustituir la presencia temblorosa de Naphta en ese momento por la de Felix Dzerzhinski o incluso por la de Theodore Maly.

Stalin se inspiró para sus purgas directamente en la gran Purga Sangrienta de Hitler de junio de 1934. Como en el caso de Hitler, la nueva política de Stalin requería la matanza de sus antiguos camaradas. No sólo Stalin aprendió una soberana lección de la Noche de los Cuchillos Largos, sino que, como hemos visto, fue casi sin duda un participante activo en su preparación con el papel que desempeñó en el proceso por el incendio del Reichstag. Había sido un participante activo prácticamente desde el momento en que Hitler tomó el poder.

Y una vez que tuvo lugar la Purga de Sangre, Stalin empezó de inmediato a trazar sus planes. Estudió de forma meticulosa cada informe que le pasaba el *apparat* a fin de sopesar la utilidad que esa experiencia podía tener para sus propios fines.[4] Seis meses después de los acontecimientos alemanes, asesinos a las órdenes secretas de Stalin se presentaron en el despacho de Serguéi Mironovich Kirov y lo asesinaron a tiros.[5] Fue el pistoletazo de salida para la purga del partido que estaba a punto de llevar a cabo Stalin. Evgenia Ginzburg escribió en sus memorias que «el año 1937 empezó, a todos los efectos, a finales de 1934, y para ser más exactos, el primero de diciembre».[6]

La conexión entre el Terror inminente y el oculto papel de Stalin en la muerte de Kirov ha sido negada con mil mentiras, pero que

algo muy siniestro había sucedido fue bastante evidente para muchos observadores desde el primer momento. Entre ellos, estaba el novelista francés y comunista Paul Nizan, quien, junto a su esposa Henriette, residía en Moscú por esas fechas. Nizan había sido el compañero inseparable desde su época de colegial de Jean-Paul Sartre y Raymond Aron; de estos tres mosqueteros, Nizan era el más militante. Trabajaba para la operación Münzenberg en París; entre otras cosas, colaboró en la preparación de la edición francesa del *Libro pardo*. Conocía muy bien a Otto Katz.[7] Paul y Henriette fueron recompensados por estos esfuerzos con una estancia en Moscú, haciendo lo que podríamos llamar trabajo de posgrado sobre la revolución, preparándose para cumplir su elegido papel de propagandistas entre los franceses.

Ya anciana, Henriette Nizan recordaba la noche del asesinato de Kirov. Ella y su marido habían asistido a un concierto la noche del 1 de diciembre. En medio de la actuación, la noticia del asesinato empezó a circular entre el público. En la platea, donde estaban sentados Nizan y ella, nadie tenía la menor idea de lo que había sucedido, pero una especie de silencio más que profundo, el silencio del miedo, se hizo palpable en la sala mientras la orquesta continuaba su actuación, que, de repente, carecía de sentido. Al mirar hacia los palcos donde estaban todos los miembros importantes del partido, la pareja vio que una tras otra las sillas se iban quedando vacías. «Era un ambiente muy extraño, muy impresionante. Recuerdo que le dije a Nizan que era exactamente como el de una declaración de guerra. Y en cierta manera, lo fue.»

A los Nizan no les pasó desapercibida la verdadera naturaleza de esta nueva guerra invisible. En diciembre de 1934 Paul y Henriette eran dos fervorosos militantes y lo siguieron siendo hasta el pacto. Sin embargo, Henriette señala que en el momento del asesinato de Kirov, a los dos les pareció totalmente evidente que «Stalin tenía algo que ver con esa muerte».[8]

«*Stalin tenía algo que ver con esa muerte*.» Los Nizan no pueden haber sido los únicos que sospecharon la verdad; debemos suponer que mucha gente inteligente presente en aquel momento tuvo la misma intuición. A partir de aquel instante, la inocencia de la izquierda tendría que asumir una nueva relación con la Mentira. Desde entonces, los idealistas de Stalin sabrían, o al menos tendrían

que saberlo vagamente, que la voz de la Revolución era una voz falsa. Toda una generación de educados creyentes estaría obligada a vivir dentro de lo que Orwell denominó «el pensamiento dual».

Pero la verdad es que la mayoría de los inocentes, incluso cuando debieron afrontar la obvia mendacidad del Terror, no pudieron apartarse de su sueño. La política cultural estalinista nunca se mostró más confiada, más solemne ni más ferviente que en esos días siniestros. «He hecho un viaje muy corruptor», confió Nizan a Sartre y a De Beauvoir cuando regresó a Francia.[9] Pero no fue la corrupción lo que resquebrajó la militancia de Nizan. La capacidad de sostener mentalmente mentiras y verdades al mismo tiempo no es una proeza moral tan notable como suponen de todo corazón los demasiado racionalistas. La mayoría la practicamos de alguna manera gran parte del tiempo. Después de su vuelta de Moscú, Nizan continuó ascendiendo en el mundo de Münzenberg y se transformó en la mano derecha de Louis Aragon en el nuevo periódico del Frente Popular que Otto Katz ayudó a fundar, el *Ce Soir*. Nizan siguió leal hasta el pacto.[10]

Cuando este acontecimiento irrumpió en el mundo en agosto de 1939, trayendo consigo la segunda guerra mundial, Paul Nizan, como todos los intelectuales parisinos, estaba en el sur de Francia de *vacances* y en compañía de Jean-Paul Sartre y Simone de Beauvoir. Cuando les llegaron los periódicos con los sorprendentes titulares, Nizan se quedó de piedra en la terraza estival, tan perplejo que el diario le temblaba en las manos mientras leía. Era un hombre en pleno trance de una revelación. Según Simone de Beauvoir, se quedó sin habla y abrumado como si se hubieran encendido las luces en una habitación en la que él se abría paso a ciegas. De súbito, pudo ver las formas verdaderas con las que se había tropezado todos esos años de supuesto «antifascismo». Para Nizan también fue el fin de la inocencia.[11]

Nizan rompió con el partido esa misma semana. De inmediato, se alistó en el ejército francés. Y sin perder un segundo, la prensa intelectual encabezada por la columnista Geneviève Tabouis, lanzó una campaña denigratoria contra Nizan. Tabouis, a su vez, era una periodista supuestamente «independiente y antifascista» a las

órdenes de Otto Katz. Vendía sus servicios al aparato soviético por buenas cantidades de dinero. Según Babette Gross, el embajador soviético se quejaba amargamente a Münzenberg de lo caro que salían sus honorarios. Aunque cara, era obediente. Elizabeth Poretsky cuenta que a menudo publicaba columnas que le habían sido dictadas directamente por Otto Katz y que ni siquiera se tomaba el trabajo de reescribirlas con sus propias palabras. El *apparat* le puso el seudónimo de «tintero de Stalin». Los ataques de Tabouis contra Nizan fueron durísimos.[12]

*

En el mundo norteamericano del espectáculo se pusieron los cimientos para el Frente Popular en marzo de 1935, cuando Otto Katz llegó de incógnito a Los Angeles para fundar la Liga Anti-Nazi de Hollywood.[13] El evento paralelo entre los intelectuales literarios tuvo lugar en París durante el sofocante mes de junio de 1935 y se conoció como el Congreso Mundial en Defensa de la Cultura.[14] Debido a que la convención se reunió en una sala llamada Salle Mutualité, ha pasado a la historia como el Congreso de la Mutualité. Fue uno de los congresos más famosos y sobre el que se derramó más tinta de toda esa época, una obra de teatro intelectual cuidadosamente planificada y diseñada con el objeto de preparar a la élite cultural para el Frente Popular. Lo presidieron André Gide y André Malraux.[15]

Los verdaderos cerebros grises que organizaron a los presentes en el podio fueron Ilya Ehrenburg y Mijaíl Kolstov, dos rusos designados estratégicamente que no estaban bajo la égida de Münzenberg. Según Babette Gross, Münzenberg no intervino para nada en la Mutualité. Que no lo hiciera acaso prefigura lo que Stalin tenía en mente para él. El Frente Popular representó la ruina de Münzenberg. ¿Se había previsto la muerte de Karl Radek y, junto a él, de Willi Münzenberg? ¿Era ese su verdadero papel? De ser así, ¿lo sabía Otto Katz? Sin duda, fue uno de los agentes más importantes a cargo del Frente y él sobrevivió y prosperó después de la caída de sus dos máximos valedores.

Se estaba preparando el Terror.

Resulta de especial interés el papel de Gide en el Congreso de la Mutualité. La estrategia del Frente Popular exigía la adhesión de toda la izquierda de la élite francesa, la cual, en la tradición de Voltaire, era entonces, como ahora, especialmente sensible al liderazgo intelectual de quien fuera el máximo disidente en París de entre los hombres de letras. En 1935 ése era André Gide. No tenía la menor importancia que Gide fuera homosexual; nada importaba que fuera rico y que se deleitara de serlo, que fuera el típico *grand bourgeois*. Nada de eso contaba. En 1935 él era el francés de cuyos hombros colgaba el manto de Zola. Encarnaba la conciencia de Europa; era el decano de los legisladores reconocidos.

La historia del gato y el ratón entre Gide y el Kremlin es larga, truculenta y delicada. Alcanzó un misterioso crescendo en la misma antesala del Terror cuando Gide visitó la URSS en 1936 para la gira más grande que se le haya dispensado jamás a un prohombre. Terminó con el autor de *Los inmorales* en el estrado junto a Stalin pronunciando la oración fúnebre sobre el cadáver de Máximo Gorki.

Uno de los instrumentos del aparato para cortejar a Gide fue casi sin duda un joven llamado Pierre Herbart. Durante nuestra entrevista en Múnich, Babette Gross me contó que el aparato había manipulado a Gide por medio de «varios jóvenes» que se reunían en tomo al maestro. La sugerencia era que, dada la homosexualidad de Gide, estas manipulaciones eran en parte sexuales. Pero ¿qué jóvenes? Babette Gross no dio nombres, quizá no los sabía. Pero a mí me parece harto probable que Pierre Herbart fue uno de los instrumentos para ese juego.

La relación de Gide con Herbart era anterior a su conexión con el aparato. Había conocido al joven Herbart en el entorno de Jean Cocteau, el autor de *Opium*, su gran rival y del que tanto desconfiaba. Pierre había caído en una seria drogadicción y llevaba la vida vacía de un joven muy apuesto que frecuentaba el círculo de una rica celebridad homosexual. Apenas lo conoció, Gide se dispuso a rescatar a Pierre de lo que él veía como el vacuo libertinaje del ambiente drogadicto de Cocteau. Puede ser muy probable que él mismo haya tenido una aventura (breve) con Herbart. Una vez le confesó a Maria van Rhysselberghe que Pierre tenía el cuerpo que él más hubiera querido para sí mismo.[16]

Fuera la que fuese la conexión sexual, el hecho es que Gide

rescató a Pierre de las garras de Cocteau. Le pagó un tratamiento en una clínica de desintoxicación y persuadió al joven para que abandonara la villa de Cocteau en el sur de Francia y entrara en el ámbito más serio de su propia casa en París.[17]

A través de toda la vida de Pierre Herbart, se presiente el problema insoluble de la ausencia de padre. Pierre era hijo de la alta burguesía; uno de sus hermanos llegó a ser nada menos que gobernador del Banco de Francia. Pero los hermanos Herbart fueron hijos abandonados de la burguesía. El padre desapareció cuando Pierre era muy joven. Años después, se le pidió que reconociera su cadáver encontrado en una zanja; era el de un vagabundo.[18]

Por tanto, no es de sorprender que la relación con Gide haya sido más la de un hijo adoptivo que la de un amante. Pero aún sucedió algo más con respecto al sentimiento edípico de Pierre. En los años veinte, Gide tuvo un encuentro sexual, una sola vez y nunca más, con la hija de Maria van Rhysselberghe, su esposa y compañera en todos los sentidos menos en el sexual y el litúrgico. En su única experiencia no con la Petite Dame, sino con la hija, Gide concibió a Madeleine.

En esa situación, Pierre Herbart hizo algo que le dio un papel de la máxima importancia en la vida de Gide. «Legitimó» a la pequeña Madeleine casándose con Elizabeth, pese a que ésta tenía veinte años más que él, de hecho edad suficiente para ser su madre. Entonces, Pierre se convirtió en padre adoptivo al mismo tiempo que hijo adoptivo. Este perverso papel se complicó aún más con múltiples ambigüedades.[19]

El rescate de Pierre también exigió que Gide procurase para su protegido un trabajo presentable. Gide se dispuso a convertirlo en escritor y en intelectual. Había algunas posibilidades de éxito. Pierre era ciertamente muy inteligente; tenía buen gusto y poseía una fina aunque débil competencia como escritor. En ese esfuerzo, Gide encontró la asistencia del aparato. Al poco tiempo, lanzaron a Pierre en una carrera literaria tan patrocinada por el partido como la que por entonces tenía Paul Nizan con genuino talento. Eso significó muchos artículos y encargos en varios periódicos y revistas de la izquierda intelectual de París; luego vino la estancia en Moscú de un año, casi coincidente con la de Paul y Henriette Nizan. Así las cosas, a Pierre se le abrieron las puertas mientras Gide contraía una

deuda con el partido francés, su comisario cultural, Vaillant, y sus hombres. A medida que pasaba el tiempo, el aparato se sintió más confiado y seguro de tener a Pierre firmemente bajo control y que Pierre fuera su garantía ante Gide.[20]

Con esto en mente, parecen haber desestimado las ambigüedades de Pierre. Si Pierre Herbart contribuyó a que Gide cayera en brazos del aparato, yo tengo la impresión de que también le ayudó a librarse de ese abrazo.

Gide tal vez era el más importante referente francés del Frente Popular, pero lo que fue, o debió ser, la noticia política más relevante, sin duda de mal agüero, fue la extraña ausencia de Máximo Gorki en el Congreso de la Mutualité. Al principio se había anunciado que Gorki sería el «presidente honorario» del Congreso, pero ese anuncio se había hecho antes del asesinato de Kirov. En algún momento, durante los hechos que desencadenó aquel crimen, se cancelaron las gestiones para la visita de Gorki. Stalin eligió a Isaac Babel y Boris Pasternak como sus delegados para reemplazar al anciano padre del realismo socialista, quien no podía asistir, según se informó a los delegados, debido a su mal estado de salud.[21]

La verdadera razón para la ausencia de Gorki en París es que, al igual que Paul y Henriette Nizan, abrigaba serias dudas sobre la muerte de Kirov. Desde los primeros días de la Revolución, Gorki había formado parte de la estructura política de Leningrado. Había conocido bien a Kirov y, con su muerte, Gorki se olió lo mismo que los Nizan. Pero a diferencia de ellos, Gorki tenía una posición en la que no cabía esta clase de sospechas. Y Stalin lo sabía.

Gorki era un anciano y, pese a sus fallos, un hombre valiente. Estaba muy enfermo; su magro rostro de tísico estaba claramente marcado por la muerte. Asimismo, era el portavoz viviente más respetado de la Revolución. Y, como veremos, por razones tanto personales como públicas, se estaba distanciando del régimen. Gorki tenía motivos para creer que Stalin estaba de algún modo implicado no sólo en la muerte de Kirov, sino también en la de su propio hijo, Max Peshkov, ocurrida unos pocos meses después. Era patente que crecían sus sospechas. De modo que Stalin consideró lo siguiente: ¿debía darse el podio a Gorki en París tal como estaba planeado?

¿Enviarlo para que pudiera hablar con importantes intelectuales europeos?

Los viajes de Gorki habían llegado a su fin. El autor de *Los bajos fondos* jamás volvería a Europa.[22]

La ausencia de Gorki en la Mutualité tuvo la muy probable excusa de su mala salud. La mayoría de la gente la aceptó sin pensárselo dos veces. Y se celebró el evento sin él. Lo que de verdad se dijo en las grandilocuentes deliberaciones del Congreso para la Defensa de la Cultura es algo que ha sido explicado muchas veces. Sería una tontería repetirlo aquí. La sala estaba abarrotada; brilló la intransigencia moral; se dio una vuelta más de tuerca a la confusión de la inocencia. Los oradores sudaban y luchaban con su retórica haciendo maniobras de entrada y salida desde «posiciones» en gran parte fatuas y siempre imaginarias. La estrategia del Frente Popular requería que el control soviético de la Mutualité fuera invisible pero firme. Los aburridos resultados tuvieron su lado cómico. En un momento, Gustav Regler pronunció un discurso tan brillante en defensa de la cultura soviética que la multitud no pudo contener más su apasionamiento. La gente se puso en pie y entonó la *Internacional* a voz en grito. Cuando el triunfante Regler abandonó el estrado, un agente de la NKVD llamado Johannes Becher le recibió indignado y le dijo: «¡Lo ha arruinado todo! ¡Nos ha puesto al descubierto!»[23]

Otro hecho de indudable interés en la Mutualité fue el caso de Victor Serge.

Se trataba de un novelista y anarquista francés cuyo fervor revolucionario le condujo a Rusia para recibir con júbilo el gran amanecer de octubre de 1917. Allí se hizo agente del Komintern y allí dio sus primeros pasos en el mundo del espionaje. Siempre retuvo su pasión anarquista, pero continuó sirviendo al Komintern y escribiendo con dudas crecientes hasta 1933. Un buen día llamaron a su puerta, fue arrestado y enviado al gulag.[24]

Serge había previsto su caída y como una especie de seguro de vida había logrado sacar de la Unión Soviética un manuscrito

antiestalinista, pero aún firmemente revolucionario, titulado *Literatura y revolución*, con el ruego de que en caso de que se produjera su desaparición, el libro fuera publicado o utilizado como medio para conseguir su liberación.[25]

Entonces Serge desapareció. Su causa fue apoyada por un puñado de gente, entre ellos los trotskistas, quienes coordinaron su intervención en la Mutualité. Al final de un largo día de propaganda, un distinguido radical italiano con fuertes simpatías anarquistas, Gaetano Salvemini, tomó la palabra. Salvemini había sido un senador de izquierdas en el Parlamento italiano; era un oponente duro e implacable de Mussolini. Ahora enseñaba Civilización italiana en la Universidad de Harvard. Salvemini exigió que el Congreso denunciara el Terror tanto en la URSS como en Alemania. Luego preguntó si la delegación soviética podía dar alguna explicación «sobre la manera en que Victor Serge está siendo tratado en la Unión Soviética».

Problemas. Ehrenburg y Kolstov se entrevistaron al instante tramando cómo controlar la situación. Demasiado tarde. Otra oradora había tomado la palabra, una trotskista llamada Madeleine Paz. Sin perder un instante, apoyó la moción de Salvemini y anunció al Congreso que ella tenía razones de peso para creer que el distinguido escritor y revolucionario francés Victor Serge estaba encarcelado en la Unión Soviética. Exigió que se dijera dónde estaba.

Una simple solicitud como aquélla da la medida de las tiernas sensibilidades de la política cultural estalinista, pues aquello provocó la más absoluta consternación en la sala. *¿Dónde estaba Victor Serge?* Con este desafío a la Mentira, se notó un temblor palpable en la mano invisible. Una especie de histeria colectiva se apoderó del recinto. Los delegados, hasta entonces tan dóciles, de pronto se pusieron a gritar los unos contra los otros. Se mostraban los puños. Se lanzaron insultos y rechinaron los dientes. Agarraban las sillas plegables y las agitaban en el aire.

Gide y Malraux, en lo alto del estrado, contemplaban el espectáculo y dieron por terminada la sesión, que terminó sin más ceremonias. La simple pregunta de Salvemini y de Madeleine Paz quedó sin contestar mientras la sala se iba vaciando.[26]

La noche del miniescándalo en la Mutualité, Gide se sintió muy conmovido por lo sucedido. Al día siguiente, solicitó audiencia al embajador soviético. Se le negó la entrevista. Al tercer día, Gide, seriamente agitado, se despertó temprano y preparó el primer borrador de una carta de protesta ante el embajador excepcionalmente astuta. Gide tuvo el cuidado de no ponerse de parte de Serge en ningún momento. La carta cuando menos era demasiado amable. Gide se limitó a señalar la «debilidad» de la respuesta soviética a las preguntas sobre Serge. Esa debilidad, decía, había dejado a los simpatizantes de la URSS «fatalmente desarmados e incapacitados» ante sus críticos.[27]

Esa tarde, Gide leyó su carta en una reunión de amigos. Alix Guillain, una periodista estalinista de alto nivel y esposa de quien acaso era el académico de izquierdas más influyente de Francia, criticó la carta con todo el furibundo puritanismo de las de su especie. ¿No podía ver Gide que los defensores de Serge no eran más que unos *poseurs*? Sólo piensa en lo que podían hacer los enemigos del socialismo con sus palabras sobre los amigos de la Unión Soviética que quedaban «desarmados e incapacitados»; sólo piensa en cómo manipularían y distorsionarían ese mensaje.[28]

Gide escuchaba con atención, casi no abrió la boca, pero al día siguiente decidió hacer caso omiso del consejo de Alix Guillain. Volvió a levantarse temprano y entregó personalmente su carta en la embajada soviética.

Da fe de la importancia que Stalin daba al papel de Gide en el Frente Popular francés el hecho de que seis meses después, Victor Serge fue liberado del gulag. Según Robert Conquest, ésta fue «casi la única ocasión en que la opinión extranjera consiguió influir en Stalin».[29]

¿Cuál puede ser la razón de semejante anomalía? La Unión Soviética estaba a punto de dar un paso realmente serio para una nueva y significativa medida de control del gobierno francés. Esa medida dependía de agentes secretos, pero gran parte se haría en público. Era menester que las clases cultas francesas se convencieran de que esta influencia comunista era correcta y sabia. Desde la Revolución Francesa, esas clases habían utilizado como referente moral de excepción no a los líderes de sus gobiernos, no a la Iglesia, sino a algún prominente escritor. Sin duda, Stalin era

incapaz de comprender esta realidad tan simple, pero ciertamente la comprendía Radek con absoluta claridad. Francia era la tierra de Voltaire. Esa deferencia para con los grandes escritores era básica en la sociología de la élite francesa; era un hábito aprendido en el *lycée*. Como gran prohombre de las letras, Gide era esencial para la credibilidad de la nueva política.

Y Gide lo sabía. Pese a su agitación ante el cauce de los acontecimientos, tomó perfectamente la medida del poder que ahora tenía en sus manos, un poder muy superior al de cualquier escritor de su tiempo.

Al año siguiente, Gide dio finalmente su visto bueno a la gira por la Unión Soviética. Para entonces, el gobierno del Frente Popular encabezado por Léon Blum, atestado de agentes soviéticos, ya estaba en el poder y Gide había sido un invitado de honor a la ceremonia de toma de posesión. Y para entonces, las intrigas del espionaje no se concentraban en Victor Serge, ya en libertad, sino en la muerte misteriosa, acaso el asesinato, de Máximo Gorki.

*

Como Gide, Máximo Gorki asumía su papel de reconocido legislador de la humanidad con ardiente seriedad, pero a diferencia de Gide, Gorki realizaba su tarea no como simpatizante, sino como genuino revolucionario. El papel de Gorki en la Revolución se remontaba al de Lenin. Como escritor, Gorki había llegado temprano a la fama. A principios de siglo, ya era uno de los escritores más famosos de Rusia. En 1901 sus obras sediciosas le habían acarreado serios problemas con el régimen zarista. Cuatro años más tarde, Gorki había conocido a Lenin y abrazado la causa bolchevique. De hecho, era el bolchevique más famoso del partido. Como amigo de Tolstói, representó un puente entre la alta cultura rusa y el submundo de las células clandestinas; contribuyó económicamente a las operaciones de Lenin y se comprometió con las secretas redes fiscales del partido. Mientras tanto, aumentaba su fama.[30] Máximo Gorki no figuraba entre esos artistas hechos por la Revolución. Al contrario, él contribuyó a hacerla realidad.[31]

Y cuando se produjo la Revolución, dio por descontada la gran tarea de crear una nueva cultura para el nuevo hombre soviético con una grandiosidad pomposa y provinciana que podría resultar conmovedora si uno pudiera pasar por alto los graves daños hechos en su nombre. Gorki difería mucho de Gide en su grandiosidad. Carecía de la ironía de Gide, de su amor a la vida privada, de su interés por lo ambiguo. Gide se hizo con el manto de Zola, pero se lo puso sobre los hombros tal como le caía y lo portaba con una sonrisa que significaba que el «teatro de la conciencia», aunque importante, también tenía su lado absurdo.

La relación de Gorki con Lenin y los demás dirigentes de la revolución bolchevique es una pantomima trágica del vínculo entre cultura y poder. Cuando Lenin asumió el cargo, Gorki asumió a la vez su propio sitial de portavoz intelectual de la Revolución humana. Se propuso ponerlo en consonancia con el papel de Lenin, a quien veía como el portavoz y ejecutor del poder. Gorki parece haberse visto a sí mismo como el necesario contrapeso de Lenin: su propia bondad en armonía con la fuerza del dictador. Si Lenin iba a ser el nuevo creador y destructor, Gorki representaría la causa de la humanidad ante este grande y definitivo avatar del poder.

Precisamente esta fantasía, en mi opinión, condujo a Gorki a la bancarrota moral. También fue el paradigma viviente para diez mil agotadores debates sobre el arte y la política que tendrían lugar, junto con los congresos y los simposios culturales que los orquestaban. Todo esto forma un inmenso y recurrente fenómeno en la cultura occidental para la cual la noción de Gorki sobre su vínculo personal con Lenin proporciona una especie de inspiración original. Inevitablemente, en los años treinta, Gorki fue el santo patrón de incontables reuniones dedicadas a este pseudo-tema. Y no obstante, Gorki era muy inteligente y no se le engañaba con facilidad. Su visión del carácter de Lenin era aguda. Richard Pipes cita a Gorki —quien a su vez citaba sin comentarios a un francés que había llamado «guillotina pensante» a Lenin— a propósito de la misantropía de Lenin: «Amaba al pueblo. Lo amaba con responsabilidad. Su amor miraba muy lejos a través de las nieblas del odio».[32]

Su amor miraba muy lejos a través de las nieblas del odio. Gorki tuvo muchas oportunidades para sentir ese odio de primera mano. Era el humanista residente entre los bolcheviques; en ese papel, a menudo apelaba a Lenin para salvar la vida de algunas almas condenadas. Más tarde escribió que Lenin siempre se mostraba algo perplejo durante estas intercesiones, como si le costara comprender por qué la vida de cualquier individuo podía valer el tiempo y el esfuerzo. No es que Lenin pensara que la gente a punto de ser fusilada fuera buena o mala. No podía comprender que la vida o la muerte importaran algo.[33]

Podríamos especular un poco sobre la psicología de este intercambio entre Gorki y Lenin. En su carácter de intercesor de la Revolución, Gorki tuvo que sentirse, al menos parcialmente, repelido por el gélido sistema en cuyo altar él debía depositar sus peticiones. Pero ¿acaso no es posible, incluso probable, que también se sintiera atraído? ¿Que le excitara y conmoviera el terrible espectáculo de la indiferencia omnipotente de la Revolución ante la «frívola» decencia de la justicia? De otra manera, ¿por qué un artista de la categoría de Gorki se dedicó tan fielmente a desempeñar ese papel? Esto se convirtió en parte bastante explícita de la mitología bolchevique. En el cine sentimental de propaganda de la época se muestra a Gorki una y otra vez presentando ante Lenin de forma fiel el caso del pueblo. A mí me parece que a Gorki le atraía desempeñar ese papel, así como sospecho que una similar e inconsciente atracción al Terror motivaba a Theodore Maly. He aquí a dos hombres, Gorki y Maly, a quienes no se puede considerar «malos» bajo ningún concepto. Por el contrario, los dos querían vivir exquisitamente de acuerdo con sus conciencias. ¿Acaso no es posible que ambos reaccionaran motivados por su propio rechazo a un temor reverencial, no a favor de la bondad de la nueva deidad leninista, sino precisamente de su salvaje indiferencia ante el bien?

Si una ambigüedad de esa clase imperaba en el sentimiento de Gorki por Lenin, ¿qué debe haber sentido entonces por Stalin? Los resultados fueron lamentables. Al tratar de continuar desempeñando su papel con Stalin, pronto Gorki se vio reducido a la abyección moral.[34] Pero se trató de una abyección dividida entre el servilismo público y la rebelión secreta, como si hubiera revivido al espíritu astuto de su pasado campesino. Gorki fue un

obediente servidor de la Revolución. Amaba la Revolución. Creía en su verdad. Declamaba alegremente su Mentira. Sin embargo, era serio en su carácter de «conciencia» revolucionaria. Intentó sinceramente defender a las víctimas del régimen. Utilizó su prestigio con una finura digna del mismísimo Gide. Al borde del final, creció su rebelión. Preso en el servil esplendor de su mansión en las afueras de Moscú, planeó sus movimientos de oposición contra el dios salvaje.

Lenin tenía una paciencia limitada para este tipo de juegos. Al principio, Gorki había sido una figura sumamente visible en el gobierno, pero en 1921 el dictador, cansado de la devoción regañona y las apelaciones de alto vuelo de Gorki, decidió poner alguna distancia entre él y el escritor. Ordenó que se fuera al extranjero, donde sus argumentaciones plenas de buena conciencia ayudarían a apoyar precisamente las ilusiones que Münzenberg intentaba generar. En el extranjero, todos los miembros de la inteligencia rusa, comunistas o no, lo buscaban. Él los conocía, los invitaba a su casa, hablaba y discutía con ellos. Su vida estaba plena de historias, opiniones y promesas. Gente que le hubiera temido en Rusia llegó a brindarle su amistad y a confiar en él. Le hacían muchas confidencias, algunas de las cuales, tal vez muchas, eran políticamente peligrosas.[35]

Gorki se veía como el humanista de la Revolución, no como su agente provocador. Sin embargo, solía tomar extensas notas de estas conversaciones, estrictamente para sus propios fines y no los de la Cheka. En efecto, estas anotaciones se convirtieron en un archivo de alto voltaje de la opinión rusa en el extranjero.[36]

En 1931 a Gorki le llegó la hora de regresar a Rusia. Aunque no se había llevado bien con Stalin en la década anterior, ahora el dictador se dispuso a brindarle todo lo que el mundo soviético podía ofrecerle a un escritor. Gorki ocuparía un lugar clave en la nueva cultura. A su vuelta a Moscú, fue objeto de lo que se podría denominar una especie de «culto literario a la personalidad» que, en cierto modo, era paralelo al del mismo Stalin. Gorki siempre había gozado de todos los privilegios que podía ofrecerle el régimen. Ahora se le instaló en un entorno próximo a la magnificencia. Se le concedió una casa de campo palaciega y una residencia en Moscú. Se publicaron grandes tiradas de sus obras que eran de lectura

obligada por decreto. El aparato, tanto en Rusia como en el extranjero, le trató como a uno de los principales genios de la historia de la humanidad. Se empezó a poner su nombre en ciudades, calles y plazas, lo que alcanzó una profusión casi descabellada. La visión original de su papel público alcanzó una especie de grotesca realización. Era el icono literario del mundo estalinista.

Mientras tanto, el escritor sufría un cambio lamentable. Se estaba convirtiendo en el portavoz de total confianza de un régimen macabro.

¿Había perdido después de 1931 la pequeña gracia salvadora de sus antiguas ambigüedades? ¿Había sucumbido ante la Mentira?

Tal vez no. Consideremos, por ejemplo, esta curiosa historia de su maleta.

La historia de la maleta de Gorki ha sido contada con detalle por Nina Berberova, sobre todo en su fascinante libro sobre la amante y traductora de Gorki, la baronesa Moura Budberg.[37] Es un libro que ha tenido críticos respetables; sin embargo, la notable historia de Berberova está basada en pruebas fehacientes y en su propia experiencia como íntima de la casa de Gorki tanto en Petersburgo antes de 1921 como en Europa antes de que Gorki retornara diez años más tarde. Incluye un relato minucioso del papel de Moura Budberg en la vida de Gorki, primero en Rusia antes de 1921, luego en el extranjero hasta 1931 e incluso más tarde cuando el escritor ya había regresado a Rusia y hasta su muerte en 1936.

Cuando Stalin lo llamó para su triunfal regreso, Gorki se planteó el dilema de qué hacer con todas las notas comprometedoras que había tomado de sus contactos con rusos en el extranjero.

He aquí la versión de Berberova.

Gorki tenía claro que archivos de esta naturaleza bajo ninguna circunstancia podían viajar con él a Rusia. Por cierto, su comportamiento con respecto a este archivo demuestra que en 1931 entendía claramente que su regreso a Rusia significaba que estaba dispuesto a perder la libertad intelectual y artística de que había gozado y que, en el futuro, su vida sería objeto de un meticuloso escrutinio totalitario. Según Berberova, cuando Gorki se dispuso a

dejar la villa en Capri, repasó sus papeles separando todo aquello que pudiera comprometerlo a él o a terceros a los ojos soviéticos. La misma Berberova le ayudó en esa tarea. A continuación, guardó los documentos peligrosos en una maleta que cerró con llave.

Decidió que esta maleta quedaría en manos de algún custodio de su entera confianza. Explicó con sumo cuidado a quienes le rodeaban que la maleta permanecería en Occidente y no regresaría a Rusia aunque él mismo solicitara que se la enviasen. Si alguien oía semejante petición, aunque lo hiciera él mismo personalmente, u otra persona en su nombre, debían ignorarlo por completo o replicar que no podía ser.

¿Y a quién confió esta maleta llena de documentos comprometedores? Después de pensárselo mucho, decidió ponerla en manos de su amante y colaboradora, la baronesa Budberg.[38]

Las lealtades, o la carencia de ellas, que motivaron a la baronesa Moura Budberg, representan uno de los verdaderos misterios personales generados en la historia revolucionaria de traiciones y quebrantos. ¿A quién amaba en realidad Moura? ¿A quién servía en realidad? No existe una respuesta clara y de hecho la historia de la vida de esta extraordinaria mitómana desafía la simpleza de la palabra «realidad». Berberova la considera sin dudar como una de las «damas del Kremlin», el traicionero grupo que también incluía a la princesa Koudachova y a Elsa Triolet. En mi presencia, Berberova se refirió a Moura Budberg como una «agente doble» que trabajaba para los soviéticos y para el Foreign Office británico. Eso es lo que yo también interpreto de su fascinante libro, aunque se trata de una obra con sus propios misterios.

Moura Budberg se crió en la clase media de la sociedad moscovita durante el reinado del último zar. Se casó muy joven con un excelente partido, un miembro sin título de la aristocrática familia Benckendorff. Tuvieron dos hijos. Su marido estaba en el servicio diplomático del zar en Londres y Berlín; a su lado, incluso antes de 1917, ya se había embarcado en su carrera de gran cosmopolita, algo que seguiría haciendo hasta el final de su vida.

Pero la principal carrera de Moura fue la de una superviviente, aunque una superviviente en la cima. Durante la revolución, su

marido resultó muerto por una multitud en Latvia; sus hijos salvaron la vida de milagro y fueron separados de ella. En San Petersburgo, la joven y aterrorizada viuda buscó y encontró la protección de Robert Lockhart, que, en 1917 y 1918, era el diplomático occidental y agente secreto británico más importante en Rusia. Se hicieron amantes y aunque Moura contrajo un matrimonio de conveniencia con un barón báltico en lo que fue una farsa estrictamente legal, pero que le proporcionó el título nobiliario, el hombre realmente importante en la vida de Moura Budberg durante la Revolución fue Lockhart.[39]

A finales de 1917, en medio de las conspiraciones e intrigas que rodeaban las maniobras de Lenin para lograr el Tratado de Brest-Litovsk y su reacción ante el desembarco aliado en Arkangelsk, Lockhart cayó en una trampa preparada por Dzerzhinski, acaso instigada por Sidney Reilly. Lockhart y Moura fueron arrestados juntos con acusaciones graves y altamente comprometedoras. Estaba claro que los fusilarían sin pérdida de tiempo.[40]

Pero no fueron fusilados. Se les puso en libertad.

Por qué fueron puestos en libertad sigue siendo objeto de conjeturas. Sabemos que mientras la pareja estaba prisionera en el mismo Kremlin, el hombre a cargo de su custodia era un apuesto pero asesino y fanático ex sastre de Londres llamado Jakov Peters. Y sabemos que Peters estaría profundamente involucrado en los acontecimientos venideros.

Berberova obviamente cree que Lockhart y Moura recuperaron la libertad porque Moura sedujo con éxito a Peters, que éste quedó prendado de ella y que, manipulando sus celos, la baronesa negoció el acuerdo. Tal vez. Fuera lo que fuese, no pudo tratarse de algo baladí. Lockhart fue liberado y regresó a Londres. Moura también salió en libertad, pero permaneció en Moscú.

Fue en aquel momento cuando la baronesa apareció en la vida de Máximo Gorki. Se la envió a trabajar como «secretaria y traductora» en su inmenso piso de San Petersburgo. Pronto se convirtió en la figura clave de la compleja y vasta residencia. Está claro que Gorki sucumbió a sus encantos con un amor que le duraría el resto de su vida, primero en Rusia, luego en Berlín y Capri. Le duró hasta el final de sus días, cuando Moura vivía con H.G. Wells en Londres, y Gorki la llamó desde su lecho de muerte.[41]

¿Fue un amor verdadero? Como tantos mitómanos, Moura Budberg creía que no podía vivir si hacía una distinción demasiado rigurosa entre lo real y lo irreal. Pudo haber habido amor verdadero entre Gorki y la baronesa; al mismo tiempo, muchos testigos creen que manipulaba al milímetro las emociones de Gorki. En esto se puede complementar la versión de Berberova con la de Anthony West, el hijo de H.G. Wells y Rebecca West, para quien Moura años después sería virtualmente una madrastra. Según West, al principio de sus amores, Moura se dirigió a Gorki hecha un mar de lágrimas y le hizo una «confesión». No la habían enviado como mera secretaria y traductora. Era una agente de la policía. Había salvado la vida a cambio de aceptar este trabajo, esta misión: espiarlo. Zinóviev, el infame Zinóviev, la controlaba. Trataba de desacreditar a Gorki a los ojos de Lenin. Y ahora estaba atrapada; amaba a Gorki, pero era prisionera de Zinóviev.

West afirma que Gorki se sintió muy conmovido por esta confesión. La consideró una prueba del amor de Moura. En vez de debilitar la confianza que depositaba en ella, la reafirmó y la amó aún más. Moura creía en él; lo probaba el haberse arriesgado a la venganza del aparato al contarle la verdad. Mientras tanto, esta renovada confianza brindó a Moura una protección permanente de que alguien la descubriera. Nadie podía decirle nada a Gorki sobre Moura que ella misma no le hubiera confiado anteriormente.

En 1920 esta historia sexual se repitió con otro hombre. Ese año, H.G. Wells, a quien Moura ya había conocido en Inglaterra a través del rusófilo inglés Maurice Baring, llegó invitado a la casa de Gorki en San Petersburgo. Durante la visita, Moura sedujo a Wells y empezó lo que sería una relación para toda la vida. Según Anthony Wells, Moura le hizo la misma «confesión» que le había hecho a Gorki. Tuvo el mismo efecto en Wells, atándolo a ella aún más profundamente.[42] Hay una foto de los tres juntos. En ella, Gorki contempla con afectuosa camaradería a Wells, mientras éste, con los ojos semicerrados, mira a Moura, y ésta, por su parte, se dirige a la cámara con una mirada de innegable fascinación rusa.

Años más tarde, una serie inesperada de acontecimientos dejó claro a Wells que Moura seguía en frecuente contacto con el aparato soviético. Hacía mucho tiempo que él creía que ella había roto los lazos que la ataban a Zinóviev y sus esbirros. Cuando se encararon,

ella le espetó que «como biólogo tenía que saber que la supervivencia era la primera ley de la vida». ¿Había mentido? Sí, había mentido. Deseaba vivir y para seguir con vida había tenido que «pagar el precio». ¿No le gustaba a Wells? Tenía que aceptarla tal cual era.[43]

El hijo de West llegó a creer que los últimos años de la vida de su padre estuvieron envenenados por el reconocimiento de que, aunque tenía firme constancia de la falsedad y el oportunismo de su amante, no podía vivir sin ella. Al amar a Moura por encima de su singular deshonestidad del mismo modo como la había amado cuando creía en su franqueza, Wells permaneció a su lado hasta el final.[44]

Los tres hombres —Lockhart, Gorki y Wells— la amaron hasta el final. Gorki la llamó desde su lecho de muerte. Lockhart continuó amándola y nunca dejó de estar en contacto con ella. Tal vez hasta Peters, el policía secreto, mantuvo viva la llama. Nunca lo sabremos. Stalin lo hizo fusilar a mediados de los años treinta.

Cuando Gorki regresó a Rusia en 1931, Moura no fue con él y se quedó con Wells. Entre 1931 y 1935 las relaciones de Gorki con Stalin, pese a tensiones ocasionales, habían sido afectuosa. Por ejemplo, Stalin visitaba con bastante asiduidad la casa de Gorki, y también Yagoda, el jefe de la NKVD.[45] Pero en 1934 Gorki había empezado a irritar a Stalin con sus ruegos en pro de una mayor moderación. Los acontecimientos de 1935 agravaron el distanciamiento, hasta que al final, cuando Stalin se enteró de las sospechas de Gorki, sobre todo acerca del asesinato de Kirov, la relación personal llegó a su fin.[46]

Pero parece que hubo una dimensión más íntima en la desconfianza que le tenía Gorki a Stalin. Seis meses después del asesinato de Kirov, el hijo de Gorki había muerto de forma inesperada y en unas circunstancias que todo el mundo consideró extrañas. En contraste con su padre, el joven Max era un peso ligero impenitente. ¿Conciencia de la Revolución? ¿Voz de la humanidad? Max amaba la bebida, los coches de carreras y las diversiones. Tenía una mujer bonita y dos de sus compañeros de juergas favoritos eran el médico de su padre, un tal doctor Levin, y el secretario de su

padre, un hombre llamado Kryuchkov. Ambos eran agentes de la NKVD. Ambos estaban a las órdenes de Yagoda. Pero aparte de la vigilancia policial, Yagoda tenía un interés bastante especial y personal en la residencia de los Gorki, de la que era visitante habitual. Mucha gente creía en aquel entonces que Yagoda mantenía una aventura amorosa con la hermosa mujer de Max.[47]

Y luego Max murió extrañamente. Al final de una juerga con sus amigos, los agentes de la NKVD, en mayo de 1935, el joven sufrió un desmayo en la nieve primaveral y fue llevado a su casa con neumonía. Puesto bajo el cuidado del doctor Levin, no se recuperó.

En 1938, cuando el Gran Terror se iba aproximando al fin de su vasto curso, Stalin dispuso públicamente quitar del medio a este mismo doctor Levin y al secretario Kryuchkov en un juicio en el que los acusó de haber planeado y ejecutado, junto a su diabólico jefe Yagoda, los asesinatos de Máximo Gorki y de su hijo Max. Por supuesto confesaron y por supuesto fueron declarados culpables y ejecutados.[48]

Aún es imposible probar que Máximo Gorki o su hijo fueron en realidad asesinados por el *apparat*, aunque entre los observadores mejor informados las sospechas son profundas y persistentes. ¿Ordenó Yagoda que matasen a Max? Para nosotros, resulta menos importante la veracidad de esta sospecha que si Gorki pensó que su hijo pudiera haber muerto de esa manera. La mera idea de que Yagoda podría haber estado detrás de la muerte de su hijo, sumada a sus dudas sobre el asesinato de Kirov, repercutió sin duda en la salud de Gorki ya débil y debió de hacerle sentir que, como portavoz de la Revolución, él ya tenía muy poco que perder.

El hecho es que seis meses después de la muerte de Max por «neumonía», un debilitado pero aún combativo Gorki defendió públicamente a uno de los acusados de la muerte de Kirov, Kamenev, que de hecho ya había sido elegido como una de las víctimas del inminente Terror. Esto sucedió cuando Stalin le negó a Gorki la presidencia honoraria del Congreso de la Mutualité. En la prensa soviética empezaron a leerse acusaciones contra el escritor. Mientras tanto y en el secreto más absoluto, Gorki había empezado a escribir un manuscrito atacando al régimen. Lo tenía oculto en su

casa en las afueras de Moscú. Que pudiera trabajar en él y mantenerlo fuera de la vista de los espías policiales que le rodeaban en todo momento rinde testimonio a su astucia. Espías como Kryuchkov leían cada carta, atendían cada llamada telefónica, mecanografiaban cada página escrita por él. Aun así, Gorki se las ingenió para esconder este trabajo en algún recóndito rincón de la inmensa residencia. La NKVD encontró los documentos comprometedores después de la muerte del escritor; para ello tuvieron que demoler el edificio. En sus amargos últimos días de vida, el agonizante David del proletariado, su hijo muerto, sus sueños reducidos a escombros, acumulaba ocultamente piedras para su pequeña honda contra Goliat.

Los espías de la mansión de Gorki no hallaron sus manuscritos hasta después de su muerte, pero se habían enterado de la maleta y, por supuesto, también Stalin.

El mismo verano del Congreso de París, cuando aún vivía Gorki, su esposa, Ekaterina Pavlova Peshkova (una mujer que también era una agente de la NKVD),[49] de viaje por Europa occidental hizo una visita a Moura Budberg en Londres, donde vivía con Wells. En el curso de la conversación, Peshkova exigió amable pero firmemente que los archivos de Gorki regresaran a Rusia. Moura trató la petición de la mujer de Gorki exactamente como Gorki se lo había ordenado. Para indignación de la otra mujer, la baronesa amable pero firmemente se negó a entregarlo.

Pero ése no fue el final. Según el testimonio de Berberova, un año más tarde, en la primavera de 1936, cuando Gorki estaba al borde de la muerte, Moura recibió una segunda visita de Moscú. Esta vez el emisario fue una mujer que obviamente era una destacada agente de la NKVD. Llegó portando una carta del mismo Gorki en la que el escritor rogaba a Moura que viajase por última vez a Rusia para decirle adiós. La carta ni siquiera mencionaba la maleta. Sólo contenía el ruego de su última voluntad.[50]

Sin embargo, la visita implicaba ciertas condiciones. La agente de la NKVD se las explicó con fría meticulosidad. Primero, la agente acompañaría a Moura en todo momento tanto en el viaje a Moscú como en el retorno a Londres. Segundo, el viaje se haría con el máximo secreto. Tercero, el viaje sería organizado por el servicio. Las dos mujeres cogerían un tren de línea hasta la frontera ruso-

finlandesa, donde subirían a un tren especial con un vagón privado preparado para ellas por orden expresa de Stalin. En él viajarían juntas hasta Moscú.

Por último —y lo más importante—, Moura llevaría la maleta con los archivos de Gorki. Tenía que contener todos y cada uno de los documentos de Máximo Gorki que estaban en posesión de Moura Budberg.

La baronesa no respondió de inmediato. Estaba atemorizada y necesitaba pedir consejo. También debió de pensar que necesitaba protección personal. Tan pronto como pudo, Moura mantuvo una reunión secreta con su viejo amigo Robert Lockhart, quien aún ostentaba un alto cargo en los servicios británicos. Aunque no le ofreció la protección británica, el consejo de Lockhart fue firme y tal vez incluso sensato. Estaba bien claro, dijo, que la NKVD quería los documentos de Gorki y los quería con muchas ganas. Probablemente conseguirían lo que se proponían. Ya no bastaba la primera y rotunda negativa de Moura a Peshkova. Con buenas o malas artes, en Rusia o fuera de Rusia, el aparato tomaría posesión de esos papeles. O Moura se los entregaba tal y como se le ordenaba o la NKVD los conseguiría usando sus propios métodos. Se le estaba ofreciendo una opción que no tenía elección. En efecto, Lockhart le aconsejó que se rindiera.[51]

Lo hizo. Encubierta por un velo de misterio que mantuvo el resto de su vida, Moura Budberg partió de Londres acompañada por su compañera de la NKVD. Viajaron exactamente como se había previsto que viajarían y Moura portaba la maleta de Gorki. Cuando llegaron a Moscú, de inmediato la escoltaron a la casa de campo de Gorki. Allí, antes de que fuera conducida hasta el lecho del escritor, la esperaban Voroshilov y el mismo Stalin en persona. Moura puso la maleta directamente en manos del dictador.[52]

*

La historia del viaje tan manipulado y vigilado de André Gide a la URSS se ha contado en innumerables ocasiones. El primero que lo hizo fue el propio Gide en el libro que publicó en septiembre de

1936, *Regreso a la Unión Soviética*, el documento por el cual el anciano mandarín se libró finalmente del *apparat*.[53] Fue un ataque contra todo el sistema soviético. Más tarde, Pierre Herbart describió la escena que se produjo en España durante los primeros meses de la guerra civil cuando le llevó las galeradas a Mijaíl Kolstov a su regimiento. El agente cogió las pruebas de *Retomo*. Las hojeó complaciente y empezó a leer. Al cabo de unos momentos, tuvo una expresión de incredulidad. Empezó a pasar las páginas con más rapidez, agitado. ¡Un ataque! ¡Gide había escrito un ataque! La expresión de su rostro entremezclaba la indignación y el temor.[54]

Dicho sea de paso, Kolstov no era el único agente que supervisaba la manipulación de Gide. También era uno de los visitantes que había confiado sus pensamientos a Gorki. Kolstov pereció más tarde en el gulag. Acaso el primer vistazo que echó a las pruebas de Gide también haya sido el de su propia muerte.

Pero en junio de 1936, pese a las repetidas advertencias que se le habían hecho a Münzenberg (entre otros, por parte de los condes Károlyi) de que Gide jamás sería un simpatizante de confianza, finalmente Gide había aceptado embarcarse, con una comitiva de distinguidos intelectuales franceses, en la mayor de las giras de propaganda. El aparato le concedió la máxima prioridad. Obviamente le consideraban indispensable para el Frente Popular en Francia. Gide fue recibido por funcionarios en trance y entusiastas multitudes. No se ahorraron ningún exceso ni ninguna forma imaginable de elogio.

En la comitiva que le acompañaba figuraba Pierre Herbart. El juego entre el gato y el ratón se estaba convirtiendo en una historia interminable. En algún momento del viaje, en algún rincón de su propia intimidad, Gide estaba llegando a la decisión de oponerse al aparato. ¿Cuándo tomó la decisión? ¿Cómo lo hizo? En Rusia dio toda la impresión de ser el perfecto burlado. Cuatro meses después, publicó un importante e incluso noble libro anticomunista. Como sea que se produjo ese cambio, la impresión que se tiene es que lo hizo conjuntamente con Herbart. El momento, o más probable, la secuencia de momentos en que se volvió contra el sistema deben dejarse a la imaginación. A la investigación académica sólo le han quedado mínimos trazos del cambio. Está claro que dos meses después de su regreso de la URSS, mientras redactaba este texto, el

vigilante aparato estaba plenamente convencido de que la obra apoyaría sin la menor fisura al Frente Popular. Por tanto, concertaron convertirla en el éxito del año, el libro bandera de la época. Pero de algún modo, Gide se apartó en secreto de ese peregrinaje de mentiras. La misma peregrinación había tenido como momento culminante y, a la vez, como momento más bajo, la muerte y el funeral de Máximo Gorki.

En mayo de 1936 Gorki agonizaba. En ese tiempo fue cuando Moura recibió a la emisaria exigiéndole que regresara con la maleta. Llegó a finales de junio, cuando Gorki ya estaba en su lecho de muerte en la casa de campo, inmovilizado por la edad y en medio de su larga y perdida batalla contra la tuberculosis y contra una dolencia cardíaca cada vez más grave. Por orden de Stalin, en torno a la mansión se había montado una guardia muy publicitada; todo estaba supervisado por la NKVD. Tenía un doble propósito. Uno era propagandístico. Stalin quería que el fallecimiento de Gorki fuera una noticia mundial; era la muerte del padre del realismo socialista y éste era su último elogio del régimen. El otro era por seguridad; asegurarse de que el anciano no decía nada inconveniente antes de morir.

También era indispensable que Gorki muriera en el momento oportuno. Hacía tiempo que Stalin había decidido que el mes de agosto era el indicado para el gran lanzamiento del Terror por todo lo alto. Por tanto, era esencial que la conciencia de la Revolución estuviera enterrada, cuando menos, a finales de julio. Por fortuna, esto se podía arreglar sin mayores problemas.

El 31 de mayo, los médicos de Gorki, incluyendo al borrachín de Levin, aseguraron a Stalin que no cabía duda de que el escritor moriría pronto, muy pronto. Ya no le era necesario al dictador temer que la pluma de Gorki pudiera escribir alguna prosa desagradable en su contra. Por desgracia, la muerte inminente no solucionaba el problema del todo. Podía ser que Gorki estuviera incapacitado para escribir, pero el viejo aún podía hablar. Peor aún, estaba tratando de hablar, pidiendo constantemente recibir visitas, en especial de famosos visitantes extranjeros, gente a la que se escucharía en Occidente. Había algo que Gorki quería decir. Algo

importante.

El plan original para fundir el Frente Popular y el Terror en un solo todo incluía la celebración de otro Congreso de la Mutualité en Londres en el transcurso de mayo. Mijaíl Kolstov e Ilya Ehrenburg volverían a estar al frente, junto con casi todos los simpatizantes de Gide, incluyendo a celebridades como Elsa Triolet y Louis Aragon. Otra invitada de honor iba a ser la famosa traductora, camarada de los escritores soviéticos y vieja amiga de Rusia en el extranjero, la baronesa Moura Budberg. Pero cuando la salud de Gorki se agravó el 31 de mayo, los planes cambiaron.

Entonces Ehrenburg y Kolstov dedicaron sus habilidades a la política fúnebre, a la diplomacia hospitalaria, todo en clave estalinista. ¿Quién permanecería al lado de la cama de Gorki? ¿Y cuándo?

Sus tácticas estaban dictadas por las necesidades del Frente Popular y alentadas por el Terror. A fin de promocionar el Frente Popular, la escena mortuoria de Gorki, como en una grandiosa pintura histórica, debía dar la impresión de convocar con su luto inminente a toda la inteligencia occidental. Pero para proteger el Terror, a Gorki había que mantenerlo en silencio. Por tanto, a Ehrenburg y Kolstov se les asignó una misión especial: afligir a los grandes y famosos con la agonía de Gorki, pero evitar que nadie se acercara al lecho antes de tiempo.[55]

Entretanto, los efectos de la política del Frente Popular en la política europea ya habían provocado el intencionado (y no tan intencionado) desastre. El 6 de junio de 1936 se instaló en Francia el gobierno del Frente Popular de Léon Blum. Al cabo de pocos días, se convocaron diversas huelgas en todo el país. Gide partiría rumbo a Moscú dejando un París semiparalizado por la agitación obrera. Al mismo tiempo, otro gobierno del Frente Popular, el de España, espoleado por el íntimo amigo y colaborador de Otto Katz, Julio Álvarez del Vayo, se había encaminado hacia una crisis que en julio estallaría con el acontecimiento que representaba la quintaesencia de todo el Frente Popular, la guerra civil española.[56]

El tira y afloja de esta situación empezó a tener su impacto en la vida de Gide. El resultado tuvo su aspecto tragicómico. Cuatro días

antes de que Blum asumiera el cargo de primer ministro francés, Ilya Ehrenburg cenó con André Gide y le informó de que Gorki estaba gravemente enfermo y al borde de la tumba. Le urgió que dejara todo lo que estuviera haciendo y se aprestara a viajar a Moscú lo antes posible. Olvídese del Congreso de Londres; apresúrese a llegar a Moscú antes de que expire el anciano. Gide estuvo de acuerdo. Esa misma noche, empezó urgentemente los preparativos.[57]

Al día siguiente tenía la casa llena de gente dispuesta a ayudar para que pudiera partir ese mismo día. De mal humor y nervioso, Gide se puso a hacer las maletas frenéticamente, luchando por mantener la calma mientras se aprestaba a irse a las pocas horas. Al mismo tiempo, Gorki en Moscú había mejorado de súbito. El viejo se recobraba. Ya no parecía un moribundo. Si bien seguía siendo un hombre obviamente enfermo, de pronto daba la impresión de sentirse mucho mejor.[58]

El escritor francés Jean Malaquais, que estuvo presente ese día, recordaba que alrededor de las dos de la tarde sonó el teléfono en el piso de Gide. En la sala, llena de la comitiva de Gide, se hizo el silencio. Tal vez Gorki había fallecido. Malaquais se puso al teléfono.

«Es el ojo de Moscú», anunció Malaquais con cierta burla macabra a la sala expectante. Se oyeron algunas risitas cuando Gide cogió el teléfono. Quien llamaba era Ilya Ehrenburg explicando que, pese a la urgencia del día anterior, se había producido un cambio inesperado. Gorki estaba mejor. Mucho, muchísimo mejor. De hecho, no existía ninguna prisa. Un viaje precipitado a Moscú ya era realmente bastante innecesario. Tal como estaban las cosas, lo más conveniente era que la visita no tuviera lugar ahora. Gorki estaría bien y, de hecho, sería preferible aplazar la visita unos días.[59]

Gide escuchaba. Cuando colgó, la sala seguía expectante. ¿Había muerto Gorki?

«*C'est remis*», declaró secamente Gide. Los presentes prorrumpieron en carcajadas ante el viaje pospuesto.

En realidad, Ehrenburg le propuso una nueva agenda para su llegada a Moscú. Ehrenburg le explicó que todo había sido

organizado meticulosamente. La fecha ideal para la llegada a Moscú era el 18 de junio.[60]

¿Asesinó Stalin a Gorki? No lo sabemos. Pero lo que sí sabemos es que Gorki expiró dos horas después de que aterrizara el avión de Gide en Moscú. Era a última hora de la tarde del 18 de junio. Precisamente ese día.[61]

Louis Aragon y Elsa Triolet también vivieron el siniestro toma y daca de la muerte de Gorki. Su guía fue Kolstov en vez de Ehrenburg. Pese a las pocas simpatías que les despertaba Gide, habían participado intensamente en los preparativos de su viaje y ellos figuraban entre aquellos a los que Gorki deseaba ver. A principios de la primavera, Ehrenburg había advertido a la obediente Elsa que no hiciera una visita precipitada al maestro agonizante. En junio, cuando el inminente fallecimiento del anciano ya era una noticia internacional, la pareja pensó que lo mejor era al menos dar la impresión de que se apresuraban a ir a su lado. Ya en Rusia, visitaron a Lily Brik, la hermana de Elsa, quien les pidió que se demoraran lo más posible en Leningrado al parecer reteniéndoles a propósito.[62]

Cuando por fin Kolstov pudo conducirles a la casa de campo, él sabía que Gorki estaba a punto de expirar, aunque durante el viaje los halagó contándoles que el mismo Gorki había pedido que los llevaran ante él «apenas llegasen».[63]

¿Apenas llegasen? Se les había hecho perder días enteros ex profeso. En el atardecer del 18 de junio, cuando aterrizaba el avión de Gide en Moscú, Kolstov llegó a las puertas de la mansión de Gorki. Allí los guardias les negaron el permiso de entrada. Mientras el chófer discutía con los guardias, apareció el doctor Levin. Naturalmente el médico pasó sin ningún problema. La delegación francesa, indignada, le vio entrar. Un rato después, volvió a salir Levin y Kolstov se le acercó. El agente secreto y el médico de la NKVD hablaron en voz baja unos momentos. Entonces Kolstov se volvió con lágrimas en los ojos a Triolet y Aragon y les comunicó que Gorki estaba muerto.[64]

Las jornadas de duelo nacional por el fallecimiento de Gorki incluyeron un multitudinario funeral oficial en la Plaza Roja. Gide

pronunciaría un discurso. Era una parte importante de la estrategia del Frente Popular que estuviera presente en la tribuna una relevante figura de la literatura europea.

Gide y Herbart (los demás escritores del séquito de Gide aún estaban en Londres o viajando) fueron instalados en el hotel Metropole. Allí Gide preparó su primera aparición pública para la gira. Kolstov era el principal organizador de esta fase del evento y a través de él Herbart recibió instrucciones para Gide acerca de lo que se consideraba que tenía que ser el enfoque correcto del mensaje. El tema tenía que ser el destino de la cultura de oposición al sistema bajo el imperio de la revolución. Kolstov sugirió que se elaborara una teoría de lo que él denominó «corrientes» en contraposición a «contracorrientes». En pocas palabras, esta opinión era que fuera de la Unión Soviética, fuera de la patria de la Revolución, la gente consciente y culta siempre tenía que estar preparada para ir «contra corriente». Sin embargo, dentro de la Unión Soviética, debido al triunfo de la Revolución, la oposición dejaba de ser encomiable o siquiera admisible y se debían suspender los impulsos de la cultura de oposición. Dentro de la Unión Soviética, el deber de las personas responsables era ir con la corriente, no contra. Puesto que la cultura anti-sistema había triunfado en la Unión Soviética, la oposición ya no podía tener sentido. ¿Veis qué simple? Simplísimo.

En su habitación del hotel Metropole, Gide se dispuso a redactar su discurso sobre este tema. Tenía a Herbart a su lado.

Una palabra sobre la relación de Gide con Herbart. A mí me parece bastante posible que la historia de la ruptura de Gide con el aparato esté soterrada en la historia secreta de lo que le sucedió con esta relación en el transcurso de 1936. Es evidente que Kolstov y Münzenberg consideraban que Herbart era un fiel servidor del estalinismo. También es obvio que, pese a las muchas debilidades de Herbart como persona, ellos se equivocaron en cuanto a su fidelidad. Herbart había vivido en Moscú los últimos meses de 1935 y los primeros de 1936 preparándose como propagandista, posiblemente en el mismo entorno que los Nizan. Cuando retornó en mayo de 1936 para actuar como escolta de Gide en Moscú, ya le resultó más que evidente a la Petite Dame que Pierre había dejado de ser un admirador incapaz de la menor critica del Estado estalinista.[65] Pierre se pasó un tiempo considerable confiándole al

maestro historias confidenciales sobre la estupidez gubernamental y la censura cultural imperantes. Cuando se concertó la visita de Gide, ella también notó que algo próximo a la conjura estaba pasando entre los dos hombres. La Petite Dame, que se ufanaba de saberlo todo, se percató de que ahora mantenían largas conversaciones confidenciales de las que ella no sabía nada. Poco antes de la partida en junio, cuando ella estaba al lado de Gide en el coche y Pierre había ido a comprar cigarrillos, Gide se dirigió a Maria y le confesó de forma bastante misteriosa: «Pierre y yo nos entendemos». Y ni una palabra más.[66]

¿Se aprestaban ambos a la ruptura incluso antes de la partida? En la víspera del funeral, el 19 de junio, cuando Gide se afanaba en terminar la redacción del discurso, de pronto alguien llamó a la puerta. La abrieron y apareció, para perplejidad de Pierre, nada menos que Nikolai Bujarin. Figuraba en la lista de los oradores de la ceremonia. Ya era un hombre marcado para la destrucción y esa destrucción no tardó en llegar. El juicio a Radek pondría los cimientos para su muerte. Fue el juicio en el que serían juzgados y condenados los agentes Kryuchkov y Levin por los «asesinatos médicos» de Max Peshkov y Máximo Gorki. Pero el 19 de junio de 1936 Bujarin, aunque desprovisto de poder, seguía siendo uno de los más importantes bolcheviques vivientes. Al menos Pierre lo sabía.

Gide estaba concentrado en su discurso, pero Pierre le presentó de inmediato a este gran personaje tratando de situarlo.

Gide hizo la típica suposición de autor de que Bujarin había ido a interesarse por su discurso e insistió en explicar algunas de sus ideas al inesperado huésped. Utilizando la sugerencia de Kolstov sobre las «corrientes» y «contracorrientes», Gide resumió su escrito: cómo Gorki, con su genio para la protesta, había representado una fuerza contra la opresión y cómo a través de toda la historia de la cultura, esa cultura ahora tan en peligro por la amenaza fascista, los artistas siempre habían cumplido un papel de oposición al poder, más o menos vigoroso, más o menos velado. Pero ahora con la Revolución triunfante, algo esencial había cambiado en la cultura. Con esta victoria, el artista había dejado de ser el adversario del poder. Ahora su voz tenía que ser de afirmación, apoyando al proletariado y sobre todo a sus líderes, ya que ellos habían

heredado el «triunfo calmo y radiante» hecho realidad gracias a luchadores como Máximo Gorki.

Gide miró a Bujarin esperando su aprobación. Bujarin no expresó su opinión. En cambio, le explicó en francés que tenía muchos deseos de mantener una conversación en privado con él. Absolutamente en privado.

Creerá que soy un espía de la policía, pensó Herbart. «No, no», replicó rápidamente Gide. «Pierre no es *de trop*. Puede hablar con entera libertad, camarada… Bunin.»

¿Bunin? Bunin era un novelista y poeta, amigo en otro tiempo de Gorki, de ninguna manera un bolchevique. Era un emigrado que había abandonado la URSS hacía ya más de una década.

Fue una metedura de pata colosal, un error desesperante. Bujarin quedó en silencio ante Gide. El conocimiento y la inocencia se miraron a los ojos. Apareció una sonrisa en los labios de Bujarin, una sonrisa que más tarde Herbart calificaría como de «indescriptible desprecio». Salió de la habitación sin decir una sola palabra más.[67]

Al día siguiente, Gide se presentó en la Plaza Roja y pronunció su discurso proclamando ante la multitud enlutada el fin de la cultura de oposición al sistema. En el estrado estaba Stalin en persona.

No lejos del dictador, en lo que podía haberse considerado como el más alto honor que podía ofrecer la vida, se podía ver a la baronesa Moura Budberg.[68]

10

La estratagema española

La creación del Frente Popular marcó el principio del fin para Willi Münzenberg. En el transcurso de 1935 mantuvo aletargadas sus sospechas de que la furia del monstruo pudiera apuntar en su dirección. Seguía siendo un importante comunista extranjero. Incluso disponía de un gran poder. A juzgar por las apariencias, todavía disfrutaba de plena confianza. Es verdad que para 1935 su autoridad había empezado a declinar un poco. Por ejemplo, el Congreso de la Mutualité no estuvo a su cargo. Pero al año siguiente, Willi no tuvo más dudas sobre el destino que le deparaba Stalin y empezó a sentir en carne propia lo que era el miedo de verdad.

Durante el verano de 1935, un año antes del fallecimiento de Máximo Gorki, Babette Gross y Münzenberg llegaron a Moscú para asistir a lo que sería el último congreso mundial del Komintern. El VII Congreso de la Internacional Comunista fue un evento brillante y con mayor poder propagandístico que todos los congresos anteriores. Tuvo lugar en la magnificencia del Palacio de los Nobles. Georgi Dimitrov, el héroe falaz del juicio por el incendio del Reichstag, ahora instalado en el cargo igualmente falaz de director del Komintern, pronunció el discurso inaugural. Fue en esta ocasión cuando Babette Gross, por primera y única vez en su vida, pudo echar una mirada al hombre que gobernaba el mundo comunista y en cuya presencia Münzenberg había estado tan a menudo. Babette subía la gran escalera del Palacio de los Nobles cuando de pronto los guardias le cortaron el paso. Stalin, un hombrecito diminuto, bajaba los escalones y pasó a su lado.

En el VII Congreso del Komintern se proclamó el Frente Popular.

Allí los asambleístas revolucionarios tomaron conocimiento de las tácticas del «nuevo antifascismo». Hasta entonces, a los comunistas siempre se les había ordenado que dirigieran su veneno más virulento contra todos los antifascistas no comunistas, a los que debían calificarse de hipócritas, débiles y estúpidos, adjetivos apenas mejores que los lanzados contra los fascistas a los que decían oponerse. A partir de ahora, se debía mimar y abrazar a todos los despreciables «social-fascistas». Los delegados escuchaban obedientes, pero sin poder creer lo que oían. ¿Cooperar? Esto era todo lo contrario de lo que siempre había sostenido Lenin. Atentaba directamente contra la esencia del duro corazón revolucionario. Anulaba el mismísimo principio de confrontación y odio permanentes al que todos los allí reunidos habían dedicado sus vidas.[1]

Esa indignación estaba, por supuesto, prevista. Dimitrov tenía claro que había que imponer la nueva línea sin que produjera fisuras. Se debía aplacar la intransigencia revolucionaria. La sustancia de su discurso fue manifestar a los delegados que él comprendía su sorpresa. Pero era evidente que todos debían comprender que la nueva línea sólo parecía tergiversar los principios. La nueva línea era naturalmente una mentira. La Revolución, la verdadera Revolución, no había sido traicionada de ninguna manera. Si los comunistas hablaban de momento de cooperar con los lacayos del capitalismo, naturalmente era para engañarles. Pidió a los delegados que recordasen el instructivo relato del caballo de Troya, esa vacía oferta de paz preñada de muerte depositada a las puertas del enemigo. Ponderemos el significado de ese gesto, camaradas. Esta es la verdad de nuestro nuevo frente.[2]

El ambiente del VII Congreso del Komintern, así como el ambiente que se respiraba en Moscú ese verano de 1935, era de obligada alegría. Sin embargo, la desaparición y los arrestos de varios comunistas conocidos por Babette y Münzenberg hacían que la gente hablara en voz baja. Una tarde de sol, Babette estaba en la terraza del hotel Metropole con sus amigas Suzanne Leonhard y Sophie Liebknecht. Podía resultar difícil hallar un trío de mujeres

mejor situadas en las altas esferas del comunismo internacional. La conversación dio un giro crítico; una de las presentes manifestó su rechazo a la nueva línea de Stalin y se quejó de la calidad de vida en la URSS. Con el propósito de poner un poco de buen humor en el grupo, Babette hizo algo parecido a una broma. «No hables así», dijo. «Harás que nos encierren a todas.»

Nadie se rió. Las tres quedaron en silencio y algo cambió en sus vidas.

Así era la inocencia estival en 1935.[3]

Pero el asunto realmente importante de ese verano no tuvo lugar en el Palacio de los Nobles. Cada día, a Münzenberg le pasaban a recoger por el hotel y le llevaban al cuartel general del Komintern, donde se le empezó a mostrar la nueva, invisible y verdadera situación. Aun cuando el VII Congreso diera la impresión de representar el apogeo del poder del Komintern y el Frente Popular apareciera como la culminación del estilo de política cultural de Münzenberg, de hecho el viejo sistema estaba siendo desmantelado desde dentro. Era algo que se venía fraguando desde hacía algún tiempo. Los Archivos Centrales del Partido contienen correspondencia entre Münzenberg y Dimitrov de meses antes en la que Münzenberg se queja del sabotaje que sufrían sus operaciones a manos del Buró de Europa Occidental y se muestra lo bastante preocupado como para solicitar explícitamente que se le «permita conservar sus funciones».[4] La crisis que había temido estallaba ahora. En una serie de acciones encubiertas y de cambios burocráticos, las distintas funciones del Komintern —creación de Lenin— estaban siendo usurpadas en silencio y puestas bajo el control oculto pero absoluto de los servicios de inteligencia y de la policía secreta. Era el reflejo burocrático exacto de la manera en que se usaría el Frente Popular para enmascarar el Terror.[5]

¿El Socorro Rojo Internacional? Ya no existía. ¿La Mezhrabpohmfilm Russ? La gran productora del cine soviético, el hogar de Vertov, Eisenstein, Dovzhenko, desapareció en las brumas burocráticas. Los viejos frentes y sus redes seguirían existiendo bajo nuevos sistemas de control y muchas de sus operaciones serían desplazadas. Willi actuaría como «enlace» o «asesor». El Comité Mundial para la Ayuda de las Víctimas del Fascismo Alemán dejaría de funcionar. Pese a sus numerosos éxitos en desinformación y

espionaje, ahora se necesitaba todo un nuevo frente. Se conocería como el Rassemblement Universel Populaire, o RUP. Willi no estaría a cargo del RUP. A la cabeza estaría un zalamero y brillante joven en ascenso, un agente secreto rumano llamado Louis Dolivet, buen amigo de Otto Katz, entrenado en la organización de Münzenberg y ya cómodamente instalado en las nuevas premisas. Dolivet sería el jefe. Willi «aconsejaría».[6]

De todas estas reuniones cuyo objeto era reformar secretamente la Internacional, dos hombres en especial emergieron como los nuevos poderes de Moscú. Representaban un emblema perfecto del momento que se vivía. El primero habló con Willi sobre política y propaganda culturales. Era el repelente Andréi Zhdanov. Fue la primera responsabilidad verdaderamente importante de este hombre famoso. Sería recordado como el más siniestro de todos los brutales personajes que dirigieron la cultura estalinista hasta la muerte del dictador.[7] Zhdanov fue quien impuso el Terror en el arte, el policía secreto del realismo socialista. Cuando se consideran los horrores que experimentaron los escritores y artistas soviéticos en aquel periodo, cuando uno piensa en el infierno que sufrieron Mandelstam, Ajmatova, Meyerhold e innumerables más, debe recordase que quien presidía estas torturas era Zhdanov Hasta Münzenberg, un hombre nada fácil de intimidar, se sentía sobresaltado por la grosería de aquel hombre y ante su absoluta ignorancia de lo que era Europa. Este sería el encargado de instruir a Münzenberg sobre los nuevos aspectos de la política y la propaganda culturales, el responsable de esta política durante el apogeo del idealismo cultural comunista.[8]

Pero las reuniones estuvieron dominadas por otro hombre aún más poderoso que nunca hizo acto de presencia. Sus directivas eran transmitidas por terceros; su nombre sólo era invocado como «el camarada Moskvin». Puede parecer extravagante que «Moskvin» no asistiera a las reuniones y que al parecer nunca se le viera personalmente. Pero así eran las cosas. Su nombre era desconocido, vagamente siniestro, y para Münzenberg, nuevo. No le era familiar. No obstante, por orden de Moskvin se desmanteló la organización de Münzenberg y se liquidó lo que quedaba de la Mezhrabpohmfilm Russ.[9]

¿Quién era Moskvin? Probablemente Münzenberg no sabía que

en realidad se trataba de Mijaíl Trilliser, el director y fundador de la sección extranjera de la NKVD y ahora un alto cargo del GRU. De hecho, había llegado a encamar la interpenetración de los tres servicios. Por su mediación, la NKVD y la inteligencia militar asumían el control secreto pero efectivo de la Internacional. Zhdanov y Moskvin-Trilliser, he aquí la nueva era; aquí estaba la nueva brutalidad cultural; aquí el oculto pero ubicuo papel de la policía secreta. Este era el poder que se ocultaba tras la máscara.[10]

*

Y así, cuando Münzenberg regresó a París aquel verano, aunque seguía siendo una pieza importante del aparato, había sido degradado un poco. Debió de sospechar pero no podía saber a ciencia cierta que estaba condenado a muerte. Tenía un poco menos de poder. Su nueva responsabilidad era servir como el principal comunista en la formación del nuevo Frente Popular alemán incorporando a la izquierda alemana en el exilio. El trabajo tenía su importancia. Allí Münzenberg hizo muchos de los contactos con no estalinistas en el exilio que le serían útiles tres años después, cuando él finalmente decidió romper con el régimen. Además, muchas de sus antiguas redes aún funcionaban aunque con nuevos nombres y él siguió en contacto con ellos. Por último, actuaba como asesor de Dolivet y el RUP.[11]

El Rassemblement Universel Populaire era el instrumento social y político del Frente Popular en Francia.[12] En realidad, no estaba dirigido por el Komintern, sino vinculado con el aparato a través de los sindicatos soviéticos. Münzenberg debía ser su eminencia oculta, el enlace con los rusos, nada más. Tenía una espléndida sede en la Rué de la Paix; se eligió la dirección por su elegancia y su nombre, Paix. Era la imagen del nuevo rico.

Porque el Frente Popular fue ante todo una cuestión de estilo. En París, el RUP encamaba ese estilo. En América, se produjo al mismo tiempo un cambio similar; se abandonó el comunismo intelectual y se optó por el nuevo estilo de los simpatizantes de Hollywood. Se habían acabado los sombríos días de pobreza. Ya no serían más el centro de atención los exiliados alemanes de ropas raídas y problemáticas pasiones morales. El RUP tendría vida social, sería

más selecto y mostraría un poco de clase. Y Dolivet era el agente ideal para mezclarse con los muy ricos. Criptocomunista o no, Dolivet adoraba y admiraba a todos los que encajaran en la calificación que había inventado Cole Porter, «los ricos-ricos».[13] (Después de la guerra, Dolivet, por entonces colaborador de Álvarez del Vayo, se casó con Beatrice Straight, hermana de Michael Straight.) Dolivet era muy fino; muchos opinaban que *la mot juste* era «remilgado». El banquero sueco Olof Aschberg, un amigo de toda confianza del aparato, actuaría como maestro de ceremonias y manipulador financiero del RUP. En la mansión de Aschberg en la Place des Nations, se celebraron grandes recepciones para recibir los nuevos tiempos. Allí se reunía el dinero de París. Elsa Triolet escribió novelas maliciosas sobre estos eventos.[14]

Era una imagen que intentaba compaginar la intransigencia política con el abrigo de marta cebellina, la Revolución con el detalle perfecto, la certeza con la gracia fácil y perfumada que emana de una imagen de éxito completo. Fue el momento de mayor esplendor del comunismo de Hollywood, de la izquierda con encanto. Ya no era menester que los congresos revolucionarios se celebrasen en ruidosas salas sindicales. A partir de ahora, los chicos de Stalin se reunirían en el Carnegie Hall.[15] Lillian Hellman aparecería con su abrigo de armiño para aceptar los cheques de la ayuda a España.[16] Se esperaba que los simpatizantes de Hollywood tuvieran el aspecto de encontrarse en la cima del mundo, paseando por jardines de césped y brindando con copas tintineantes. Lo suyo era aunar el moralismo de Lincoln Steffens con la elegancia de Scott Fitzgerald. En la Costa Oeste la boda de Donald Ogden Stewart con Ella Winter hizo realidad el nuevo simbolismo. El ambiente dominante está perfectamente captado en el cuento «The Genial Host» de Mary McCarthy, que, como ha señalado la autora, está basado en una velada con el círculo de Lillian Hellman aunque no identifique a la genial anfitriona. Incluso se intentó reflejar una imagen de cierto lujo durante el Congreso de Escritores en España en plena guerra civil.[17] Este era el comunismo de las casas de campo, el antifascismo de las galas de largo. Era lo que le hacía brillar los ojos a Elsa Triolet.

A medida que el nuevo estilo iba tomando forma, lo mismo sucedía con el Terror. En agosto de 1936, ocho semanas después de la muerte de Máximo Gorki, llegó el turno de los juicios a Zinóviev, Kamenev y Smimov, héroes fundadores del leninismo, quienes, tras ser condenados, fueron conducidos a los sótanos de la Lubyanka y muertos a tiros.

Un mes más tarde, Münzenberg estaba en Bruselas con Louis Dolivet haciendo unas gestiones para el RUP. Por casualidad se tropezaron en la calle con un viejo conocido de Willi, un bolchevique holandés que había roto con Stalin y se había aliado con Trotsky en el exilio. Cuando vio a Münzenberg con Dolivet, sabiendo muy bien que Willi estaba comprometido hasta el tuétano en los servicios secretos, Sneevliet le cortó el paso y dijo en voz alta, para que todo el mundo pudiera escuchar, «Caín, ¿dónde está tu hermano Abel-Zinóviev?».

Münzenberg no pudo pronunciar palabra.[18]

Poco después de este encuentro con Sneevliet en octubre de 1936, a Willi se le convocó en Moscú para recibir instrucciones. Los archivos muestran una carta a Dimitrov escrita un mes antes proponiendo la aprobación de todo un conjunto de nuevas operaciones.[19] Obviamente, Münzenberg trataba de apuntalar su situación y demostrar su utilidad. Ahora se le pedía que viajase para estudiar los resultados. Se le pidió que fuera acompañado de Babette. Aunque no era habitual que se le pidiera viajar con su mujer, tampoco se trataba de algo insólito. La pareja hizo el viaje presa de cierta ansiedad.

Poco después de la llegada a Moscú, Willi fue llevado aparte y se le comunicó de forma absolutamente confidencial que Karl Radek había sido arrestado en secreto y que seguramente sería condenado.[20]

Willi debió de quedarse de una pieza. ¡Radek, arrestado! Radek no sólo era su más viejo socio en el aparato, sino también su valedor en las más altas cotas del poder soviético. Si el más leal de los agentes había caído, ¿cuánto faltaba para la propia ruina?

En pocos días, Willi tuvo pruebas de que estaba al borde del

abismo. En esa época, el principal instrumento para velar por la uniformidad ideológica dentro del Komintern era una organización conocida como la Comisión de Control Internacional. La CCI era una especie de tribunal secreto para el aparato; se usaba para arbitrar problemas internos, pero de forma mucho más significativa para imponer la línea política y vigilar a quienes de tanto en tanto podían olvidarse de la obediencia debida.

Münzenberg casi no se lo pudo creer cuando fue llamado a declarar ante la CCI.[21]

Las acusaciones que pesaban en su contra eran alarmantes justamente por ser demasiado endebles. Se le acusó de haber aflojado en sus deberes de vigilancia. Hacía dos meses que había estallado el levantamiento falangista en España. Se le acusó de haber permitido que un «espía de Franco», un mecanógrafo llamado Liane, se infiltrara en su despacho. Münzenberg casi lanzó una carcajada. ¿Liane? ¿Un espía de Franco? No tuvo el menor problema en demostrarle a la Comisión que se habían basado en una información claramente falsa sobre Liane. Dijo a la Comisión que el asunto carecía de la más mínima importancia. Era baladí.

Pero por supuesto, éste era el problema. A la Comisión le importaba un rábano si los «hechos» era ciertos o falsos. Y no dieron marcha atrás ante las palabras de Münzenberg.

En este viaje, Babette y Willi estaban alojados en un nuevo hotel en la Plaza Roja, el Moskva. Allí se encontraron en total soledad. El miedo había hecho estragos en toda Rusia. Los viejos leninistas se denunciaban los unos a los otros por todas partes. La gente hacía lo que fuera con tal de evitar el arresto; hacían lo inimaginable para probar su fidelidad al régimen. Nadie fue a visitarlos. «Después de todo», dije Babette, «podíamos estar entre los condenados.»[22]

Y podía ser. Sin tener en cuenta que Münzenberg los había dejado en ridículo con el asunto Liane, los miembros de la Comisión le convocaron por segunda vez. Y luego una tercera.

Münzenberg tomó conciencia de que su vida estaba en peligro directo e inminente. «Están preparando el nudo corredizo», escribió Babette. «Ahora sólo tiene una idea fija. Marcharse de Moscú lo antes posible.»[23]

Pero ¿cómo podían abandonar Moscú? Willi sabía que tenía que negociar la partida; la única esperanza de salvación para él y

Babette dependía de su propia capacidad de negociación. ¿Y negociar con qué? Radek ya no existía más. Al protector de Willi se le podía dar por muerto. Con Radek condenado, su propio prestigio se estaba convirtiendo en un veneno. Willi tendría que dar algo a cambio del destino que ya le habían asignado en la próxima e inminente purga y lo tenía que hacer de inmediato. ¿Qué podía dar?

España. Se salvaría con España.

En el mismo momento en que la Comisión le estaba interrogando, Stalin ordenó por primera vez al partido comunista soviético que anunciara su público apoyo a los comunistas españoles en la guerra civil.[24] Y lo que aún era más importante, Stalin firmó una orden secreta aumentando el flujo de voluntarios y de armamento secreto con destino al conflicto español.[25]

Sin embargo, Stalin insistió firmemente en que este envío de armas y voluntarios no se relacionara directamente con su gobierno. Se mostraba especialmente inflexible en su exigencia de que el dinero para la República española no saliera de los bancos soviéticos. No habría ningún crédito soviético, al menos no para la República. El flujo de armas y de hombres debía provenir de los simpatizantes de Europa y de América; los hombres irían voluntarios. Ahí es donde Münzenberg entrevió su oportunidad. Comprendió que las armas, el dinero y los hombres que necesitaba Stalin para su política española tendrían que salir de las redes de simpatizantes que él mismo había creado. No se podía cumplir eficazmente la orden sin él. Él —él y Otto Katz— habían sido los organizadores del aprovisionamiento secreto de armas y de propaganda para España desde los primeros días de la rebelión de Franco.[26] España, escribió tiempo después Babette, «fue la tabla de salvación». A ella se aferraron los dos para evitar que la marea se los tragase.[27]

Pero ¿aguantaría esa tabla?

Münzenberg se encaminó a la sede del Komintern para reunirse con Palmiro Togliatti, el comunista italiano que ocupaba el cargo de Dimitrov, entonces de vacaciones. Münzenberg utilizó la orden de Stalin para presentar su caso. Si se tenía que cumplir el nuevo edicto, lo mejor era que Togliatti paralizara los procesos de la CCI y permitiera que Münzenberg volviera a su trabajo en París porque

únicamente él podía arreglar el envío de armas y hombres a España sin que Rusia quedara claramente involucrada. Si realmente no había otra opción, ya regresaría de París para hablar con la Comisión, pero más adelante. Ahora España lo necesitaba. Willi presentó su argumento con toda la fuerza que le había hecho famoso y dio resultado. Togliatti se hizo cargo de la situación y prometió conseguir muy pronto una orden de salida.[28]

Por desgracia, las órdenes emanadas desde el Komintern ya no tenían la misma autoridad de antaño. Willi regresó al hotel Movska. La pareja se preparó para salir cuanto antes. En el momento de la partida, una llamada a la puerta les anunció al único visitante que tuvieron. Era Heinz Neumann, el cuñado de Babette, casado con su hermana Margarete y una figura importante de la sección alemana del Komintern. Él y Margarete residían en Moscú en el hotel Lux. Los archivos muestran que la caída en desgracia de Neumann estuvo vinculada con el destino de los Münzenberg. Neumann y Münzenberg habían estado codo con codo durante las discusiones internas de los comunistas alemanes ya en 1932 y en el Congreso de Amsterdam. Por lo general, se les habían opuesto Wilhelm Pieck y Walter Ulbricht, sus implacables enemigos. Los archivos muestran que durante largos años, estos dos habían solicitado sistemáticamente la caída en desgracia de Münzenberg. En fecha tan temprana como febrero de 1935, los informes muestran a Münzenberg intercediendo a favor de su cuñado en una carpeta siniestramente titulada «El caso Heinz Neumann».[29] Durante el VII Congreso, se le había hecho responsable de la descartada política «socialfascista», a resultas de la cual se le había despojado de sus altas responsabilidades y ahora trabajaba como un modesto traductor en la sección alemana.

Heinz Neumann había ido a despedirse. Los tres hablaron con ansiedad. Luego llegó la hora de la partida y, en ese momento de nervios, lo que no se había dicho salió a la superficie. Se quedaron sin saber qué decirse. Luego Neumann prorrumpió en sollozos. «Sabíamos», dijo más adelante Babette, «que no nos volveríamos a ver nunca más.»[30]

No muchas semanas después tuvo lugar, a medianoche, la llamada a la puerta de la habitación en el hotel Lux. Mientras se llevaban a Heinz, Margarete empezó a llorar. Él la miró y con el

típico reflejo de cualquier marido ante las lágrimas de la esposa, le dijo, «No llores», pero entonces se detuvo. «Llora entonces», dijo. «Hay mucho de qué llorar.» Estas fueron las últimas palabras que le dirigió. Nunca más se supo de él.[31]

Poco después, Margarete también fue arrestada. La enviaron al gulag y hubiera muerto allí durante la guerra de no haber sido porque Stalin la entregó antes a su aliado nazi. Así, Margarete fue transferida del campo de concentración comunista de Karaganda al campo nazi de Ravensbrück, una más de los muchos que Stalin pensó que era mejor que los nazis ejecutaran o encarcelaran.[32] Allí se hizo íntima amiga de Milena Jesenská, el gran amor de Franz Kafka.[33] Margarete se las ingenió para sobrevivir hasta la liberación del campo de Revensbrück en 1945. Con la derrota del nazismo, volvió a pender sobre ella la amenaza de una muerte segura. Pareció que sería liberada por el Ejército Rojo y caería otra vez en manos de Stalin. Esta vez podía estar segura de que la eliminarían. Cuando se abrieron las puertas del campo, ella y una amiga empezaron una larga caminata rumbo al Oeste. Por último, sucias y agotadas, se encontraron con un pequeño destacamento de soldados norteamericanos que de algún modo se habían agenciado un carro y un caballo. «Subid», dijo uno de los soldados, «ya habéis caminado suficiente y se os nota. Ahora iréis en coche.» Por suerte todo había terminado.[34]

Pero en octubre de 1936 a Willi Münzenberg le había llegado la hora de huir. Tras dejar atrás a Heinz Neumann, él y Babette se dirigieron a la estación de ferrocarril. En aquellos días, los visitantes de la Unión Soviética debían entregar sus pasaportes a la policía cuando entraban en el país y se los devolvían cuando tenían el permiso para salir. Llegaron a la estación, pero «nadie vino a darnos nuestros pasaportes con los visados de salida y los pasajes».

La orden de Togliatti no se había hecho efectiva o había sido ignorada.

Parecía ser realmente el fin. Babette y Willi podían regresar al hotel o caminar por las calles, seguramente bajo vigilancia. Volvieron al hotel. Allí pasaron toda la noche sentados en la habitación, a la espera de que vinieran a arrestarlos. Pero cuando

llegó el alba, aún no se había producido la llamada a la puerta.

Con la madrugada, Münzenberg supo que tenía una sola oportunidad más para salvarse los dos. Tan pronto como pudo, fue a la sede del Komintern y pidió entrevistarse con Togliatti. Allí, según Babette, organizó un «tremendo escándalo». No sabemos lo que sucedió en esta reunión a los gritos y puñetazos sobre las mesas, pero debió de ser la mejor actuación de su vida, en la que empleó todos los recursos de persuasión y de amenazas que podía desplegar Willi Münzenberg. Sólo sabemos que, cuando terminó, Togliatti, totalmente acobardado, lívido de miedo, cogió el teléfono y dio la orden para los visados de salida en presencia de Münzenberg. Esta vez funcionó.

Partieron ese mismo día.

El viaje de regreso a casa no fue tranquilo. Al cruzar el Báltico desde Finlandia, los pilló una violenta tormenta; durante dos días el barco estuvo a merced de las olas. Babette y Willi temían que, si el barco buscaba el refugio de algún puerto, podría tratarse de un puerto soviético y allí sólo Dios sabía los peligros con que podían encontrarse. La pareja había iniciado su nueva vida de peligros. Vivirían así cada momento hasta la rendición de Francia y la muerte de Willi. Por el momento, aún estaban con vida y al menos viajaban de regreso a Occidente. Y tenían una cosa más: a medida que el Terror se removía a su alrededor, aún se aferraban a su tabla de salvación, el instrumento que los protegía de la corriente abrumadora de asesinatos.[35]

España.

*

La tragedia de la guerra civil española, el acontecimiento político por excelencia del Frente Popular, ha sido descrita y analizada muchas veces por historiadores muy competentes.[36] Estaría fuera de lugar aquí resumir los grandes argumentos históricos que ha originado esta contienda. Para nuestros propósitos, que son examinar el papel del servicio secreto en la cultura, lo mejor es enfocar una sola cuestión y sus consecuencias:

los motivos de Stalin y su gobierno para intervenir en esta lucha.

Mi hipótesis es que por más elementos que hayan intervenido, el objetivo de Stalin en esta terrible experiencia no fue precisamente la obtención de la victoria. Mi creencia es que la victoria real de la guerra civil española siempre fue una consideración bastante secundaria en la estrategia de Stalin. Si se examina lo que hizo en España, dejando a un lado toda la fina retórica de que hizo gala el aparato en apoyo de la República, pronto se hace patente que su política nunca fue calculada para conducir a una victoria o a algo aproximado a la victoria de sus aliados españoles. Todo lo contrario.[37]

Sin duda, podría argumentarse que la República española se sumió en la derrota que se completó en marzo de 1939, simplemente porque Stalin era un estratega incompetente o idiota. Esto me parece una simpleza y una equivocación. Los campos de este siglo están blancos con los huesos de quienes menospreciaron la inteligencia de Josef Stalin. Su política española retiene la apariencia de incompetencia y autoderrota sólo mientras uno suponga que el dictador quería de verdad ganar la guerra, que, por alguna razón, tenía el sincero deseo de que el gobierno republicano de izquierdas fuera el gobierno indisputado de España. Sin embargo, ¿qué razón tenía para desear algo semejante? Se puede ganar mucho en una guerra aparte de la victoria. En mi opinión, eso es lo que sucedió en España.

Sólo cuando se identifican correctamente los verdaderos deseos del dictador, el curso de acción de Stalin deviene bastante coherente. Se trata de una típica actuación estalinista astuta y exitosamente llevada a cabo. Su objetivo, según creo, no era de ningún modo la victoria de la República española, sino su utilización en un inmenso tablero geopolítico. Eso significaba de hecho organizar la derrota republicana. Esa política pone al descubierto la inmensa falacia del Frente Popular. Me resulta claro que Stalin quería tomar posesión del gobierno español no para poseerlo él mismo y mucho menos para que lo poseyera la izquierda no estalinista. Stalin quería el gobierno de España para poder usarlo como moneda de cambio.[38]

He aquí un rápido resumen del curso de los acontecimientos políticos.

Dicho en breve, a principios de 1936 asumió el poder en Madrid un gobierno del Frente Popular totalmente acorde con la línea adoptada en el VII Congreso del Komintern. Era una coalición de partidos izquierdistas bajo la presidencia de un marxista radical, no estalinista, Largo Caballero, un hábil pero envejecido político con un fuerte apoyo popular, y ex secretario general de la UGT, el sindicato mayoritario. Los otros líderes de la coalición, a la izquierda o no de Largo Caballero, le consideraban indispensable debido a su popularidad.

Era uno de esos raros individuos que se radicalizan con el paso de los años. Ya tenía sesenta y cuatro cuando asumió la presidencia y era mucho más radical de lo que había sido en su juventud. Entre sus principales consejeros estaba Julio Álvarez del Vayo, un estrecho colaborador de Münzenberg desde los días del hambre en el Volga y su guía y principal contacto en 1933 durante la única visita que hizo Münzenberg a España. Mientras Largo era sin duda sincero en su aspiración de independencia política, Álvarez del Vayo da la impresión opuesta y de manera abrumadora. Se pasó la vida diciendo que era un socialista mientras actuaba exactamente como un estalinista a ultranza. Ciertamente era el criptocomunista por excelencia y su larga asociación con Münzenberg, enriquecida por su íntima asociación con Otto Katz durante la guerra civil (no menciona a ninguna de estas dos relaciones en sus memorias), sólo puede profundizar aún más esa impresión hasta convertirla en convicción.[39]

Largo Caballero, por otro lado, era un hombre honorable que veía su destino a la luz de los sueños más imprecisos de la izquierda revolucionaria. Para él, el Frente Popular era su última oportunidad de convertirse en el Lenin del Mediterráneo. Motivado por las vanidades de su sueño, fue víctima de la manipulación de sus aliados comunistas y se acercó al estalinismo sin caer nunca en él. Ciertamente no era estalinista ni siquiera comunista en el sentido más riguroso del término. En 1935 y 1936 los comunistas representaban el partido menos nutrido y admirado de toda la izquierda española. El grupo realmente importante de la izquierda eran los socialistas radicales y las bases obreras de la UGT, la verdadera base política de Largo Caballero. Por supuesto, pese a ser una minoría, los operativos estalinistas se infiltraron en todos los

órganos del gobierno. La ubicuidad del *apparat* en este gobierno fue lo usual en cualquier Frente Popular. Sucedía lo mismo en Londres y también en Washington. Pero en España fue bastante impresionante.[40]

Una vez el Frente Popular asumió el poder en España, la siguiente fase estuvo marcada por las provocaciones y contra-provocaciones de izquierdas y de derechas. Estas fueron tanto espontáneas como controladas secretamente; el objetivo era la desestabilización de la sociedad española. Las acciones eran aterradoras por su violencia y crueldad y se convirtieron en una característica normal de la vida política nacional. Rápidamente el país se polarizó y pronto se llegó a una situación próxima a la histeria colectiva.[41] Manifestaciones multitudinarias llenaban las plazas de Madrid; carteles con el rostro de Stalin se veían por todas partes; el mismo gobierno servía como medio para divulgar la retórica de la revolución.[42] Mientras tanto, los intelectuales españoles sucumbían casi sin excepción en la ceguera sistemática del pensamiento «politizado», ebrios de elixires ideológicos.

En esta situación, el 17 de julio de 1936 un joven oficial del ejército con amplio apoyo castrense y político encabezó un pronunciamiento militar que negaba legitimidad al gobierno. El general Franco se proclamó líder de la rebelión militar. Como tal, Franco se convirtió en el adalid de una rebelión abiertamente fascista contra la República española. Estallaba la guerra civil.

La primera reacción de Stalin ese verano fue la de hacer que Willi y el Komintern hicieran mucho ruido, pero poco más.[43] Los simpatizantes, sin embargo, desempeñaron un importante papel en la adquisición de material bélico para la República. André Malraux, por ejemplo, dio el primer paso en su famosa actuación en España sirviendo como intermediario en la compra de unos aviones franceses.[44] Al mismo tiempo, el aparato del Komintern recibió órdenes de iniciar los preparativos para el aprovisionamiento encubierto de material militar bajo los auspicios soviéticos y con destino a España. Stalin puso dos requisitos ineludibles. El primero fue que se mantuvieran fuera de la línea de fuego todos aquellos cuya identidad pudiera hacer patente la vinculación del gobierno soviético. Segundo, todas las adquisiciones militares debían ser secretas y sin créditos.[44b] Los españoles y sus aliados debían pagar

en efectivo. A Malraux le encantó su misión. No era de primerísima magnitud, pero lo acreditaba como el pseudo-héroe francés de la nueva contienda.

Stalin observaba si Franco podía ganar la guerra y hacerlo rápidamente. Franco no lo hizo. Estaba claro que la República podía devolver los golpes. A punto de acabar el verano, la rebelión de Franco no avanzaba. En noviembre de 1936 el gobierno de Largo Caballero se trasladó a Valencia y las fuerzas nacionales sitiaron Madrid confiadas en alcanzar una pronta y definitiva victoria. Pero Madrid, el primer ejemplo de gran ciudad sitiada en una guerra moderna, resistió. Y resistió heroicamente. No cayó. El lema del momento era «¡No pasarán!».

En ese momento, Stalin decidió aprovechar la situación de una nueva manera. A principios del otoño de 1936, cuando Willi se enteró del arresto de Radek y sintió el aliento del Terror en su propia cara, el dictador firmó el decreto secreto ordenando nueva y mayor ayuda a España.[45] En ese momento, el partido soviético anunció con suma grandilocuencia su alianza con los comunistas españoles. Fue cuando Münzenberg apareció en el despacho de Togliatti argumentando que su organización de París resultaba indispensable para implantar la nueva política.

De hecho, la razón verdadera de esta decisión de Stalin no fue tanto ayudar en la lucha a Largo Caballero como utilizar esta ayuda como pretexto para hacerse con el control del gobierno español, estalinizarlo en todos los aspectos posibles para que terminara completamente a su merced. La consideración de que esto podía perjudicar el esfuerzo bélico republicano, incluso condenarlo al desastre, no tenía gran importancia a los ojos de Stalin. Lo único importante era que el gobierno de Largo Caballero pudiera ser reemplazado por gente realmente *nash*, nuestra. Y no sólo eso. Largo Caballero debía ser reemplazado por un títere de obediencia ciega. En noviembre, el *apparat* había hecho su elección. El factótum sería el ministro de Hacienda, un prestigioso y ambicioso profesor de fisiología, Juan Negrín. La estalinización del gobierno se haría mediante una serie de provocaciones ingeniosas y siniestras orquestadas por Orlov, Stashevsky y los mandos del aparato. Primero acaecería el golpe de Estado que reemplazaría a Largo Caballero por Negrín a finales de mayo de 1937. Las peores

provocaciones incluyeron el estallido del Terror soviético, que, para justificar la caída de Largo Caballero, se dirigió contra la revuelta de anarquistas y no estalinistas del 1 de mayo de 1937. Esa revuelta, tal vez provocada por el aparato, se la conoce como «los sucesos de mayo».[46]

¿Por qué entonces Stalin tuvo más interés en controlar el gobierno español que en derrotar a Franco? Resulta importante entender que Stalin no se dispuso a reemplazar a Largo Caballero y a destruir la izquierda española no estalinista por el deseo neurótico o puramente intelectual de conseguir la pureza ideológica en España o en cualquier otro sitio. Eso era más propio de Lenin. Quiso el control del gobierno porque creía que, con España en la mano, podía convertirse en un participante de pleno derecho en la política europea, negociando con Gran Bretaña y Francia por un lado, y con Alemania por otro. Su moneda de cambio se llamaba España. El temor que lo motivaba era el aislamiento; su peor miedo era que Hitler decidiera atacar Rusia y que lo hiciera pronto y con éxito. Para evitar que esto sucediera, se propuso negociar con España en la mano.

En las últimas semanas de 1936, después de que el terrible sitio de noviembre hubiera dejado bien patente que Franco no podría ocupar pronto o fácilmente Madrid, unos emisarios de Stalin, encabezados por David Kandelaki, mantenían en Berlín negociaciones secretas y optimistas calmando a los nazis. Estos diálogos clandestinos continuaron en los primeros meses de 1937. Stalin se mostró sumamente satisfecho por el progreso realizado. Informó explícitamente a los responsables de su confianza en el aparato, incluyendo a quienes estaban a cargo de la guerra española, que «muy pronto llegaría a un acuerdo con Alemania».[47] Tener presente esta gravísima traición es esencial para comprender toda la actuación soviética en España. Durante los meses más cruciales, heroicos y sangrientos de la lucha armada antifascista en Europa, mientras españoles y radicales de todo el mundo se jugaban la vida por lo que creían que era una batalla para detener la oleada fascista, el gobierno soviético, el supuesto patrocinador de esa batalla y de esa lucha, utilizaba el sufrimiento español en negociaciones cuyo objetivo era una alianza con Hitler.

Ya que una España comunista representaría una amenaza tanto

para Hitler como para las democracias, era muy probable que ambas partes fueran proclives a hacer algunas concesiones importantes para asegurarse la derrota de una España comunista. Porque aún había algo más que podía solucionar España. Significaría el triunfo de Franco. Pues bien, una España fascista amenazaría a Gran Bretaña y Francia, tranquilizaría a Hitler, y haría que la agresión fascista tomara rumbo al Oeste, acordonara Francia, alejando el peligro de las fronteras rusas. De modo que a España se la podía utilizar de varias maneras. Visto desde esta perspectiva, Stalin no quería el control de España, sino las concesiones que podía sacar por su intercesión, ya fuera reteniéndola o renunciando a ella. Estas concesiones podían llegar de varios frentes, pero sobre todo provendrían de los alemanes.

En mi opinión, ésta es la clave de toda su estrategia en España. Stalin no tenía ningún interés particular en que allí hubiera un gobierno de izquierdas. Quería una España que le sirviera como apuesta, acaso la mayor apuesta de todas, en su partida contra la amenaza alemana.

El control estalinista del gobierno español pasó por varias fases. En primer lugar, el aparato debía infiltrarse en todos los estamentos de la base del poder gubernamental, ya fueran políticos o militares. A Largo Caballero había que destituirlo y reemplazarlo por el obediente Negrín. Al mismo tiempo, se debía eliminar o silenciar por la fuerza a cualquier grupo político que opusiera resistencia al golpe de Estado; se debía eliminar toda posible oposición en la vida política española. Ya que los comunistas constituían una minoría en la izquierda española, el plan requería un ataque masivo, coordinado y sorpresivo usando el terror no contra los fascistas, sino contra los principales aliados de la República. Se le señaló a Stalin que esto implicaría provocar la desmoralización del esfuerzo bélico contra Franco. Era consciente de esa posibilidad y no le preocupó en absoluto.

Otra prueba que sugiere que Stalin había optado por un sacrificio intencionado de España fue su negativa a que el gobierno soviético concediera créditos financieros paralelos a los que Hitler y Mussolini ofrecían generosamente a Franco, asegurando de ese

modo que su cliente ganaría la guerra. Stalin estaba en perfectas condiciones de suministrar a la República como mínimo créditos y armamentos como los que Hitler proporcionaba a Franco. Pero sabía que un gobierno bien armado y lo bastante equipado como para ambicionar la victoria, sería acaso imposible de controlar. Además, no esperaba ni intentaba que el gobierno republicano durase mucho; sabía que era poco probable que pudiera devolver los créditos que se le otorgaran. Por tanto, insistió en que su aprovisionamiento intencionadamente inadecuado de armamento fuera pagado en efectivo, peseta sobre peseta. A fin de que se implantara esta política, ordenó al aparato que creara una red de alcance mundial para financiar con fondos privados el esfuerzo bélico en España. Aquí es donde hacía acto de presencia Willi Münzenberg y esto es lo que le salvó el cuello durante un tiempo. Privatizar el financiamiento de la guerra civil española puede parecer una opción bastante extravagante para un comunista, aunque nadie se percatase de ello. En los círculos políticamente correctos, se promocionó sin descanso como una virtud la donación de dinero «para España». «España» se convirtió en el destinatario favorito de la caridad del Frente Popular. Fue la preocupación obsesiva de todos los frentes progresistas a finales de los años treinta. La trágica ironía es que todas esas recaudaciones de fondos y toda esa buena voluntad habían sido organizadas únicamente para reforzar la independencia fiscal soviética y para traicionar la causa republicana.

Pero mantener a España bajo el yugo financiero no era suficiente. Sabiendo que el gobierno español estaba a su merced, Stalin se hizo directamente con el control de su tesoro público. No por casualidad su primer servicio con los bolcheviques consistió en asaltar bancos. Incluso ahora, el alcance real y la legalidad de la transacción sigue estando oscuros. Años después, Indalecio Prieto, ministro de Defensa de Largo, sin duda un espíritu apasionado, la llamó «un desfalco monumental». La operación se llevó a cabo con el máximo secreto y sin el conocimiento de altos funcionarios del gobierno, incluyendo al presidente. Implicó la transferencia de una gran parte de las reservas de oro del país a la «seguridad» del territorio soviético.

En esta colosal transferencia de riqueza, el principal socio de

Stalin fue nada más ni nada menos que Negrín, el ministro de Hacienda de Largo Caballero. Ciertamente, su cooperación con el *apparat* le valió más tarde el nombramiento de presidente de gobierno.

La increíble historia del oro ha sido descrita por varios participantes, incluido Krivitsky. La idea era que el suministro soviético dependiera de que el oro estuviera en Rusia; a cambio, según la teoría, llegaría el armamento. ¿Cuál fue el balance? Stalin no tenía la más mínima intención de devolver esos lingotes.[48] En el transcurso de un banquete con el Politburó para celebrar la llegada del oro español a Moscú, Stalin anunció: «Los españoles no volverán a ver su oro del mismo modo que no ven a un palmo de sus narices».[49] Supuestamente el oro fue usado para pagar la ayuda soviética, pero lo que permanece poco claro hasta la fecha es en qué términos exactamente y como resultado de qué negociaciones. Lo cierto es que nada volvió a España y, por supuesto, la derrota de la República facilitó la negativa soviética a hacerlo. El arreglo de cuentas habría precisado de la victoria republicana, no de su derrota. Desde el principio, fue esencial para la política de Stalin que España resultara fácil de sacrificar.[50]

Al ser usada España más como moneda de cambio que como un premio digno de victoria, el curso de la misma guerra civil española adoptó un tono curiosamente propagandístico. Desde su inicio, la guerra civil estuvo asociada a la mentira del Frente Popular y, en esas circunstancias, necesariamente se basó en el fraude y la propaganda.

Pero el estilo político fue extremo en España. Hay momentos en que un observador cínico podría entender la misma guerra como un acontecimiento más literario que militar, pese a la brutalidad reinante y a las numerosas bajas. Desde los días en que Byron se erigió en el héroe del liberalismo europeo al dejar su vida en Missolonghi luchando por la independencia griega, no hubo un conflicto militar tan dado a la retórica del escritor-héroe. Es probable que esto sucediera en proporción directa al lugar prioritario que desde los primeros días le dio a esa táctica el aparato de Münzenberg. La política cultural tuvo su culminación sobre todo con un cuadro: el gran *Guernica* de Picasso. Pero aquella mística también produjo muchos libros de cierto valor imperecedero. Al

menos dos excelentes novelas, posiblemente ya clásicas, fueron escritas por los dos principales «héroes» literarios: *La esperanza*, de Malraux y *Por quién doblan las campanas*, de Hemingway. Como temprano negociador con los españoles, Malraux sin duda estaba más comprometido políticamente que Hemingway. Sin embargo, su presencia fue básicamente propagandística, como lo fueron sus posteriores aventuras de aviador con el pañuelo blanco al viento mientras sobrevolaba el frente del Ebro. Su verdadera aportación a los soviéticos en España consistió en implantar el estilo atractivo y a lo Byron que dominó la imagen de la guerra de principio hasta casi el final.[51]

Por otro lado, Hemingway viajó a España formando parte de un proyecto cinematográfico organizado por un frente de famosos norteamericanos, un grupo llamado Historiadores Contemporáneos que componían Lillian Heilman, John Dos Passos, Dorothy Parker, Archibald Macleish y, por supuesto, el mismo Hemingway. La película destacaría el nombre de Hemingway y se titularía *La tierra española*. El objetivo de los Historiadores Contemporáneos era engalanar la película con celebridades, recaudar fondos y (casi con seguridad) ocultar la participación de Otto Katz en la producción.[52] Pero España fue un centro irresistible para todos los escritores de esa época, de W.H. Auden y Stephen Spender a Parker y Hellman. Esa tendencia alcanzó su culminación con el II Congreso Internacional de Escritores para la Defensa de la Cultura celebrado en julio de 1937, notable tanto por los insultos contra el traidor Gide como por su extravagancia. Allí el gusto del Frente Popular por el lujo y el gran estilo llegó a extremos incongruentes. Con España en ruinas, los escritores brindaban con champán por la República e iban de recepción en recepción.[53]

Pero si en la guerra civil se intentó disfrazar al estalinismo con una ilusión a lo Byron, quienes murieron allí no eran ninguna ilusión. Allí perdió la vida Julian Bell, el sobrino de Virginia Woolf, y John Cornford, el amigo de los espías de Cambridge. Su idealismo a veces era difícil de distinguir de un cinismo juvenil. Dada la manera byroniana de su fin, John Cornford era un heredero cultural curiosamente directo del gran romántico. Se le conocía por «Rupert John» en honor de Rupert Brooke, el primer gran amor de su madre, el poeta y héroe a lo Byron de la primera guerra mundial y

el hombre con quien no se casó Frances Cornford. Tanto Brooke como Cornford fueron, al igual que Byron, estudiantes del Trinity College en Cambridge. Cornford ocupó su sitial en una especie de tradición de muertes prematuras. Byron murió en Missolonghi, Brooke en Skyros, Cornford en España. Es una línea de sucesión romántica, una sucesión «apostólica» de apuestos jóvenes muertos en nombre de la libertad.[54]

Pero la guerra civil española también pervive como el mito del último y trágico florecimiento del Komintern. Ese mito fue creación en gran parte de Willi Münzenberg. Se trataba también de una ilusión. El 14 de septiembre de 1936 Stalin convocó una reunión para tratar la cuestión española. Tuvo lugar en la Lubyanka y allí se determinó cuál sería la siguiente fase de la presencia soviética en la guerra civil.[55]

Hasta entonces, la intervención soviética se había llevado a cabo a través del Komintern, tanto desde el punto de vista secreto como público. Ahora se decidió que todas las operaciones del Komintern en España quedaran bajo el control directo de la policía secreta soviética. De forma simultánea, se decidió también usar esa policía para hacerse con el control absoluto del Partido Comunista de España.[56] Suponía el fin de la tabla de salvación de Münzenberg.

En consecuencia, puede suponerse que a partir de esa fecha los presuntos operativos del Komintern en España estaban en realidad bajo el control directo de la NKVD. Entre ellos figuraban los dirigentes de las famosas legiones de voluntarios extranjeros del Komintern, las Brigadas Internacionales. Incluidos en esta subordinación del Komintern a la NKVD tiene que haber estado Otto Katz y su colaborador más estrecho en Francia, Julio Álvarez del Vayo. En España al menos estos dos hombres actuaron bajo los auspicios de la policía secreta. Fueron sus agentes *de facto* y con toda probabilidad también *de jure*. Una vez se comprende esto, ciertas cosas raras de la escena cobran bastante sentido. Entre ellas está la curiosa diferencia de posición entre Katz y Münzenberg con respecto a España. Según todas las apariencias, Katz era todavía el lugarteniente de Münzenberg. Mi opinión es que después de 1936 la relación entre ellos podría describirse con mayor exactitud como la del cazador y la presa. Después de ese año, Katz fue un agente encubierto de la NKVD mientras que Münzenberg era un blanco

encubierto.[0]

Otto estaba en auge. Willi, aunque se le permitía ser útil en España, estaba condenado al exterminio. Por esa razón, Katz podía pasarse la mayor parte del tiempo en Madrid o Valencia mientras que Willi jamás entró en España durante toda la contienda[57]. Y eso explica que Willi advirtiera a Babette que no fuera nunca a España, porque allí corría el riesgo de perder la vida.[58] España pudo parecer la tierra de los grandes heroísmos a la juventud de la época, pero el hombre a cargo de fabricar esa ilusión sabía muy bien que era territorio en manos del Terror y que él mismo era uno de los objetivos de ese Terror.

*

Toda esta estrategia puede ilustrarse por medio de los destinos de dos indispensables agentes secretos en el terreno. Se llamaban Berzin y Orlov.[59] Ya nos hemos encontrado con ellos. J.K. Berzin era el alto mando de la inteligencia sentado al lado de Radek en el Kremlin cuando Stalin convocó a sus lugartenientes la Noche de los Cuchillos Largos y les anunció la nueva política con respecto a Alemania. Orlov, por su parte, era un protegido de Yagoda que, después de marcharse de España, fue a Inglaterra a hacerse cargo del grupo de Cambridge, reemplazando a Theodore Maly. Berzin era un leninista de la vieja escuela, un operativo con formación castrense, cínico y lo bastante comprometido como para estar al lado de Radek esa noche, un hombre sólido y de confianza. Orlov era el espécimen desagradable, el pistolero de nuevo cuño de la NKVD, graduado en las cámaras de tortura de los sótanos de la Lubyanka, cada día más pobladas.

Berzin y Orlov. Cada uno de ellos operaba con el máximo secreto en España; los dos tenían un poder apabullante. Berzin actuaba con la máxima cobertura. Su mera presencia en el país era un secreto celosamente guardado y sólo sabido por unos pocos funcionarios del gobierno español.[60] Se le había confiado el mando supremo del ejército republicano, incluidas las legiones de voluntarios del Komintern, las Brigadas Internacionales. Su subordinado inmediato en la jerarquía del Ejército Rojo en España era el general Vladimir Gorev, una figura clave en la defensa de

Madrid durante el sitio de noviembre y diciembre de 1936. (Dicho sea de paso, muchos historiadores han confundido a Gorev con Berzin, que usaba el nombre de guerra «Grishin». Gorev y Grishin eran dos personas diferentes.)[61]

Mientras tanto, el cargo secreto de Orlov era tan encumbrado como el de Berzin. Era el jefe encubierto de la policía secreta en España, el hombre que Stalin había nombrado para dirigir el Terror en España.[62] Juntos, Berzin y Orlov representaban el poder invisible tras la *force majeure* republicana. Sin embargo, no tardarían en entrar en conflicto.[63]

Berzin pensaba con bastante sensatez que la toma soviética del gobierno español no debía alienar o liquidar por completo a la izquierda española para que, cuando la misión estuviera cumplida, ésta pudiera seguir combatiendo. Después de todo, Berzin dirigía un ejército y el valor de España como mercancía podía desaparecer si su ejército no estaba en condiciones de combatir. Como militar, sabía lo que se necesitaba para que un ejército siguiera luchando. Simplemente no creía que las tácticas terroristas e imperialistas de Orlov fueran compatibles con la victoria bélica.[64]

Orlov y su policía secreta tenían una visión muy diferente. Entendían que, si se debía estalinizar completamente al gobierno español, a la izquierda no estalinista había que someterla o eliminarla por medio de la fuerza: matanzas masivas, terror y tortura. En cuanto a ganar la guerra, ¿era realmente tan necesario el potencial militar? Tal vez resultaría más fácil hacerse con el gobierno español y conseguir el objetivo de Stalin por medio de la debilidad y no de la fuerza.

Ambos tenían razón.

Berzin era un buen comunista. No le tenía más cariño que Orlov a la izquierda no estalinista. Orlov era sin embargo un hombre de una brutalidad y crueldad fuera de lo común, incluso entre bolcheviques. Berzin, convencido de que Orlov estaba destruyendo el potencial español para proseguir la guerra, escribió un memorándum a Stalin exponiendo sus razones y exigiendo la destitución de Orlov. El memorándum estaba refrendado por Artur Stashevsky, principal comisario de Stalin en España. Para lograr un

apoyo aún mayor, Stashevsky procedió a consultar con el mariscal de campo Tukachevsky, el jefe del estado mayor soviético, quien también coincidió con la obvia verdad de las palabras de Berzin. El mismo Stalin estuvo de acuerdo con el memorándum y así lo manifestó explícitamente.[65]

Sin embargo, estar de acuerdo con el memorándum no era el asunto. De lo que Berzin, Tukachevsky y Stashevsky no se dieron cuenta fue de que Stalin no sólo no tenía el menor interés en una victoria republicana, sino que tampoco le interesaba que los españoles alcanzaran una supremacía militar sólida. Sus consejeros militares podían comprender esta estrategia dual, pero Tukachevsky, Berzin y Stashevsky no estaban en condiciones de entender que el propósito último de Stalin era entregar España pronto y con toda facilidad. Stalin sabía que no podía apaciguar a Hitler con un poderoso enemigo comunista en el oeste; sabía que cualquier aumento indebido del poderío republicano podía provocar que Hitler atacara pronto. Y eso había que evitarlo a toda costa. Stalin no podía permitir que el antifascismo español consiguiera un serio potencial militar. Con gente como Berzin, Tukachevsky y Stashevsky apostando demasiado fuerte por la eficacia militar, a Hitler no podía tranquilizársele.

Así que adelante. Stalin tranquilizaría a Hitler tal como Hitler le había tranquilizado a él la Noche de los Cuchillos Largos. Desde el Kremlim Stalin dio orden de que se arrestase a los tres asesores militares —experimentados y de su confianza— y, aunque estaba por completo de acuerdo con todo lo que le habían dicho, mandó fusilarlos.[66]

La secuencia de los hechos fue como sigue. En octubre de 1936 Stalin planeó su estrategia. Dos semanas después, Stashevsky eligió a Negrín para reemplazar a Largo Caballero. En ese momento, Orlov inició operaciones terroristas en Madrid y Barcelona. Para diciembre, *Pravda* proclamaba a los cuatro vientos que las purgas violentas representaban el único camino conducente a la victoria en Cataluña. Estas acciones, dirigidas desde Valencia, las conocían los rusos de Madrid. Seguramente su traductor Robles también estaba al corriente.[67]

A principios de marzo, la brutalidad de Orlov entre los izquierdistas españoles era tan extrema e indignante que Berzin envió su memorándum de alarma a Stalin. Este simuló tomar en serio su recomendación aunque, a mediados de marzo, Orlov se sintió lo bastante respaldado como para hacer desaparecer a José Robles Villa: fue un anticipo de lo que se avecinaba. Las andanzas de Berzin en aquellos momentos son inciertas. A principios de abril, Stashevsky estaba en Moscú para reunirse con Stalin y Tukachevsky, a quien se consideraba aún con mando en los altos niveles, aunque la colaboración secreta de Stalin con la Gestapo para eliminarle y liquidar el estado mayor soviético ya estaba en marcha y en una fase avanzada de preparación.

Ahora estalló el Terror. En mayo alcanzaron su apogeo sangriento las matanzas en Barcelona. Fueron ejecutados muchos anarquistas y antiestalinistas, en especial miembros del POUM, un partido marxista ajeno a la ortodoxia de Moscú. Andreu Nin, el líder del POUM, fue arrestado. Cuando no «confesó» pese a la tortura, fue asesinado en las cercanías de Alcalá de Henares, seguramente por orden del mismo Orlov.

A finales de mayo, el *apparat* lanzó el golpe de Estado contra Largo Caballero. El pretexto oficial fue una demanda hecha por el partido comunista español a Largo, una demanda que hubiera significado la liquidación o supresión de virtualmente todos los izquierdistas no estalinistas pertenecientes a la coalición gobernante. Sin dudarlo, Largo se negó en redondo a aprobar este pasaporte a una derrota segura. Entonces se le depuso por «derrotista» y se le reemplazó por el partido de la «victoria» de Negrín. La nueva cima de la jerga estalinista cuenta bien a las claras la historia. Puesto que buscaba la victoria, Largo fue depuesto por derrotista. A Negrín, debido a que estaba dispuesto a presidir la derrota, se le calificó de «victorioso».

Está claro que para cuando Juan Negrín, el amigo de Otto Katz, juró el cargo, Stalin ya había decidido entregar España. Precisamente esa decisión fue la que no supo interpretar Berzin, un error letal.

Al mismo tiempo, con la influencia de Stalin en su máximo

apogeo en España y con las reservas de oro ya a salvo en territorio soviético, las potencias del Eje reforzaron sus ayudas a Franco. Stalin empezó a recortarlas.[68] En 1938 Stalin comunicó fríamente al embajador español que «su crédito» estaba «agotado».[69] De hecho, a los españoles nunca se les había otorgado ningún crédito. Habían tenido que pagar en metálico lo poco que tenían y con ese poco se encaminaban a una segura derrota. Esta les cayó encima justamente dos oportunos meses antes de que Stalin sellara su alianza con Hitler, su objetivo desde el principio.

En la discusión entre Orlov y Berzin, Otto Katz tomó partido por el primero y, por esa razón, luego pudo sumarse al bando victorioso. Otto ya era un estrecho colaborador de Negrín. Según Paul Willert, actuaba para el gobierno de Negrín sobornando a los elementos más venales de la prensa europea para asegurar una cobertura favorable para su cliente.[70] Como agente del Komintern que hacía carrera en España, tenía que pertenecer a la NKVD y al GRU. Se sabe de buena fuente que asistió a Orlov en la selección de los condenados a muerte. Su papel en esta tarea fue algo bien conocido en ese tiempo.[71] Además, es bastante probable que Katz, como intelectual que conocía bien Inglaterra, haya tenido algún papel en la designación de Orlov como responsable de los espías de Cambridge cuando España se sumió en la derrota.

Pero, sobre todo, Katz era un agente de alto rango del Komintern a cargo de la propaganda en España durante una guerra definida por una lógica que distaba mucho de perseguir la victoria. En esa misma línea, Katz contaba con otro viejo colaborador de Münzenberg, Julio Álvarez del Vayo, ministro de Asuntos Exteriores de Negrín cuando al mismo tiempo trabajaba con Katz al frente de una organización de propaganda llamada Agence Espagne.[72] Tras la derrota, Álvarez fue a Estados Unidos, donde trabajó en varias actividades patrocinadas por el aparato, por lo general mano a mano con Louis Dolivet, el ex director del RUP y cuñado de Michael Straight, quien también fue a Estados Unidos cuando terminó su buen trabajo en el Frente Popular. En Nueva York, Álvarez del Vayo se ocupó en la revista *Nation* de la línea política internacional usando la fuerte influencia emocional que tenía sobre Freda Kirchway, la editora estalinista.[73] *Nation* nunca dejó de tener a alguien de Münzenberg en su dirección editorial.[74] Álvarez del

Vayo reemplazó a Louis Fischer, un hombre de la vieja guardia muy amigo de Münzenberg y de Katz que rompió con el partido en la segunda guerra mundial. En tiempos de Stalin, las portadas de *Nation* estaban dedicadas a temas de política internacional y eran casi abiertamente estalinistas. La sección de cultura era, no obstante, abiertamente antiestalinista. Era una táctica típica de Münzenberg: poner a comunistas en las primeras páginas y a socialdemócratas en las últimas. Proporcionaba una imagen de independencia y servía como una especie de lanzadera para llegar a los inocentes, los verdaderos destinatarios de la publicación.

*

Es muy probable que Otto Katz haya estado bien informado sobre la caída de Berzin y Gorev así como de la de Tukachevsky. Como hemos visto en su intervención cuando el incendio del Reichstag, estas aventuras conjuntas con los nazis no eran nada nuevo para él. Pero sabemos a ciencia cierta que estuvo al tanto del asesinato de Robles, el traductor de Gorev, por una fuente bien diferente. Es una historia sacada de las crónicas literarias norteamericanas.

Esto es lo que sucedió.

Alrededor de 1935, es decir, con la creación del Frente Popular, el aparato decidió incluir en sus apoyos la incomparable celebridad de Ernest Hemingway. Tenía la personalidad ideal para el Frente Popular. A su manera, era tan importante en Estados Unidos como Gide lo había sido en Francia. Los jefes del Frente Popular esperaban transformarlo en el más grande de los simpatizantes literarios.

Resulta difícil exagerar, incluso hoy, el impacto ético del estilo de Hemingway en al menos dos generaciones de norteamericanos. «Liberó nuestro lenguaje escrito», escribió Martha Gellhorn, su tercera esposa. Aunque era una mujer con muy pocas ilusiones sobre Hemingway como hombre, décadas más tarde aún le rendía un tributo merecido de admiración.[75] A su manera americana, Hemingway realizaba lo que podríamos denominar su tarea

byroniana. Rejuveneció el lenguaje literario y lo revitalizó con la promesa de un heroísmo duro y creíble. Era irresistible. Y muy pronto obtuvo el reconocimiento a su gran fuerza. Hacia 1935 su reputación había superado en mucho sus orígenes en la vanguardia moderna. Era sin duda uno de los escritores norteamericanos más famosos, admirados e influyentes del mundo. Había liberado el lenguaje y ese logro, unido a su fama, significaba que, en la lógica de los acontecimientos, la guerra civil española sería la guerra por excelencia de Hemingway. De hecho, hasta podría exagerarse diciendo que se inventó el estilo del Frente Popular teniendo en mente explícitamente a Hemingway y Malraux. La nueva imagen debía mucho a la influencia de ambos. Por ejemplo, los tres principales líderes del Frente Popular de Hollywood, Lillian Hellman, Dashiell Hammett y Dorothy Parker, eran escritores cuya prosa se basaba en vulgarizar el estilo de Hemingway. En inglés, Hemingway era el moralista más influyente de la palabra de su época, superando incluso a Eliot. El aparato tenía todas las de ganar si lo reclutaba, aunque la unión entre la maquinaria y el hombre estuvo plagada de engaños y decepciones mutuas. Bajo la influencia de esta fatal coincidencia, la tarea de Hemingway como artista sucumbió ante su primera corrupción pública realmente seria. Y nunca más volvería a escribir como lo había hecho.

Ya hemos visto cuánta gente del entorno de Hemingway estaba dentro o cerca del aparato. Con la creación del Frente, algunos inocentes y otros que no lo eran tanto se arremolinaron en torno a su héroe. En 1936 el proceso de captación estaba bien avanzado. Hemingway se estaba convirtiendo en un simpatizante y su estilo coincidía en mucho con el del Frente Popular.[76]

Luego, a finales de 1936, justo cuando Stalin empezó a hacerse con el gobierno español, el aparato decidió patrocinar una película de propaganda de altos vuelos que pudiera usarse para recaudar fondos y transportar el heroísmo de la ocasión a Hollywood y los centros intelectuales. Se pensó que la vinculación de Hemingway con el proyecto era indispensable.[77] En ese momento, Hemingway se había enamorado de Martha Gellhorn, ella misma una compañera de viaje especialmente bien relacionada. Eleanor Roosevelt, por

ejemplo, sentía por ella un gran cariño, casi maternal.[78] En consecuencia, Martha tenía fácil acceso a la Casa Blanca. Por todas las razones del mundo, Hemingway debía participar en *La tierra española*.

El director sería un comunista holandés llamado Joris Ivens y estaría respaldado y patrocinado por un grupo de famosos simpatizantes norteamericanos: Hellman y Parker, el mismo Hemingway, Archibald Macleish y John Dos Passos.

En 1937 la amistad de Hemingway y Dos Passos pasó por un momento crítico. Mientras Dos Passos había iniciado su carrera algún tiempo antes, la reputación de Hemingway había superado claramente y para siempre la de Dos Passos. Para terminar de arreglar las cosas, Dos Passos, y en especial su mujer Kate, eran íntimos de Pauline, la mujer de Hemingway, y sentían muy poca simpatía por la infidelidad cada vez más notoria de Hemingway con Martha Gellhorn. Por último, Dos Passos, que hasta entonces había sido el vanguardista norteamericano favorito del aparato, estaba siendo desplazado en la hagiografía de la extrema izquierda por la estrella mucho más rutilante de Hemingway. Recordemos que la psicología de Dos Passos era la de una buena persona. Ser bueno era esencial para su mentalidad, así como ser malo lo era para la de Hemingway. Esto significaba que, cuando Dos Passos escuchaba un argumento serio contra sus ideas, trataba de asimilarlo y contestarlo. Y ahora se escuchaban argumentos muy serios contra el estalinismo, en especial por parte de los trotskistas en la fragua intelectual cada vez más caliente de Nueva York. Había cierto tipo de dudas que Hemingway, el mal chico, despreciaba por frívolas, intelectuales e irreales. Por su parte, Dos Passos escuchaba y se intranquilizaba.[79] Ciertamente, su posición ideológica era más próxima al anarquismo que al leninismo. Desde el punto de vista del aparato, se estaba volviendo de poco fiar. Si las cosas se salían de quicio, aunque el aparato lo había apoyado, acaso sería menester desacreditarlo. Por el momento, Dos Passos seguía siendo uno de los Historiadores Contemporáneos. Se convino que él, Hemingway y toda la feliz banda de Contemporáneos trabajarían juntos en *La tierra española*.[80]

Así llegamos a la primavera de 1937. La nueva estrategia de Stalin ya estaba implantada. Madrid había resistido el sitio de

diciembre, aunque el gobierno republicano se había trasladado a Valencia. Hemingway ya estaba en España. El 3 de mayo, Dos Passos zarpó de Nueva York y tras una breve estancia en Francia prosiguió su viaje rumbo a España. En ese preciso momento fue cuando Berzin escribió su memorándum para Stalin denunciando la incompetencia y la brutalidad de Orlov. Poco tiempo después, por orden de Orlov y posiblemente como reacción ante este memorándum, José Robles Villa, el traductor de los generales rusos y buen amigo de John Dos Passos, fue arrestado en Valencia por la NKVD, trasladado a un sótano y asesinado a balazos.[81]

Dos Passos tardó casi un mes en llegar a España y el 17 de abril ya estaba en Valencia. Para ese entonces, Berzin estaba probablemente bajo arresto, pero aún no había muerto. El hecho de que Berzin aún estuviera con vida cuando su traductor ya había sido asesinado sugiere que Stalin todavía no se había decidido con respecto a España.

Por supuesto, Dos Passos no sabía nada de esto. A su llegada a Valencia tuvo el primer contacto: Álvarez del Vayo. Se presentó listo para su misión en España. Su segundo paso era ver a su amigo Robles.

Por alguna razón, nadie pudo decirle dónde vivía. Le pareció extraño. Dos Passos había entendido que Robles tenía un cargo importante en Valencia y, sin embargo, nadie parecía haber oído hablar de él. Pronto Dos Passos se encontró llamando a las puertas de casas desconocidas por las calles de la ciudad, siguiendo vagas pistas de puerta en puerta. Por último, llegó a un pobre apartamento en un barrio pobre. Allí encontró a Margaret, la mujer de Robles, sola.

Sola y fuera de sí. José había desaparecido. Simplemente un día no había regresado a casa y, desde entonces, nadie le había podido dar información sobre su paradero. Nadie le tendía una mano. Había ido a la policía, al despacho de Álvarez del Vayo; había recurrido a todo español importante que le vino a la mente, y no había sabido nada hasta que hacía unos pocos días le habían comunicado que José estaba bajo arresto. ¿De qué le acusaban? José era el republicano más apasionado que uno pudiera imaginarse. Margaret estaba aterrorizada.

Ya hemos visto cómo la fuerza de su decencia convencional

convirtió a Dos Passos en una fácil presa para la manipulación durante su visita a la URSS en los años veinte. En esta ocasión, esta decencia le hizo actuar en consecuencia. Al instante Dos Passos entendió que su deber era ayudar a Margaret a encontrar y defender a su marido. Actuó de inmediato.[82]

Su primer paso fue volver al despacho de Álvarez del Vayo y pedir información. Del Vayo aparentó no saber nada.[83] Lo siguiente que hizo fue visitar a otro viejo amigo, José Quintanilla, un policía secreto que admitió vagamente que había habido un arresto, pero que el asunto carecía de importancia. Se arreglaría pronto, muy pronto.

Julio Álvarez del Vayo tenía que ocuparse de cosas mucho más importantes que de la desaparición de Robles. Dada la agenda secreta de la guerra civil, la oficina de propaganda de Del Vayo era un lugar donde se conspiraba más que un mera oficina para guiar y confundir a la prensa. Su tarea auténtica era la búsqueda de la uniformidad ideológica. Muchos de los que trabajaban en el despacho de Del Vayo eran en realidad agentes secretos con la misión de mantener informado al aparato de cualquier desviación a la lealtad estalinista. Repito que esto no estaba motivado por la necesidad del purista por la uniformidad. La razón era el deseo de asegurarse de que durante la purga que se llevaría a cabo tras los acontecimientos de junio, la gente que sería eliminada no pudiera convocar a aliados inesperados.

No es menester mencionar que esta obsesión por la uniformidad ideológica es absolutamente equivocada para cualquier política de coalición, en especial en tiempos de guerra. Winston Churchill era el viejo paladín del anticomunismo europeo, pero cuando las cosas cambiaron, se alió encantado con Stalin, manifestando que con tal de derrotar a Hitler aceptaría la ayuda del mismísimo Satán y que incluso se las ingeniaría para decir algo a favor de Lucifer en la Cámara de los Comunes. Así no fueron las cosas en España. Si ésta era la paranoia estalinista, como ciertamente lo era, se trataba de una paranoia con un propósito: el método político era asegurar que, cuando él tomara posesión del Estado español, no encontraría ninguna resistencia significativa. En cuanto a debilitar el esfuerzo bélico, justamente de eso se trataba todo el asunto. Eliminar cualquier posible oposición era la principal tarea de la oficina de

Álvarez del Vayo, quien sin la menor duda pertenecía al aparato, aunque le era útil para sus innumerables engaños posar como «socialista».[84]

En esa oficina trabajaban dos jóvenes. Uno de ellos, todavía un adolescente, era Francisco, «Coco», el hijo de José Robles Villa. Otro era un brillante joven comunista norteamericano llamado Liston Oak.[85] Oak había empezado en Nueva York como comunista. Allí lo habían captado para el aparato y el servicio secreto. Fue enviado a la oficina de Del Vayo. Como tarea colateral actuaba como guía de las celebridades que visitaban España. En Madrid, se pasó horas y horas al servicio de Hemingway viajando por las zonas rurales a la búsqueda de alcohol en suficiente cantidad y calidad para que el maestro pudiera hacer de anfitrión en el hotel Florida.[86]

Pero la parte principal de su trabajo consistía en marcar a las próximas víctimas. Al principio es probable que Oak ignorara la finalidad con que se usarían sus objetivos informes sobre la corrección política. Pero era un joven brillante. Pronto empezó a darse cuenta de que algo pasaba. Empezó a sospechar que se le estaba utilizando como el dedo que aprieta el gatillo en la maquinaria de exterminio. Se dio a beber en compañía de parlanchines generales rusos y, por lo que sé, incluso pudo haberlo hecho antes en compañía de Robles, ya que él no hablaba ruso. De cualquier modo, Oak tomaba la precaución de beberse medio litro de crema de leche antes de unirse a estas celebraciones para poder seguir sobrio cuando los rusos ya estaban del otro lado. Poco a poco, cuando se iba de la fiesta, conocía más nombres de condenados.[87] Y de algún modo u otro, un día de mayo, Liston Oak se enteró de la verdad sobre su amigo desaparecido, José Robles Villa.

Con esta información, Liston Oak dio lo que sería su primer pequeño paso para escapar de la Mentira. Habló a solas con Coco Robles y le informó de que sabía con toda certeza que su padre había muerto. Lo había fusilado la NKVD. Y pidió al muchacho y a su madre que, por favor, dejaran de hacer tantas preguntas.

Dos Passos desconocía esta conversación. Aún suponía que Robles estaba arrestado por alguna falta leve. Se dirigió a Madrid, donde tenía que reunirse con sus amigos los Historiadores Contemporáneos y ponerse a trabajar en *La tierra española*.

Hemingway y Martha Gellhorn residían en el hotel Florida, disfrutando de los privilegios que les deparaba el estrellato de Hemingway, saboreando el licor que les procuraba Liston Oak así como la publicidad con que se le agasajaba al nuevo héroe de lo que él denominaba «mi segunda guerra».[88]

Cuando llegó Dos Passos, la bienvenida de Hemingway distó de ser cordial. A los ojos de éste, Dos Passos estaba más interesado en crear problemas, en parlotear sobre ese tal Robles que en hacer *La tierra española*. Además, la desaprobación de Dos Passos de su aventura con Martha Gellhorn ya era explícita. Esas dos razones motivaron la rabia vengativa de Hemingway. ¿Qué demonios sabía Dos Passos sobre lo que un hombre tenía que hacer en tiempos de guerra? Si existía algún radical de oficina, ése era Dos Passos. ¿Por qué tenía que seguir molestando con ese tal Robles? Sigamos adelante. Tenemos una guerra por ganar.

A este ambiente tenso también se incorporó Josephine Herbst poco después, a mediados de abril.[89] Herbst no era de ninguna manera lo bastante famosa como para estar entre los Historiadores Contemporáneos, pero estaba más predispuesta políticamente. Mi suposición es que Herbst fue enviada a España para vigilar y controlar a las celebridades norteamericanas en Madrid. Pertenecía lo suficiente al aparato como para que se le permitiera saber que su marido era un agente del espionaje soviético en Washington. Ya había trabajado en secreto para Münzenberg en Alemania y, con toda probabilidad, también lo había hecho en otros sitios, tanto en su país como en el extranjero. Pero en verdad la presencia de Herbst en los círculos literarios era básicamente una imposición del aparato de propaganda.

De ese modo, cuando Herbst llegó a Madrid fue a ver inmediatamente a Álvarez del Vayo. Como miembro activo del aparato, muy pronto se le informó de la situación. Se le dijo sin tapujos que Robles había sido fusilado sin previo juicio o procedimiento judicial alguno por haber sido un espía fascista.[90] Se le puso al tanto del nerviosismo que esto estaba causando entre los famosos norteamericanos. Se la consultó sobre cómo lidiar la situación. Veinticinco años después, al escribir sobre estos sucesos en un ensayo elegante plagado de falsedades y evasivas, Herbst afirmó que el aparato quería que mantuviera a Dos Passos en la

ignorancia de lo que le había sucedido a Robles.[91] Dice que, por un problema de conciencia, ella no estuvo de acuerdo con ese enfoque y que, como amiga de Dos Passos, actuó de forma independiente e insistió en que se le informara. Es algo que no se ha podido probar y, tal como verá el lector, es harto improbable. En mi opinión, esto mismo demuestra que Herbst hizo la gestión que le había ordenado el aparato y además con suma eficacia. En cualquier caso, está claro que salió de Valencia después de una reunión de consulta con sus colegas de la policía secreta del *apparat* y que ella partió con el claro mandato de intervenir en la confusión reinante en el hotel Florida.

Sean cuales fueren sus motivos, echemos un vistazo a lo que realmente hizo Josephine Herbst. Organizó la humillación y el descrédito públicos de su querido amigo John Dos Passos, mientras hacía circular la mentira de que el íntimo amigo de John en España era un espía fascista fusilado por ello. Esto lo hizo en medio de una serie de provocaciones públicas de los comunistas contra los «espías fascistas» dentro de los círculos republicanos, acusaciones de las que luego se hacían eco todos los periódicos y todos los debates políticos en Madrid. Fue la creación de una histeria colectiva contra los supuestos fascistas que se infiltraban en las filas republicanas. Las acusaciones las tomaron en serio los intelectuales presentes en el país.[92] Todas las pruebas indican que el aparato mintió a propósito del fascismo de Robles; esa mentira fue propagada insidiosamente por Herbst y los norteamericanos del Florida se la creyeron.[93] Además, aunque más tarde afirmó haber dudado de la veracidad de la historia sobre Robles que ella misma había divulgado, en ningún momento esas dudas hicieron mella en su comportamiento o mitigaron la virulencia de la calumnia. Ciertamente no permitió de ningún modo que esas dudas aliviaran el cruel dolor y la siniestra humillación pública que sus actos infligieron a Dos Passos.

Veamos cómo resolvió el problema. Apenas llegó al Florida, se dio cuenta de las tensiones existentes entre los dos escritores que tan bien conocía. Pronto encontró la oportunidad de hablar con Hemingway a solas. Fue tomando unos coñacs, acaso la noche de su llegada, en la habitación de él. Hemingway, que al igual que Dos Passos aún creía que Robles sólo estaba arrestado, lanzó una

diatriba contra las tercas indiscreciones de Dos Passos. Entonces Herbst realizó una jugada que rememoró más tarde con su prosa impregnada del estilo de Hemingway: «Bajé mi copa y dije: "El hombre ya está muerto. Quintanilla tendría que habérselo comunicado a Dos"».

Hemingway le devolvió la mirada, estupefacto.[94]

Rápidamente ella le dijo que hablaba con conocimiento de causa. Se había enterado de la verdad en Valencia, pero de boca de alguien a quien no podía mencionar porque era un asunto confidencial; ese alguien lo sabía por un tercero «de arriba». No está nada claro por qué Herbst no pudo mencionar a esa persona. El porqué no lo hizo treinta años después es aún menos claro. De cualquier manera, la mentira estaba a salvo con ella. Le dijo a Hemingway que, ya que ella estaba comprometida en guardar el anonimato del informante, si alguien se lo decía a Dos Passos, había que evitar que se enterase de que la historia provenía de ella. Al usar este dudoso truco moral, Herbst se aseguró su propio anonimato.[95]

A cubierto con ese secreto, Herbst instruyó a Hemingway de cómo podía manejar el dilema de Dos Passos. Se debía contar a Dos lo sucedido. No era posible mantener en la ignorancia a amigos tan queridos como él. Pero ¿cómo? ¿Dónde? Acordaron no hacer lo esperable: avanzar por el pasillo hasta la habitación de Dos Passos, llamar a la puerta y decirle con toda calma la verdad. Sabían que la historia le escandalizaría y le hundiría en una agobiante derrota. Uno pensaría que era una situación en la que debe primar la intimidad y la discreción. Pues no, Herbst y Hemingway decidieron contárselo al día siguiente y en un contexto muy distinto. Iba a haber una importante reunión de rusos y alemanes famosos y otras personalidades extranjeras. Todo el mundo estaría presente. Hemingway y Dos Passos, como celebridades que eran, serían el centro de atención. Aconsejado por Herbst, Hemingway pensó que sería el mejor sitio para comunicar a Dos Passos la muerte de su amigo. Pero ya que no se podía nombrar a Herbst como fuente, ¿quién dirían que había sido el informante? Decidieron decir que Hemingway se enteraría por un «corresponsal alemán» allí mismo en aquella fiesta. ¿Y qué harían cuando Dos Passos pidiera hablar con el corresponsal alemán? Pues bien, Hemingway podía decir que

el alemán se había negado a hablar con él.

Esa fue la estrategia que planeó Josephine Herbst aquella noche con Ernst Hemingway. Herbst pensó que se trataba de un plan espléndido y observó con sumo interés cómo despertaba el lado sádico de Hemingway.[96]

Al día siguiente, Hemingway puso manos a la obra con todas las energías de su vena sádica. La ocasión era un almuerzo por todo lo alto en el castillo que había pertenecido al duque de Tovar, como homenaje a la Brigada Internacional soviética. Los republicanos también celebraban el Día de Thaelman (Thaelman era un comunista alemán, uno de los héroes de la propaganda de Münzenberg) por lo que había numerosos alemanes presentes.[97] En esta reunión tan política y tan pública, Hemingway se abrió paso hasta John a través de toda la gente que se arremolinaba en tomo a ellos y anunció lo más mordazmente posible que, si Dos Passos aún se preocupa por su amigo Robles, tal vez le gustaría saber que se había descubierto que era un espía fascista y que por ello lo habían fusilado.[98]

Dos Passos se quedó consternado. ¿Fusilado? ¿Un espía fascista? ¿De dónde había sacado eso? Hemingway respondió al instante con su mentira y la de Herbst sobre el corresponsal alemán. Añadió que el corresponsal estaba presente, pero que no quería hablar con él. Me parece obvio que la implicación patente de esta mentira era que el «corresponsal alemán» consideraba a Hemingway más de confianza que a Dos Passos. Y seguramente así fue interpretada por todas las personas influyentes que escuchaban.

Entretanto, Herbst observaba a cierta distancia, anónima y segura, cómo su labor producía el deseado y cruel efecto. Desde el otro lado de la sala no podía oír las voces de sus amigos, pero podía ver el creciente dolor de Dos Passos mientras Hemingway lo interpelaba.[99]

Cuando Hemingway hubo terminado, Dos Passos vio a Herbst y se acercó a ella en busca de ayuda. Se le acercó con «una pequeña taza de café en la mano», tembloroso y manifiestamente presa de un gran dolor. Le explicó la situación. Luego se preguntó por qué si Ernest había hablado con ese corresponsal alemán, él no podía. Con la peor intención, Herbst le dijo serenamente que en su opinión ya era hora de que dejara de hacer más preguntas. Le recomendó que

fuera a ver a Álvarez del Vayo, y allí lo dejó, inmerso en la humillación pública que ella misma había creado.

Al escribir sobre este episodio veinticinco años después, Herbst intentó atribuir sus motivos al mandato de su conciencia, casi exquisitamente delicada. El hecho real es que el comportamiento de Herbst con Dos Passos fue manipulador y deshonesto de principio a fin. Yo creo que su consecuencia fue lo que se había propuesto: silenciar y humillar a Dos Passos mientras se propagaba la mentira, ampliamente creída por casi todos los presentes, de que su amigo era un traidor.

Y esto se llevó a cabo de tal manera que creó la impresión pública de que Hemingway era una persona políticamente responsable, a diferencia de John Dos Passos. También me parece crucial y no debido al azar que esto haya ocurrido cuando el aparato se había embarcado en conquistar a Hemingway y, al mismo tiempo, en desacreditar a un John Dos Passos demasiado entrometido. En cuanto a la alegación posterior de Herbst de que había dudado de la versión del *apparat* sobre Robles, me da la impresión de que, de haber tenido en el fondo esas dudas, su actuación aparece entonces más radicalmente despreciable e innoble. Me parece evidente que Herbst estaba cumpliendo una misión que consistía en divulgar la mentira sobre Robles a fin de reforzar la vinculación de Hemingway con el aparato y de desacreditar el máximo posible a Dos Passos. Además, creo que era una misión que se le había encomendado. En cualquier caso, fue un trabajo sucio y Herbst lo hizo a la perfección.

Pero aún hay más. Mi investigación ha dejado demostrado que en el hotel Florida también había una persona que, pese a ser una amistad política de Herbst, ésta no la menciona en ningún momento en su ensayo tan salpicado de nombres y apellidos. No pudo dejar de verlo; ella misma menciona que se reunía a menudo con sus amigos del hotel, pero a éste lo deja en el limbo cuando habla de España o en cualquier otro de sus escritos. Al igual que su marido, ella era una agente soviética. Una vez en Madrid, ciertamente llevó a cabo su misión con la presencia física y probablemente con la colaboración de otro agente de la NKVD, durante años su mentor, su maestro y posiblemente su control. Se trataba de Otto Katz. Parece probable y es casi virtualmente seguro que Katz estuvo

presente en el castillo de Tovar cuando Herbst montó la humillación pública de Dos Passos. No faltó nadie de la gente importante y Otto estuvo allí mostrando España a las celebridades. En esta ocasión figuró, al igual que en tantas otras, como «corresponsal alemán».

Esto significaría que, mientras Josephine Herbst observaba desde una distancia prudencial cómo Hemingway llevaba a cabo la cruel tarea a que ella le había comprometido, Otto Katz también merodeaba por allí observando la escena.[100]

Una vez completada la humillación de John Dos Passos y convencidos todos los famosos reunidos en Madrid de que su mejor amigo en España era un espía fascista, la literatura quedó en libertad para sumarse a la noble causa del Frente Popular con Hemingway a la cabeza. Se siguió hablando de *La tierra española* y Dos Passos se quedó el tiempo suficiente en Madrid para hacer unas cuantas sugerencias a Hemingway y los cineastas, sugerencias que luego se aceptaron. Pero todo estaba en ruinas. Por un lado, Dos Passos, pese al golpe recibido, se negó a dar marcha atrás. No se tragó la mentira. Aún tenía el deber de ayudar a Margaret Robles. Tal como veía las cosas, su primera obligación era regresar a Valencia, ayudar a Margaret y conseguir un certificado de defunción del gobierno español ya que sabía que sin él la viuda nunca se beneficiaría del seguro de vida que Robles tenía en la universidad John Hopkins. Fue a ver a Álvarez del Vayo, quien con otra mentira le prometió el documento. Por supuesto, nunca cumplió.[101]

Rumbo a Valencia, Dos Passos se encontró por casualidad con otro amigo del círculo de Hemingway, Evan Shipman, quien, con tono bastante burlón, le dijo que, puesto que su amigo Robles había quedado totalmente desacreditado, lo mejor era que él mismo se marchara de España. En escritos posteriores, Hemingway haría hincapié en la «cobardía» de Dos Passos por haberse ido de España. Se trató de otra inmensa falsedad. De hecho, a partir de aquel momento, la conducta de Dos Passos fue notable no sólo por su rectitud, sino también por su valentía.[102]

En realidad, Dos Passos era más valiente de lo que él mismo se creía. En España los acontecimientos se sucedían rápidamente.

Barzin estaba acabado, si no muerto. En Cataluña, la estrategia de la policía secreta estaba a punto de conseguir su objetivo. En mayo, con Negrín en el gobierno, se desencadenaría el Terror en Barcelona sin restricciones. Se arrestaría al detestado Andreu Nin, poco tiempo después asesinado por orden de Orlov, mientras los miembros del POUM serían pasto de la represión. Cataluña y sobre todo Barcelona se transformarían en el escenario de horribles masacres. Y ahora John Dos Passos viajó a Cataluña. Allí conoció a George Orwell. Por su mediación, mantuvo una reunión con Andreu Nin. El hombre desaparecería y moriría una semana después.

Entonces, cuando sólo faltaban unos pocos días para el inicio del Terror, una llamada casi inaudible a la puerta alertó a Dos Passos en la habitación de su hotel. Cuando abrió, se encontró con el rostro atemorizado de Liston Oak, el joven norteamericano de la oficina de Álvarez del Vayo que había contado la verdad sobre la muerte de Robles.

El estalinismo en España se acercaba a su culminación. Hasta entonces, Oak había sido una joven promesa del aparato en continuo ascenso. Sin embargo, España y el Terror, las contrafuerzas de la ambición, hacían mella en su conciencia y alimentaban sus temores. Estaba al borde de su propia crisis. La ejecución de Robles había sido un paso en esa dirección. Pero unos pocos días antes en Barcelona había dado otro aún más grande cuando se encontró con un verdugo de la NKVD, un asesino con todas las de la ley llamado George Mink a quien había conocido tiempo atrás en los muelles de Nueva York trabajando para el partido. Mink estaba entusiasmado con la nueva ofensiva estalinista; olía a dinero y lucía un atuendo de lujo como buen gángster que era. Creyendo que Oak era de fiar, Mink lo invitó a su hotel a tomar un trago. Como era su costumbre en España, Oak simuló beber mientras Mink lo hacía y al rato empezó a hacerle confidencias. El primero de mayo, le confió, el aparato provocaría la rebelión de los anarquistas y del POUM en Barcelona, algo que los comunistas usarían como justificación para desencadenar el Terror en Cataluña. Todo estaba listo. No podía fallar. Mink había llegado para la ocasión y estaba encantado con el plan. Le confió muchos detalles suponiendo que Oak aún era *nash* y sugirió en un ataque de generosidad que Oak aprovechara esta oportunidad de

oro para comprometerse aún más con la NKVD.

Sus palabras produjeron el efecto contrario. Oak decidió ponerse en contacto con el mismísimo Andreu Nin. Contó a quien estaba a punto de ser asesinado lo que le había dicho Mink. De una forma insensata y trágica, Nin hizo caso omiso de la amenaza. Insistió en que contaba con un fuerte apoyo. La hostilidad estalinista no era ninguna novedad.

El gran gesto moral del joven Oak representaba sin duda una traición. Poco después, una siniestra conversación con un fanático del partido le hizo saber que lo habían visto. Todo lo que hacía Nin estaba bajo vigilancia. Oak se dio cuenta de que habían terminado sus días de seguridad.[00] Ahora estaba tan amenazado como lo había estado su amigo Robles. No escaparía con vida si no se iba de España de inmediato. Ya mismo.

Oak había penetrado en lo que sería el Terror en España. Ahora, antes de que estallara la violencia, Liston Oak se había atemorizado en serio. Estaba convencido de que jamás saldría de España si no lo hacía al instante. Ya mismo.

Y recurrió a Dos Passos para escapar. Jamás lo dejarían irse con lo que sabía. Lo estaban buscando; si huía solo, nunca alcanzaría la frontera con vida. Oak había llegado a España como un ser invisible y sabía perfectamente que moriría en España en el anonimato del mismo modo que Robles, invisible, salvo que interviniera la afortunada lealtad de Dos Passos. Su misma presencia en España era un secreto. Si lo mataban, nadie conocería o daría testimonio de la verdad, salvo unos pocos amigos e intelectuales de Nueva York.

¿Por qué Dos Passos? Era un hombre famoso. El aparato no podía eliminarlo sin pagar un precio inimaginable a nivel mundial. El rostro de Dos Passos había ilustrado la portada de la revista *Time*. Contaba con el escudo de la visibilidad. Y Liston Oak sabía que moriría irremisiblemente a menos que se procurase algún escudo de protección.

En aquella habitación de hotel, el joven susurró que había escuchas y en voz baja pidió ayuda.

Dos Passos se hizo cargo de la situación al instante y actuó con claridad y contundencia. Le dijo al joven que a partir de ese momento había dejado de ser el Liston Oak de la oficina de Álvarez del Vayo y pasado a ser el secretario privado de John Dos Passos.

Cruzarían juntos la frontera francesa de inmediato, ya mismo. Y en su viaje al norte, Liston no volvería a moverse del lado de Dos Passos por un solo instante.[103]

Y así fue como John Dos Passos abandonó España y el comunismo, protegiendo al joven desertor aterrorizado no con su cuerpo, sino con su fama y manteniéndolo a cubierto paso a paso hacia el norte. Hasta que no llegaron a Perpiñán no se percató el joven del horror en que había sido inducido y volvió a ser libre.

11

La muerte de Münzenberg

Después de su huida de Moscú en octubre de 1936, Münzenberg concentró sus energías en salvar el pellejo. Sin embargo, eso no le llevó a una rápida o abierta ruptura con Stalin. Por el contrario, aunque Willi sabía muy bien que había caído en desgracia, una vez de regreso en París, aferrado a su «tabla de salvación» de operaciones españolas, realizó algunos de sus servicios más importantes para el régimen. Aun utilizando España para escapar de la red de arrestos que se sucedían en torno a Radek, Willi entendió que a partir de entonces su supervivencia era algo estrictamente provisional y que la amenaza de liquidación volvería a asomar en cuanto dejara de ser útil en España.

Siete meses más tarde, en el sangriento estío de 1937, llegó finalmente esa hora. El gobierno español estaba totalmente en manos de la NKVD. El Komintern en España, tras la fachada de idealismo byroniano del Frente Popular, se había convertido en una tapadera de la policía secreta. Para ponerlo en términos más personales, el proceso que separaría a Otto Katz de Willi Münzenberg había tocado a su fin.

Y puesto en términos más generales, el Komintern, que siempre había sido la base del poder de Münzenberg, estaba en pleno proceso de liquidación. En los primeros meses de 1937 Münzenberg aún retenía algún grado de influencia en el aparato. Aún se podía defender con una azarosa mezcla de chantaje, servicio y visibilidad. Pero en mayo y junio de ese año, estaba claro que muy pronto necesitaría un nuevo tipo de protección.

Lo hemos denominado «el escudo de la visibilidad». En el caso de Willi tomó muchas formas. En esos días, Whittaker Chambers

denominaría «creación de una identidad» a esa búsqueda de autodefensa. Pero Chambers era un hombre que había optado por la clandestinidad; había elegido la invisibilidad y el anonimato de una vida de espía sólo para descubrir lo fácil que era morir en esas penumbras. En los años transcurridos tras ese descubrimiento, Chambers vivió en el terror, seguro de que moriría como Robles había muerto y como había temido morir Liston Oak. La seguridad significaba escapar de esa oscuridad mortífera. Chambers tenía que reaparecer, que se le volviera a ver. Necesitaba volver a figurar en la vida cívica, conseguirse un trabajo, un cargo visible; escribir regularmente, convertirse en un editorialista a los ojos de todo el mundo. Tenía que ser visto por los amigos, asistir a las reuniones de prensa, vivir una vez más en la esfera humana en vez del anonimato oscuro del odio clandestino.

Esa búsqueda fue bastante diferente para Münzenberg. Vivía en un peligro mucho más directo del que jamás acechó a Chambers, pero como dirigente antifascista, Willi ya era un hombre famoso. Su seguridad ahora dependía de si usaría su visibilidad como escudo aun cuando estuviera comprometido en una batalla secreta contra sus antiguos camaradas. No es de sorprender que hallara su autodefensa tras la fachada del movimiento antifascista que él había contribuido a crear.

El intento de Münzenberg de moldearse un nuevo y mejor escudo con el antifascismo tenía su lado peligroso. En 1937 la búsqueda de Stalin de una alianza con Hitler ya estaba en una fase bien avanzada y era de dominio público entre los agentes secretos de alto rango que los alemanes ya no serían objeto de operaciones seriamente hostiles. El Frente Popular, incluyendo al de la guerra civil española, pronto sería dejado a un lado.[1] En diciembre de 1936, poco después de que la estratagema española estuviera acabada de diseñar y en proceso de implantación, Walter Krivitsky tuvo una reunión en París con Slutsky, el director de la sección extranjera de la NKVD. El objetivo inmediato de Slutsky era conseguir de las redes de Krivitsky un par de agentes varones capaces de pasar por nazis durante un tiempo considerable. Krivitsky no lo sabía en ese momento, pero estos reclutas luego serían utilizados en la conspiración para incriminar al mariscal de campo Tukachevsky y al resto del estado mayor soviético. En su

entrevista con Krivitsky, aquel día Slutsky explicó a las claras el estado de la cuestión unos seis meses antes del nombramiento de Negrín y de que se desatara el Terror en España.

«Hemos marcado el rumbo hacia un pronto entendimiento con Hitler», dijo Slutsky. «Y hemos empezado las negociaciones. Están progresando favorablemente.»

Krivitsky quedó un poco confuso. Sucedía el mismo mes en que se escogía a Negrín como candidato a ser el próximo presidente prosoviético de España y cinco meses antes de que jurara el cargo. Krivitsky era consciente de que Stalin buscaba fórmulas de acuerdo con Hitler, pero el agente aún no comprendía cabalmente la relación entre el acuerdo con los alemanes y los acontecimientos en España. Preguntó a Slutsky cómo podían ir tan bien las conversaciones con los alemanes pese al conflicto español. Slutsky quitó importancia a la contradicción. «Esta vez», dijo, «este asunto es lo importante. Sólo será cuestión de tres o cuatro meses antes de que lleguemos a un acuerdo con Hitler… No hay nada para nosotros en este cadáver putrefacto de Francia con su Frente Popular… Le puedo contar a usted la propia opinión de Stalin con sus propias palabras. Hace poco le dijo a Yezhov que en el futuro inmediato llegará a un acuerdo con Alemania.»[2]

Esto ocurría en 1936, no en 1939. Pasarían tres años —al menos públicamente— antes de que el pacto tan deseado se hiciera realidad. Sin embargo, la estrategia ya estaba planteada. Inmersos en su colaboración totalitaria, Hitler y Stalin habían desbrozado el camino que conducía a la segunda guerra mundial.

Seis meses más tarde, se desencadenó el Terror español con toda su furia. A medida que la guerra civil española se encaminaba a la derrota republicana, algo que Stalin, en mi opinión, había decidido hacía tiempo, los soviéticos concentraron su atención en aquellos sitios de la Europa del Este donde Stalin pensaba lograr las máximas conquistas: Rumania, Polonia, Austria, Checoslovaquia, Finlandia. El foco del interés de Stalin se alejaba de las zonas periféricas como España y se desplazaba a los lugares que él verdaderamente quería ocupar y someter.

Esto significó que, cuando 1937 dio paso a 1938, la utilidad de Münzenberg para el aparato declinaba lúgubremente camino de su desaparición. Al mismo tiempo, mientras Otto Katz continuaba

moviéndose entre Valencia y París, cada vez le preocupaban menos los asuntos españoles; en cambio, se dedicaba cada vez más a la política del Este de Europa, en especial al gobierno de Benes controlando a los comunistas encubiertos dentro del Ministerio de Asuntos Exteriores checo. Allí su participación crecía y su actividad se volvía más intensa y conspirativa.

De España a la Europa del Este; del Komintern a la NKVD: éstas eran las realidades del mundo secreto a medida que todo se encaminaba hacia la segunda guerra mundial. Fue inevitable que esos cambios se vieran reflejados, desde un ángulo terrorista, dentro del aparato. Una nueva y sigilosa oleada de asesinatos y de terror surcó los aparatos europeo y norteamericano, dirigida contra mucha gente que había contribuido a este nuevo estado de cosas. Empezó con la muerte de Berzin probablemente en mayo de 1937. Luego, tras el Terror en Cataluña, murieron muchos más viejos amigos del camarada Stalin.

La siguiente operación, en la que estuvo presente Hitler desde el principio, fue el asesinato del mariscal de campo Tukachevsky y sus colegas del estado mayor soviético, llevado a cabo en parte mediante operaciones secretas de colaboración entre Hitler y Stalin, que fueron filtradas al gobierno de Benes. ¿Participó Katz en estas operaciones? Pienso que es posible. Desde mayo de 1937, Tukachevsky había estado visiblemente en peligro. El 11 de junio fue arrestado y fusilado.

A partir de aquí, rodaron cabezas. Según parece, la muerte de Tukachevsky dio motivos a Ignace Reiss para romper con Stalin y desertar. (Tal es la opinión generalizada, pero las verdaderas razones de Reiss para desertar pueden no haber sido tan simples. En mi opinión merecerían un nuevo estudio.) En cualquier caso, un mes después de que Reiss escribiera su carta de desafío, desertó y huyó. Su fe se desmoronó tras una última reunión en París con Krivitsky; su carta a Stalin, llena de suficientes insultos y denuncias como para que lo condenaran a muerte cien veces, fue despachada por medio de un correo sumamente inseguro. Reiss viajó a Suiza, donde, al parecer con la ayuda de Noel Field, fue descubierto y asesinado sólo dos meses después, el 4 de septiembre de 1937.[3] Poco después, el mismo Krivitsky buscaba dónde refugiarse.[4]

Pero todos éstos eran hombres invisibles a un nivel más alto que

el de Chambers. Se trataba de agentes clandestinos cuyas vidas se habían caracterizado por mantener el máximo secreto. Al igual que Robles o Liston Oak, era factible que se los asesinase en las sombras y en el anonimato en que habían vivido. En 1937 Münzenberg ya era un blanco tan preciado como ellos, pero no era tan accesible debido a que era un hombre famoso y aún contaba con un escudo protector.

*

En los tres meses y poco que median entre el arresto de Radek en octubre de 1936 en Moscú y su proceso en enero de 1937, Münzenberg maniobró en la incertidumbre tratando de reforzar su posición en España por medio de su protagonismo en el RUP y en el nuevo Frente Popular alemán. En este tiempo, no estaba nada claro el acuerdo que Radek podía arrancarle al dictador ni qué dirección tomaría su enjuiciamiento. ¿Sentarían a Radek en el banquillo de los acusados? Resultaba fácilmente imaginable. ¿Arrastraría Radek a Münzenberg en su «confesión»? Si el acuerdo con Hitler estaba a punto de ser realidad, era lo más probable. ¿Podía el Terror llegar a actuar en París?

Cuando el juicio contra Radek dio comienzo en enero, Münzenberg decidió que lo que más le convenía era «enfermarse» durante una temporada y argüir que, por razones de «salud», le era necesario un descanso en el campo. Se inventó una historia: sufría de una «leve neurosis cardíaca». También hizo correr el rumor de un colapso nervioso.[5] Por supuesto, no le pasaba nada. De cualquier modo, Münzenberg entró en una clínica poco conocida en la campiña francesa, oculta en lo que había sido una posesión rural del poeta romántico Chateaubriand. Allí se sometió a los cuidados de un notable médico francés conocido como el doctor Le Savoureux.[6]

Por lo que he podido determinar, la clínica del doctor Le Savoureux era una auténtica institución médica. Al mismo tiempo, servía como refugio al antibolchevismo clandestino. Tenía el nombre resonante de La Clinique de la Vallée aux Loups. Allí, en el valle de los Lobos, en las proximidades del pequeño pueblo de Châtenay-Malabry, Münzenberg encontró protección mientras el

proceso a Radek seguía su curso.

El doctor Le Savoureux es, en mi opinión, un personaje bastante misterioso. Da la impresión de haber sido un hombre de gran valentía personal y de una impresionante flexibilidad ideológica. Supongo que era de nacionalidad francesa. No obstante, estaba casado con una rusa, una hija de Plejanov, el revolucionario y camarada de Lenin que se convirtió en el líder de los mencheviques, la facción contraria a Lenin en los días previos a la Revolución. El médico y su esposa se movían, por tanto, entre los emigrados rusos de izquierdas, círculos infestados de espías soviéticos. Sin embargo, su clínica parece haber sido un lugar seguro. Al menos resultaba difícil asesinar a la gente. Allí, el doctor Le Savoureux dirigía un servicio de protección para personas en peligro.

Mientras Willi residía en la clínica de Châtenay-Malabry, el doctor le contó una historia interesante. En la primavera de ese mismo año, nada menos que Nikolai Bujarin, sucesor de Radek en el banquillo de los acusados en el próximo gran juicio, había estado en París en misión oficial. Esta visita había tenido lugar pocos meses antes del fallecimiento de Máximo Gorki.[7] Esa visita y el contacto que Bujarin hizo con el doctor Le Savoureux, arrojan una nueva luz sumamente interesante sobre la visita que el viejo bolchevique hiciera a la habitación de André Gide el día antes del funeral de Gorki y, en especial, sobre el urgente deseo de Bujarin de hablar con Gide a solas. También arroja nueva luz sobre el súbito reconocimiento de Bujarin de que Gide no era la persona idónea para escuchar sus confidencias, como demostró al abandonar la habitación del escritor sin pronunciar palabra y, tal como Herbart lo describió, con una «sonrisa de indescriptible desprecio».

La misión oficial de Bujarin en París había sido convenir la adquisición para los archivos soviéticos de importantes documentos provenientes de los archivos de los socialdemócratas alemanes. Incluían importantes papeles de Marx y Engels y se trataba de una compra perfectamente legítima. Se la debía negociar con el conservador menchevique de los documentos, un estudioso llamado Boris Nicholaevsky.[8]

Las conversaciones de Bujarin con Nicholaevsky pronto dejaron de ser una mera negociación sobre la posible adquisición de los documentos. Se hicieron confidenciales y luego secretas. Bujarin

empezó a hablar con gran sinceridad sobre las maquinaciones políticas que tenían lugar en el entorno de Stalin.[0] El informe un poco novelado que hizo Nicholaevsky, publicado como «A Letter from an Old Bolshevik», es un documento de gran valor. George Kennan lo ha calificado como «la fuente documental más importante y autorizada que tenemos de las purgas».[9]

Parece ser que en el transcurso de esta visita, acaso por mediación de Nicholaevsky, Bujarin fue presentado al doctor Le Savoureux. Todo indica que al menos se habló de la posibilidad de que Bujarin, sobre quien los nubarrones del Kremlin ya se cernían amenazadores, pudiera desertar a Occidente y convertirse presumiblemente en un segundo Trotsky.

Fue en compañía de Le Savoureux cuando Bujarin recibió el telegrama ordenándole que rompiera las negociaciones con Nicholaevsky y regresara en el acto a Moscú. Era una obvia señal de su propio fin, una invitación a la ejecución. Bujarin se quedó consternado. Le temblaba la voz; estaba lívido, desesperado. Era más que evidente que su vida había llegado a su fin.[10]

El doctor Le Savoureux trató de persuadir a Bujarin para que se negara a obedecer la orden. Sólo puedo suponer que Bujarin y el menchevique también consideraron qué clase de protección le aguardaba como desertor ante el peligro de la venganza de Stalin. Trotsky vivía precariamente en el exilio, escondido en un campamento armado e itinerante con un servicio de seguridad más severo que los que entonces se asignaban a cualquier jefe de Estado. Y aún así, al cabo de tres años, le clavarían un piolet en el cerebro.

Bujarin no podía o no quería dar ese paso. No podía o no quería ignorar la invitación al matadero. Es inevitable que uno se pregunte entonces cuál sería el mensaje que deseaba confiar a Gide en aquellos momentos previos al funeral de Gorki.

Münzenberg, fingiendo estar enfermo en el valle de los Lobos, cobijado en la casa segura del doctor Le Savoureux, aguardaba que el juicio contra Radek siguiera su curso. Observaba cada detalle, cada minucia en el flujo de mentiras. A medida que avanzaba, se dio cuenta de que no se le denunciaba en la sala del tribunal, no se le implicaba. Por último llegó la sentencia: misteriosamente no se le condenó a muerte. Por alguna razón, Stalin había decidido atrasar su desaparición; por el momento, no habría balazo en la nuca.

Debió de suponer un alivio para Willi. El peligro había aumentado, pero todavía no era definitivo.

Y había razones para ello. En enero de 1937 la utilidad de Münzenberg para el régimen no se había agotado; quedaban unos cinco o seis meses de servicios. Todavía tenía trabajo en su misión de organizar las redes de propaganda de la última causa en España del moribundo Komintern. La «tabla de salvación» aún servía.

Pero una vez que la policía secreta completó el secuestro y la captura de la República española, Münzenberg perdió el último escudo protector que tenía ante el poder de Stalin. A un mes del inicio del Terror en España, la maquinaria desplegada para el exterminio de Willi se puso en marcha abiertamente. En mayo de 1937 pocas semanas después de que dos típicos colaboradores de Münzenberg, Liston Oak y John Dos Passos, realizaran su huida a Perpiñán, el obediente partido comunista alemán expulsó a Münzenberg. Las razones esgrimidas para la denuncia fueron típicas del apogeo estalinista. Se le consideró insuficientemente dedicado al Frente Popular. En otras palabras, el Frente Popular estaba acabado y, con su caída, Willi Münzenberg perdía el último escudo de protección.

Ahora necesitaba un nuevo truco. Una vez que España pasó a ser algo del pasado, la estrategia de Münzenberg fue convertirse en un genuino líder del movimiento antifascista entre los emigrados alemanes, incluso en un momento en que el aparato se estaba retirando de esos menesteres. Fue la época de su participación en los «comités Heinrich y Thomas Mann». Su táctica fue manipular dentro de esos grupos honorables y mantenerlos activos cuando al partido bajaba la guardia. Trataba de despistar al sistema que él mismo había creado. Ahora era el cazador de su propia serpiente. Como resultado, estos grupos a menudo adquirían un tono más auténticamente antifascista del que habían tenido hasta entonces. Willi estaba seguro de que su propia seguridad le exigía estar continuamente comprometido en operaciones de propaganda que unieran a sus amigos y a sus enemigos, tanto reales como aparentes. No podía romper con nadie ni podía comprometerse con nadie. Si disociarse del terror puede ser denominado independencia intelectual, entonces por último Willi estaba en posesión de esa «independencia» cuyas ilusiones había estado organizando durante

las dos últimas décadas. Necesitaba distanciarse lo suficiente de Stalin como para desobedecerlo sin demasiadas alharacas; al mismo tiempo, le era menester permanecer lo bastante cerca del aparato para que no pudieran pegarle un balazo sin que les rebotara. Se trataba, en definitiva, de una danza muy peculiar.

En los archivos, por ejemplo, hay un informe sobre una reunión del Comité Heinrich y Thomas Mann. Tuvo lugar en 1938. Estuvieron presentes tanto Willi como Otto Katz, aunque para ese entonces había surgido entre los dos una manifiesta hostilidad. El principal inocente presente era Thomas Mann. El objetivo de Otto en esa reunión era sobornar a uno de esos comités honorables con un dinero del aparato proveniente de Inglaterra. Willi no se lo permitiría. Se desató la discusión y el intercambio de golpes ante el autor de *Muerte en Venecia*. Al final, fracasó el esfuerzo de Otto. Willi seguía siendo imprescindible para el comité. Thomas Mann se retiró lleno de dignidad pero perplejo.[11]

En los viejos tiempos, Münzenberg había creado una ambigüedad acerca del poder secreto de los comunistas dentro de los distintos frentes. Ahora, al moverse con máxima destreza por ese mismo territorio ambiguo, Willi encontraba refugios. Su propósito original había sido el servicio secreto del aparato. Ahora era escapar de los verdugos.

Mientras tanto, la NKVD había lanzado una campaña sistemática para que Münzenberg volviera engañado a la Unión Soviética. Era una buena noticia; significaba que la protección de la visibilidad era lo bastante eficaz como para evitar el asesinato simple y llano en París. Una y otra vez, las comunicaciones de Moscú le llegaban en forma de orden, pedido, ruego, engaño, mandato o marrullería para que regresara de inmediato. Los mensajeros abarcaron desde el conde Károlyi hasta Louis Fischer, el editor de *Nation*, que llegaban portando las invitaciones.[12] Una y otra vez, Münzenberg rehusó aceptarlas. El mismo Dimitrov le envió varias peticiones. En un momento determinado, un agente importante de la NKVD llamado Beletsky, de quien Willi sabía a ciencia cierta que era uno de los jefes del escuadrón de asesinatos políticos en España, el siniestro Buró de Tareas Especiales, se le acercó personalmente y, desplegando su mejor sonrisa, le dijo: Vuelve a casa. No temas nada. «¿Quién decide tu suerte?», le preguntó Beletsky muy

pertinentemente. «¿Dimitrov o la OGPU? Yo sé que Yezhov está de tu parte.»[13]

Era una trampa evidente que Münzenberg evitó. En mayo de 1983, tres meses después de Múnich, todavía se seguían haciendo estas tentativas de hacerle viajar a la URSS. Ese mes, Gibarti fue relevado de su trabajo para la NKVD en Nueva York y regresó a Europa, donde se le asignaron nuevas misiones en España y París. Antes de que Gibarti partiera de Nueva York, Earl Browder, el secretario general del partido comunista norteamericano, se reunió con él a solas y le advirtió que no debía tener ningún trato con el traidor Münzenberg.[14]

Cuando Gibarti llegó a París, lo primero que hizo fue buscar a Münzenberg. Curiosamente, se encontraron en el lugar más público que pudieran imaginarse: la terraza del Café Veil. Cuando tomaron asiento, Münzenberg sacó de su bolsillo una carta reciente de Dimitrov renovando su apelación para que regresase a Moscú. Gibarti la leyó e intentó argumentar que Dimitrov tenía razón. Allí no había nada que temer; su regreso era perfectamente seguro.

¿Seguro? Willi le contestó que lo único seguro era que si volvía a Moscú sería eliminado como todos los demás. Diez años después, se le rehabilitaría. Era, por tanto, un viaje que evitaría hacer. Münzenberg dobló entonces la carta, se la guardó en el bolsillo y, mientras Gibarti trataba de contestarle, dirigió la mirada a la plaza en primavera.[15]

Münzenberg era un editor y para mantener su visibilidad precisaba algún foro público para sus nuevas maniobras. Necesitaba una revista. En 1938 fundó una nueva y en muchos aspectos innovadora publicación que bautizó, con lo que puede considerarse una valentía quijotesca, *Die Zukunft* (El futuro). *Die Zukunft* representaría un foro de alto nivel para los argumentos y las esperanzas de la amenazada izquierda alemana. Pero también serviría como escudo protector de Münzenberg. La revista tenía su típica mezcla de inocencia, grandeza intelectual y mensajes entre líneas. Entre los colaboradores figuraban rebeldes y genios, simpatizantes y agentes secretos. Los responsables editoriales eran Arthur Koestler y Manes Sperber; escribían los hermanos Mann; Gibarti y Otto Katz también prestaban su colaboración. A medida que la década se acercaba cada vez más a su clímax bélico, casi

contra sus propias intenciones, *Die Zukunft* se convirtió en algo que, visto desde el presente, tiene toda la imagen de ser la primera publicación auténticamente antitotalitaria de los mejores miembros de la inteligencia de ese entonces.

Fue un modelo para futuras publicaciones. El modo y el personal de *Die Zukunft* tienen eco en *Der Monat*, la publicación de posguerra dirigida por Melvin Lasky, y a través de ella, en las publicaciones del Congreso para la Libertad de Cultura: *Encounter, Preuves* y *Tempo Presente*. En los movimientos del Frente Popular, como reacción a la política de vida o muerte del Terror, estaba perfilándose lo que sería la intelectualidad anticomunista de la posguerra.[16]

Finalmente, como tanta gente que ha perdido el poder, Münzenberg escribió un libro. Se tituló *Propaganda als Waffe* (La propaganda como arma), un hábil y espectacularmente bien informado análisis de los métodos nazis de propaganda bélica. Pero debe considerarse como obra suya sólo en parte, ya que en la redacción estuvo asistido por un hombre que aún le era leal, Kert Kersten. Desde el punto de vista político, el libro es rimbombante y moderado a la vez. Se cura en salud. Ataca sin piedad a Hitler, pero su postura ante Stalin es de blanda deferencia. No se atreve a dar un portazo.

Mientras tanto, el aparato, cada vez más frustrado, pasaba de la seducción al gruñido que clamaba venganza. Los archivos del Komintern contienen extensos informes sobre el «Caso WM». Las acusaciones más furibundas contra Münzenberg provenían de Wilhelm Pieck, el hombre que sirvió como intermediario durante la conspiración Dimitrov, más tarde primer presidente de la estalinista República Democrática de Alemania. En junio de 1937 un funcionario del Komintern, Bohumil Smearl, llegó a París para tratar de rescatar grandes sumas de dinero depositadas en distintos bancos a nombre de Willi Münzenberg.[17] Kurt Sauerland, un joven escritor fiel a Münzenberg, estaba en Moscú retenido como rehén contra Münzenberg. Willi le dijo a Smearl que devolvería los depósitos únicamente si Sauerland era puesto en libertad. Ahora Willi negociaba con vidas. (La táctica resultó un éxito pasajero y un fracaso a largo plazo. Se le perdonó la vida al joven Sauerland hasta el asesinato de Münzenberg. Entonces también se le ejecutó.)[18]

Pero Willi también podía lanzar amenazas. Se ha afirmado que amenazó con hacer públicos los secretos de las operaciones encubiertas de los soviéticos si era expulsado del partido comunista alemán.[19] Esa amenaza no funcionó. Fue expulsado oficialmente en mayo de 1937.[20] Aun así, seguía amenazando con hablar. ¿Cuánto podía revelar? ¿Poco? ¿Mucho? ¿Negociaría algo a cambio de sus revelaciones? Münzenberg se estaba convirtiendo en un hombre sumamente peligroso.

Mientras tanto, la tortuga había levantado su pata escamosa y se aprestaba a dar el siguiente paso. Se trataría de la segunda guerra mundial. Después del 1 de septiembre de 1939, ya le era imposible a Münzenberg seguir protegido por la cortina de la ambigüedad. En *Die Zukunft* denunció por vez primera a Josef Stalin. Sin embargo, ese ataque, visto desde la distancia del tiempo transcurrido, parece bastante suave y puramente moralista. En realidad, la respuesta de Münzenberg al pacto y a la guerra fue más una manera de protegerse que un ataque serio. Y ahora precisaría una protección de otra naturaleza.

Acaso podía encontrarla en los otros servicios secretos europeos. Con el estallido de la guerra, los servicios secretos de los aliados empezaron a converger en París. Paul Willert, un hombre de Münzenberg en otros tiempos, fue nombrado representante de los servicios británicos en la Oficina de Información Británica que se abrió en París bajo la dirección de Noel Coward. Fue en aquel momento cuando Münzenberg empezó sus pequeños almuerzos.

Una vez a la semana, en el comedor privado de un restaurante de la Rive Gauche, se reunía para almorzar con unos jóvenes miembros de los servicios secretos de las fuerzas aliadas. En el transcurso de estas comidas, Willi analizaba sistemáticamente los avances de los nuevos aliados soviéticos y nazis desde su punto de vista excepcionalmente bien informado. Uno de los habituales era Paul Willert. Los agentes prestaban atención como colegiales.[21]

Münzenberg se había inventado una nueva e ingeniosa triquiñuela política. Ahora sabía que necesitaba ponerse del lado de los aliados si quería protección, pero también sabía perfectamente que los gobiernos de Francia, Gran Bretaña y Estados Unidos y en especial sus servicios de inteligencia tenían infiltrados agentes y simpatizantes estalinistas y no podía confiar en ellos. El comedor de

un restaurante era un buen medio. Él sabía que semana tras semana sus palabras serían oídas en las cancillerías de Gran Bretaña y Francia. Al mismo tiempo, si bien se encontraba con estos jóvenes a puerta cerrada de forma semipública, aún no confiaba su seguridad física a ninguno de ellos. Todavía.

El gobierno británico en especial estaba interesado en su suerte y desde las altas esferas del gobierno Ellen Wilkinson, ahora una apasionada antiestalinista, se quiso saber de él. Fue en ese momento cuando Münzenberg advirtió a Ellen que debía tomar las máximas precauciones en cualquier asunto que concerniera a él o a Arthur Koestler cuando trataba con el servicio de inteligencia británico, pues allí se cobijaba uno de sus más peligrosos enemigos.[22] Fue también en ese momento cuando Ellen Wilkinson y su amigo Herbert Morrison se convirtieron en adversarios implacables de Guy Liddell, para gran indignación del principal protegido de Liddell en el SOE, Kim Philby.[23] De hecho, fue Wilkinson quien entonces terminó con los ascensos hasta ese momento ininterrumpidos de Guy Liddell en los servicios secretos británicos. ¿Era Liddell el hombre a quien temía Münzenberg? La información disponible no lo aclara, pero es evidente que no estaba dispuesto a confiar su seguridad a los británicos ni a los franceses.[24] Sentía que le era indispensable mantenerse a distancia, pero a la vista, de ellos.

Esta combinación de presencia y ocultamiento no podía durar demasiado. En la primavera de 1940 las invasiones de Escandinavia y el Benelux seguidas por el ataque contra Francia inutilizaron el escudo de visibilidad que protegía a Willi Münzenberg.

*

En mi opinión, lo más probable es que Münzenberg muriera a manos de la NKVD, pero el hecho dista de estar aclarado. Como verá el lector, puede darse el caso plausible de que Münzenberg se suicidara, que él mismo se haya colgado del árbol en un bosquecillo próximo a una pequeña aldea del valle de Isère la tarde del 21 de junio de 1940, al día siguiente de la capitulación de Francia. Y pese a lo improbable de que esto sea cierto, no puedo descartar el suicidio como posible explicación.

Lo cierto es que murió violentamente y por estrangulamiento.

Me parece más factible el asesinato político. La mayoría de los análisis de la muerte de Münzenberg sostiene que fue probablemente asesinado por un equipo de exterminio de la NKVD que había dado con su pista cuando escapaba rumbo al sur en los días de frenética desesperación en que caía Francia. La hipótesis se basa en que hacía años que Willi era un blanco de la NKVD y que por entonces el Buró de Tareas Especiales había desplegado a sus hombres por el sur de Francia para ajustar cuentas con algunos de los que huían.[25] Para mayor desgracia, a principios de ese año, Münzenberg había cumplido una antigua amenaza contra Stalin publicando en un periódico belga los nombres de cuarenta comunistas alemanes importantes asesinados durante el Gran Terror. Esta clase de lista jamás se había hecho pública de manos de una fuente tan autorizada.[26]

¿Fue suicidio o asesinato? No estoy seguro. La lógica de mi incertidumbre tiene el siguiente desarrollo. Si Willi no se suicidó, no hay dudas de que fue asesinado. Si fue asesinado, es casi seguro que el autor del hecho fue la NKVD con la ayuda de los nazis. Además, aunque entra dentro de las posibilidades que haya habido un suicidio, ese caso depende casi exclusivamente de la mera palabra de una persona que podría ser el principal sospechoso del asesinato. Añadamos que la personalidad de Münzenberg no era melancólica ni propensa a las depresiones. Ninguno de sus colaboradores de toda la vida ha sido capaz de aceptar que este hombre se haya quitado la vida. Su situación el 21 de junio de 1940 era desesperada, pero aún guardaba algunas cartas en la manga. Con un esfuerzo de determinación, podría haber escapado perfectamente de Francia. Basta con pensar que todas las personas, todas sin excepción, que huían a su lado llegaron a su destino y muchas de ellas en un tiempo relativamente breve.

Aun así, en ese momento de 1940, Münzenberg debía de ser consciente de que dependía únicamente de sí mismo y de que una peculiar amenaza se cernía sobre él. Sabía que su huida de Francia y su futuro dondequiera que fuese serían objeto de una persecución implacable por parte de los servicios secretos de ambos dictadores. Entonces sí que es posible el suicidio. Cierto tipo de persona dinámica, acorralada, puede incluso negarse a la rendición y en un último acto de desafío tomar de nuevo las riendas, aunque sea por

última vez.

¿Suicidio o asesinato? Ya sea que Münzenberg murió en un acto de desesperación desafiante o acorralado a manos de terceros, lo cierto es que murió víctima de lo que él mismo había contribuido a crear.

Lo que sigue es, aun con algunas conjeturas, lo que sabemos que sucedió.

A principios de abril de 1940 dio comienzo el *blitzrkieg* contra Noruega y Dinamarca. Para principios de mayo, los pánzers entraban rodando en los Países Bajos. El gobierno francés ordenó que todos los alemanes (y norteamericanos) en edad militar fueran a campos de internamiento. Cuando apareció el último número de *Die Zukunft*, Münzenberg tuvo que tomar su decisión. ¿Huiría a solas de Francia en búsqueda de la protección británica? ¿O se sometería al régimen de internamiento y a la no muy segura protección de los franceses? Es importante saber que al tomar esta decisión, Münzenberg pidió ayuda a sus amigos de los servicios británicos de inteligencia. Muy poco antes de hacerlo, mantuvo una reunión con Paul Willert y Sefton Delmer, ambos de la SOE. Y les preguntó a los dos lo que debía hacer.[27]

No es menester dudar mucho de la confianza que podían inspirar Paul Willert o Sefton Delmer para darse cuenta hoy de que se trató de una conversación con amplios márgenes de inseguridad. Si la ruta de escape de Münzenberg era sabida por los servicios de inteligencia británicos, como seguramente hubiera sucedido, el oficial de la SOE receptor del mensaje en Londres podría haber sido Kim Philby. Además, de no llegar a oídos de Philby la ruta de Münzenberg, se podían levantar serias sospechas acerca de la confianza que podía inspirar Sefton Delmer.[28] De una manera u otra, lo más posible es que la conversación no tuviese garantías de seguridad. Por último, los agentes británicos aconsejaron a Münzenberg que entrara en un campo de internamiento para luego seguir la ruta del sur.

De ese modo, con el consejo de Delmer y Willert, alrededor del 13 o 14 de mayo de 1940, Babette y Willi Münzenberg se dirigieron a un estadio llamado la Stade des Colombes con una muchedumbre

de alemanes y norteamericanos que se congregaban para ser internados. La victoria alemana se hacía palpable a cada hora que pasaba. Todos los allí presentes sabían que tenían que llegar a la frontera española y que el camino de salida era posiblemente Casablanca o tal vez Marsella, o incluso la frontera suiza.

Babette y Willi habían hecho planes concretos para encontrarse una vez salieran de los campos de internamiento. Ella tenía asignado un campo de mujeres cerca de Gur. Pero ahora que el gentío se arremolinaba en tomo a ellos, llegó el momento del adiós. Se abrazaron y entonces Münzenberg se alejó entre la multitud que hablaba alemán y un poco de inglés americano. El gentío pronto los separó.

Delmer y Willert habían estado en lo cierto. Oleadas de refugiados provenientes de los Países Bajos bloqueaban todas las rutas de escape desde París hacia el sur. El internamiento era una vía mucho más fácil de huida y todo el mundo esperaba que fuera de corta duración. Muchos no lo veían como un encarcelamiento, sino como un medio más eficaz para huir. Los hombres fueron separados en grupos de cien y enviados a varios sitios. El elegido para Münzenberg fue Chambarran, al sur de Lyon. Y así partió Willi, uno más en la anónima muchedumbre.[29]

Algunos han sugerido que Münzenberg tenía como destino concreto no Casablanca, sino Marsella, donde se encontraría con su viejo amigo Valeriu Marcu, un rico emigrado rumano, ex comunista y veterano conspirador de los días previos a la Revolución. Se dice que Marcu disponía de una gran suma de dinero para Willi, además de la documentación necesaria para que pudiera zarpar del puerto de Marsella como un hombre libre. Este encuentro, si alguna vez fue posible, pudo o no planearse conjuntamente con los servicios británicos. Babette Gross no se creía esa historia. Además, la documentación disponible indica que en la crisis del 21 de junio, Willi estaba interesado en dirigirse no a Marsella, sino a Suiza, donde él y Babette disponían de cuentas bancarias. Yo mismo tiendo a descartar la historia del papel de Marcu en el rescate.[30]

El campo de internamiento de Chambarran era una gigantesca base militar en las cercanías de Lyon. La imagen que tenemos de

Münzenberg una vez llegado allí es extrañamente bucólica, si tenemos en cuenta el miedo y la angustia que debían sentir todos los allí destinados. Allí fue a parar el gran poderoso de la vida clandestina, sin duda sometido, pero disfrutando del sol en la fresca primavera, colaborando con toda alegría en la tarea asignada de cuidar el jardín del comandante del campo. Por primera vez en su vida adulta, Willi era ajeno al poder. Por primera vez en su vida adulta, no era más que un hombre entre otros hombres; cultivaba la tierra francesa, plantaba habichuelas. Los informes apenas difieren, pero ninguno de ellos da la más mínima impresión de que Münzenberg estuviera particularmente deprimido. Es verdad que se mostraba abatido, introspectivo. Caía en silencios poco habituales en él. La preocupación por la suerte de Babette impregnaba sus conversaciones.[31] Sin embargo, la palabra «depresión» no fue la utilizada por los testigos.

La mayoría de los hombres internados en Chambarran eran exiliados alemanes de mediana edad, muchos de ellos miembros de la izquierda alemana en la que tanto había participado Willi Münzenberg para crear el Frente Popular. De hecho, la compañía alcanzaba cierto grado de distinción. Junto a él estaba Kurt Wolff, el gran editor alemán, luego norteamericano; Leopold Scharzchild, el escritor y editor liberal. Había muchos otros. Estaban todos ellos entre las principales personalidades de la cultura alemana que Hitler intentaba eliminar. Se debe señalar que en todos los campos —Chambarran, Le Vernet, Le Cheylard y otros más—, el aparato hacía acto de presencia con sus agentes.[32]

Alguno de ellos seguramente fue el que hizo acto de presencia a continuación. El recién llegado destacaba especialmente entre esos hombres de mediana edad por el mero hecho de ser muy joven. Hizo su aparición una buena mañana con su aspecto veinteañero. Todo el mundo recuerda que el joven era pelirrojo. Este «joven pelirrojo» contó la extraña historia de que era un comunista que se las había ingeniado para escapar de un campo de concentración nazi. Una vez libre, había logrado llegar a Francia y ahora se encontraba en Chambarran.[33]

Este inesperado recién llegado, cuyo nombre permanece en el más completo anonimato, estaba especialmente interesado, incluso se podría decir que preocupado, por Münzenberg. Se esforzó mucho

y a la vista de todos por ganarse su confianza. Durante sus entrevistas conmigo, Babette Gross seguía sospechando profundamente de cualquiera que, como aquel joven, tuviera una afiliación comunista que le hacía tan obviamente peligroso. No obstante, según todos los informes, poco a poco, el joven consiguió ver a Münzenberg cada día y entonces no perdía oportunidad de congraciarse como podía con él. A principios de junio, empezó a insistir con una persistencia inaccesible al desaliento en que lo trasladasen al barracón donde dormía Münzenberg. Pronto estaba en su compañía el día entero y Willi daba la impresión de aceptar su presencia. El joven se mostraba bien dispuesto, era útil y siempre estaba allí; era fuerte y decidido.

Pero la capitulación francesa era inminente. Münzenberg empezó a preocuparse por la siguiente fase de su huida. Estaba en posesión de un mapa del área entre Grenoble y Valence. Después de estudiarlo palmo a palmo, trató de convencer a varios de sus conocidos en el campo de que se le unieran y huyeran juntos hacia Suiza, que era la frontera neutral más próxima. Quien se mostró especialmente entusiasta con esta idea fue el joven pelirrojo.[34]

Había otros. Entre los alemanes mayores, Willi intentó alistar a un sindicalista socialdemócrata bastante conocido; no era comunista, sino más bien un anticomunista conocido de Münzenberg de los días del Frente Popular en París. Se llamaba Valentín Hartig.

Debe señalarse ahora que el comportamiento de Valentín Hartig en aquellas circunstancias y, sobre todo, su subsiguiente historia política sólo puede considerarse con la máxima desconfianza. Está claro que el hombre que más alentó a Münzenberg a emprender su desdichado viaje a Suiza fue Hartig.[35] Está igualmente claro que el 21 de junio de 1940 Valentín Hartig abandonó a los refugiados sin la menor explicación. Se separó de ellos y partió con rumbo desconocido. La realidad es que no fue hacia el sur, sino hacia el norte, en dirección a París, para sumarse a los invasores alemanes. Allí le dieron la bienvenida. Aunque históricamente había sido un militante de izquierdas, Hartig empezó una nueva carrera en el movimiento sindical de los colaboracionistas.[36]

Este cambio siniestro, sumado a su relación con el joven pelirrojo, me obligan a considerar a este personaje con las más

negras de las sospechas. Babette Gross, tras una larga correspondencia con Hartig y tras conocerlo personalmente después de la guerra, estaba convencida de que había sido completamente inocente en la eliminación de Münzenberg. Yo no comparto ese convencimiento. Es posible que diera a Babette una versión que nunca se hizo pública y que ella no me reveló en el transcurso de nuestras entrevistas. Lo cierto es que la conducta de Hartig nunca ha sido explicada satisfactoriamente en ningún informe o documento de mi conocimiento.[37]

Hacia el 18 de junio era de dominio público que la capitulación francesa era cuestión de días. El 21 de junio a las cinco de la madrugada, el comandante de Chambarran reunió a todos los internados. Según un informe, se abrieron las puertas de los campos y se dejó en libertad a todos. Según Helen Wolff, se los hizo subir en autocares y fueron enviados a otro campo más al sur considerado de mayor seguridad.[38] Eso no le sucedió a Münzenberg. A Willi y los demás internados recibieron orden de formar una columna y de marchar hacia un campo en el sudoeste aunque nadie creía que pudieran llegar allí: Le Cheylard.[39]

Entre los que iban en esta marcha estaban Hartig, Leopold Schwarzchild, Hans Siemsen, Klement Korth, Paul Westheim, Münzenberg y el pelirrojo. Se ha afirmado que Kurt Wolff también participó. Helen Wolff me aseguró que el diario de su difunto esposo desmiente rotundamente esa posibilidad.

A diferencia de Kurt Wolff y los demás, que se fueron en autocares, Münzenberg y su grupo empezaron una larga caminata por la autopista del sur D20 rumbo a Marsella. Al atardecer de ese día habían avanzado unos veinte kilómetros. Se detuvieron a descansar en el hermoso valle verde del río Isère, un sitio con tres pequeñas aldeas muy próximas entre sí a la vera de un gran bosque europeo, el Caugnet. Los tres pueblos vivían como una unidad, Saint Marcellin, Montagne y Saint Antoine. Sólo Saint Marcellin era lo bastante grande como para tener correo y una alcaldía. Son aldeas construidas alrededor de iglesias del siglo XII, lugares donde la gente se casa con la misma gente con que aprendió a caminar y a hablar. Son pueblos cuyos cementerios son tan populares como la escuela, y donde uno puede hablar sin inexactitudes sobre lo que todo el pueblo conoce.

Los refugiados alemanes se detuvieron en Saint Antoine y allí, en las proximidades de la iglesia, decidieron pasar la noche. Münzenberg seguía insistiendo en cambiar el rumbo y dirigirse a Suiza, pero sus peticiones no tenían eco, salvo, según parece, en el pelirrojo y en Hartig. Münzenberg le confió que estaba en posesión de dos mil francos franceses, lo que representaba una fuerte suma de dinero para cualquier refugiado. Cuando los hombres se dispusieron a descansar, Willi les comunicó que a través de Hartig se había enterado de que en el pueblo de al lado había un coche en venta y que se proponía ir allí y comprarlo. Estaba bastante seguro de la información. Hartig, el honesto Hartig, ya había reconocido la zona y había estado allí. Y pensemos lo que podían hacer con un coche. Lo tenían cerca, tentador, a sólo dos kilómetros.[40] Típico en él, Münzenberg decidió actuar de inmediato. Iría a Montagne y trataría de adquirir el coche que Hartig había visto. Estaba claro que tanto si lo lograba como si no, regresaría de cualquier modo a buscar a los demás. Sin duda la situación era relajada, pero no hay ninguna evidencia de que Münzenberg y sus amigos siguieran viaje en el acto. Todo el mundo estuvo de acuerdo en que Valentín Hartig debía acompañarle, ya que había estado allí y hablaba francés perfectamente. En Montagne, comprarían o no el coche y regresarían.

El joven pelirrojo también acompañó a Münzenberg y Hartig. ¿Por qué? Era uno de los más predispuestos a cambiar de rumbo y marchar en dirección a Suiza; la compra del coche haría posible esa opción. Tal vez, sabía conducir. No está claro que Münzenberg o Hartig supieran hacerlo. Münzenberg siempre había viajado con Emil, su chófer y guardaespaldas. De cualquier modo, él fue uno de los que fueron a Montagne, al parecer junto a otro joven del grupo, aunque este último hecho permanece en la duda.

Los tres o cuatro partieron. «Todavía lo puedo ver», dijo más tarde Siemsen, «saludando con el brazo en alto mientras cruzaba aquellos campos.»[41]

Con ese saludo, Willi Münzenberg desaparece de la historia.

*

Jamás regresó. Es más, ninguno de sus compañeros regresó

nunca. Ni uno. Westheim, Siemsen y los demás quedaron a la espera en Saint Antoine y esperaron en vano a que alguno regresase. Los cuatro, si en verdad eran cuatro, desaparecieron sin dejar rastro.[00] Para el anochecer los cuatro habían desaparecido, sin una palabra de explicación o la menor pista sobre el porqué de la huida.

Este simple hecho consumado, el que nadie regresara, es el único aserto indiscutible que se puede hacer de todo este misterio, el único punto firme de una historia inasible. Münzenberg, desaparecido y muerto. El pelirrojo y otro posible acompañante, desaparecidos. Valentín Hartig, un hombre de izquierdas, desaparecido para reaparecer en París bajo el auspicio de los nazis durante la alianza entre comunistas y fascistas.

Si uno sólo de los acompañantes de Münzenberg, cualquiera de ellos, hubiera retomado a Saint Antoine, con o sin el auto, en cualquier clase de estado de perplejidad, para explicar cualquier desastre ocurrido, todo el asunto se podría ver hoy desde un ángulo muy distinto. Al menos alguien parecería inocente.

Sabemos que los cuatro llegaron a Montagne sin incidentes. El camino discurría al lado de un denso bosque llamado Thivolet. Lo pasaron y muy pronto se les vio y oyó en el pueblo negociando la compra o el alquiler de un coche. Les daba lo mismo si era compra o alquiler. Fracasó el primer intento, pero se les indicó que fueran a ver a otra persona del pueblo, una tal Madame Gorbetier, quien tenía un coche que acaso quisiera vender. Luego Madame Gorbetier recordaría que tuvo un visitante, uno solo. El desconocido que se le acercó, dijo ella, hablaba muy bien francés, y no llegaron a ningún acuerdo sobre el coche. Debido a su fluido francés, está claro que el visitante de Madame Gorbetier tiene que haber sido Hartig y no Münzenberg.

Pero ¿por qué Hartig y solo? ¿Negociaba en nombre del grupo mientras los otros descansaban en el café? ¿Era portador Hartig de los dos mil francos o Willi aún estaba en posesión del dinero? Sólo sabemos que más tarde ese mismo día, Madame Gorbetier volvió a ver al evasivo Hartig, pero esta vez a última hora de la tarde, a diez kilómetros de allí, en el tercer poblado, Saint Marcellin. Una vez más, Hartig estaba solo. Después de este cambio de escenario,

Valentín Hartig también desaparece en dirección a París y los nazis. Y para entonces, lo más probable es que Münzenberg ya estuviera muerto.

La cuestión crucial es la siguiente: cuando Hartig intentaba comprar el coche, Münzenberg debió de quedarse a solas con el pelirrojo y el segundo joven. Los tres permanecieron en el café de Montagne a la espera y allí se les vio. Se dice que Münzenberg se sentía tan cansado que apenas podía seguir adelante. Pero a partir de este instante la secuencia se difumina.

En 1987 un libro polémico causó un gran impacto en un simposio sobre Münzenberg que tuvo lugar en Zurich. El libro fue publicado en la República Democrática por un hombre llamado Gerhart Leo, quien detentaba un alto cargo en el mundo periodístico de Honecker. Sostenía que su padre, un tal Wilhelm Leo, había sido uno de los jóvenes acompañantes de Willi. No está claro si el pelirrojo o el otro. El libro dice que su padre le había contado toda la verdad de los hechos de Montagne cuando la familia regresó para residir en la República Democrática.

Según Gerhart Leo, una vez hubo partido Hartig y Münzenberg se quedara en el Café de Montagne con sus dos compañeros, Willi se mostró desesperado. Dijo sentirse enfermo y en un estado tal de agotamiento y desmoralización que no podía seguir adelante sin un descanso. Pidió a sus dos compañeros que se adelantasen por el bosque que él ya trataría de alcanzarlos. Le obedecieron y partieron, aunque por qué Willi dijo de ir por el bosque es bastante inexplicable. ¿Hacia dónde? ¿La frontera suiza? Estaban agotados. Caía la noche. No tenían coche. Hartig no había vuelto y es posible que tuviera el dinero. Es obvio que lo más sensato era regresar adonde estaban sus compañeros refugiados, acampados y listos para pasar una noche bajo las estrellas a sólo unos cuantos kilómetros de distancia. Esos refugiados, todos ellos, se pusieron a salvo a los pocos días. Ni siquiera se les envió un mensaje a quienes esperaban en Saint Antoine. Los dos jóvenes, en cambio, se internaron en el bosque.

Leo afirma que su padre y el otro joven esperaron en el bosque el improbable encuentro con el ya repuesto Münzenberg. Pero no

llegó.

Cuando pasó más tiempo del debido, Leo sostiene que los dos volvieron a la linde del bosque. Allí encontraron a Willi. Se había colgado con unas sogas usadas para embalar el tabaco local.

Babette Gross leyó y releyó este libro varias veces. Sentía el máximo recelo. En primer lugar, consideraba que la fuente, un periodista manifiestamente comunista con una editorial estatal detrás, era muy poco digno de confianza. Además, no conocía ningún Wilhelm Leo entre los exiliados alemanes, aunque tuviera de ellos un conocimiento enciclopédico. Negaba con toda rotundidad que Münzenberg hubiera conocido antes al pelirrojo Leo. Además, no podía creer que Münzenberg hubiera confiado su vida a dos desconocidos. Sin duda, hubiera sido mucho mejor correr el riesgo en compañía de los demás refugiados e ir hacia el sur en busca de salvación. Münzenberg había dejado bien claro que, con coche o sin él, volvería a reunirse con sus amigos en Saint Antoine, ya fuera para recogerlos como pasajeros o para pasar la noche con ellos y luego reanudar la marcha. ¿Por qué, entonces, en medio de la desesperación y una posible enfermedad, habría de cambiar el rumbo y lanzarse a pie hacia Suiza? La idea de que en un hombre tan con los pies en la tierra como él hubiera siquiera considerado embarcarse en semejante caminata, de noche, con rumbo incierto y en estado de agotamiento, sin protección y en compañía de dos jóvenes comunistas, era algo insensato a ojos de Babette. Lo mismo me parece a mí.

Añadamos el misterio del largo silencio. ¿Por qué el joven Leo y su familia esperaron casi medio siglo para aclarar uno de los misterios más persistentes de la segunda guerra mundial? Con algo de frivolidad, Gerhart Leo dice que el régimen de Ulbricht no le tenía simpatía a los exiliados alemanes como su padre y sentía intensa antipatía por Münzenberg. Willi fue una persona prácticamente inexistente en la República Democrática hasta la publicación del libro de Leo. El autor afirma que el régimen se hubiera opuesto a que se conociera esta historia. Me resulta difícil de creer. En Occidente y durante la guerra fría, se creía universalmente que Münzenberg había sido asesinado por el

aparato; esto era una acusación contra la NKVD y el partido alemán. Una prueba fehaciente de que la teoría del asesinato era falsa, y más que falsa, paranoica, sólo podría haber recibido los plácemes del gobierno comunista. Sin embargo, fue en 1987, con Hartig y muchos otros testigos ya convenientemente muertos, cuando se permitió que la historia saliera a la luz.[42]

Babette creía que el libro carecía de cualquier valor. Aunque no usó esa palabra conmigo, creo justo decir que lo veía como un intento de desinformación.

Volvamos al 21 de junio de 1940. En algún momento después de que Münzenberg y sus compañeros se dieron cuenta de que no había ningún coche en Montagne, sucedió una de dos cosas. Valentín Hartig desapareció por razones desconocidas. Probablemente no regresó nunca con sus compañeros a Saint Antoine ni devolvió los dos mil francos de Willi que acaso haya tenido en su poder, ni dio ninguna explicación. Simplemente partió, fue visto esa noche en Saint Marcellin, y se apresuró a reunirse con sus presuntos protectores, los nazis.

Willi se quedó a solas con uno o dos jóvenes, uno de los cuales pudo haber sido Wilhelm Leo. Y es bastante posible que un Münzenberg exhausto y desesperado tomara una repentina decisión, enviara a los jóvenes al bosque y, una vez solo, caminara hasta la linde del bosque, encontrara la soga y se colgara. Creo que es psicológicamente verosímil. Sé que también lo es físicamente. Willi sabía cómo hacer un nudo corredizo. Una historia familiar recuerda que, cuando era niño, en medio de una tremenda discusión con su padre borracho, el chico amenazó con matarse, se encaramó al ático de la taberna con una soga. Una vez allí hizo el nudo y se sentó a considerar ese último acto. Mientras se lo pensaba, se quedó dormido, con la cuerda por almohada.[43]

Ahora, en 1940, podía haber hecho el nudo una vez más. Y podía haberlo usado.

Pero hay otra posibilidad que es la del asesinato. Cuando fracasó el primer intento de comprar el auto, Hartig pudo haber ido a

intentarlo con Madame Gorbetier, posiblemente incluso en posesión del dinero. Es evidente que Münzenberg confiaba en Hartig. Se quedó en el café esperando. Pero Hartig no volvió. Es posible que todos supusieran que Hartig habría vuelto con la compañía de los demás refugiados en Saint Antoine. En cualquier caso, los tres se quedaron solos. Anochecía.

En ese momento, Münzenberg y los jóvenes se levantaron y partieron. Se los vio salir juntos del café, lo que contradice la versión de Leo de que los dos jóvenes se adelantaron dejando a Willi en el café. Ciertamente no podían haber hecho algo tan alocado como partir a pie a la caída de la noche rumbo a Suiza. Es obvio que tenían la intención de volver sin el coche y sin Hartig con sus compañeros que estaban a unos pocos kilómetros de allí. Y en esa dirección caminaron. Tenían que apresurarse si querían llegar a Saint Antoine antes del anochecer. El camino pasaba por unas arboledas.[44] Pudieron decidir tomar un atajo. Se internaron.

Münzenberg avanzó por la creciente oscuridad sólo un corto trecho. Ahora estaban fuera de la vista. Y sea lo que fuera lo que sucedió a continuación, tuvo que pasar muy rápidamente.

Si Willi Münzenberg fue asesinado, tal como yo creo, el método fue uno de lo comúnmente usados por asesinos. Con una cuerda firme, lo bastante fuerte como para ser llamada soga, capaz de sostener el peso de un hombre suspendido en el aire, se hace un lazo y el asesino aferra los cabos a su muñeca, se acerca a la víctima por la espalda, le pasa el lazo por encima de la cabeza y aprieta con todas sus fuerzas mientras le clava una rodilla en la espalda. El golpe de la rodilla sumado a la fuerza de la cuerda rompe el cuello y produce al mismo tiempo el estrangulamiento. La víctima no puede defenderse. La muerte, si no es instantánea, es rápida. El asesino ha de ser un hombre joven, fuerte y el resultado es casi indistinguible de la muerte por ahorcamiento salvo por algún moretón en la espalda.

Si así ocurrió con Willi, a los asesinos les fue muy fácil pasar la soga por una rama y colgar al hombre ya muerto y dejarlo allí balanceándose mientras desaparecían.

La premisa número uno de cualquier asesinato es atrapar a la víctima a solas; en este caso, alejar a Willi de los demás compañeros. Fue Hartig quien lo convenció de dejar el grupo para la búsqueda del coche irresistible. Una vez logrado, fue Hartig quien dejó a Münzenberg solo con los dos jóvenes. A partir de entonces, Hartig desaparece rumbo a la protección nazi. Si Willi fue asesinado, lo fue sin duda por los dos jóvenes a las órdenes de la NKVD. Babette tenía razón. Münzenberg jamás hubiera confiado en los dos jóvenes sin Hartig. Eran obviamente peligrosos. Pero ¿Hartig? Confiaba en él. Pensaba que era de fiar, un socialdemócrata, un no comunista, un hombre de confianza sin ataduras con el pasado.

Creo que en eso se equivocó.

Admito que Hartig pudo haber partido hacia el norte por mera cobardía dejando solo a Münzenberg con los dos jóvenes por razones no relacionadas con el asesinato. Babette Gross podría tener razón en su conclusión de que era inocente. Sin embargo y ante la ausencia de más pruebas, sigo pensando que su comportamiento es altamente sospechoso o, cuando menos, sumamente propicio para los asesinos.

El posible error fatal de Münzenberg consistió en creer que Hartig era lo que decía ser, un socialdemócrata. No lo era; se trataba de un izquierdista que se sentía libre de pasarse a los invasores alemanes en París del mismo modo que lo hizo Julius Alpari, el antiguo contacto de Willi en el espionaje, un alto cargo del aparato soviético, quien se sintió perfectamente a salvo ante la llegada de la *Wehrmacht*. Haciéndose pasar por socialdemócrata, Hartig, desde mi punto de vista, estaba idealmente situado para que su doble vida sirviera a los dos dictadores. No lo afirmo; lanzo la conjetura. Pero si Valentín Hartig colaboró en el asesinato, entonces me parece factible que el fin de Münzenberg se debió a una colaboración de los servicios nazi y soviético.

Puede muy bien haber sido una última cláusula letal en el finamente editado pacto.

En octubre se descubrió el cadáver. Las hojas caían rápidamente, pero aún no habían cubierto del todo el cuerpo en descomposición

de Willi cuando lo encontraron los perros de los cazadores. La soga que lo había atado al roble seguramente se rompió pronto; cuando se descubrió el cadáver, éste estaba sentado, con las rodillas empinadas, bajo el árbol. No tenía dinero encima, salvo un valioso reloj en la muñeca. En su bolsillo había una tarjeta postal dirigida a Babette, una carta con el membrete del PEN Club de París y algunos papeles que no pudieron identificarse.

Los hombres que encontraron el cuerpo fueron rápidamente a la alcaldía de Saint Marcellin a notificarlo, pero antes de hacerlo, mientras los perros gruñían y ladraban en torno al cadáver, cada uno de ellos arrancó un trocito de la soga que había estado anudada al cuello. Se trataba de una superstición campesina. Por alguna razón, creían que un trozo del nudo corredizo de un ahorcado daba suerte a los cazadores.

Epílogo

> Un comunista que está siendo juzgado por su vida en Praga ha confesado por sorpresa ante el tribunal que yo le di instrucciones escritas para que fuera un agente británico y que yo era un alto cargo del Servicio de Inteligencia Británico. Se llama André Simon y recuerdo vagamente haberle conocido en París en 1940. Deseo informar a la prensa que, debido a una reciente operación dental, tengo los labios cosidos.
>
> *The Diaries of Noel Coward*,
> 5 de noviembre de 1952.

Diez años de la muerte de Willi Münzenberg, en 1950, Estados Unidos había entrado en la guerra fría y Otto Katz estaba de regreso en Checoslovaquia, donde salió de las sombras y entró en la nueva y tenue luz totalitaria como un hombre poderoso. Durante la guerra, se le había mantenido alejado de las líneas de fuego. Los espías tienden a ponerse a un lado cuando avanzan los ejércitos. Se había instalado en México, exiliado pero nada ocioso, metido en numerosas maniobras políticas.

Pero en la guerra, Katz había hecho un pequeño servicio al aparato divulgando desinformación sobre la muerte de Münzenberg. Para este fin, utilizó a su «vocero francés», Geneviéve Tabouis, la corrupta y ruin periodista a quien ingleses y norteamericanos consideraron erróneamente como una especie de heroína de la verdad en el momento de la caída de Francia. Katz logró que ella anunciara en su libro *They Called Me Cassandra* lo que sería la

mentira oficial soviética sobre la muerte de Willi, según la cual, naturalmente, éste había sido un colaborador de los fascistas. De hecho, gran parte de la desinformación póstuma sobre Willi puede rastrearse hasta Katz. Pocas horas antes de su propia ejecución, como prueba de su lealtad al partido, dio testimonio de que él había contribuido a la caída de su viejo amigo.

En 1944, cuando acababa la guerra, Katz abandonó de súbito la ciudad de México y viajó con su amigo Kisch a Praga. Los dos asistieron a la proclamación del nuevo Estado checo, listos para recibir la recompensa por toda una vida dedicada a las confabulaciones.

Antes del golpe checo, a finales de los años cuarenta, Katz pasó algún tiempo en el Ministerio de Información. Dios sabe muy bien que ese ministerio que combinaba propaganda y servicios de inteligencia debió de haber sido su hábitat natural, pero también se le nombró responsable de noticias internacionales del periódico nacional *Rude Pravo*. Allí empezó a escribir su más conocida columna política, «Habla André Simone». Finalmente Otto se estaba haciendo un nombre.

No se trata de que hubiera dejado el servicio secreto. Mientras el gobierno Benes-Masaryk se mantuvo firme, el trabajo secreto necesario para preparar su caída requirió toda clase de esfuerzos ocultos[0]. Después del golpe, Katz fue de gran utilidad para un gobierno que sustituía el pensamiento por la conspiración. De una manera u otra, Katz estaba en su elemento.

Sin embargo, había cambiado. El otrora seductor era ahora un prepotente del poder. En otro tiempo, en la terraza de Norma Schearer e Irving Thalberg, Katz había desplegado sus encantos con su acento de los Sudetes. Ahora era arrogante y vulgar. Su vanidad, en un tiempo tan hábilmente ocultada, se volvió clamorosa y chillona. Un izquierdista norteamericano recuerda habérselo encontrado en la Conferencia por la Paz de 1946 en París cuando un taxi pegó un frenazo a su lado. Tras la ventanilla del vehículo estaba Otto Katz; había hecho que el taxi se detuviera de golpe con sólo mencionar el nombre del gran personaje que iba a ver: Maurice Thorez.[1] Hasta su antigua modestia cobró un tono gestual y fanfarrón. Después de una reunión de figurones en Praga, Katz comentó que no quería «dar la impresión de ser el poder detrás del

trono».

Con el golpe, Katz se hizo aún más influyente en febrero y marzo de 1948, cuando Stalin decidió dar por terminada su supuesta colaboración con los no comunistas de Checoslovaquia y se cargó el gobierno de Benes como se había pactado en Yalta. Durante tres años, Katz había servido como agente de penetración en ese gobierno.[2] Pero en el invierno de 1948 el golpe checo consiguió el triunfo de la verdad sobre la apariencia. El gobierno de Benes, con el que Katz había mantenido relaciones tan prolongadas como complejas, se había basado en la fantasía de una coalición de demócratas y comunistas, del tipo de ilusiones que había sabido crear Münzenberg. Ahora se le ordenó al aparato demoler esa ilusión y establecer un Estado abiertamente totalitario. El gobierno de Benes fue reducido a la nada; Masaryk «se suicidó». El líder estalinista Klement Gottwald, borracho de poder (y también de alcohol) asumió todo el poder y llegó tambaleante al sitial que le correspondía como cabeza de un gobierno enteramente obediente al Dictador del Proletariado.[3]

Con este nuevo gobierno, Otto Katz pareció haber culminado su vida secreta y haberlo hecho con total autoridad. Por fin podía dejar atrás las viejas redes secretas de Norteamérica, Francia, Inglaterra y México. En el país de su infancia había nacido el paraíso socialista; esa inevitable Utopía por la que Katz se había pasado la vida mintiendo finalmente había comenzado a implantar el reino de la perfección materialista. ¿Todavía creía o podía creer Otto en este sueño? Tantas décadas de mentir por la verdad ¿habían hecho mella en su capacidad de creer? No es que esta creencia tuviera importancia. La sinceridad de la fe de Katz no estaba condicionada para nada por el destino que se le estaba preparando.

Nunca hubo verdadera seguridad en la Utopía, incluso para el servidor más obediente. Siempre se debía temer la letal gratitud de Stalin. Otto Katz había dicho y visto muchas cosas comprometedoras a lo largo de esas décadas. ¿Quién podía saber si en esta nueva vida no se iría de la lengua? Podía suceder que el dictador evitara ese riesgo enviándole a la discreción definitiva, ese silencio que ningún interrogador podría romper. No obstante, al

final algo más inesperado que la recompensa de Stalin hizo caer a Otto Katz. Fue destruido por una crisis del mundo secreto, una crisis en la que estaban involucradas todas esas viejas redes en las que él había intervenido con tanto ahínco.

La crisis a la que me refiero provino de América con el estallido de la gran causa célebre de esa época: el caso Hiss. Fue un suceso que tuvo un fuerte impacto en la política norteamericana. Pero también repercutió profundamente en la política checa. Debido a que involucraba a un gran número de sus viejos contactos norteamericanos, también alcanzó de pleno a Otto Katz, sobre todo gracias a Noel Field.

*

En agosto de 1948 se planteó el caso Hiss ante el Comité de Actividades Antiamericanas por el testimonio sobre todo de tres espías: Elizabeth Bentley, Whittaker Chambers y, más tarde, Hede Massing. Los tres habían entrado en el aparato a través de las redes de Münzenberg y, aunque no se le mencionara en las interpelaciones, sus testimonios pusieron en peligro muchas de las redes que se habían organizado en Norteamérica, en especial en Washington, tras la fachada del «antifascismo» de Münzenberg. El momento de las revelaciones llegó seis meses después del golpe de Estado checoslovaco y tuvo lugar en las marmóreas dependencias del Congreso, al inicio de la débil campaña presidencial de Truman, en el mismísimo momento en que los dirigentes de la vieja coalición de Roosevelt tenían toda la razón del mundo para temer que su base política estaba a punto de caer hecha trizas. Las sesiones del Comité, convocadas fuera de fecha y con una clara intención política, se celebraron para escuchar el testimonio de un correo y hombre de contacto del espionaje soviético, un viejo amigo de Otto Katz y de los mafiosos húngaros de Nueva York, un hombre que trece años antes había sido el enlace de una de las más importantes redes en Washington. El testigo era «Karl», el antiguo confidente de Josephine Herbst. Trece años antes, oculto tras este alias, tras sus modales dostoievskianos y su indefinible acento alemán, «Karl» había frecuentado el diminuto y desangelado apartamento de John Herrmann en Washington. Allí escuchó cariñosamente la

emocionada historia de la infelicidad de Josie. Pero ahora «Karl» se había puesto tras el micrófono y con la identidad norteamericana de Whittaker Chambers empezó a decir unas verdades sobre el *apparat* como jamás las había dicho norteamericano alguno.

Debido a esta decisión, Whittaker Chambers quedaría sometido a toda una vida de vituperación e insultos, pero, por el momento, lo que decía era electrizante. También era terriblemente peligroso no sólo para una de las partes. Si Chambers estaba diciendo la verdad, todas estaban en peligro, en especial todas las redes de América y Europa creadas con la cobertura de Münzenberg y sus hombres. Eran las que a lo largo de la guerra y con la apariencia de «antifascistas» se habían infiltrado en todos los gobiernos aliados y en una gran cantidad de organizaciones honorables, con el firme propósito de preparar y asegurar la conquista soviética en Alemania y Europa del Este. Y ahora, en el momento justo del triunfo de esta política clandestina, Chambers revelaba una información que podía poner todo eso sobre el tapete.

El ejemplo típico de un agente que estaba en peligro directo era el viejo pupilo de Hede Massing en espionaje, Noel Field. El peligro alcanzó la alerta roja cuando Chambers hizo la declaración más explosiva: una de las personas que servían como agentes del espionaje soviético en la red de Washington era nada menos que Alger Hiss, un importante personaje de los medios diplomáticos norteamericanos. Chambers afirmó que Hiss, junto con su mujer Priscilla, había estado al servicio de los rusos como mínimo desde mediados de los años treinta.

Era vital que Field no quedara al alcance de los norteamericanos. Los rusos actuaron de inmediato para evitarlo. Cuando las declaraciones de Chambers conquistaron los titulares de todo el mundo, Noel Field estaba en Praga. Estaba «frenético» por lo que sucedía en Washington; buscó y pronto contactó con sus controles soviéticos.[4] Temía que Hiss o Chambers o quizás algún otro clandestino de Washington, como por ejemplo el abogado Laurence Duggan, pudiera acusarlo en cualquier momento.[5] A medida que avanzaban las revelaciones, a Field se le convocó en Budapest, donde desapareció de improviso. Fue «arrestado». Y lo mismo les sucedió a su mujer Herta, a su hermano Herman y a su hija «adoptiva», una mujer nada propensa a lo filial, ya adulta y una

comunista alemana de la línea dura llamada Erica Wallach.

Estos «arrestos» fueron en parte auténticos encarcelamientos y, en parte, un teatro. Field y su familia quedaban prisioneros y sin libertad de movimientos. Entre otras cosas, su confinamiento facilitaba a los apologistas soviéticos de Occidente el presentarlos como víctimas del régimen en vez de los acérrimos colaboradores que en realidad eran. Pero la verdadera representación sólo se avecinaba. Como reacción ante el caso Hiss, Noel Field estaba a punto de que le dieran el papel de ubicuo superespía norteamericano cuyo «testimonio» ahora podría utilizarse para justificar una nueva e inmensa oleada de Terror que conmovería al mundo comunista de las democracias populares. Este fue el mito de Noel Field como maestro manipulador de una extensa red de traidores a la Revolución, todos ellos manipulados por Allen Dulles y al servicio del capitalismo y del peor demonio de todos, el nuevo archienemigo de Stalin, el mariscal Tito. Los traidores eran sirvientes del capitalismo confabulados para destruir la Revolución. Pretendían restaurar el capitalismo. Este fue el pretexto para el gran Terror dentro del partido que se produjo en toda la Europa del Este y que sirvió para justificar la ejecución de miles de personas.

Es evidente que los soviéticos coordinaron el Terror desatado gracias a Noel Field y el caso Hiss. Field fue arrestado pocos días antes de que empezara el juicio por perjurio de Alger Hiss en Nueva York; recuperó la libertad el mismo día que Hiss abandonó la penitenciaría federal de Lewisburg. Mientras tanto, en Estados Unidos, Field desapareció de las noticias y no se pensó más en él. Él y su familia de espías desaparecieron del diario frenesí de la atención pública y la compleja historia de los juicios comunistas fue reemplazada por la noticia sensacional de los Hiss y el agotador drama de acusaciones y réplicas sobre su presunta inocencia o culpabilidad.

Los Hiss respondieron a las acusaciones de Chambers con una negativa indignada, recalcitrante, absoluta y políticamente escandalosa a la que se aferraron todas sus vidas. Todo era una mentira; cada palabra traslucía una odiosa y paranoica falsedad; era un despreciable invento de los guerreros de la guerra fría y sus

cohortes derechistas para desacreditar a la diplomacia progresista de Estados Unidos. En el subsiguiente intercambio de réplicas y contrarréplicas, no se dejó de tocar ningún aspecto de la opinión política norteamericana. Como ha señalado Diana Trilling, «durante años, el caso Hiss representó en pequeño lo que había representado el caso Dreyfus en Francia».[6] Mientras los Field desaparecían tras el telón de acero, el caso Hiss se convirtió en la gran polémica norteamericana de la época.

La letal actuación de Noel Field finalmente desapareció de la vista por completo. Pero nunca ha muerto la polémica sobre si Whittaker Chambers decía la verdad o no sobre el espionaje de los Hiss. En este mismo momento, el vaivén del péndulo ha empezado a ganar velocidad propulsado por los hallazgos en varios archivos.

A finales de 1992 el director de los archivos soviéticos, el general Dimitri Volkogonov, se retractó de unas declaraciones hechas poco antes en las que afirmaba que en los archivos de la Inteligencia Militar Rusa no existía ninguna prueba que indicara la culpabilidad de los Hiss ni que Chambers hubiera sido algo más que un simple miembro del partido comunista norteamericano. La primera declaración de Volkogonov saltó naturalmente a las primeras páginas de los periódicos norteamericanos y por un momento se la consideró como la palabra definitiva sobre el caso, hasta que el general se desdijo reconociendo que el abogado de los Hiss, un hombre llamado John Lowenthal, le había presionando mucho «para que dijera cosas de las que no estaba enteramente convencido».[7]

¿Cómo estaban relacionados Alger Hiss y Noel Field? Las respuestas definitivas han de esperar a que se abran más los archivos rusos y de Europa del Este, pero el informe de Budapest encontrado por Maria Schmidt deja en claro que ambos conocían bien sus respectivos trabajos secretos. Incluso sin esos informes, sabemos que los Hiss y los Field eran amigos en Washington antes de la guerra, en los soleados días en que los jóvenes partidarios del New Deal charlaban alrededor de una piscina. Hasta la guerra y el

desenmascaramiento de Field como agente soviético, los dos mantuvieron contactos de cooperación. Pero más allá de estas amistosas asociaciones, es obvio que la búsqueda de refugio de Field en el Este fue provocada por el caso Hiss. Herta y Noel iniciaron su horrenda odisea a partir del terror de la guerra fría. Los Field salieron de la prisión húngara exactamente el mismo día en que Alger Hiss cumplía el fin de su condena en Estados Unidos.

Ya hemos visto cómo Hede Massing actuó de contacto introductor de Field en el espionaje cuando éste aún era funcionario del Departamento de Estado. Al mismo tiempo, en otra red, John Herrmann y Whittaker Chambers dirigían la red de penetración a la que pertenecía Hiss. Hede Massing, en su libro *This Deception*, describe cómo en 1935 Alger Hiss presionaba a su buen amigo Field para que dejara el grupo de Massing y se incorporara a su propia red de agentes. Field lo consideró, dado el buen entendimiento que tenía con Hiss. Esto provocó presiones; entonces Field organizó una reunión entre Hiss y Massing para que discutieran qué organización debía quedarse con él.[8] Según Maria Schmidt, los archivos húngaros confirman al cien por cien la versión de Massing de este evento.[9] Se dice que las declaraciones de Field a la policía secreta en 1954 están plagadas de información sobre el espionaje de Hiss, pues lo conocía muy bien y desde sus comienzos.

*

Y así los destinos de los Hiss y de sus amigos Field se entrelazaron en la alta política de la época. Lo mismo sucedió con sus juicios respectivos. Mintiendo por la verdad y, según creo, mintiendo hasta el final, los cuatro representan una mezcla emblemática y torturada del bien y del mal. Fue su destino común el que los secretos de sus duplicidades se transformaran en imágenes necesarias para las distintas visiones del bien y del mal de su tiempo.

Los procesos del Terror levantados en torno a Field, uno de los episodios más terribles y reveladores de la historia contemporánea europea, aún son muy poco conocidos. Tuvieron lugar en todas las capitales del Este, menos en Belgrado. En Hungría, Rajk fue procesado y fusilado; en Checoslovaquia, el presidente Slansky y

muchos más hallaron la muerte. Y fue en este último proceso en el que Otto Katz, el buen amigo de Field, fue condenado a muerte.

En sus memorias, Lillian Hellman se lamenta de que Otto Katz hubiera sido ejecutado porque «el régimen quería matar su espíritu independiente».[10] Es un disparate paralelo a la versión sostenida por los apologistas del régimen según la cual Field fue en realidad una mera víctima de la opresión estalinista en los tiempos de los juicios Rajk-Slansky. Otto Katz fue un servidor enteramente obediente al régimen hasta los últimos minutos de su vida. En cuanto a Field, si bien es cierto que su trabajo como agente corría peligro por las revelaciones sobre sus actividades en Occidente, de hecho actuó durante toda la época de los juicios Rajk-Slansky como un provocador y verdugo que colaboró plenamente como «superespía norteamericano» cuyo «testimonio» era utilizado para condenar a muerte a incontables agentes y camaradas igualmente comprometidos con el movimiento antifascista. Schmidt insiste en que los documentos de sus declaraciones de 1954 confirman categóricamente estos supuestos. Pero la colaboración de Field también salta a la vista: se le permitió seguir viviendo y se le «rehabilitó», mientras que literalmente miles de sus camaradas del viejo movimiento fueron «liquidados» en ese mismo tiempo y en su nombre.

Es importante recordar que la gente condenada en esos juicios no eran necesariamente disidentes ni adversarios del régimen. Creer que lo eran es caer en un craso error. No era gente que dudara ni eran los Bujarin del Este. Casi cada uno de ellos era un estalinista convencido. Rajk, Slansky, Reicin, Katz: eran todos eficaces y leales servidores. No murieron por oponerse a Stalin. Murieron porque habían obedecido a Stalin de una manera que ahora era conveniente silenciar. Reicin, una de las principales víctimas checoslovacas, no era un tierno partidario de la libertad. Era un notorio y feroz agente de la NKVD, casi con seguridad un participante directo en la muerte de Masaryk.[11] Rajk había sido un ferviente inquisidor estalinista en Hungría, cuyos numerosos actos de opresión incluían la tortura del cardenal Jozsef Mindszenty y la opresión de la Iglesia católica.[12] También es verdad que afirmar que todos estos infelices llevados a juicio habían sido colaboradores de los crímenes de Stalin representaría una calumnia insensata. De

ningún modo. Muchos eran comunistas inocentes e idealistas. Muchos eran funcionarios decentes o venales que estuvieron en el lugar equivocado en el momento menos oportuno. O se trataba simplemente de judíos, ya que el Terror de Stalin adoptó entonces un carácter abiertamente antisemita. Sin embargo, se debe recordar que Stalin nunca consideró como aliados a sus colaboradores más próximos. Siempre eran enemigos potenciales, traidores a la espera de algo. En los juicios, el dictador ajustaba cuentas tanto con sus aliados como con sus enemigos. Y casi siempre, lo que hacía era borrar huellas.

Pero sin duda, los juicios Rajk-Slansky tuvieron un significado más amplio que una simple respuesta a la crisis que creó en los servicios secretos el desenmascaramiento de Hiss. La siniestra oleada de conspiración propagandística que en los últimos años de la década de los cuarenta barrió todo, salvo el poder comunista en Alemania y en el Este, debe verse como la culminación triunfante de dos décadas de trabajo clandestino que, después de 1945, fue reforzado y puesto en su sitio por el Ejército Rojo. Y trágicamente, entre las muchas operaciones encubiertas para captar, subvertir, desacreditar, aplastar o aniquilar cualquier facción política no obediente a Stalin, las de las redes del movimiento antifascista deben ser consideradas como las más importantes. Dentro de los servicios de Gran Bretaña y Estados Unidos, en el SOE y en las OSS, desde Kim Philby hasta Jürgen Kuczynski, los agentes de penetración utilizaron sus cargos para desacreditar y destruir las facciones del Este y de Alemania que resultaban inaceptables para Stalin.[13] En los pasillos de la OSS y del Ministerio de Información británico, gente que ahora sabemos que eran agentes de penetración, gente cuyo prestigio provenía de su historial en el antifascismo diseñado por Münzenberg, procuraban que sus compañeros antifascistas perfectamente auténticos, pero no comunistas, quedaran a un lado, desprestigiados y declarados oficialmente indignos de confianza. Es una desgraciada ironía que la labor de desacreditar las motivaciones políticas de los otros antifascistas estuviera a cargo de agentes de un aparato político que hasta poco tiempo antes había mantenido una alianza activa y

manifiesta con Hitler y que durante largo tiempo utilizó su antifascismo para encubrir sus secretas vinculaciones con el dictador alemán. Pero casi nadie se entera de esa ironía. La estrategia funcionó. El trabajo de los topos de Cambridge para demoler la facción de Mihailovich en Yugoslavia es la única de estas traiciones estudiada en profundidad y bien conocida. Hubo muchas más que se originaron tanto en los servicios británicos como norteamericanos.[14] La gota que finalmente rebosó la copa en 1948 fue sangrienta y tenaz.

Y así, con el caso Hiss, dio comienzo un nuevo Terror. Los juicios para liquidar a estalinistas sobrantes se pusieron en marcha en todos los Estados satélites. En Hungría, László Rajk, el comunista más popular del país, fue arrestado y llevado a una casa en las afueras de Budapest que de hecho era una cárcel y una cámara de tortura. Allí se le careó personalmente con Noel Field, prisionero en el mismo lugar, quien insistió en su nuevo papel de superespía norteamericano.

Los juicios del Terror iniciaron su gira por toda Europa del Este. Empezaron en Albania y Bulgaria, cobraron fuerzas en Hungría y alcanzaron su terrible esplendor con los juicios Slansky en Praga. Allí, se cebó en los obedientes servidores que se habían mostrado más activos en los cuadros estalinistas del movimiento antifascista en Europa y en la estratagema española. El porqué fue así es algo que nunca ha sido investigado en profundidad.[15][00]

Entonces, en noviembre de 1951, el presidente Rudolf Slansky fue arrestado junto con otros importantes miembros de su gobierno, la mayoría judíos. Katz no estuvo en la primera redada de víctimas. Nuestra última visión de él como hombre libre es de pie en un autocar donde se encontró con la esposa aterrorizada de Otto Sling, uno de los arrestados. Se dice que intentó consolarla amablemente.

Poco después de esta charla, los agentes del aparato al que Katz había servido toda su vida le dieron caza.

*

Los relatos de cómo se obtenían las confesiones de los

prisioneros representan uno de los más terribles documentos que haya visto este siglo. *La confesión* de Artur London y *The State of My Mind* de Eugen Löbl son relatos de cómo todo artificio concebible de dolor físico, humillaciones, terror, falsas promesas, falsa camaradería y otra vez terror fueron utilizados de forma sistemática e invencible. Todos confesaron. Ni uno falló.

¿Otto Katz? Según Löbl, confesó en cuanto fueron a por él. No ofreció la menor resistencia. «Confesó en el ascensor», dijo Löbl.[16]

Y a finales de noviembre de 1952 Otto Katz se sentó en el banquillo de los acusados y leyó exactamente lo que se le había requerido. Su confesión no hace especial hincapié en Noel Field, pero en cambio es interesante como una especie de parodia grotesca y tergiversada de su propia vida de agente secreto. Otto recalcó de qué manera, siendo él hijo de un rico fabricante, siempre se había sentido atraído por los «elementos burgueses judíos». Confesó que era trotskista desde los días de Piscator. Durante el Pacto, se había convertido en un agente sionista a través de la diabólica influencia de un judío miembro del gabinete de Daladier, Georges Mandel. Señaló que había conspirado con el reaccionario Benes. En Norteamérica, lo había hecho con Louis Fischer y el «nacionalista judío» Felix Frankfurter. En París, lo habían reclutado Noel Coward y Paul Willert para la inteligencia británica. En Estados Unidos, David Schoenbrun, el «agente del judaismo capitalista», lo había introducido en el servicio norteamericano. Había colaborado con los israelíes. Le había influenciado el monstruo de Earl Browder. Había trabajado para los sionistas en México. Había sido correo de Slansky y «otros conspiradores» entre los periodistas extranjeros.

Muchos años después, Löbl recordaba que la confesión de Katz había tenido un tono peculiarmente histriónico y que Katz había dicho que «no hay árbol lo bastante alto para colgarme».[17] Löbl se preguntaba si acaso Katz no había señalado por ironía a todos sus amigos del Oeste o si simplemente se encaminó a la muerte como siempre había vivido, como un *poseur*.

Sin contestar a este interrogante, la transcripción publicada sugiere algo un tanto diferente. Arthur Koestler estaba convencido de que la confesión de Katz era un mensaje entre líneas para él y que el lenguaje era una imitación directa de la confesión de su personaje, basado en Bujarin, en *Darkness at Noon*.[18] Cuando se

acercaba al fin de la confesión, Katz habló de su vida como escritor. «Soy un escritor, supuestamente un arquitecto de almas. Qué clase de arquitecto he sido… Semejante arquitecto de almas merece la horca.» Luego, al igual que tantos otros acusados, se lanzó a suplicar la pena de muerte. «El único servicio que aún puedo hacer es alertar a todos aquellos que, por su origen (*sic*) o idiosincracia, estén en peligro de tomar el mismo camino al infierno.»

Luego prosigue: «Cuanto más duro el castigo…». Y entonces, a media oración, algo le traicionó. Cuanto más duro el castigo…, pero la voz le falló. Continuó moviendo los labios, pero su solicitud de muerte se transformó en un susurro ininteligible, una especie de gemido.

Katz fue ahorcado al día siguiente.

Pero antes de que el verdugo lo fuera a buscar, antes del alba, Otto se arrodilló en el suelo de la celda y terminó su vida tal como había vivido: escribiendo. Primero redactó una extensa carta para Klement Gottwald, el presidente del país, retractándose de su confesión y defendiendo su propia integridad. La carta representa un texto coherente y muy inteligente, notable, dadas las circunstancias en que fue escrito. Sin duda, está plagado de mentiras, pero es fluido, incluso locuaz; un documento considerable y de alguna manera persuasivo.

Luego Otto escribió una última carta a su mujer. A ella se le había permitido una visita un poco antes. Este sería el adiós por escrito. Después de que se lo llevaran, los guardias encontraron en su celda una pila de papeles llenos de intentos desechados de empezar esta carta, junto con el texto que finalmente había completado. «Mi muy querida Ilschen», empieza una y otra vez Otto. Intenta redactar una frase. «Dediqué todo lo bueno que había en lo más recóndito de mi ser a nuestra relación», pero vuelve a vacilar y tiene que coger una nueva hoja. Por último, lo consigue y añade: «Recuérdalo y olvida todo lo demás sobre mí». Usando el verbo en pasado, habla de su trabajo en común como socialistas en un lenguaje que apunta hacia la retórica religiosa: «Tuve tiempo suficiente para pensar en el futuro y lo vi en toda su gloria. Vi un sitio reservado para ti…». ¿Escribió esto con fe o sin ella, para los

ojos de Ilse o los del aparato? Quizá ni él mismo lo supiera. Y repite el sueño. La urge «para adelante, siempre para adelante». Luego, arrodillado, repite su ruego: «Olvídame. Olvídame. Vive y olvídame».

El cadáver de Otto, como el de Slansky y sus otros compañeros de prisión, fue incinerado.[19] Las cenizas y los huesos fueron puestos en bolsas y un par de agentes secretos fueron asignados para que los sacaran de la ciudad y se deshicieran de ellos donde no pudieran encontrarse. Se les había indicado algún apropiado valle de la desolación, pero el camino hasta allí era largo y aburrido. Además, este asunto de las bolsas era absurdo. ¿A quién le importaba? ¿Quién lo sabía? En un camino solitario cerca de Praga, los agentes se aproximaron a una zanja llena de basura. Allí echaron las bolsas y se alejaron dejándolas al olvido del crudo viento invernal.

Apéndices

Nota sobre los archivos

Este estudio sobre las vinculaciones entre los servicios secretos soviéticos y la vida intelectual de Occidente dio comienzo cuando Mijail Gorbachov se embarcó en la *perestroika*. Mis investigaciones en muchos archivos y las entrevistas mantenidas naturalmente se vieron enriquecidas por los tremendos acontecimientos que culminaron finalmente en agosto de 1991. No obstante, en esos primeros años, la mayoría de los archivos estatales de la Unión Soviética, ciertamente aquellos de mayor importancia para mí, siguieron estando inaccesibles para los estudiosos occidentales. Sin embargo, desde 1992 un acceso considerable aunque todavía restringido a los documentos históricos del régimen caído ha posibilitado profundizar en muchas cuestiones. Esto es especialmente cierto en los llamados Archivos Centrales del Partido, o más formalmente, el Centro Ruso para la Conservación y Estudio de los Documentos de Historia Contemporánea, en la calle Pushkinskaia de Moscú. Estos Archivos Centrales del Partido son el principal depósito de los anales del Komintern, o Internacional Comunista. Puesto que el hilo de Ariadna que yo sigo aquí fue dejado por Willi Münzenberg, un padre fundador del Komintern, hay una gran cantidad de material que me ha sido de gran valor. Quiero aprovechar la ocasión para agradecer a mi investigador en Moscú, el profesor Roman Shenin, a S. Todd Weinberg, el profesor Harvey Klehr, John Costello y Alan Cullion por su generosa asistencia al ayudarme a organizar y comprender la vasta cantidad de material que de pronto se me hizo disponible en la última fase de mi trabajo. También deseo agradecer a Patricia Kennedy Grimstead sus consejos admirables y lúcidos cuando me puse manos a la obra. Recomiendo sus textos indispensables sobre el tema a cualquier futuro investigador.

Me alegra informar no exento de cierto alivio que los muchos

meses pasados en los Archivos Centrales, donde se guarda la mayoría de la documentación sobre Münzenberg, hasta ahora han confirmado o coincidido con mi anterior investigación. Además, han quedado corroboradas algunas de mis principales hipótesis. Por ejemplo, hasta enero de 1993 creía por deducción, pero no podía estar seguro, que la autoridad bolchevique que mandó a Münzenberg llevar a cabo la campaña acerca del incendio del Reichstag era Radek. Ahora estoy seguro. Hasta 1993 mi investigación fuera de los archivos me había hecho tener una certidumbre moral, pero sin la prueba definitiva, de que durante el Proceso Dimitrov en Leipzig, el invisible intermediario entre Stalin y los nazis era el comunista alemán Wilhelm Pieck. Este libro ya estaba en galeradas cuando se descubrió en Pushkinskaia cierto telegrama del máximo secreto dirigido al mismo Stalin. Quedaba probado que Pieck había sido el intermediario. Y sin duda, algunos detalles significativos han cambiado. Por ejemplo, yo sabía que el «camarada Mofskin», quien en 1935 cerró las empresas de Münzenberg, era de hecho Mijaíl Trilliser, un alto mando de los servicios secretos, y que en el tema en cuestión participó en la toma final y secreta de todas las funciones del Komintern por parte de la policía secreta soviética. Erróneamente supuse que Trilliser actuaba para la NKVD. De hecho, fue para el GRU. Es una distinción de cierto relieve, aunque no muy grande.

Lo más importante es que las dos premisas en que se basa este libro han sido ampliamente reforzadas y probadas como fehacientes por este material. La primera postula lo que puede parecer simple, pero que ha adquirido el cándido aspecto de lo obvio visto desde el presente. Cuando empecé mi trabajo, tenía que hacer grandes esfuerzos por verificar y luego demostrar incluso mi premisa más básica: que las empresas de Münzenberg no eran de hecho independientes ni organizaciones políticas espontáneas, sino iniciativas propagandísticas del gobierno soviético, por lo general enmascaradas tras una fachada de «izquierdismo independiente». Los Archivos Centrales del Partido finalmente han puesto punto final a esta vieja discusión. Demuestran y de forma abrumadora que las numerosas empresas de Münzenberg estaban totalmente controladas por el aparato del gobierno. Está claro que todo lo que organizó, desde la campaña Sacco-Vanzetti hasta el Movimiento por

la Paz y la propaganda para la guerra civil española, fue realizado en firme conjunción con el régimen.

Esto no representa ninguna sorpresa para los estudiosos del tema. Dada la condición pública de liderazgo de Münzenberg en el partido comunista alemán, su famoso vínculo personal con Lenin en Suiza y su lugar en el círculo íntimo de los bolcheviques incluso antes de 1917, por no mencionar su explícita y encarnizada actuación en pro de la causa soviética durante Weimar, podría suponerse que su subordinación a la Internacional era segura. De ningún modo. Los simpatizantes de su causa siempre han negado la subordinación de Münzenberg al régimen. Es comprensible. Al fin y al cabo, Münzenberg organizaba y dirigía amplias redes de simpatizantes proestalinistas. Precisamente esa negación y esa pretensión de independencia política son el *sine qua non* de todos los frentes de simpatizantes. Hasta finales de los años ochenta, los partidarios del Frente Popular continuaron negando, sobre todo (y supongo que necesariamente), la dirección estalinista de las empresas de Münzenberg. Incluso capacitados observadores seguían viendo «izquierdismo independiente» y «espontaneidad» tras fenómenos como el Movimiento por la Paz de fines de los años veinte y principios de los treinta. La documentación de los archivos obliga a rectificar esas opiniones. Por supuesto, esos movimientos estuvieron compuestos casi exclusivamente por inocentes motivados por sinceros ideales. Pero el Movimiento por la Paz manipuló el miedo a la guerra, tan generalizado en Europa y Estados Unidos después de 1918, mediante un aparato político que era invisible servidor de los designios de Stalin. Y las verdaderas políticas de aquel aparato distaban mucho de propiciar la paz.

*

Una segunda premisa importante confirmada por los Archivos Centrales es la que apareció tiempo después de haber empezado mis investigaciones. No sólo trabajó Münzenberg obedeciendo al gobierno soviético, sino que sus empresas estaban coordinadas con los otros servicios secretos soviéticos, que estaban plenamente infiltrados en ellos. La dimensión encubierta empezaba dentro del Komintern, pero se expandía más allá de esos límites. Los Archivos

indican claramente que Münzenberg y sus lugartenientes siempre coordinaban sus actividades con el servicio secreto del Komintern conocido como el OMS y con Mirov-Abramov, su director. También indican que esos lugartenientes siempre estaban ligados a otros servicios secretos del gobierno: a la sección extranjera de la policía secreta (la INO de la NKVD-KGB) y al GRU, la inteligencia militar.

Parte de este trabajo secreto no representa ninguna sorpresa. Se esperaba que un aparato de propaganda como el de Münzenberg estaría capacitado para divulgar desinformación. Sin duda. Lo hacía a todo nivel, desde expandir falsas noticias hasta las manipulaciones más refinadas en las áreas más sensibles de las cancillerías extranjeras. Pero hubo mucho más. Los frentes de Münzenberg, por más «idealistas» que fueran, por más llenos de «inocentes» que estuvieran, estaban diseñados y utilizados como fachadas para algunos de los aspectos más siniestros del espionaje, acciones encubiertas, agentes de influencia, incluso sabotaje.

Ahora es difícil entender cómo podría haber sido de otro modo. En los Archivos Centrales, los informes de actividades legales e ilegales se entremezclan y se hacen indistinguibles. Al trabajar con el OMS, Münzenberg estaba asociado con las escuelas del Komintern de entrenamiento de espías y agentes encubiertos. Sus empresas y el personal estaban profundamente comprometidos en el reclutamiento de espías. Le estoy sumamente agradecido a ese infatigable investigador que es John Costello, quien desde el principio compartió conmigo descubrimientos de su propia cosecha en archivos de Alexander Orlov y Kim Philby que confirman mi comprensión del papel desempeñado por los frentes de Münzenberg como centros de reclutamiento de agentes secretos y, en especial, mis hipótesis sobre el papel de los asesores de Münzenberg en el reclutamiento de Philby. Los descubrimientos de archivos que conmigo compartió Harvey Klehr, de Emory University, arrojan nueva luz sobre el papel del Komintern en, por ejemplo, las redes de espionaje de Jay Peters en Washington durante los años treinta, redes en las que participó gente de Münzenberg. La obra recién publicada de Thierry Wolton, también basada en los archivos, ha descubierto material que indica cómo Münzenberg y su gente llevaron a cabo la penetración de preguerra en el gobierno francés, lo que reflejo en la parte dedicada al Rassemblement Universel

Populaire y lo sucedido en tomo al viaje de Gide a la URSS en el capítulo 9.

El material es cuantioso e indispensable. Su evaluación y publicación acaban de empezar. Mientras, el material más sensible sigue fuera de nuestro alcance. Desde 1992 se ha supuesto que los Archivos Centrales del Partido están abiertos por completo y sus secretos son los únicos por revelar. De hecho, es contado el material realmente sensible sobre el espionaje soviético en Occidente que no sufre restricciones. Incluso material que ha pasado por el Komintern, sigue estando clasificado en los archivos de la KGB y la Inteligencia Militar, por no mencionar los ultrasecretos «Archivos Presidenciales» que ahora están, de forma bastante fantasmagórica, en los aposentos de Stalin en el Kremlin. El actual servicio secreto ruso sigue poniendo límites muy estrictos a lo que se considera materia reservada. Una serie de los temas más secretos tratados en este libro, la conspiración Dimitrov, la historia de Walter Krivitsky, la verdad sobre la muerte de Münzenberg, la intriga en torno a la de Máximo Gorki, los sucesos de España relacionados con la desaparición de Berzin, el posible papel de Guy Liddell, todo ello ha sido aclarado en parte por el nuevo material, pero de forma indirecta y fragmentaria.

Debo añadir una palabra sobre Alger y Priscilla Hiss. No la última palabra por supuesto; jamás parece haber una palabra definitiva sobre ellos. Como verá el lector, en mi opinión, la verdad del caso Hiss sólo se obtendrá tras un completo estudio de las carreras políticas y del espionaje realizado por Noel y Herta Field. Y no se llegará a ese estudio completo sin un acceso a los archivos de los estados satélites de la Unión Soviética. En 1992 un alto cargo del gobierno soviético, el general Dimitri Volkogonov, hizo una declaración, de la que luego se retractó, según la cual no había pruebas de que Hiss hubiese sido un espía. Este penoso episodio sólo demuestra la limitación que representa para los estudiosos el depender de portavoces oficiales. La verdad es que, como materia de archivo, el caso Hiss aún no ha sido investigado abierta o sistemáticamente y no lo será hasta que los estudiosos puedan examinar directamente los archivos de la Inteligencia Militar Soviética. En el ínterin, las pruebas de que Alger y Priscilla Hiss eran agentes del espionaje soviético son bastante espectaculares.

Pero todas las revelaciones más sensacionales de los últimos tiempos han aparecido de forma fragmentaria y siempre relacionadas con alguna decisión de alto nivel cuyas motivaciones políticas no han sido por lo general difíciles de precisar. La apertura de las verdaderas fuentes históricas acaba de empezar. Ha habido algunos esfuerzos del gobierno ruso, pero son dignos de aplauso sobre todo los trabajos de empeñados investigadores y archiveros rusos llevados a cabo en condiciones deplorables. El proceso aún está en mantillas. Mientras escribo, aparecen nuevos impedimentos. Debo añadir que los esfuerzos del gobierno ruso deberían tener su eco en Occidente, en Gran Bretaña, en Francia y en las otras democracias. Tampoco hay que pensar que Estados Unidos está exento de participar. El Acta de Libertad de Información ha servido de forma admirable a los estudiosos, pero la mayoría de los investigadores coinciden en que su desarrollo se ha visto dificultada por muchas restricciones anticuadas y absurdas. En verdad, se hace menester un nuevo espíritu de apertura de todas las partes para que ese libre y renovado discurso histórico de la post-guerra fría, del que espero que este libro forme parte, pueda tener el papel que le corresponde.

Bibliografía

Libros

Acheson, Dean, *Present at the Creation: My Years in the State Department*, Norton, Nueva York, 1969.

Alexander, Tania, *A Little of All These: An Estonian Childhood*, Cape, Londres, 1987.

Allen, Peter, *The Cambridge Apostles*, Cambridge University Press, Cambridge y Nueva York, 1978.

Alpern, Sara, *Freda Kirchway: A Woman of the Nation*, Harvard University Press, Cambridge, Mass., 1987.

Álvarez del Vayo, Julio, *The Last Optimist*, Viking, Nueva York, 1950.

Ambrose, Stephen y Richard H. Immerman, *Ike's Spies. Eisenhower and the Espionage Establishment*, Doubleday, Nueva York, 1981.

Andrew, Christopher y Oleg Gordievsky, *The KGB: The Inside Story of its Foreign Operations from Lenin to Gorbachev*, Harper Collins, Nueva York, 1990.

Arendt, Hannah, *The Origins of Totalitarism*, Harcourt, Nueva York, 1966. [Trad, esp.: *Los orígenes del totalitarismo*, Alianza Editorial, Madrid, 1987.]

Aron, Raymond, *Mémoires: Cinquante ans de réflexion politique*,

Julliard, Paris, 1983. [Trad, esp.: *Memorias*, Alianza Editorial, Madrid, 1985.]

Baigell, Matthew y Julia Williams, eds., *Artists against War and Fascism: Papers of the First American Artist's Congress*, Rutgers University Press, New Brunswick, 1986.

Baker, Leonard, *Brandéis and Frankfurter: A Dual Biography*, Harper and Row, Nueva York, 1984.

Bancroft, Mary, *Autobiography of a Spy*, Morrow, Nueva York, 1983.

Beauvoir, Simone de, *La plenitud de la vida*, Edhasa, Barcelona, 1989.

Bell, Quentin, *Virginia Wolf: A Biography*, vol. 1, Harcourt, Nueva York, 1972. [Trad, esp.: *Virginia Woolf*, Lumen, Barcelona, 1980 y 1982, 2 vols.]

Beloff, Nora, *Tito's Flawed Legacy*, Gollancz, Londres, 1985.

Bentley, Elizabeth, *Out of Bondage: The Story of Elizabeth Bentley*, primera edición, Adan Devair, Nueva York, 1951. Reeditado por Ivy, Nueva York, 1988, con apéndices y prólogo de Haydon Peake.

Bentley, Joanne, Hallie Flanagan: *A Life in the American Theater*, Knopf, Nueva York, 1988.

Berberova, Nina, *Histoire de la baronne Boudberg*, biografía traducida del ruso por Michel Niqueux, Editions Actes Suds, 1988.

Bernhardt, H. y otros, *Der Reichstags brandprozess unf Georgi Dimitroff*, Institut fur Marxismus-Leninismus, beim ZK der SED, *et al* Band 1, Dietz Verlag, Berlin, 1989.

Blackstock, Paul W., *The Secret Road to World War II: Soviet versus Western Intelligence*, 1921-1939, Quadruple, Chicago, 1969.

Bohlen, Charles, *Witness to History*, Norton, Nueva York, 1973.

Bolloten, Burnett, *The Spanish Civil War: Revolution and Counterrevolution*, University of North Carolina Press, 1991. [Trad, esp.: *La guerra civil española. Revolución y contrarrevolución*, Alianza Editorial, Madrid, 1995.]

Borkenau, Franz, *European Communism*, Harper, Nueva York, 1953.

Boyle, Andrew, *The Climate of Treason*, Hutchinson, Londres, 1979. Edición de bolsillo, Coronet, Londres, 1980.

Brové, Pierre y Émile Témime, *La Revolution et la guerre d'Espagne*, Les Éditions de Minuit, París, 1961. [Trad, esp.: *La*

revolución española, Península, Barcelona, 1977.]

Buber-Neumann, Margarete, *Kriegsschulplatze der Weltrevolution. Ein Bericht aus der Praxis der Komitern*. 1919-1943, Seewald Verlag, Stuttgart, 1967.

Burke, Michael, *Outrageous Good Fortune*, Little Brown, Boston, 1984.

Carlton, David, *Anthony Eden*, Allen Lane, Londres, 1981.

Carr, E.H., *Twilight of the Komintern, 1930-1935*, Pantheon, Nueva York, 1982. [Trad, esp.: *El ocaso del Komintern*, Alianza Editorial, Madrid, 1986.]

Carr, Virginia Spencer, *Dos Passos: A Life*, Doubleday, Nueva York, 1984.

Caute, David, *The Fellow Travellers*, Macmillan, Nueva York, 1971.

—, *The Great Fear: The Anticommunist Purge Under Truman and Eisenhower, Simon & Schuster, Nueva York, 1978*.

Chambers, Whittaker, *Cold Friday*, con introducción de Duncan Norton-Taylor, Random House, Nueva York, 1964.

—, *Witness*, Random House, Nueva York, 1952. Reedición de Regnery, Lake Bluff, Ill.

Cockburn, Claud, *A Discord of Trumpets*, Simon & Schuster, Nueva York, 1956.

Cockburn, Patricia, *Figure of Eight*, Chatto and Windus, Londres, 1985.

—, *The Years of the Week*, MacDonald and Co., Londres, 1968.

Cohen, Stephen F., *Bukharin and the Bolshevik Revolution: A Political Biography, 1888-1938*, Knopf, Nueva York, 1973. Edición revisada, Oxford, Nueva York, 1980.

Connolly, Cyril, *The Missing Diplomats*, Queen Anne Press, Londres, 1952.

Conquest, Robert, *The Great Terror: A Reassessment*, Oxford, Nueva York, 1990.

—, *Harvest of Sorrow*, Oxford, Nueva York, 1986.

—, *Inside Stalin's Secret Police. NKVD Politics, 1936-1939, Macmillan, Londres, 1985*.

—, *Stalin and the Kirov Murder*, Oxford, Nueva York, 1989.

Cookridge, E.H. (Eward Spiro), *The Net that Covers the World*, Holt, Nueva York, 1955.

Cooper, Duff, *Old Men Forget. The Autobiography of Duff Cooper*, Viscount Norwich, Dutton, Nueva York, 1954.

Costello, John, *Deadly Illusions*, Crown, Nueva York, 1993.

—, *The Mask of Treachery*, Morrow, Nueva York, 1988.

Coward, Noël, *Future Indefinite. An Autobiography*, Doubleday, Nueva York, 1954.

—, *The Noel Coward Diaries*, editado por Graham Payn y Sheridan Morley, Little Brown, Boston, 1982.

Dallin, David J., *Soviet Espionage*, Yale, New Haven, 1955.

Davenport, Marcia, *Too Strong for Fantasy*, Scribner's, 1967.

Deacon, F.W. y G.R. Storry, *The Case of Richard Sorge*, Harper and Row, Nueva York, 1966.

Deacon, Richard, *The British Connection*, inédito, 1982.

—, «*C*»: *A Biography of Sir Maurice Oldfield, Head of the MI-6, Macdonald, Londres y Sidney, 1985*.

—, *The Cambridge Apostles*, Farrar Strauss, Nueva York, 1986.

Desanti, Dominique, *Les clés d'Elsa: Aragon-Triolet*, Ramsey, París, 1983.

Dewar, Hugo, *Assasins at Large*, The Beacon Press, Boston, 1952.

Dimitrov, Georgi, *Das Reichstagsbrandprozess*, Neue Wege, Berlín, 1946. [Trad, esp.: *Ante los tribunales nazis*, VOSA, Madrid, 1989.]

—, *The Working Classes against Fascism, Gollancz, Londres, 1935*.

Dos Passos, John, The Best Times: An Informal Memoir. 1896-1970, The New American Library, Nueva York, 1966. [Trad, esp.: Años inolvidables, *Alianza Editorial, Madrid, 1974.]*

—, *The Fourteenth Chronicle: Letters and Diaries of John Dos Passos, editado por Townsend Luddington, Gambit, Boston, 1973*.

—, *Most Likely to Succeed*, Prentice-Hall, Nueva York, 1954.

—, *The Theme is Freedom*, Books for Libraries Press, Freeport, N.Y., 1970.

Draper, Theodore, *American Communism and Soviet Russia*, Viking, Nueva York, 1960.

Dunlop, Richard, *Donovan: America's Master Spy*, Rand McNally, Nueva York, 1982.

Dziak, John, *Chekisty: A History of the KGB*, Lexington Books, Lexington, 1988.

Edwards, Ruth Dudley, *Victor Gollancz: A Biography*, Gollancz, Londres, 1987.

Fest, Joachim, *Hitler*, Verlag Ullsyein, Berlin, 1973.

Fischer, David James, *Romain Rolland and the Politics of Engagement*, Berkeley, California, 1988.

Fischer, Louis, *Men and Politics: An Autobiography*, Duell Sloan, Nueva York, 1941.

Fischer, Ruth, *Stalin and German Communism*, Harvard U.P., Cambridge, 1948.

Furet, François, *El pasado de una ilusión. Ensayo sobre la idea comunista en el siglo XX*, Fondo de Cultura Económica, México, 1995

Gardiner, Muriel, *Code Name: Mary*, Yale University Press, New Haven, 1983.

Gide, André, *Littérature engagée*, introducción y selección de textos de Yvonne Davet, Gallimard, París, 1950.

—, *Retouches à mon retour de l'URSS, Gallimard, Paris, 1937*.

—, *Retour de l'URSS*, Gallimard, Paris, 1936.

Gisevius, Hans Bernd, *To the Bitter End*, Greenwood Press, Westport, Conn., 1947.

Glees, Anthony, *The Secret of the Service: A Story of Soviet Subversion of Western Intelligence*, Cape, Londres, 1987.

Gnedin, Evgeny, *Iz istorii otnoshenii mezhdu SSSR is fashistskoi Germanii. Dukumenty i sovremennye kommentarii*. (De la historia de las relaciones entre la URSS y la Alemania fascista: Documentos y comentario contemporáneo), Isdvto «Khronika», Nueva York, 1977.

Goldberg, Anatol, Ilya Ehrenburg: *Writing Politics and the Art of Survival*, Weidenfeld and Nicolson, Londres, 1984.

Gross, Babette, *Willi Münzenberg: A Political Biography*, University of Michigan State, East Lansing, Mich., 1974.

Guillbeaux, Henri, *La fin des Soviets*, Société Française d'Éditions Littéraires et Techniques, Paris, 1937.

Guilloux, Louis, *Carnets: 1921-1944*, Gallimard, Paris, 1978.

Hamilton, Iain, *Koestler: A Biography*, Seeker and Warburg, Londres, 1982.

Hare, Richard, Maxim Gorky: *Romantic Realist and Conservative Revolutionary*, Oxford, Londres, 1962.

Hayman, Ronald, *Bertold Brecht*, Oxford, Nueva York, 1983.

Hays, Arthur Gardfield, *City Lawyer*, Simon and Schuster, Nueva York, 1942.

Heijenoort, Jan van, *With Trotsky in Exile: From Prinkipo to*

Coyoacan, Harvard U.P., Cambridge, 1978.

Heller, Mikhail y *Aleksandr M. Nekrich, Utopia in Power: The History of the Soviet Union from 1917 to the Present, Summit, Nueva York, 1986*.

Heilman, Lillian, *An Unfinished Woman*, Little Brown, Nueva York, 1970.

Hemingway, Ernst, *Selected Letters: 1917-1961*, Scribner's, Nueva York, 1981.

Herbart, Pierre, *A la recherche d'André Gide*, Gallimard, París, 1952.

Herbst, Josephine, *The Starched Blue Sky of Spain*, Harper Collins, Nueva York, 1991.

Hilger, Gustav y *Alfred Meyer, The Incompatible Allies: A Memoir History of German-Soviet Relations, 1918-1941, Macmillan, Nueva York*, 1953.

Hingley, Ronald, *Joseph Stalin: Man and Legend*, McGraw-Hill, Nueva York, 1974.

Hiss, Alger, *Recollections of a Life*, Holt, Nueva York, 1988.

Hodos, George, Show Trials: Stalinist Purges in Eastern Europe, 1948-1954, Praeger, Londres, 1987.

Holroyd, Michael, *Lytton Strachey*, Holt, Rinehart, Nueva York, 1968.

Hook, Sidney, *Out of Step: An Unquiet Life in the 20th Century*, Harper and Row, Nueva York, 1987.

Hoopes, Roy, *Ralph Ingersoll*, Atheneum, Nueva York, 1985.

Humbert-Droz, Jules, *Dix ans dans la lutte antifasciste: Les mémoires de Jules Humbert-Droz*, 1931-1941, volumen 3, A la Baconnière, Neuchâtel, 1972.

Isherwood, Christopher, *The Berlin Stories*, New Directions, Nueva York, 1954. [Trad, esp.: *Adiós a Berlin*, Seix Barral, Barcelona, 1995.]

—, *Prater Violet*, Random House, Nueva York, 1945. [Trad, esp.: *Violeta del Prater*, Alianza Editorial, Madrid, 1989.]

Johnson, Chalmers, *An Instance of Treason: Ozaki Hotsumi and the Sorge Spy Ring*, Standford U.P., Standford, 1964.

Johnson, Diane, *Dashiell Hammett: A Life*, Random House, Nueva York, 1983. [Trad, esp.: *Dashiell Hammett. Biografía*, Seix Barral, Barcelona, 1986.]

Johnson, Paul, *The Birth of the Modern: World Society: 1915-1930*, Harper Collins, Nueva York, 1991.

—, *Intellectuals*, Weidenfeld and Nicolson, Londres, 1988.

—, *Modern Times: The World from the Twenties to the Eighties, Harper and Row, Nueva York, 1983*.

Jowitt, conde de, *The Strange Case of Alger Hiss*, Doubleday, Nueva York, 1953.

Kaplan, Justin, *Lincoln Steffens: A Biography*, Simon & Schuster, Nueva York, 1974.

Kaplan, Karel, *Dans les archives du Comité Central. Trente ans de secrets du bloc soviétique*, Albin Michel, Paris, 1978.

—, *Report on the Murder of the General Secretary, Ohio University Press, Columbus, 1990*.

Károlyi, conde Michael, *The Memoirs of Michael Károlyi: Faith without Illusion*, traducido del húngaro por Catherine Károlyi con introducción de A.J.P. Taylor, Cape, Londres, 1956.

Károlyi, Catherine, *A Life Together: The Memoirs of Catherine Károlyi*, Allen and Unwin, Londres, 1966.

Katz, Otto, *Der Kampf um ein Buch*, Carrefour, Paris, 1934.

—, *The Nazi Conspiracy in Spain*. Por el editor del *Libro pardo del Terror de Hitler*, traducido del original alemán por Emile Bums, Gollancz, Londres, 1937.

—, *The Second Brown Book of the Hitler Terror, Carrefour, París, 1934*.

—, *The White Book on the Executions of June 30, 1934, Carrefour, Paris, 1934*.

Kennan, George, *Memoirs: 1925-1950*, Little Brown, Boston, 1967.

—, *Memoirs: 1950-1963*, Little Brown, Boston, 1972.

—, *Russia and the West under Lenin and Stalin, Little Brown, Boston, 1960*.

Klehr, Harvey, *The Heyday of American Communism: The Depression Decade*, Basic Books, Nueva York, 1984.

Knightley, Phillip, *The Master Spy: The Story of Kim Philby*, Deutsch, Londres, 1988.

Koestler, Arthur, *The Age of Longing*, MacMillan, Nueva York, 1951.

—, *Darkness at Noon*, MacMillan, Nueva York, 1941.

—, *The Invisible Writing: The Second Volume of an Autobiography, Macmillan, Nueva York, 1954*.

Koestler, Arthur y otros, *The Good that Failed: Six Studies in Communism*, introducción de Richard Crossman, Hamish Hamilton, Londres, 1950.

Krivitsky, W.G., *In Stalin's Secret Service*, Harper's, Nueva York, 1939.

Kurtz, Peter, *American Cassandra: The Life of Dorothy Thompson*, Little Brown, Boston, 1990.

Kuunien, Aino, *The Rings of Destiny: Inside Soviet Russia from Lenin to Brezhnev*, introducción de Wolfgang Leonhard, Morrow, Nueva York, 1974.

Lacouture, Jean, *André Malraux*, Seuil, París, 1973.

Lamphere, Robert J. y Tom Schachtman, *The FBI-KGB War: A Special Agent's Story*, Random House, Nueva York, 1986.

Langer, Elinor, *Josephine Herbst: The Story She Could Never Tell*, Atlantic-Little Brown, Nueva York, 1984.

Laqueur, Walter, *Stalin: The Glasnost Revelations*, Unwin & Heyman, Londres, 1990.

Lash, Joseph P., *Eleanor and Franklin*, Norton, Nueva York, 1971.

Lawson, John Howard, *Film in the Battle of Ideas*, Garland, Nueva York, 1985.

Lazitch, Branko y Milorad M. Drachkovitch, *Tue Biographical Dictionary of the Komintern*, Hoover Institution Press, Palo Alto, 1973.

—, *The Komintern: Historical Highlights: Essays, Recollections, Documents, Praeger, Nueva York, 1966*.

—, *Lenin and the Komintern*, volumen I, Hoover Institution Publications n.º 106, Hoover Institution Press, Standford, 1972.

Leggett, George, *The Cheka: Lenin's Political Police*, Clarendon Press, Oxford, 1981.

Lehmann, John, *The Whispering Gallery*, Harcourt Brace, Nueva York, 1955.

Leo, Gerhard, *Frühzug nach Toulouse*, Verlag der Nation, Berlin, 1985.

Leonhard, Wolfgang, *Child of the Revolution*, Regnery, Chicago, 1958.

Lerner, Warren, *Karl Radek: The Last Internationalist*, Standford

University Press, Standford, 1970.

Levine, Isaac Don, *Eyewitness to History*, Hawthorne Books, Nueva York, 1973.

Lewis, Flora, *Red Pawn: The Story of Noel Field*, Doubleday, Nueva York, 1965.

Liang, Hsi-Huey, *The Berlin Police Force in the Weimar Republic*, U. of California Press, Berkeley, 1970.

Lockhart, Bruce, *Secret Agent*, Putnam's, Nueva York, 1933.

London, Artur, *The Confession*, Morrow, Nueva York, 1970.

Lottman, Herbert, *La Rive Gauche. La élite intelectual y política en Francia entre 1935 y 1950*, Tusquets Editores, Barcelona, 1994.

Lübbe, Peter, *Abtrünnig Wider Willen*, R. Oldenberg Verlag, Munich, 1990.

Luddington, Townsend, *John Dos Passos: A Twentieth Century Odyssey*, Dutton, Nueva York, 1980.

Lynn, Kenneth, *Hemingway*, Simon & Schuster, Nueva York, 1987.

Lyons, Eugene, *Assignment in Utopia*, Harcourt Brace, Nueva York, 1937.

—, *The Red Decade: The Stalinist Penetration of America, Bobbs Merrill, Nueva York, 1941*.

MacDonald, C.A., *The United States, Britain and Appeasement: 1936-1939*, MacMillan en coedición con Saint Anthony's College, Londres, 1981.

Malraux, André, *Anti-Mémoires*, Version original francesa en Gallimard, Paris, 1967. [Trad, esp.: *Antimemorias*, Círculo de Lectores, Barcelona, 1992.]

Mann, Thomas, *Diaries*, Knopf, Nueva York, 1982.

—, *The Letters of Thomas Mann: 1889-1955*, seleccionadas y traducidas por Richard y Clara Winston, Knopf, Nueva York, 1971.

Massing, Hede, *This Deception*, Duell Sloan, Nueva York, 1951.

Mayenburg, Ruth von, *Hotel Lux*, C. Bertelsman Verlag, Múnich, 1978.

Meade, Marion, *Dorothy Parker: What Fresh Heil Is This*?, Random House, Nueva York, 1987.

Medvedev, Roy, *Let History Judge: The Origins and Consequences of Stalinism*, Columbia University Press, Nueva York, 1989.

—, *Nikolai Bukharin: The Last Years, Norton, Nueva York, 1980*.

Meyer, Cord, *Facing Reality: From World Federalism to the CIA*, Harper & Row, Nueva York, 1980.

Milne, James Lee, *Harold Nicolson: A Biography*, Chatto and Windus, Londres, 1980-1981.

Mitchison, Naomi, *You May Well Ask: A Memoir 1920-1940*, Gollancz, Londres, 1979.

Morel, Jean-Pierre, *Le roman insupportable. L'Internationale littéraire et la France (1920-1932)*, Gallimard, Paris, 1985.

Muggeridge, Malcolm, Chronicles of Wasted Time, vol. 1, The Green Stick, Collins, Londres, 1972; vol. 2, *The Infernal Grove*, Collins, Londres, 1973.

Münzenberg, Willi, *Propaganda als Waffe*, Carrefour, París, 1938.

Newton, Verne W., *The Cambridge Spies: The Untold Story of Maclean, Philby and Burgess in America*, Lanham, Madison, 1991.

Nicholaevsky, B.I., *Power and the Soviet Elite*, University of Michigan Press, Ann Arbor, 1975.

Nicolson, Harold, *Diaries and Letters, 1930-1964*, Stanley Olson, Londres, 1980.

Orlov, Alexander, *The Secret History of Stalin's Crimes*, Random House, Nueva York, 1954.

Ory, Pascal, *Nizan: Destin d'un révolté*, Ramsey, París, 1980.

Pawel, Ernst, *The Nightmare of Reason: A Life of Franz Kafka*, Farrar Strauss, Nueva York, 1984.

Payne, Robert, *The Life and Death of Lenin*, W.H. Allen, Londres, 1964.

Penrose, Barry y Simon Freeman, *Conspiracy of Silence*, Grafton, Londres, 1986.

Pérsico, Joseph, *Piercing the Reich: The Penetration of Nazi Germany by American Secret Agents During World War II*, Random House, Nueva York, 1979.

Perus, Jean, *Romain Rolland et Maxime Gorki*, Les Editeurs Français Réunis, Paris, 1968.

Philby, Kim, *My Silent War*, Grove Press, Nueva York, 1963.

Pincher, Chapman, *Their Trade is Treachery*, Sidgwick and Jackson, Londres, 1981.

Pipes, Richard, *The Russian Revolution*, Random House, Nueva York, 1990.

Popov, Blagoj, *Ot lajpzigskija prozes v sibirskite lageri*, editado con

prefacio de Peter Semerdjiev, Movement for the Liberation of Bulgaria, Paris, 1984.

Poretsky, Elizabeth K., *Our Own People: A Memoir of «Ignace Reiss» and his Friends*, Oxford University Press, Londres, 1969.

Porter, Katherine Anne, *The Never-Ending Wrong* Atlantic-Little Brown, Boston, 1977.

Powers, Thomas, *The Man Who Kept the Secrets: Richard Helms and the CIA*, Simon & Schuster, Nueva York, 1979.

Pritchard, R. John, *The Reichstag Fire: The Ashes of Democracy*, Ballantine Books, Nueva York, 1972.

Rees, Goronwy, *A Chapter of Accidents*, The Library Press, Nueva York, 1972.

Regler, Gustav, *The Great Crusade*, con prefacio de Ernest Hemingway, traducido por Whittaker Chambers y Barrows Mussey, Longman's Green, Nueva York, 1940.

—, *The Owl of Minerva. The Autobiography of Gustav Regler, Farrar Strauss, Nueva York, 1960*.

Reinhardt, Guenther, *Crime without Punishment*, Hermitage House, Nueva York, 1952.

Rhysselberghe, Maria van, *Les cahiers de la Petite Dame. Notes pour l'histoire authentique d'André Gide, 1929-1937, Les cahiers d'André Gide 5*, Gallimard, Paris, 1974.

Richardson, R. Dan, *Komintern Army: The International Brigades and the Spanish Civil War*, University of Kentucky Press, Lexington, 1982.

Rolland, Romain, *Inde, Journal (1915-1943)*, Albin Michel, París, 1960.

Rollyson, Carl, *Lillian Hellman: Her Legend and her Legacy*, St. Martin's Press, Nueva York, 1988.

Roosevelt, Kermit, *War Report on the OSS*. Preparado por el Proyecto de Historia, Unidad de Servicios Estratégicos, Despacho del Ayudante del Secretario de Guerra, Departamento de Guerra, D.C. Walker. Nueva York, 1976.

Russell, Francis, *Sacco and Vanzetti: The Case Resolved*, Harper and Row, Nueva York, 1986.

Salas, Jesús, *Intervención extranjera en la guerra de España*, 4 volúmenes, Madre Tierra, Madrid, 1990.

Schwartz, Nancy Lynn, *The Hollywood Writers's Wars*, Knopf,

Nueva York, 1982.

Seale, Patrick y Maureen McConville, *Philby: The Long Road to Moscow*, Simon & Schuster, Nueva York, 1973.

Sheean, Vincent, *Dorothy and Red*, Houghton Mifflin, Boston, 1963.

—, *A Personal Memoir*, Modern Library, Nueva York, 1939.

Shipman, Charles, *It Had to Be Revolution: Memoirs of an American Radical*, Cornell University Press, Ithaca, 1993.

Slanska, Josefa, *Report on My Husband*, Atheneum, Nueva York, 1969.

Slonim, Marc, *Soviet Russian Literature: Writers and Problems*, Oxford University Press, Nueva York, 1967.

Solzhenitsyn, Alexandr, *Archipiélago Gulag, 1918-1956*, en prensa, Tusquets Editores, Barcelona, 1997.

Souvarine, Boris, *Souvenirs sur Panait Istrati, Isaac Babel et Pierre Pascal: suivis de lettre à A. Soljénitsyne*, Editions Lebovici, Paris, 1985.

Spender, Stephen, *World without World*, Simon & Schuster, Nueva York 1978. [Trad, esp.: *Mundo dentro del mundo*, Muchnik, Barcelona, 1992.]

Sperber, Manès, *Ces temps-là, en especial Le pont inachevé y Au-delà de l'oubli. Les porteurs de Veau*, Calmann-Levy, Paris, 1979.

Stewart, Donald Ogden, *By a Stroke of Luck*!, Paddington Press, Londres, 1975.

Straight, Michael, *After Long Silence*, Norton, Nueva York, 1983.

Strasser, Otto, *Hitler and I*, Houghton Mifflin, Boston, 1940.

Tabouis, Geneviève, *They Called Me Cassandra*, Scriner's, Nueva York, 1942.

Tchoukovskaia, *Entretiens avec Anna Akhmatova*, Albin Michel, Paris, 1980.

Thomas, Hugh, *John Strachey*, Harper and Row, Nueva York, 1973.

—, *La guerra civil española*, Grijalbo, Barcelona, 1976.

Thompson, Dorothy, *The New Russia*, Henry Holt, Nueva York, 1928.

Thomberry, Robert, *Malraux et l'Espagne*, Librairie Droz, Ginebra, 1977.

Tobias, Fritz, *The Reichstag Fire*, Seeker and Warburg, Londres,

1963.

Tolstói, Nicolás, *Stalin's Secret War*, Cape, Londres, 1981.

Trepper, Leopold, *Le grand jeu*, Albin Michel, Paris, 1975.

Trilling, Lionel, *The Middle of the Journey*, Viking, Nueva York, 1947.

Troyat, Henri, *Maxim Gorky: A Biography*, Crown, Nueva York, 1989.

Tuck, Jim, *Engine of Mischief: An Analytical Biography of Karl Radek*, Greenwood Press, Nueva York, 1988.

Tucker, Robert C., *Stalin in Power: The Revolution from Above 1928-1941*, Norton, Nueva York, 1990.

Valtin, Jan, *Out of the Night*, Alliance Book Corporation, Nueva York, 1941.

Vernon, Betty, *Ellen Wilkinson*, Croom Helm, Londres, 1982.

Viertel, Salka, *The Kindness of Strangers: A Theatrical Life*, Holt, Nueva York, 1969.

Voros, Sander, *American Commissar*, Chilton, Filadelfia, 1961.

Weinstein, Allen, *Perjury: The Hiss-Chambers Case*, Knopf, Nueva York, 1978.

Weintraub, Stanley, *The Last Great Cause*, Weybright, Nueva York, 1968.

Wessel, Harald, *Münzenbergs Ende*, Dietz Verlag, Berlín, 1991.

West, Anthony, *H.G. Wells: Aspects of a Life*, Random House, Nueva York, 1984.

West, Rebecca, *The New Meaning of Treason*, Viking, Nueva York, 1964.

Willett, John, *Truth Betrayed*, Duckworth, Londres, 1987.

Wilson, Edmund, *Classics and Commercials*, Farrar Strauss, Nueva York, 1952.

Winks, Robin, *Cloak and Gown: Scholars in the Secret War, 1939-1961*, Morrow, Nueva York, 1987.

Wolfe, Bertram, *The Bridge and the Abyss*, Praeger, Nueva York, 1967.

Wolton, Thierry, *Le grand recrutement*, Grasset, París, 1993.

—, *Le KGB en France*, Grasset, Paris, 1987.

Wright, Peter y Paul Greengrass, *Spycatcher: The Candid Autobiography of a Secret Intelligence Officer*, Viking, Nueva York, 1987.

Wright, William, *Lillian Hellman: The Image, the Woman*, Simon & Schuster, Nueva York, 1986.

Zelt, Johannes, *Proletarische Internationalismus im Kampf um Sacco und Vanzetti*, Dietz Verlag, Berlin, 1958.

Folletos

Kerbs, Diethart y Walter Uka, *Willi Münzenberg*, Editions Echolot, Berlin, 1988.

Perreault, Gilles, *Willi Münzenberg, 1889-1941: D'Erfurt à Paris, un homme contre*. Publicado con el patrocinio de la conferencia internacional celebrada en Aviñón, marzo-abril 1992.

Artículos

Andrew, Christopher y Harold James, «Willi Münzenberg, the Reichstag Fire and the Convertion of Innocents», en *Deception in East West Relations*, Pergamon-Brassey, Londres, 1990.

Binder, David, artículo sobre Alexander Orlov, *The New York Times*, 26 de junio, 1991, pág. All.

Carew-Hunt, R.N., «Willi Münzenberg», *Saint Anthony's Papers*, n.º 9, 1960.

Deak, Istvan, «Hungary: The New Twist», *The New York Review*

of Books, 18 de agosto, 1988, pág. 47.

Draper, Theodore, «The Man Who Wanted to Hang», *Reporter*, 6 de enero de 1953.

Fetjö, François, «Letter from Paris: The Real Louis and Elsa», reseña de *Les clés d'Elsa*, de Dominique Desanti, en *Encounter*, 1983.

Gellhorn, Martha, «On Apocryphism», *Paris Review*, n.º 79, 1981, pág. 301.

Gruber, Helmut, «Willi Münzenberg: Propagandist for and againt the Komintern», *International Review of Social History*, vol. 10, 2.ª parte, 1965, págs. 188-210.

Kersten, Kurt, «Das Ende Willi Münzenberg», *Deutsche Rundschau*, mayo de 1957.

Klehr, Harvey y John Haynes, «The Comitem's Open Secrets», *The American Spectator*, diciembre de 1992, págs. 34-36.

Münzenberg, Willi, «Die Dritte Front», Berlin, 1930.

—, «Five Years of Workers' International Relief», *Inprecorr*, vol. 6, n.º 61, septiembre de 1926. Edición inglesa, págs. 1044-1045.

—, «Mit Lenin in der Schweiz», *Inprecorr*, 27 de agosto de 1926. Edición alemana, pág. 1838.

Oak, Liston, Informe sobre el trabajo del partido comunista en España, *Cali*, 18 de diciembre, 1937.

Schliemann, Jörgen, «The Life and Work of Willi Münzenberg», *Survey*, n.º 55, abril 1965, págs. 62-91.

Schmidt, Maria, «The Hiss Dossier», *New Republic*, 8 de noviembre, 1993, págs. 17-18.

Wollenberg, Eric, *Echo der Woche*, 12 de agosto, 1949.

Entrevistas y correspondencia

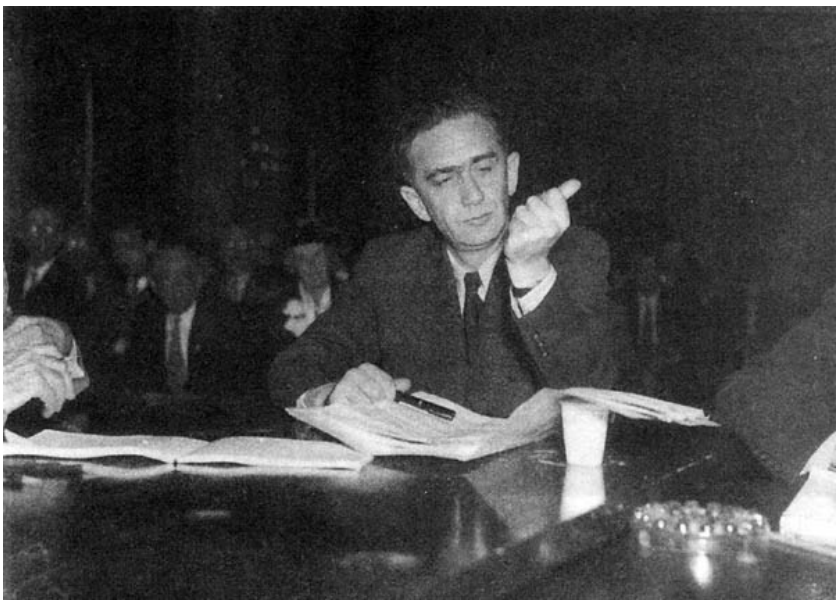
Mary Bancroft Peter Lübbe Ralph Bates Jean Malaquais Nina Berberova Frieda Marshall Sir Isaiah Berlin Herbert Marshall Rae

Bernstein Mary McCarthy Pierre Bertraux Noami Mitchison Patricia Bosworth Steve Nelson Michael Burke Henriette Nizan Andrew Cockburn Allen Oak John Costello Ruth Price Alan Cullison Margaret Regler Robert Crowley Herb Romerstein Ronald Dahl Jorgen Schliemann Manuela Dobos Maria Schmidt François Fejtö Peter Semerdjiev Babette Gross Carlotta Shipman Peter Gross Janka Sperber Norman Hackforth Herman Starobin John Hunt Michael Straight Joris Ivens Sam Tanenhaus Kot Jelinski Tzvetan Todorov Karel Kaplan Robert Towers Catherine Károlyi Diana Trilling Harvey Klehr Gus Tyler Peter Kurtz Ruth von Mayenburg Melvin Lasky Sir Dick White Leo Lerman Paul Willert Ruth Levine Helen Wolff Eugen Loebl William Wright.

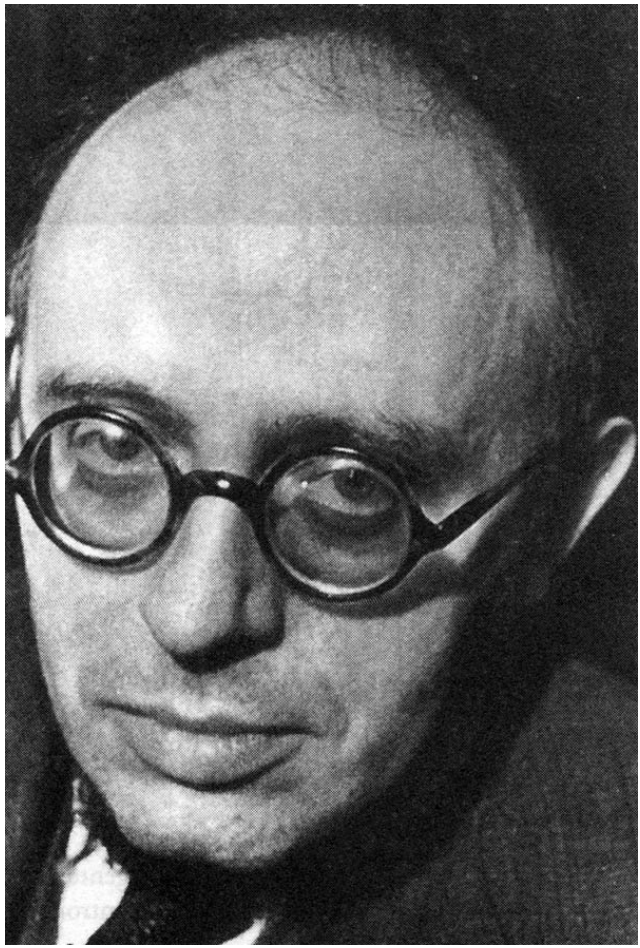
Archivos FOIA

Julio Álvarez del Vayo, dossier 100-11688.
Louis Gibarti, dossier 61-6629.
Lillian Hellman, dossier 100-16858.
Otto Katz, dossier 65-9266.
Willi Münzenberg, dossier 105-54056.

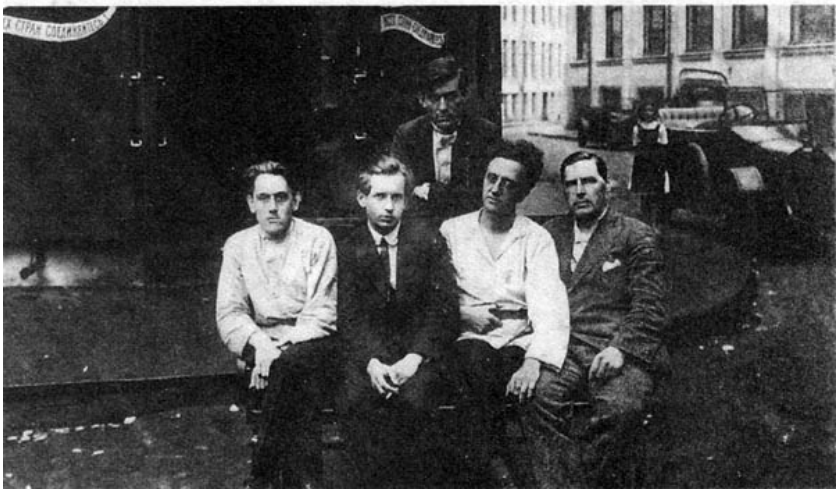
Fotos



El espía que sabía demasiado. Walter Krivitsky explica el pacto nazi-soviético pocos meses ante de su súbito fallecimiento (*UPI/Bettmann*)



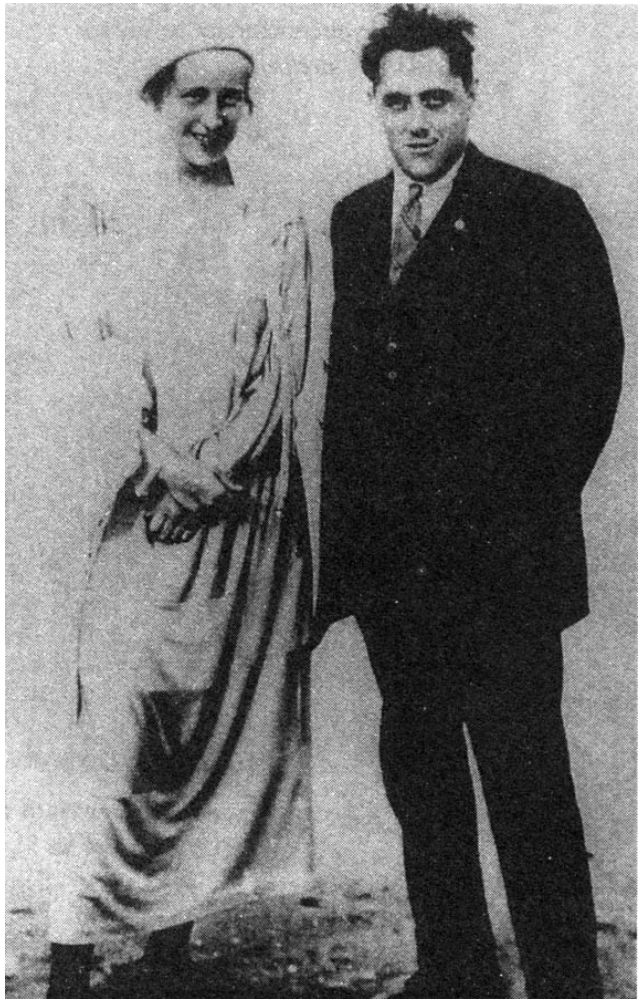
Karl Radek, el sabio del cinismo, poco antes de su arresto (*Upi/ Bettmann*)



Willi Münzenberg en Moscú (*izquierda*), a punto de acceder al poder, en 1921 (*Foto ABZ: Berlín*)

Máximo Gorki y H.G. Wells con Moura Budberg, la espía que ambos amaban (*University of Illinois Libraries*)

La princesa Maria Pavlova Koudachova, agente soviética, en el tiempo en que empezó a controlar la vida de Romain Rolland



Willi y Babette (*Propiedad de Margarete Buber-Neumann*)

Gorki regresa a Rusia (*UPI/Bettmann*)

Münzenberg en Berlín, después de que Lenin le encomendara su misión (*Atlantic; Berlín*)

Otto Katz, el lugarteniente, y uno de los agentes más complejos de su época (*National Archives*)

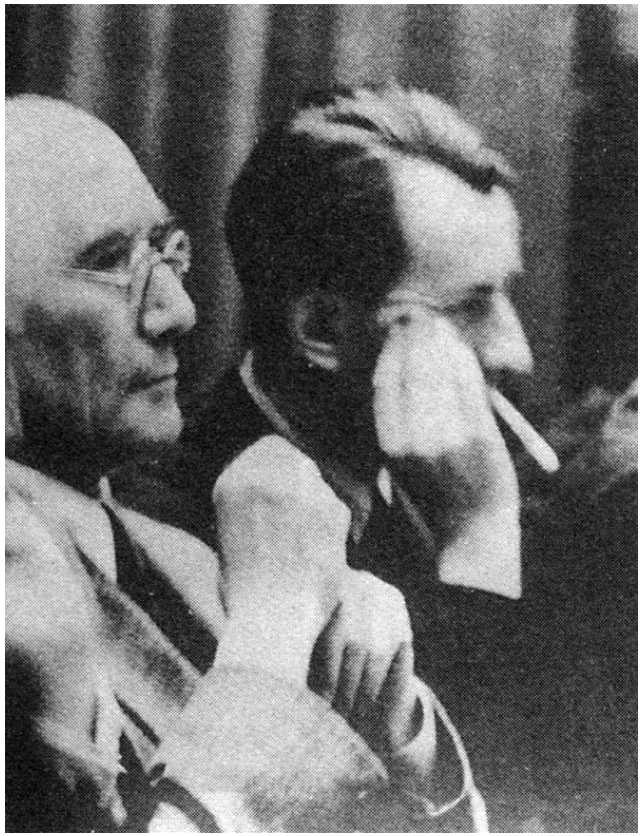
La muerte de Weimar: el incendio del Reichstag el 27 de febrero de 1933

Marinus van der Lubbe ante el tribunal

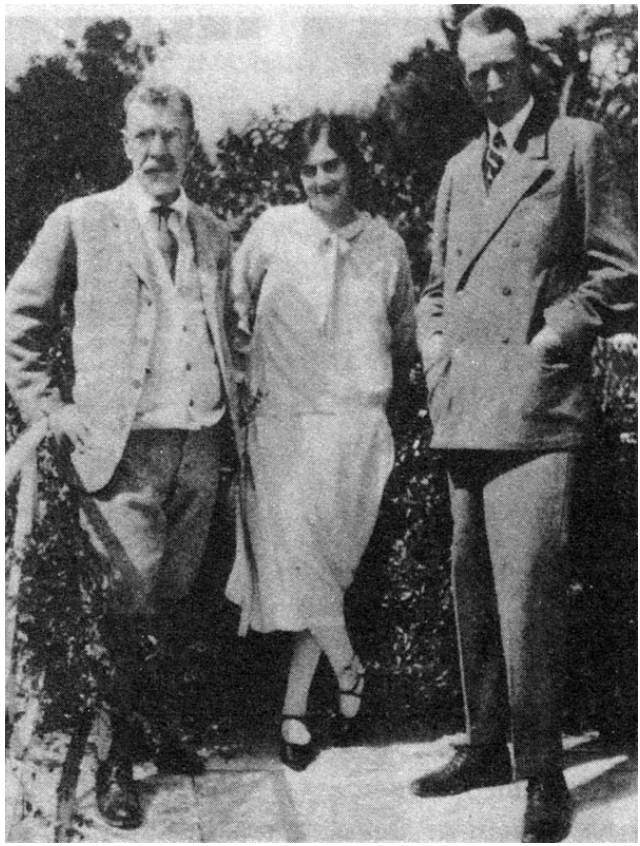
Dimitrov, Popov y Tanev esperan confiados el juicio

Babette Gross con Arthur Koestler en 1955 (*Cortesía de Peter Gross*)

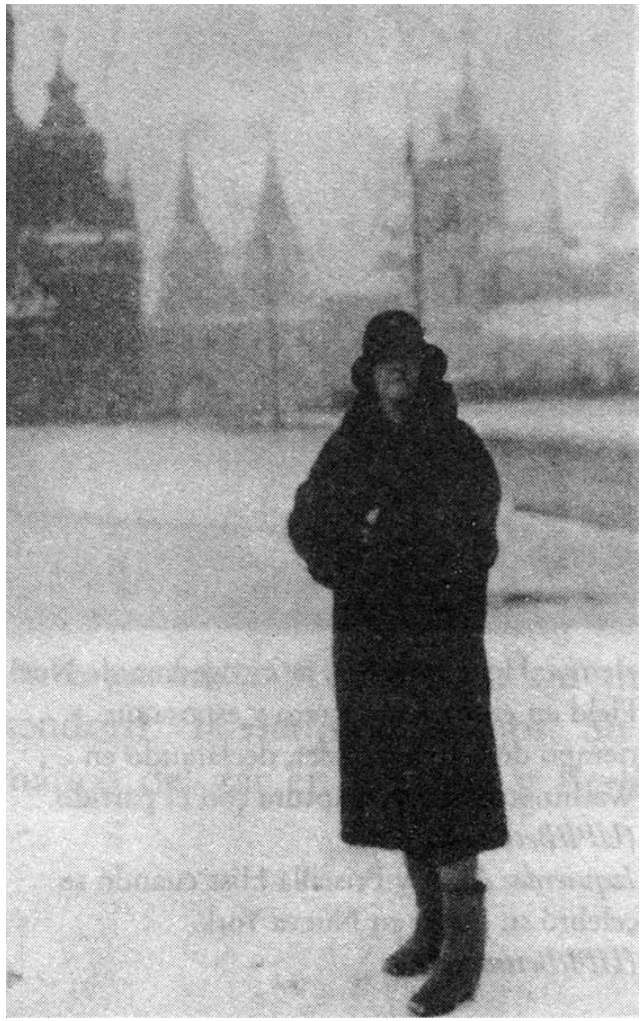
Josephine Herbst y John Herrmann rumbo a Rusia (*The Beinecke Library*)



André Gide y André Malraux se preparan para la frustrante «misión en Berlín», la ocasión en que Malraux se olió la conspiración (*Giselle Freud*)



Ella Winter, a quien Gibarti consideraba la principal agente en la Costa Oeste, con Lincoln Steffens y Sinclair Lewis



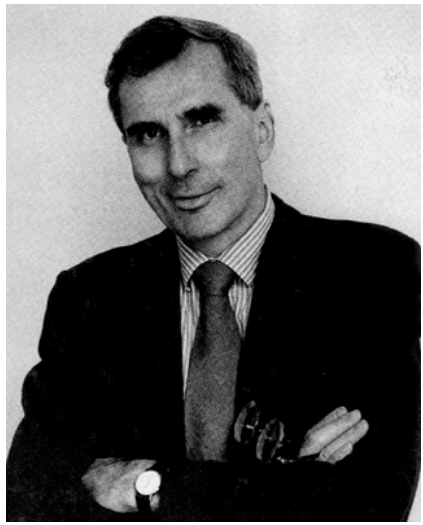
Dorothy Thompson en la Plaza Roja (*Dorothy Thompson Papers: Syracuse University Library*)

Harold Ware, el americano de Münzenberg convertido en espía

Liston Oak (*segundo por la izquierda*), agente de propaganda en Madrid, con intelectuales; Ernest Hemingway, extrañamente sin barba, está de pie al lado de Oak (*Joan Worthington*)

Alger y Priscilla Hiss cuando se celebró su juicio en Nueva York. (*UPI/ Bettmann*)

Hede Massing, la instigadora de Noel Field en el servicio secreto y esposa un tiempo de Gerhart Eisler, declarando en Washington tras su ruptura con el partido (*UPI/Bettmann*)



STEPHEN KOCH nació en 1941. Vive en Nueva York, donde es profesor en la School of Arts de la Universidad de Columbia. Sus múltiples ensayos han sido traducidos a varios idiomas. Dos de sus novelas, *Guardia nocturna* y *La novia de los solteros*, así como un ensayo, *Andy Warhol Superstar*, figuran en el catálogo de Anagrama.

El fin de la inocencia es uno de los pocos estudios importantes desde la caída del régimen soviético sobre la cultura estalinista en la vida intelectual de Occidente.

«Parte del fenómeno comunista del siglo XX radica en la historia de una conspiración», escribe el conocido historiador francés François Furet en el prólogo. Y prosigue más adelante: «Por eso su historia pasa forzosamente también por el papel de los individuos [en la clandestinidad] (…), como si el obligado anonimato de sus existencias pusiera aún más en evidencia el esplendor de su misión. En este sentido, el libro de Stephen Koch es no sólo pertinente, sino apasionante». Nos explica además cómo, de haber vivido hoy, Münzenberg habría sido sin duda un magnate de la prensa. Entonces, se convirtió en el gran maestro de la desinformación.

Notas

1

Mintiendo por la verdad

[0] En la mayoría de los casos, me referiré a esta organización con el nombre contemporáneo correspondiente al asunto en cuestión. Más generalmente, usaré a menudo la palabra alemana *apparat* en un sentido conocido por muchos comunistas de la época, refiriéndome a las distintas ramas de los servicios secretos soviéticos considerados en su conjunto. < <

[00] Se refiere a un famoso caso de derechos humanos ocurrido en Scottsboro, Alabama, en 1931. (*N. del T.*) < <

[1] Numerosos escritores se han ocupado de la vida y muerte de Willi Münzenberg. De lejos el libro más importante es *Münzenberg*, de Babette Gross. Otros libros útiles son *Münzenberg Ende*, de Wessel y *Münzenberg* de Kerbs. También importantes son *Münzenberg*, de Carew-Hunt y *Das Ende Willi Münzenbergs*, de Kersten. Artículos indispensables son «Münzenberg», de Schliemann y «Münzenberg» de Gruber. Un texto significativo, pero polémico es *Frühzug nach Toulouse*, de Leo.

Valiosas memorias personales y políticas de Münzenberg aparecen en el volumen autobiográfico de Koestler, *Invisible Writing*; en *The Owl of Minerva*, de Regler; y en *Ces Temps-là*, de Sperber, especialmente en *Le Pont inachevé*. También importante para los eventos y las personas del entorno de Münzenberg es *Von Potsdam nach Moskau*, de Buber-Neumann. Los condes Károlyi incluyen en sus memorias *A Life Together* y *Memoirs* unos retratos reveladores. El mismo Münzenberg escribió un artículo autobiográfico, «Die Dritte Front» y una descripción de la fundación de la agencia de ayuda, «Cinco años del Socorro Rojo Internacional». La información sobre Münzenberg revelada por el Freedom of Information Act (dossier# 105-54056) referida a los archivos del Departamento de Estado y del FBI es sorprendentemente escasa e inexacta, en contraste notable con los informes sobre personalidades próximas a él. Parece que los funcionarios norteamericanos sabían mucho más sobre los colaboradores de Münzenberg que sobre él. (Debo señalar que gran parte de los archivos sobre Münzenberg siguen estando inexplicablemente clasificados.) No obstante, un informe muy útil, «Memorándum sobre el Socorro Rojo Internacional basado exclusivamente en fuentes comunistas y soviéticas», fue preparado por la División de Asuntos Europeos Orientales del Departamento de Estado, 16 de diciembre 1932. Es de esperar que este documento excelente haya sido ampliamente leído en el gobierno. (Archivos Nacionales de Estados Unidos).

Información sobre Münzenberg es copiosa en los archivos de la Internacional Comunista en Moscú. Véase mi «Nota sobre archivos». <<

[2] Gross, *Münzenberg*, pág. 47. < <

[3] *Véase Tuck, Engine of Mischief*. < <

[4] Véase Chambers, *Witness*, pág. 6. Véase también Slonim, *Soviet Russian Literature*, pág. 68. <<

[5] No está claro si Maly provenía del protestantismo o del catolicismo según los testimonios escritos. Sin embargo, el mejor de lejos es *Our Own People*, de Poretsky (Londres, 1969; Ann Arbor, 1970). Poretsky afirma que Maly era un sacerdote. Otras fuentes, como Orlov en *The Secret History of Stalin's Crimes*, se refieren a él como «pastor». < <

[6] Información al autor de Diana Trilling. < <

[7] Para una discusión sobre el papel de Dzerzhinski bajo Stalin, véase *The Russian Revolution* de Pipes. < <

[8] Koestler, *Invisible Writing*, págs. 250-251. < <

[9] Para la familia Kuczynski y su múltiple vida en el espionaje, véase *The Secrets of the Service*, de Glees. La relación de Robert René Kuczynski con Münzenberg se menciona en *Münzenberg*, de Gross, pág. 158. El mejor trabajo académico sobre la familia Eisler es de Peter Lubbe. *Stalin and German Communism* de Ruth Fischer es una obra importante. < <

[10] Información de Ruth Price al autor. < <

[11] Salvo que esté indicado, las citas directas así como las paráfrasis de Babette Gross están tomadas de mis entrevistas grabadas de julio 1989. < <

[12] Información de Paul Willert al autor. <<

[13] Münzenberg, «Mit Lenin in der Schweiz», *Inprecorr*, citado en *Münzenberg*, de Gross, pág. 59. < <

[14] Con su ayuda, Münzenberg escribió numerosos artículos y discursos. El único libro con su firma es un admirable estudio de la propaganda nazi, *Propaganda als Waffe*. Le ayudó en la redacción Kurt Kersten. < <

[15] Los Archivos Centrales del Partido en la calle Pushkinskaia de Moscú son conocidos oficialmente como el «Centro ruso para la conservación y estudio de documentos de historia contemporánea». A partir de ahora me referiré a ellos como «Archivos Centrales» o «AC». La Sección Tercera de los AC está dedicada a los archivos de la Internacional Comunista y las organizaciones que la sucedieron. Contiene sus propios archivos y los de sus lazos con varios partidos comunistas y socialistas extranjeros. Además y como parte de esos lazos, la Internacional Comunista mantenía un servicio secreto muy activo conocido como el OMS, en castellano Departamento de Relaciones Internacionales. Muchos de los documentos del OMS, aunque no necesariamente todos, también están en los Archivos Centrales, aunque a mediados de 1933 se restringió el acceso. Sin embargo, queda establecido que Münzenberg tuvo una estrecha y continua colaboración con Mirov-Abramov, director del OMS.

Las actividades políticas de Münzenberg, tanto legales como ilegales, incluso el simple control de simpatizantes como Barbusse, eran enviados a Moscú en informes rutinarios. (Un ejemplo típico se encuentra en AC 495.19.213, en un dossier de material de Henri Barbusse sobre el control de simpatizantes relacionados con el Komintern en España, incluyendo a Ellen Wilkinson.) Los archivos están llenos de solicitudes presupuestarias para viajes de propaganda de simpatizantes, informes sobre notas relativamente breves en la prensa, evaluaciones matizadas del trabajo de «inocentes», informes meticulosos sobre todos los comités y sus funciones, iniciativas de propaganda tanto públicas como secretas en todos los países importantes.

Deben descartarse las opiniones ligeras sobre la supuesta «independencia» del trabajo político de Münzenberg y de sus organizaciones tras examinar los Archivos. Cuando el trabajo se volvía políticamente sensible, como sucedía continuamente, parece que para Münzenberg ningún detalle era lo bastante nimio como para no enviarlo al Comité Ejecutivo y solicitar instrucciones de Moscú. Los informes financieros eran hasta el último céntimo (véase AC 495.292, dossiers 242a y 244a, entre otros muchos ejemplos).

Ciertamente, algunos proyectos muy buenos de propaganda y organización fueron sometidos a la aprobación personal del mismo Stalin (AC 495.19.243).

En cuanto a la «independencia» personal de Münzenberg, es cierto que se le concedían algunos privilegios por su antigüedad como dirigente, pero es perfectamente evidente que era el sirviente de una gran maquinaria y que se esperaba que obedeciera las órdenes de sus superiores. (Ejemplos típicos de esto se encuentran en AC 495.19.337 y 495.73.26.) La magnitud de esta relación de Münzenberg con el CCIC (Comité Central de la Internacional Comunista) destaca con especial claridad después de 1936 cuando otros miembros del partido alemán, en especial Wilhelm Pieck y Walter Ulbricht, decidieron desacreditarlo. La respuesta de Münzenberg está llena de alusiones a su largo y obediente servicio (Secretariado de G. Dimitrov, AC 495.74; dossier sobre «el caso WM»).

La penetración en las actividades de Münzenberg por parte de otros servicios soviéticos, en especial la Brigada Extranjera de la Policía Secreta Soviética (OGPU-NKVD-KGB) (INO) y la Brigada de Inteligencia del Ejército Rojo, es evidente en los archivos del partido que a veces nombran a altos mandos de los servicios como Abram Slutsky (director del INO) participando en reuniones donde se discutían actividades de Münzenberg. (Un ejemplo típico se puede encontrar en las actas de una reunión del Comité Ejecutivo del Komintern sobre la situación alemana; se llevó a cabo el 7 de septiembre de 1933 en condiciones de conspiración ya que la mayoría de los presentes usaron pseudónimos, pero allí estaba Slutsky. Se pueden hallar múltiples ejemplos, *inter alia*, en el Secretariado de Osip Piatnitsky, AC 495.19, dossiers 216a, 217, 347, 357. Todos muestran la presencia de Slutsky o de algún otro alto representante de los servicios.) < <

[16] Regler, *The Owl of Minerva*, pág. 170. < <

[17] Para el uso de Münzenberg de esta frase, véase Gross, *Münzenberg*, pág. 133. < <

[18] Koestler, *Invisible Writing*, pág. 382. < <

[19] El texto más solvente sobre los inicios del Komintern es *Lenin and the Komintern*, volumen I, de Lazitch y Drachkovitch. Otra obra indispensable es de los mismos autores, *The Komintern. Historical Highlights. Essays, Recollections, Documents*. También esencial es *The Biographical Dictionary of the Komintern*, recopilado por Lazitch y Drachkovitch. Para un estudio útil de su papel y actividades, véase *Utopia in Power*, de Heller y Nekrich. También he consultado *In Stalin's Secret Service*, de Krivitsky y *Russia and the West*, de Kennan. <<

[20] *Payne, The Life and Death of Lenin, pág. 510.* < <

[21] *Ibid.*, pág. 213. < <

[22] Debido a su conspicuo papel público, Münzenberg evitaba contactos que pudieran hacer pensar que operaba aparte del *apparat*. Los AC tienen mucho material indicando que las operaciones de Münzenberg se llevaban a cabo en estrecho contacto con los distintos servicios secretos soviéticos, no sólo el OMS, sino también el INO y el GRU. (Véase AC 495.19.213, 495.19.246, 419.19.247, 495.19.357, 495.19.396, *inter alia*) Babette Gross afirma que Münzenberg era concientemente ignorante de los detalles que se confiaban a otros agentes operativos o a la memoria de Hans Schulz, su secretario confidencial. Sin embargo, el íntimo contacto institucional entre Münzenberg y Mirov-Abramov, así como con Radek (que siempre mantuvo una participación de alto nivel en el trabajo secreto, sobre todo en asuntos alemanes) quedan evidenciados en los archivos (AC 495.60.244a). Véase *Op. cit.* de Gross, sobre Mirov, págs. 130, 262-265, 293; sobre Schulz, 00. 227, 262-266. Además, debemos asumir que, siguiendo la clásica organización en compartimientos estancos de los servicios secretos, a menudo Münzenberg sólo era informado en casos de necesidad. <<

[23] Que Otto Katz era miembro de la NKVD y de la inteligencia militar soviética (GRU), así como de los servicios del Komintern, es una conclusión en la que coinciden quienes estuvieron próximos a sus actividades. Esta era la opinión de Babette Gross con la que coincidían muchos otros, incluyendo a Koestler, Regler y Ruth Fischer.

Koestler dice que Münzenberg hablaba abiertamente de que Otto se había infiltrado «para espiar a Willi enviado por el *apparat*» (*Invisible Writing*, pág. 236), haciendo notar que esta clase de afirmaciones formaba parte del tono de superioridad que adoptaba normalmente Willi cuando se refería a su mano derecha. Desde el tiempo de su primera misión de Moscú a París en 1933, a Katz se le habían confiado misiones más propias de la NKVD que del Komintern. El trabajo secreto en la campaña del incendio del Reichstag requería una técnica de espionaje y un compromiso personal de muy alto nivel. Es significativo que Katz llegó al ápice de su influencia después de 1935, la fecha en que la distinción entre los servicios del Komintern, la NKVD y el GRU dejaron de tener algún significado. A mí me parece que es harto probable que Katz perteneciera a uno de estos servicios.

Aunque la participación de Katz en las empresas ilegales de la Internacional Comunista fue compleja, prolongada y a menudo bastante pública, los archivos que documentan su actividad resultaron ser bastante pobres, al menos en los Archivos Centrales. Esta escasez es sugestiva en sí misma. Lo más posible es que los archivos hayan sido purgados del material sobre Katz. Lo que queda es inocuo o muestra un papel secundario de Katz (AC 495.73.26). También aparece involucrado en misiones muy secretas usando nombres falsos, razón por la cual quienes purgaron los archivos pasaron por alto esos documentos (por ejemplo, las conversaciones secretas de Katz con Alfonse Sachs, abogado de Torgler, 8 de septiembre 1933, AC 495.292.244a, en las que participa Katz con el alias de «Breda»). Se puede contrastar la escasez de documentos sobre Katz con la abundancia de papel sobre su jefe más visible, Münzenberg; los gruesos dossiers de Willi llenan las polvorientas

estanterías. Otra posible razón para esta escasez de documentos del Komintern es que Katz haya sido un agente del GRU o de la NKVD y miembro del Komintern sólo para desviar la atención. Si es así, no veremos pronto esos dossiers. Los documentos de esas agencias siguen siendo estrictamente confidenciales. De hecho, el trabajo de la mano invisible de Otto Katz puede muy bien haber sido de tan alto secreto que acaso estén en los Archivos Presidenciales donde los principales documentos del régimen están guardados en habitaciones que habían sido el aposento privado de Stalin; ciertamente un *occultum occultorum* elegido con espectral simbolismo.

La cuestión de si Louis Gibarti (o Ladislas Dobos, para usar su verdadero nombre) era de la NKVD así como «hombre de Münzenberg», es más polémica. Cuando conocí a Babette Gross, ella no lo *veta* como un agente de la NKVD. Creía que era un hombre temperamentalmente inepto para el trabajo secreto. «Era demasiado expansivo.» Sin embargo, cuando le conté sobre sus actividades en Nueva York en los años treinta, información recopilada por el Freedom of Information Act y los Archivos Nacionales de Estados Unidos, ella llegó a la conclusión de que Gibarti, como Katz, había trabajado para «el servicio ruso», o como a veces lo llamaba, «el otro servicio». Al parecer, se refería así al GRU o a la NKVD. Aunque el hecho le pareció «inaudito», creyó que ése era el caso. Además, me informó John Costello, cuya investigación sobre el veterano agente Alexander Orlov, de la NKVD, se basa en importantes archivos moscovitas, que estos archivos confirman mi sospecha de que Kim Philby empezó su espionaje en Europa a través del Comité Mundial para la Ayuda de las Víctimas del Fascismo Alemán que dirigía Gibarti. Por esta razón, el Comité servía como un frente tanto de la NKVD como del Komintern y Gibarti tenía una participación directa en el reclutamiento de espías. < <

[24] Knightley, *The Master Spy: The Story of Kim Philby*, págs. 36-37. El Comité Mundial de Ayuda a las Víctimas del Fascismo Alemán, la organización que despachó a Philby a Viena inmediatamente tras salir de Cambridge, estaba dirigida por Gibarti. El Comité Mundial era un frente legal para acciones ilegales, como veremos. (Véase nota 20.) Philby fue presentado a Gibarti por Maurice Dobb, un personaje de Cambridge que reclutaba gente para los servicios soviéticos, también activo en otra organización de Gibarti, la Liga contra el Imperialismo. (Véase John Costello, *Deadly Illusions*, págs. 126-128.) De hecho, el viaje de Philby a Viena pasando por París sirve de útil información sobre cómo funcionaba el servicio de reclutamiento. <<

[25] Walter Goldwater, el conocido librero neoyorkino y ex comunista, nos cuenta un ejemplo de esta fusión entre librería y espionaje. Dice que durante su época de militante, le pidieron que abriera una librería cerca de la Universidad de Columbia para que sirviera como tapadera de actividades de espionaje. (Walter Goldwater, entrevista en una serie sobre la cultura intelectual progresista de Nueva York, cortesía de Diana Trilling.) La razón para usar una agencia de prensa como tapadera del espionaje es obvia: ambas actividades se dedican a trasmitir información. Puede resultar difícil distinguir a «reporteros independientes» de otra clase de informadores siempre que se pueda mezclar de forma discreta la información legal con la ilegal. Ejemplos son la Continental News Service en la que Kim Philby trabajó con el agente austríaco Peter Smolka (también conocido como Peter Smolka-Smollett) y el American Feature Writers Syndicate fundado por Whittaker Chambers en Nueva York casi al mismo tiempo. Información del FOIA indica que un pionero en esta estrategia concreta puede haber sido Gibarti. <<

[26] Véase Segunda Parte, capítulo 8, para la vida y muerte de Rayna Prohme. Véase también Vincent Sheean, *Personal History*, capítulo 6. <<

[27] Dossier del FOIA sobre Louis Gibarti, 61-6629, sección 3.ª. Declaración ante el Consejo Especial del Senado, Robert Morris y los senadores norteamericanos Willis Smith y Homer Ferguson, París, 28 de agosto de 1951. Pregunta 65. < <

[28] Gross, *op. cit.*, pág. 133. < <

[29] *Véase Caute, The Fellow Travellers*. < <

[30] Gross, *op. cit.*, pág. 220. <<

[31] La frase está sacada de un retrato poco fiable de Gibarti en el libro *Crime without Punishment*, de Gunther Reinhardt, un personaje decididamente desagradable, un colaborador del FBI que a finales de los años treinta se las ingenió para frecuentar el círculo de Gibarti. Está claro que lo conocía, pero también se puede demostrar que este retrato es sensacionalista y falso. La cita sobre la «cría de conejos» es al menos plausible. Para ser justo, debo añadir que la esposa de Gustav Regler me dijo que el retrato que también hace de su marido es fidedigno. Margaret Regler fue quien me recomendó el libro. < <

[32] Gross, *op. cit.* 216-221. < <

[33] Berberova, *op. cit.*, pág. 260. < <

[34] Un excelente ejemplo es un dossier de correspondencia entre Rolland y Barbusse sobre los preparativos del Congreso de Amsterdam en AC 495, que es comparable con la carta de Rolland a Barbusse publicada por Gross, *op. cit.*, págs. 224-225. <<

[35] El papel de Koudachova en la vida intelectual de Rolland ha sido documentado de forma meticulosa, a veces favorable, como en *Romain Rolland*, de David Jame Fischer. Desde muy temprano, algunos especialistas se percataron de la manipulación estalinista del escritor (Eugene Lyons, *Assignment in Utopia*). Para el tiempo de su muerte, muchos creían que era un miembro del aparato. (Información de François Fejtö al autor.) En nuestras conversaciones, Babette Gross afirmó sin sombra de duda que Koudachova era un miembro del aparato, asignada explícitamente para dominar la vida de Rolland. Se puede echar una mirada a la colaboración entre Gibarti y Rolland leyendo *Inde*, el diario de Rolland, aunque el lector debe saber que el libro fue editado por la misma Koudachova, quien puede haber querido demostrar la «independencia» de su marido. Un aspecto menos atractivo de la relación Gibarti-Rolland está documentado por Gross (*op. cit.*, págs. 224-225). La afirmación de que recibió entrenamiento en Moscú para su misión con Rolland se encuentra en *La fin des Soviets*, de Guillbeaux, en un capítulo titulado «Las bodas estatales de Romain Rolland: Prisionero del Kremlin». Pero Guillbeaux es un personaje muy poco fiable; es un informador claramente tendencioso y posee una personalidad antipática. En su libro de 1937, casi da la impresión de ser un simpatizante de los fascistas. De cualquier modo, aunque no es de fiar, lo cierto es que conoció bien a Koudachova en la URSS. Afirma que basa sus palabras en información de André Gide y Víctor Serge. < <

[36] Gross, *op. cit.*, págs. 224-225. < <

[37] Véase Desanti, *Les Clés d' Elsa*. < <

[38] Véase Justin Kaplan, *Lincoln Steffens*. Para las dudas sobre el apoyo de Steffens al Terror, véase Hook, *Out of Step*, págs. 204-205, 569. < <

[39] Stewart, *By a Stroke of Luck*, págs. 233-242, esp. 234. < <

[40] Véase dossier del FOIA ante el Consejo Especial del Senado del 28 de agosto de 1951. Pregunta 72. Se puede ver la relación de Ella Winter con Katz más adelante cuando discuto el papel de Katz en la fundación de la Liga Antifascista de Hollywood. < <

[41] Lazitch y Drachkovitch, *Lenin and the Komintern*, vol. I, pág. 174. < <

[42] Para la salida de Münzenberg de la Internacional de la Juventud Comunista, véase, *op. cit.*, págs. 99-109. < <

[43] Paul Johnson, *Modern Times*, pág. 174. < <

[44] Gross, *op. cit.*, 118. < <

[45] Payne, *op. cit.*, pág. 538. < <

[46] Conquest, *Harvest of Sorrow*, pág. 53. < <

[47] *Op. cit.*, pág. 113. < <

[48] Münzenberg, citado por Schliemann en «Münzenberg», pág. 71.
< <

[49] *Saint Anthony's Papers*, n.º 9. Dedicado a la Internacional Comunista, capítulo sobre Willi Münzenberg, por R.N. Carew-Hunt, pág. 75. Para la relación de Gorki con Münzenberg, véase Gross, *passim*. < <

[50] Conquest, *op. cit.*, págs. 55-56. < <

[51] Bertram D. Wolfe, *The Bridge and the Abyss*, Praeger, Nueva York, 1967, págs. 114-115. < <

[52] Payne, *op. cit.*, págs. 537-538. Una descripción de las fuerzas políticas activas durante el hambre se encuentra en Conquest, *op. cit.* < <

[53] Gross, *op. cit.*, págs. 120-121. < <

[54] Koestler, *op. cit.*, pág. 253. < <

[55] Referencias a los estrechos contactos de Louis Fischer con Münzenberg y Katz se encuentran en muchas fuentes, incluyendo el propio libro de Fischer de fines de los años treinta, *Men and Politics*. Véase también, Gross, *op. cit.* Para la conexión de Del Vayo, véase Gross, *op. cit.*, págs. 82 y 306, y Koestler, *op. cit.*, pág. 401 y muchos textos sobre la guerra civil española. Para un texto sobre el papel de Del Vayo y la influencia del estalinismo en *Nation*, véase *Freda Kirchway*, de Sara Alpern. Agradezco la información a Rae Bernstein, viuda del colaborador y traductor norteamericano de Del Vayo, Joseph Bernstein, quien también colaboró con Otto Katz. < <

[56] Gross, *op. cit.*, pág. 126. < <

[57] *Ibid.*, sobre el canal Volga-Moscú, págs. 262-263. < <

[58] *Ibid.*, págs. 251. Véase también Paul Johnson, *Modern Times*, págs. 274-275. Para la historia del canal del mar Blanco, en especial la campaña propagandística que involucró a importantes figuras literarias soviéticas en el estío de 1933, véase Alexandr Solzhenitsyn, *Archipiélago Gulag*. < <

[59] El epíteto de Stalin lo cita Krivitsky, *In Stalin's Secret Service*, pág. 74. < <

[60] Para la reacción de Münzenberg ante Estados Unidos, véase Gross, *op. cit.*, pág. 270. < <

[61] La situación del partido norteamericano después de las redadas de 1922 en Bridgeman, Michigan, se estudia en Draper, *American Communism and Soviet Russia*, págs. 1-51, y Klehr, *The Heyday of American Communism*, págs. 3-27. < <

[62] Además de los comentarios de Gross sobre el papel de Münzenberg en el caso Sacco-Vanzetti, el mismo Münzenberg comenta con orgullo su éxito en *International Press Correspondence*, n.º 1, 8, n.º 42, 1 de agostó 1928, «Cinco años de Socorro Rojo Internacional», págs. 1044-1045. Véase también Russell, *Sacco and Vanzetti*. < <

[63] *Inprecorr*, loe. cit. < <

[64] Lyons, *Assignment in Utopia*, pág. 32. < <

[65] Russell, *Sacco and Vanzetti*, pág. 13. < <

[66] Lyons, *op. cit.*, pág. 13. <<

[67] *Ibid.*, pág. 31. < <

[68] Russell, *op. cit.*, pág. 222. < <

[69] *Ibid.*, pág. 29. < <

[70] Una descripción interesante, aunque problemática, del fuerte control del Socorro Rojo de la campaña desatada por Sacco y Vanzetti, ha sido documentada en detalle en una fuente comunista, *Proletarische Internationalismus*, de Zelt. Zelt lo escribió tras haber obtenido acceso a los archivos del Komintern en Moscú. Su propósito era dar el crédito de la campaña a la Internacional y empequeñecer la contribución «burguesa». Es extremadamente detallada su descripción de la organización de Socorro Rojo y su control de la campaña. Es interesante que, pese a que subraya y elogia sin ningún rubor la eficacia de la operación, en ningún momento menciona a Münzenberg. Para cuando escribía Zelt, el guía espiritual y fundador del Socorro Rojo era un nombre maldito en la RDA. < <

[71] Russell, *op. cit.*, pág. 119. < <

[72] *Ibid*. Para el conocimiento de la culpabilidad de Sacco, véase pág. 133. Las dudas de los organizadores se citan en pág. 140. < <

[73] Porter, *The Never Ending Wrong*, pág. 27. Rosa Baron también es citada por Zelt. <<

[74] Russell, *op. cit.*, pág. 117. En parte, Russell se basa en Zelt. < <

[75] La estrecha asociación entre Gardner Jackson y Louis Gibarti está documentada en dossiers ahora en los Archivos Nacionales de Estados Unidos, 800.00B, dossier sobre Louis Gibarti, documento 37. < <

[76] Steve Nelson, un ex miembro del aparato norteamericano, me contó que Parker era un miembro secreto del partido durante una entrevista en agosto de 1989. <<

[77] Meade, *Dorothy Parker*, págs. 181-186. < <

[78] Véase Baker, *Brandéis and Frankfurter*, cap. 12, para una descripción de la relación de Marion y Félix Frankfurter con el caso Sacco-Vanzetti. [Nota faltante en la edición impresa. Se ha colocado de manera aproximada en el texto (N. del E. D.)]. < <

[79] Véase Russell, *op. cit.*, págs. 133-134. < <

[80] *Ibid.*, págs. 141-142. < <

[81] La orquestación del «Movimiento por la Paz» a través de los frentes de Münzenberg y sus organizaciones asociadas es muy visible en la voluminosa documentación de propaganda de los frentes en aquel tiempo, culminando con Amsterdam-Pleyel. Su proceso de desarrollo, empezando por la Liga contra el Colonialismo, su transformación en Liga contra el Imperialismo en los días del Congreso de Bruselas, y la creciente preocupación por la paz que culminó en Amsterdam, está documentada por Gross, *op. cit.*, págs. 181-227. La información confidencial y estimada correcta que me dio Babette Gross indica que el autor del plan de paz era un hombre de Münzenberg, un francés llamado Guy Jerram, cuyo proyecto para un movimiento pacifista patrocinado por el aparato fue presentado a Stalin en 1928, quien lo revisó personalmente. Al parecer, la frase «conspiración de paz» empezó con Jerram. < <

[82] AC 495.292.242a y 244a. Estos archivos consisten en la correspondencia referida al Juicio de Leipzig con la Comisión Antiguerra del ECCI, que a su vez había estado a cargo de los Congresos Antiguerra de Bruselas y Amsterdam. <<

[83] El discurso de Nehru en la Conferencia de Bandung está citado por Schliemann, Gross, pág. 188. < <

[84] Joachim Fest, *Hitler*, pág. 135. < <

[85] Información de Herb Romerstein y Jorgen Schliemann al autor.
< <

[86] Los archivos centrales contienen numerosos dossiers sobre el Congreso de Amsterdam, incluyendo muchos de correspondencia entre Münzenberg y Piatnitsky sobre el tema. Estos documentos se encuentran en el mismo sitio (495.19 en especial) que los de la Liga Anti-imperialista, y más tarde de los distintos comités antifascistas, incluyendo del Comité Mundial contra la Guerra y el Fascismo. <<

[87] Para los acuerdos secretos en Amsterdam, véase Gross, *op. cit.*, pág. 227. < <

[88] El golpe de Papen lo expone Fest en *Hitler*, págs. 339-345. Véase también y en especial, Gross, pág. 229. Es interesante señalar que los AC contienen un informe del servicio secreto a Piatnitsky escrito por un informante encubierto que data de una semana después del golpe de Papen (29 de julio) y que apunta que los eventos habían producido una división entre los mandos nazis: Röhm presionaba en pro de un golpe de Estado para el 31 de julio de 1932, y Hitler propiciaba una toma legal del poder. El contexto de la carta deja claro que a Piatnitsky le había mantenido informado sobre el debate a alto nivel en las filas nazis esta fuente, cuyo nombre de código era «tu amigo Teddy» (AC 495.19.247). Desconozco la identidad de «Teddy», pero sus documentos están en los archivos dedicados al aparato de Münzenberg. < <

2

El incendio y el fraude

[0] La historia de las distintas emisoras antifascistas, algunas tan pequeñas que operaban desde camiones o coches, representa en sí misma un admirable capítulo en la historia del espionaje. Münzenberg y Katz participaron en este terreno. Se sabe que una de las áreas en que Burgess colaboró con la gente de Münzenberg fue en el suministro de material en inglés para las emisoras comunistas. Vale la pena señalar que todos los estudiantes de la escuela de espionaje del Komintern, sita en Podlipki en las afueras de Moscú, recibían entrenamiento en técnicas de radio y que los transmisores usados para esta tarea también podían ser utilizados para otro tipo de trabajo de inteligencia. (Véase Costello, *The Mask of Treachery*.) <<

[1] La obra habitual de referencia sobre el incendio del Reichstag es *The Reichstag Fire* de Tobias. < <

[2] Gross, *op. cit.*, pág. 240. En esa época, Münzenberg consultaba con Iosif Piatnitsky y se centraban en el trabajo del Amsterdam-Pleyel, aunque se debe recordar que Gibarti era el jefe de este proyecto y del Comité Mundial para la Ayuda de las Víctimas del Fascismo Alemán. Se debe señalar que Gross recalcó que el trabajo de Gibarti en París nunca se hacía en el despacho de Münzenberg obviamente para mantener la apariencia de separación. La mudanza a París se consideró posiblemente al mismo tiempo en que Amsterdam-Pleyel se transformaba para dedicarse a la campaña antifascista. Piatnitsky era sumamente activo en el espionaje y su influencia superaba el ámbito del Komintern y alcanzaba los otros servicios. Véase Poretsky, *Our Own People*, págs. 105-106. < <

[3] Gross, *op. cit.*, 232. < <

[4] Véase Fest, *Hitler*, págs. 396-397. < <

[5] Tobias, *The Reichstag Fire*, págs. 84-85. < <

[6] Fest, *op. cit.*, págs. 474-475. < <

[7] Véase Paul Johnson, *Modern Times*, págs. 282-283; véase también Gross, *op. cit.*, págs. 227-233. < <

[8] Gross, *op. cit.*, 232. < <

[9] *Ibid.*, pág. 235. < <

[10] Hsi-Huey Liang, *The Berlin Police Force in the Weimar Republic*, Berkeley, U. of California Press, 1970. < <

[11] Gross, *op. cit.*, 235. < <

[12] *Ibid.*, pág. 238. < <

[13] *Ibid.*, págs. 234-239. < <

[14] Un resumen útil de estos acontecimientos se puede encontrar en *Utopia in Power: The History of the Soviet Union to the Present*, de Heller y Nekrich, págs. 322-244. El papel de Radek se expone con información fehaciente. (Véase Blackstock, *The Secret Road to World War II*.) Se encuentra información indispensable sobre la opinión de Radek referente a las relaciones con Alemania en esa época en Krivitsky, *In Stalin's Secret Service*. <<

[15] AC 495.60.244a. Carta de Radek a «Vinograd», 10 de abril de 1933. < <

[16] *Eugeny Gnedin, Iz istorii otnoshenii mezhdu SSSR is fashistskoi Germanii, págs. 22-27. Véase también Hilger y Meyer, The Incompatible Allies, pág. 262.* < <

[17] Véase en Karel Kaplan, *Report on the Murder of the General Secretary*, la carta de Otto Katz a Klement Gottwald, pág. 276. La conexión entre Radek y Otto Katz me fue revelada por Paul Willert en una entrevista de 1990. Katz fue presentado a Willert a través de contactos previos entre Radek y el padre de Willert. <<

[18] Los contactos con el OMS (el servicio de inteligencia del Komintern, *Otdel mezhdunarodnoi svyatzi*) en apoyo de la campaña antifascista en París están explicados en Gross, pág. 264. La supervisión debió de correr a cargo del OMS sin ningún otro servicio soviético. No obstante, esta suposición puede ser ingenua. En aquellos años, el servicio del Komintern empezaba a ceder crecientes competencias a los otros servicios. Por lo general, esto sucedía de forma encubierta. Si se concede la posibilidad de que Katz era un enlace entre el movimiento antifascista y el *apparat*, la probabilidad de que Alpari (y otros) tuvieran vínculos similares no parece una especulación gratuita. Esto explicaría que Alpari haya sobrevivido a las purgas en las que la mayoría de sus viejos camaradas de la OMS resultaron ejecutados y también su curioso comportamiento tras la caída de Francia. <<

[19] Véase Tobias, *op. cit.* sobre al arresto de Lubbe. < <

[20] Véase *ibid.*, sobre los arrestos de Dimitrov, Popov y Tanev. <<

[21] Humbert-Droz, *Dix ans dans la lutte antifasciste*, vol. 3, págs. 111-112. < <

[22] Información de Frieda Marshall al autor. < <

[23] Un útil resumen de los acuerdos públicos y privados del acercamiento entre Hitler y Stalin en 1933-1935 puede encontrarse en *Stalin's Secret War*, de Tolstói, pág. 88 y sus notas a pie. Otro material valioso está en *Stalin. The Glasnost Revelations*, de Laqueur. Véase también Robert C. Tucker, *Stalin in Power*. <<

[24] Véase Hilger y Meyer, pág. 252; Conquest, *Terror*, pág. 195. < <

[25] Véase Regler, *Owl of Minerva*, págs. 331-354. < <

[26] Véase Krivitsky, págs. 9-15. < <

[27] Véase Heller y Nekrich, *Utopia in Power*, págs. 324-326. < <

[28] Krivitsky, pág. 70. < <

[29] *bid.*, pág. 72. < <

[30] *Ibid.* < <

[31] Información de Steve Nelson al autor. < <

[32] Gide, *Littérature engagée*, pág. 335. < <

[33] Regler, *op. cit.*, pág. 170. < <

[34] Gross, *op. cit.*, págs. 242-243. < <

[35] Regler, *op. cit.*, pág. 164. < <

[36] Una descripción reveladora de esa misión clandestina de propaganda, dirigida por el aparato en 1934, se puede encontrar en *A Life Together*, las memorias de la condesa Catherina Károlyi. Se la puede suplementar por el texto sobre la misma misión que aparece en las *Memoirs* del conde Michael Károlyi. Tómese nota de las dos versiones ligeramente diferentes que se dan del papel desempeñado por el embajador francés en Berlín. < <

[37] Langer, *Josephine Herbst*, de la edición rústica de 1985, págs. 206-217. < <

[38] El dossier FOIA sobre Louis Gibarti, 61-6629, sección 3.ª. Declaración de Louis Gibarti ante el Consejo Especial del Congreso de Estados Unidos, Robert Morris y los senadores Willis Smith y Homer Ferguson, París, 28 de agosto, 1951. < <

[39] El procedimiento para establecer la autoridad soviética sobre un partido local y sus dirigentes era una orden escrita, conocida como *mandat*, firmada por un oficial determinado del Komintern, como podía ser Gibarti, y presentada al partido local. El *mandat* tenía el efecto de una orden que exigía una total cooperación y sin duda obediencia por parte de los dirigentes locales con respecto al proyecto entre manos. Según Babette Gross, un *mandat* de esta naturaleza llegó a Vaillant para las operaciones de Münzenberg en París. Gibarti declaró que él también había tenido un *mandat* escrito y firmado sobre seda por Münzenberg que él presentó a Earl Browder en Nueva York en marzo de 1934. < <

[40] Gross, *op. cit.*, págs. 240-242. Es posible que hubiera otros mandos aparte de Münzenberg en esta actividad coordinada al nivel más alto del *apparat*. No está nada claro quién asumió esta autoridad después de la caída en desgracia de Münzenberg. Un candidato podría ser Mijail Kolstov como el rostro más público. También estaba Louis Dolivet y el *Rassemblement Universel Populaire*, o RUP. Véase abajo. < <

[41] AC 495.292.244a. Documentos de la Comisión Antiguerra del Juicio de Leipzig y del Contra-Proceso de Londres. <<

[42] La vida de Gibarti casi no ha conocido la letra impresa y el único libro en el que desempeña un papel importante, *Crime without Punishment*, de Gunther Reinhardt, no es de fiar. Mi fuente principal han sido las entrevistas y los dossiers sobre Gibarti en los Archivos Nacionales de Estados Unidos, así como la solicitud de FOIA. <<

[43] Véase archivo de FOIA. < <

[44] Para la Liga contra el Imperialismo como instrumento de sabotaje y espionaje, estoy en deuda con el inédito *The British Connection*, de Deacon, en especial págs. 112-114. Deacon se basa en revelaciones sobre Percy Glading en el caso Woolrich Arsenal. Las opiniones de Deacon han sido confirmadas por John Costello durante su investigación en los archivos soviéticos. Él ha descubierto que Maurice Dobb, de la Liga contra el Imperialismo en Cambridge, y el mismo Gibarti estuvieron involucrados en el reclutamiento de Kim Philby. Véase *Deadly Illusions*, págs. 125-126. <<

[45] El mito de las aventuras de Malraux con Borodin en la clandestinidad comunista fue probado falso por Jean Lacouture. (Véase *André Malraux*, de J. Lacouture, págs. 114-117.) Un ejemplo impresionante de los inventos de Malraux al respecto puede encontrarse en los documentos que incluye Edmund Wilson en su ensayo sobre Malraux en la obra *Classics and Commercials*. Acaso vale la pena señalar que Gibarti, espía en China, conoció al verdadero Borodin, quien también aparece como personaje de *La condición humana*, y que Borodin conocía bien a muchos de los fundadores de la Liga contra el Imperialismo. (Veánse las memorias de Charles Shipman, o «Manuel Gómez».) < <

[46] Véase Schliemann, «Münzenberg». < <

[47] *Véase Sperber, Au-delà de'l oubli: Les porteurs d'eau, capítulo 1.* < <

[48] *Karel Kaplan, Report on the Murder of the General Secretary, pág. 276.* < <

[49] Para la desinformación que el Comité Mundial hizo llegar a Churchill, véase Deacon, *op. cit.*, págs. 105-107. Se debe señalar que la duquesa de Atholl era considerada una importante «inocente» por el Comité Mundial. < <

[50] Es motivo de gran debate si Michael Károlyi estaba o no bajo la disciplina del aparato. A los miembros del *apparat* en Estados Unidos se les informaba sin sombra de duda de que el conde estaba bajo la disciplina del partido. (Véase Voros, *American Comissar*.)

Yo mismo conocí a la difunta condesa Károlyi a principios de los ochenta. Ya tenía más de noventa años y aún era una mujer de gran encanto. Tengo con ella una deuda de gratitud. En dos ocasiones, fui residente en una fundación de artistas que ella había creado en el sur de Francia y que estaba dedicada a la memoria de su marido. En aquellos tiempos, yo no era consciente del papel que ella había desempeñado en el tema que aquí me ocupa aunque leí parte de sus memorias y conocía los chismes que corrían en la fundación sobre su presunto espionaje. Aunque no me causó ninguna impresión entonces, es posible que haya visto el nombre de Münzenberg por primera vez cuando leía aquel libro.

En las contadas ocasiones en que hablamos de política, la condesa siempre daba la impresión de saber más de lo que estaba dispuesta a decir. Su pensamiento, aunque sutil y profundo, seguía estando hipnotizado por el mito revolucionario. Por ejemplo, una vez le pregunté si consideraba que era verdad lo que contaba *Archipiélago Gulag* de Solzhenitsyn. «Es verdad», replicó después de una pausa solemne y apesadumbrada. «Es exagerado, pero es esencialmente verdad.» Me dejó (y aún me deja) perplejo que una mujer con los conocimientos que tenía pudiera decir que, aunque Hungría era un país comunista, «no es lo bastante comunista para mí». Había algo invencible en su inocencia.

La condesa hacía un instructivo contraste con Babette Gross, su no menos inteligente contemporánea, pero mujer más realista y flexible políticamente. Las dos tenían algún parecido y seguramente se habían conocido bien. < <

[51] Véase la explicación de Elizabeth Bentley sobre su trabajo en la oficina de Nueva York de la Liga contra la Guerra y el Fascismo en *Out of Bondage*. < <

[52] Véase Costello, *op, cit.*, págs. 125-126. < <

[53] Véase Anthony Boyle, *Tie Climate of Treason*, pág. 108. < <

[54] Gross, *op. cit.*, pág. 264. < <

[55] Para los contactos de Gibarti con Alpari y Fried, véase la entrevista con Louis Gibarti en los David Dallin Papers, colecciones especiales de la Biblioteca Pública de Nueva York. < <

[56] Información de Babette Gross al autor. < <

[57] Información de Babette Gross. Véase también la entrevista con Louis Gibarti en los David Dallin Papers, Biblioteca Pública de Nueva York. < <

[58] La descripción de la reunión de Chambers con este representante se encuentra en su *Witness*, págs. 214-217. < <

[59] Estoy agradecido a Sam Tanenhaus, el biógrafo de Whittaker Chambers por la información (no en *Witness*) de que Chambers llegó a pensar que era posible que su contacto en la Biblioteca de Nueva York hubiese sido un oficial del Komintern llamado Bela Szantil (a veces escrito Szanto). Szantil es un candidato perfectamente posible para esta identificación, pero no lo es más ni menos que Alpari, con quien parece haber tenido una semejanza física. < <

[60] Véase entrada sobre Alpari en Lazitch y Drachkovitch, *The Biographical Dictionary of the Komintern*. < <

[61] Lucien Vogel fue una figura de primera magnitud en la historia de la edición de revistas. También en ese tiempo fue un importante compañero de viaje y aparece muchas veces en los distintos eventos a que se refiere esta obra. Hay referencias suyas en Gross, *op. cit.*, en Gide, *Les cahiers de la Petite Dame* y en las memorias de los condes Károlyi. Le agradezco a Leo Lerman la información sobre la carrera de Vogel en Nueva York tras la ruptura con los soviéticos. Tengo una especial deuda de gratitud con el difunto Pierre Bertaux por la información acerca de Vogel y su hija, Marie-Claude. < <

[62] Véase Gide, *op. cit*. sobre el papel de Vogel en la oferta de Mezhrabpohmfilm para filmar su novela *Los sótanos del Vaticano* y la sugerencia para que Gide hiciera en 1932 una gira por la Unión Soviética. < <

[63] Conde Károlyi, *Memoirs*, págs. 286-287. < <

[64] Para una descripción del papel desempeñado por Vaillant-Couturier en la estalinización de la vida cultural francesa, véase Ory, *Nizan*, págs. 127-130. Para la reunión de Münzenberg con Marie-Claude Vogel, Vaillant-Couturier y Kurella, véase Gross, *op. cit.*, págs. 239-241. Para una fotografía de Vaillant-Couturier, véase Desanti, *Les clés d'Elsa*, pág. 231. Para la historia de Alfred Kurella en el Komintern, véase Lazitch y Drachkovitch, *A Biographical Dictionary of the Komintern*, págs. 207-208. Para la falta de reputación de Barbusse y Rolland en el círculo *chic* de París, así como detalles de la personalidad de Vaillant, véase entrevista de Pierre Bertaux con el autor, 10 de junio de 1986. < <

[65] Mann, *Diaries*, págs. 154-158. También información del difunto Pierre Bertaux al autor. < <

[66] Pierre Bertaux, entrevista con el autor, 10 de junio de 1986. < <

[67] Para una buena descripción de la actitud general de Ilya Ehrenburg, véase Lottman, *La Rive Gauche*. <<

[68] Varios documentos en los AC sobre la manipulación de Barbusse a manos de Münzenberg existen a lo largo de 495. Se puede encontrar un ejemplo típico en 495.19.337, documentos 1, 3 y 9. <<

[69] Información de Babette Gross al autor. < <

[70] Sobre compartir los frutos del espionaje entre Willi y los franceses, véase Károlyi, *Memoirs*, pág. 238, con nota al pie. < <

[71] Pierre Bertaux, entrevista con el autor, 10 de junio de 1986. <<

3

El lugarteniente

[0] Un detalle de historia literaria. Cuando Paul Nizan escribió su novela *La conspiración* sobre jóvenes próximos al aparato, le dio el nombre de «André Simon» al espía de verdad que frecuentaba a esos muchachos. Seguramente se trata de una broma entre ellos. Nizan conocía bien a Katz y es posible que éste le haya introducido en el trabajo del Komintern. (Véase Gross, *Münzenberg*, págs. 242-243.) Nizan trabajó en el proyecto de Katz *El libro pardo del terror de Hitler* (véase la biografía de Nizan por Pascal Ory para pasajes de Nizan en la edición francesa de *Le livre brun*). <<

[00] En 1992 se abrió un importante expediente sobre Noel Field en los archivos de la policía secreta húngara; ahora está en la sede del Ministerio de Información de Budapest. Parece confirmar mi tesis sobre la actuación de Field y le añade mucha más información. Contiene resúmenes y transcripciones de los interrogatorios previos a su salida de la cárcel y a su «rehabilitación», poco antes de que empezara una nueva vida como comunista acérrimo, generosamente subvencionado por el régimen de Budapest. Field explica cándidamente su trabajo al servicio del espionaje soviético y en el proceso implica explícitamente a Alger Hiss como su colega en esas tareas. El expediente ha sido leído por Maria Schmidt, una experta húngara en el tema, quien escribió un artículo al respecto en el que presenta sus descubrimientos («This Hiss Dossier», *The New Republic*, 8 de noviembre de 1993). < <

[1] He consultado numerosas fuentes bibliográficas para la vida de Otto Katz. Incluyen a Gross, *Münzenberg*, Koestler, *Invisible Writing'*, Regler, *The Owl of Minerva*; Kersten, «Das Ende Willi Münzenbergs», Wessel, *Münzenbergs Ende*; y Karel Kaplan, *Report on the Murder of the General Secretary, inter alia*. Hay una nota al pie importante y de fiar, por tanto inmensamente hostil, en *Stalin and German Communism*, de Ruth Fischer. En los Archivos Nacionales de Estados Unidos existe una voluminosa información sobre sus actividades en Norteamérica. En respuesta a mi solicitud, se ha abierto un gran archivo FOIA del FBI sobre sus actividades, FBI FOIA dossier 65-9266. Aparece en todos los textos sobre los juicios Slansky (Hodos, *Show Trial*, Karen Kaplan, *Dans les archives du comité central*, Slanska, *Report on my Husband* y *The State of Mind*, inter alia). Se ocupan de Katz, aunque falsamente, Lillian Heilman en *An Unfinished Woman* y Ella Winter en *And Not to Yield*. Además estoy en deuda por las entrevistas que me concedieron Paul Willert, Pierre Bertaux, Herman Starobin, Margaret Regler, Rae Bernstein, Peter Lübbe, Robert Crowley, Gus Tyler, John Hunt, Henriette Nizan, Manuela Dobos y Steve Nelson, entre otros. Me han sido indispensables las conversaciones con John Costello y la documentación de su propia investigación. < <

[2] Para los primeros contactos de Katz con Münzenberg, véase Gross, *op. cit.*, pág. 309. < <

[3] *Pawel, The Nightmare of Reason, págs. 98, 112* y *passim*. < <

[4] Gross, *op. cit.*, págs. 310-311. Para el ambiente intelectual de la época, véanse los pasajes de la relación de Kafka y Kisch en *ibid*, y en Willett, *The Theater of Erwin Piscator*, junto con los relatos sobre el Piscatorbühne en la biografía de Bertold Brecht por Hayman, *Bertold Brecht*. Para una memoria de la época, véase también Viertel, *The Kindness of Strangers*, con referencias a Katz en págs. 101 y *passim*. Una divertida narración de la gente y la época se puede hallar en *Prater Violet*, de Isherwood. < <

[5] Véase Gross, *op. cit.*, pág. 311. El papel de Katz en los asesinatos conjuntos del Komintern y la NKVD en España, se expone en el capítulo 10 de esta obra. La devoción de Brecht al estalinismo en sus aspectos más crueles está sintetizada en *Intellectuals*, de Paul Johnson (Weidenfeld, Londres, 1988; Harper & Row, Nueva York, 1988). <<

[6] Hook, *Out of Step*, págs. 491-496. < <

[7] Dossier FOIA sobre Otto Katz, 65-9266. < <

[8] Gross, *op. cit.*, pág. 311. <<

[9] Draper, artículo sobre Katz, «The Man Who Wanted to Hang», *The Reporter*, 6 de enero, 1953, págs. 26-30. < <

[10] Para simpatizantes de Hollywood anteriores a 1935, véase *The Hollywood Writer's War*, de Schwartz y las memorias de John Howard Lawson, Ella Winter y muchos más. < <

[11] Véase Meade, *Dorothy Parker*, págs. 253-254. También Stewart, *By a Stroke of Luck*, y Schwartz, *op. cit.*, pág. 83 y *passim*. La presencia de Katz en Hollywood también queda documentada por muchos autores de memorias, entre ellos, Viertel, *The Kindness of Strangers*. < <

[12] La estrecha relación de Katz con Eisler queda documentada en el dossier FOIA, sección Iª; memorándum del FBI de 4 de febrero, 1943. También información de la entrevista del autor con Rae Bernstein. Que Lillian Hellman trabajaba con Katz queda sugerido por el hecho de que Joseph Bernstein, marido de Rae y colaborador editorial de Otto, fue presentado a Katz por Hellman. <<

[13] Información sobre Otto Katz y Fritz Lang, dossier FOIA sobre Katz. Se hacen referencias a la vida social de Katz en Hollywood en las memorias de Viertel, *The Kindness of Strangers*. Véase especialmente págs. 101-102 y 211-220. < <

[14] Información de Rae Bernstein al autor. < <

[15] Véase AC 495.72.26. Un documento sobre el Comité Mundial contra la Guerra y el Fascismo, dirigido a Otto Katz en el que se discute «el trabajo activo en Norteamérica» (posiblemente legal). Véase también AC 495.19.336 y 337. <<

[16] Véase dossier FOIA sobre Katz acerca de su expulsión de Estados Unidos en noviembre de 1940. < <

[17] Información confidencial al autor. < <

[18] *A Discord of Trumpets*, de Claud Cockburn, *The Theater of Erwin Piscator*, de Willert, e *Invisible Writing*, de Koestler dan testimonio de la rapidez con que Katz escribía en varios idiomas. Debo añadir que Rae Bernstein, viuda de Joseph Bernstein que colaboró con «André Simone» en *Men of Europe*, dice que el inglés de Katz distaba de ser perfecto y requería una profunda corrección. Ya que muchos de los libros de «Simón» o «Simone» aparecieron primero en inglés, lo más probable es que todos tuvieran ayuda editorial como la de Joseph Bernstein, quien, dicho sea de paso, fue también la mano derecha literaria en inglés de Julio Álvarez del Vayo. < <

[19] Hellman, *op. cit.*, pág. 68. < <

[20] Para la relación de Hellman con Katz y sus actividades en Nueva York en 1939 y 1940, debo la información a Rae Bernstein, Margaret Regler y la viuda de Ralph Bates. Ningún texto, documento o memoria de los varios centenares que he visto menciona un arresto o encarcelamiento de Katz en España. En las últimas fases de la guerra civil española, estuvo en Norteamérica, París y la Riviera. Como verá el lector, yo creo muy probable (aunque no esté seguro) que Katz estuvo involucrado en secreto en *P.M.*, en cuya fundación participaron estrechamente Hellman y Hammett, tal como demuestran William Wright y Carl Rollyson en sus biografías de Hellman. <<

[21] Koestler, *op. cit.*, pág. 209. < <

[22] Para la presentación de Cockburn a Münzenberg, véase *A Discord of Trumpets*, pág. 232, y para una relación bastante cándida sobre la fabricación de desinformación para Katz en España, véase págs. 306-309. < <

[23] Cockburn, *op. cit.*, pág. 306. < <

[24] Información de Margaret Regler al autor. <<

[25] Cockburn, *op. cit.*, pág. 305. < <

[26] Entrevista del autor con Paul Willert, Londres, 6 de junio de 1986. <<

[27] Hellman, *op. cit.*, pág. 68-69. < <

[28] Koestler, *op. cit.*, pág. 211. Geneviève era una famosa periodista política en Francia; Ellen Wilkinson, en algún momento compañera de viaje, fue una importante personalidad del partido laborista británico. < <

[29] Entrevista confidencial con el autor. <<

[30] Información del difunto Eugen Loebl (ortografía inglesa del original Löbl) al autor. < <

[31] Para las afirmaciones de Burgess y Blunt de ser agentes del Komintern, véase *A Chapter of Accidents*, de Rees, y *After Long Silence*, de Straight, en los pasajes que describen a Burgess y Blunt cuando los intentaban reclutar. Que Maly y Orlov estuvieran entre los primeros controles del círculo de Cambridge ha sido probado por John Costello. Véase *The Mask of Treachery* y el *New York Times* del 26 de junio, 1991, pág. 11. < <

[32] Sobre apologistas del Frente Popular, véase *Freda Kirchway* de Alpern y *Men and Politics*, de Fischer. < <

[33] La penetración del Komintern por la NKVD y el GRU en 1935 ha sido estudiada por un buen número de autores de fiar. La mayor obra es *The Great Terror*, de Conquest, págs. 399-408 y *passim*. Agradezco a Herb Romerstein el revelarme la verdadera identidad del «camarada Moskvin». Estuvo a cargo de liquidar el Trust Münzenberg en 1935; en realidad se trataba de Mijaíl Trilliser, miembro fundador de la NKVD, quien para 1935 parece haber estado vinculado con el GRU. Esta información fue confirmada en junio de 1992 por la investigación en los archivos del Komintern de Moscú realizada por Harvey Klehr, con quien estoy en deuda. Para el papel de «Moskvin» en la liquidación de las empresas de Münzenberg, véase Gross, *op. cit.*, pág. 277. < <

[34] Información de Paul Willert al autor. < <

[35] La responsabilidad de Radek en asuntos alemanes fue un factor indispensable para su alto cargo en la jerarquía soviética. Véase *Utopia in Power*, de Heller y Nekrich, págs. 232-233. También *Lenin and the Komintern*, de Lazitch y Drachkovitch, y muchas otras fuentes bien informadas. <<

[36] Véase Willett, *op. cit.* <<

[37] Un texto fidedigno sobre las relaciones entre Katz y Piscator se encuentra en *ibid*. También Babette Gross brinda una abundante información. Cookridge en *The Net That Covers the World* da la información exclusiva (sin fuente) de que Katz contribuyó a los decorados de Piscator. < <

[38] Willett, *op. cit.*, págs. 65-71 [Nota faltante en la edición impresa. Se ha colocado de manera aproximada en el texto (N. del E. D.)]. < <

[39] *Ibid.* < <

[40] Gross, *op. cit.*, pág. 311. <<

[41] Koestler, *op. cit.*, pág. 211. < <

[42] Información de Herbert Marshall al autor. < <

[43] *** [Nota faltante en la edición impresa (N. del E. D.)] < <

[44] *Ibid.* < <

[45] Karel Kaplan, *op. cit.*, pág. 276. < <

[46] Gross, *op. cit.*, pág. 311. <<

[47] Para el contacto de Katz con Batista, véase informe FOIA. <<

[48] Información de Herman Starobin al autor. < <

[49] Información del difunto Eugene Loebl al autor. < <

[50] Entrevista del autor con Karel Kaplan, 7 julio, 1989, Munich. Véase también la carta de Katz a Klement Gottwald en *Report on the Murder of the General Secretary*, de Kaplan, págs. 272-279. Que corrió el rumor de que Katz había tenido parte en el asesinato de Münzenberg en el tiempo de los interrogatorios de Slansky, me fue confirmado por Karel Kaplan, la principal historiadora checa del acontecimiento. < <

[51] Véase dossier FOIA sobre Katz, páginas relevantes hasta junio de 1940. < <

[52] Correspondencia de Marcia Davenport con el autor. < <

[53] Información de Herman Starobin al autor. < <

[54] Véase dossier FOIA sobre Katz, entrevista con Hermann Rauschning. En *The Mask of Treachery*, John Costello especula sobre la posibilidad de que Anthony Blunt haya intentado confundir a sus interrogadores británicos al afirmar que un hombre de la descripción de Katz fue su primer control. El siguiente estudio de Costello, *Deadly Illusions*, quita un poco de verosimilitud a esta teoría. < <

[55] Véase Gardiner sobre Cookridge en su descripción de Kim Philby en *Code Name: Mary*. Véase también Costello sobre Spiro-Cookridge en *The Mask of Treachery*. < <

[56] Guy Liddell es un personaje cuyo nombre ha aparecido repetidas veces en la historia de espías más persistente de nuestro tiempo, la cuestión del «topo» en el servicio británico, del protector y promotor de los espías de Cambridge. Era el confidente de confianza de Anthony Blunt, su íntimo amigo y jefe político dentro del mundo de la inteligencia británica y sus actividades en los hechos que desembocaron en la fuga de Burgess y Maclean favorecieron el éxito de la misma. Todo funcionó a la perfección para imposibilitar la captura. El crítico literario Goronwy Rees, íntimo amigo y compañero de conspiración de Blunt y de Burgess, fue a la tumba convencido de que Liddell había sido parte de la trama. Quienes apoyan a Liddell en los mandos de la inteligencia británica y entre sus historiadores no sólo son numerosos, sino también muy respetados. El más importante es el difunto Sir Dick White, decano de los servicios británicos, quien detestaba a Goronwy Rees y quien escaló su alto cargo en el servicio con el patrocinio de Liddell. Muchos de los observadores por quienes siento una alta estima piensan que el caso contra Liddell está cerrado y su inocencia, confirmada.

Yo no. Considero que el caso aún está abierto. Todavía no conozco ningún argumento o prueba que, en mi opinión, demuestre fehacientemente la inocencia de Liddell. Eso no significa que esté convencido de su culpabilidad, pero como el lector verá en distintos pasajes cruciales de esta obra, las pruebas circunstanciales contra Liddell no son una mera casualidad; son absolutamente imponentes.

Parte de esas pruebas contra Liddell provienen de que él fue la posible fuente de Spiro sobre Katz. A su vez, una posible fuente de las declaraciones de Liddell sobre Katz es un informante muy bien situado llamado Anatoli Bakaylov, un extravagante periodista e intelectual ruso blanco, muy bien relacionado con los grupos de exiliados y con miembros de la clase dirigente británica interesados en los asuntos soviéticos. No es casual que Bakaylov fuera uno de los informantes más fiables del MI-5 sobre exiliados rusos y las interminables intrigas secretas que consternaban y embrollaban la vida en el exilio. El hombre con quien trabajó Bakaylov en ese

asunto era el ubicuo Guy Liddell, el hombre del que tantas veces se ha dicho que estaba fuera de toda sospecha.

Ahora bien, Bakaylov era de hecho un agente soviético y uno de los más aptos de ese periodo. Estaba en el lugar idóneo para dar desinformación al servicio británico, al Foreign Office y a los políticos. Y así lo hizo durante años, siempre con el visto bueno de Liddell. En los días felices de la preguerra y antes de la caída en desgracia de Otto, Bakaylov y Katz colaboraron en todo tipo de misiones como equipo. Para la información sobre Bakaylov, estoy en deuda con *The Mask of Treachery*, págs. 311-312, 602, de Costello así como con el inédito de Deacon, *The British Connection*. <<

[57] *Cookridge, The Net That Covers the World, pág. 249*. < <

4

Proceso, contraproceso y la conspiración Dimitrov

[0] Hasta el final de su vida, Whittaker Chambers negó haber visitado la Unión Soviética. Era mentira. Se puede demostrar que estuvo en la URSS desde principios de abril hasta finales de junio de 1933. También es verdad que retornó con el alias de «Hugh Jones» que luego negó haber usado jamás. El hecho de que haya ocultado su viaje a Rusia está seguramente relacionado con el hecho de haber sido entrenado por el *apparat*. Las fechas de su visita coinciden con la creación de la escuela, aunque regresó a Estados Unidos sin tiempo de haber completado el curso. La coincidencia de las fechas es al menos curiosa. Véase Weinstein, *Perjury*, págs. 115-117. Véase también la entrevista de Walter Goldwater con Diana Trilling, en el archivo de Trilling. Aquí ha sido usada con su permiso. <<

[00] En el terreno político, recuérdese que Dimitrov y sus asistentes no eran comunistas alemanes, sino extranjeros y evidentes agentes de Moscú y el Komintern. Su elección como acusados podía dar pie a un problema internacional; podría considerarse una provocación contra la URSS. Sin embargo, durante el juicio no se hizo hincapié en los vínculos de Dimitrov con Moscú del mismo modo que tampoco lo hizo Münzenberg con respecto a la autoría nazi del incendio. <<

[1] Los AC, 495, secciones 292, 248, 251 y 60, contienen gran cantidad de documentación de casi cada detalle operativo (contrapuesto a conspirativo) de la campaña del incendio del Reichstag. Es evidente que Münzenberg mantuvo a sus superiores meticulosamente informados de todos los aspectos de su trabajo. Llenan estos archivos conversaciones con abogados, evaluaciones de los participantes, documentos de los comités conjuntos, borradores de declaraciones de los acusados, interrogatorios, correspondencia controlada entre participantes y sus familias, resúmenes de prensa y más información por el estilo. <<

[2] Información de Ruth Price al autor. < <

[3] Para la creación de la «Octava Base Deportiva Internacional» de Podlipki, véase Gross, *op. cit.*, págs. 264-266, 267. Para la caída de Mirov-Abramov, véase Conquest, *The Great Terror*, pág. 408. < <

[4] Para un útil resumen del lugar que le corresponde a Torgler en el comunismo alemán, véase Borkenau, *European Communism*. Tobias naturalmente discute el caso de Torgler en profundidad, aunque nunca se ha investigado hasta el fondo la complicada conexión de Torgler con todo el asunto. Indispensable para esa exploración resulta *Stalin and German Communism*, de Ruth Fischer y en especial la correspondencia entre Fischer y María Reese ahora depositada con los documentos de Fischer en la biblioteca Houghton de Harvard. Muchos de ellos, junto a otros, han sido publicados por Peter Lübbe en su antología de Ruth Fischer y Arkady Maslow, *Abtrünnig wider Willen*, en especial págs. 219, 248 y 273. Gisevius, en *To the Bitter End*, también brinda información sobre el papel de Torgler. < <

[5] La principal obra sobre el incendio del Reichstag es *The Reichstag Fire*, de Tobias. La bibliografía es extensa y fehaciente. < <

[6] Para los planes de Münzenberg en este periodo, véase Gross, *op. cit.*, págs. 239-270. < <

[7] *Ibid.* pág. 249. <<

[8] Entrevista del autor con Babette Gross, 6 de julio de 1989, Múnich. < <

[9] Regler, *op. cit.* <<

[10] *Ibid.*, págs. 160-161. < <

[11] *The Brown Book of the Hitler Terror and the Burning of the Reichstag* y *The Second Brown Book of the Hitler Terror*, tuvieron numerosas ediciones y fueron ampliamente traducidos. En sus memorias, Gustav Regler, Arthur Koestler y Manes Sperber escriben vívidamente sobre el colectivo que produjo los libros. El mismo Otto Katz escribió un libro sobre su composición titulado *Der Kampf um ein Buch*. No he hallado ninguna traducción. Después de la guerra, Dimitrov escribió su versión del hecho en *Das Reichstagsbrandprozess*. < <

[12] Véase Gross, *op. cit.*, pág. 251. Véase también Regler, *op. cit.* y Costello, *The Mask of Treachery*, pág. 298. < <

[13] Un importante documento para comprender esta fase de la carrera de Katz es su carta a Klement Gottwald escrita el día de su ejecución en Praga y reproducida en *Report on the Murder of the General Secretary*. El contacto de Katz con Ellen Wilkinson y otros se cita también en *Ellen Wilkinson*, de Vernon. <<

[14] *Stewart, By a Stroke of Luck*! < <

[15] Debido a que un importante testigo del círculo de Burgess confundió el nombre de Otto Katz con el de otro miembro del aparato soviético llamado Rudolph Katz, a menudo se ha dicho erróneamente que Otto participó de algún modo en la vida londinense de Guy Burgess durante la guerra. No es verdad; Otto estaba en México durante todo ese periodo; el Katz visto con tanta frecuencia en el apartamento de Burgess de la calle Bentinck era Rudolph, un agente que salvo por su ideología era muy distinto a Otto, Según Jimmy Hewett, amante de Burgess, Rudolph Katz era un homosexual compulsivamente lujurioso y un «gordinflón torpe y desmañado». Costello aclara esta confusión sobre los Katz, aunque señala que Burgess tuvo algún contacto real con la operación de Münzenberg (*The Mask of Treachery*, pág. 330). Para una relación sobre los desplantes de Burgess entre los literatos comunistas en París, véase *A Chapter of Accidents*, de Rees y su narración de cómo Burgess se las ingenió para que él y Rees cenaran con Theodore Dreiser. < <

[16] Véase Hays, *City Lawyer*. < <

[17] La actuación de Goering en el juicio está tratada por Tobias, *op. cit.*, 221-228. < <

[18] Información de Tzvetan Todorov y Peter Smerdjiev al autor. < <

[19] Fischer, *op. cit.*, págs. 308-309. < <

[20] Arthur Koestler, *op. cit.*, págs. 247-249. < <

[21] Malraux confesó su escepticismo sobre este tema en una entrevista con Jean Lacouture cuando éste le preparaba su biografía. (*André Malraux*, pág. 182.) < <

[22] Prefacio de *Ot lajpzigskija prozes v sibirskite lageri*, de Popov. Estoy sumamente agradecido a Tzvetan Todorov por haberme enseñado esta importante prueba y por haberme proporcionado la traducción literal de la introducción de Semerdjiev que aquí incluyo con su amable permiso. <<

[23] La afirmación de Semerdjiev de que Pieck actuó de intermediario entre los gobiernos nazi y soviético queda confirmada por un cable hallado en los archivos centrales, escrito por Pieck y enviado a Piatnitsky y traducido del alemán para que sólo lo leyera Stalin. Este documento contiene una propuesta del gobierno germano a Stalin sugiriendo que el dictador ofreciera asilo político «de cualquier manera a Dimitrov y los búlgaros». Tal como decía Ruth Fischer, el acuerdo no incluía a Ernst Torgler. El cable en cuestión fue recibido por Piatnitsky cuatro días después de la sentencia de Leipzig, el 28 de diciembre de 1933, tras el descanso navideño. (AC 495.19.248.)

En cuanto a la participación personal de Radek en toda la secuencia de estos hechos, el telegrama de Radek probablemente codificado al «camarada Vinograd» en Berlín, del 20 de abril de 1933, muestra claramente que 1) él daba la orden específica a su agente de encontrar información que relacionara el incendio con el S.S. Oberführer Kurt Daluege, y, en consecuencia, con las SA ya que entonces Deluege se ocupaba principalmente de colocar a oficiales de las SA en toda la nueva administración alemana y se lo identificaba plenamente con los intereses de las SA; 2) que Vinogradov sería asistido en la recopilación de la información por «conversaciones discretas» con un oficial de la *Reichswehr*, el coronel Oskar von Neidermayer, un agente secreto alemán muy próximo a Radek, quien había servido como operativo encubierto para concertar el intercambio oficial de material militar e información entre el gobierno soviético y el ejército alemán después del Tratado de Rapallo. Por tanto, Neidermayer era un experto en los oscuros canales secretos entre ambos gobiernos; 3) que la información y desinformación así obtenidas serían divulgadas, entre otros periódicos, por el *Manchester Guardian*, que por cierto era la principal publicación en lengua inglesa para la campaña de Münzenberg.

Considero que el texto de este telegrama apoya de forma significativa mi tesis de que el propósito común de ambos dictadores en su colaboración de aquel momento era utilizar la

propaganda comunista acerca del proceso de Leipzig como un medio para desacreditar a las SA a favor del ejército alemán y así prepararse para los hechos del 30 de junio de 1934, conocidos como la «Noche de los Cuchillos Largos». La carta de Radek a Vinogradov se encuentra en los AC 495.60.244a. < <

[24] Véase Karel Kaplan, *op. cit*. Para la carta de Katz a Klement Gottwald del 3 de diciembre de 1952, véase pág. 276. < <

[25] Tanto Regler como Koestler en sus obras citadas recuerdan el acceso de Dimitrov al *The Brown Book* cuando estaba en la cárcel. <<

[26] Información de Peter Semerdjiev al autor: una carta del 6 de noviembre de 1992 y una extensa entrevista telefónica del 13 de noviembre del mismo año. < <

[27] Entrevista del autor con Babette Gross el 4 de julio de 1989. < <

[28] Un útil resumen de esta bien conocida y crucial coyuntura en los planes de Hitler se puede encontrar en *Modern Times*, págs. 296-300, de Paul Johnson. < <

[29] Véase *ibid.* <<

[30] *Ibid.* < <

[31] Carlton, *Anthony Eden*, pág. 46. < <

[32] Para el plan y el comportamiento de Hitler en la «Noche de los Cuchillos Largos», véase *To the Bitter End*, de Gisevius y *Hitler*, de Fest. <<

[33] Para las SA como objetivo de la campaña de Münzenberg, véase en especial el texto de Tobias en *The Reichstag Fire* y en *Ces Temps-là* de Sperber. < <

[34] Véase nota 23. < <

[35] *The White Book on the Executions of June 30, 1934*. <<

[36] Tobias, *op. cit.*, pág. 143; también *Echo der Woche*, de Wollenberg, 12 de agosto, 1949. < <

[37] Gross, *op. cit.*, pág. 248. < <

[38] Tobias, *op. cit.*, pág. 57. < <

[39] Se mencionan las intrigas con el departamento de policía de Berlín tanto en *Invisible Writing* de Koestler como en *The Owl of Minerva* de Regler. El testimonio directo más completo dentro de Central de Policía en Prinz Albrechtstrasse está en *To the Bitter End*, de Gisevius. <<

[40] Véase Gisevius, *op. cit.* El complot Von Satuffenberg ha sido ampliamente analizado en una extensa bibliografía. En especial, recomendaría la *Autobiography of a Spy*, de Mary Bancroft. <<

[41] Véase Gisevius, *op. cit.* <<

[42] Archivos Nacionales de Estados Unidos, 800.00B, dossier Louis Gibarti, documento 73. Memorándum de la División de Visados, Departamento de Estado, con fecha 29 de enero, 1940, sin firma pero anotado VD; AMW: MLS. Para el papel de Bredow en el círculo de Guchkov, véase *The British Connection*, pág. 107, de Deacon. < <

[43] Toland, *Hitler*, pág. 465. < <

[44] Información mencionando a Gibarti como probable autor del Memorándum Oberfohren se puede encontrar en FOIA dossier 61.6629. Un cuidadoso análisis del Memorándum Oberfohren se encuentra en *The Reichstag Fire*, de Tobias, pág. 104. < <

[45] AC 495,73.26. < <

[46] Véase carta de Radek a Vinogradov, citada en pág. 407 n. 15.
< <

[47] Véase Tobias, *op. cit.*, apéndice C. <<

[48] *Ibid.*, págs. 144-146. < <

[49] La fantasía de que Hitler era un mero hombre de paja en peligro de perder el control del gobierno nazi a manos de las SA llevó a que los conservadores le apoyasen secretamente para que resistiera esa amenaza.

Vale la pena señalar que después de los hechos y una vez que Estados Unidos entró en la guerra, esta versión de la temprana historia nazi estaba vigente entre los altos mandos de la inteligencia norteamericana. En 1942, en Ginebra, Mary Bancroft, una agente de la OSS que era íntima amiga de Allen Dulles y Gisevius, actuó como enlace entre los dos durante la preparación del intento de asesinato de Hitler en el complot de Von Stauffenberg, el último intento de salvación de parte de los conservadores alemanes antinazis y su amado ejército, esta vez asistidos en secreto por Estados Unidos. En sus conversaciones conmigo, Bancroft dejó bien claro que Dulles aceptó casi toda la versión de Gisevius sobre aquellas luchas intestinas en el gobierno nazi y sobre el incendio del Reichstag.

La tragedia del esfuerzo de los conservadores por arruinar a las SA estriba en que no sirvió para rescatar el honor de la política ni del ejército alemanes y, en cambio, quedaron a merced de Hitler y de Stalin. Al menospreciar la importancia de Hitler y exagerar la de las SA, consolidaron el poder nazi y, en consecuencia, promovieron los objetivos de los dos dictadores que odiaban.

Entrevista de Mary Bancroft con el autor, 12 de septiembre de 1986. <<

[50] Véase Gisevius, *op. cit.* <<

[51] *Rhysselberghe, Cahiers d'André Gide. Les Cahiers de la Petite Dame. Notes pour l'histoire authentique d'André Gide, 1929-1937. Véase también Gide, Littérature engagée, en especial la muy útil cronología*. <<

[52] He consultado numerosas fuentes para reconstruir el viaje de Gide y Malraux a Berlín: los cuadernos de Maria van Rhysselberghe; *Littérature engagée*, de Gide; *Anti-Memoirs*, de Malraux; *André Malraux*, de Lacouture y otros. < <

[53] Lacouture, *op. cit.*, pág. 182. < <

[54] Véase los cuadernos de Maria van Rhysselberghe y las cartas de André Gide a Roger Martin du Gard. < <

5

El acuerdo

[1] Véase Gisevius, *To the Bitter End*. < <

[2] Walter Krivitsky, *In Stalin's Secret Service*, capítulo 1. < <

[3] Para la actuación de Berzin durante la guerra civil, véase *ibid.*, capítulo 3, y Conquest, *The Great Terror*, pág. 209. < <

[4] Krivitsky, *op. cit.*, págs. 2-3. < <

[5] Dziak, *Chekisty*, págs. 83-84. < <

[6] Para la relación de Radek con la campaña antifascista, véase Krivitsky, *op. cit.*, pág. 10, así como Heller y Nekrich, *Utopia in Power*, pág. 325. Gross, *Münzenberg*, págs. 179-180. Véase también Dziak, *op. cit.*, pág. 28. < <

[7] Heller y Nekrich, *op. cit.*, págs. 310-322. < <

[8] Para confirmación de la opinión de Radek, véase también Litvinov tal como lo cita Gustav Hilger, citado en Blackstock, *The Secret Road to World War II*, pág. 262. < <

[9] Krivitsky, *op. cit.*, págs. 8-15. < <

[10] *Ibid.*, págs. 1-25. Véase esp. págs. 10-11 y todas las referencias a Radek. < <

[11] La mejor descripción existente de la estancia de Krivitsky en Estados Unidos se encuentra en *The Cambridge Spies*, de Newton, pero hay muchos textos válidos sobre la reacción occidental ante la deserción de Krivitsky. Una de las mejores es *Eyewitness to History*, de Levine, págs. 182-187. Las relaciones de Krivitsky con los servicios británico y norteamericano, junto con su papel en el desenmascaramiento de la conspiración en Cambridge, son importantes y complejas y se las trata en una vasta bibliografía. Un ejemplo típico es *Philby: The Long Road to Moscow*, de Seale y McCoville, en muchas referencias. Se discute el caso Krivitsky eficazmente en *Deadly Illusions*, de Costello, con especial referencia a su tratamiento de los hechos en España. < <

[12] Conquest, *op. cit.*, págs. 62-63. < <

[13] Para un análisis completo del movimiento hacia el pacto, véase Heller y Nekrich, *op. cit.*, págs. 316-319. Para el pensamiento estratégico general de Stalin anterior a la guerra europea, véase *Modern Times*, de Paul Johnson (pág. 359). El lector también puede consultar Dziak, *op. cit.*, capítulos 4, 5 y 6. <<

[14] Tanto en *The Great Terror* de Conquest como en *Utopia in Power* de Heller y Nekrich, se discute la predisposición de Stalin a que se les hiciera daño a los comunistas alemanes en 1933. < <

[15] Heller y Nekrich, *op. cit.*, págs. 251-258. Véase también Krivitsky, *op. cit.*, págs. 1-25. < <

[16] *Heller y Nekrich, op. cit., págs. 309-311, citando a Gnedin, Iz istorii otnoshenii mezhdu SSSR i fashistskoi Germanii. Dokumenty i sovremennye kommentarii, págs. 22-21.* < <

[17] Hilger y Meyer, *The Incompatible Allies*, págs. 267-268. < <

[18] Krivitsky, *op. cit.*, pág. 284. < <

[19] Catherine Károlyi, *A Life Together*, pág. 271. < <

[20] *Regler, The Owl of Minerva.* < <

[21] Lerner, *Karl Radek*, págs. 8-30. < <

[22] Gross, *op. cit.*, pág. 179. < <

[23] Desde el campo trotskista, se encuentra una descripción del fallecimiento de Blumkin y su relación con Trotsky en la obra *With Trotsky in Exile*, de Van Heijenoort. < <

[24] Para una interesante descripción del ambiente político en Moscú en 1934 y 1935, véase *Stalin and the Kirov Murder*, de Conquest. < <

[25] *Dimitrov, The Working Classes Against Fascism, pág. 47*. < <

[26] El papel de Kolstov en el Congreso de Cultura de 1935 se señala en *La Rive Gauche*, de Lottman. Babette Gross me confirmó esta información. Que Katz tuvo un papel importante en el Left Book Club me lo señaló primero Paul Willert, quien comentó que «Katz tenía un montón de dinero de Negrín», es decir, dinero del gobierno republicano español, para gastar en propaganda tanto en Gran Bretaña como en el continente. Katz habla de su papel con Gollancz y Laski en su carta a Klement Gottwald; véase capítulo 4, nota 2. <<

[27] Para el papel de Otto en la fundación del Left Book Club, información al autor de Paul Willert, entrevista del 6 de junio de 1986. <<

[28] *MacDonald, The United States, Britain and Appeasement, 1936-1939. Citado por Paul Johnson en Modern Times, pág. 345*. < <

[29] Conquest, *op. cit.*, pág. 104. < <

[30] *Ibid.*, pág. 146. < <

[31] *Ibid.* < <

[32] La mejor relación de la purga de 1935 del Estado Mayor del Ejército Rojo se encuentra en *The Great Terror*, de Conquest, capítulo 7, «El asalto contra el ejército». Las referencias de Conquest son demasiado minuciosas como para ser resumidas aquí, pero se basa, como yo, en Orlov y Krivitsky. Para una síntesis incisiva y útil del asunto y de las varias posiciones que se han tomado al respecto, véase *Stalin. The Glasnost Revelations*, de Laqueur. Para un reexamen detallado del papel y la información de Orlov, véase *Deadly Illusions*, de Costello. Otro libro que me ha parecido útil es *The Secret Road to World War II*, de Blackstock. Véase también *The Incompatible Allies*, de Hilger y Meyer. <<

[33] Krivitsky, *op. cit.* <<

[34] Conquest, *The Great Terror*, págs. 195-205. < <

[35] Para el caso Tukachevsky en relación con Hitler y Alemania, véase *ibid*. págs. 195-205. <<

[36] Para la idea de Conquest sobre los motivos de Stalin para la muerte de Tukachevsky, véase *ibid.*, págs. 182-192. < <

[37] *Ibid.* < <

[38] Krivitsky, *op. cit.* <<

[39] *Conquest, Stalin and the Kirov Murder, pág. 199*. < <

[40] Para la vinculación de Katz con la organización de Miller y el círculo Guchkov, véase *The Mask of Treachery*, de Costello. < <

[41] Véase *The Great Terror*, de Conquest, pág. 199. Se cita la broma de «tele-Benes» en *The Secret Road to World War II*, de Blackstock. <<

[42] Véase entrevista del autor con Sir Isaiah Berlin, 24 de enero de 1992. < <

[43] Debo señalar que, según Rae Bernstein, durante el periodo que Katz pasó en Nueva York, hizo frecuentes referencias (cuando hablaba dentro del círculo comunista de confianza) a su pasada relación de privilegio con el presidente Benes. Información de Mae Bernstein al autor. <<

[44] Véase Gross, *op. cit.*, pág. 312. < <

[45] El comentario de Silone fue recordado por Jörgen Schliemann en una conversación con el autor. <<

[46] Gross, *op. cit.*, pág. 312. < <

[47] Conquest, *Stalin and the Kirov Murder*, págs. 182-183; Solzhenitsyn, *Archipiélago Gulag*, vol. 1 y 2, véase entrada en el glosario. < <

6

Cambridge West

[0] Por supuesto, si de verdad Field era un agente doble trabajando para los norteamericanos (como a veces se afirma), a él le hubiera bastado ponerse en contacto con su control Allen Dulles para que se le protegiera dejándole al margen de los eventos que se precipitaban en Washington. Pero precisamente lo que no buscó Field fue la protección norteamericana. <<

[1] El mejor estudio de las actividades en Washington del grupo de Cambridge se encuentra en *The Cambridge Spies*, de Verne Newton. <<

[2] Boyle, *The Climate of Treason*, págs. 400-410. < <

[3] *Ibid.*, 271-273 y *passim*. <<

[4] *Ibid.*, págs. 400-405. < <

[5] Entrevista telefónica del autor con Paul Willert, 25 de junio, 1987. < <

[6] Costello, *The Mask of Treachery*, pág. 208. < <

[7] Se cita y parafrasea la descripción de esta escena en *Conspiracy of Silence*, de Penrose y Freeman, págs. 415-420. < <

[8] Malraux, *Antimemorias*, pág. 89. < <

[9] El papel de Maly queda establecido por Costello en *op. cit.*, especialmente págs. 278-285. < <

[10] Véase *This Deception*, de Massing. El capítulo titulado «Assignment America» describe la reunión de Massing con Maly. Hede Massing falleció antes de que se identificara a Maly como el control y reclutador de Cambridge y no conocía su verdadero nombre cuando escribió el libro. Identificó correctamente a «der Lange» sin embargo con «Paul Hardt» desconociendo que era uno de los alias de Maly. Su descripción de «der Lange» encaja a la perfección con la de Maly en todo detalle. Ciertamente, su descripción del personaje y su papel representa una prueba fehaciente de la verosimilitud general del libro. < <

[11] Langer, *Josephine Herbst*, págs. 206-207. < <

[12] Massing, *op. cit.*, págs. 115-138 y *passim*. < <

[13] Poretsky, *Our Own People*, pág. 144. < <

[14] Lewis, *Red Pawn*, pág. 37. < <

[15] Para el reclutamiento de Chambers, véase *Perjury*, de Weinstein. Según el testimonio de Louis Budenz, captado por Flora Lewis y confirmado por mi propia investigación en los Archivos Nacionales de Estados Unidos, Noel Field ya era miembro del partido comunista en 1927. <<

[16] La mejor fuente de información sobre Noel Field es el libro *Red Pawn* de Flora Lewis (1965). Sus conclusiones sobre el trabajo de Field para los soviéticos están formuladas de forma muy conservadora y en ningún momento van más allá de las pruebas entonces disponibles. Desde la fecha de esa publicación, ha aparecido mucha más información aunque está bastante dispersa. En especial, vale la proveniente de Karel Kaplan, un miembro del gobierno de Dubcek que conoció mucha de la documentación de la época. (Véase *Perjury*, de Weinstein.) Véase también *Show Trials*, de Hodos. Una copiosa información sobre el trabajo de Field como agente secreto, tanto en Europa como su espionaje con Alger Hiss en Washington, ha sido estudiada en los Archivos del Ministerio de Información, Budapest, por María Schmidt, una investigadora que ahora trabaja en los archivos de la policía secreta húngara. < <

[17] La historia de Field en Moscú se encuentra en *Red Pawn* de Lewis, así como *This Deception* de Massing. < <

[18] La misma Massing informa que Krivitsky le dijo que Field había trabajado para él entre 1936 y 1938. Véase *op. cit.*, pág. 152. < <

[19] Chambers, *Witness*, pág. 381. < <

[20] Massing, *op. cit.*, pág. 39. < <

[21] Lewis, *op. cit.*, pág. 97. También existe información de María Schmidt. < <

[22] El papel de Field en la actividad antifascista está citado en *Red Pawn*, de Lewis, *Show Trials*, de Hodos y *Dix ans dans la lutte antifasciste*, de Humbert-Droz. Un informe de primera mano sobre esta experiencia desde dentro se encuentra en *The Confession*, de London. <<

[23] El perfil esencial de la relación de Noel Field con Allen Dulles, empezando inmediatamente después de la primera guerra mundial y terminando con la histeria asesina de los juicios Slansky, ha sido realizado por Flora Lewis en su admirable trabajo de 1965, *Red Pawn*. No obstante y tal como verá el lector, pese a la excelencia de ese libro, yo considero que toda la historia de Noel Field, incluso en su relación con Dulles y la OSS, es merecedora de una nueva investigación post-guerra fría. < <

[24] Se informa sobre la desaparición de Field en *Red Pawn* de Lewis.
< <

[25] Se informa sobre las sucesivas oleadas de arrestos masivos en *Show Trials*, de Hodos. < <

[26] Información de María Schmidt al autor, 24 de enero de 1993 en Budapest. < <

[27] La mejor manera de asegurarse de que un secreto de inteligencia se mantiene secreto es que todas las partes *quieran* que así sea. Los soviéticos no querían que se supiera una palabra sobre Noel Field, pero mucho me temo que tampoco los norteamericanos.

En mi opinión, la decisión soviética de utilizar a Noel Field como catapulta para lanzar el Terror en Europa del Este servía en parte como táctica defensiva en una crisis mundial del mundo del espionaje precipitada por la revelaciones de Elizabeth Bendey, Hede Massing y Whittaker Chambers. En Field el aparato puede haber encontrado la persona idónea para servir como muro de contención para que las investigaciones americanas no se extendieran al Este y divulgaran las decepciones hechas públicas por los militantes «antifascistas».

La verdad es que Field *conocía* a Allen Dulles y que *era* un agente doble. Más adelante durante la guerra, Field había sido considerado (cuando menos) como un reportero que asesoraba a las OSS sobre qué antifascistas europeos debían ser apoyados. En ese papel, Field logró buenos éxitos para los soviéticos.

Durante la guerra, todos los servicios occidentales estaban infiltrados por el *apparat* y esta clase de «asesoría» era uno de sus objetivos prioritarios. La idea era sabotear la resistencia no estalinista contra Hitler y promocionar a la gente del aparato; gente que Stalin pondría en el poder una vez Hitler hubiera desaparecido y los ejércitos estuvieran en sus barracones. El trabajo de zapa para el estalinismo en Europa del este y Alemania era llevado a cabo por el *apparat* y uno de sus zapadores más eficaces eran los servicios de inteligencia occidentales, los que apoyaban y definían la lucha de la resistencia antinazi porque por su intermedio se podía sabotear a los luchadores no estalinistas y promocionar a los obedientes. Uno de los libros en el que hay una excelente investigación de este aspecto de la guerra es *The Secrets of the Service*, de Glees. < <

[28] En *Show Trials*, Hodos señala este patrón en las persecuciones del este, pero no explora en profundidad la motivación que podría haberlo creado. < <

[29] *Beloff, Tito's Flawed Legacy*. < <

[30] El mejor estudio que conozco del papel desempeñado por los agentes soviéticos dentro de los servicios de inteligencia británicos para destruir a las facciones antifascistas indeseables es *The Secret of the Services*, de Glees. < <

[31] La relación de los Sabios con las infiltraciones en Washington es un gran tema. Los textos básicos para su consideración son sin duda las memorias de Acheson, *Present at the Creation, Witness to History*, de Bohlen y *Memoirs* de Kennan. Tanto Acheson como Bohlen evitan elegantemente pronunciarse sobre la culpabilidad de Hiss; Kennan ni lo menciona. No dicen que sea inocente ni culpable. Bohlen simplemente señala que el comportamiento de Hiss en Yalta no le había parecido comprometido. El tono del pasaje parece más calculado para defender la integridad de las deliberaciones de Yalta que la de Hiss. En cuanto a Kennan en sus memorias, el pasaje en que describe su decisión de escribir un memorándum sobre las relaciones soviético-americanas, el denominado «Largo Telegrama» demuestra claramente que consideraba que el Departamento del Tesoro dirigido por Harry Dexter White estaba irremisiblemente socavado por elementos pro-soviéticos. En el mismo «Largo Telegrama», como en la subsiguiente versión aumentada, su denominado «Artículo X», Kennan explícitamente da el grito de alerta sobre la grave penetración que sufre el gobierno de Washington. Y razones fundadas tendría ya que hoy no puede caber sombra de duda de que Harry Dexter White era un solícito informante del espionaje soviético en el Departamento de Estado.

Como más tarde escribió Kennan en sus memorias, «la penetración en los servicios centrales del gobierno norteamericano por parte de miembros o agentes (concientes o no) del partido comunista norteamericano a finales de los años treinta no era un mero producto de la imaginación… existía realmente; y asumía una proporción que, si bien nunca llegó a ser abrumadora, tampoco era superficial» (págs. 191-192).

Es importante recordar que los Sabios debían su poder político a la coalición de Roosevelt y al poder que ésta confería al partido demócrata aunque todos ellos considerasen que la política soviética de Franklin Roosevelt y Harry Hopkins era obra de unos diletantes peligrosamente incompetentes. Al igual que su jefe, el presidente Harry Truman, no podían apoyar ni repudiar el enfoque de Roosevelt. En el ínterin, cualquier limpieza muy pública de las

infiltraciones en Washington hubiera provisto a la derecha populista de un instrumento peligroso y demasiado eficaz para atacar el acuerdo de Yalta, la política de contención y su propia posición en el poder. El lema de Richard Nixon, «Veinte años de traición», estaba dirigido a ellos y a una distancia de pocos años. < <

[32] Hodos, *op. cit.*, pág. 88. < <

[33] Información privada al autor. < <

[34] Rees, *A Chapter of Accidents*, págs. 162-164. <<

[35] Costello, *op. cit.*, pág. 548, citando a *The Missing Diplomats*, de Connolly, pág. 33. < <

[36] Véase *The FBI-KGB War*, de Lamphere. < <

[37] La fase final de la carrera de Philby está tratada en *The KGB* de Andrew y Gordievsky, así como en *The Master Spy: The Story of Kim Philby*, de Knightley. Véase también un despacho de Richard Beetson, Washington Times Service, 2 de diciembre de 1987. < <

[38] Wright, *Spycatcher*, págs. 225-226. < <

[39] La fuente indispensable sobre la vida de Maly es *Our Own People*, de Poretsky. Véase también *op. cit.* de Costello y referencias muy interesantes sobre la rehabilitación de Maly con la KGB en *The KGB*, de Andrew y Gordievsky. < <

[40] Straight, *After Long Silence*. Para información sobre su reclutamiento, véase págs. 100-106. < <

[41] *Ibid.*, pág. 102. < <

[42] Los contactos de la familia Straight con Louis Dolivet están tratados en *After a Long Silence*. Véase también *The Cambridge Spies*, de Newton. < <

[43] Straight, *op. cit.*, pág. 110. < <

[44] Chambers, *op. cit.*, pág. 14. < <

[45] *Orlov, The Secret History of Stalin's Crimes, págs. 229-232*. <<

[46] Para la relación entre Orlov y Maly, véase Costello, *Deadly Illusions*. <<

[47] Orlov, *op. cit.* <<

7

Bloomsbury y el espionaje

[1] Bell, *Virginia Woolf* págs. 48, 54 y 63. < <

[2] Bell, *op. cit.*, págs. 129-130. < <

[3] Paul Johnson, *Modern Times*, pág. 168. Referencia al «Método» en *The Cambridge Apostles*, de Allen, pág. 71. < <

[4] Véase *The Cambridge Apostles*, de Deacon. Véase también, *The Mask of Treachery*, de Costello. < <

[5] La historia de la aventura de Julian Bell con Anthony Blunt se comenta en *The Mask of Treachery*, de Costello, págs. 151-153. <<

[6] Se informa sobre la muerte del príncipe Mirsky en *The Fellow Travellers*, de Caute. < <

[7] Costello, *op. cit.*, págs. 151-152. < <

[8] Estoy en deuda en este pasaje y a lo largo del capítulo con el estudio de Costello sobre Blunt en *The Mask of Treachery*. < <

[9] Holroyd, *Lytton Strachey*, vol. I, pág. 225. < <

[10] Citado en *Modern Times* de Paul Johnson, pág. 167, cit. *ibid.*, págs. 211-212. < <

[11] Conquest, *The Great Terror*, págs. 317. Para el análisis profundo de Arnold Deutsch sobre la homosexualidad de Blunt, véase *Deadly Illusions*, de Costello, pág. 226. < <

[12] Para un relato esclarecedor de la actividad política de Gide en esos tiempos, véase *La Rive Gauche*, de Lottman. < <

[13] Catherine Károlyi, *A Life Together*. < <

[14] Un resumen excelente de las actividades de Pascal y Drobb se encuentra en *The Mask of Treachery*, de Costello. <<

[15] Katz se refiere a esta vigilancia británica en la carta a Klement Gottwald, escrita horas antes de que lo ahorcaran y publicada en *Report on the Murder of the General Secretary* de Karel Kaplan. < <

[16] La visita de Wilkinson a Katz en la Riviera está mencionada en *Men and Politics* de Louis Fischer. < <

[17] La relación de Otto Katz con Claud Cockburn figura de forma prominente en *A Discord of Trumpets*, las memorias de Cockburn, y en *Figure of Eight* y *The Years of «The Week»*, ambos de Patricia Cockburn. <<

[18] *Ibid.* < <

[19] *Cockburn, A Discord of Trumpets*. < <

[20] *Roy Hoopes, Ralph Ingersoll*. <<

[21] William Warner, *Lillian Heilman: The Image, the Woman*, Simon & Schuster, Nueva York, 1986, págs. 167-169. < <

[22] El papel de Otto Katz en *Ce Soir* y en el periodismo político parisino en general era bien conocido dentro del aparato durante el Frente Popular. *Ce Soir* era una publicación abiertamente comunista y los directores fueron todos próximos a Katz, pero aparte de eso, Katz participó directamente en la compra de los servicios de periodistas. (Información de Paul Willert al autor. Véase también *Our Own People* de Poretsky.) Que *Ce Soir* estaba financiado por el aparato de propaganda queda bien claro en *Paul Nizan*, de Ory, págs. 172-173. < <

[23] Información de Patricia Bosworth al autor. < <

[24] Wright, *Spycatcher*, págs. 288, 339. La frase precisa de Wright para describir a Cockburn es «de interés para los servicios como izquierdista prominente y como agente del Komintern» (pág. 339). Cockburn estaba lo bastante cercano a la Internacional como para adoptar un alias de guerra o «alias de partido»: «Frank Pitcaim». Esto no equivale a decir que Cockburn fuera un miembro del servicio secreto del Komintern. < <

[25] La historia de Tetuán aparece en *A Discord of Trumpets*, de Claud Cockburn. <<

[26] Thomas, *op. cit.*, pág. 149. Para el nombramiento de Strachey como director del Movimiento Mundial contra el Fascismo y la Guerra, véase pág. 138. < <

[27] Que John Strachey era un miembro de pleno del aparato soviético a mí me parece quedar claramente demostrado por su actuación en la Internacional contra la Guerra y en su actitud (tal como la describe John Lehmann en una carta a Andrew Boyle) cuando se intentó reclutar a Lehmann para servir de espía durante la campaña vienesa de propaganda de 1934. (Véase Boyle, *The Climate of Treason*, edición revisada en rústica, págs. 105-106.) Pocos observadores dudarían de lo muy comprometido que estaba Strachey en fecha tan tardía. Tal vez el caso de Gollancz es más polémico. En los años del LBC, Gollancz fue cuando menos un simpatizante de quien se podía estar seguro que satisfaría las necesidades del partido y de la dirección de Strachey. Mi suposición, basada en dos estudios recientes, es que era algo más que eso. Véase *Intellectuals*, de Paul Johnson y *Victor Gollancz*, de Edwards. < <

[28] Para las consultas de Strachey con los líderes del partido comunista británico acerca de las selecciones en el Left Book Club, véase *John Strachey*, de Thomas. Para el LBC en general, véase S. Samuels, «The Left Book Club», *Journal of Contemporary History*, vol. II, Nueva York, 1966. <<

[29] Para la relación de Olden con Münzenberg, véase Gross, *op. cit.*, págs. 229, 232. < <

[30] Información de Paul Willert al autor. < <

[31] Estoy en deuda con Herbert Marshall por esta observación que hiciera por primera vez a finales de los años veinte y treinta cuando trabajaba en la sección de lengua inglesa de la productora Mezhrabpohmfilm de Münzenberg. < <

[32] Información de François Fejtö al autor. < <

[33] Para la relación de Hewlett Johnson con Gibarti, información de François Fejtö al autor. Para el papel de Johnson como propagandista estalinista en general, véase *The Fellow Travellers* de David Caute. < <

[34] Para la amistad de Julian Bell con Guy Burgess, véase *The Climate of Treason*, de Andrew Boyle, pág. 110. < <

[35] Lehmann, *The Whispering Gallery*, págs. 212. El relato de Lehmann de esta etapa de su vida, en especial la relación con Virginia y Leonard Woolf, se puede encontrar en págs. 184-228. <<

[36] Costello, *Deadly Illusions*, capitulo VI. < <

[37] Dollfuss fue asesinado por los nazis en 1934. < <

[38] Véase Krivitsky, *op. cit.* <<

[39] Véase Heller y Nekrich, *Utopia in Power*. < <

[40] Mitchison, *You May Well Ask*, pág. 195. < <

[41] Boyle, *op. cit.*, págs. 105-106. < <

[42] *Ibid.*, págs. 106. < <

[43] El despacho de Maly y las oficinas de la Liga contra el Imperialismo eran contiguos en el mismo edificio de Londres. Véase Deacon, *The British Connection*, págs. 113-115. < <

[44] Véase Rees, *A Chapter for Accidents*, págs. 117-128. < <

[45] Para la cita y la anterior, véase *ibid.*, pág. 155. < <

[46] Muggeridge, *The Infernal Grove*, págs. 106-107. < <

[47] Para el fascinante listado de los contactos sociales que Burgess dio a la NKVD, véase *Deadly Illusions*, de Costello. Nicolson figura en la lista. < <

[48] Véase Costello, *The Mask of Treachery*, págs. 570-602. Su otro libro, *Deadly Illusions*, tiene la version mejor documentada a la fecha de los servicios de Goronwy Rees a los soviéticos. Véase págs. 221; 245-246. <<

[49] Glees, *The Secrets of the Service*, pág. 149. Véase también W.J. West, *Truth Betrayed*, págs. 52-58 y *passim*. <<

[50] *Nicolson, Diaries and Letters, pág. 435. Citado por Glees, The Secret of the Services*. < <

[51] Wells, *op. cit.* <<

[52] Milne, *Harold Nicolson*, citado en Penrose y Freeman, *Conspiracy of Silence*, págs. 234. < <

[53] Nicolson, *op. cit.*, pág. 349. (Entrada del 1 de junio de 1951.) < <

8

En América

[1] Peter Kurth, *American Cassandra: The Life of Dorothy Thompson*, Little Brown, Nueva York, 1990. < <

[2] Véase Sheean, *Dorothy and Red*. El incidente también consta en Kurth, *op. cit.* < <

[3] Kurth, *op. cit.*, pág. 109. < <

[4] Información de Babette Gross al autor. < <

[5] Que Vincent Sheean fue un simpatizante muy utilizado al menos hasta el 1 de septiembre de 1939, queda probado por haber firmado una carta atacando a Krivitsky que se publicó en los principales diarios de Estados Unidos en agosto de ese año; que conocía bastante bien la posición de Rayna Prohme dentro del aparato queda sugerido en *Dorothy and Red* y confirmado en las memorias de John Dos Passos, *The Best of Times: An Informal Memoir*. Para el papel de Samson Raphaelson entre los simpatizantes de Hollywood, véase Schwartz, *The Hollywood Writers's Wars*. < <

[6] Véase carta de Dorothy Thompson a Sinclair Lewis sobre este evento en *Dorothy and Red*, de Sheean, pág. 67. Véase también la versión de Sheean sobre la relación, págs. 74-77, así como su *Personal Memoir*, capítulo VI. < <

[7] Sheean, *op. cit.*, pág. 77. [Nota faltante en la edición impresa. Se ha colocado de manera aproximada en el texto (N. del E. D.)]. <<

[8] Sobre Soong Chin Ling como agente de Münzenberg, véase Gross, *Münzenberg*,, págs. 183 y el dossier FOIA de Louis Gibarti, 61-6629, sección 3.ª. Declaración de Louis Gibarti ante el Consejo Especial del Senado de Estados Unidos, Robert Morris y los senadores Willi Smith y Homer Fergusson, París, 28 de agosto de 1951. <<

[9] Véase Sheean, *op. cit.* < <

[10] Véase las cartas de Dorothy Thompson a Sinclair Lewis reproducidas en *ibid*. <<

[11] Véase el libro de Thompson sobre su viaje, *The New Russia*. < <

[12] Sheean, *op. cit.*, cartas de Thompson a Lewis. < <

[13] El 20 de junio de 1940, la División de Visados del Departamento de Estado archivó un memorándum sobre Otto Katz refiriéndose a información de «una fuente solvente pero anónima» (Archivos Nacionales de Estados Unidos, 800.00B, dossier sobre Louis Gibarti, documento 73). Otra correspondencia sobre este episodio puede hallarse en los Archivos Nacionales, 800.00B, dossier sobre Katz-Breda. < <

[14] *Ibid.* < <

[15] La carta de contestación de A.A. Berle fue producida en un requerimiento de la FOIA sobre Katz. Tiene fecha de 8 de mayo de 1940. <<

[16] Véase *supra*, capítulo 7, nota 23. < <

[17] La documentación de los problemas de Katz con el Departamento de Inmigración en aquel tiempo se encuentran en el dossier FOIA y los Archivos Nacionales. < <

[18] Se pueden encontrar especulaciones sobre el papel de Katz en el asesinato de Münzenberg en su dossier de FOIA, en especial en las entrevistas concedidas al FBI por Hermann Rauschning. < <

[19] *Karel Kaplan, Report on the Murder of the General Secretary, pág. 276.* < <

[20] Archivos de Estados Unidos, carta de R.L. Banermann, agente especial a cargo de la División Nueva York a J.F. Fitch, jefe de agentes especiales, 9 de febrero de 1940, en el Archivo de Ellis lsland de Otto e Ilse Katz, 800.00B, dossier sobre Louis Gibarti, documento 74. <<

[21] Se informa de Katz como visitante de la «señora de John Herrmann» en Quinta Avenida, 10 el 10 de septiembre de 1935 en el archivo de Ellis lsland 993251/40. Esta información figura en el informe del agente J.R. Malley al FBI de fecha 15 de febrero, 1940; Nueva York archivo 65-1763. Archivos Nacionales de Estados Unidos, 800.00B, archivo sobre Katz-Breda. <<

[22] Virginia Spencer Carr, *Dos Passos*, pág. 197. < <

[23] Véase Langer, *Josephine Herbst*. < <

[24] Hemingway, *Selected Letters*, págs. 114 y 120. < <

[25] La fundación del New Playwrights Theater y su deuda con Piscator constan en las memorias de Harold Clurman. < <

[26] Se indican los papeles de Trachtenberg y Jerome en *The Hollywood Writers' War*, de Schwartz, págs. 89-90. < <

[27] Aunque aún falta hacer mucha investigación, el interés manifiesto y persistente del aparato soviético de propaganda en la colonia del cine de Los Angeles ha sido ampliamente documentado. El trabajo de Lawson y Faragoh entre los simpatizantes de Hollywood y para la unidad especial del partido comunista fundada concretamente para trabajar en la colonia cinematográfica, está estudiado admirable y reveladoramente en Schwartz, *op. cit*. Siguiendo la línea común a estudios parecidos, Schwartz pretende difundir la fantasía de que el partido comunista era de algún modo independiente de la Internacional y del control político soviético, de modo que las empresas «idealistas» de sus frentes no estaban del todo coordinadas para servir a la tiranía estalinista. Esta es una noción que ha quedado descartada por todas las pruebas hoy disponibles. El partido comunista norteamericano siempre fue financiado e ideológicamente controlado por la Unión Soviética. <<

[28] El dossier sobre Em Jo Basshe se encuentra en los Archivos Nacionales de Estados Unidos, 800.00B. < <

[29] Las fuentes sobre la vida de Basshe son escasas. Hay una entrada bastante condescendiente sobre él en *Twentieth Century Authors* (1942) de Kunitz y Haycroft. Su obras son *Earth* (New Playwrights Theater, 1927); *Centuries* (1928); *Portrait of Tenement House* (1928) y *Doomsday Circus* (1938). Son inéditas. A Basshe lo mencionan todos los que han escrito recuerdos del New Playwrights Theater. Participó en el teatro Lafayette de Harlem en la División de Teatro Negro de la WPA, en donde trabajó de director. Figura en *Most Likely to Succeed*, la novela de Dos Passos, como «Eli». <<

[30] Archivos Nacionales de Estados Unidos, 800.00B, dossier sobre Em Jo Basshe, documento 5. < <

[31] La crítica de Woolcott se cita en la entrada sobre Basshe en *The Biographical Dictionary of the American Theater*. < <

[32] Dos Passos, *op. cit.* <<

[33] Los documentos que testimonian sobre esta historia son memorándums de la embajada norteamericana en Londres, basados en información facilitada por la inteligencia británica. La fuente probable puede haber sido Guy Liddell. Están en los Archivos Nacionales de Estados Unidos, 800.00B, dossier sobre Em Jo Basshe. <<

[34] Virginia Spencer Carr, *op. cit.* <<

[35] Para la gira de Dos Passos por la URSS, véase *ibid.*, págs. 235-248. < <

[36] *Ibid.*, pág. 247. < <

[37] *Ibid.* < <

[38] Carta de John Dos Passos a Ernest Hemingway del 24 de diciembre, 1928, ahora en la biblioteca John F. Kennedy, colección Ernst Hemingway, y citada en *ibid.*, pág. 248. < <

[39] Ha habido numerosas versiones de este episodio. Véase Schwartz, *op. cit.*, y David Caute, *The Great Fear*, Simon & Schuster, Nueva York, 1978. < <

[40] El papel de V.J. Jerome y Alexander Trachtenberg en el New Playwrights Theater aparece en Dos Passos, *Most Likely to Succeed*. El comentario de Katz sobre Colón y Hollywood está citado en Draper, «The Man Who Wanted to Hang». < <

[41] Archivos nacionales de Estados Unidos, 800.00B, dossier sobre Katz-Breda. < <

[42] Véase Viertel, *The Kindness of Strangers*, págs. 101-102. < <

[43] Una versión excelente aunque «inocente» y de primera mano de la fundación de la Liga Anti-Nazi de Hollywood se puede encontrar en *By a Stroke of Luck*, de Stewart. <<

[44] *Ibid.*, pág. 225. < <

[45] *Ibid.*, págs. 225-226. < <

[46] *Mann, The Letters of Thomas Mann: 1889-1955, págs. 330-332*. < <

[47] Schwartz, *op. cit.*, págs. 82-83. < <

[48] Wright, *Lillian Heilman*, págs. 162. Wright cita a Heilman del *New York Times*, 20 de enero de 1940. Para una análisis de la propia versión de Hellman sobre su reacción ante la invasión finlandesa, tanto en ese momento como en *An Unfinished Woman*, véase Rollyson, *Lillian Hellman*, págs. 149-152. Rollyson llega a la conclusión que la versión de Hellman sobre esos acontecimientos es «una muestra indignante de despropósitos». < <

[49] Lyon, *Red Decade*, pág. 374. < <

[50] Un personaje principal en el comunismo de la Costa Oeste que fue invitado a integrarse en el círculo mágico de los estalinistas de Hollywood y su élite de celebridades fue Harry Bridges, quien para 1936 era la figura dominante de la CIO, la gran central sindical de aquellos tiempos a nivel nacional. Los Archivos Centrales del Partido ahora muestran que Bridges era un miembro del aparato bajo control soviético. Véase Klehr y Haynes, *The American Spectator*, diciembre de 1992, págs. 34-36. La batalla legal y propagandística llevada a cabo durante décadas sobre la presencia de Bridges en Estados Unidos es una historia interminable. Durante años, el gobierno hizo todos los esfuerzos concebibles para demostrar la relación de Bridges con los soviéticos. Durante años, el aparato respondió con todos los esfuerzos concebibles por desacreditar el otro esfuerzo y protegió el secreto más o menos ventilado de la subordinación de Bridges a Stalin y su gobierno.

En Washington, los comunistas infiltrados en el gobierno de Roosevelt, incluyendo sin duda a Donald Hiss, hermano de Alger Hiss, realizaron continuas maniobras para desenfocar y desacreditar la investigación del gobierno y mantener a Bridges en el poder en los muelles de San Francisco. Mientras tanto, con una inmunidad que espanta, el aparato de propaganda exaltó y defendió a Bridges año tras año. Entre los estalinistas de Hollywood, Bridge era considerado como un santo. Véase Schwartz, *op. cit.* <<

[51] Lyons, *op. cit.*, pág. 51. <<

[52] Stewart, *op. cit.* <<

[53] Meade, *Dorothy Parker*, pág. 254. < <

[54] Véase Justin Kaplan, *Lincoln Steffens*. < <

[55] Stewart, *op. cit.*, págs. 230-236. < <

[56] Véase dossier FOIA sobre Louis Gibarti. < <

[57] Justin Kaplan, *op. cit.*, pág. 312. Ella Winter era una figura destacada en el Comité para la Ayuda de las Víctimas de la Opresión Fascista, la rama norteamericana del Comité Mundial para las Víctimas del Fascismo Alemán, el cual, por supuesto, estaba dirigido por Gibarti. < <

[58] *Ibid.*, págs. 311-312. < <

[59] *Ibid.*, págs. 321-324. < <

[60] Langer, *op. cit.*, pág. 79. < <

[61] *Ibid.* < <

[62] Aunque las pruebas me han parecido vagas, mi impresión es que posiblemente Radek haya sido el cerebro gris detrás del Congreso de Escritores de Kharkov. Su política cultural parece obra suya. En ese momento, Radek acababa (pero sólo acababa) de recuperar la confianza de Stalin y de asumir el protagonismo en la política cultural de Stalin, papel que desempeñó hasta que lo purgaron.

En cuanto a la frase «damas del Kremlin», se puede encontrar en Berberova, *Histoire*, y fue usada en mi presencia por Nina Berberova durante nuestra entrevista del 10 de enero, 1991. Las «damas», mujeres que defendían a Stalin en los círculos culturales europeos, incluían a la baronesa Budberg, la princesa Koudachova, Elsa Triolet, Nunsch Éluard y muchas más. <<

[63] Desanti, *Les Clés d'Elsa*. También recomendable es una reseña extraordinariamente interesante de François Fejtö sobre este libro aparecida en *Encounter* (1983). < <

[64] Véase Herbst, *The Starched Blue Sky of Spain*, págs. 121-122. < <

[65] Que Maxim Lieber era el agente literario de Katz se menciona en Weinstein, *Perjury*, págs. 322-324. < <

[66] Agradezco a Alinor Langer la útil información sobre los contactos de Josephine Herbst en aquel tiempo. < <

[67] Véase *supra*, nota 21. < <

[68] Weinstein, *Perjury*, págs. 134-145. Para la relación de Herbst y Herrmann con Katz, véase el dossier sobre Otto Katz de FOIA 1, 65-1763. Al llegar a Nueva York el 10 de septiembre de 1940, Katz cita a una «amiga», la señora de John Herrmann, Quinta Avenida, 10. La cobertura de Katz en esta ocasión, según un informe de las autoridades norteamericanas, era que estaba haciendo investigaciones para un libro sobre las exploraciones árticas. Esto puede estar ligado al trabajo que hacía al mismo tiempo Peter Smolka-Smollett sobre el mismo tema, pero para el aparato. Véase Andrew y Gordievsky, *KGB: The Inside Story*, págs. 325-335. < <

[69] Hemingway, *Selected Letters*, pág. 548. < <

[70] Información de Robert Towers al autor. < <

[71] Langer, *op. cit.* < <

[72] La relación de John Herrmann con Harold Ware se discute en profundidad en Langer, *Josephine Herbst*. < <

[73] Gross, *Münzenberg*, pág. 124. < <

[74] Langer, *op. cit.*, pág. 171. < <

9

El fin de la inocencia

[1] La pena de muerte para miembros del partido ruso era esencial para el éxito de las purgas; su institución se explica en Conquest, *The Great Terror*, págs. 23-28. El papel de la pena de muerte en la preparación del Terror también está considerada en «Letter from an Old Bolshevik», en Nicholaevsky, *Power and the Soviet Elite*. <<

[2] El texto indispensable para el Terror es el de Conquest, *op. cit.* (edición revisada de 1990). < <

[3] Tomas Mann, *The Magic Mountain*, Knopf, Nueva York, 1952. «Of the City of God», pág. 400. < <

[4] La atención prestada por Stalin a los detalles de la purga de Röhm se discute en Krivitsky, *In Stalin's Secret Service* y en Conquest, *The Great Terror*, pág. 38. <<

[5] *Véase Conquest, Stalin and the Kirov Murder*. < <

[6] Evgenia Ginzburg, *Within the Whirlwind*, Nueva York, 1981. < <

[7] Ory, *Nizan*, pág. 125. Asimismo información de Henriette Nizan al autor. < <

[8] Información de Henriette Nizan al autor. < <

[9] El comentario de Nizan a Sartre se cita en Ory, *Nizan*, pág. 136. < <

[10] *Ibid.* < <

[11] Simone de Beauvoir, *La force de l'âge*, París, Edition Folio, 1986, pág. 427. < <

[12] La información esencial sobre la reacción de la prensa intelectual a la ruptura de Nizan con el partido en Ory, *op. cit.*, capítulo 8. Véase también Lottman, *La rive gauche*. Véase también Poretsky, *Our Own People* e información de Babette Gross al autor. <<

[13] La intervención de Otto Katz en la fundación de la Liga Anti-Nazi de Hollywood figura en numerosas memorias y biografías, en especial en *By a Stroke of Luck*, de Stewart y en *Dorothy Parker*, de Meade. < <

[14] Lottman, *La Rive Gauche*, cap. XII. < <

[15] *Ibid.* < <

[16] *Cahiers d'André Gide 5. Les Cahiers de la Petite Dame. Notes pour l'histoire authentique d'André Gide. 1927-1937, Gallimard, París, 1974, pág. 205*. < <

[17] *Ibid.*, pág. 155. < <

[18] *Ibid.* < <

[19] *Ibid.*, pág. 152. < <

[20] Para el vínculo de Herbart con las publicaciones supervisadas por Vaillant, véase *Cahiers d'André Gide* y su informe sobre la actividad periodística de Herbart entre 1932 y 1935 y sobre su viaje a la URSS. < <

[21] Lottman, *La Rive Gauche*, pág. 84. < <

[22] *Ibid*. Para una crónica más detallada, véase Berberova, *Histoire de la baronne Boudberg*, págs. 259-263. < <

[23] Regler, *The Owl of Minerva*, págs. 232-233. < <

[24] Lottman, *op. cit.*, págs. 92-93. < <

[25] *Ibid.*, pág. 91. < <

[26] *Ibid.*, pág. 93. < <

[27] Gide, *Littérature engagée*. El texto de la carta de Gide se encuentra en págs. 97-98. Para un relato de estos acontecimientos vistos desde la propia casa de Gide, véase *Cahiers d'André Gide*, págs. 445-449. Véase también Lottman, *La Rive Gauche*. < <

[28] La crítica de Alex Guilain contra esta carta se señala en *Cahiers d'André Gide*, pág. 469. < <

[29] Conquest, *The Great Terror*, pág. 464. < <

[30] Para las relaciones financieras entre Gorki y el partido prerrevolucionario, véase Pipes, *The Russian Revolution*, págs. 350-352, 369-378. <<

[31] Para la historia política de Gorki y su primer acercamiento al pensamiento revolucionario, véase Troyat, *Maxim Gorky*, págs. 92-99. Véase también Pipes, *The Russian Revolution*, págs. 350-352; 369-378. <<

[32] Pipes, *op. cit.*, pág. 351. Esta cita incluye el pasaje de Gorki a Lenin. < <

[33] *Ibid.*, pág. 351. < <

[34] Troyat, *op. cit.*, capítulos XVII y XVIII. < <

[35] Berberova, *Histoire*, págs. 250-254. < <

[36] *Ibid.*, pág. 255. < <

[37] *Ibid.*, «Le Marché», págs. 223-274. < <

[38] *Ibid.*, pág. 255. < <

[39] La relación entre Lockhart y Moura Budberg tiene su versión más famosa en Lockhart, *Secret Agent*. También se discute y analiza en Berberova, *Histoire*. < <

[40] La versión de Berberova del arresto de Moura Budberg y Lockhart que es muy similar a la de Lockhart, se encuentra en *Histoire*, «Amour et prison», págs. 67-106. < <

[41] *Ibid.*, pág. 266. < <

[42] Anthony West, *H.G. Wells*, págs. 72-76. < <

[43] *Ibid.*, pág. 145. < <

[44] *Ibid.*, págs. 144-147. < <

[45] Troyat, *op. cit.*, pág. 189. Véase también Berberova, *Histoire*, pág. 279. < <

[46] La historia de la mutua desconfianza entre Stalin y Gorki a partir del asesinato de Kirov se cuenta en Orlov, *The Secret History of Stalin's Crimes*. < <

[47] Aparte Berberova, *Histoire*, véase Conquest, *The Great Terror*, pág. 388. < <

[48] Véase Conquest, *op. cit.*, págs. 375-398. < <

[49] Berberova, *op. cit.*, págs. 258-259. < <

[50] *Ibid.*, pág. 259. < <

[51] *Ibid.* < <

[52] *Ibid.*, pág. 268. < <

[53] Las historias sobre el viaje de Gide a la URSS empezaron con la del mismo Gide y al año siguiente con *Retouches à mon retour de l'URSS* (1937). Las notas y memorias de otros participantes también tienen algún valor, en especial Guilloux, *Carnets: 1921-1944*. La versión de Lottman, *La rive gauche*, es de fiar y está bien documentada. Para información detallada sobre los preparativos del viaje y sus consecuencias, los *Carnets* de María van Rhysselberghe son indispensables. Le doy las gracias a Jean Manquais, quien asistió a Gide en la preparación del viaje, por la entrevista dispensada. < <

[54] *Cahiers d'André Gide*, págs. 602-610. < <

[55] Berberova, *op. cit.*, pág. 264, en especial la nota a pie de página.
< <

[56] Los acontecimientos en España se encaminaban a una crisis a lo largo de 1936. Que Álvarez del Vayo fuera un colaborador estrecho de Otto Katz era algo bien sabido; su asociación en la Agencia Espagne durante el curso de la guerra es un claro ejemplo. Pero en realidad Álvarez del Vayo ya colaboraba con el aparato de Münzenberg mucho tiempo antes de esa fecha. Véase Gross, *Münzenberg*, págs. 272, 311. < <

[57] Para los preparativos de la partida de Gide, véase *Cahiers d' André Gide*, págs. 539-550. Le agradezco a Jean Malaquais el relato de sus recuerdos sobre lo sucedido en casa de Gide durante estos acontecimientos. < <

[58] Véase *Cahiers d'André Gide*, pág. 457. < <

[59] *Ibid.* < <

[60] *Ibid.*, pág. 547. < <

[61] Véase Troyat, *Maxim Gorky*, pág. 193. < <

[62] Berberova, *Histoire*. Información sobre esta visita también aparece en Desanti, *Les clés d'Elsa*. < <

[63] Véase Berberova citando a Aragon, en *Histoire*, pág. 263. < <

[64] *Ibid.*, y Desanti, *ibid.* < <

[65] *Les cahiers de la Petite Dame, pág. 542.* < <

[66] *Cahiers d'André Gide, 5, pág. 542.* < <

[67] Un relato sobre la visita de Bujarin a la habitación del hotel de Gide aparece en Desanti, *op. cit.*, pág. 253. < <

[68] Información de Nina Berberova al autor. <<

10

La estratagema española

[0] Debo añadir que en mi opinión Gibarti también se convirtió en miembro de la NKVD o del GRU en ese momento aunque también es probable que lo hiciera antes. Por ejemplo, se le confió unas misiones secretas muy delicadas en España ya en 1938 y posiblemente incluso en 1939. Para este hecho, cuento la siguiente anécdota: en 1938 Gibarti estaba en Nueva York haciendo un trabajo para el aparato en la comunidad alemana en el exilio mientras colaboraba con el escritor alemán Stefan Heym. Cuando se lo conté a Babette Gross, ésta se mostró genuinamente sorprendida. «¿Gibarti? ¿Trabajando con Heym?» Le contesté que sí, que Heym había sido su socio por aquel entonces. Ella se indignó. «¿Stefan Heym? ¿El escritor? ¿De la República Democrática? ¡No!» Le aseguré que las pruebas documentales eran inrrefutables. Se quedó sin habla. «Increíble. Eso significa que Gibarti estaba en el otro servicio. Bastante increíble.» < <

[00] El mejor relato del encuentro de Oak con Mink es el propio testimonio de Oak ante el Comité de Actividades Antiamericanas del 5 y 21 de mayo de 1947. (Cámara de Representantes del octavo Congreso). Diez años antes, Oak había escrito una descripción menos detallada de su cambio político en España en una serie de artículos para el periódico socialista *The Call*, julio y septiembre de 1937. También se puede consultar el dossier FBI FOIA sobre Liston Merriam Oak. <<

[1] La línea política anunciada en el VII Congreso del Komintern se analiza en Heller y Nekrich, *Utopia in Power*, págs. 310-311. Véase también Conquest, *The Great Terror* y Gross, *Münzenberg*.. < <

[2] *Dimitrov, The Working Classes Against Fascism, pág. 47*. < <

[3] Gross, *Münzenberg*, pág. 276. < <

[4] Archivos Centrales del Partido, 495.19.337. < <

[5] *Ibid.*, págs. 275-282. < <

[6] *Ibid.*, págs. 286-288. < <

[7] *Ibid.*, pág. 277. < <

[8] *Ibid.* < <

[9] *Ibid.* < <

[10] La identidad secreta de Míjail Trilliser dentro del Komintern es clave y revela cómo funcionaban en ese momento los servicios secretos de Stalin. Agradezco la ayuda del profesor Harvey Klehr en la identificación de esta impostura durante su visita a los archivos de la Internacional en Moscú en junio de 1992; le agradezco en especial la información, nueva para mí, de que en su carácter de «camarada Moskvin», Trilliser estaba bajo la disciplina del GRU y no (como yo había supuesto) de la NKVD aunque hubiera sido uno de sus fundadores. También debo agradecer a Herbert Romerstein, el primero en alertarme sobre el papel clandestino de Trilliser en el Komintern, su original investigación, que mucho antes de que se abrieran los archivos ya había establecido ese hecho. <<

[11] Gross, *op. cit.*, págs. 282-289. < <

[12] Dirijo la atención del lector a un interesante estudio de Thierry Wolton sobre el trabajo de Dolivet, Pierre Cot, Olof Aschberg y otros veteranos políticos reunidos en torno al RUP: *Le grand recrutement*. El estudio de Wolton es especialmente informativo sobre los vínculos del RUP con los servicios secretos soviéticos, información muy ampliada con el material de archivo recientemente disponible. < <

[13] Información de Michael Straight al autor. < <

[14] Gross, *op. cit.*, pág. 288 y Desanti, *op. cit.* < <

[15] Lynn, *Hemingway*, pág. 449. < <

[16] Se reproduce esa fotografía en Marion Meade, *Dorothy Parker: What Heil Fresh is This*? <<

[17] Una buena descripción de ese congreso que señala lo extravagante de su lujo se encuentra en Stephen Spender, *World within World*, Simon & Schuster, Nueva York, 1978. < <

[18] Gross, *op. cit.*, pág. 287. < <

[19] Archivos Centrales del Partido, 495.73.26, item 2: Carta de Münzenberg a Dimitrov. < <

[20] *Ibid.*, pág. 290. < <

[21] *Ibid.*, págs. 290-293. < <

[22] *Ibid.*, pág. 290. < <

[23] *Ibid.*, pág. 291. < <

[24] *Ibid*. Para los antecedentes militares y secretos de esta decisión, véase también Krivitsky, *In Stalin's Secret Service*, págs. 82-90. < <

[25] Krivitsky, *op. cit.*, 82-84. < <

[26] Para el papel de Münzenberg en los primeros días del aprovisionamiento de España, véase Gross, *op. cit.*, pág. 291. Para más detalles del papel de la gente de Münzenberg en el suministro de armas para España en los primeros momentos del conflicto, véase Thomberry, *Malraux et l'Espagne*, capítulo 1. <<

[27] Gross, *op. cit.*, pág. 291. < <

[28] *Ibid.*, págs. 290-291. < <

[29] Archivos Centrales del Partido, 495.19.243 y en especial 495.19. 337. <<

[30] Gross, *op. cit.* <<

[31] *Ibid*. Véase también Buber-Neumann, *Under Two Dictators*, págs. 4-5. < <

[32] Buber-Neumann, *op. cit.*, II Parte, págs. 167 y ss. < <

[33] El libro de Buber-Neumann sobre Milena Jesenská es un importante documento y ha sido traducido a varios idiomas. Véase *Milena*, Tusquets Editores, Barcelona, 1987. < <

[34] Buber-Neumann, *Under Two Dictators*, pág. 324. < <

[35] Gross, *op. cit.*, págs. 291-292. < <

[36] La literatura histórica sobre la guerra civil española es lógicamente cuantiosa. Desde 1975, se ha llevado a cabo una considerable revisión. El manual clásico de *La guerra civil española* de Hugh Thomas se debe leer en su edición corregida y aumentada de 1976 y suplementar con el importante cuerpo de investigación española aparecido tras la muerte de Franco. El tono y la dirección de la primera edición de Thomas es plenamente favorable al Frente Popular. En ese espíritu, trató los textos de Krivitsky y de Orlov; expresa un claro desprecio y un total repudio. No conozco ninguna otra autoridad respetable que haya adoptado la misma actitud desde la muerte de Franco. Las revelaciones de Walter Krivitsky han sido objeto de insultos periodísticos y ataques pseudo-académicos casi sin interrupción desde el momento de su publicación; su historia posterior ha sido de constante confirmación de virtualmente todos sus datos y de casi todos los detalles, aunque no de todos. Dirijo la atención del lector a la nota bibliográfica de *The Great Terror*, en su edición de 1968, pág. 570, y al comentario de Conquest sobre esa nota en su introducción al *Reassessment*, págs. viii, de 1990. Se puede encontrar un ataque interesante contra Krivitsky en materia de detalles en Poretsky, *Our Own People*, págs. 171 y *passim*. Estoy especialmente en deuda con John Costello, cuya investigación sobre Orlov basada en los archivos soviéticos promete hacer necesaria una revisión de toda esta discusión y demostrar que la versión de Krivitsky sobre el papel de Orlov en España, en términos generales, está documentada. Véase también Costello, *Deadly Illusions*, capítulo XII. < <

[37] Véase Krivitsky, *In Stalin's Secret Service*, capítulo III, «Stalin's Hand in Spain», págs. 75-116. Un útil análisis general de la guerra civil se puede encontrar en Johnson, *Modern Times*, capítulo IX, «The High Noon of Aggression». < <

[38] Véase Johnson, *Modern Times*, pág. 329 y sus fuentes, en especial, Salas, *Intervención extranjera en la guerra de España*, Madrid, 1974. Aquí se estudia cómo Stalin financió su ayuda a la República española; mucho material de apoyo se encuentra en Krivitsky, *op. cit.* <<

[39] La misión de Álvarez del Vayo como hombre de Münzenberg se menciona en Gross, *op. cit.*, pág. 272, nota 311. Nótese que el estrecho vínculo con Otto Katz se menciona en la nota 311. Esto era de general conocimiento de todos los testigos principales, como Louis Fischer (véase *Men and Politics*). Agradezco a Rae Bernstein la información de que Álvarez y Katz siguieron colaborando en Nueva York después de la guerra civil. La influencia de Álvarez del Vayo sobre Largo Caballero figura en todas las historias de la guerra. En cuanto a su afirmación de toda la vida de ser un «izquierdista independiente», se la debe considerar a la vista de estos hechos. La pretensión de independencia debiera estar apoyada por alguna prueba de una actividad demostrablemente independiente o una palabra pública atribuible a este hombre que no esté firmemente enraizada en la línea principal, pública o secreta, de la política estalinista. El funcionario más abyecto no podría haber prestado un mejor servicio. Me parece improbable al máximo grado que Münzenberg o Stalin hayan confiado a un «izquierdista independiente» las responsabilidades y el nivel de información que se le dio a Álvarez del Vayo en España. No hay duda de que se trataba de un agente secreto con todas las de la ley. Ciertamente era una persona de confianza del aparato de Münzenberg incluso antes de que empezara su ascenso como funcionario del gobierno español. Sea cual sea la historia de sus lealtades, la obediencia siempre estuvo allí y así fue su recompensa: Álvarez del Vayo fue la única criatura viviente para la cual la estrella de la aprobación de Stalin jamás dejó de brillar. Las memorias de Julio Álvarez del Vayo se publicaron en 1950 (*The Last Optimist*, Viking, Nueva York). < <

[40] Johnson, *op. cit.*, págs. 324-325. < <

[41] *Ibid.*, págs. 324-327. Una interesante versión política de primera mano se puede encontrar en Buber-Neumann, *Von Potsdam nach Moskau*, sobre la aportación de Heinz Neumann al Komintern en España, en especial en asuntos relacionados con Álvarez del Vayo en 1936. <<

[42] Johnson, *op. cit.*, págs. 326, 328. <<

[43] Krivitsky, *op. cit.*, pág. 76. < <

[44] Thornberry, *Malraux et l'Espagne*, págs. 33-34. La versión de Thornberry es de lejos la mejor y más detallada que existe. Las actividades de Malraux fueron tanto a nivel clandestino de venta de armas como de propaganda. < <

[44b] Thornberry, *Malraux et l'Espagne*, págs. 33-34. La versión de Thornberry es de lejos la mejor y más detallada que existe. Las actividades de Malraux fueron tanto a nivel clandestino de venta de armas como de propaganda. [Nota duplicada en la edición impresa (N. del E. D.)] <<

[45] Krivitsky, *op. cit.*, págs. 76-78. < <

[46] *Ibid.*, págs. 80-85. < <

[47] Johnson, *Modern Times*, pág. 333. Véase también Krivitsky, *op. cit.* <<

[48] Krivitsky, *op. cit.*, pág. 31. Para un análisis más detallado de las afirmaciones de Krivitsky y de los argumentos de Kandelaki, véase Brünett Bolloten, *The Spanish Civil War*, págs. 106-107 y notas. <<

[49] Krivitsky, *op. cit.*, págs. 83-85. < <

[50] *Véase Burnett Bolloten, The Spanish Civil War: Revolution and Counterrevolution, págs. 145-158*. < <

[51] Para mayor información sobre el papel del Malraux, véase Thomberry, *Malraux et l'Espagne*. Para la reunión general de personalidades culturales en España, véase *The Last Great Cause*, de Weintraub. < <

[52] Información del difunto Joris Ivens al autor en julio de 1986 en París. En nuestra entrevista, Ivens se equivocó en este punto. Me dijo que conocía bien a Katz, pero que éste «no había tenido nada que ver» con la película. Sin embargo, añadió que historiadores contemporáneos habían sido engañados para evitar cualquier sospecha sobre un papel para Otto. < <

[53] Se puede encontrar una excelente descripción de este congreso en Spender, *World within World*, págs. 238-247. <<

[54] *Deacon, The Cambridge Apostles*. < <

[55] Krivitsky, *op. cit.*, pág. 82. < <

[56] *Ibid.*, págs. 32-83. < <

[57] La presencia de Katz en Valencia era ampliamente conocida. Véase Gross, *op. cit.*, pág. 312. < <

[58] Información de Babette Gross al autor. < <

[59] Krivitsky, *op. cit.*, capítulo III. < <

[60] *Ibid.*, págs. 96-99. La historia previa y el papel de Berzin en España también se expone en Conquest, *The Great Terror*. <<

[61] Véase Burnett Bolloten, *The Spanish Civil War*, pág. 307. < <

[62] Conquest, *op. cit.*, pág. 410. < <

[63] Krivitsky, *op. cit.*, págs. 99-115. < <

[64] *Ibid.*, págs. 106-107. < <

[65] *Ibid.* < <

[66] Krivitsky explica la relación entre las muertes de Tukachevsky, Stashevsky y Berzin. Véase también Conquest, *The Great Terror*, «The Assault on the Army». < <

[67] Para estos acontecimientos de octubre de 1936, cuando *Pravda* declaró esenciales a las purgas y el conocimiento que de ellas tenía Berzin, véase Krivitsky, *op. cit.* <<

[68] *Ibid.*, pág. 115. < <

[69] *Véase Johnson, Modern Times, pág. 333 citando a Hugh Thomas, La guerra civil española y también a Salas, Intervención extranjera en la guerra de España.* < <

[70] Información de Paul Willert al autor. <<

[71] Información de Herman Starobin al autor, Nueva York, diciembre de 1986. < <

[72] Véase Gross, *op. cit.*, págs. 311-312. Véase también Weintraub, *The Last Great Cause*, págs. 124, 129. < <

[73] La política y la relación de Del Vayo con Freda Kirchway están tratadas bajo una luz favorable en Alpern, *Freda Kirchway*. < <

[74] En los años treinta y gran parte de los cuarenta, *Nation* encajaba casi perfectamente en el perfil de una publicación dirigida o controlada por agentes estalinistas o por estalinistas cercanos a agentes del aparato al tiempo que utilizaba a no comunistas o incluso a anticomunistas «inocuos» (es decir, críticos literarios o de arte) para dar la necesaria apariencia de independencia. Louis Fischer tuvo una participación importante en la publicación entre fines de los veinte hasta la segunda guerra mundial. Fischer fue cuando menos un simpatizante estalinista y de fiar, íntimo de Katz y Gibarti, y totalmente bajo la influencia del aparato de Münzenberg. Por lo general, se pensaba que Fischer no estaba bajo la disciplina directa del servicio secreto de la Internacional. Krivitsky, por ejemplo, lo consideraba un simpatizante independiente aunque excepcionalmente obediente, predispuesto y con una alta reponsabilidad. A mí me parece que a Fischer se le podría caracterizar, cuando menos, como «un hombre de Münzenberg», es decir, un propagandista estalinista que operaba con pleno conocimiento de causa siguiendo las directivas generales de la organización de Münzenberg. Cuando Fischer rompió con Stalin en la Segunda Guerra, fue reemplazado en *Nation* por Álvarez del Vayo, quien no sólo era un hombre de Münzenberg, sino también una importante figura de la España estalinista, casi sin duda vinculado a la NKVD o también al GRU. (El lector recordará que la política de Stalin consistía en poner toda la actividad del Komintern en España bajo el control directo de los servicios secretos.) La imagen de independencia de *Nation* provenía de la «Sección de arte y literatura» en la que se permitía a no comunistas y anticomunistas de izquierdas adoptar posiciones apolíticas o incluso virulentamente antiestalinistas. < <

[75] Véase Martha Gellhorn, «On Apocryphism», *Paris Review*, n.º 79, 1981, pág. 301. < <

[76] Información de Margaret Regler al autor. <<

[77] Información del difunto Joris Ivens al autor. < <

[78] Lynn, *Hemingway*, págs. 465-466. Véase también *Eleanor and Franklin*, capítulo 38, pág. 567. < <

[79] Virginia Spencer Carr, *Dos Passos*, págs. 359-363. < <

[80] *Ibid.*, págs. 262-263. Veánse también las biografías de Hemingway y Hellman. < <

[81] Virginia Spencer Carr, *op. cit.*, págs. 366-367. < <

[82] *Ibid.* < <

[83] *Ibid.*, pág. 367. < <

[84] Véase *supra*, nota 43. < <

[85] Virginia Spencer Carr, *op. cit*. Acaso vale la pena señalar que en edad avanzada Liston Oak intentó que la historia de sus experiencias con Stalin se limitase a su círculo de íntimos. La mayoría de la gente relacionada con él no tenía idea de que hubiera estado en España o que la experiencia más importante de su vida hubiera tenido lugar allí. < <

[86] Información de Allen Oak al autor. <<

[87] *Ibid.* < <

[88] Las palabras de Hemingway sobre «mi segunda línea» fueron mencionadas por el difunto Joris Ivens en el transcurso de la entrevista con el autor. < <

[89] Un texto biográfico clásico sobre las actividades e implicaciones de Herbst en este asunto es *Josephine Herbst* de Langer, págs. 219-233. Langer se basa en el artículo de Herbst «The Starched Sky of Spain» que apareció en *Noble Savage*, n.º 1, luego reproducido en *The Starched Sky of Spain*, de Herbst. <<

[90] Herbst, *op. cit.*, pág. 154. < <

[91] *Ibid.* < <

[92] Estoy muy agradecido a Margaret Regler por el regalo de un manuscrito del diario de guerra de Gustav Regler durante estos acontecimientos. Las entradas para los meses de mayo y abril son vividos relatos del ambiente periodístico de Madrid en esas fechas, en especial, los rumores de traiciones de los «espías fascistas» entre las filas republicanas. Estas provocaciones específicas y como ejemplo, la reacción de un literato a quien Herbst considera como uno de los «mejores hombres» que conoció en España, se pueden encontrar en las entradas manuscritas del 15, 16, 17 de abril de 1937. Estos son justamente los días de los acontecimientos del hotel Florida que aquí se explican. < <

[93] Cincuenta años más tarde, Joris Ivens, quien estuvo presente durante todo el incidente, repitió la falsedad que imputaba a Robles como agente doble y lo hizo con la aparente convicción de que la acusación era cierta. Aunque afirmaba carecer de pruebas inequívocas al respecto, Ivens añadió detalles operativos: afirmó que Robles había estado enviando por las noches mensajes luminosos a las líneas fascistas. Alguien debe de haber proprocionado estos detalles a Ivens y él los debe de haber repetido durante los acontecimientos que aquí nos ocupan. Joris Ivens, entrevista con el autor, junio de 1986. <<

[94] Herbst, *op. cit.*, pág. 154. < <

[95] *Ibid.* < <

[96] *Ibid.*, pág. 155. Préstese atención al comentario de Herbst sobre el consentimiento de Hemingway acerca del engañoso curso de acción que ella había sugerido, «Quizás estuvo de acuerdo con una predisposición demasiado alegre». < <

[97] El diario de guerra de Regler habla de las celebraciones del Día Thaelman aunque él no parece haber estado presente en el castillo. Véase también Virginia Spencer Carr, *Dos Passos*, pág. 368. < <

[98] *Véanse ambos ibid, y Herbst, The Starched Sky of Spain*. < <

[99] Herbst, *op. cit.*, págs. 156-157. < <

[100] Queda establecida la presencia de Otto Katz en el hotel Florida en el diario de guerra de Regler, entrada del 17 de abril de 1937. El pasaje específico dice: «En Madrid, Simon (alias de Katz) frecuenta a unas condesas inglesas. Franco les hace explotar bombas bajo la cama. Wilkinson también está allí». En *Ellen Wilkinson*, de Vernon, queda confirmado que Wilkinson estaba con Otto Katz en el hotel Florida. El lector puede notar que Claud Cockburn, a quien Herbst describe como su amigo, también estaba en el hotel y que en ese periodo Cockburn mantenía una intensa colaboración política con Katz. < <

[101] Virginia Spencer Carr, *Dos Passos*, pág. 370. < <

[102] Las alegaciones de Hemingway y Shipman sobre la cobardía de Dos Passos se resumen en *ibid*. <<

[103] *Ibid.*, pág. 371. Carr se basa en parte en *The Theme is Freedom*, de Dos Passos. < <

11

La muerte de Münzenberg

[0] Se puede tener una idea del papel de Radek en estas intrigas en el libro *Power and the Soviet State* («The Letter from an Old Bolshevik», pág. 37) de Nicholaevsky, donde el autor describe sus conversaciones con Bujarin y sugiere lo que sabía y lo que ignoraba un dirigente veterano y de alto rango como Bujarin cuando estaba a punto de desencadenarse el Terror. Es un detalle fascinante que, según Nicholaevsky, Bujarin creía que el Frente Popular había sido creado como respuesta a una secreta red de propaganda establecida en la URSS por nada menos que Ernst Röhm. Se le había informado de que esa red estaba dominada por homosexuales activos en la vida cultural de Moscú. Esta conspiración olvidada fue seguramente un embuste de Stalin, pero allí podemos ver varias pistas que ya se nos habían aparecido. La «conspiración homosexual» de Moscú tiene un extraño paralelismo con algunos hechos relacionados con el proceso por el incendio del Reichstag; es su rama soviética, por así decirlo. Es muy posible que haya formado parte del esfuerzo conjunto de Hitler y Stalin para desacreditar a Röhm poniendo de relieve su homosexualidad y, por tanto, abrir paso a su eliminación. <<

[00] Según un informe, Hartig reapareció esa tarde unos pocos momentos, pero si lo hizo fue sin los otros, sin el dinero y sin la menor explicación de lo sucedido, y tras este breve contacto, volvió a desaparecer, esta vez para siempre. <<

[1] El Frente Popular cayó en un descrédito universal cuando sucedió lo del Pacto Germano-Soviético, pero ya estaba en decadencia dentro del aparato para la primavera de 1937. Véase Krivitsky, *In Stalin's Secret Service*, la conversación mencionada con Slutsky, págs. 214-215. < <

[2] *Ibid.*, págs. 215. < <

[3] El asesinato de Ignace Reiss ha sido estudiado en muchas obras. Véase, por ejemplo, Dewar, *Assasins at Large*. Una fuente indispensable es Portetsky, *Our Own People*. < <

[4] Krivitsky, *op. cit.*, capítulo VII, «My Break with Stalin». < <

[5] Se describe la supuesta enfermedad de Münzenberg en Gross, *Münzenberg*. Nótese que Gross se equivoca en la ortografía del apellido. Es Le Savoureux, no Le Savouret. < <

[6] Véase *ibid.* < <

[7] La visita de Bujarin a París está estudiada en Cohen, *Bukharin and the Bolshevik Revolution*, págs. 365-367. Véase también Medvedev, *Nikolai Bukharin*, pág. 122. El incidente con el doctor Le Savoureux se relata en Gross, *op. cit.* < <

[8] Las reuniones de Bujarin con Nicholaevsky están descritas en detalle en Nicholaevsky, *Power and the Soviet Elite*. < <

[9] El comentario de Kennan se encuentra en su prólogo a *Power and the Soviet Elite*. < <

[10] Véase Gross, *op. cit.* <<

[11] Véase dossier del FOIA sobre Otto Katz, 65.9266, sección 7a, archivo 100-15865, 13 de julio de 1944. < <

[12] Los intentos de Károlyi y Fischer se mencionan en Gross, *op. cit.*
< <

[13] La visita de Beletsky a Münzenberg está mencionada en Krivitsky, *In Stalin's Secret Service*, pág. 62. Gross aceptaba la versión de Krivitsky. < <

[14] Gross, *op. cit.* <<

[15] *Ibid.* < <

[16] La historia de *Die Zukunft* se narra en numerosas memorias: Gross, *Münzenberg*; Sperber, *Ces temps-là*, Koestler, *Invisible Writing*, entre otras. Fue un modelo para *Der Monat* y otras publicaciones. <<

[17] Gross, *op. cit.*, págs. 289-292. < <

[18] Véase *ibid.* y Schliemann, «Münzenberg». Asimismo información de Babette Gross al autor. <<

[19] Véase «Münzenberg» de Schliemann, pág. 80. Véase también Wessel, *Münzenberg Ende*, pág. 333. < <

[20] Schliemann, «Münzenberg», pág. 82. < <

[21] Información de Paul Willert al autor. <<

[22] La advertencia a Wilkinson sobre la inteligencia británica se menciona en Deacon, *The British Connection*, pág. 173. < <

[23] La relación de Philby con Liddell se analiza en Costello, *The Mask of Treachery*, págs. 418, 438 y 605. < <

[24] Véase Gross, *op. cit.* <<

[25] La presencia del aparato en los campos de internamiento en esa época se estudia en Regler, *The Owl of Minerva*, págs. 331-354. < <

[26] *Le Peuple*, 30 de enero de 1940. < <

[27] Información de Babette Gross al autor. < <

[28] Véase Glees, *The Secrets of the Service*, págs. 127-132 y todas las otras referencias a Sefton Delmer. Glees examina las actividades de Delmer en tiempos de guerra. Delmer estaba más próximo a Münzenberg en esa época que Willert. Glees llega a la conclusión que Delmer estaba bajo control soviético. Yo encuentro que el caso meticulosamente investigado por Glees es interesante pero demasiado basado en inferencias como para alcanzar una certidumbre definitiva. <<

[29] Gross, *op. cit.* <<

[30] Las esperanzas que Münzenberg tenía de recibir la ayuda de Marcu se mencionan en Carew-Hunt, «Münzenberg», pág. 87. <<

[31] Sobre el estado anímico de Münzenberg, nótese la pequeña diferencia entre la versión de Babette Gross (*Münzenberg*, pág. 324) y la de Schliemann («Münzenberg», pág. 87). < <

[32] Una descripción de estas penetraciones del aparato en los campos de internamiento se puede encontrar en Regler, *The Owl of Minerva*. < <

[33] La historia del joven pelirrojo aparece en Kersten, «Das Ende Willi Münzenbergs»; Gross, *Münzenberg*; Wessel, *Münzenbergs Ende*, y Schliemann, «Münzenberg». < <

[34] Véase Wessel, *op. cit.*, pág. 333. < <

[35] *Ibid.* < <

[36] Schliemann, «Münzenberg», págs. 88-89. < <

[37] *Ibid.* y también Gross, *op. cit.* <<

[38] Gross, *op. cit.* <<

[39] La partida de Chambarran es tratada por numerosos autores: Kersten, «Das Ende Münzenberg»; Gross, *Münzenberg* Carew-Hunt, «Münzenberg»; Gruber, «Münzenberg» y Wessel, *Münzenbergs Ende*. Nótese que mi información de Helen Wolff contradice la creencia generalizada de que Kurt Wolff formaba parte del grupo que marchó a pie. Wolff salió de Chambarran en autocar. <<

[40] Wessel, *op. cit.*, págs. 234-235. < <

[41] A Siemsen le citan en Kersten, «Das Ende Willi Münzenbergs» y en Schliemann, «Münzenberg», pág. 87. < <

[42] *Leo, Frühzug nach Toulouse.* < <

[43] Véase Gross, *op. cit.* <<

[44] La magnitud de los bosques se puede apreciar en los mapas de la región hechos por los Cuerpos de Ingenieros de Estados Unidos durante la segunda guerra mundial. Están disponibles en la colección cartográfica de la Biblioteca Pública de Nueva York. <<

Epílogo

[0] El papel de Katz en el golpe checo me es desconocido. Mucho se ha hablado, pero hasta que no se investiguen con rigor los archivos, es una tontería especular más allá de la suposición de que es harto improbable que Katz no haya participado en esos acontecimientos. <<

[00] Un detalle interesante de los juicios Slansky es que en junio de 1951 en su viaje a la URSS, Guy Burgess y Donald Maclean hicieron una escala bastante prolongada en Praga. Era el momento en que se preparaban los juicios. ¿Con quién se vieron? ¿Por qué fueron allí? No lo sabemos. <<

[1] Información de Herman Starobin al autor. <<

[2] Se explica el papel de Katz en el gobierno de Masaryk en muchas fuentes. Véase Costello, *The Mask of Treachery*, págs. 298. También le agradezco a Herman Starobin la información sobre su trabajo en Checoslovaquia. < <

[3] La muerte de Masaryk es sin duda un hecho crucial en la historia del golpe checo y es tratada en toda la bibliografía sobre el tema. Se recomienda *Too Strong for Fantasy*, las memorias de Marcia Davenport, relato personal sobre los últimos días de Masaryk. <<

[4] El mejor texto sobre la crisis de Field en el momento del testimonio de Chambers se encuentra en Lewis, *Red Pawn*. Por otro lado, quede claro que, si el gobierno húngaro decide desclasificar la documentación con las declaraciones de Noel Field descubiertas por Maria Schmidt en 1992 en los archivos del Ministerio de Información, la nueva información podrá profundizar mucho más en este aspecto. < <

[5] Si se cree la información que me pasó Maria Schmidt, la principal investigadora de los archivos de la policía secreta húngara, el aparato resolvió con un asesinato el problema planteado por la posible indiscreción de Duggan. Según Maria Schmidt, debido a que Duggan estaba a punto de ser descubierto, unos asesinos lo arrojaron a la muerte desde el piso diecisiete de su bufete de abogado en Nueva York. < <

[6] Diana Trilling, «How McCarthy Gave Anti-Communism a Bad Name», *Newsweek*, 11 de enero, 1993, pág. 33. < <

[7] *New York Times*, 17 de diciembre, 1992. < <

[8] Massing, *This Deception*. Su versión de la relación entre Field y Hiss se encuentra en el capítulo 3. < <

[9] Información de Maria Schmidt al autor, Budapest. <<

[10] Hellman, *An Unfinished Woman*, capítulo 7, pág. 69. < <

[11] Véase Davenport, *op. cit*. También correspondencia con el autor. Véase también Hodos, *Show Trials*. < <

[12] La historia política de Rajk, incluyendo la persecusión de Mindszenty, se discute en Hodos, *op. cit.*, págs. 36-37. <<

[13] Un análisis confuso pero meticuloso de este tema se puede encontrar en Glees, *The Secrets of the Service*. < <

[14] Véase Nicholas Bethell, *The Great Betrayal*, Time Books, Nueva York, 1984. < <

[15] La participación de voluntarios españoles en las purgas Slansky se discuten en Hodos, *op. cit.* y en London, *The Confession*. < <

[16] Información de Eugen Loebl al autor. < <

[17] «No hay árbol lo bastante alto para colgarme.» Estas palabras están citadas por Eugen Loebl en una entrevista conmigo. Las palabras que en realidad pronunció Katz en su confesión fueron éstas: «Me he aliado con los semitas norteamericanos, británicos y franceses contra la Unión Soviética. Ese es mi crimen. Yo soy un escritor, supuestamente un arquitecto de almas. ¿Qué clase de arquitecto de almas he sido yo que he envenenado las almas de la gente? Un arquitecto semejante se merece la horca. El único servicio que aún puedo hacer es alertar a todos aquellos que, por su origen o idiosincracia, estén en peligro de tomar el mismo camino al infierno. Cuanto más duro el castigo…». En este momento, bajó la voz, que se convirtió en un susurro, y no se le pudo oír más. <<

[18] Koestler, *Invisible Writing*, págs. 493-494. < <

[19] *Véase Karel Kaplan, Dans les Archives du Comité Central. Véase también Karel Kaplan, Report on the Murder of the General Secretary, pág. 234.* < <